

## Historia de Fe

### 1. Con hado benigno

#### 1.1 – EL SANTO PATRONO

Llegó la tropa española encargada de establecer varios pueblos en la ruta al Perú: Ñuflo de Chaves, el R.P. Juan de Salazar y otros mercedarios, capellanes de la expedición. Bajaron en la Pampa Grande, bajo el árbol "de las damas", pues ése fué el lugar donde se guarecieron las mujeres. Desde allí era fácil observar a la tribu de guaraníes que los recibía en paz.

La más preciosa carga eran los cajones con estatuas de varios santos, para ir fundando y dejando patronos celestiales. Pasaron los días sin novedad. Construían la Estacada, o barrera-trinchera, mientras las autoridades exploraban el lugar conveniente para asentar la población.

La tercera noche, no era posible dormir; a cada momento despertaban sobresaltados por el crujido de las maderas. ¿De los cajones? Será la humedad, sin duda anuncia lluvia. Pero cosa singular, sólo crujía el cajón en que venía la estatua de San Lorenzo, el gran mártir.

Al amanecer, una espantable gritería, un clamoreo infernal se oyó en todo el contorno de la extensa pampa... ¡Somos perdidos, los indios... traidores! ¡Que les cueste caro el ataque a nuestras vidas! Así decían los españoles, aprestándose. A la claridad de la aurora y de las fogatas avivadas, vieron a los indios levantando las manos al cielo y gritando siempre: pedían perdón, hacían señales de paz, extendiendo la mano; otros señalaban el cielo. De la Estacada partieron animosos parlamentarios y volvieron a contar el caso.

Los indios los recibieron en paz a más no poder, pero era mientras convocaban a otras tribus aliadas. Esa noche pensaron caer sobre la tropa española en gran número. Más he aquí que un "español de poncho colorado" apareció en el cielo con un ejército y amenazaba a los indios, que temblaban todavía pidiendo de nuevo paz. La ajustaron los españoles, agradecidos a San Lorenzo. Escogieron sitio entre los ríos Cedral y Piray, tres leguas más al Oeste, y fundaron el Pueblo de San Lorenzo de la Barranca.

Entre Santo Corazón y San José de Chiquitos dejaron fundado el pueblo de Santa Cruz, pero las acometidas de los bárbaros eran tan frecuentes que no podía subsistir largo tiempo la desarmada población. La trasladaron a San Lorenzo poco después, así que por la proximidad de la Cordillera de los Andes fué Santa Cruz de la Sierra. Patrono de la ciudad, San Lorenzo (de la Catedral).

"Nuestra" Madre de Mercedes tuvo un mártir más. Francisco Ruíz, a quien durante la celebración de la Misa en una fiesta derribaron los indios a palos y se lo comieron (1655). La sangre del mártir hizo brotar nueve conventos mercedarios en la comarca.

En una de las tantas escaramuzas de la conquista, salió don Lorenzo de Figueroa con las tropas a oponerse a los indios, dejando a cargo del mercedario Fray Diego de Porras los enfermos, los ancianos, las mujeres y los niños. Mientras don Lorenzo iba contra ellos por un lado, he aquí que los indios venían por el otro a la desamparada ciudad. Fray Diego animó a los pocos y salieron contra el enemigo; él llevaba enarbolado un crucifijo y animaba a confiar en Nuestra Madre de Mercedes. Aparecióse en el cielo la Santísima Virgen con numeroso ejército de ángeles; aterrados, los indios huyeron. De lo que se dió constancia al Rey Felipe II para guardar en el archivo de la Virgen en Barcelona, y ahí está.

## 1.2 – TEMPLOS Y DEVOCIONES

**LA CATEDRAL** en la Plaza, en el frente Sud; y en el frente Oeste, el **COLEGIO DE LOS JESUITAS**, con su capilla en la esquina Noroeste de la Plaza. La Catedral se quemó en 1840 y empezaron la que se ha concluído en 1915.

El altar mayor en la época de esta relación era el retablo tabernáculo, sagrario y mesa de altar, todo de plata muy brillante, purísima. Durante la construcción, la iglesia del Convento Mercedario, parroquia en "tiempo de la Patria", fué convertida en Catedral.

El tabernáculo, cuyas puertas tenían abiertas los jueves y en las festividades, hacía al abrirlas el Maestro de Ceremonia un ruido metálico muy agradable. A los lados en el retablo de plata, estaban las imágenes "romanas" de San Pedro sentado, vestido de Pontifical, y San Lorenzo con su parrilla de plata. En el Trono de arriba, Nuestra Señora de Mercedes; a sus lados, Santa Rosa y Santa Bárbara en sus tronos; y en el medio y cerca del techo, San Miguel.

Altars laterales de la Catedral. El crucifijo con San Justo y Pastor a los lados. La Inmaculada, donde cada sábado los canónigos hacían procesión claustral. En la pared un cuadro lienzo de mérito, antiguo: el Martirio de San Lorenzo – La Inmaculada San Francisco Javier. Vajilla de Sacristía y pilas de plata. El Coro de los Canónigos en el centro de la iglesia, a 5 metros de la puerta de entrada, para 9 Dignidades.

**PARROQUIA DEL COLEGIO**, es decir la antigua Capilla de los Jesuitas. La más central, conservaba su retablo o frontis todo de madera calada y dorada, como hecho de una blonda de oro. Arriba un cuadro, lienzo de mérito, que retocaron mal después los pintores de ahí: La Santísima Trinidad. Más abajo, como recibiendo aureolas de gloria del Trono del Padre y del Hijo, estaba la Inmaculada, imagen de escultura. Más abajo, el Tabernáculo, y en sus tronos en el retablo, dos arriba y dos abajo, los 4 doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Gregorio, San Agustín y Santo Tomás; este último con su Libro y encima del Libro, una casita que representaba a la Iglesia; y la pluma en la otra mano.

Altars laterales. Celeste turquesa con filete de oro en los capiteles y cornisa. El Crucificado en agonía, de tamaño casi natural; linda imagen. En un altar de encaje de oro, Nuestra Señora del Rosario. Un enorme púlpito-cátedra con sus palmas doradas.

**JESÚS NAZARENO**, parroquia al Este de la ciudad, en el antiguo Cementerio. Patrón del medio, Jesús Nazareno. Nuestra Señora del Carmen no era sino muy pobre.

**SAN ANDRÉS**, al extremo Noreste de la ciudad, cerca del Arenal, de reciente fecha (del 1855 a 1860); pues ésta y San Roque las hizo Monseñor Salvatierra, enviando de Sucre las imágenes que aquí se veneraban y que allí estaban arrumbadas en las sacristías de la Catedral. Patrón, San Andrés, y el hermosísimo Señor de la Columna de tamaño casi natural, a los dos lados del tabernáculo. Altars laterales: el Calvario y Nuestra Señora del Carmen. En 1860 servía de Catedral, hasta 1864.

Allí mandó construir Monseñor algunas habitaciones para ejercicios de los clérigos. Semiparroquia en 1870. En San Andrés se habían alojado en 1850 los primeros franciscanos que trajo Monseñor Salvatierra y dieron misiones: el Padre Bretón (notable); el Padre Viúdez, que corría con las de la 3ª Orden Franciscana, en la que entraron Doña Inés Justiniano de Rodríguez y su hija Socia muy de veras.

**SAN ROQUE**, al Sudoeste de la ciudad. Patrón, San Roque; el Justo Juez "Ecce Homo", de pie. Nuestra Señora del Carmen. Parroquia pobre; era feligresa doña Inés.

**CAPILLA DEL HOSPITAL**. Patrón, San Juan de Dios. Nuestra Señora de los Remedios, San Rafael y Nuestra Señora del Carmen.

**CAPILLA DEL CEMENTERIO "EL CALVARIO"**. Capilla particular de don Juan Antonio Gutiérrez. Patrona, Nuestra Señora del Carmen.

Todavía deben citarse:

\* En la Tejería, **San Lorenzo**. Tamaño natural, escultura romana de vestir.

\* La **Virgen de Mercedes**, de la señora Mercedes Ibáñez de Velasco, en la familia con obligación perpetua de fiesta. La Presidenta falleció el día de las Mercedes, habiéndose preparado por cierto sonido de campanilla que oyó 3 días antes.

\* **La Virgen de la Asunción**, de la familia Ibáñez. Encargados el rostro y las manos al Cuzco; cuando le anunciaron al Oidor Ibáñez la remesa, convidó a todo el pueblo a ir hasta el Río del Cedral a encontrarla. Asustóse la mula, disparó como una flecha por medio de la concurrencia – "¿Dónde habrá ido a parar?!" – Volvieron desconsolados, volvió el Oidor y en la puerta de su casa esperaba la mula pacientemente, con su venerada carga.

Más tarde, salvó del degüello que iban a hacer los negros esclavos a todo lo principal, reunido el 15 de agosto en la casa del Oidor. No pudo moverse ni dar la señal el negro principal, hasta que el jovencito don Miguel Chávez avisó al Oidor y se tomaron las medidas de prevención (1815).

\* La familia Arias tenía al **Niño de Ramos**, preciosa escultura española. El Niño en pie, Salvador con su cruz, bendiciendo con su diestra. Tamaño natural, como de 3 años de edad.

Y así otras devociones del pueblo, que formaban el ambiente religioso del país.

Por el mismo tiempo, el Gobierno de la República había pedido a S.S. Pío IX declarase Patrona de la Nación a Nuestra Señora del Carmen, y era fiesta de guardar el 16 de julio (Presidente Belzu).

### 1.3 – MANUELA GUTIÉRREZ DE VERDUGO

Pero en un círculo más próximo, había una devoción cuyo calor debía sentir más Fe: la **Estaca**, que vamos a historiar.

Doña **Manuela Gutiérrez**, viuda de don **Juan Bartelemy Verdugo**, había quedado pobre, con dos hijas de 14 y 12 años a la sazón; pues no debe contarse **al hermano** de éstas, que favorecido con alguna beca se educaba en el interior de la República.

Señora achacosa, acostumbrada al bienestar, se abatió profundamente; estaba postrada en cama, cuando esas niñas animosas trataron así la cuestión económica. "A nuestra buena madre no debe faltarle nada; porque después no nos consolaríamos de haberla visto pasar estos últimos años entre privaciones. "Yo", dijo Petra que era la mayor, "correré con la manutención o gasto diario de las tres; tú, Licia, corres con los gastos de vestuario, que son más de tarde en tarde. ¿Que el chocolate es monopolizado por el General Aguilera, a nombre del Rey? Pues a Mamá no le faltará, porque a peso de oro lo compraré, y si no de rodillas le pediré al Gobernador no prive a nuestra querida prenda de ese alimento de su placer." Petra hacía riquísimo pan, que se disputaban sus parientas, que eran casi todas las señoras del pueblo. Licia hilaba aquellos hilos para los telares del país, y así fabricaban toda la ropa necesaria.

Cosa particular de aquellos tiempos, la falta de fortuna no las privaba del cariño y las atenciones correspondientes a "españolas por los cuatro costados", que era un timbre de distinción en la Colonia.

### 1.4 – JUVENTUD DE LICIA

**Licia (Feliciano Verdugo Gutiérrez)** era más inteligente que la mayor. Leía correctamente "en Libro" a sus 12 años, que era mucho decir en aquellos tiempos; de su energía, ya lo muestra el caso siguiente.

Según lo dicho, cada familia pudiente tenía algún celestial patrono. En su día, desde la función en el Templo hasta la Salve por la noche, era tiempo de convocatoria general al pueblo: los parientes con más derecho, los esclavos y libertos de la familia, los artesanos criollos, los indios dependientes de sus chacras o estancias, más las autoridades eclesiásticas, civiles y militares. Todos debían rendir en el templo pleito homenaje a la imagen venerada en su día, y pasar a comer o siquiera a desayunar en la Casa que guardaba el año entero tan rica mina de gracias y consuelos.

Allí se oía la relación que hacían de los favores que en el año habían recibido de su protector o protectora celestial. A contribución debían poner, si había Obispo el pontifical, los canónigos su asistencia, los jueces y algún sacerdote el sermón, el Deán las Campanas a toda hora, desde el amanecer de la víspera. La autoridad el cañón, la tropa sus salvas; los "collas" prestaban los morteros de bombas o camaretas, fuegos artificiales, etc.

Notó Licia que diversas advocaciones de la Santísima Virgen recibían culto y amor: Nuestra Señora la Bella, el 2 de julio; de los Angeles, piedad el 2 de agosto; la Candelaria. Pero en el Santoral del Devocionario con que consolaba a su querida enferma había un título que la atrajo poderosamente. "Yo escogeré para mi devoción a Nuestra Señora de las Nieves", dijo; y no fué más, se impuso una sobrecarga de labor para realizar su deseo. Hiló un estambre muy fino, llamado "hilo de hadas"; con aprobación de su buena madre, salió llena de gozo el 4 de agosto a ofrecer a las señoras de su relación el hilo fino que era por ellas muy estimado. Pero ¡qué prueba para la devota niña!: nadie necesitaba entonces del hilo. Ya eran las cinco de la tarde, escaso tiempo para encargarse la misa del día siguiente.

Dios le inspira el pasar por la casa de un canónigo que no era de allí, sino de la Capital, a ir a ofrecerle el hilo. Con gran rubor y timidez se lo ofrece; levanta el sacerdote sus ojos del libro que leía y reconoce que la niña no es acostumbrada a ese desempeño. Sospecha una pobreza y padecimientos velados y trata de tranquilizarla: "Sí, hijita, muy al tiempo viene Vd; necesitaba yo ese hilo tan fino, ¿cuánto quieres por él?" – "Señor, una misa, era para encargarse una misa para la Santísima Virgen de las Nieves en el día de mañana". Y animada por las preguntas del canónigo, contó su atractivo a esta devoción. "Está bien, yo mismo diré esa misa... aguarda un poquito..." y entró a la pieza contigua y enseguida volvió trayendo dos piezas de estopilla (género fino de hilo) y un cartucho de dinero, y quiso poner las piezas en brazos de la india que la acompañaba y alargó a ella el cartucho de dinero. "Quedo en decir la misa y esto es para ti." – "No señor, por nada llevaríamos esto, qué diría Mamita si yo llegara con obsequios. Perdóneme, no." – "No soy yo, hijita, es la Virgen quien te lo da." – "No, señor." Y salía, cuando el bondadoso canónigo hace seña a su mayordomo. "Siga Vd. con esas piezas y paquete a esa niña, salude a la señora en mi nombre y dígame que permita ese obsequio a la niña, porque no soy yo, sino la Virgen quien se lo hace."

Doña Manuela agradeció la fineza y en cuanto desapareció el sirviente, Licia se arrojó a los brazos de su madre llorando de emoción y de gozo. El paquete contenía 25 patacones (pesos fuertes). Inmediatamente la niña pidió a su madre dos reales para pagar al organista, que debía tocar durante la misa, y otros dos para encargarse a L... el escultor una medalla de la Virgen, es decir un busto de relieve, con el de Nuestra Señora pegado en una tabla como de 40 centímetros más o menos.

Tocóle en suerte que el rostro de la Santísima Virgen salió hermoso y humilde, muy proporcionado, cubierta la cabeza con su manto azul con orla dorada y túnica lacre. Un altarito con dosel de su mejor chal y flores naturales hacía Licia cada año a su dulce Madre Celestial, para que a su vuelta de la misa presidiese sus inocentes alegrías.

## 1.5 – CASAMIENTO DE LICIA

Tres años después un joven comerciante, don Miguel Rodríguez, pidió la mano de Licia y su madre bendijo al Señor, porque ya moriría contenta dejando protegida a su querida pequeña.

Lo primero que propuso Licia a su esposo fué que el primer dinero de las ganancias de ese año se empleara en el culto de la Santa Virgen, lo que él aceptó gustoso. La Madre de Dios los bendijo: además de la inalterable paz y unión, de la estimación de que gozaban en la sociedad, el hogar se alegraba con tres varoncitos y dos niñas y los bienes temporales alcanzaban para educarlos. Darles carrera de Abogacía a los varones, de los cuales el segundo, después de obtener sus grados, llegó a abrazar el estado sacerdotal.

## 1.6 – LA VIRGEN DE LAS NIEVES

Habiéndose informado el Señor Obispo Córdoba de la devoción de esta casa a la Santísima Virgen de las Nieves, les prometió una imagen hecha de sus manos y una Novena que entre sus libros había traído. El Señor Obispo era buen escultor y pintaba cuadros más que regulares, con los que enriqueció su Catedral y muchas iglesias.

Les obsequió la bonita imagen, como de 80 centímetros, y la Novena de Nuestra Señora de Nieva, que desde entonces se hacía diariamente con gran solemnidad y misa con cantos y órgano. El día de la fiesta, misa cantada y exposición del Santísimo; Vísperas cantadas; Salve por la noche y velorio tres días, con Salve cantada los tres días. La Novena estaba basada en la contrición, pues se trataba en ella de la imagen de Nuestra Señora oculta en las sierras o pizarrales, cerca de Segovia en España, que encontró el pastor Pedro de Buena Ventura; apareciendo la Virgen a él, para que fuese a avisar al pueblo que la viniese a llevar con honores. El pueblo lo hizo y experimentaron que la serenidad del aire fué favor de la presencia de la imagen, antes las centellas y rayos eran frecuentes y fatales.

Puede decirse que el título debía ser "Refugio de Pecadores"; toda ella era humildad. A costa de oírlo, la familia aprendía sentimientos y afectos como el acto siguiente:

*Omnipotente Señor de Cielos y Tierra, Dios mío, consuelo mío y toda esperanza mía, al trono majestuoso de vuestra infinita misericordia pretende acercarse esta vilísima criatura, esperando de vuestra paternal piedad el perdón de sus pecados. Conozco Dios mío que con ellos he ofendido a un Padre infinitamente bueno; que yo no soy digno de ser llamado hijo vuestro, porque con mi criminal conducta he disipado el patrimonio que me entregásteis para granjearme la gloria. Mas con todo, única esperanza mía, quiero Señor volverme a vuestra casa; quiero volver a gozar la dulzura de vuestros brazos, los regalos de vuestra mesa y aquellas amorosas satisfacciones que disfrutaban vuestros hijos. Por tanto, oh amorosísimo Padre, oh Dios de toda clemencia, perdonad mis culpas por vuestra infinita misericordia. Duélome Señor de todas ellas y quisiera tener aquel odio infinito con que Vos, oh Suma y Eterna Bondad, las abomináis y aborreceis. Propongo Señor la enmienda y pido a vuestra Majestad luz y acierto para confesarme bien de ellas, espíritu y fortaleza para hacer de todas ellas saludable penitencia, valor y esfuerzo para emprender nueva vida y conseguir de este modo la felicidad y dicha de vuestra divina gracia. Amén.*

En otra ocasión, decía:

*Amabilísimo Noé, que con las voces espantosas de truenos y relámpagos prevenís a vuestros hijos que huyan a esconderse al Arca de vuestra divina Madre, a la que Vos mismo hicisteis Refugio de Pecadores, dentro de cuyos términos nadie perece y todos viven exentos de los rigores del cielo...*

y así seguía toda ella, entre el temor y la más tierna confianza.

### **1.7 – LA AZUCENA DE CRISTO**

Fuera del círculo familiar, contaba Licia para formar el corazón de sus hijas con una amiga virtuosa, probablemente de su misma edad o poco menos; era doña María Fernández. Soltera, con otras vecinas – Angela, Purísima Pinto y varias otras – habían tenido la felicidad de ser dirigidas en los caminos de la piedad por el último Obispo que nombró el poder real, que era el señor Otondo. Carmelita, este piadoso prelado dirigió a estas jóvenes pobres, de buena familia o mediana clase, que sin esta guía hubieran quizá aumentado los pecados del pueblo; logró inclinarlas sólidamente a la virginidad sostenida con la mortificación. Bajo apariencias comunes a las demás jóvenes, el hábito eran sólo las modestas costumbres, la asiduidad y reverencia en el templo, la oración en todo tiempo, la humildad y abnegación en la familia, y la caridad con los enfermos y necesitados. Para animarlas, el piadoso prelado les decía que ellas eran las «Azucenas de Cristo»; con fruición, septuagenarias ya, recordaban este bello Palladium que habían custodiado en tantas batallas como victorias. Esta santa mujer tendrá mucha parte en la atmósfera religiosa de ese hogar, que le creó un parentesco de afinidad hasta su muerte.

### **1.8 – ANITA RODRÍGUEZ**

Las dos hijas mayores de Licia ya hacían carrera. Anita, la alegría del hogar por sus bellas prendas, era bien educada (con profesores), escribía con buena ortografía, tocaba la guitarra por música, bailaba con toda la ciencia de la época, cosía ella únicamente las delicadísimas prendas de ropa para su madre, hacía flores hasta de sus cabellos, encajes, dibujaba y bordaba. Tenía conciencia de ángel bajo la dirección espiritual de la "tía" María Fernández, que así había querido Licia que llamasen sus hijos a la gobernante de su casa.

Un joven comerciante portugués, don **Francisco Lopes de Coelho**, bien emparentado en el Brasil, pidió a sus padres a Anita por esposa, y se la concedieron.

### **1.9 – NACIMIENTO DE MICHA Y LOR**

Un año después Licia tuvo la desgracia de perder a su esposo de insolación, no sin recibir los últimos sacramentos.

Un mes después de este doloroso suceso, Anita tuvo una niña que nació el 21 de octubre de 1835 a las 6 p.m. Fué Licia quien la presentó al día siguiente a las fuentes bautismales, sin pompa ninguna por su gran dolor. Diéronle los nombres María la Mayor Micaela, «Micha». Anita dió después un niño, que enloquecía de gozo a sus tíos brasileiros, que vinieron para estar prontos a apadrinarlo en su nacimiento; lo llamaron Lorenzo, «Lor». Hubo otra niña más, que su prima Manuelita llevó a las fuentes bautismales y a quien su padre llamó María de la Gloria.

### **1.10 – MUERTE DE ANITA**

Débil estaba Anita. Micha, de cuatro años y medio, veía a su madre rezar mientras se vestía y se peinaba todas las mañanas. Este es el único recuerdo que conserva de ella viva.

A los 40 días de la pequeña Gloria, Ram, el querido hermano de Anita, cantó la primera misa y ella asistió llena de gozo. Era para su fe, la de su familia y la del pueblo todo un felicísimo acontecimiento, una fiesta incomparable. Después de esto y desde la misma noche «le picó la calentura», es decir que una fiebre lenta la acercaba al sepulcro.

"Tía María, a Vd. recomiendo a Micha; edúquemela en el temor y amor de Dios. De la pequeñuela no tengo ningún cuidado, porque me seguirá pronto". Su confesor el Deán le administró llorando los últimos sacramentos y la asistió hasta su último instante. Su hermano Ram también la asistía, hablándole de Dios; a él también recomendaba sus dos hijitos. El 4 de julio del año 40 Licia, sus dos hijos doctores y el esposo de Anita, lloraban a mares oyendo la recomendación del alma. La moribunda tranquila y resignada entregó su alma a Dios; en los brazos estaba de su tía María, la "Azucena de Cristo". El dolor de Licia fué impetuoso; hubo que alejarla de allí.

Al día siguiente, iban a empezar la vigilia cantada antes del «entierro capitular» cuando vinieron a despedirse de ella, por la centésima vez, sus hermanos hasta los dos más niños. Una fiel sirvienta traía de la mano a Micha; la vió el Dr. José y tomando en sus brazos a su sobrinita la alzó para que viese el semblante de su joven madre, por última vez. Vestía el hábito de Nuestra Señora del Carmen, una especie de velo o toca rodeaba su rostro y le daba el aspecto de una santa imagen; el crucifijo entre sus manos, que conservaban los anillos que siempre usó.

Toda la vida agradeció Micha a su tío este triste favor; muerta ya la planta que le había dado vida, parecía que el alma de Micha hubiera recibido el abrazo del alma de su madre. Su cuerpecito se amarilleó; «mocheó», dice el idioma indígena cruceño a este mal, ocasionado por el contacto de los muertos con los niños.

Donde quiera que se acostaba Micha a dormir dejaba humedecidos los bancos o camas con un copioso sudor. Dios parece que le daba el llorar la muerte de su madre con todos los poros de su tierno cuerpecito.

Seis meses después, la pequeña Gloria iba a reunir sus restos a los de su madre y su alma resplandeciente al Cielo.

### **1.11 – DON FRANCISCO LOPES DE COELHO**

El esposo de Anita probó el amor que conservó a su esposa, amando tiernamente a sus hijitos y sirviéndoles de padre y madre a la vez. Sus tradiciones cristianas eran la devoción de los suyos a Nuestra Señora de la Salud; la conservó en una Salve a ella hasta su último día. Envío a decir muchas misas para favorecer al pobre clero de su país, y esto mismo hizo todos los años por los amados difuntos.

Ayudó al Señor Prefecto Rivas a la construcción y organización del Hospital. Sus principales cualidades eran una lealtad inquebrantable a Licia y todos sus hijos, mucha humanidad con los sirvientes y los pobres, en especial por los campesinos y los indios desvalidos. Un espíritu de orden y disciplina en todo y justicia inquebrantable, por lo que sostenía a sus cuñados en la buena causa. Y como eran casi siempre jueces y él lo fué de Comercio casi hasta sus últimos días, era cualidad preciosa para el pueblo que lo conocía y apreciaba.

El joven abogado don José Rodríguez había sido electo diputado. Despechados los contrarios, dijeron que no lo dejarían partir, sino que en el camino lo secuestrarían con tropa armada.

Licia lo supo cuando su hija estaba todavía en la capilla ardiente. Después del responso cantado de la noche, llamó al afligido Portugués y le informó que, secretamente, había hecho llevar los dos mejores caballos a la salida del pueblo; le ordenó que saliese con su cuñado y lo llevara a ponerlo fuera de peligro en el camino de Sucre. El antiguo militar tomó su par de pistolas y llevó a cabo felizmente las órdenes de Licia. ¡Qué enemigo podía pensar que el Dr. José, que acababa de alzar a su sobrinita hasta el rostro de su amada hermana para darle el adiós con los inocentes labios de Micha, estaría diez minutos después alejándose de aquella casa, que rebosaba gente apenada y dolorida para consolar a su madre, que no vivía temiendo ver realizada la amenaza! Y así lo habían determinado, para la noche inmediata al entierro de Anita; pero la penetración de Licia y la abnegación de su yerno eran notables.

Micha era el tesoro que con ternura de madre cuidaba y educaba su padre. Licia veía en ella a su difunta queridísima hija. Neve, la suave y silenciosa segunda hija de Licia, y Kino, el pequeño tío poco mayor que Micha, eran los compañeros de sus juegos, y la madre prefería cada vez más a Micha que a ellos. A pesar de su corta edad, cada año ella debía ordenar a «las Pepas», las floristas, el adorno que había de estrenar la sagrada imagen de Nuestra Señora.

El Dr. José, de vuelta de su viaje, trajo a Neve un precioso Niño Dios, escultura fina del Cuzco; ya fué otra fuente de devoción.

## 1.12 – INFANCIA DE MICHA

Llegado el tiempo, es decir a los siete u ocho años, la tía María Fernández instruyó a la niña en el Catecismo, obligaciones del ayuno y de la recepción de los sacramentos. Licia reunía a su familia y sirvientes en la Semana de Dolores y cumplía con el deber cuaresmal, confesando y comulgando el Viernes de Dolores con sus hijos y sirvientes.

El sacerdote Ram ejerció grandísima influencia. Se ofreció para las misiones y pasó en el Beni y Madera hasta el límite brasileño, evangelizando a los indios. Trajo a Micha un Niño Dios hecho de piedra berenguela por los indios, que conservaban las industrias y artes que les dejaron los jesuitas. Nombrado para un curato de campo a ocho leguas de la ciudad (La Enconada, desde 1891 llamada Warnes), venía con frecuencia; y para la fiesta del Rosario, patrona del pueblo, llevaba a su madre y familia para que dieran esplendor al adorno del templo y recibo de la concurrencia. Cuando fué ya estable en la ciudad, contaba las vidas de los santos que leía en las lecciones del oficio divino, mientras la obediente Micha le preparaba el desayuno o el café. Más tarde, cuando ella contaba 12 años, su padre le entregó la llave de los baúles de su madre y allí encontró mucho material para imitar los primores que admiraba: bordados, encajes, flores, cintas, lentejuelas de oro, etc., que avivaron el empeño de sus manecitas para asemejarse a aquélla que veía a través de sus obras. Bella, graciosa y bondadosa, encantando su hogar con la inteligencia de que todo eso era manifestación. Sus lágrimas caían sobre los objetos preciosos, sintiéndose lejos de ella, vacío el corazón, sin el calor de ese afecto.

Primero las muñecas, después los adornos y galas de las santas imágenes, fueron adueñándose de ese haber. Micha consideraba un valioso sufragio emplear en el culto las obras de sus manos, en obsequio de los santos. Ram le daba el placer de emplearla en dar "algunas puntadas" en los sagrados ornamentos. Aún le dió mayor consuelo, cuando le trajo la custodia de la Catedral para que la limpiara con todo el arte y cuidado con que limpiaba, por complacencia, los relojes de todos los de la casa y aún de los amigos. Su padre le había enseñado la Relojería.

Micha componía también la ropa de todos ellos, ayudando a Neve y a su mama, María la Azucena de Cristo.



Barría y acomodaba la pieza de su padre, porque éste quiso que en su educación recorriese todos los estados en que podría encontrarse si después le era la fortuna adversa. Aún debía ser la enfermera gratuita de los pobres del barrio y de los forasteros, que acudían al Portugués cuando se encontraban desamparados; ricos o pobres. Debía cuidar hasta de los animales: una pequeña quintita la ponía en contacto con la agricultura y las flores.

### **1.13 – DON FRANCISCO EN CAPILLA**

Penas abundaron también. Licia llegó a tener, por sus hijos y su carácter, influencia política y social; en pueblo chico, quiere decir adhesiones y persecuciones. Triunfando los contrarios, fué perseguida con su amiga la Presidenta Mercedes de Velasco. El Portugués, con otros notables, fué tomado y llegó a ser con los otros puesto en capilla para ser fusilado. ¡Qué de tristezas para la niña de 12 años cuando con las fieles sirvientas iba a llevar la comida a su padre y no lo podía ver! Su abuelita, ausente. En la casa, sólo su ama de leche y sirvientas. Luego el arrojado Kino de 15 años y varios otros muchachos les ayudaron a hacer balas, derritiendo plomo y haciendo cartuchos para llevar al campo a los partidarios.

Pero también el barrio, emparentado casi todo, velaba por ella con ternura. Las humildes Azucenas de Cristo, viejecitas, la convidaban a leerles las novenas. La de San Rafael para doña Rafita, señora medio trastornada por la pérdida de su hija; la del Santo Angel de la Guarda, para doña Angela; de la Merced, para la Colla Durán; de la Purísima, para doña Cecilia, de quien podía obtener alguna vez que le permitiese leer algunas páginas de las glorias de María; que en el mes de febrero y ante la hermosa imagen de esa Casa, las leía el Señor Cura Durán y la gente acudía numerosísima a escuchar frente a la casa de Micha.

El Dr. José Rodríguez Verdugo, hermano de Anita, fué para Neve y Micha un cultísimo educador, suavísimo en su trato. Aspirando a la formación intelectual y social de las dos jóvenes, les proporcionaba libros adecuados de su importante biblioteca. Les obsequiaba vestidos de seda traídos de Sucre y muchos otros objetos de lujo. Pero lo mejor eran las relaciones que les hacía de las virtudes que notaba en las monjas, con las que, por ser senador, algún favor solicitado lo había puesto en relación. Narraba los cultos y grandes fiestas en esos centros o capitales y tenía conversaciones sobre Historia en general, hasta la contemporánea universal, pues estaba suscrito al «Correo de Ultramar». Nunca dejaba de asistir el jueves, por devoción, a la Misa del Santísimo Sacramento e inspiraba esta devoción a Micha.

### **1.14 – LAS ESCUELAS DE MICHA**

Retrocediendo a la primera década de años de Micha, diremos que asiste a las primeras letras en la escuela de la Maestra Becerra, donde las niñas «bien» estaban en la banda de Santa Teresa, y las pobres en la de Santa Rita.

«Dulce Jesús mío, mirad con piedad mi alma perdida por culpa mortal» era uno de los cánticos. ¡Ah, la Preceptora R. Becerra!... cambió algunas veces en contra del Inspector Sr. Rivas gruesísimo el final, e hizo concluir «la traza de Rivas, que es temeridad».

Presto cambió Micha por la escuela del señor don Melchor Landívar, quien ayudado por su buena esposa doña Zoila, sólo admitía corto número de niñas «bien».

Entre otras a quienes conservó fraternal afecto descollaba Felicidad Granados, de alguna mayor edad que ella. Tenía toda la suavidad, modestia y devoción de un Angel de Guarda; para Micha, era la que con paciencia le repasaba las lecciones, le obsequiaba

golosinas que le enviaba su tía monja y aún sucedía, con alguna frecuencia, obtener permiso de ambas familias para que Micha fuera a su casa a participar de sus juegos. Allí veía la huérfana a la madre ejemplar, sentada en el salón de juegos en un extremo. Francisco, el futuro obispo de Cochabamba, tenía su iglesia con todas sus funciones acompañado de sus dos hermanitos A... y F... . En extremo opuesto, Felicidad y sus dos hermanas con varias amiguitas vestían las muñecas para que asistiesen en esa catedral a los oficios y procesiones. La bondadosa madre, haciendo medias u otros tejidos, seguía con las miradas todo ese mundo y componía las diferencias que se suscitaban, recordándoles la presencia de Dios.

Durante la revolución o estado político de que hemos hablado, persuadía su padre al Dr. José que debía ocultarse. Apenas éste había partido para el fondo de la casa cuando algunos balazos a la puerta de la habitación del Portugués clavaron las astillas de la puerta en el vestidito de Micha. Dios la preservó de la muerte.

Así iba pasando su vida. Tenía algunas otras parientas y amigas, como doña Isabel y sus hijas Eliodora y Simona Landívar; su tía Manuelita de Cuéllar y la madre de ésta, doña Petra; a todas ellas visitaba y servía en ocasiones de enfermedad. Sobre estar cerca, doña Isabel y sus hijas eran las más frecuentes y de allí sacó la devoción a San José, patrón de esa Casa.

Doña Antonia y Juana Manuela Zambrana y los tísicos de esa Casa, encontraban en ella mucho consuelo y si morían, muchas novenas y rosarios. Licia era en todo esto la autoridad protectora.

## 1.15 – MUERTE DE LICIA

Llegó el año 1850. Volvía Licia de su estancia del campo, cuando la acometió una fiebre pernicioso que agravaba su enfermedad antigua. El adicto médico doctor Castro no pudo vencer, como había muchas veces vencido. Fiebre y letargo, largos días; la Virgen Santísima de las Nieves fué expuesta cerca de su cama; esto la despertó y se dió cuenta de que era preciso prepararse a la muerte.

Recibió con piedad los Santos Sacramentos, por los mismos padres franciscanos que habían dado una misión al pueblo en San Andrés; alojados en unos cuartitos, venían a preparar la fundación de un Hospicio, llamados por Monseñor Salvatierra. La familia se turnaba alrededor de la enferma, para no perder del todo la asistencia a los sermones.

En su agonía Licia pidió que le acercaran la Santísima Virgen; la tomó su buen vecino don Juan Anzoátegui (argentino) y la tuvo a su vista mientras que ella le dirigía una oración tan tierna y confiada que sus deudos no hubieran podido tener la imagen, tan conmovidos estaban; no menos, la multitud de sirvientas de la Casa que, arrodilladas, oían deshechas en lágrimas: "Negrita mía, Virgen querida, ya llegó la hora en que espero me devuelvas el cariño que te he profesado, intercediendo por mí con tu Santísimo Hijo para que perdone mis pecados. Sé el amparo de mis hijos, te los dejo por siervos y esclavos; si me aman te amarán, pues yo no les pido otra cosa, que jamás abandonen la devoción que tanto me consuela en esta hora. Adiós Madre Mía aquí en la tierra, acompáñame allí donde Vos sabes el camino..."

Mientras iba hablando, el rostro de la imagen notablemente se puso colorado como una rosa y estos colores le duraron hasta que ella expiró, que fué al amanecer del día de Nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio, presentes todos sus hijos. Amortajada con el santo hábito bendito de Nuestra Señora del Carmen tuvo, según la costumbre, vigiliat cantadas y entierro capitular.

Quedó su casa en un tristísimo silencio. Ella era la alegría de todos; ella, tan amada por todos y tan generosa para todos, dejó hondos sentimientos de gratitud. Venían los

parientes por turnos a acompañar a las dos jóvenes pero no conseguían vencer su dolor, conversando largamente de todo; la tía Purisimita intentó, caritativamente por cierto, saltar e imitar pájaros y otros animales para hacerlas reír y sólo consiguió disgustar a los hombres de esa casa y hacer llorar a los niños.

### 1.16 – LA «TIA CHEPA»

Frente a la casa, entre la servidumbre de la señora «la Guampa», había una negra que había sido esclava cocinera; primero en Sucre, donde aprendió los primores de confitería que eran entonces dote de los conventos de monjas. Pero en lo que más aprovecharía la «tía Chepa» fué en la práctica de las virtudes y en la mortificación especialmente.

A la sazón era libre. Era abuela de unas negritas vivísimas, costureras finas, lavanderas, planchadoras, a quienes Neve acudía con darles qué hacer, satisfecha de su prolijidad y de las virtudes de las humildes vecinitas. Micha se reunía con estas pequeñuelas, dispuestas a fabricar muñecas y vestidos para ellas y se que prestaban a sus juegos. Una de ellas le contó que la tía Chepa ocultaba muchos de sus cilicios pero que ellas los habían encontrado algunas veces.

Ardió Micha en deseos de saber lo que era aquello. Un día a la siesta corre a la pieza de la gran negra y la llama para algún mandado urgente; la Chepa, que dormía su siesta, se levanta sobresaltada y deja caer de bajo la almohada los cilicios; cuando hace además de recogerlos la niña, más ágil, los toma en sus manos y pregunta qué es aquello. La negra, con seriedad, le ruega que guarde silencio y le explica la mortificación. Micha los considera en silencio y promete no decir nada.

### 1.17 – CILICIOS

En la Relojería, es decir en el cajón de herramientas, hay alicates y paquetes de tachuelas para despuntarlas y coserlas así... Al poco tiempo, ella y las negrillas todas hacían penitencias con sus fajas de tachuelas cosidas. Sucede un día que María la negrita ve en un árbol de la huerta unas frutas maduras; sube a cogerlas para obsequiar a Micha y la muchachería de sus hermanitos. Desgájase el árbol y cae María de un metro de alto sobre unos durmientes o vigas de madera. El mal no era para tanto; "¿Te has hecho mal?", preguntaban admirados de sus lágrimas. "No, no es nada"; pero en el trayecto su hermana ve que le corre en abundancia la sangre de la pierna. "Ven, ven, para ver qué tienes". La negrita no oía. Corrió con Micha hasta la casa de ésta para que Micha le desprendiese, sin que lo sepan los suyos, la faja o cilicio que llevaba en la pierna.

Esta era pues María, la negrita quien también venía a conversar lo que había oído en la Misión a los predicadores. Y no pudiendo en muchas noches disipar la melancolía de las dolientes, decía: "Vean, es preciso que recemos el Rosario por el descanso de la Señora Licia, todo lo demás es perder tiempo". Aceptaban con gusto la proposición y en aquella casa para siempre fué el Rosario diario, fielmente recitado en la noche.

Licia solía ir en Cuaresma al Hospital a dar limosna a los pobres y hacía que su nietecita les besara las manos; ella también lo hacía. Consolaba a otros pobres vergonzantes dándoles mortaja y cirios para velar a sus difuntos. No quería diferencia ninguna entre el alimento de sus hijos y criados. Para la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves enviaba invitaciones, por medio de sus hijos y criados, a la gente distinguida y decente; pero a los pobres, convidaba ella misma a muchos peones, obreros y artesanos, que fuesen a la Misa y volviesen a su casa a tomar chocolate. Los criados recordaban las

tareas que tenían un mes y dos meses antes, preparando dulces y conservas para el obsequio de tanta gente.

Otra tristeza vino a añadirse. Moseñor Salvatierra, nombrado arzobispo de Sucre, rogó a la beata doña María Fernández fuese a ser la mayordoma o ama de llaves de su Casa, temiendo los robos de la servidumbre. Ella, halagada de tan alto honor, aceptó; y aunque ellos y ellas "sus sobrinos" la quisieron detener, no lo consiguieron ni con razones ni con lágrimas. Neve y Micha eran las más afligidas.

Entonces cayó sobre Micha el peso extraordinario de la atención de las dos casas, pues en otra cercana a la Catedral que Licia había comprado, había puesto los dormitorios y despachos de sus hijos y toda la servidumbre masculina dormía allá. Ropa limpia y compuesta para todos; Neve ayudaba, pero Micha era el eje, como que corría con los gastos.

Licia, como antes lo había hecho Anita, en su última enfermedad declaró ante escribano, que autorizaba a su yerno el Portugués a "testar por ella" y lo nombró tutor y curador de sus hijos menores. Ni los mayores ni los menores objetaron jamás esta disposición, pues el Portugués era la equidad en persona. Siguieron viviendo en familia. El Portugués, para el sostenimiento, no tocaba las hijuelas de mayores ni menores; los gastos eran de lo suyo propio.

Neve, al llegar el 5 de agosto, vistió al precioso Niño Dios con camisilla de tul negro y no hubo procesiones al llevar y traer a la Virgen; las misas fueron en mayor número durante la Novena, pero sin música. Traída de la iglesia a la casa la santa imagen, estuvo según costumbre en la sala con cirios durante tres días; con lágrimas, las niñas y las parientes le preguntaban dónde estaba su devota y rezaban el Rosario.

Kino y Lor fueron enviados pupilos al Seminario de Sucre, a estudiar para doctores.

### **1.18 – EL CHOCOLATAL «TEOBROMA»**

Por ese tiempo el padre de Micha, empeñado en instruir a los hombres de campo, quería persuadirles de que ciertos productos que se traían de lejos también podrían cultivarse allí mismo. Pagaba los experimentos: sembrar allí mismo la cebolla, que creían que sólo del Perú debía venir. Compró cuatro leguas de campo en un terreno de yungas, en San Carlos, a 20 leguas de Santa Cruz, y plantó un chocolatal (plantas de cacao), que daba perfectamente.

También animó a los de Buena Vista a sembrar coca, y se daba excelente. Llevaba a su hija a algunas de estas expediciones.

### **1.19 – SAN CARLOS Y SU PARROCO**

Así fué como Micha recibió el santo ejemplo del cura de San Carlos, don Eduardo Hurtado. Era esta parroquia una antigua misión de jesuítas, un pueblito pintoresco en una altura; tan reducido el número de sus pobladores (indios casi la totalidad) que en la ladera o allá en la hondonada el tigre devoraba tranquilamente algún animal vacuno. Un pueblo de míseros indios que trabajaban para los derechos y autoridades tres días en la semana, dos para sí y sus familias y uno en el terreno "de comunidad", para los inválidos, enfermos, viudas y huérfanos. Algunos, deseando mejorar de suerte, acudían a las moliendas de caña de azúcar y dejaban al Cura el cuidado de mantener esposa y familia.

Don Eduardo podía haber hecho papel más brillante y vida más descansada en la Capital, pero amó a los indios en Jesucristo y se dedicó a servirles de Padre y Pastor en toda verdad. Desde enseñar a cortar adobe para la iglesia y a fabricar teja, porque en la

escabrosidad de esos campos no había que esperar en llevar nada de otra parte en carretón.

Todos los varones necesitaban de su trabajo; las mujeres, de hilar, tejer y atender a la preparación de las comidas y cuidados domésticos. Salían ellos al trabajo después que, en la plaza, el buen Cura había rezado con ellos las oraciones de la mañana; ellas se dispersaban a sus faenas. Le quedaban los muchachos, a quienes enseñaba hasta música y a fabricar violines de la gran caña hueca o bambú.

Con «la escuela» fabricó los adobes, ladrillos y tejas, y por fin llegó la hora de techar; sólo el cojo don Pedro Sandóval, guerrero retirado, había visto casas de tejas y el señor Cura, con precauciones, lo hizo subir al techo y él también se subió, a tejar la iglesia. Los indiecitos acarreaban y subían la mezcla en capachos de cuero.

Y la iglesia quedó bellísima, con láminas de mica y vidrios en las ventanas, novedad increíble. Vino el Obispo Prado a bendecirla y abrazó al anciano cura, con lágrimas de reconocimiento al ver tanta maravilla. La hermosa imagen romana del Patrón estaba imponente, con su mitra de cuero labrado y dorado. Sus cucharas y platos de plata, herencia de su modesta madre, se convirtieron en custodia y vasos sagrados. Ornamentos pobres pero aseados, flores naturales, adornaban las bellas columnas de la iglesia con primorosos capiteles labrados en madera.

La iglesia espiritual no era menos bella. Este rebaño había recibido en la niñez y adolescencia la instrucción religiosa elemental; después, el Cura siempre rezaba el Rosario a la noche, sin obligación de acompañarlo pues consideraba el cansancio del trabajo y las reuniones de familia, que eran la hora única de gozar de la conversación de sus casas. El sábado asistían por la noche a la Salve cantada y explicación del Evangelio del día siguiente. En Cuaresma era frecuente la predicación, si es que a alguna hora dejaba de predicar ese siervo de Dios. Con el consejo, la visita a los enfermos, la enseñanza de los niños, el consuelo de los pobres y afligidos y el ejemplo, pues tenía sus horas de trabajo en ese huertecito para ser lo menos cargoso a sus hijos espirituales.

A veces, en aquella iglesia llena de fieles, después de la aplicación del Evangelio se le oía decir: "Hijos, me han traído una vaca, rogándome que aplique varias misas por intención de la donante. Mañana, que vengan a casa Fulano y Zutano para carnearla, y todos los demás a llevar su pedazo de carne, dando gracias a Dios".

En otras ocasiones se le oía: "Hijos, si mañana no traeis alguna cosilla de comida, vuestro Cura no tiene qué comer". Corrían al bosque, al río; pescaban, y al día siguiente sacaban de sus cestos ya un trozo de pescado asado, ya una calabaza con miel, frutos de palmera y otras clases, y quedaba satisfecha la necesidad. Su pobreza era tal que de diario tenía sotana de chamelote azul y sombrero de paja ordinaria, tejido por sus indios; sólo se distinguía del de ellos por una ancha tira negra en la copa. La sotana verdadera estaba reservada para la iglesia.

Micha asistió a esas pláticas y salves; su padre era amigo y favorecedor del santo anciano. Asistió también a la devotísima procesión del Corpus, en la que todos los pilares de la iglesia estaban revestidos de flores naturales hasta el capitel; los hacendados llevaban las varas del palio, dos sacerdotes amigos los incensarios, pero no sólo éstos de rito; los muchachos, todos en túnica blanca cerrada con cordón colorado, llevaban otros hechos con la hermosa corteza dorada de la fruta del cacao, llenos de las preciosísimas resinas de sus bosques.

Las niñas, también en túnicas de blancura azulina y sirviéndoles de velo sus negras cabelleras, llevaban cestillos de flores que arrojaban al paso de la sagrada Custodia. Todos cantaban; los violines llegaban a 80, a más de las flautas, pífanos, tambores y campanillas.

## 1.20 – EXPLORANDO EL YAPACANI

A esto se sigue que a don Francisco (el Portugués) le dió por explorar, animado por las referencias de esos señores, el río Palacios y el Yapacaní, en busca de un puerto o navegación para dar vida comercial a aquellas fertilísimas regiones. Construyó botes, remontó el río, recorrió sus márgenes a brújula y precioso era su «Derrotero» o apuntes de viaje por las observaciones que contenía. Descubrió el puerto que llamó de San Francisco; gastó su fortuna, descuidó sus negocios y empobrecía naturalmente. La recompensa del Gobierno Nacional fueron 12 leguas cuadradas a las márgenes del Yapacaní; de las que él no hizo caso durante su vida, pues era en el corazón de los bosques y el Gobierno no favorecía la población de aquel puerto, lo que hubiera convenido.

## 1.21 – POBREZA, DECADENCIA, CELOS

Y volvían a la ciudad y a las exigencias de su posición social; sus tíos querían a Micha con todos los compromisos de fiestas. Aprendió Micha la difícil ciencia de reír llevando el llanto en el corazón; de adornarse como una diosa, suspirando por la paz de que gozaba la más humilde criada.

Una joven a quien compadecían todos los íntimos de su casa, a quien pedían felicidad sus amigas; las de su edad contaban con su inventiva para crearse adornos, cantar, tocar y bailar con perfección. Su padre era el único que cada día se manifestaba más severo con ella, por ciertas sugerencias interesadas de una que aspiraba a la mano del Portugués.

Lor volvió de estudiar sin doctorarse; era flojillo, y su padre creyó que se alentaría viajando. Sus tíos del Brasil, ricos y sin hijos, se lo pedían para heredero de sus cuantiosas fazendas. Acompañado de un sirviente medio pariente, muy fiel – Pastor – viajaba por el Brasil al Pará y por último a Cuiabá, donde residían sus tíos en una gran fazenda o estancia. Familia muy cristiana.

Un hermano menor del Portugués, Dom José, vino a hacerle una visita; este piadoso tío, que se había quedado soltero por amor a la virtud, rezaba todos los días el Oficio de la Inmaculada Concepción y tenía piadosísimas conversaciones que aprovechaba Micha. El terrible clima del Brasil se lo llevó después de su regreso allá.

Su casa en esa época no recibía obsequios de ninguna clase, por expresa prohibición de los señores. El Dr. José era Juez Letrado. Ram, Juez Eclesiástico y Provisor. Don Francisco, Juez de Comercio. Al primero le había tocado sentenciar aún pena de muerte, con infinita angustia de su delicada conciencia; un carnicero favorecido y un criado infiel asesinaron a su bienhechor y amo, que era baldado de las piernas, con su propia navaja. Después de hábiles interrogatorios confesaron su crimen. Sentenció, mientras la causa iba a la Corte Suprema. Sucedió al Gobierno Nacional un triunfo; decretó amnistía para los presos y... el correo se esperaba... La noche antes, comiendo en rueda con los demás presos, cayó muerto de repente el carnicero.

Lo reconoció el médico: era del corazón, rotura de un vaso o vena. Al otro día, según las comunicaciones de amnistía general, largaron al criado infiel (en diciembre). No pudo soportar la vida en el teatro de su ferocidad y se fué por los pueblos comarcanos. En febrero (carnaval) se disputó y lo mataron de una puñalada en una pulpería. Así favoreció Dios a su siervo, demostrando la justicia de su sentencia.

## 1.22 – MUERTE DEL DOCTOR JOSÉ

El año 1855, éste a quien Neve y Micha miraban como el padre más amable, daba inquietudes a su antiguo y fiel amigo Castro, el médico. No obstante, el pueblo lo eligió Senador y debía ir a La Paz al Congreso. Fué, pero sufrió un ataque de su enfermedad (consunción); los médicos le recetaron ir a Cochabamba inmediatamente. Tal vez por acercarlo a su familia, que envió al momento a un amigo y vecino, don Vicente Sanjinés, por no poder ir ninguno de sus hermanos. El, por no alarmar o porque se lisonjeaba de poder llegar a su casa, les había hecho esperar su regreso de un día a otro: rogaba a Neve y Micha lo esperaran con dulce de manzana, etc.

Ello es que la distinguida familia Sanjinés acogió al amigo enfermo como a un hermano y Don Vicente, a marchas forzadas, llegó a darle el consuelo de hablarle de los de su casa y servirlo. El día de Jueves Santo recibió el Viático y el Viernes Santo, con todos los sacramentos, dió su alma a Dios a las tres de la tarde, lleno él y todos los que lo asistían de los grandes recuerdos de ese santo día, de indecibles consuelos y misericordias.

Ram se había edificado una casa cómoda, casi frente a la de la familia. A las nueve de la noche volvió a ella, de la procesión del Santo Sepulcro del Viernes Santo. Había asistido como Canónigo, con cauda negra, temeroso de la peritonitis que fué su perpetuo enemigo; iba a acostarse y pidió a su sirviente Fulgencio le diese sólo una taza de café.

Entró a su dormitorio, oró un momento y empezó a desvestirse, con la luz de la mesa de su saloncito que penetraba hasta su lecho. El sirviente aguardaba allí para darle el café cuando entrara en la cama. De pronto una voz, que parecía salir de la pared contigua a la cama, decía: "¡Ram, Ram!". "¿Qué quieres?", contestó el sacerdote. "Necesito las misas al Espíritu Santo". "Bueno, las tendrás pasado mañana", le contestó Ram. Fulgencio entretanto había oído desde el saloncito la voz y se precipitó diciendo: "Señor, señor, ¿esa era la voz del doctor José?". "Sí, hombre; pero no vayas a decir nada al frente" (es decir, a Neve y la familia).

6 de abril era el Viernes Santo ese año, y aniversario de nacimiento del que esperaban, Neve y Micha con todos los de su casa. Ellas habían rezado el Santo Rosario y el sábado, después de haber encomendado esa preciosa vida, fueron a ver, como lo hacían todas las noches, los dulces y demás obsequios que pensaban presentarle a su llegada. Mirando estaban, cuando entró un pájaro negro o mochuelo, dió tres vueltas volando a cada pieza y se salió: "¿Qué triste anuncio es éste?", y lloraron.

Vino el día de Pascua. En las obligadas felicitaciones se veía a Ram triste; no era aquel inagotable contador del Misterio de la Resurrección y de las ceremonias y oficios de la Iglesia para celebrarlo. Al fin, cuando llegó el Correo siete días después, se confirmó que el 6 de abril, día de Viernes Santo, había fallecido el Dr. José, quien en los grandes apuros en que se vió siendo juez había ofrecido al Espíritu Santo lo que vino a pedir a Ram para consolarlo acerca de su eterna suerte.

En vida de su madre, el difunto se había inclinado a Urbana Buzeta, señorita muy bien educada; pero Licia rehusó pedir su mano para su hijo y prohibió a éste terminantemente pensar en ella, no porque ella fuese indigna, sino porque una parienta suya muy próxima tenía rasgos de locura. "No quiero locas en casa", fué todo. Respetó la voluntad de su madre hasta su muerte y aún después; pero en ese mismo año, pudiendo libremente hacerlo, no quiso dar publicidad al matrimonio que contrajo pocas noches antes de su viaje al Congreso. Neve lo supo media hora después de la ceremonia por las sirvientas, pero guardó su sorpresa, su dolor y la aprensión de la separación, que se efectuaría a su vuelta del Congreso; lo vió a él más triste, oyó que al despedirse de ella y de Micha les protestaba que no se separaría de ellas y lo dejó creer que ignoraba que había constituido otro hogar.

A don Vicente dijo el moribundo: "Es la lucha entre estos deberes y mi querido viejo

hogar lo que me ha quebrantado; muero de melancolía y doy gracias a Dios que me evita este cáliz". No obstante, Urbana, según su disposición testamentaria, debía gozar la pensión de viudedad que la Nación le concedió. Neve la amó con amor fraternal hasta su muerte, no había peligro de «locas en casa». Y su querido hermano la había amado.

### 1.23 – DESTERRADOS POLITICOS

Micha seguía siendo la hermana de caridad de los forasteros enfermos. Las revoluciones en la Capital de la República eran frecuentes y en ese caso toda la plana complicada iba al destierro, desde el Ministro hasta el portero. «¡A Santa Cruz, que se los coman los mosquitos!» (en la ciudad no hay ni uno). «¡Sin dinero, a que padezcan...!» No, no padecían; el que padecía era el Señor Obispo Prado, que costeaba, por ser el «padre común de los fieles», casa y comida para los desterrados.

Así alquiló una propiedad, aquella «otra casa» en la que antes vivían los varones de la familia, para aposentarlos. El médico... lo mejor era ir a buscarlo cuando mañana y tarde daba su vuelta por los departamentos de Neve o del Portugués, para tomar el guaraná que Micha rayaba para su padre y todos sus amigos.

Sí, recetaba el Dr. Castro píldoras, tisanas, emplastos; a éstos, y a brasileros, peruanos, quiteños. Don Francisco hacía seña a Micha para que preparase. Entre ellos, quedó en bendición el nombre del ecuatoriano Eguibar, que había vivido ya en Arequipa ya en Potosí. Comerciante, este señor había traído como prueba de comercio, por si tenían despacho, algunas imágenes de relieve (cartón aprensado), vestidas con preciosas telas y mucho arte. El rostro y las manos pintados; no como quiera, sino buena pintura; eran hechas en un convento de franciscanos de Potosí.

Las señoras que visitaban la exposición de mercaderías del señor Eguibar contaban a Micha lo precioso de las novedades de lujo y las imágenes, pero el precio, aunque muy merecido por la perfección de la obra, les parecía subido: \$ 25.

Hay que advertir que Micha, en una grave enfermedad de su padre y teniendo ella 15 años, había prometido a Nuestra Señora vestir el hábito de Mercedes; y habiéndose mejorado el enfermo desde ese mismo día, cumplió la promesa que la obligaba a llevar la santa librea de María Santísima en todas sus festividades y funciones de iglesia durante dos años. Por el mismo tiempo, uno de los varios collitas que, para seguir estudios en el Colegio Nacional, traían sus padres y ponían pupilos en casa de la paisana doña Petrona Durán, era Angelito Candia, muchacho servicial y bienintencionado a quien empezó a enviar la Durán a intercambiar productos con Cochabamba y pueblos del tránsito. En este ir y venir recibía Angelito encargos del vecindario, de pequeñas compritas, y se desempeñaba que dejaba contentos a todos.

Así, había dicho un día a su vecinita: "Micha, ¿qué me encargas?". "Que me traigas un libro para mis devociones, cueste lo que costare".

### 1.24 – IMAGENES SAGRADAS

A su regreso apareció Angelito con un Eucologio u «Oficio Divino», con tapas de terciopelo azul, ribetes y un Cristo de plata encima, broches del mismo metal. Nada era lo precioso de sus tapas en comparación de los consuelos e ilustraciones que de tal Eucologio salían, desde luego para el alma de Micha, que con alegría y gratitud dió su precio al diligente Angel. En un segundo viaje le trajo un «Ramillete de Divinas Flores». Ya podrían venir penas; Micha no las sentiría, toda entregada a esas piadosas lecturas.

Volvamos a la relación que hicieron de las imágenes donde Eguibar. ¡Cuánto deseaba



Micha verlas siquiera!; pero ¿cómo ir directamente, si el quiteño había sido su enfermo de tercianas, a quien había preparado tantas veces remedios? Al fin halló el expediente de que una amiga la llevase, como de paso, a una visita y entrase a la exposición de mercaderías a hacer hora. Logró por esa parienta ver a la hermosa Virgen del Carmen y a la de los Dolores; ya su corazón no cabía de gozo. "¡Quién fuera rica, para poder adquirir por segunda mano alguna de estas imágenes", pensó. Así, agradeciendo al dependiente su atención, salieron de allí.

Llegó el 28 de diciembre. Su enfermo tuvo su copita de café con sal, rió Micha de su «inocencia» y lo consoló con su tacita dulce de la misma aromosa bebida. Era, además, la última visita del caballero que, encontrándose mejor, regresaría al día siguiente a Arequipa, a gozar de aquellas noches que tanto extrañaba por bellas, siempre alumbradas las calles por el fuego del volcán.

Al atardecer entre dos luces, se presenta la cocinera del quiteño con una carta y un envoltorio en un pañuelo de seda, que la mujer llevaba con sumo cuidado. Llegó adonde estaba Micha y, saludándola en nombre de su Señor, le dijo que le traía un obsequio y le entregó la esquila que traía. Acordóse Micha del juego de inocentes y ni quería leer la carta ni recibir el obsequio. "Reciba, señorita" decía la mujer, "que es una imagen lindísima". Micha se percataba bien de pasar por «inocente». En esta porfía, la fiel antigua esclava de su abuela que estaba a su lado, Guadalupe, toma el obsequio diciendo: "Pasaré yo por boba para que se acabe esto". Descubre el objeto envuelto y aparece una bellísima imagen de Nuestra Señora que nunca había mostrado el comerciante, elegantemente vestida de tisú de plata con el manto de terciopelo azul, terciado de modo que dejaba ver el elegante talle de la Virgen; en el brazo izquierdo, sobre el recogido manto, estaba sentado el divino Emmanuel, el Niño Dios vestido con una sutil y graciosa túnica de un tejido rosa y plata. Su semblante, grave como la sabiduría, sostenía en el brazo izquierdo un mundo dorado coronado con la Cruz, y la mano derecha, sobre el pecho de su Madre, parecía señalar o dictar una ley.

La Virgen tenía el rostro humilde y bello; miraba a su divino Hijo, que al parecer conversaba con los pecadores, recomendando tener en alta estima a su suavísima Madre. La Virgen llevaba sobre la cabeza un velo de seda blanco graciosísimo; sobre su frente y en su cuello se veía su cabello modestamente bipartido. Su cuello, suavemente inclinado como quien aconseja perdonar o interceder; su mano derecha y su brazo extendido para abajo, en actitud de abogar y favorecer; su escote, adornado de piedras de colores; su cintura, ceñida con cintillo de oro. El revés de su manto de seda celeste claro contrastaba en sus vueltas con el azul oscuro del terciopelo. Los pliegues de su túnica eran artísticamente sobrios. Sus pies asoman de su túnica; parada en una bellísima y brillante nube de gasa de plata, pisaban un trozo de verdadera cadena de eslabones de fierro. Así debía descender a Barcelona al fundar la Orden para la redención y rescate de cautivos.

Cuán bella estaba. Graciosísimo el cabello, descubría algo las orejas, como facilitando el acceso de los clamores de los afligidos. Era la mujer fuerte, extendiendo sus palmas al desvalido.

Un gritito de sorpresa dió Micha y se abalanzó a estrechar su tesoro. Las dos mujeres quedaron dando y recibiendo los agradecimientos sonrientes, felices de la felicidad de la niña.

Micha fué a dar a Neve tan grata sorpresa, paseó su gozo por todas las piezas de la casa. La vieron los sirvientes, el perro, el loro, todos pretendía Micha que debían alabarla; hasta que fueron llegando su padre, sus tíos. Lor, que ya había regresado, la colocó en el Nacimiento que Neve había preparado en la sala para su precioso Niño Dios, cuya solemne fiesta con misa se celebraba el día de Año Nuevo.

Pidió a Ram que se la bendijese; pero éste, que sabía que el Señor Obispo Prado vendría a hacer su visita de Pascua, le aconsejó que esperase. Efectivamente, al día siguiente la bendijo el Ilmo. Señor Obispo y le aplicó indulgencias por la Salve. Después la colocó en un cuadro bajo cristal y en el fondo un cielo de raso azul con las 12 estrellas, pues meditaba los gozos de la Novena de la Santísima Virgen: «¡Oh, Via Lactea que Dios puso en esa celeste esfera, para endulzar la amargura del cautivo con su cadena!»

Ella, «la hija de todos», recibía lecciones de dictado y ortografía de los argentinos que la persecución de Rosas había alejado de su patria, especialmente del Dr. Plácido Bustamante. Servía de secretaria a su padre; llevaba las cuentas del gasto de la casa; bordaba con Neve la ropa blanca y aún los vuelos de tul de sus vestidos. Y sus amigas querían también «ir iguales»; para ello se trasladaban al saloncito de Neve y hacían entre seis primores para imitar un solo bordado, o dibujo o vestido o tocado, que Kino había enviado de Sucre, o que la moda había agraciado con algún modelo de alguna de las más favorecidas por la fortuna. Verdaderamente es admirable que se diese tiempo para esto, cuando tenía tantos a quien servir.

### 1.25 – DON NICOLAS CUELLAR

Un día llegó don Nicolás Cuéllar, tío político algo lejano de Micha, pero muy cercado a toda la familia por el afecto. Hombre que había ocupado la magistratura del país, agricultor y estanciero rico, dirigente de la política que a veces le había costado destierros y que, en estas salidas de su patria, mucho había aprendido. Intachable en su conducta social, progresista y observador, por todos estos títulos era muy respetado y querido en casa de Micha. Solía ir a consultar y discutir asuntos con la mayor confianza y la niña le había de preparar algún refresco o bebida caliente.

Un día vió que su padre la tenía ocupada en escribir después que a él y al médico les había pasado el guaraná. Era en la mañana, y oyó la voz de Ram que le pedía le trajera el agua caliente que necesitaba. Miró hacia la cocina; doña Mariana la cocinera y sus tres hijos estaban ahí para lo que se ofreciera. En otra pieza estaba Lupe, la sirvienta de Neve, con mama Antonina, la planchadora de la casa, antigua ama de leche de Micha; que aún casada y con larga familia en su casa, gustaba de pasar muchos días en esa Casa que amaba y por eso había escogido ser la planchadora. Y estaban Quintina la india, María Jesús y Delfina, amables indiecitas que le habían traído de obsequio a Micha, de las que daban las miserables indias del Beni y Chiquitos; y estaba Pastor, el compañero obligado de los viajes de todos. Todo ese conjunto observaba Don Nicolás: "¡Pues Señor!, que ha de ser Micha la que lleve el agua caliente para el tocador. ¿Y el sirviente Fulgencio?..."

A esto oye la voz de Kino que llamaba a Micha, el ruido de un objeto que cae a los pies de Micha y la voz colérica que grita que le faltaban los botones; era una camisa planchada con nitidez, pero ahora estrujada inservible. Su hermano Lor la llama, que vaya a recibir cierta provisión que hay que hacer medir por fanegas o almudes. Su propio padre espera que contente a todos para que siga escribiendo lo que a él le urge.

Salió Don Nicolás al patio y en voz alta llamó a la cocinera: "Tráigame un cuchillo para dividir a Micha y darle un pedazo a Ram, otro a Kino, a Lor, a Neve, a Don Francisco, pues sólo así atenderá a cada uno lo que le piden a un tiempo". Todos callaron avergonzados y los sirvientes fueron a ofrecer sus servicios a todos los necesitados, que los aceptaron, dándose cuenta de que inadvertidamente cargaban todo sobre la querida sobrinita.

## 1.26 – EL DOCTOR JOSÉ MANUEL CASTRO

El médico solía traer de Sucre remedios delicados para cuando los necesitase; no quería confiarlos a los boticarios, por ser su conservación difícil si no eran muy bien preservados. O si eran peligrosos, de medir y producir una fatalidad por dosis cargadas. Enseñaba pues a Micha a preparar.

El Portugués conservaba cierto utilaje muy delicado de cuando estuvo al frente de los negocios de minas de su tío en Diamantino, en el Brasil. Tenía que probar el oro, la plata y las piedras preciosas, pesándolos con balancitas muy exactas. Obras de estudio de Mineralogía, etc., conocimientos de Física y Astronomía, pues era aficionado a las exploraciones y observaba en sus viajes las utilidades de plantas y animales. Todo esto lo ponía a disposición de su amigo el médico y de todos los necesitados.

El Dr. Castro enseñó a Micha a vacunar. Micha quedó inmune con este admirable antídoto para ese flagelo terrible y vacunó hasta a los negritos del barrio.

La picaresca Delfina no dió tiempo a esta benéfica obra. Enfermó de viruela negra; la trasladaron con dos enfermeras pagadas a una pieza aislada al frente de la casa. Al oír sus gritos acudía Micha, llena de compasión, confiada en la buena vacuna que había tenido ella. Por otra parte, a Delfina ya se le habían caído los labios de la fuerza del horrible mal y no quería comer sino de manos de su señorita. Micha la preparó a los sacramentos y a la muerte; no obstante, no se encontró a las 8 de la noche en la muerte de la enferma: rendida dormitaba en su hamaca. Sintió un movimiento como que se colgaban de ella y la dejaban caer con fuerza; despertó y corrió a preguntar por Delfina: acababa de expirar.

## 1.27 – LA VIBORA PABILO

Don Francisco solía recorrer los campos en la vigilancia de sus deudores campesinos, a quienes daba, en dinero o mercaderías, auxilio para la marcha de sus ingenios de azúcar, cultivo de sus campos, etc. En estos viajes se conversaba de las dificultades del transporte de los frutos del país, por lo que se empeñó en la empresa de buscar un puerto para la navegación de los caudalosos ríos Palacios y Yapacaní, tributarios del Madera hasta el Amazonas. Exploró a su costa todos estos lugares, peligrosos por las tribus de indios salvajes y, a rumbo de brújula, en esas desconocidas e intrincadas selvas encontró lo que buscaba.

Denominó a ese puerto «San Francisco», en las márgenes del Yapacaní. Dió cuenta al Gobierno, que aprobó y alabó su empresa concediéndole seis leguas a cada orilla del río en aquel punto.

El último incidente de estas empresas fué el siguiente. Había prometido el Portugués a su hija y todos los suyos no exponerse más a esos viajes; en ocasión de ir a descubrir un cerro de sal, que suponía haber por allí, fué con Graciano, el inteligente mozo disecador de los animales raros que iban encontrando. Hizo subir a Graciano a un árbol elevado para inspeccionar, por los humos, dónde estarían acampados los salvajes, para no internarse más en caso de que estuvieran cerca. El mozo empezaba a dar razón de sus vistas cuando se sintió picado por la víbora pabilo, blanquizca y corta como una torcida de pabilo de vela, pero de veneno tal que bajó rápidamente del árbol y en el momento empezó la hemorragia por ojos, oídos y boca. Rápidamente también don Francisco saca de sus alforjas limones y polvos de azufre; exprime y le da un vaso de ese jugo azufrado a beber al enfermo y lo conduce al pueblo de San Carlos, y de allí a Santa Cruz en camilla. El médico declaró que si había escapado con vida lo debía al brebaje aquél, pero seis meses tuvo de llagas y hospital.

## 1.28 – UNA NOCHE TEMPESTUOSA

Una tarde llegan a la casa los mozos Pastor y el Colla José, nuevo disecador, y relatan, junto con una carta que entregan a Micha, que su padre le pide que con ellos le envíe varias de sus armas, municiones y provisiones de botiquín. Añaden que ha vuelto a entusiasmarse con el Cerro de la Sal y que ellos lo acompañarán, a pesar de la dificultad de la empresa, que se la han representado.

Asimismo, el señor Cura de San Carlos le ha rogado que no vaya, pero está firme. Pastor le dice: "Si tú, Micha, no consigues que desista, no hay quién; escríbele y entretanto yo aprontaré lo que pide, pues ordenó que regresemos mañana; porque si no, irá solo con varios indios de allí".

Micha lee la carta de su padre y resuelve ir ella: o su padre no va, o va ella a morir con él. Su padre es todo para ella, no quiere sobrevivirle. Corre a avisar a Neve y a los tíos: ponen el grito en el cielo por la temeridad del Portugués. Pero en todo esto ellos obraban con prudencia con él, por el temor de que, contradecido, quisiera ausentarse del país al Brasil y llevarse a Micha y Lor, que también los encanta.

Lor no se halló capaz de acompañarla; se sentía enfermo. Además, para el fin de atajarlo era mejor sola, pues si iba Lor la haría regresar con su hermano. La misma tarde y con provisiones para el regreso, sin armas, montó a caballo Micha, acompañada además por don Bernardino, anciano venerable por sus años y virtudes, que era el ujier de esos tribunales, o más bien un amigo campesino empobrecido que cuidaba de la moralidad de la calle en todo el radio ocupado por la Casa, sentado en su silla de brazos como un portero, pero sin más obligación que la de «presencia».

Lo peor era que el Colla era primera vez que recorría el camino de ida. Pastor no lo sabía, y don Bernardino muchos años que no lo andaba. Y estas dudas sólo fueron al salir a la otra banda del río Piray. Micha lo había recorrido varias veces, estaba segura. En esto, al cerrar la noche se prepara una formidable tempestad; Micha, que iba rezando por el asunto, tuvo que clamar el Trisagio en voz alta. Con esto la pampa fué un mar, las quebradas del terreno parecían todas iguales, no había ni rastros ni camino. Iban a la luz de los relámpagos, subiendo cuestas y bajando; en esto, empezó el Colla a padecer un terrible dolor de estómago. Los terribles truenos, los ayes del enfermo, la falta de camino y las plumas de fuego que cruzaban y a veces encendían una palmera u otro árbol, sembraban terror. Perdidos de camino, se entran por un cementerio de campo; tropiezan los caballos, se hunden a veces y, a la luz de los relámpagos, advierten las cruces de las tumbas.

La miedosísima niña, que jamás duerme sin luz de miedo a las almas, empieza a llorar y a encomendarse a su Madre la Virgen; en medio de su aflicción reza el Magníficat; empieza el Rosario, contestan los compañeros y a los pocos momentos ábrese entre las nubes un claro de cielo azul, con estrellas tan brillantes que a su luz reconoce el anciano el cementerio de San Isidro. Oriéntanse ya, aunque sin camino visible pues todo es agua, calados los viajeros hasta los huesos. Las nubes no desaparecen, pero aquel pedazo de cielo estrellado hace menos peligrosa la marcha. Por fin, a la luz de los relámpagos divisan en una altura una casita que saben está más o menos a mitad del camino de San Carlos; allí han llegado algunas veces don Francisco y su hija.

Más cerca, reconocen que han llegado por el lado opuesto al sendero que conduce arriba... ¿habrá que costear la montaña hasta llegar al camino practicado? Micha azota su caballo y el valiente animal a saltos trepa la escarpada ladera y los compañeros hacen el mismo esfuerzo. Los perros ladran; la dueña está alerta y siente la extraña llegada.

Golpea Pastor y pide hospedaje para la hija de don Francisco. "¿Si quereis

engañarme? ¡Pícaros! ¡Cómo he de creer que esa señorita, en semejante noche, venga por estas soledades!" Entonces la misma Micha solicitó el favor para refugiar a su pobre enfermo. Abrió la pobre mujer, pero en su miserable choza no había más luz que la que despedía el «jenecherú» (palo amanecedor), es decir el tizón con que había de prender el fuego al día siguiente.

A la tenue luz que despedía, dispusieron para el enfermo los pellones y mantas de las cabalgaduras, que estaban más secos que un lecho. Sacó Micha un frasquito de licor que llevaba en su alforja y dió algunas cucharadas al enfermo y a los hombres mojados; ella tomó un terrón de azúcar con algunas gotas. La dueña se había retirado a cuidar de sus pequeñuelos en la habitación, comunicada por un arco imperfecto, una «puerta sin puerta»; trajo un pequeño banco para la señorita y los hombres se sentaron cerca del tronco, sobre las monturas, a aguardar el amanecer enjugando o exprimiendo sus ponchos. Llegado el día, se pusieron en camino guiados por uno de los hijos de la buena mujer. ¡Cuál no fué el asombro de su padre al abrazar a Micha dos horas después en San Carlos, todavía con la ropa húmeda del tremendo aguacero de la noche! Le prometió muy seriamente abandonar para siempre las exploraciones, y lo cumplió.

### **1.29 – CARNAVAL, CUARESMA Y SEMANA SANTA**

Con todas estas andanzas, adquirirían muchas relaciones de gente pobre, honrada, que después les daban la prueba de su mayor cariño rogándoles tuviesen a sus hijitos en las fuentes bautismales. Aceptaban, dando el ajuarito al párvulo y auxilio a sus padres. Así, por su recomendación siquiera en cada Cuaresma, al ir a cumplir con la Iglesia y hacer las compras en la ciudad, habían de llevar al ahijadito o ahijada para obsequiarlo y, cuando llegaba al uso de razón, preguntar si sabía algo de Religión. También sus parientas le dieron algunos hijos espirituales.

Sucedió una vez que entró una mujer del campo, con su pequeñuelo de días apenas, a preguntar al Portugués por algún remedio; se dirigía al mercado a vender lo que traía en la cabeza. Compadecióse Micha de que el niño fuera a sufrir la fuerza del sol en esos trajines y pidió que lo dejase hasta su vuelta. La niña lo tuvo en sus brazos, entreteniéndose en considerar al Niño Dios en la debilidad de la infancia y la pobreza; vino la mujer y tomó a su hijo agradecida. Pero Micha se encuentra con un escozor en la mano, y ve la rapidez con que crece el surco o roncha que pica; muestra a una de las sirvientas su mano y la fámula reconoce que es, en efecto, el bicho arador de la sarna. Era sarna, y lo que más sentía era que la madre del pequeño enfermo era desconocida y no podría darle la pomada que a ella le aplicaron inmediatamente.

En la ciudad, oía misa los domingos y muchos días de trabajo, pues la iglesia de la Merced quedaba a una cuadra escasa y a la misma distancia, en otra dirección, el Oratorio privado de la familia Gutiérrez, de Nuestra Señora del Carmen. Todo el mes de enero tenía presente el Santo Misterio de Belén, tanto por el Nacimiento de su casa como por la asistencia a todas las Misas del Niño que cada familia hacía a la imagen del Niño Dios que poseía. Misas que se prolongaban hasta Carnaval, pues señaladas eran día a día las funciones. Porque ¿cuál era la Casa en que Jesús infante no hacía parte de la familia, alegrándola a toda ella?

Aún las sirvientas pobres solían recibir como herencia, del reconocimiento de sus amos moribundos, la santa imagen; y entonces ponían a contribución a las señoritas ricas para que «vistiesen» al desnudo. ¡Con cuánta alegría aceptaba Micha tales ruegos, y con cuánto arte y naturalidad adornaba! Ram le relataba no sólo bellos pasajes del Nuevo Testamento y del Antiguo, sino también las tradiciones orientales respecto de la Sagrada Familia; por eso, lo que hacía en obsequio de las imágenes era tan razonable y

natural.

Para Carnaval, Micha se divertía con Neve y sus amigas, mojando con agua rosada y perfumada, a todos los que venían a «atacar el cantón» de su Casa; pero esto era en horas de la tarde, si sus amigas y vecinas así lo disponían. En la mañana, en traje de iglesia con manto negro, visitaba al Santísimo, pero no había función; aún la bendición de aras, se le anunciaba a Micha para que no asistiese; pues siempre se consolaba con las ceremonias de la Iglesia que Ram le ponderaba. Se confesaba para comulgar en cada fiesta de Nuestra Señora y, según estaban los tiempos, a ella, a Neve y a sus amigas llegaron a llamarlas «beatitas» los canónigos de la Catedral.

Pero la solemnidad que Neve daba a la preparación era grande. Primero, enviar una sirvienta con mensaje al Confesor, que lo era el Padre Núñez, clérigo maestro de ceremonias de esa santa iglesia. Segundo, convocar a las que querían confesarse: Heliadora, Domitila, Juana, Manuela, Carolina, Simonita y otras, y que Micha leyera las oraciones y el examen. Y después, cada una en alguna mesita, con su pliego de papel apuntaba sus pecados. ¡Oh, qué de cuestiones, y de aflicciones, si el pecado era general, para establecer la más culpable! Por ejemplo, haberse reído de algún sacerdote (de su enorme coto): "¿Cómo decirlo? Va a sospechar que es de él... ". Así llegaba la hora de las Vísperas y acudían al templo. A veces, una sonora carcajada dentro del confesonario humillaba a toda la compañía, que se encogía y apretaban sobre sus rostros los anchos pliegues de sus mantos. Todo, para obtener la dicha de la Santa Comunión al día siguiente.

El ayuno cuaresmal le era facilísimo a Micha, quien aún por enfermedad o prescripción del médico no comió carne en seis meses, pues tomaba un remedio con nitro para el hígado. A Neve, más débil, le era costosísimo. Todos ayunaban.

En el curso de este santo tiempo, la "Azucena de Cristo" (la mamá María, que las había adiestrado en la práctica de sus deberes religiosos y a quien veremos dentro de poco volver a sus lares a vivir en su casita, acompañada de su fea indiecita que no cabe de gozo de haber estado en la Capital; doña María no tanto, por los desengaños que había sufrido) había advertido a sus discípulas que existe el «Diablo Cuaresmero», el más terrible enemigo de la paz, que siempre trata de hacer, de este tiempo de penitencia, tiempo de impaciencia y discordia. Las jóvenes no lo olvidaban, y ante cualquier cosa amarga que sucedía, miraban por encima de ella buscando la Potestad que movía aquello, para despreciarla.

En la Semana Santa, encargaban con anticipación a los sacerdotes más timoratos y pobres las misas de la Agonía para cada persona de la Casa; tres en los tres días primeros de esta Semana Mayor, devoción heredada de Licia. Hacían el Via Crucis por la calle el Jueves Santo, contando los pasos en aquel Oficio de Micha que tenía esta cuenta. Después fué preciso dar prestado el Libro al señor Cura de San Roque, para hacer este ejercicio en lugar de la procesión del Justo Juez que se hacía en la parroquia, o más bien durante la procesión. En casa de Micha y con ocasión de su precioso Libro, que mostró a un sacerdote, empezó esta práctica que perduró en la parroquia suburbana. En esa Vía Sacra del Jueves Santo tomaban parte Eliadora y todas las amigas íntimas que hemos mencionado, yendo de un templo a otro para visitar al Santísimo en los monumentos, durante las primeras horas de esa noche santa.

También ayudaban a alguna vecina, como la Sra. Mansilla, a preparar un altar donde debían detenerse las procesiones que de la Catedral salían en las noches del Jueves y Viernes Santo. Y en la madrugada, en la esquina de su propia casa se aderezaba el precioso tabernáculo en que venía a reposar el Santísimo Sacramento, en la aurora del Domingo de Resurrección. Lo mismo para Corpus.

Pero dejando estas devociones generales, la de su Madre y Señora de Mercedes que

tenía siempre a la vista la hacía transportarse de alegría; viendo a su precioso Niño le hacía mil devotos ruegos y obsequios con su «Ramillete de Divinas Flores».

### 1.30 – EL INGENIO DE AZUCAR

Por este tiempo, don Francisco había sacado de apuros a cierto campesino que tenía su «molienda» de caña de azúcar, con cargo de que en recogiendo su cosecha le había de pagar. Este buen hombre, casado y con varios hijitos de tierna edad, estaba una tarde empetacando, es decir embalando la primera azúcar que había logrado blanquear, para enviarla al Portugués que la vendiese y se pagase en algo a cuenta; en esto, estirando una correa para atar la última petaquilla (bulto), el pobre Rea cayó muerto.

La viuda era una mujer humilde, virtuosa pero incapaz de negocio alguno. Acertó solamente a despachar el cargamento preparado y, con el mayorcito de sus hijos, le mandó decir al Señor "que venga a hacerse cargo de la molienda para poder sacar su empréstito, pues ella no sabe nada de estos asuntos, y sólo quiere retirarse a la ciudad, a casa de sus parientes, a llorar su desdicha y amparar a sus hijitos".

En el día mismo se puso en camino don Francisco a hacer cabeza en ese duelo, disponer lo necesario y que siguiera la molienda sin desaliento de la peonada. Concertado lo más urgente y dejando allá a don Bernardino, que ya conocemos, para «presencia», volvió a la ciudad y expuso la situación a sus hijos.

El varón Lor dijo a su padre que estaba enfermo y no estaba en capacidad de hacer frente a esa faena. Vender el negocio... nadie lo compraría en ese momento; y mientras tanto, la cantidad ahí empleada no era despreciable para su mermada fortuna. Resignóse don Francisco, entonces, a ir por todo el tiempo de la molienda y estar allí; eran los meses más fríos, hasta agosto o septiembre.

Micha resueltamente quiso acompañar a su padre. Llegó una tarde a la dicha molienda, o ingenio de azúcar. La viuda le cedió la mejor pieza, pero ella no pudo dormir del ruido de las sabandijas. Al día siguiente barrió, retirando cama, bancos y trastos, y sacó toda clase de basura de cáscaras, huesos y bagazos que los niños comían y tiraban, y que su buena madre jamás barría, salvo en el espacio libre de muebles. Así aparecieron los cinchos de plata, en el vaso de guayacán con que se sacaba agua para beber de la tinaja. Y desde la niña de 12 años para abajo, la admiración en la familia y la sorpresa fué grande: ignoraban los cinchos de plata en el vaso con que habían tomado siempre el agua.

La viuda se retiró varios días después a la ciudad, a esperar su parte de ventaja en lo del azúcar; cedió el campo por una suma para su instalación en la ciudad.

Ya la tenemos a Micha. Su personal fué el siguiente. La fiel Guadalupe para cocinera de ella y «dulcera», esto es directora de dulces, fabricación de tablillas, que era parte obligada en el ramo de las azúcares exportadas al interior de Bolivia, a Cochabamba, Sucre, el Perú, La Paz, Salta. Pastor, para acompañarla en la atención y mando del ingenio. Don Bernardino, para respeto y encargo del orden y vigilancia de las peonadas. El Colla José, por temporadas iba y venía con los encargos para su padre, que lo más del tiempo residía en la ciudad, también por sus cargos y asuntos. Dos criollos para paileros, es decir reguladores del punto de cocimiento del jugo de la caña.

La negra Cándida y sus hijos, que ya era la cocinera de la peonada, seguirían en sus empleos y Micha le dió un título, de uso en el país para los negros e indios ancianos: era la «tía Cándida».

Las peonadas eran grupos de indios. Treinta y cinco chiriguanos, que eran los más honrados y valientes; bárbaros todos, infieles. Chiquitanos, para el pastoreo de los animales, vacas y caballos; cristianos de nombre, valientes. Los porongueños, indios

bajos, raquíuticos, ingeniosos en carpintería, embalajes, acarreo, envases; eran prolijos en sus oficios y ladrones rateros. También 35.

Las tolderías formaban cuadro en aquel extensísimo campo, separadas unas de otras para que no se peleasen. Don Bernardino era Jefe de Policía de todo esto. Uno que otro indio casado en cada parcialidad había traído a su mujer e hijos. Micha les distribuía ocupaciones que las hicieran percibir un sobresueldo, que venía muy bien a sus pobrezas: ayudantes de la dulcería, cuidado de las aves, lavado, hechura de jabón, destilación del aguardiente, etc.

### 1.31 – LA ADMINISTRACIÓN DEL INGENIO

Limpió su salita, hizo traer del río yeso, hizo blanquear toda la casa, que estaba en una loma o colina desde la cual se divisaba allá abajo el cuadro de las viviendas de los peones. Acá, en derredor de sus habitaciones, las cocinas, las habitaciones de los criollos y de la servidumbre. Allá, en medio del cuadro de las viviendas, más cerca de la casa de ella y equidistante de los hornos y del trapiche (máquina primitiva de moler caña, movida por mulas), los cañaverales, plantíos de maíz, mandioca, bananos, maní, porotos, zapallares, naranjales, limoneros, maíz sorgo o de la India, algarrobos, batatales y pastizales para las vacas, bueyes, caballos y mulas. En fin, todo lo necesario a la comida de toda esa gente. Matando vaca día de por medio o cada dos días, reservando los cueros para hacer las petaquillas o embalaje del azúcar.

Volvamos a entrar. Micha ha visitado las cocinas y en la oscura pieza de barro de la tía Cándida ha encontrado una tabla o medallón, y pegada a ella la Virgen del Carmen de bulto o relieve, que tiene en los brazos al Niño Dios. Ahumada, cubierta de polvo, telarañas y moscas. La saca, pide a la dueña se la deje llevar para honrarla en la sala. La negra con gusto la complace: la sacude y se la da.

Micha la limpia con cuidado. Es bonita, la Virgen de humilde y cariñoso rostro. Ella busca algunos retazos de tela de seda y papel dorado y la viste, siguiendo los contornos del vestido de escultura, cuyo barniz oscuro han blanqueado a trechos las cucarachas. Queda linda. Luego, con un fichú o pañuelito de espumilla bordado de colores, le hace un dosel, cuyos flecos se adornan diariamente con flores frescas del prado. Todo va tomando aspecto de orden y bienestar.

Por la noche, después de conversar un rato con su servidumbre de los asuntos del día, dice que va a rezar el Rosario y, por lo pronto, las sirvientas la acompañan. Pastor y los criollos, algunos días después, también se asocian a esta plegaria común. Más adelante, distiende un poco los nervios de esos luchadores tocándoles en la guitarra algunos aires; que en ocasiones excitan las piernas de Pastor, único que se permite un ligero bailoteo en la galería de la casa, mientras en la salita toca Micha y todos festejan.

¡Cuántas cosas aprende cada día! A calcular la leña necesaria para la semana; a tomar los puntos del azúcar y todo lo que allí se elabora; a tener leña de tajibo, resinosa, para alumbrar con teas de esa madera las cocinas y empleos. Un día le avisan los peones que no hay teas para el trabajo de esa noche; ella tiene algunas reservadas en su cocina. Va a indicárselas al peón encargado del alumbrado. Ahí está la tía Cándida, entre día y noche y las sombras y hollines, luchando con la fogata que ha encendido para sus comensales. Llega Micha con el peón y se acerca a la leña. De repente se siente tomada por la cintura y colocada al lado de la tía Cándida. ¿Qué es esto?... mira con ceño; y el peón le indica, en silencio, un punto allí: en el palo que pisaba por un extremo, en el otro estaba la víbora cascabel, tirando mordiscones sin desamparar su enojo. La peonada, reunida para la cena, dió cuenta de la terrible enemiga con sus látigos y palas de carpir.

Los domingos, después del desayuno, presentábase la peonada al pago. Sentábase



Micha en su patio, que no tenía cerca; sólo la proximidad de sus habitaciones decidía del nombre. En medio de ese patio, había un hermoso árbol de tajibo, siempre florido y fragante; su tronco hacía un cómodo asiento y otra rama corpulenta, aserrada más arriba, servía de mesa a su libro de apuntes.

Venía don Bernardino con sus «tarjas», o comprobantes de cada individuo. Tarja es una tira de cuero marcada con el nombre del peón, en que éste va haciendo un «pico», o indentación en el borde, por cada día de trabajo, y medio pico por cada medio día; por su parte, el capataz lleva la cuenta de cada uno en la misma forma.

Antes de pagarles, mientras don Bernardino comparaba las tarjas, les leía Micha la Misa en su inseparable Oficio Divino de tapas de terciopelo azul, que los indios oían con sumo respeto. Platicaba con ellos sobre la epístola o el evangelio, les daba sus consejos sobre no malgastar su dinero, atender con él a sus familias, no embriagarse y no faltar el lunes a su trabajo. Y les pagaba.

Después, si su padre había venido o las respetables familias de los Suárez o los Cuéllar pasaban a caballo a buscarla para ir a Misa a 8 leguas de distancia, iba. Si no, suplía con sus rezos en casa, en compañía de las mujeres.

Los domingos de Carnaval y algunos días de fiestas más grandes, eran los menos divertidos para ella. Tenía que pasar encerrada para que los indios no tuviesen el atrevimiento de pedirle que les hiciese dar aguardiente. Ellos lo solicitaban con majadería de don Bernardino, o de Pastor, pero al decir: "La patroncita tiene la llave de las bodegas, nada podemos hacer nosotros", se conformaban.

Ella enviaba por la tarde, en esos tristes días, a caballo por esos campos a los criollos más fieles a recoger las prendas de vestir que, en la embriaguez, tiraban los indios; en una gran caña hueca que servía de percha, en una habitación cerrada a llave, se iban depositando ponchos, camisas, etc. para, al día siguiente o el martes en que, confundidos por la pérdida, los dejaba medio día y después les hacía entregar, notificándoles que la multa consistía en que esa semana la ración de cigarros sería mermada mucho menos de lo que recibían, los que no se dejaban llevar del vicio hasta perder la razón.

No permitía que el tabaco se introdujera como artículo de venta. Ella lo monopolizaba para obsequiarlo como premio, y así consiguió moralizarlos. Los mismos bárbaros, peones de Cordillera, llegaron a venir a rezar el Rosario más tarde, cuando asentó su influjo por estos medios y otros que diremos.

### 1.32 – EL ECLIPSE

Un día hubo un eclipse total. Los indios abandonan el trabajo y corren dando alaridos al patio de Micha; serían las dos de la tarde. Se tiran al suelo aullando y llorando. Eran los bárbaros; detrás venían los cristianos de nombre, impresionados del alboroto de los cordilleras. "Rezá, Patroncita", gritaban los bárbaros, "para que no se acabe la Tierra". Quiso tranquilizarlos Micha con razones astronómicas: "Pero, si es cosa natural... verán, pronto va a pasar". Pero ellos "¡Rezá, rezá!", gritaban, llorando. Empezó a rezar el Trisagio con los cristianos todos y, concluído que fué, pasó el eclipse y empezaron a felicitarse de las oraciones de la patrocita y alzaron la cabeza con «vida nueva».

En los días de invierno, de «sur y chilchi», como dicen allí y acá diríamos «de pampero y garúa helada», vino a dar sus tristes graznidos un buho cerca de las habitaciones de los supersticiosos cordilleras. Hablaban ya de abandonar el trabajo e irse, de miedo de Aña, es decir del Demonio. En vano era querer detenerlos. Micha consiguió un plazo de tres días; entretanto, el Colla José se situaba en esas frías noches en las cercanías de los árboles donde gritaba el fatídico buho. La oscuridad era como de

tales noches, pero logró el tirador distinguir de dónde partía el grito y tiró a oído; el ave cayó herida. Al día siguiente, colgado Aña en un poste, servía de risa a los indios satisfechos.

### 1.33 – UNA AHIJADITA

En una de esas noches, dormían las mujeres cuando se oyeron toques urgentes a la puerta. Creyó Guadalupe que sería Pastor, o don Bernardino, que no habrían conseguido el relevo del cuarto de la noche, por no quererse levantar los del turno, y que vendrían a llevar a Micha para que los despertara; sucedía así con frecuencia en las noches más frías, en que sólo al oír su voz se despabilaban y acudían. Llegóse a la ventana, pero no acudió nadie y seguía el golpear la puerta.

"¿Quién es?", gritó Micha, recordando asustada; el ruido del huracán en la arboleda era aterrador. "Soy yo, Carmelo", contestó uno de los mejores peones entre los bárbaros; "soy yo, abrí, Patroncita la puerta, para que me bauticés la Chichita que acaba de nacer, para que sea como vos".

Pastor había acudido. Vistióse Micha y abrió Guadalupe. ¡Qué pena le dió ver la tierna criaturita!, desnuda en el poncho del indio, y él loco de gozo: "Bautizá, Patroncita, para que sea como vos". "Bueno, pero si me prometés que la educarás, la criarás para cristiana, que la llevarás a la iglesia, al Cura". "Sí, sí, cristiana, cristiana". La sola traída desde las casas de los peones en semejante noche pareció a Micha peligro de muerte para la criatura, y la bautizó. Después, en sus propios brazos más adelante, la presentó al óleo en el curato de Nuestra Señora del Rosario de la Enconada; esa parroquia estaba a ocho leguas.

Año tras año para la Cuaresma, el matrimonio indio hacía una visita a Micha llevando a Carmelita, su ahijada nacida el 16 de julio, en una de las noches más frías. De antemano, año tras año Micha tenía el paquete de una muda de vestidos completa para la indiecita. Ahora buscó los trapos más suaves de sus vestidos de muselina y envolvió a la pequeñuela, enviando a su madre chocolate, azúcar y pañuelos.

Concluía la «molienda», la animosa Micha persuadió a su padre hiciera sembrar caña para moler al año siguiente, hasta que se encontrase comprador para el ingenio. Ella fué a pasar los meses de descanso cerca de Neve y se felicitó de proseguir su sacrificio, pues revisando las cuentas y negocios de su padre, veía que siempre iba adeudado con dinero a interés. No estaban exentos de amargura estos días de descanso.

### 1.34 – UN COMPAÑERO PARA MICHA

Mientras tanto, parientes y amigos admiraban a la heroica niña y trataban en secreto de elegirle un compañero que fuera su sostén faltándole Neve, a quien el médico de la casa veía desmejorar de semblante día a día, atacada de una dolencia que sólo él sabía irremediable. Micha tenía informes de las antiguas sirvientas de la casa, a quienes él daba recetas que debían ofrecer a Neve como cosa de experiencia mujeril.

¡Con qué cuidado buscaban al elegido tantos hombres de mundo, cuyas cabezas grises miraban ya estos asuntos desde el trono de la experiencia! Cuando Micha asistía a las tertulias obligada por compromisos sociales, no soportaba ninguna inconveniencia por pequeña que fuese. Dígalo ese inglés Stonan, que viéndola sentada entre dos amigas cerca de una mesa, se permitió decir algo a una de ellas que le hizo bajar los ojos y enrojecer. Armóse Micha, por si a ella se atrevía; inclínase el «whisky» a querer besarla y recibe un bofetón que lo tira tan largo sobre la alfombra, mientras aplauden varios jóvenes del país dando palmadas y llega el amigo introductor del hijo de Albión a

levantarlo. "¿Qué hay, señoritas, qué pasa?". "Que Vd. se ha engañado", le contesta Micha, "creyendo que introducía en esta reunión a un hombre decente. Haga el favor de retirarlo de la circulación, es moneda falsa". El caballero tomó del brazo a Stonan y lo entregó al portero.

Don Joaquín Teodoro Tocantins, brasilero, comerciante distinguido que era uno de los habituales amigos del Portugués y a quien Micha administraba tisanas, presentó en la Casa de su familia a un joven dependiente principal, pariente de la esposa del comerciante y Cónsul argentino don Angel Costas. Recordó don Francisco al hijo de su amigo el Maestro de primeras letras de Lor; éste recordó al hijo mayor de su Maestro, su ángel de guarda en la escuela, de carácter apacible, atento y modesto.

### 1.35 – LA FAMILIA DE PEDRO RODRÍGUEZ

Quince años tenía Pedro cuando falleció su padre de unas tercianas, contraídas a orillas del Piray en un terreno que había comprado y que se empeñaba en creer fertilísimo a sus siembras.

Los libros dan poco. La familia eran: su esposa, doña Inés Justiniano, de una de las más distinguidas ramas descendientes de españoles, prima del Rector del Colegio Nacional. Todas sus hermanas habían casado bien y gozaban bienestar. Doña Inés, casada a los 15 años, había peregrinado siguiendo a su esposo a una Gobernación en Chiquitos, llevando muy pequeño a Pedro. Después de algunas peripecias políticas, emigrado al Brasil don Pepe Rodríguez, había aprendido mucho y venía con sed de difundir sus conocimientos en su Patria, que amaba más desde su destierro. Volvió pues a Santa Cruz con su familia desde Chiquitos; cuando falleció, dejaba a Pedro, cuyo carácter y delicadeza de sentimientos le hacían concebir grandes esperanzas, de 15 años de edad.



Inés Justiniano de Rodríguez

Sótero, Rosa, Beni, Socia y Felicidad, Manuel José y Pablito de pocos meses. La situación de la viuda era de pobreza efectiva, disimulada por los dones de su padre y de sus numerosos parientes.

La herencia religiosa de don Pepe consistía en la sólida instrucción religiosa que daba a sus hijos y discípulos. Los preparaba para «los argumentos», catequesis y controversias públicas que tenían lugar en la parroquia. Pedro se acordaba de su última argumentación, que fué sobre el sacramento de la Penitencia. Don Pepe recibió ejemplarmente los sacramentos y su hijo mayor solía encargar, cada año, una misa el 1° de junio, día de la Santísima Trinidad: ése era el natalicio de don Pepe.

El rubio Sótero era un niño con azogue en las venas; travieso y desaplicado. Así que don Pepe hacía vestir de paño fino a Pedro y de chamelote azul a Sótero. Este tomaba la blusa recién hecha, la llenaba de arena, atándole la extremidad de las mangas, y la azotaba contra un pilar, hasta que alguien acudía a quitársela.

Las tradiciones religiosas de doña Inés eran todavía más acentuadas. Don Juan Justiniano celebraba a Nuestra Señora del Rosario; las hijas suyas, hermanas de Inés, eran Dominga de Pinto, Mariana de Suárez, Isidora de Méndez; los hijos eran Luis y Ramón.

Todos se reunían en los días de los natalicios de cualquiera de ellos: padre, madre, etc. y, sobre todo, para la fiesta de la santa imagen de Nuestra Señora del Rosario, que era llevada, con música y gran acompañamiento, leguas y leguas a la iglesia parroquial, para hacerle la función y volverla con el mismo aparato a su casa y velarla según

costumbre.

### **1.36 – JUGANDO CON UN ESPECTRO**

Una cosa inexplicable le contó Socia, con toda formalidad, a su sobrina. Decía que, después de cada fiesta de familia, quedaban las familias varios días y hasta meses esperando la comodidad de volver a sus parajes. Así que ella, como de siete años, jugando al escondite con sus hermanas y primas, solían ya uno, ya otro de los niños entrar a esconderse bajo la cama de su tata Juan. Y tanto ella como los demás niños veían en la pieza, de seis a siete de la tarde, en la semioscuridad, un hombre vestido con larga túnica blanca orando ante la mesa de esa habitación, inmóvil. Preguntando a su tata Juan quién era ese individuo, quitábase el birrete y con suma seriedad decía que era el ánima bendita de su padre, a la cual había plantado lejos de la casa aquella cruz que se veía en su campo, para que orara cuando había baile en casa, pues era la vez que el alma bendita no pisaba la casa de su hijo. Satisfechos de esta explicación, ninguno tenía miedo y seguía meses y años la «tuja» o escondite, sin que tuvieran reparo en entrar a esconderse allí, a pocos pasos del orante. Y efectivamente la blanca forma se veía ante la cruz del campo los días de jolgorio general.

### **1.37 – DOÑA INES JUSTINIANO**

Doña Inés rezaba todas las noches el Rosario, con todos sus hijos y sirvientes. Pero volvamos al primer tiempo de su viudez. Pedro padeció de ictericia; tanto amaba a su padre que se puso amarillo y tristísimo; ya estaba en el Colegio Nacional.

La esposa de don Juan era hermana de doña Gregoria, la esposa del Dr. Justiniano, Rector del Colegio Nacional y hermano de don Juan. Ese dignísimo matrimonio había concedido su hija Panchita al argentino salteño don Angel Costas, que era comerciante y tenía casa de negocio de mercaderías por mayor y varias tiendas en la ciudad, atendidas por dependientes jóvenes de buena familia.

### **1.38 – LA EDUCACIÓN DE PEDRO**

Al considerar la viudez de su parienta, con ocho hijos, resolvieron esos dos genios benéficos, doña Gregoria y su hija Panchita, sostener la educación del mayor para que éste amparase a la familia. Con gusto lo admitió don Angel como dependiente, escribiente en el propio escritorio que tenía en la casa. Después, cada vez más satisfecho de las buenas prendas de Pedro, lo envió a Sucre a aprender la Teneduría de Libros, para que fuese el Inspector General de sus negocios en esa plaza y viajase a Sucre a traer mercaderías.

En Sucre, sus amigos fueron legión. Años después, cuando las dos señoras sus parientas y protectoras se retiraron a la capital de la República como al monte Olimpo, a velar por la educación de las tres niñas que Dios había dado a doña Panchita, Pedro diremos que tuvo un hogar en Sucre, cultísimo y donde valoraban su abnegación y dedicación a los intereses de esa familia de don Angel Costas.

### **1.39 – LOS TRABAJOS DE DOÑA INES**

Efectivamente, a la sombra de Pedro se fueron educando Sótero y Manuel José, sus hermanos. Doña Inés entró en la Tercera Orden en cuanto conoció a los franciscanos; los escogió por directores de su conciencia y de las de sus hijas. Inés, para mejor

conservar a éstas lejos de las tentaciones del mundo, o porque consideró parte del luto soterrarse a sus campos, más cerca de su padre, dejó a unas virtuosas parientas de caseras en su casa de la ciudad y se retiró a su campo. Allí, como mujer fuerte, pidió a la tierra el sustento de sus hijas. Sus parientes le proporcionaban peones, pero ella no admitía sino a lo más dos, para que arasen la tierra y cuidasen las pocas vacas que suministraban la leche a la familia. Sus parientes le hacían sembrar y recoger la cosecha y, calculados por ella los gastos anuales de consumo, ellos también venían a proponerle la venta o cesión de lo sobrante.

Vigilaba todo eso la virtuosa viuda. Uno de los trabajos que más le agradaba era echar por sí misma, acompañada de una o dos de sus hijas, el grano en los hoyos o surcos preparados, rezando su oración favorita: «Bendita sea tu pureza...», y los padrenuestros impuestos por la Tercera Orden. El confesor de Inés, Padre Viúdez, la había introducido en la Cofradía, lo mismo que a Socia; a esta última, teniendo sólo 15 años.

Pedro jamás volvía de sus viajes sin traer bonitos géneros y adornos a sus hermanas y utensilios y otros obsequios a su virtuosa madre.

#### 1.40 – PETICIÓN DE MANO

Micha regresó a la molienda en 1858. Pedro había hecho su petición por medio de su amigo Tocantins; había hablado también al Canónigo Ram, quien le había prometido su auxilio en el asunto. Su padre habló pocas y medidas palabras, presentando a Micha la proposición y dejándola en completa libertad de acogerla o rechazarla. Neve, en sus comunicaciones con ella, tomó partido más decisivo. Micha dijo que no se separaría de los suyos, que eso era duro. Neve le descubrió lo grave de su enfermedad y la pena que tendría de no dejarla establecida. "Cree bien, Micha, que éste es un hogar que se disgregará no bien yo cierre los ojos y tú quedarás sin hogar, expuesta a la indiferencia de estos hombres, y a la maledicencia de la que desea ser tu madrastra".

Cuántas lágrimas derramó Micha. Consultó después a su confesor, que habló como Neve; a su mamá María, que halló excelente el partido; a su mamá Antonina, su ama de leche y lavandera, que por cariño vivía matando las murmuraciones que la citada gratuita contraria esparcía, curioseando entre las servidumbres de los hogares. Porque era persona bien nacida pero mal educada, sin instrucción ninguna, y por eso suplía el Libro que hubiera satisfecho en gran parte su curiosidad innata, oyendo la crónica de labios de sirvientas. Primero las de su propia casa, legión de negras y zambas; de las antiguas esclavas, que azuzaban un ingenio que día a día se perfeccionaba, cuando descubrieron el lado flaco de sus señoritas: saber y explorar la selva de los hogares por medio de la chismografía, a menudo mentirosa, de esa clase de gente. La Antonina, el ama de Micha, recibió varias veces visitas en su pobre casita de estas personas, con pretexto de cansancio de paseos o de encargos de lavados finos. Quería sondear si Micha gastaba superfluamente en adornos de sus prendas de ropa; pero la vieja sirvienta resistió como un roble todas las insidias. Así que al oír a «su hija» Micha, incondicionalmente estuvo por la constitución de ese hogar y prometió oír misa todos los jueves, en la Catedral, a esa intención.

Pero sobre todo Micha recordó con más ahinco a Nuestra Señora, que era su Madre y pedía su favor con grande empeño. Una noche que dormía, desde la muerte de Licia, en el dormitorio de Neve, separadas las dos camas por un espacio en que estaba el cuadro de Nuestra Señora que ya conocemos, la despiertan y oye una voz suave y serena que llegaba hasta el fondo del alma, luminosa, "Conviene que te cases". Se sentó en la cama y a la luz de la lamparilla vió que Neve dormía. No, no podía ser ella; además de que la voz era más suave y segura en su autoridad que la de Neve. No obstante, la llamó varias

veces hasta que aquella despertó. "¿Me has hablado, Neve?". "No, duerme y déjame dormir".

Con toda esta preparación, respondió a su padre y deudos, que exigían la respuesta apremiados por Pedro, que sí. Advirtió a su padre que, antes que nada, pidiese el parecer a doña Inés, la madre de Pedro. Fué el Portugués y la dulce y modesta viuda dijo que sólo tenía motivo de felicitarse de la elección de su hijo, y que daría a Dios gracias con todas sus hijas, que presentó al antiguo amigo de su difunto esposo. Las afables niñas también estaban contentas. Decidido así su porvenir, volvió Micha a la molienda.

## 1.41 – ADIOS AL INGENIO

Estando todavía en plena faena, un patriarca de los Suárez había casado a su hijo Dan (Daniel Suárez) y deseaba establecerlo con ingenio de azúcar, como iba haciendo con los demás en campos próximos, para auxiliarlos con su experiencia y poder gozar de las alegres voces de sus hijos cualquier día, reuniéndolos fácilmente. Propuso compra del ingenio, bastante ventajosa, con la condición de que Micha lo habría de poner al corriente del manejo, especialmente en el trato con las indiadas. ¡Cuántas veces el viejo señor, apurado por falta de brazos, había acudido ese año a Micha, a quien sobraban grupos que iban a ofrecerse! Pero cuando les proponía otro establecimiento, desistían. Como por hacer favor a la patroncita habían consentido a veces en ir a prestar esos servicios, pero bajo el patronato de Micha y como personal suyo.

Llegó pues el joven Dan, como de 22 años, casado hacía meses con una hermosa jovencita de 13. El era condiscípulo de Lor, finamente educado; ella, hija de una matrona que de campesina pasaba a dirigente política y más tarde a persona instruída; pero cuando Lía se casó era una niña silvestre, que apenas leía y escribía muy mal, juguetona e inurbana.

Así que el viejo Suárez había solicitado la instrucción mecánica de su hijo y Dan solicitó, a su vez, la cooperación de Micha para educar a Lía. Uno de los primeros sustos de Micha sucedió después de algunos meses de haber llegado. Notando los peones que los zorros y los ratones dañaban la caña, mascándola en su tronco, resolvieron tomar una víbora boyé joven. Para acostumbrarla a la casa trajeron una como de un metro, con la cabeza como de un perrito chico; y como a un tal, la ataron con una soguita al cuello al pilar de la casa. Le echaron un canasto encima, para que al concluir su siestita la Guadalupe armase un alboroto de espanto, al querer alzar el canasto para llevar la verdura. Pastor sería el de la idea.

A los gritos de la despavorida criada salió Micha a espantar también, pero el Pastor le explicaba la necesidad de esta auxiliar trampa de ratones. Buscaron un tronco en medio de los cañaverales y la ataron allí; le llevaban mañana y tarde una ración de bofes o carne a fin de domesticarla para el servicio del cañal, y así sucedió. Ya después andaba suelta, pero se enroscaba en su tronco favorito, en donde la encontraban los encargados de llevarle la ración.

Conforme iba creciendo necesitaba más alimento, y empezó a atraer magnéticamente todas las sabandijas y plagas para devorarlas, de modo que alrededor de su tronco había una huesería de toda clase de esqueletos de zorros, ratones y pulgas. Con ello, en poco tiempo quedó limpio el cañaveral. La caña que tenía sorrera (mascada), se acedaba y quedaba refractaria a formar el «jacuú» del azúcar; sólo servía para hacer aguardiente.

Hubo también un incendio amenazador, que destruyó mucha parte de caña; cuadras enteras. La misma Micha con sus criadas acarreaban agua para apagar aquellas bandas inmensas de fuego, aquellos juegos pirotécnicos, que tal sonaban las cañas quemadas como una gran batalla. Los peones, negros como demonios con delantales de cuero,

apaleaban el fuego y le echaban tierra con sus azadones.

Otras tardes de verano, antes de la llegada del señor don Dan, en las horas fuertes de calor miraba Micha el trabajo de los peones cortando y limpiando la caña. Se compadecía de ellos y ordenaba a las mujeres que llevaran el guarapo en sus tinajas y en algunas «tutumas», cocos que sirven allí en lugar de tazas y escudillas, para repartir refresco a esos pobres asoleados. Ella llevaba una canastita con paquetes de cigarros. En cuanto los indios divisaban el grupo que bajaba de la altura, largaban las palas y los machetes y corrían a ponerse los pantalones, a vestirse para estar correctos cuando llegara caminando las tres o cuatro cuadras que distaban de la casa a los cañaverales.

Venían a recibir los cigarros, y a un indio o a otro solía decir: "Mira Chamelote que creo que recién te vistes. ¿Por qué te sacas la ropa para trabajar?". "Patroncita, mirá, cuando espinas romper este cuero" (y se tomaba la piel del brazo) "ella misma se cose. Pantalones y camisa, si se rompe cuesta coser, hay que comprar otro".

En otras ocasiones visitaba el departamento de las pailas y hornos en que se cocía el caldo de la caña. Al rescoldo de la «zabalera» (boca del horno), había varillas puntudas (asadores) en que estaban ensartados ratones y lauchas, comida riquísima para los bárbaros. Ellos con el mayor afecto ofrecían sus asados, sazonados con polvo de ají, a la patroncita, cuando aparecía por allá. Lo que, naturalmente, rechazaba agradeciendo.

Los bárbaros se ponían por nombre el apellido de una persona que les agradaba o bien de los géneros que les gustaban; otros se ponían el nombre que pensaban pedir cuando los bautizasen. Carmelo, Chamelote, Pimentel, Eustaquio, eran bárbaros.

El joven Dan se entregaba con ardor al trabajo: proyectando mejoras, como por ejemplo edificar habitaciones más cómodas; observando la marcha del ingenio, el rendimiento de las plantas de caña y chacra; escogiendo en el bosque maderas, etc. Solía venir asoleado, sudando a mares. Su Lía, sentada en la hamaca entretenida en algo, no reparaba en ello. Entonces Micha preparaba un refresco, una limonada o algo. La primera vez que lo hizo, llamó aparte a la joven esposa: "Mire, amiguita, cómo llega el Sr. Dan de trabajar, por el bienestar de Vd. Llévele esta limonada pero como cosa suya, para que él vea que Vd. es agradecida y quiere aliviarle". "Tiene razón, mi comadrita" (nombre que, por cariño, se daban las amigas). "Dan, la comadrita me ha dicho esto y esto, tomá". Así recibía la indiscreta Lía los consejos.

#### **1.42 – LOS OBISPOS OTONDO, CORDOBA Y AGUIRRE**

Antes de concluir con la vida de soltera de Micha, transcribiremos aquí los rasgos escritos anteriormente sobre los obispos de esa época de su vida, pues hacen parte de la herencia espiritual de un pueblo.

Ya hemos señalado el último obispo nombrado en tiempo de la Colonia, el señor Otondo, que debió ser nombrado hacia 1816 y falleció antes de la Independencia (1825), tal vez. No recuerdo lo que dice la historia.

En 1834 ó 35 entra en acción el Señor Obispo Córdoba. En uno de esos años hizo la visita a las parroquias de Chiquitos, mostrándose celosísimo por la regularidad del clero y el culto divino. Su firmeza en no ceder a los abusos solía expresarla así en aquella ardua empresa de la visita a Chiquitos, en que lo oyó decir don Francisco el Portugués, que por ahí viajaba: "Esta sotana que llevo más huele a pólvora que a incienso" (había sido capellán del Libertador Bolívar). Aunque era tuerto, con un ojo de vidrio, era aficionado a la pintura y escultura de imágenes. Pintó cuadros bastante regulares para varias iglesias; en la Catedral, dejó su mano en la Ascensión del Señor, la Purísima Concepción, San Pedro y San Pablo, etc. Favoreció así, como escultor, la piedad del pueblo. Ya queda dicho cómo dió a esos esposos, Licia y su marido, una imagen de

Nuestra Señora de las Nieves, con su Novena.

A pesar de sus aficiones artísticas, no se atrevió a retocar el rostro de la Milagrosa imagen de Nuestra Señora de Cotoca, encontrada en tiempo de la Colonia dentro de un árbol. Esta imagen aún se conservaba en 1903 tal como salió del tronco, con el mismo encarne y barniz.

Después de éste vino el Señor Obispo Aguirre, que se distinguió por su saber y el aparato de magnificencia con que rodeó la etiqueta de sus relaciones con el pueblo. Quiso fundar convento de mujeres, pero se le opuso el Presidente Velasco, a cuya familia pertenecía; según unos decían, temiendo que consagrara su notable fortuna a esta obra. El Presidente dijo: "¿A qué? ¿Para que se entren monjas hasta Mercedes?", que era la esposa del General, que vivía en Santa Cruz.

Por asuntos, y buscando tal vez consejos o consuelos, Licia fué a la quinta del Obispo llevando a Micha recién huérfana, y la pequeña en su inquietud recordaba haber visto en una estrecha celdilla un rostro de anciana con tocas y hábito. Sus tocas dejaron ver guedejas grises cuando la niña se acercó a ver la lorita que en un hombro tenía la que, sentada en una hamaca del país, leía un libro. Miró suavemente a Micha y le dijo "¡Pobrecita!", acariciándola. ¿Lo daba por hecho el Sr. Obispo que le permitirían el convento? ¡Qué imprudencia tan cara y dolorosa! Fué combatido de muchas murmuraciones. Al fin, harto de esta clase de trabajos, se retiró a Chile, a Valparaíso, y dicen que dejó su fortuna a un convento. ¿Sería a las Carmelitas? No sabemos.

### 1.43 – EL OBISPO PRADO

Vino el señor Manuel Angel Prado, pacheño piadosísimo como un San Francisco de Sales. Su memoria está en bendición, hizo bien a todas las clases sociales. Era costumbre que, llegando el Obispo, a los pocos días empezaba las visitas a su pueblo, calle por calle y casa por casa, sin desdeñar ni las chozas. Grande sentimiento, de llorarlo a gritos por la calle, hubiera sido si el Obispo se hubiera negado a alguna Casa en esta primera visita. Literalmente debía cumplirse esta palabra: «Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen».

Llegando con su acompañamiento a una Casa, todos, hasta los últimos sirvientes, eran presentados a besar el sagrado anillo; pocos minutos bastaban y una bendición. Cada dos cuadras, los familiares llamaban un vendedor de roscas (masas de maíz) o de pan; pues los muchachos que alcanzaban a divisar la sotana morada corrían sin aliento a arrodillarse, de todas las calles de donde se le divisaba. Su piedad hubiera quedado satisfecha con el beso del anillo y la sonrisa o la bendición pastoral, pero el Obispo tenía que repartir con sus propias manos, hasta dejar un bocadito a cada niño (recuerdo de Sótero). Los familiares pagaban y seguía el paseo; a las dos cuadras, igual ceremonia, más bien impuesta por el corazón del Obispo que por la necesidad del pueblo.

Todos conocían al Obispo; de esto se enorgullecían. A todos era accesible; los mendigos eran los mejores vigilantes de los ordenados, que no tenían seminario más que sus hogares. ¡La Casa del Obispo! Era siempre abierta a todos para entrar, salir, visitar, llevar sus consultas, afanes, pesares, quejas y discordias. La mesa, para los sacerdotes y los pobres, vergonzantes y no vergonzantes. Derecho de permanecer allí lo tenían los clérigos, los mendigos, los extranjeros, los desterrados políticos (muy numerosos entonces) y los corredores; refugio asegurado de las tribus salvajes pero amigas, ¡queridos indios! Si entrando a la ciudad encontrarais 15 ó 25 semidesnudos con sus flechas, sus industrias y sus espuelas de hojas de palmera, y les preguntárais: "¿Dónde vais a parar para guareceros del sol, de la lluvia o del frío?", irguiéndose, con gran seguridad os hubieran contestado: "¡Al Palacio!"



Si hubiérais visto correr a otros dos con un enfermo en una hamaca, sin detenerse, y preguntárais: "¿Adónde vais, Tío?" responderían "Enfermo va a morir, preciso que el Obispo bautice". ¡Allí acabaron centenares de catecúmenos!; la última aspiración era llegar al Palacio vivo.

Sus relaciones con el poder civil eran de las mejores. El santo y amable hombre de Dios era el consejero fiel, leal y prudente de los gobernantes. Que sepamos, no hubo conflicto en su tiempo con las autoridades, sin por eso ceder un palmo en la firmeza con que sostenía los derechos y bienes eclesiásticos.

Sucedió un motín militar. Se sublevó «el Cuartel»; el desorden y el saqueo tal vez amenazan al pueblo, o más bien amenazan venganzas de partido. Acuden los principales vecinos al Obispo, la misma noche del suceso y... no hay remedio... Se presenta el Obispo a la puerta del temible «Parque», presentan las armas... "¿Qué es esto, hijos? ¿Habeis echado a la autoridad constituida?" "Ilustrísimo Señor, no aceptaremos por ahora más autoridad que a Vuestra Señoría" "¿Cómo?!" "Nada, nada, V.S. será Prefecto y Comandante General". (La tropa): "¡Viva el Señor Obispo! ¡Que viva...!" Para garantía del orden, aceptó este mando el Obispo, hasta dar cuenta al Gobierno Nacional, lo que hizo inmediatamente.

Entretanto, llegó la fiesta patria y, según las exigencias de este pueblo de niños, el Obispo asistió a la Misa de Acción de Gracias con la banda tricolor al pecho. No sé si fué en esta ocasión u otra que el General Magariños (montevideano), Prefecto, fué desterrado con tanta prisa que no podía asegurar la suerte de dos hijas jóvenes y huérfanas, que a viaje tan peligroso no podía exponer tampoco. ¿Qué hacer? Lo más natural del mundo: dejárselas al Obispo, y el Obispo recoger a las llorosas jóvenes y colocarlas en la Casa de don Juan Antonio Gutiérrez, una de las más respetables y acaudaladas casas de su ciudad episcopal, cuyo jefe era un buen cristiano, piadoso y honrado a carta cabal. Allí, la dulce esposa de este señor les mostraría maternal cariño y el señor Obispo puso en sus manos el precioso libro de Filotea, para enseñarlas a hacer buen uso de la adversidad, cultivando las virtudes cristianas.

Así velaba también por las cinco hermosas e inteligentes hijas del ilustre patriota don Antonio Seoane, huérfanas de madre. La política y los honrosos cargos del padre las dejaban doblemente desamparadas. Acudía el Obispo, encargado de velar por ellas, a darles piadosas lecciones de «Filotea», informándose dulce y discretamente de su adelanto espiritual y previniendo sagazmente lo que podía ser escollo a la paz y tranquilidad de sus almas y buen nombre de que gozaban.

Condescendía afablemente con las tendencias y aficiones de sus hijos espirituales, cuando no tenían nada de malo. Ejemplo: el General Magariños o el General Rivero (uno de estos dos) gustaba mucho lucir su voz y también, por espíritu de piedad, cantar las Lamentaciones de Jeremías en la Semana Santa. No lo desdeñaba el amabilísimo Obispo; mandaba que le pusieran un pequeño sitial en el coro de los canónigos y el buen general, vestido de gala, servía a su Dios cantando sus trinos, en su turno, aliviando a los viejos canónigos en este desempeño tan a su placer.

Para con su clero tenía las más finas consideraciones. Sobre todo con los curas; los animaba a aliviarse del pesado deber de la administración de los sacramentos por la noche, avisándole a él cuando no pudiesen asistir ellos, asegurándoles que su salud "era de fierro" para levantarse a la noche. Y así tenía mandado el pueblo, que si tuviesen enfermos apurados tocasen la campana de la parroquia del Colegio, inmediata al Palacio, pues al segundo toque si el cura no parecía, él lo reemplazaba.

Así el Dr. José que ya conocemos, al salir de una tertulia por los barrios del Panteón, divisó un grupo con un farolito en una noche que llovía torrencialmente; uno del grupo indicaba los mejores pasos, en aquellas arenosas calles llenas de barro. ¡Cuál no fué su

asombro: el Señor Obispo!... sin paraguas, seguido de su familiar y precedido por dos parientes pobres del enfermo que acababa de auxiliar; iba calado de agua por media calle, que era un mar. El doctor cedió su paraguas, pero el Obispo no quiso consentir sino apoyarse en su brazo por no privar al joven paseante de su comodidad. Después comparaba éste los frívolos placeres que a él le ocasionaban aquella mojarón, con los trabajos de su Obispo, tan útiles y meritorios, que llevaba con tanta alegría esa alma angelical. Como corolario, recordaba el gozo puro que experimentó esa noche cuando llegó a su casa, después de la santa conversación que le dió el siervo de Dios, en cambio de aquel apoyo en que en algo había sido partícipe de sus buenas obras.

Quedó también en la memoria del pueblo la caridad que usó con un desgraciado protestante que acogió en su casa. Poseía este hombre un cuadro de mérito de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, que daba esperanzas al caritativo Obispo de ganar esta alma para la verdad. Al llegar sus últimos momentos, el nuevo Francisco de Sales lo sirvió esmeradamente en lo temporal, como a doméstico suyo; pero lo más tierno fué que, llorando al pie del lecho de este infeliz, lo amonestaba a entrar en el Arca de Salvación de la Iglesia Católica. "Don Juan Mateo" (Bloch) le decía, cuando luchaba ya sin habla con una angustiosísima agonía, "apriéteme la mano en señal de que quiere hacerse católico. Don Juan, ¿me oye?"... y con las manos enlazadas con las del santo Obispo, murió este infeliz sin dar la deseada señal.

Los desterrados eran numerosos, en ese tiempo en que la República estaba en formación. Por quítame estas pajas el mejor día iban desterrados desde el Primer Ministro hasta el portero. Los de raza quichua eran desterrados por lo menos a Santa Cruz, a sufrir el trastorno del clima con la humillación de la pobreza absoluta, por la privación de sueldos y la dificultad de los giros para los que tenían bienes.

Todos obligadamente eran huéspedes del Obispo, pues era el único que sin atraerse odios políticos podía socorrerlos. Fué tanto el número en una ocasión que alquiló la casa que se llamaba «la otra casa», y que pertenecía a Micha por herencia materna, pero que ésta cedió a don Camilo Rojas por cancelación de la deuda de su padre.

Allí el alojamiento, en casa del Obispo iban a comer. Llegó el Ilustrísimo a verse tan pobre, de mantener estas turbas, que no podía ver su vajilla de plata en su casa, pues era desempeñada y vuelta a empeñar para satisfacer estas necesidades ajenas; y con tanta delicadeza que primero hubiera querido ver descubiertos sus pecados (si los tenía) que estas deudas. Para estos desgraciados quería aparentar una inagotable riqueza, para quitarles el impedimento de pedir.

No todos eran decentes. La casa ofrecida tan generosamente la dejaron destruidísima y el Señor Obispo no quiso entregarla por nada antes de haberla hecho refaccionar.

#### **1.44 – ¡MILAGRO EN LA CAPILLA DEL COLEGIO!**

Cualquiera llevaba sus cuitas... Doña Juana Navas y doña Juana Cuéllar eran dos respetables damas entregadas a la piedad, de tal modo que se retiraban muy tarde de la iglesia del Colegio, que era la vecina de sus respectivas casas. En otro tiempo había sido capilla de los jesuitas, contigua a la residencia que es ahora el Colegio Nacional. Según costumbre de entonces, el Rector nombraba dos alumnos de entre los mismos estudiantes para que, mensual o semanalmente, inspeccionasen el aseo y seguridad del templo o Capilla de la Santísima Trinidad, que ya conocemos desde el principio de esta historia.

Dos estudiantes de turno, Carlos Landívar y Kino, se desesperaban por cerrar las puertas a buena hora para entregarse a sus juegos y pasatiempos juveniles. Pero por más que hacían ruido con las llaves, las devotas Juanas no salían hasta las 11 del día.

Suspirando, mirando para el techo, discurriendo, encontraron cómo urdir una de las suyas. La Santísima Trinidad, la Inmaculada Virgen, los Cuatro Doctores de la Iglesia...

Pidiendo pues Kino favor a su santo patrón contra tamaña desconsideración de Señoras, se acordó de que la mano con que empuñaba el glorioso Dominio, la pluma de ave religiosamente costeadada por su devoto, era de gomas o alambres, de modo que podía doblarse en actitud de escribir, o ya de suspensión como a pensar; y en esta actitud estaba actualmente, desde hacía muchos años. Comunicado su proyecto a Carlos Landívar, ya no hubo más... al día siguiente sería fielmente ejecutado. Cerraron ese día la iglesia tarde, pero con grandes esperanzas. Ataron una cuerda fuerte y delgada a la mano de Santo Tomás que daba detrás del retablo.

Llegaron en la mañana las Señoras. Después de toditas las misas quedaron, como de costumbre, completamente solas, comunicándose todas las necesidades del barrio, todas las enfermedades del pueblo y de fuera del pueblo, dándoles su padrenuestro. A las 11 envolvieron sus libros y novenas en sus pañuelos y echaron una última miradita al altar... ¿qué es lo que ven?... Santo Tomás hace ademán de llamarlas... ¿será ilusión?... Sácanse de nuevo los anteojos, se los calan... ¡efectivamente, las llama, no es ilusión! ¿Será favor particular? Se miran de reojo la una a la otra, vuelven a orar, vuelven a mirarse, se sorprenden... Al fin, una de ellas se anima: "Dígame, comadrita, ¿ve algo notable en el altar?" Confundida en su nada, responde la Cuéllar: "Noto, comadre, a pesar de mis pecados, las amorosas señales que me hace..." "Será a las dos, pues, Comadre; Santo Tomás..." "Ay, Comadre", observa la Navas, "esto debe ser la gran necesidad que el Santo halla de que las almas justas le ayuden a detener la ira de Dios. Recemos de nuevo, pues el Santo parece que no quiere que nos vamos..." Y rezaron, desatando sus pañuelos. Tocaron las 12 del día; satisfechas de su intercesión, viendo al santo tranquilo, ataron sus libros otra vez en sus pañuelos y... otra miradita de despedida... nuevo llamado. "¡Dios nos favorezca, Comadre! Algún terremoto o otro grandísimo castigo amenaza a todos. El Santo no quiere que nos vamos". Y otra vez a rezar.

Dieron la una en el Colegio y, aconsejadas por sus estómagos resolvieron, después de una contienda en que ninguna quería quedar sola, acudir ambas a dar parte al Señor Obispo del favor de que eran objeto. El Señor Obispo oyó la relación y opiniones de las dos famosas beatas que, pálidas y jadeantes de angustia, no obstante gozaban la satisfacción, según transparentaban, de que Santo Tomás se valiera de dos Juanas, como Jesús nuestro Bien se sirvió de tres Marías.

Mientras hablaban, el Señor Obispo hacía su juicio de lo que efectivamente era. Las tranquilizó y les dijo que fuesen lo más pronto posible a sus casas, que sus domésticos estarían inquietos, que él se compadecía de su prolongada oración y ayuno; pero que... tal vez sería una ilusión por un juego de luz, o una travesura de niños... Las señoras aseguraban que no y el Señor Obispo quedó de averiguar, para completa tranquilidad de estas señoras, que ese día llegaron a las dos de la tarde a sus casas. A los terribles estudiantes les quedó nada más que el tiempo justo para evitarse una penitencia por llegar tarde al aula.

## 1.45 – ADIOS AL OBISPO PRADO

¿Cómo explicar su solicitud por su clero? ¿por sus seminaristas? Los instruía, los amaba, los cuidaba como el mejor maestro de novicios y como el Padre del Evangelio; si era tan bueno para los pródigos y sirvientes, ¿qué sería para los buenos hijos? ¿Su «pulchra et casta generatio»? "Todas mis cosas son tuyas", dijo aquel padre, y el Obispo lo repetía, más de obra que de palabra, a esa pléyade de jóvenes a quienes

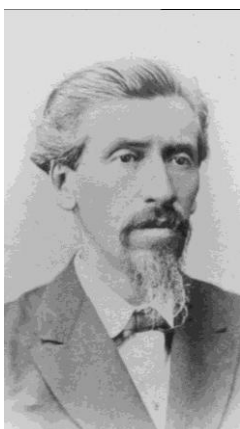
mantenía y hasta calzaba a su costa, para que asistieran a los estudios. Asistía a los ensayos oratorios de los ordenados los jueves en la Catedral, o en otras parroquias otros días; y a veces sacaba acerbos dolores de cabeza al ver ocultarse al orador después de una serie de exordios, que no pasaban de "amados oyentes míos". ¿Quién está enfermo que no enferme con él? preguntaba el Apostol; y este caritativo prelado experimentaba las mismas angustias por su grey.

Admirados de tanta virtud, en la cultísima Capital de la República lo pidieron para Arzobispo. Corrieron los hijos desolados a su buen padre. "¿Qué es esto, Ilustrísimo Señor, nos deja?..." "Hijos", decía con las lágrimas en los ojos, "me llevan los collas, creyendo que soy alguna cosa; pero yo me moriré pronto entre ellos. Porque soy un pobre obispo sencillo, y ellos necesitan un Arzobispo político y cortesano".

El piadosísimo pastor enriqueció su Catedral y parroquias con sus preciosos sagrados ornamentos. Sus sacerdotes recibieron en recuerdo libros utilísimos; los pobres, sus muebles, y los «marotos», aquel pedacillo de terreno donde se recreaba, y que pomposamente se llamaba «la quinta del Obispo». Sucedió al Señor Prado en la silla episcopal un obispo de corte espiritual ligoriano: el Ilustrísimo Señor Agustín Cabezas.

## 2. Pedro y Micha

### 2.1 – CASAMIENTO DE PEDRO Y MICHA



Pedro Rodríguez Justiniano

El 9 de septiembre de 1858, después de un buen retiro y preparación cristiana, frente a un altar preparado en el salón de Neve y ante la familia reunida, se presentaron Pedro, acompañado de su Protector que le servía de padrino, y Micha, conducida por Neve y con un modesto vestido de muselina con manto negro de iglesia, que cubría su rostro. El Canónigo Ram recibió sus promesas y les dió la bendición nupcial.

Petre (Pedro), urgido por el Protector para que llevase cierto encargo delicado a Sucre, no quiso ir si antes no realizaba su matrimonio, y ésta fué la causa de esta boda en medio de las fiestas públicas, del onomástico u otra fecha presidencial de Belzu (El Presidente era José María Linares Lizarazu). Micha, instada a ir a las fiestas, se negó. "Puesto que me notifican, digo que ha llegado la hora. Debo recogerme para pedir a Dios su favor, ponerme en su gracia, pues se trata de un sacramento que voy a recibir".

Poco después del matrimonio y de una corta felicitación mutua de familias e íntimos amigos y deudos, se despidieron don Angel con Petre, que debía partir. Por su parte, Micha rogó a su padre que la condujera a su campo. Allí fué Pedro dos días después, a despedirse. Recorrió la molienda, acompañado de don Francisco y Dan. En llegando de nuevo a la casa, dijo a Micha: "Despídase señorita del campo. Desde hoy soy comerciante, como es la carrera que he seguido; nuestros asuntos serán siempre en la ciudad."

Petre dejó a Lor amplias facultades para preparar la casa que, entre los dos, habían ido a contratar, tomando un departamento de la espaciosa casa de la señora de Téllez en la calle del Comercio, a media cuadra de la iglesia parroquial del Colegio, que estaba en la esquina de la Plaza. La casa estaba en la calle que partía de la Plaza hacia el Norte, a mano izquierda, bañada por el Sol al nacer.

Lor la amuebló a su gusto, consultando con Kino. Don Francisco y su hija encargaban, solamente, que gastasen lo menos posible. Empezar modestamente era propio de la delicadeza de Micha. Al volver su esposo del viaje, se instalaron allí.

Poco tiempo después, una fuerte pulmonía probó a la pobre Micha que tenía que cuidar a su enfermo casi sola. El buen médico que desde su infancia la atendía, con asiduos cuidados probó cuanto quería este paciente. Doña Inés, su suegra, y sus dos cuñados se turnaban a ayudarla. Neve estaba en el campo; sus amigas las Vargas la habían llevado para ver si se mejoraba con las aguas o el clima semiserrano.

La servidumbre se componía de María Jesús, que había anteriormente desaparecido de la casa de Micha, causándole pena su pérdida; la había «azotado el mundo», último remedio que tenían en cuenta las amas de casa cuando alguna indígena como ésta resistía a la educación moral de casa decente. En la última miseria, animada por doña Mariana, la negra cocinera de Neve, habíase presentado a ofrecerse una noche, toda confusa, para cocinera; al ser admitida, dijo a su antigua amita: "Señora, sólo muerta me sacarán de su Casa". Y lo cumplió.

Pedro había traído a su sirviente Esteban; Josecito, un sirvientito de Micha, y Délfór, el porterito de 20 años que correría con cuidar los caballos de paseo. Ellos completaban la servidumbre.

La primera noche de su instalación ya reunió Micha a hora fija a esta familia que Dios le daba y rezó con ellos el Rosario ante la Virgen de las Mercedes, que era el mejor adorno de su cámara. Pedro encontró bellísimas las Letanías, rezadas en castellano; su madre doña Inés siempre las rezaba en latín.

Difícil era ir a confesarse a la Catedral las vísperas de las fiestas, por lo que escogió por su confesor a un virtuoso clérigo, el P. Ramón Cuéllar, que frecuentaba la iglesia del Colegio, no sin consultar a Ram que, como Provisor, podía indicarle lo mejor. No dejó de acudir a su antigua casa a adornar a la Santísima Virgen de las Nieves y celebrar su fiesta. Dos cuabras y media distaba, y allí iban casi todas las noches a conversar.

Antes de casarse, Micha dijo a Petre, sonriendo: "Mi padre debe". "Pagaremos ambos", contestó Petre. "Tengo una hija", continuó Micha; se refería a una huerfanita, no huérfana, de que se hizo cargo en cuanto nació, con permiso de su padre, para evitar la guerra en una familia y la separación de un matrimonio, que no era ni pariente. La lactancia se había hecho en casa de la ama, a quien la entregaron don Francisco y Micha, después de haberla apadrinado en el bautismo, que en la madrugada del día le administró Ram en la Catedral.

"Tengo una hija" "La cuidaremos", contestó Pedro, adivinando el asunto. Recogieron a la pequeñuela y una niñera negrilla, Salomé, corría con su cuidado; estaba en la edad de las gracias, dos o tres años. Tenía simplemente el nombre de Nuestra Señora. Llamáramosla, por la facilidad con que lloraba, Lágrimas.

## **2.2 – CASAMIENTO DE LORENZO COELHO**

Lor era un trabajo, ahora. Se empeñó en casarse muy joven; para distraerlo de la idea, su nuevo hermano le ofreció asociarlo ventajosísimamente a su Casa de Comercio. No admitió; su padre le negaba la licencia, como menor que era, pero por fin lo consiguió y presentó a Neve y Micha su bonita esposa. Muy amiga de modas y diversiones, frívola. Ellas confiaron influir en su educación seria y la trataron con amabilidad.

## **2.3 – LA VIRGEN DE COTOCA**

A principios de diciembre de 1859, Neve, las Landívar, las Vargas y otras amigas invitaban reiteradamente a Micha para que las acompañase a la peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Cotoca, situado al Noreste, a 5 leguas de distancia de Santa Cruz.

La historia de esa milagrosa imagen es la siguiente. En los tiempos coloniales, hacia el 1700 y tantos, unos negros de las colonias africanas, que se traían para los ingenios de azúcar, habían matado al dueño y amo de un ingenio cercano a Cotoca, que era el radio en que la Autoridad permitía a los negros tener sus viviendas.

Matar a un blanco, costaba entonces no sólo un negro sino varios. El matador tenía cuatro hermanos; mas, cometido el crimen, huyeron los cinco hacia los montes de Chané, hacia Portachuelo. Se mantenían de la caza. Un día, enviaron al menor de ellos, un muchacho de 14 años que por cierto era inocente, a traer un poco de leña para asar unas pavas silvestres que a flecha habían cazado.

Fué el jovencito al corazón del bosque y, viendo un árbol corpulento con astillas al parecer secas y fáciles de desprender, le dió sus hachazos. En esto brinca una astilla y descubre dentro una preciosa imagen con encarnación sobre madera y tallado el vestido en la misma madera. Tenía las manos algo separadas, pero en actitud de juntarlas para orar; su rostro era bello, sus ojos de cristal, muy vivos; algo inclinada, como con infantil curiosidad, sus pies se adivinaban o se le veían poco, pisando el mundo, medio mundo.

Era como de 50 a 60 centímetros, con corona de plata. En fin, era una fina imagen de la Pura y limpia Concepción de María Santísima, que algún misionero, apurado por los bárbaros, había sustraído así al sacrilegio.

Llama a sus hermanos. Acuden éstos, la sacan del tronco y, olvidándose con el gozo de la pena de muerte, sólo tratan de dar a conocer a sus parientes su dicha. Desandan camino y la llevan a su rancharía. El gozo es general entre ellos. Creyendo indignas sus chozas de ser habitadas por tan soberana Princesa, le arman el mismo día una choza propia de hojas de palmera. Allí la velan día y noche, cantando toda la colonia. Empieza a hacer milagros y a esparcirse la noticia. Vienen de todas partes a verla, a admirarse de su conservación y, sabiendo el Gobernador tal suceso, les envía espontáneamente el indulto para que, del todo tranquilos, gocen de su tesoro.

Entre los favores de aquellos días se contaba el que hizo a don Juan Lozano y a su esposa Ana. Vivían en su hacienda muy felices, con una sola hijita de tres años llamada Micaela. Un domingo, la señora pidió a su esposo la llevara a Misa a la parroquia y que de vuelta pasaran por Cotoca, para ver a la Virgen de los negros. Al momento salió él para hacer ensillar los caballos, diciendo por broma: "A la parroquia, sí; pero a ir a ver a esa mulatilla, no". "Mira no te castigue la Virgen", dijo la señora.

Parece que no fueron a Cotoca. De vuelta de Misa buscan a la niña, que había quedado cuidada por su niñera y la numerosa servidumbre. Nada: la niña, sin salir de las piezas de la casa, como afirmaba la cuidadosa niñera, había desaparecido en ese instante.

Toda la peonada se puso a buscarla. La noticia de la aflicción que caía sobre ese hogar se extendió de modo casi inmediato. Los caballeros del contorno con sus peonadas se pusieron en afán de encontrar a la niña. Después de recorrer su propiedad en suma aflicción los esposos Lozano, la señora dijo a su marido: "Juan, ésta es la Virgen de los negros; es preciso que la veamos. Vamos a Cotoca; siento en mi corazón gran confianza de que nos devolverá a nuestra hija...". "Y si lo hace", contestó él rugiendo de dolor, "le edificaremos Capilla".

Fueron los dos; se postraron llorando y contando su pena a la Virgen, de modo que conmovían a los circunstantes. La pidieron a los negros para llevarla a su casa, a media cuadra de la Merced que servía de Catedral, y velarla en el salón con la solemnidad que se acostumbraba y al tercer día celebrar la misa cantada en dicho templo. Como era para honrarla mejor, y como eran señores de tan buena fama, a todo accedieron los humildes dueños.

Expiraba ya la tercera noche del velorio. En el salón había terminado la Salve cantada a orquesta; los sacerdotes habían salido a deponer la capa pluvial y dalmáticas, incensarios, etc. Ya el salón, lleno de señoras amigas, había rezado el Rosario ante la imagen rodeada de cirios. En el otro extremo de la sala doña Anita, envuelta en su chal negro de espumilla y con los ojos hinchados de llorar, miraba a la Virgen y oía los «casos» consoladores de su poder, que contaban las ancianas parientas. El pueblo rezaba afuera el Rosario, en las galerías exteriores. En la interior don Juan, con un ejército de amigos, había asistido a la Salve y oía las diligencias que cada uno había hecho y pensaba hacer...

En eso la pequeña aparece en la puerta de la sala, sin que ninguno pudiera dar razón de cómo y quién la había hecho atravesar el grupo compacto del pueblo que ocupaba la entrada de la casa.

"¡Miquita!" dijeron a un tiempo muchas voces. Sí, allí estaba, sin inmutarse por la mucha gente, "¡Hijita!", dice la señora cubriéndola de besos y de lágrimas, "¿quién te la traído?" "Una mujé", dijo la pequeñuela. "¿Dónde has estado estos tres días?" "En la casa de esa mujé, muy linda" "¿Has comido?" Sí, y cada vez más alegre contó,

regocijadísima, que le daba quesitos chiquitos, chancaquitas y chocolatitos, que no tenía hambre. Todo el salón, reforzado por los caballeros, hacía un enorme corro oyendo esto. El ruido del pueblo afuera era como de una colmena.

De pronto recuerda la madre su deber y alza a su hija en brazos; rompe el círculo, dirigiéndose hacia la imagen de Nuestra Señora. Miquita palmorea de gozo: "¡Mamá, mamá, ésa es la mujé que me tuvo en su casa y que me trajo aquí a la puerta!"

Tuvo todos esos testigos ese estupendo favor. Los Lozano cumplieron su promesa en todos sus puntos. Doña Mica Lozano murió anciana, soltera de vida edificante, y sospecho que fuera de las Azucenas de Cristo. A la hora que la llevaban a enterrar (1864 ó 65), todo el pueblo vió en el cielo una puerta luminosa, tan bien figurada y tan hermosa que fué para el pueblo una inolvidable tarde; una puesta de sol que elevaba las almas a la contemplación, al gozo y deseo del Cielo.

A esta milagrosa imagen hacían, en su templo y ciudad de Cotoca, novenas desde el 29 de noviembre hasta el 15 de diciembre. Las misas, cantadas diariamente, estaban encargadas por las familias con mucha anticipación. Cosas de la época: la Municipalidad, tutora de las limosnas que se recogían para el santuario, invitaba al Señor Obispo a pontificar y asistir. Y el Corregidor, suprema autoridad de Cotoca, organizaba en la plaza los regocijos populares, ante la iglesia de la milagrosa imagen: palo jabonado (cucaña), sortija, comparsas y tres días de corridas de toros.

## **2.4 – ESPERANDO**

En el verano tórrido, el agua de manantiales escasea y las amarillas aguas del río Callejas se tornan salobres, turbias, tibias y malas. La aglomeración en las casas de Cotoca es grandísima.

Con todas estas perspectivas y no obstante ellas fué Micha, rindiéndose a los deseos de Neve y sus amigas, y también... porque quería pedir el favor, que ya pedía diariamente ante su Virgen de Mercedes, que pedía cuando comulgaba, que la Santísima Virgen, Madre de Gracia y Misericordia, tomase bajo su amparo el ser que sentía en sus entrañas; que Jesús se dignase pasar la acción de su presencia sacramental hasta la cárcel en donde un nuevo desterrado en este Valle de Lágrimas se veía expuesto a no recibir, tal vez, la insigne gracia del Bautismo. Ella misma necesitaba favor especial; su salud estaba alterada y su alma, temerosa de que a estos males siguiese la muerte. Padeció mucho en esta peregrinación.

El Señor Obispo Cabezas, bajado en la casa contigua, le enviaba agua de la que le traían a él, pensando que al Obispo le traerían lo mejor. Llegada la tarde, el Señor Obispo se encerró en su casa a orar. Micha, en la suya, lo imitó: no quería exponerse a sustos.

De repente, una gritería mayor... corre ella a la ventana. Dicen las espectadoras que el toro ha herido a uno de los «jocheadores», o toreros; un indio que se muere. Corre Micha al cerco que divide las casas y llama al Señor Obispo: "Ilustrísimo Señor, un hombre que se muere ahí en la plaza, sin auxilio... es aquí cerca". "No puedo, mi buena Micha, salir. Estos juegos... (aquí el Obispo instruye a Micha de las leyes de la Iglesia y calidad inmoral de esos juegos temerarios)... Que lo lleven al Hospital, allí le mandaré auxiliar". Así se hace.

## **2.5 – DESLIZ PREMATRIMONIAL**

Regresó Micha a sus lares. Su esposo tuvo que hacer un viaje a Sucre por sus negocios, no exento de peligro pues Linaristas, Belcistas, etc. se revolucionaban cada



semana. Sólo la oración era su descanso. La rubia Felicidad vino a distraerla y acompañarla. Doña Inés se la traía; esta señora, con suavidad y prudencia, deshacía los exagerados temores de su nuera, dándole los consejos de su experiencia. Pero hé aquí que un nuevo pesar iba a probar los quilates de su virtud.

Estaba sola una mañana, cuando entra precipitadamente una mujer y le dice: "La señora N.N. dice que le envíe para amortajar a su hija y que recoja las huérfanas que deja, hijas del esposo de Vd."

Fácil es pensar el efecto de esta puñalada moral. Alzó las manos cruzadas al cielo y se deshizo en lágrimas, sin decir palabra ante una desconocida. Y como andando en el aire, fué y trajo lo necesario que le pedía aquella mujer. Ella misma quedó llorando... ¿por qué la habían engañado?

Quiso Dios que viniera doña Inés y al ver sus lágrimas y saber lo que había pasado, le dijo: "Mi querida hija, no se apene tanto. Como que me corresponde, ya dejo las huerfanitas recogidas en mi casa, al cuidado de mis hijas... pienso llevarlas al campo. Yo he padecido mucho, y he orado mucho. ¿Cómo había de decirle a Vd. esto, aún cuando lo supiera? Si mi hijo quería reaccionar, levantarse de su caída; si yo, su madre, encuentro que Dios me la da a Vd. para conseguir lo que mis pesares no habían podido obtener... ¿había de poner óbice a tan grande bien? Porque, bien lo veo, Vd. hubiera rehusado este matrimonio. Recuerde que ésta no es una ofensa actual, pues que se trata de UN PASADO que no ha vuelto a ser PRESENTE, como lo dice la conducta de mi hijo desde su matrimonio".

Vió Micha justas y hasta consoladoras las palabras de su suegra y ya no lloró con tanta amargura. "No piense más en ello", dijo doña Inés, "ha sido una crueldad inútil de esa desgraciada... que bien podía haberse dirigido a mí, y a quien por otra parte no faltan medios".

Su padre recibió las confidencias de Micha. Aquel prudente anciano reforzó las razones de doña Inés y exigió a su hija el más absoluto silencio sobre el asunto. Ram le dijo que él lo sabía, pero que, como doña Inés, confió en los caballerescos sentimientos de Pedro; y mirando al presente, ¿de qué tenía que quejarse su sobrina? Sí, él le había ocultado ese secreto de su vida porque era pundonoroso; al contrario, era respeto a la esposa bendita por el Señor. Y, por último, que esta muerte era ya el colmo de la suerte. Que entretuviera pensamientos de compasión para todas las personas que intervinieron en el suceso, que todas eran dignas de afecto y que él les aplicaría sus sufragios.

Lo cierto es que toda la familia de Micha estaba encantada de las prendas que descubría en Pedro y todos afianzaban la paz de su hogar.

## **2.6 – EL OBISPO CABEZAS**

El Ilustrísimo Señor Obispo se informaba cuidadosamente y con frecuencia de la salud de Micha. Sumamente delicado y virtuoso, no sabía qué haría para la compostura de sus ornamentos pontificales. Llamar a una costurera no le parecía bien, por no comprometer en habladurías a la servidumbre del Palacio y el honor de una pobre. Entonces se le adelantó Ram a ofrecer que su sobrina, que entonces estaba todavía soltera, preparara todo con prolijidad, pues estaba acostumbrada a ello. Así, lo que no se podía componer en su casa, lo hacía Micha en la Capilla del Palacio. Allí el mismo Obispo le hacía dejar por los familiares las prendas que había que componer y él le daba las explicaciones que se necesitaban. Micha experimentaba gran gozo al orar ante aquel cuadro al óleo con marco de plata de la Virgen Niña en el Templo de Jerusalén, y al oír al Obispo discurrir sobre este asunto con tanta piedad.

Un día debía mudar las hebillas de oro de las sandalias moradas a las sandalias

blancas para el pontifical de Pascua. Encontró Micha ya en la Capilla los zapatos morados que el familiar había traído. El Obispo tenía en el salón mucha gente, por lo que pasó ella, conducida por Ram, a la Capilla. Esperó un rato; ya su tío le había dicho lo de las hebillas. Como nadie venía, tomó el par de sandalias moradas para quitarles las hebillas e ir poniendo el lazo blanco. Introduce la mano en una y se queda estupefacta al sentir una plancha como un «rallo» en la planta; asustada, las coloca donde estaban.

En eso, el Ilustrísimo entra apresurado, se disculpa de haberla hecho esperar, recién ha podido hacer una salidita... Toma las sandalias y se las lleva al dormitorio. Vuelve con el par blanco y las hebillas, diciendo que le ha ahorrado el trabajo de sacarlas, en cambio de tiempo que le hizo perder. Obsequió a su buena hija espiritual las «Noches de Santa María Magdalena» y el «Rosario de la Agonía de N.S. Jesucristo», que ella conservó toda su vida.

El 20 de mayo se terminó lo más necesario del templo que los franciscanos construían, en el lugar que les dió Monseñor Salvatierra desde el año 50. Tras muchos trabajos personales de Padres y Legos, había quedado muy hermoso, de tres naves con torres y un frontis bonito, con un nicho para la estatua de San Francisco. El altar mayor, destinado al Santísimo Sacramento; de los laterales, el de la derecha dedicado a Nuestra Señora de Alta Gracia y el de la izquierda, al Patriarca San Francisco. El Señor Obispo lo bendijo, y fué ése su último acto.

La humedad de esos días lluviosos era la muerte para cierta enfermedad que padecía al vientre. Le sobrevino un vómito y él conoció su última hora; se confesó, le dieron la Extrema Unción, pedía el Viático pero, según las costumbres, debía venir bajo palio con todos los canónigos y músicos en procesión. Pidiendo el Viático entre fatigas, al fin no llegó; le sobrevino otro vómito y concluyó su piadosa vida. A media cuadra, la procesión regresó a la iglesia.

Ahora ocupaba la memoria de Micha un religioso agradecimiento, que se explicaba en oraciones al contemplar ese frasquito de esencia coronada y esa bolsita de canela molida que su Obispo le había enviado pocos días antes, para disminuir sus padecimientos de estómago.

El buen médico Dr. Castro había enviado al oscurecer de un día a una experimentada matrona, doña Josefa, para que visitase a Micha. Era una respetable y virtuosa viuda. Vestía como las mujeres de la tercera clase del pueblo, pero con sumo aseo y pulcritud; llevaba sobre su delgada bata adornada de blondas una gruesa cadena de oro, terminada en una cruz y un busto o medalla de la Santísima Virgen de Cotoca, obra y obsequio de su hijo el platero.

## 2.7 – NACIMIENTO DE FE

Entró el mes de junio frío y lluvioso. Pedro había vuelto de su viaje pero se reservaba de salir, porque el tiempo estaba de que... llamaban a un ciudadano a la Comandancia General «para mejor servicio público», y era para obligarlo a costear con su dinero alguna revuelta pública.

Como cincuenta personas – parientes, amigas, allegadas y sirvientes – estaban en la mayor expectativa respecto de Micha. El 8 por la tarde preciso fué confesar aue se sentía muy mal. Hizo prender la luz a la Sma. Virgen de Mercedes, en aquella candileja de plata que había traído Pedro para atornillarla al marco de rica madera que encuadraba la imagen; era una rama con una rosa de plata de la cual salía la vela, toda adornada de prismas de cristal. Neve y Felicidad discutían con entusiasmo los nombres, siempre pensando en un varoncito, que llevara el nombre de su querido hermano el Dr. José, o Manuel José.

El 9 de junio de 1860 a las 12 del día, doña Josefa presentó en sus brazos a Neve una niña. Corre ella al almanaque y su gozo es mayor al recordar el onomástico de su propia madre en ese día. La parvulita fué rodeada por todo ese mundo de afectos: su padre, su abuelo, Lor, Kino, el Dr. Castro, etc.; parecía ahogarse a cada rato. Juzgaron los más autorizados, sobre todo Micha, que podría morir esa noche, de frío, debilidad o ahogo, y sin bautismo.

Eso no. A las seis de la tarde del mismo día, gracias a esas apariencias Neve la tomó en sus brazos y ante los circunstantes Ram la bautizó, dejando para el día de las Nieves la ceremonia del óleo. Gran tranquilidad experimentaron todos, ya para vida larga o corta, ya para muerte; era de Dios. Se llamaba María Feliciano, «Fe».

La entregaron a la joven Carmela, de la segunda clase del pueblo, modesta, suave y pundonorosa, para que la alimentara como ama de leche sin quitarle a Micha el placer de tenerla a su lado. Empezó a desempeñar su papel; ¡qué chica más historiada! Micha, en su retiro, oraba por su madre Anita, a quien tanto había aprendido a agradecer.

El cura de San Roque hizo que le prometieran celebrar ese año la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves en su parroquia. No les pareció mal: era la parroquia de Pedro. El día de Santa Ana, desde la casa de Neve se llevó en procesión la Virgen a San Roque, donde comenzó la solemne Novena. Ram había hablado a la más alta autoridad de la Iglesia por entonces, su amigo el Dean don Marcos Cossio, para que cantara la misa el 5 de agosto y presidiera, antes de ella, las ceremonias del bautismo u óleo de la pequeñuela. Por amistad, un Prefecto, don Corsino Balsa, pidió a su amigo don Pedro apadrinar a su hijita.

Neve estaba allí para tener a Fe en sus brazos; Micha, a su lado, ofrecía su hija a Dios y a la Santísima Virgen; más allá estaba toda la familia y pueblo. La ceremonia fué antes de la Misa. Durante ella, el predicador del sermón la ofreció en una larga deprecación a Nuestra Señora, pidiendo las bendiciones celestiales para todos sus devotos y, en especial, para Fe.

## **2.8 – DESPERTAR DE FE**

La primera tentación de Fe fué la luz de la vela. Lloraba mucho, extendiendo sus manecitas en el deseo de tocar la luz; varias noches fué la lucha, en cuanto se reunían después de la cena, en la salita. Hasta que su padre, que oía el afán de Micha en hacerle entender que eso quemaba, le dijo: "Déjala que experimente un poquito". En brazos de su madre por fin... logró acercar el dedo a cosa tan bonita, pero en el momento dió el grito. El ama corrió a soplarle el dedito, el padre le aplicó un remedio, la madre la consolaba con los ojos brillantes de lágrimas... Todo pasó.

Desde entonces Fe no molestó más. Si alguien la acercaba a la mesa en que estaba la luz, ella muy seria se soplabla el dedo. Gateó sentada; así se trasladaba con suma ligereza de un punto a otro. Debe haberle interesado el juego de Carnaval, que vió en los niños Téllez, o por la calle de ida adonde su mama Neve. Porque, así gateando, llegó a una vasija en que había depositado Micha los huevos que había comprado; estaban bajo la mesa, hasta que se los llevase la cocinera. Un gran silencio había en el saloncito ése en que Fe tenía sus reales, cerca del negocio, para que don Pedro o don Francisco pudieran acariciarla en sus momentos libres.

Entra don Pedro y queda suspenso, gozando del espectáculo: Fe se rompía los huevos en la cabeza y estaba toda bañada. Al ver a su padre riendo, le decía con mucha alegría: "Achí dindo, tata". Así está lindo esto, papá. Vino la mamá toda apresurada, sacó de allí a la dañina chiquilla y la entregó al ama para su baño.

Pronto dió sus primeros pasos. El día de Pascua Neve, vestida de gasa de seda, se

entretenía en el salón de su casa en andar de rodillas para servir de caballo a Fe, que se regocijaba con este juego. Micha concluyó con él reprendiendo dulcemente a Neve por su condescendencia extremada.

Empezaba Fe a conocer. Recordó después el rostro de Neve con su cabello ondeado, pálida pero distinguida en su porte, con un vestido de cachemir o merino morado con jaspes, granate bien oscuro, que salía una tarde a la puerta en momentos que Carmela llegaba con ella en brazos. Neve venía a dar órdenes a un carrero, a que fuese por la vuelta de la casa, por el otro zaguán, a descargar el carro de arroz que traía.

Empezaba a unir los sonidos a algún objeto. Una noche Carmela, que la entretenía delante de las señoras, la alzó en brazos. "Vamos ya" dijo Micha. Fe se fijaba en la columna que sostenía la mesa redonda. "Todavía es temprano", contestó Neve. Asoció aquella palabra al pilar torneado que miraba. "Este", se dijo a sí misma, "se llama TEMPRANO".

Otro día, alrededor de las cinco de la tarde, volvía apresuradamente con su ama, quien le decía que venía la tormenta, que tal vez caerían bolitas blancas de granizo; ya caían gruesas gotas, Fe temía algo. Al llegar a la esquina el ama se para junto a un grupo de personas; las gotas salpicaban la vereda. Esa gente, ahí, ¿qué hace? Fe se desasosiega en los brazos de Carmela para que ésta eche a andar. "¡Pero no pues! Espera, Feíta, ¿no ves que pasa nuestro Amo?" "¿Quién? Quiero verlo, ¿dónde está?", y miraba a la gente que atravesaba al cruzado la calle. "¿Ves?, ése con capita blanca". Era el sacerdote y se había calado la capucha con franja dorada. Entonces ya sé, esa figura, así con esa capa corta y con esos faroles y campanillas es nuestro Amo. "Va a algún enfermo, ¿ves?, entra en esa casa". La casa tenía en las puertas, en fondo verde, unos medallones blancos con ramas de rosas pintadas. Puerta original.

Doce o trece años después encontró Fe a la virtuosa Mariquita Cossio, que ahí en esa casa quedó completamente huérfana, ella y sus hermanos. Ese viático era para su padre, a mediados de 1861.

Otro día a la puesta del sol Carmela, cansada de cargarla en esos paseos, se sentó en la galería del patio, en un banco de material que allí había. Ese día su madre, doña Juliana, le trajo de visita a su hijo Lorencito. En cuanto Carmela se sentó, con Fe en el regazo, se acercó el humilde y silencioso Lorencito a gozar del apoyo de su madre. Sería como de unos tres años, descalzo, vestido con un vestidito de percal claro, lavado ya, y un sombrero de fieltro del país con las alas caídas, tan grande que le cubría hasta las cejas. En la mano tenía un atadito con frutas y un pedazo de pan.

Fe empezó a inquietarse para que el ama se levantara y la llevara a la puerta de calle. El ama llamó su atención al Sol, que orilleaba la pared arriba y pronto iba a desaparecer. Pero la inquietud volvió, y ella le mostraba a Lorencito, tranquilo y silencioso a su lado. La inquietud fué ya con impaciencia mayor; entonces la pobre mujer decía: "Este, tiene la culpa, le pego, le pego, ¿ves como le pego?" A cada palmada que el niño sentía en su cabeza, cerraba los ojos y los volvía a abrir, resignado.

Entonces Fe tuvo una de sus primeras reflexiones. "No", se dijo interiormente, "él no tiene la culpa, nada ha hecho; yo quiero salir a la calle y por eso me enojo. Voy a tranquilizarme por que deje de pegar al chico". Y se olvidó de su empeño.

El 8 de abril, Lunes Santo, Dios le envió un hermanito que Ram sostuvo en las fuentes bautismales y cuya madrina fué la señora de Téllez. Doña Inés no quiso que le quitaran el nombre del santo del día: se llamó Dionisio.

El 8 de abril de 1861 fue lunes. Pero el Lunes Santo de ese año cayó el 25 de marzo.

Mal estaba ya Neve. Un día el ama llevó a Fe a la entrada que del salón conducía a su pieza y allí al fondo, en la semioscuridad, vió una cama rodeada de amigas. Estaban las

Landívares, la "tía" María Fernández; la enferma, sentada, tenía vendada la cabeza. Sus manos amarillas salían de sus mangas emblondadas, sobre la colcha de damasco de seda azul con grueso fleco de pasamanería. Cuando le dijeron que Fe estaba allí levantó las dos manos, pero sin aliento para volver la cabeza hacia la puerta, dijo: "Traiganme a la hijita". Carmela se acercó silenciosa y sentó a Fe al borde de la cama. Ella acarició la rubia cabecita. Eliodora alzó a la niña y, con promesa de darle alguna masita, la sacó fuera. Temían sensibilizar demasiado a Neve con esta despedida.

## 2.9 – LAS PRIMERAS COMIDAS

Era preciso al enterar año y medio quitarle la leche y, para ello, retirar a Carmela. María de Jesús, la cocinera, ayudaría a esta buena obra; fué la encargada de dar de comer a Fe. Sentada en una alfombra en el suelo de la pieza que cuadraba el patio, en el pasadizo que iba al segundo patio, tomaba diariamente su comida que, con gran paciencia, cortaba María de Jesús: carne cocida y arroz, sopa de arroz. Imposible había sido querer darle leche de vaca; y como creían que era alimento lo que necesitaba, la contrariaban muchísimo. Al fin el abuelo descubrió aquello que le gustaba: se proveyó de una garrafa de vino dulce de la Costa o de Cinti y en una tacita de porcelana dorada, pequeñita, hacía una sopa de pan, que obra diaria del abuelo había de ser; y si no, no la tomaba.

Después de rellenarla con carne y arroz, María de Jesús la llevaba a recibir su ración al comedor. Consistía en un «bocadito» de queso derretido en el chocolate y la tacita de pan y vino que el abuelo por sus manos debía darle.

Estando María de Jesús en esta operación de darle de comer, vino el sirviente Délfór a repetirle alguna noticia sensacional que había aprehendido en el comedor; llevaba la pava con agua hirviendo para hacer el café y, en la otra mano, un plato. Fe estaba frente a la puerta y veía muy bien a Délfór; la cocinera daba la espalda, inclinada cortando carne. Ella, con suma tranquilidad e indiferencia, empezaba a oír; él, con gran precipitación, contaba y hubiera accionado de no tener las manos ocupadas. Pero he aquí que Fe vió un chorro de agua humeante que caía sobre la espalda de su mama Jesús; ésta, sin perder su posición, dijo: "¡Ay! mire Vd. lo que hace", y el sirviente, asustado, se fué. Fe se levantó a ver el estrago: una mancha roja del tamaño de la llama de una vela había en la espalda de la paciente. En esto llegó Mónica, la sirvienta de la señora de Téllez, y le aplicó algo. ¿Sería jabón?

Admiró entonces y después la suavidad de su mama Jesús, india de rostro pañoso; desde entonces y durante muchos años, hasta su muerte, la encontró parecidísima a la Virgen de Mercedes de su mamá. La llaga duró mucho hasta cerrarse; una de las penitencias más dolorosas para Fe era ofrecerle una camisa sin planchar.

## 2.10 – DON ADOLFO COHEN

Tenía asco de las monedas de plata. Sólo le divertía verlas rodar; las tomaba con su vestido, algunas veces, para ensayar el juego. Un judío joyero, don Adolfo Cohen, vino recomendado por algún comerciante de Sucre o de Cochabamba a don Pedro. Este le hizo los servicios que acostumbraba a los extranjeros: buscarles pieza para alquilar en la Calle del Comercio si eran negociantes; hacerles lavar Micha sus ropas; venir diariamente a la casa a comer, mientras durase su estadía. El judío tendría a lo más 22 años. Su voz metálica y melodiosa se pegó a los oídos de Fe, con quien jugaba; solía llevarla cuando salía con su cofre a ofrecer sus alhajas y joyas en las casas pudientes.

Al verlo con Fe en el brazo, lo llamaban de estas casas para hacer cariño a la niña

menudita, andadora y habladora, a quien su abuelo había enseñado algunos cantos en portugués. Don Adolfo había observado que era para él la más elocuente carta de recomendación, pues creían que en la casa de don Pedro no se admitiría al negociante si éste no traía mercadería de buena ley y si no era hombre de probidad. El judío lo era a carta cabal; polaco, observador devoto de la Ley de Moisés y cumplidor fiel de los diez mandamientos.

## 2.11 – MUERTE DE NIEVES RODRÍGUEZ VERDUGO

Pero volvamos a ver a Micha con su tierno Dionisio y el ama que le han proporcionado: María Diego, hija de otra María, hija a su vez de una de las esclavas de la señora Chepa, la madre de doña Isabel S. de Landívar. Estas dos María Diego entran a la casa y parece que le juran perpetua fidelidad. Bien parecida, en extremo aseada y ordenada era María Diego 2.

El 25 de abril por la mañana, extrañó Micha que Pedro saliera temprano; apenas unas palabras le dijo, que iba a ver a Neve. Su padre, Lor, Kino, Pastor, mama Antonina, nadie aportaba; Felicidad hablaba con María Diego sobre las gracias y fortaleza del pequeñuelo, pero era con un aire inquieto; salía con frecuencia. Neve debe estar peor, se dijo, mientras la ayudaban a vestir para sentarse en su sillón.

Apenas le habían traído algún alimento líquido cuando oyó repicar la salida del Viático del Colegio. Su corazón le decía ¡es para Neve! Tomó su manto y cuando pensaron en contenerla ya iba lejos y llegó al borde del lecho de la enferma sin ser apercebida, pues todos los suyos acompañaban al Santísimo. No son expresables estos momentos de dolor y consuelo. Allí, en el altarcito, estaban Nuestra Señora de las Nieves y el precioso Niño Jesús que tanto quería Neve. Era el día de San Marcos Evangelista.

Apenas vueltos de la iglesia y con el más delicado miramiento sus amigas, con las vecinas doña Indegunda Gutiérrez de Carmona, doña Avelina Gutiérrez, doña Sinforosa Cuéllar, la tía Cecilia y las Piccolomini (o «Picos», simplemente), la aseguraron de los cuidados que todas prestarían a Neve. "Cuídate para tus hijitos", le dijo la moribunda, y la mandó ir.

Micha no obedecía a tal orden ni a tales ruegos. Su padre, Kino, el médico y don Nicolás con su tía Manuelita pudieron más; ésta la acompañó hasta su casa y envió a doña Petra, su madre, para que estuviese con Micha. Doña Petra, la hermana de su inolvidable abuela Licia. Doce días nada más tenía Dionisio.

Doña Mariana, la fiel cocinera de Neve, estuvo allí perenne, cerca de su querida amita. Pasada aquella emoción, Neve se sintió mejor, después de una larga acción de gracias por los sacramentos recibidos. Quedó tranquila; hacia las dos le llevaron el único alimento que recibía su consumido estómago, jugo de caña de azúcar. Las Landívar estaban allí, con alguna otra amiga.

De repente, Neve deja todo y dice, levantando los brazos: "Tráiganme al Niño Dios, porque ahí viene la Muerte". Lo ponen en su regazo; la moribunda lo estrecha, alarga la mano a la vela bendita, besa el crucifijo que le presenta el sacerdote y, después de leves suspiros, su alma se escapa de su cuerpo, entre las oraciones de los circunstantes.

Doña Mariana y Guadalupe amortajaron a Neve con el hábito del Carmen. Kino, después del responso cantado con orquesta al cerrar el cajón, cortó con unas tijeras tanto el hábito como el manto blanco y el velo de tul y encaje de su hermana, de temor de que sucediese con su cadáver lo que hacía poco había ocurrido con el de la distinguida joven Adelaida Seoane. Manos impías, por codicia, la habían sacado del sepulcro de su familia para quitarle los ricos vestidos. Crimen que se conoció porque a las mismas

hermanas les fueron a ofrecer en venta una enagua de mallas y deshilados que era un primor.

## 2.12 – EN CASA DE LA SEÑORA DE TELLEZ

La triste Micha tuvo un ataque de angina que estuvo a punto de asfixiarla, del que sólo se libró después de muchos días. Las fieles sirvientas y Pastor trajeron a casa de Micha a la Virgen de las Nieves, al Niño y al baúl de la Virgen, seguramente por disposición de la difunta. Uno de los recuerdos más preciados era el bastidor en que estaba dibujando ya la malla que sus manos habían laborado para la ropita de Fe.

Muchos meses después, su tío Kino la llevó a pasear y doña Mariana, que cocinaba para los dos hermanos, la acogió con caricias y lágrimas. La llevó a su cocina; después, viendo que el humo molestaba a la niña, le sacó un banquito al patio y allí sus dos hijos, Augusto Baldomero y Nicolás, jugaban al torito y a los saltos para distraerla.

Fe vió el jardincito con su cercado de cañas, caído en algunas partes por el peso de la enredadera de alverjilla olorosa, cuyas espigas de flores moradas esparcían grato olor y sus frutos, de un lindo color morado, parecían rarísimos. "¿Cómo se llama esto?", preguntó llevando a doña Mariana una flor. "Amor de vieja. No hagas caso, es flor fea". Fe se ruburizó, sin saber por qué; le parecía mal el nombre y que se burlaban de ella, engañándola.

Llegada la hora de comer, se reunieron Ram y Kino. La mesa estaba ahora en el saloncito de recibo de Neve. La sirvienta acercó una tercera silla con un almohadoncito o carpeta doblada para levantar el asiento y colocó a la niña frente a Kino. Un nudo subió a la garganta de los dos hermanos. Apenas Kino, al ponerle el plato por delante a Fe, decía "Come, mi hijita", Fe se daba cuenta de que allí faltaba algo; esa atmósfera moralmente gris y vacía la producía la falta de Neve.

En su casa, en los breves instantes en que ella era llevada al comedor de sus padres, oía una animada charla. El abuelo en el frente, a sus lados su padre y su madre, don Adolfo, o don Alberto, huéspedes amigos, Lor, Manuel José o Sótero, completaban el cuadro y festejaban sus gracias. Le hacían enviar besos muy sonoros para los que más amaba, medianos, y de poco ruido los de tercera categoría; en la reclamación de los que eran agradecidos con éstos últimos estaba la animación del cuadro.

Varios personajes animan todavía los recuerdos de este período en la casa de la señora de Téllez. Don Adolfo Cohen ha realizado su segundo viaje a Santa Cruz. Un día, al atardecer, regresa con Fe en el brazo, a quien han obsequiado en casa de las Velarde con bizcochos y vainillas. Pasan frente a la iglesia del Colegio, que está abierta. Fe acaricia al judío pidiéndole que la lleve a «dandan»; él le dice que no es hora. Insiste gimiendo y, para contentarla, la lleva al campanario, a que juegue con las cuerdas de las campanas dando débiles toques. Pero la niña le dice "yo quiero adentro", y porque no llora se para con ella en la puerta. Fe se baja y, ya a pie, tira con sus dos manecitas la del judío rogándole que entre.

Don Adolfo examina el oscuro interior de la iglesia. Cerca de un confesonario hay algunas mujeres cubiertas con chales, confesándose y esperando turno. Los miran y se sonríen del empeño; él, por no aumentar el ruido que los ruegos de Fe ya hacen, entra hasta donde ésta lo lleva, al altar lateral de Cristo Crucificado. Con reiterado empeño lo hace arrodillar a su lado, mientras ella contempla al Cristo en la misma actitud. Finalmente, satisfecha, sale de la mano de don Adolfo muy contenta. El calló en la casa este suceso, pero una de las penitentes que estaban allí era doña Teresa Roca de Baca («la pajladora»), a quien alguien había introducido en la intimidad de Micha; ella fué, pereciendo de risa, a contarle el caso.

"Don Adolfo", decía Michá, "¿cómo es eso de que Vd. ha ido a la iglesia?". "La niñita lo quiso", decía él, confuso. "¿Y qué vió allí?" "Al crucificado". "¿Y se arrodilló?" "Sí, la niñita lo quiso".

Disponía ya su viaje; se iba a Lima, luego a Europa. "Señora, ¿qué me encarga usted?" "Nada, don Adolfo". "Pero encárgueme algo, para que yo tenga ese placer de llevar sus órdenes". "No, porque... lo que yo le encargaría no me lo habría de traer Vd." "¿Y por qué no?!..." "Porque Vd. es judío" "¡Palabra de honor, cumplo!" "Es que le encargaría un rostro y manos bien lindo del Cuzco, que son las más afamadas esculturas, para una imagen de Nuestra Señora de las Nieves". "¿Cuánto medirá de alto?" "Un metro". "Cuenta con ella, y gracias"

Otros cuidados vinieron inesperadamente a ocuparla. La tía Dominga de Pinto, hermana de doña Inés, se hallaba gravemente enferma. Pedro iba todos los días a verla y Michá algunas veces con él; o en la noche, acompañada de alguna de las mujeres de su servicio. Una noche en que había salido ella, don Pedro quedó entreteniéndolo a Fe; estaba recostado en su hamaca, enseñando a su hija el «Bendito y alabado sea el Señor y el Santísimo Sacramento del altar y la Purísima Concepción de María Santísima, etc.» (estas lecciones duraron mucho tiempo, tal vez que tres años), cuando se cortó la soga de la hamaca y cayeron al suelo. Fe desde luego festejó el suceso; don Pedro, mientras aseguraba de nuevo la hamaca, encargó a Fe que no dijera nada de lo ocurrido a su mamá.

## 2.13 – JESÚS TELLEZ

La señora de Téllez era ya viuda. De sus hijos varones, el mayor era parecido en carácter a Pedro, de quien fué compañero en la casa de comercio de don Angel; fueron siempre muy unidos. El segundo se asemejaba a Sótero. Había casado a su hija mayor, doña Dominga, de 11 años y ahora, retenida por sus pequeñuelos, no podía asistir a su madre. Fuera de la angelical María, que la asistía con el más tierno cariño filial, estaba el jovencito Filiberto y el más pequeño, llamado Jesús.

Jesús era su preocupación. Los otros tenían sus campos, que atendían y cultivaban unidos, obedeciendo al mayor. Pero Jesús era tan tímido y vergonzoso que jamás se dejaba ver en la mesa de sus hermanos y éstos no conseguían su intimidad. De ellos se ocultaba, aunque fuera debajo de la cama o en el campo, siempre temeroso.

Llamó la enferma a Michá y le dijo: "Mi querida señora y sobrina. Yo, moribunda y después de haber recibido los sacramentos como Vd. ha presenciado, por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, le ruego que con Pedro acepten por hijo a Jesús, para que yo muera tranquila". Michá le manifestó no sólo su aceptación, sino su agradecimiento por el encargo que le hacía.

"Es un muchacho sin educación, un chúcaro... pero tenga paciencia con él. Vd. lo domesticará a este arisco, confío en Dios..." A la noche siguiente falleció. En la misma hora, aquella María que ve inanimada a su madre, no quiere creer en su desgracia. Sale; había llovido, lluvia fría que formaba charcos. Sale sin saber, como llevada por el dolor, a encontrar auxilio... el médico, pisando aquella agua helada. Sus hermanos, sus primas la llaman, la acarician, la hacen volver a casa. Pero su alma se ha alejado... queda insensible, demente; pierde la razón.

Así fué Jesús a aumentar la familia de Michá. Al principio oculto hasta en el cuarto de pasto; iba Michá, le decía algunas suaves palabras y le dejaba por ahí algún regalito que, por el momento, no aceptaba, hasta después que la dadora hubiera salido. En el comedor de Fe, le dejaban sus comidas, que tomaba sin testigos. Con el tiempo, poco a poco se venció, comenzó a mostrar su sonrisa y llegó a ser amabilísimo.



## 2.14 – DON ALBERTO NATUSCH



Alberto Natusch

Don Alberto Natusch era un joven alemán que llegó también recomendado. Deseaba dedicarse al comercio y buscar su vida en Santa Cruz. Su padre lo había desterrado a América, de 20 años ó 22 a lo más. En penitencia, tenía que vivir alejado de los suyos que tanto amaba.

Estudiando sus aptitudes, don Pedro y don Francisco lo dirigieron al Beni. Allí iba Lor, nombrado para un empleo de gobierno; estaba pobre y allí era fácil enriquecerse en los negocios de cacao, tejidos y otros productos. Su esposa no quiso seguirlo y él convino en enviarle de su sueldo una buena pensión; así lo cumplió mientras estuvo allí.

Propicia ocasión para don Alberto. Don Pedro lo habilitó, dándole a crédito mercaderías y ofreciéndole ser su consignatario para la venta de los productos del país que, en muchos casos, era la moneda en que pagaban la mercadería los vecinos del Beni. Hizo don Alberto un feliz viaje y volvió con productos para pagar religiosamente sus créditos. Agradecidísimo, con obsequios para Micha y Fe: canastitos y palomitas de hueso, obra de los indios benianos.

Conoció a la familia de las Araúz, de media fortuna, y declaró a los que llamaba «sus segundos padres» que quería contraer matrimonio con María de Jesús Araúz, joven industriosa y amable, y que ellos fueran sus padrinos. Don Pedro hizo las averiguaciones sobre el estado libre de su protegido y, cuando tuvo las seguridades, quedó conforme en servirle de padrino.

Micha, por su parte, lo preparó para hacer una buena confesión... Años después, las señoritas Durán y doña Teresa reían de él por haberlo visto en cuclillas, en un rincón de la iglesia, sumamente recogido esperando turno para confesarse. Se casó apadrinado por sus protectores y se fué a Mojos o el Beni.

## 2.15 – LAS AMIGAS DE MICHA

Micha tenía a la sazón otras amigas nuevas. La colla doña Bárbara Alcócer, clienta de la casa de comercio de don Angel, tenía una tiendecita en la calle del Mercado, de donde Micha se surtía. Estaba llena de gratitud a la reconocida equidad y paciencia con que Pedro le arreglaba sus cuentas y deshacía sus enredos comerciales, poniendo en claro sus asuntos. Ahora era clienta de la casa de don Pedro. Tenía dos nietas, que vivían a su cuidado desde que el padre de ellas contrajo segundas nupcias. Las criaba recogidas; les había hecho edificar una casa como un convento de espaciosa, lejos del tráfago de sus asuntos, en la otra cuadra más silenciosa. Buscó una beata de buena familia que las acompañaba todo el día; por la noche ella iba, y entonces recibían visitas las jovencitas. Su padre iba a estas tranquilas charlas y a las 9 ó 10 se retiraban todos. Ayudaban a sostener la virtud de estas jóvenes los franciscanos, que las confesaban, vigilaban y ocupaban en piadosas empresas (cofradías, etc.) Doña Teresa era del círculo, como que era de la Tercera Orden.

Pero las más frecuentes e íntimas amigas de Micha eran Eliodora y Simona Landívar. Eran muy amables con Fe; si su tío Kino la llevaba a pasear, remataba el paseo dejándola donde las Landívars. Allí, la criolla sirvienta Rosalía la llevaba a ver los pollitos, pavitos y patos recién nacidos; allí recorría de la mano esas habitaciones que olían a nardo, tan arregladas, hasta la pieza donde estaba la imagen del Patriarca San José, protector de esa casa, vestido con túnica verde y el rostro y las manos cubiertas.

La suave Simonita le enseñaba a tejer bolsitas con hilos de colores para echar dinerillos; ella no debía marcharse hasta que no llevase una concluída. Mientras tanto, sentadita en una silla fina y chiquita, Fe debía repasar hasta saberla una coplita para el Carnaval: «Palomita blanca, pechito ceniza, alza las patitas y llévame a Misa». Más tarde, el Dr. Agustín, Ricardo y don Chepe (el papá) tenían que oirla, ya sabida.

Otras veces don Chepe, fumando un cigarro, le repetía el portugués saludo que él sabía: «Ficam bom você? Carece meter porrate na sua cacunda». Por la tarde, «las Niñas», como las llamaba Rosalía, la devolvían a su casa después de cenar.

## 2.16 – INFANCIA DE FE

Un peligro llegaron a ser tantas amigas y amigos. Fe aprendió el camino y a la hora menos pensada tomaba un bastón de su padre o de su abuelo y corría a casa de las Landívares. Advirtieron que no salía sin bastón; le parecía indispensable, puesto que todos los hombres andaban con su bastón. Se los ocultaron y estuvo sujeta algunos días, hasta que discurrió pedirlos prestados a sus conocidos, que lo eran todos en la Calle del Comercio. "Rivera, préstame tu bastón". Lleno de risa, don Francisco (alias «Sancochado») sacaba la varita y la entregaba a la niña; y así el de Sótero, o Justiniano.

En cuanto oía la campanilla del Viático, corría a pararse a la puerta. Un día conversaban el abuelo y don Miguel Frías, señor argentino, y oyendo la proximidad del Viático el abuelo dobló la rodilla en su silla y se quitó la gorra de cuero de lobo. Don Miguel corrió a ocultarse, parado detrás de la puerta, por temor al polvo. Fe lo vió, se levantó y fué a sacar a don Miguel, tomándolo de la mano: "Decime, ¿por qué te escondes de la vista de Nuestro Amo? Ven, arrodíllate aquí a mi lado". Reía el señor Frías y dijo al abuelo: "una lección me ha dado esta niña". Pero en esto, como en toda la niñez de Fe, Micha era quien infundía el principio de esas manifestaciones de piedad, instruyendo a su hijita. Así era también de severa para corregirla en caso contrario.

## 2.17 – LA MALA PALABRA

No se sabe si en el interior de la casa o en el exterior en la calle, oyó Fe una palabra cuyo significado no comprendía pero que ella tomó por una interjección para expresar triunfo o admiración. La prudente María Jesús reprobó con su suavidad acostumbrada en cuanto la oyó: "Eso no se dice, es malo, la Señora se enojará si lo oye". No comprendía Fe cuál de las palabras había sido la mala, tal vez dió muestras de que perseveraba en decirla. La buena cocinera dió el aviso a Micha; con cuánta pena lo oiría ésta, es de suponerlo.

Hizo que viniera la chiquilla con su guardiana y que ésta la entretuviera en su presencia jugando al «Juan Puñete»: hacía torrecitas de marlos de maíz y cuando la torre iba ya alta, al menor movimiento... caía. Fe celebraba con palmadas y, al notar el desastre, larga su exclamación. Al instante Micha, que cosía, frunce el entrecejo y abandona la costura: "¿Cómo dice esa palabra? María de Jesús, tráemela para cortarle la lengua". "Ay, no", dice la pequeñuela llorando, llena de temor, tratando de ocultarse entre los pliegues de la pollera de la Jesús; la sirvienta intercede, promete la enmienda, "Señora, ya no lo va a decir más". Micha parece ceder a tanto ruego y a tanto alboroto de llanto, pero manda traer un cuchillón de los de picar el pasto de los caballos y lo coloca cerca de sí. La niña ve temerosa esa colocación; el cuchillón, fuera de uso, tenía la hoja mellada o mordida por la herrumbre, lo que le pareció el colmo del horror.

Ordena que juegue otra vez. Ahora la sirvienta trae una colección nuevecita de moldes grandes de budín, en forma de torres, y moldecitos de lata para prensar azúcar y

masitas; toda clase de animales, frutos y estrellas. Se arman las torres; ya la pequeña tiene tan olvidado lo que acaba de suceder que palmotea y ríe con placer, gozando de los diversos sonidos de los moldes. De repente cae la torre, y la niña vuelve a pronunciar la palabra fatal: nueva muestra del enojo materno. Ya toma la pesada cuchilla y pide que se la lleven a su asiento; nuevo susto, gritos y apuros de la pequeñuela, que se postra contra el suelo defendiendo su boquita. Intercede no ya una, sino Lágrimas también, que tiene más fuerte la voz y más costumbre de llorar.

Por tercera vez el juego: tercera prueba de olvido, tercer acto de espanto, terror, lágrimas e intercesiones. Esta vez María Jesús, llorando también, oculta a su protegida entre sus pliegues y la lleva al comedor, amonestándola suavemente a no reincidir... No reincidió más, pues ni hubo ya siquiera en su memoria el recuerdo de qué palabra pudo haber sido.

## 2.18 – EDUCANDO A FE

Pero he aquí que obras hechas con la mejor intención también le trajeron severidades que Fe no comprendía. Ella, cuando llovía, se salía al patio; ¡qué placer el baño de lluvia! Su mamá Jesús la tomaba riendo y, entre festejos, iba y le mudaba la ropita, la peinaba y ya estaba todo. Un aguacero de verano se armó una mañana; a lo que salía apresurada a gozar de tamaño bien, vió al paso las dos muñecas de la pequeña Lágrimas, que eran de trapo con vestidos de percal y flores violetas. Así como ella estaba acalorada, supuso que las muñecas también y salió al patio con una en cada mano.

Nadie la vió; satisfecha, entra a pedir aprobación de obra tan caritativa. Un hilo de agua van dejando en el piso, hasta que llega adonde Micha, sentada, tiene en una sillita a Lágrimas y le enseña a rezar mientras la peina. Fe se para en silencio, manifestando en cada mano sus buenas obras... en el mismo instante, Lágrimas empieza el más desconsolado llanto, ocultando la cara en el seno de Micha. Esta comprende. Fe no comprende por qué ha llorado la hermanita y por qué su mamá, abrazando a la afligida, le dice a ella "¡Vete, mala!"

En la puerta del patio, encuentra a Mica, la hija del ciego violinista de la Catedral y niñera de Lágrimas, que le quita las muñecas diciendo que las ha echado a perder; entonces su mamá Jesús le explica, tomando a una de las víctimas, que los colores DESTIÑEN con el agua y que las muñecas no se bañan. Que esas irán a la basura y que ella comprará otras para devolver a Lágrimas su propiedad, lo que es suyo.

Su padre seguía enseñándole el «Bendito» a Fe, cuando le tocaba entretenerla al caer la noche. Micha había recibido en esos días el tributo anual de las ancianas de la familia. Su tía Petrona, con la cabeza como un copo de nieve, le había traído tres ovillos de hilo grueso, hilado por sus manos, para las velas de la Virgen de las Nieves; jamás ese pabito debía urdirse con hilo mercenario comprado, así había sido costumbre de ya dos generaciones. Doña Inés, por su parte, no se había descuidado y había traído a Micha otros tres ovillos con el mismo fin.

Doña Petra entregó a Fe otro ovillo que para ella traía. Era un ovillo de cintas de orejón; cintas de durazno, que se traían del «interior», es decir de Sucre, Cochabamba, etc., en la zona del durazno.

Al día siguiente Micha, después de peinar a las niñas y repasar a Lágrimas su tablita de pino en que estaban pintadas las mayúsculas y minúsculas, sacó los ovillos con toda devoción. Urdió la primera medida de pabito para los cirios con la perillita de su silla de labor, cuyo asiento estaba forrado con pana, más vistosa que las cretonas actuales; ¿qué flor faltaba en ese ramillete estampado sobre el suave terciopelo de algodón? ¡Qué

vivos colores!

Después llamó a Fe, que miraba atenta un oficio tan nuevo, para que tomase parte en él para merecer la bendición de la Virgen. Le hizo poner su dedo; encorvado, el índice debía servir de perillita y recibir las vueltas de pabilo hasta que fuesen bastantes a la mecha del cirio, y esto no así nomás... sino rezando el «Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea, etc.» El dedo se doblaba al igualar las vueltas y Fe padecía el sonrojo de que no fuese tan firme como la perillita. ¡Qué cansancio experimentaba! La suerte era que otros asuntos pronto llamaban a Micha a abandonar tan religiosa ocupación.

## 2.19 – MUERTE DE DIONISIO

El muchacho Jesús se había ido domesticando. Ya empezaba a frecuentar el Colegio y por las tardes se entretenía un rato velando los juegos y antojos de las chiquilinas. Fe le pidió caña; él tomó al instante una caña de la más blanda (cañita de azúcar), la despojó de su corteza y, cortada en trocitos, la dió a la pequeñuela. Esta, al recibir, se clavó entre la uña una astillita de la caña en el dedo índice de la mano derecha; lloró, acudieron a ella y la mamá, por ser tarde, no pudo lograr sustraerla con la pinza. Le puso un calmante y ató el dedo enfermo con una vendita, para curarlo al día siguiente.

En esa noche se declara en Dionisio el terrible mal del crup. Se llama al médico, que llena de sinapismos la espalda y el pecho del tierno parvulito y le procura otros remedios. Para evitar el contagio y atender mejor al enfermito, la niñera lleva a Fe a casa de doña Indegunda de Carmona, señora sin hijos que gustaba mucho de entretenerse con la niña; su esposo don Andrés, también. No reparó la señora que Fe tenía el dedo enfermo irritado.

La enfermedad de Dionisio fué rapidísima. A las 48 horas, a pesar de los cuidados del célebre Dr. Castro, agonizaba en el regazo de Micha, que no lo había dejado ni un instante; se ahogaba, eran las 9 de la mañana. María Diego salió de la pieza a traer algo, y en el mismo instante... al lado de la cabeza del niño, se paró como otro niño, cerca de Micha. Era como una brillantísima y blanca luz, una llama que recreaba la vista sin quemar. Miró a la Virgen, si tal vez era el juego de luz de un cristal... no, todo estaba en sombras y la luz estaba allí a su lado, reverberando suavemente. Llamó a María Diego, que viniese a ver...

Micha había visto los gases que despiden la plata sellada y labrada cuando está enterrada, pero estos se desvanecen para aparecer de nuevo, pálidos; no, no eran comparables con la hermosa brillantez de esta llama perenne. ¡María! Acudió María y en cuanto se paró en el umbral, la llama desapareció. Volvió Micha los ojos a su hijito: había expirado. El robusto Dionisio era ya cadáver.

Lloró mucho, pero más era lo que de lágrimas ocultaría para calmar a su afligido esposo y a su padre, y para que éste no le impidiera rendir a su hijito los últimos deberes. Una legión de amigas: la madrina doña Sinforosa, la madre de ésta, doña Petronita, etc. quisieron vestir al pequeño. No lo consintió Micha; ahí en sus faldas podían ayudarla, pero era su deber tenerlo así, porque así imitaba a la Virgen, así lo había hecho Ella... así Micha podía mejor medir el dolor de la divina Madre. Así lo ofrecía mejor, cuando esa legión de voces repetía la voz popular en tales casos: «ángeles del Cielo», «dichoso de él, que verá sin velos la faz de Dios». Un lindo cajoncito, forrado en cinc, encerró los queridos restos de Dionisio.

Quedaba Fe, y ellos empezaron a mirar la casa como incómoda y malsana; sólo después de haber quemado vinagre y azufre, mandaron traer a la niña. ¡Cuál no fué la pena al ver que Fe tenía el dedo negro! Se llamó con urgencia al médico y declaró que

si el emplasto que le iba a poner no surtía efecto, habría que cortarle el dedo entero. Júzguese el espanto y las promesas a Dios y a los santos. Se mejoró. El médico quiso arrancarle la uña, pero Micha no se animó y la uña que sobrevino le quedó defectuosa para toda la vida.

La muerte de Dionisio aconteció el 4 de julio, aniversario de la muerte de Anita, la mamá de Micha. Ésta, en cuanto pudo salir, fué a confesarse a la iglesia del Colegio y contó al virtuoso sacerdote Ramón Cuéllar lo que le había pasado, y la llama brillante. "Puede Vd. creer", le dijo el prudente clérigo, "puede usted creer Señora muy bien que la bondad divina ha querido manifestarle en esa forma la hermosura del alma de su hijo para su consuelo, y los efectos del santo bautismo para animar su esperanza... Y yo veo también la bondad y delicadísima manera que ha buscado Nuestro Señor para que Vd. no viese lo amargo del último suspiro de su hijito, antes de tener una prenda de su eterna felicidad. Dios la ha entretenido a usted, la ha confortado al mismo tiempo. Sea agradecida."

## 2.20 – EL DOCTOR GRANADOS

Al fin se encontró la casa que Pedro deseaba. Perteneía al rico doctor Granados y había pertenecido antes al Deán López; más tarde había servido de palacio a los obispos Prado y Cabezas sucesivamente. Estaba en el lado Norte de la Plaza principal, frente a la Catedral, calle de por medio de la propiedad del Dr. Seoane, ocupada a la sazón por la Administración de Justicia. Al lado derecho había la propiedad de otro sacerdote, Velazco. Al fondo daba con una parienta Gutiérrez, muy digna señora, íntima que fué de Licia.

Es necesario conocer al Dr. Granados, cercano pariente de doña Eudoxia, la esposa de don Luis Antonio Justiniano, tío de don Pedro. Probablemente llegó hasta Santa Cruz el decreto de Rivadavia de 1822, de secularización y confiscación de los bienes de las comunidades, secularización de personas y expulsión de las órdenes de origen español.

Por cierto que no: en 1822 Santa Cruz estaba bajo el gobierno realista del General Aguilera. El que secularizó y confiscó fue Sucre, tras la Independencia. En la Merced quedó el lego Fray Justo. Los ejecutores de las órdenes del Gobierno hicieron la vista gorda, pues la ciudad quedaba sin su médico y sin su santo bienhechor. Fiel a su hábito lo dejaron vivir en su convento, abandonado por la proscripta comunidad de los primeros apóstoles de Santa Cruz. ¿Cuándo sería eso?

## 2.21 – LA CHICHA CRUCEÑA

Tendría 12 ó 16 años doña Petra, la hermana de Licia, cuando cayó en la paila en que se hervía la chicha de maíz.

La chicha cruceña se hace de este modo: se echa a remojar el maíz blanco común, llamado maíz duro, por tres días. Luego de esto se lava bien y se muele en «tacús», morteros de madera. Esa harina se pasa por cedazos de paja o de cerda y la «flor» que da, una harina blanquísima, se echa en unas tinas abiertas en forma de macetas, de barro fino de Chané. En cada una de estas vasijas, llamadas cazuelas, se vierte agua pura sobre la harina, proporcionando a que el polvo de maíz quede como una leche.

Se revuelve esa leche con una espátula larga, regularmente de madera de palma; nombre indígena debe tener el tal palo: «jometoto». Cuando todo lo que se puede abolar se ha deshecho, se vacía en una gran paila de cobre, brillante como un arrebol, que ya espera, colocada sobre sus «jones», o bien trébedes de tres pilas de ladrillos, o terrones de hormiguero, o dos adobes de alto, en fin, que permitan el paso de la leña entre sus

quicios. Un poco de viento, leña por los tres lados, y empieza a calentarse el agua. El «jometoto» no descansa de revolver el fondo de la paila para que no se pegue la harina de maíz. Cuando hierve es menos peligroso, pero siempre necesita batirse. ¿Cuánto hervirá? Mucho tiempo, hasta que no huela a cruda; cuando tenga el olor de la mazamorra cocida y quede algo gomosa. Entonces se saca con un «matatú»: una tutuma, o tari, o mate, asegurado en un palo, virtiéndola en las vasijas de barro a enfriar. No se echa al cántaro de tierra o barro de Cotoca (barro ordinario) hasta que no esté fría, porque se ahila. Encantarada la chicha, se tapa con un plato la boca del cántaro y se ata con una servilleta, para que no penetren las cucarachas.

Se saca en jarras, se endulza para servirla en vasos o copas como refresco. Ésta es la genuina chicha cruceña. ¿Por qué hemos de bajar la frente al nombrar la Chicha Cruceña? ¿Por qué? ¡A ver!

## **2.22 – PETRA EN LA PAILA DE CHICHA**

La historia dice que Petra cayó en una paila de chicha en cocción. La sacaron medio mundo de vecinas que corrieron a auxiliar, a los gritos de la familia; el otro medio, a avisar a Fray Justo y traerlo.

La carne del brazo y del costado estaba perdida. La niña desmayada, el llanterío general, las exageraciones a la orden del momento. Llega el fraile, la ve colocada en una banca, como muerta. Da órdenes, exigiendo antes que le prometan fidelidad al método.

"Desnúdenla en su dormitorio. Tiéndanla en el suelo, sobre una estera". "Pero, ¿qué se hace si la carne se le ha caído, se le ven los huesos?" "Sigam el método que digo sin variar, y no teman la gangrena. Cuando esté extendida, cúbranla con harina de maíz molida bien fina, de la misma con que se hace la chicha. Cuando la capa esté espesa en los costados, entonces le apegan los brazos al cuerpo y los cubren también con harina; y cuiden de que no se mueva".

Milagrosa se cree esta curación, pues la carne creció rápidamente. No hubo descomposición y Petra, a los pocos días, estaba buena. Otros hechos milagrosos hay en la historia del fraile; después nos acordaremos de él.

## **2.23 – JUANA MANUELA DE GRANADOS**

Cuando sintió que la vejez podría más que el Decreto para dejar a Santa Cruz sin médico, escogió entre los niños decentes pero pobres a Granados. Se entendió con la familia y lo envió a Lima a estudiar Medicina, costeadando él con limosnas el viaje, educación y pensiones de su protegido. Fray Justo murió en Cochabamba; creo que no alcanzaría a ver al doctorcito. Pero al fin volvió éste con su título, para ejercer de médico de Santa Cruz.

Muy visitado y visitando, en Cochabamba se encontró un día, en casa de una señora, a dos jóvenes hermanas, señoritas de distinción, que habían venido a despedirse de su tía. La mayor alegre y viva, la menor no levantaba la vista. La tía las presentó al doctor.

En el curso de la conversación, supo éste que la menor iba a ingresar a las Carmelitas. El ajuar ya estaba en el convento: ropa ordinaria que debía llevar la novicia, cosida de lienzo de algodón. No sé qué le pasó: desde ese instante él se puso en campaña para desviar esa vocación. Con la tía, con sus padres; al fin lo obtuvo todo y por último el sí de Juana Manuela. La hermana alegre no quiso dejar en blanco el compromiso con el convento y entró, en lugar de su hermana, a las carmelitas.

Después de poco tiempo, el Dr. Granados se llevó a Santa Cruz a su esposa. Allí empieza a venir la familia y él sufre un raro trastorno de sus gustos sociales: con no

poco asombro de los paisanos, manda hacer su casa con grandes patios y claustros o corredores, y habitaciones en contorno. Sus piezas y consultorio en un frente que da a la calle, pero no se penetra allí sino por el zaguán. Siguen otros patios y celdas.

Ya hemos visto los juegos de esos niños, entrando Micha a ese hogar, a instancias de Felicidad. En teniendo siete años, cada niño tenía su pieza y el doctor era de opinión que sujetar a una mesa común a su mundo, era enfermarlo. Cada uno debía dictar su comida a la cocinera, todas las mañanas.

La señora sólo podía hablarle de los asuntos de la casa de una a dos de la tarde. El Silencio debía ser absoluto, sobre todo en el patio principal donde él habitaba; nada de loros, etc. Por lo menos él, usaba zapatos de goma para no oír el ruido de los tacos. Sólo el tictac del reloj se oía. Aquella señora había renunciado al claustro, y el claustro la siguió...

## **2.24 – LA VOCACIÓN DE FELICIDAD**

Como de siete años estaba Felicidad cuando se supo que el doctor, que había ido diputado a La Paz, estaba enfermo gravísimo. La esposa emprende viaje a cuidarlo; deja a los hijos varones y alguna parvulita, pero lleva consigo a Felicidad en su precipitado viaje. Llegan a Cochabamba; tiene que ir más lejos, a La Paz. Deja a la niña al cuidado de su hermana en el convento, lo permiten los superiores en un caso como ése. Crece la piedad innata de la niña; el doctor se mejora y se establece en Cochabamba. Pasan los años y su Felicidad parece que se inclina al claustro. No sé qué se susurra de que las carmelitas le tienen una «silla», es decir una plaza, reservada...

Antes de que estalle lo que él cree un morbo, dice: "Juana Manuela, no me siento bien del estómago, extraño el clima y alimentos favorables de Santa Cruz. Nos vamos". "Como gustes", y llegan a Santa Cruz. Por eso vimos en la escuela de don Melchor a Felicidad, ya jovencita crecida como de 15 ó 16 años.

La joven siguió alimentando su esperanza de ir al convento. Practicaba ya la regla del Carmelo: austeridad, retiro, olvido del mundo, frecuencia de sacramentos, ingreso en la Tercera Orden de San Francisco. Todo en preparación. Pero el doctor se enoja por alguna futilidad con los franciscanos, a quienes favorecía, y prohíbe a su hija confesarse con ellos. ¡Que lo haga con cualquier otro sacerdote de la parroquia!

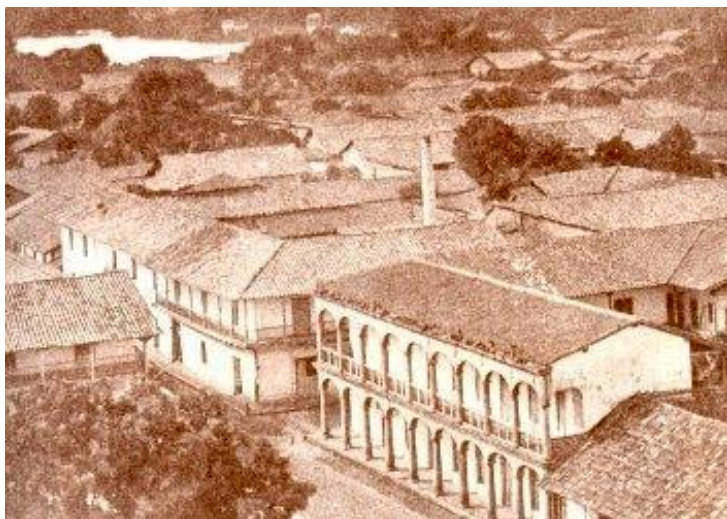
Una mañana muy temprano la cocinera fué a informarse de su ayuno. La encontró arrodillada ante el altarito de su cuarto, con el rostro bañado en lágrimas. La interrogó y ella le dijo: "Mi padre me ha prohibido confesarme en San Francisco y me hace tanta falta ahora un confesor..." "Pero niña, si es la cosa más fácil. El doctor se levanta a las ocho y yo voy oscuro al mercado. Por qué no la llevo a San Francisco a la primera misa, como antes lo hacía, y nada sabrá el doctor que Vd. se ha confesado y cumplido con sus devociones". "¿Y la obediencia? No, no puedo hacer eso. Quiero obedecer, pero esto acabará..."

## **2.25 – LA NUEVA CASA**

Este es el dueño de la casa adonde se han mudado, poco antes de enterar Fe sus tres años. El frente de la Planta Baja se compone del ancho zaguán a la calle; entrando a mano izquierda, la pieza para el portero; a la derecha, una espaciosa pieza con una pared biombo de lienzo, que han dividido para dormitorio y salita de la mamá Jesús, cocinera. A la derecha en el interior, una galería ante el grande y ancho salón, destinado a mercaderías al por mayor. Sigue el largo zaguán que va al patio cuadrilongo de la

cocina. Sobre este zaguán se encuentran frente a frente las anchas puertas de dos salones: a la izquierda la despensa, a la derecha el gran comedor, con una puertaventana alta con profundo alféizar, de un metro, como tienen esas paredes de adobe en todas partes. Por ahí puede alcanzar la cocinera sus guisados, ahí se bate el chocolate.

El patio de la cocina está rodeado de corredores por tres lados. A la derecha, en una pieza larga están los caballetes de las sillas de montar; también es pieza de planchar. Sigue la cocina, con ventanas al gran corral y puerta de este lado. Horno, chimenea y depósito de leña. Frente a este zaguán, otro que da entrada al corral, a cuya izquierda están el depósito de pasto y aparejos para viaje. El corral posee pesebreras y demás comodidades.



LA NUEVA CASA (a la izquierda sobre los árboles)

A la izquierda del primer patio está la escalera. Subamos: hay un descanso, luego un segundo tramo que llega a un ancho vestíbulo. De allí parte, hacia la derecha, una galería de dos metros de ancho con baranda, que da la vuelta del frente al contrafrente; a la izquierda, una alta pared divisoria de la casa de altos contigua.

Sobre el frente a la calle, penetrando por la puerta del vestíbulo, hay un salón de 14

ó 15 metros y una pieza contigua, que tiene una ventana que da a la escalera; por ella bien podía descolgarse un estudiante. La entrada es por el salón: una puertita blanca que imita la pared del salón. Hay también una ventanita pequeña, alta y balaustrada, que da al balcón de la calle. En el salón, frente a la puerta hacia el vestíbulo hay otra muy ancha, como de 2.70 metros, que da al balcón. De allí se ve la Plaza y al frente, cruzando toda la Plaza, está la Catedral a la izquierda y a la derecha, el cuartel con la Prefectura, la Policía y en los altos la Municipalidad. En el frente derecho de la Plaza, se ve la iglesia parroquial del Colegio, luego el Colegio Nacional y hacia el Sud, la casa del Dr. Aguirre.

Al frente izquierdo de nuestra casa está la de las señoras Seoane, ocupada en esta época por la Administración de Justicia y los Tribunales. En el frente izquierdo de la Plaza está el solar que fué casa del rico Gutiérrez y de su pobre hija doña Urbana; sólo quedan dos piecitas sin importancia. Sigue la hermosa casa del Dr. Peña, la de doña Dorotea Seoane de Franco, que fué de su abuelo el Oidor Ibáñez y donde pasó aquel velorio de la Asunción que hemos relatado; otra casa que perteneció también a los Ibáñez (las desteñidas reliquias de alguno de ellos la han heredado) y, más allá, el paredón de las Aponte hace la esquina. Esta casa facilita el conocer la edificación general de Jerusalén en tiempo de N. S. Jesucristo como la pinta Ana Catalina: el Cenáculo, la casa de Caifás, etc., tristes paredones por afuera, vida adentro con piezas alrededor de un jardín.

Volvamos al salón. Tiene una ancha ventana con postigos frente a la Catedral y otra puerta, con baranda, frente a la casa de Seoane. Todas las ventanas de este lado son tribunas como ésta. Frente a la ventana por donde se ve la Catedral en obra, está la entrada al dormitorio. Salón grande con otra puerta a la galería del fondo y dos tribunas a la calle.



El salón grande comunica con el dormitorio de las niñas y con el del ama; son estancias parecidas al salón. En el contrafrente al patio están el dormitorio de sirvientas, una galería que da al patio de las cocinas y el depósito de maíz y de cajones. Los sirvientes varones duermen abajo.

La piecita contigua al salón está arreglada para Jesús. Allí está su mesita con sus libros de estudiante, su cama en un nicho practicado en la pared (que, por cierto, ya estaba), su cuadrado de la Oración del Huerto que él ha elegido de entre unos 24 que don Pedro le ha traído a Micha para su entretenimiento, en papel amarillo, relumbrante como el de los mapas. Son oleografías, de unos 20 centímetros, con varillita de madera labrada imitación caoba. No necesitan vidrio; las láminas están firmemente pegadas sobre tabla delgada como cartón. Los rostros son muy perfectos.

Doña Inés tuvo una Dolorosa, Socia un Calvario. Reservó para «El Chaco» una Virgen del Carmen. A María Jesús le dió un Corazón de Jesús; la Diego llevó un San Felipe Neri, etc. El salón tuvo, sobre la tribuna-ventana, a Nuestra Señora de las Mercedes en el frente (aquello era el estrado). Contiguo al cuarto de Jesús había una hermosa oleografía en negro representando a San Miguel, obsequio de Kino en recuerdo de uno de sus viajes a La Paz. Poco después se colocaron retratos de la familia.

En el dormitorio junto a su cama, Micha tenía el busto de la Inmaculada, recuerdo de Lor, y el Rosario bendito por Pio IX y regalado por la señora de Téllez; don de su hermano el Dr. Benigno Gutiérrez, de cuando fué a Roma. Junto a la cama de don Pedro, la Sagrada Familia en marco ovalado, un grupo plateado y un crucifijo de oro con reliquias.

En la pieza de los niños, un cuadrado de Nuestra Señora de Alta Gracia. En el de las sirvientas, San Miguel con las balanzas. Sobre una gran mesa, el trono para los sitiales de Corpus y mientras tanto, dentro de él, Nuestra Señora de las Nieves, bien envuelta; el cajoncito del Niño Dios y el baúl de la Virgen.

Don Francisco quedó instalado en las habitaciones contiguas a la tienda mayor, el saloncito que dejaba Micha. Sótero tenía la otra tienda a su desempeño y cuidado.

Temerosos de perder a Fe como a Dionisio, don Pedro la llevó a casa del doctor Granados para que la vacunara. Así vió Fe la disposición interior de esa casa. Desde el escritorio del médico, vió pasar por los salones del frente a una joven con vestido de merino lacre con florecitas negras, con miriñaque y adornos también negros. Vea usted, pensó, viven esas niñas como de visita; no supo si era melena o peinado alto lo que llevaba la joven.

Micha tuvo mucho qué hacer con el aseo de la nueva casa. Hizo lavar con agua caliente todos los pisos altos, que eran de tablones de jacarandá, y organizó todo. Fe vendría ya de la otra casa con tos de ahogo; buscaron para cuidarla asiduamente a doña Isabel la Colla, que recomendaban las Durán como apta para cuidar enfermos por su paciencia para entretenerlos. Esta mujer tenía varias habilidades: sabía hacer colchones, velas de cera y dulces. Tenía dos hijas jóvenes: Matilde y Ramona la Sorda.

## **2.26 – JOSE EL VIEJO**

Como medio curativo llevaban a Fe «al Chaco», una quintita que don Pedro tenía desde soltero por su afición y la de su madre a las plantas y flores. También era útil: suministraba pasto para sus caballos de estima y guardaba una joya, un recuerdo de su niñez.

La joya era un indio llamado José el Viejo, que fué su niño y en calidad de tal vino de Chiquitos. Ejercía todavía cierta paternidad sobre su señor en ese su dominio. Don Pedro había hecho primero una sola pieza para resguardarse de la insolación, o por si

acaso un aguacero repentino los obligaba a él o a su madre a pernoctar allí. Otra pieza a la entrada, como a 20 metros de la puerta, para José.

Este dirigía las siembras a su modo y no había quien lo saque de su método. "José, es tiempo de sembrar el maní, hoy mismo tomá dos peones y prepará la siembra". "No, todavía no florece totaí (palmera). Cuando florecer totaí, entonces yo sembrar" "¡Pero no, si aquí el libro dice que es la estación!" "¡Qué sabés vos y el libro!" "Si no quieres tú, yo tendré que mandar a los peones". "Mandálos". Don Pedro hacía sembrar con su enseñanza técnica, y el José Viejo daba vuelta a los sembrados con su sonrisa de burla. En cuanto florecía el totaí, el indio sembraba sus tablones al lado de los de su "hijo" y se llenaban de fruto, mientras los de Pedro, más altos y hasta floridos, sólo daban cada mata algunos granos.

Así iba el indio pasando sus años, muy contento de su señora Inés y después de la amable Micha. Pero cuando empezó la edad de la enfermedades, dijo: "A tu tierra, indio, a dejar tus huesos en tu pueblo". No hubo consideración que lo detuviese; melancólico de encontrarse lejos de su tierra cuando sus fuerzas iban a traicionarle, melancólico al dejar ese lar en que había sido el mayordomo respetado.

Una mañana apareció con su pobre ajuar en un mulito, descubrió su cabeza ante su antigua ama, aceptó los paquetes de cigarros y el escapulario que ella misma quiso ponerle y, sin decir palabra que traicionase su emoción, se alejó.

Don Pedro llegaba a caballo. José le mira, casi con fiereza para que no le represente nuevos motivos para quedarse, y se aleja... se entra a paso redoblado en el camino hacia Chiquitos.

Los pájaros triscan y cantan y construyen en la plenitud de la vida, y se ocultan para morir.

## 2.27 – DON FELIX BRUNEAU

En «El Chaco» había además otra salita nueva, con sus elegantes pilares de madera labrados en las galerías del Sud, a la entrada, y del norte, hacia el terreno. Muy clara y aseada. Bien se veía que el «tío» Félix Bruneau había sido encargado de la construcción y carpintería. La puerta de entrada a la quinta tenía su techado, en que podía guarecerse cualquier viajero sorprendido por la lluvia; era de dos manos o puertas, de macizas balaustradas superpuestas, que se abrían sobre ruedas. Cosa modernísima. Cosas de don Félix.

El General Ballivián, para dar impulso a todo y en especial a la agricultura y artes, había hecho contratar en Francia hombres capaces de venir a enseñar a los bolivianos sus ramos de progreso. Don Félix vino con otros como Ingeniero, para dirigir ingenios de azúcar. Había estudiado la técnica del oficio pero no las condiciones climáticas, que desbordan del molde técnico.

Pronto los criollos lo «penetraron» y contestaron con la sonrisa del desprecio, a los epítetos con que a veces los obsequiaba el «Bugrés» de la comisión francesa, que iba por esos mundos de Dios enseñando...

Los «patrones» más creyentes, gastaron en adaptar sus moliendas a las reglas del arte. Entregaron ríos de caldo de caña; los criollos paileros «tomadores del punto» todos a un lado, con obligación de obedecer los despropósitos de los franceses. Que, dicho sea de paso, no eran impostores fanfarrones, sino hombres de buena fe en su ciencia.

Jamás cuajaron ese año, ni el siguiente, las azúcares con esos métodos. Los criollos cantaron sus coplas al fracaso y, nuevos Neptunos después de esas perturbaciones, empuñaron los tridentes – es decir, el jometoto – y empezaron a surgir las náyades, hormas llenas de granito que reverberaba al sol. Y que, a costa de la torta de barro, de

rubio volvíase blanco. Otro batallón de criollos con sus cuchillones partían en los cueros, que estaban al sol con los pilones blancos, sendos adobes que despedían chispas eléctricas a cada golpe y los encerraban en las petaquillas. A veces alguno de los gringos miraba atento la barra de la romana: ¡qué peso! ¡si aquello parecía metal! La que, en cambio, había conseguido la Misión Científica con sus manipulaciones era fofa como de lana; con siete libras se llenaba la petaquilla.

Mientras ellos hacían estas operaciones, los criollos en contralto, soprano y barítono, en dúos y tríos, silbaban «La Atalá», lo más bonito y aprovechable de todo lo que habían traído los franceses.

Algunos se fueron; don Félix se quedó. Cuando comenzó a envejecer, no era poco su disgusto cuando todos los jóvenes se emparentaron llamándolo el tío Félix. Después se acostumbró. ¿Qué no sabía hacer el tío Félix? Nada le arredraba, era audaz. Se conoce por el monumento o mausoleo que le hizo a un jujeño ilustre; a él se lo encargaron. Vuelca una gran tina de barro, sobre ésta otra mediana y otra chica. Ya está. Todo ello con barniz verde, porcelana del país. ¡Qué valor! Sus cántaros vacíos hacían el monumento del Rector del Colegio Nacional. Don Félix era filósofo, poeta cáustico y el terror de los locos. Blanquísimo él, vestido de dril de hilo blanco, cara redonda, ojos con pupilas de un azul oscuro lindísimo, magnetizaba a los insanos furiosos que se dejaban bañar, mudar de vestidos, bajar, etc. En sus últimos años, vivía de las rentas de los alquileres de «tambos», es decir alojamientos incómodos de gente pobre.

Cuántas iras, sonrojos y lágrimas habían provocado sus versos; verdaderas ronchas.

*Carmencita la liberata,*

*la que artículo relata*

*de moral y universal...*

*Aquí yace el postrero desengaño de Juan Bravo,*

*que queriendo curtir cuero lo curtieron a él primero.*

Era una lechuza que duró muchos años, ochenta o más, pero al fin este volteriano, que había conocido y «tratado» a Napoleón I, enfermó de cáncer en la lengua y, desesperado por los dolores, se cortó la lengua con su navaja. Fe ya tendría unos 10 años.

«El Chaco» todavía aparece brumoso, más tarde aclarará. Volvamos a la ciudad.

## 2.28 – MUERTE DE FELICIDAD GRANADOS

El dueño de casa, Dr. Granados, sufría en esos momentos con su familia un acerbo dolor. Se había declarado «la aneurisma», amenazando la vida de Felicidad.

Cuando ésta conoció el peligro, envió a pedir a su padre el permiso de que viniera su confesor franciscano a darle los últimos consuelos de la Religión. El doctor cedió; el sólo, más que nadie, veía el sin remedio de semejante enfermedad... y pensó en otro corazón, el de su esposa. "Juana Manuela", le dijo, "esta asistencia te puede ser nociva. Yo quedo en casa. Juanita, la beatita amiga íntima de Felicidad, está a su lado. Tú vete con las otras niñas, Margarita y Eulogia, a casa de Eudoxia". "Como gustes", respondió aquella santa, vertiendo un torrente de lágrimas.

Micha fué a informarse de la salud de su amiga. Juanita, y algunos momentos Mariquita Durán, velaban a la piadosa enferma, que estaba sentada en un sillón con gran tranquilidad de espíritu, en medio de los ahogos e «insultos» de la muerte. De allí pasó a casa de su tío Luis Justiniano, a ver a la triste mamá de su amiga; lloró con ella.

Después supo que en la mañana de su último día, la paciente dijo a Juanita: "Hermana mía, abre la ventana, que entre ese hermoso sol que representa la gracia de Dios... y saca de aquel baulito mi ajuar. Allí está el habito bendito y las sandalias que me enviaron mis

madres, las carmelitas de Cochabamba; ésa es la mortaja que me pondrás". Juanita sacaba en silencio, y con cierto temor que la oprimía, esa librea de la penitencia.

En eso Felicidad la llama: "¡Juanita, ven!, cúbreme bien que me hace frío; toca la campanilla, que venga el Padre... alcánzame el cirio bendito". Al sonido de la campanilla corrió el venerable Padre Damián, el doctor y todos; después de cortos instantes, voló aquella alma al Cielo. Sus hermanos varones estaban ausentes, estudiando. Francisco era recién sacerdote y estaba en Cochabamba. De allá envió aquellos versos que tanto gustaron a Fe más tarde, cuando encontró en el baúl de Micha este folleto, que ella guardaba cerca de exquisitas esencias y perfumes que don Pedro y Lor le traían en cada viaje; ella, parca en adornos y placeres mundanos, los usaba muy de vez en cuando. Tenía razón Micha: esta corona perfumaba las almas.

*¡Ay!, ya no existe el tallo fresco y puro  
de su vida tan cara, tan preciosa.*

*La Muerte, inexorable y rigurosa  
tronchó en la flor de su temprana edad  
el hechizo, el encanto, el embeleso  
de mi vida; mi hermana idolatrada  
en negra tumba yace sepultada.*

*¡Ay!, ya no hay para mí Felicidad.  
Allá en el seno de su hogar querido  
el ángel fué de paz y de consuelo.*

*Un día alzó el pujante vuelo  
hacia la estancia de eternal fruición;  
su Esposo la llamó con tierno acento.*

*Una corona la mostró radiante...  
y ella le entregó al instante  
su inocente y virgíneo corazón.*

*Su corazón, tan puro como el aura  
que arrullara las flores del Edén,  
como la luz que el alba tien circunda  
de glorioso querubín su corazón,  
donde jamás entrada  
tuvo la impura mundanal malicia,  
casto, cual de una madre la caricia,  
límpido como el Sol en su cenit.*

*No bien escuchó su tierno oído  
el nombre del Divino Nazareno,  
que de celeste fuego el pecho lleno  
le juró sin reserva eterno amor.*

*Su ambición, su incesante anhelo  
fué complacer a su Jesús amado,  
huir hasta la sombra del pecado,  
hacerse fiel esposa del Señor.*

*Y aqueso cuerpo virginal y puro  
que no manchó jamás inmundo el vicio,  
penitente vistió con el cilicio  
como de gala espléndida y nupcial.  
De su casa una Tebaida hizo  
para vivir su vida en dulce espera;  
consigo misma rígida y severa,*

*con sus hermanos, toda caridad.  
Y no es la pluma falaz, apasionada,  
la que así traza un cuadro lisonjero;  
es la voz de un puëblo todo entero  
que de la virgen circunda el ataúd.  
Y en su faz cadavérica descubre  
una aureola de luz que la ilumina,  
la expresión angélica, divina,  
el claro resplandor de la virtud.*

*Duerme, duerme, ángel celeste,  
duerme tu sueño tranquilo,  
mientras lloro yo, hilo a hilo,  
tiernas lágrimas de amor.  
Ya no te verán mis ojos  
sobre aquesta tierra impura,  
pero pronto allá en la altura  
nos reuniremos los dos.  
Virgen prudente, a tu lámpara  
óleo no faltó un instante,  
y al encuentro de tu amante  
corriste con dulce afán.  
Llegó el felice momento  
de tus ansias, de tu anhelo,  
y contemplas ya sin velo  
a tu Jesús faz a faz.  
Eres feliz... yo te envidio  
y es de envidia que ahora lloro,  
y tu protección imploro  
humanado serafín.  
Por tí Jehova en su justicia  
me miró con indulgencia...  
Resignación y paciencia  
derrame también por tí.  
¡Oh! y quién jamás me dijera  
que mi enlutado laúd  
sobre tu humilde ataúd  
vendría doliente a pulsar...  
Y que por tí ofrecería  
al Dios santo y justiciero  
del mismísimo Cordero  
la sangre sobre el altar...*

*Haz pues, hermana querida,  
que el Consolador divino  
vierta el aceite y el vino  
sobre el triste corazón  
de nuestra virtuosa madre;  
de esa mujer santa y fuerte  
a quien tu temprana muerte*

*hiere con honda aflicción.  
Ruega por el noble anciano  
que en cuita desoladora  
sobre tu sepulcro llora  
tierno llanto paternal.  
Por tus hermanos y hermanas  
que bendicen tu memoria,  
y en cuyo pecho tu historia,  
tus virtudes vivirán.*

*Descansa en paz, oh tierna hermana mía virgen, conjunto de virtudes raras,  
y de tu Esposo, en las celestes aras ofrece alegre tu plegaria pía.  
Felicidad Perpetua has conseguido, lo dice fiel tu nombre bendecido.  
Esta fué la voz fraternal, que no decía más que lo que todo el pueblo establecía.*

Su confesor, el R.P. Próspero Margaritini, engalanó también esta guirnalda fúnebre con notables versos:

*Yo la ejemplar virtud he admirado  
de una mujer y su piedad sincera.  
Era más bien un ángel de la celeste esfera. Buscado había al descender al suelo  
desde el seno argentino de una estrella este ángel o mujer, morada digna de  
ella.  
Porque es su casa del Dios vivo un templo do virtud se respira y santidad.  
Ella era allí el más bello ejemplo de cristiana piedad.  
Yo de Jesús ministro peregrino  
con la misión de propagar su fe  
de pie, resplandeciente en mi camino,  
este ángel encontré.  
Llegóse a mí buscando penitencia  
y cuando culpas revelarme quiso  
tan solo vi el candor y la inocencia  
del santo Paraíso.  
La mansión terrenal le daba enojos  
sin comprender sus penas ni sus goces.  
Al cielo solo dirigió sus ojos  
y sus fervientes voces...  
Mas por qué llorar, si es ofensa  
el llanto a tu celeste gloria?  
No te he llorado yo,  
¡te canto!, alma propiciatoria...*

Y así don Tristán Roca, Zoilo Flores, un Dr. Blanco y otros cantaron las alabanzas de esta virgen, que llegó a ser con el tiempo tierna protectora de Fe, como buena amiga de Micha.

## **2.29 – «EL CHACO»**

El Dr. Granados encontró ideal la quintita de don Pedro, con su grupo perfumado de limos de Persia, sus cuadros de naranjas, sus chirimoyos, sus calles de banano. Galerías preciosas cuyas arcadas las formaban sus hermosas hojas ofreciendo sus racimos,

mientras que la pirámide florida del cafetero adornaba el centro de cada arco, con sus hermosas hojas de esmeralda y su fruto de rubí.

Ya los cusis y otras palmeras como el sumuqué empezaban a asomar de los cercados de chuchío, que los protegían contra las astas de las 15 vacas que debían suministrar a diario la leche para el gasto de la familia.

Al Oriente de la casita, atravesando bajo la bóveda sombreada por los limos y chirimoyos, estaba la huertilla, cuyo cercado lo formaban árboles que daban hermosas flores. En la puerta el árbol de pitón (especie de níspero), los dos paraísos, los paraparaú de flores azuladas (jacarandá), en cuyos troncos arraigaban las orquídeas de diversos colores. Los tajibos, el ceibo color rosa antiguo, el lacre, el «suche» o jazmín magno, las moreras, todo ello enrejado con multiflor rosa, cuyas ramas sostenían, como en nidos, las tinajas-colmenas donde fabricaban su miel las abejas. Un guapurú a quien no le faltaba fruta, que daba en cualquier estación a cambio de un balde de agua. El jazmín, siempre blanqueando de flores; las grandes pasionarias, con sus flores blancas, cabellera rosa y frutos de oro, que parecían el mar de luz en que nacieron los astros; aquello era un mapa celeste con esos puntitos de un blanco de porcelana, que parecían constelaciones de estrellas.

Los arbustos de pajarilla, la alfombrita de orégano, las flores cuyas semillas había traído de Roma don Benigno Gutiérrez. La plantación tierna de los chocolates; los urucús, grupo de árboles oscuros con suavísimas hojas de raso, papel higiénico para todos los que lo necesitaran; el tacuaral; las zanjas que dividían las regiones sembradas de yuca (mandioca) o de maíz; los ambaibos, higuerones mostruosos, de melosa fruta y virtud eléctrica para llamar al rayo, de modo que no cayera en la casa sino en ellos. Los pozos con sus plátanos enanos que arrastraban los racimos; los tutumos, cargados de vasijas para el uso, que por lo menos 30 vasos o botellones daban por año para los diversos empleos de las cocinas. Y después las pampas y pajonales de la avenida, que desde el portón conducía a la casa.

Allí vió Fe revolcarse al señor don Chepe, cuando venía a pasar un alegre día de campo al pie de la ciudad; "para cobrar nuevas fuerzas". Este remedio, decía, le venía de una luminosa observación que había hecho sobre las costumbres de los perros. Los granados, cargados de fruta el año entero y, al lado Norte, las mosquetas, las diamelas, las parras. La cocinita antigua tenía una especie de pasadizo cerrado por atrás; las gallinas dormían allí, en palos atravesados, y también sobre los pilares y cabeceras de una cama de jacarandá con incrustaciones de nácar y finas balaustradas de hueso labrado.

"Pero esto es muy bonito", dijo un día Fe examinando las estrellitas de nácar. Lanzó una carcajada la tía Rosaura: "¡Qué va a ser! Si es una cuja vieja del tiempo de Ticañez" "¿Qué dice? ¿Qué es eso?" "Del tiempo del rey. Ya no se usan esas cujas".

### **2.30 – LAS «MAÑAS» DEL DOCTOR GRANADOS**

Aquí pasó la familia Granados días de solaz inolvidables. El doctor había dispuesto que Juana fuese a Cochabamba con toda la familia, a cuidar de la educación de hijos e hijas. "Como gustes", dijo; y se fué con toda la familia. El doctor se quedó a llenarse de manías, solo y encerrado en el caserón. Curaba ya poco, sólo por amistad. Sólo comía pollas y gallinitas de la primera postura, decía él. Caldo de gallina todos los días. Y ¡cuidado!, que la cocinera que llegara a sorprender echando un huesito al caldo para mayor sustancia, era al instante despedida. Mientras buscaba otra, acudía a la casa de alguna parienta o amiga; lo recibían con el mayor placer, y... ¡guerra a todas las gallinas!, hasta que llegaba a sorprender el mismo delito que en su cocinera. Entonces

con cualquier pretexto se mudaba y empezaba otra cocinera en su casa.  
Dejemos al doctor ya.

### 2.31 – RECONOCIMIENTO DE ELISA Y AURORA

Don Pedro hacía frecuentes viajes a Sucre, a traer surtido de mercaderías para vender al por mayor en su almacén y al por menor en sus tiendas. Para decir la última palabra en estos negocios en su ausencia, hizo extender un poder general para su esposa, que en toda clase de asuntos se tuviese y él tendría como hecho por él mismo cuanto ella determinase y resolviese.

Investida Micha de este poder, el primer uso que hizo de él en ausencia de su esposo fué mandar hacer, con Kino que era el abogado de la casa, un escrito para reconocer ante la ley a las hijas naturales de don Pedro. Pensaba pedir las a su suegra para hacerlas educar, pues hasta entonces estaban en el campo.

Así las pidió. Algún desasosiego y rubor costaría a don Pedro esta medida cuando la encontró tomada, pero Micha le hizo ver que la casa era cómoda para tenerlas, y la justicia pedía que... si por Lágrimas, que era una extraña, se velaba sobre su porvenir, dándole lo que no se pierde, la dote más duradera, cuánto más a las que había obligación. Él, bendecido por Dios, ya estaba en posición de hacer frente a estos compromisos. Su fortuna iba de mejor en mejor...

Acompañadas de Rosario y Felicidad, vinieron **Eva** y **Alba** [apodos de **Elisa** y **Aurora Rodríguez**]. La primera ya sabía leer, por el cuidado de doña Inés y sus hijas, pero muy imperfectamente. Micha envió a Eva al Colegio o Escuela de doña Mercedes Sandóval, a cuadra y media al Norte de la Casa. Eva no quería deberle nada ni darle el nombre de «mamá», que desde luego le dió la humilde Alba. En vista de su desaplicación, doña Mercedes dijo que perdía tiempo y paciencia, que ya tenía bastante con lo que sabía...

Micha la retiró del Colegio a los seis meses y le puso maestros en la casa, que le dieran lecciones. Jesús Pinto, el amable estudiante, también procuraba instruirla. Pero las disposiciones de Eva eran una cruz; nuevos refuerzos de la Divina Providencia iba a necesitar Micha para llevarla debidamente.

### 2.32 – EL PADRE RAMON CUELLAR

El P. Ramón Cuéllar había conseguido reunir la cantidad de dinero necesaria para comprar un cáliz, ornamentos y todo lo necesario para decir misa. En un clérigo tan desinteresado y virtuoso, esto supone mucha constancia y privaciones. Armó pues su baulito y, con las debidas licencias, se encaminó a la conversión de los indios infieles. Le parecería no haber hecho nada si no entregaba un pueblo reducido a la fe a la Santa Iglesia; lo ejecutó. Por lo menos, se perdió de vista diez años, en un silencioso apostolado.

Hay pues de estos santos hombres con que puede honrarse la iglesia boliviana. Pero esos «pollos» que escribieron para la fecha de la bendición de la santa iglesia Catedral (1915) sólo escarbaron el muladar, tirándose a la cabeza y plumaje la inmundicia. Dejaron a las perlas sin la estimación que merecen. Al contrario de los racionales y patriotas de otras naciones, que niegan que haya habido jamás basura en su suelo; que engarzan sus perlas en aureolas de oro, que cubren lo que HUBO pero que, a costa de negarlo, desaparece de la Historia.

En esta ocasión, debió hablar Micha con doña Teresa y las beatitas de su pena. Estas le ponderaron a los padres de San Francisco como excelentes confesores; entonces ella



envió a rogar al Padre Superior, Fray Basiliano, que le hiciese el favor de venir a confesarla a la iglesia del Colegio. "¿Por qué no viene ella aquí? Nosotros poco salimos a confesar fuera de la iglesia de nuestro Hospicio". La Roca contestó que no podía por el estado de su salud. "Pero ¿por qué ha de afligirse? ¿No ha recibido el sacramento del Matrimonio?" "Así es, Padre, pero ella es así, muy delicada..."

### **2.33 – LOS FRANCISCANOS**

Lo cierto es que Fe cree que sólo se habrá confesado una vez con este Padre, pues el que Dios Nuestro Señor le dió por Director, a quien entregó el cuidado de su alma, fué el R.P. Querubín Francescangeli, quien desde 12 años atrás evangelizaba a los indios guarayos y ahora venía a estar de asiento en el Hospicio. Según fué sabiendo, el P. Basiliano era de una distinguida familia de Milán. ¡Qué fraile tan lindo!, oía decir Fe a todos; así que después de esta noticia, acudía ella al salón en cuanto llegaba el Padre de visita, para SABER lo que era la hermosura. Un rostro afable, sereno y alegre, de regular edad, con hermosos ojos grises; un modo muy agradable. Se acercaba a él y lo miraba de hito en hito; sus visitas eran raras y breves, a veces con un racimito de uvas para Fe. El había empezado en mayo la devoción del Mes de María, en honor de Nuestra Señora de Alta Gracia. Este fué el sacerdote que más tarde martirizó el tirano del Paraguay, Solano López.

En las horas de sol y después de su siestita, Micha solía sentarse en el salón cerrado, con poca luz; repasaba a Fe las letras en su tablita o trataba de enseñarle a coser, lo que la aburría soberanamente. Fe se tiraba en la estera a descansar y, levantando los ojos, veía a Nuestra Señora de Mercedes, cuadro que ocupaba el lugar de preferencia sobre el balcón o ventana que daba frente al Tribunal. Veía al Niño Dios con el mundo dorado en la mano; no sabía que ésa fuera la forma del planeta que habitamos. Tenía la forma de su fruta preferida, el pachío (fruto de la pasionaria); se le antojaba delicioso y comenzaba a pedirlo. "Dame el pachío" (dame el mundo para que yo lo guste); aquel dedito del Niño alzado parecía decir "No", su aire y la severidad de su rostro daban poca esperanza de probar la fruta.

"Dame el pachío!", repetía con enfado. A Fe le parecía que la Virgen decía al Niño "¡Dáselo!" y, al ver la constancia con que se negaba, se dormía entristecida, o bien la tenían que sacar de allí a distraerla en otra parte.

### **2.34 – DOÑA MANUELA URGEL DE RODRÍGUEZ**

En uno de esos días, Micha llamó a María de Jesús y le dió el encargo de llevar a Fe a visitar a doña Manuela Urgel, la esposa de su cuñado Manuel José. El desaconsejado jovencito se había casado con una señora viuda, de edad; naturalmente, la familia no había simpatizado con la elección de Manuel José, así que la bondadosa Micha era la que mejor acogía las visitas de doña Manuela; compadecía a su cuñado y no quería agravar más su cruz.

Ya otra vez Fe había estado allí; recordaba como en sueños haber visto una imagen adornada en la sala de las Urgeles. Era Nuestra Señora de las Piedades, con el Divino Niño en un brazo y una flor en la otra mano. La señora Manuela se quejaba de no tener el placer "que experimentaban otras parientas" de que les enviase a Fe, distinción que creía merecer, pues quería también a la niña y estaba tan sola. La acogió con tanto cariño y zalamería que, disgustada, Fe se tomaba de los vestidos de su mamá Jesús. Esta la animó a complacer a la señora. Doña Manuela la arrebató quieras que no y la llevó por todas las piezas de su casa, buscando objetos que distrajeran a la huraña chiquilla.

Al fin, colgado a la cabecera de su cama, había un cuadro imitación carey, con un precioso corderito.

Aplácase Fe a su vista y le pregunta, regocijada, qué es eso. Con toda la unción y devoción posible, responde la señora: "Este es el Cordero de Dios. Dile conmigo: «Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros»". Fe no dice nada, a pesar de que doña Manuela le repite la lección tres veces; pone en su acento verdadera urgencia devota, honda súplica, que no lo toma ella por una diversión sino por un encargo sincerísimo y humilde.

Jamás se le olvidó a Fe esta invocación. El amor con que la había pronunciado ella penetró y quedó siempre vibrando en su corazoncito. Le pareció bellissimo eso de que Dios tomase esa forma tan bonita, y de que se le dijeran cosas bonitas también. Poco tiempo después, este matrimonio se fué para el Beni y no lo volvieron a ver más en la ciudad. Se hundieron en la eternidad.

### **2.35 – NACIMIENTO DE RODOLFO FRANCISCO**

A todo esto, el tiempo en su curso llegaba al 19 de junio de 1863.

En las primeras horas de la noche, Dios Nuestro Señor le daba a Fe un hermanito, delgadito, debilcito. Don Francisco, lleno de gozo, lo llevó a las fuentes bautismales y le impuso su nombre; don Pedro le agregó el de un príncipe de cierta novela que había leído poco antes.

Fe reparó en él cuando el tío Pastor lo tenía en los brazos y lo acercaba a la luz de la ventana para verlo mejor; haciendo unos zapateados de baile, lo llamaba por cariño «el curita de San Carlos». Sobre la gorrita del niño puso poco después un sombrero de paja de jipijapa y lo encontró más «cura» todavía. Le buscaron un ama criolla de carácter algo difícil, pretenciosa, la Chotota Dolores («chotota» es la clase de hormiga que vive puramente de comer azúcar). Fe le debe los peores sustos que haya pasado en su niñez.

### **2.36 – LOS SUSTOS DE «LA CHOTOTA»**

Solía la pequeña bajar, sola si las sirvientas no querían acompañarla, todas las tardes a la cocina, a ver a su mamá Jesús la cocinera, que pagaba la visita con algún pedazo de mandioca cocida u otra cosita así. Cuando la Chotota estuvo ya aclimatada, reparó en esa costumbre, que no inquietaba a las niñeras de Fe.

No sin miedo al Demonio y a los muertos atravesaba la pequeña, a las cinco de la tarde, el sombrío pasadizo donde se encontraban frente a frente las puertas del comedor y de la despensa. Un día pasaba Fe por allí, algo cautelosa y con los deditos de ambas manos doblados en forma de cruz; precaución tomada contra «el Feo», que así se llamaba al Demonio en esa Casa, y no de otro modo. En eso mira que del medio del comedor venía un bulto negro a pasos lentos. Corrió sin habla, tropieza al salir al patio de la cocina y recién en los brazos de su mamá Jesús pudo gritar y llorar. Cuidadosa quedó la Jesús de lo que la niña decía haber visto.

Hasta que días después encontró por sorpresa a la Chotota, envolviéndose en la capa de goma que don Pedro usaba para viajes en tiempo lluvioso, con capuchón y todo. Le representó dulcemente que hacía muy mal; debe haber conseguido algo más, que Micha ocultase la capa.

### **2.37 – COMO FABRICAR CIRIOS**

Llegaron los ovillos de pabilo. Fe fué con su mama Jesús a visitar a la tía Petra; ésta, algo enferma, no salía, pero entregó su ofrenda para que la llevaran a Micha. Aquí empezó otra novedad: una de las mulatas de la casa de las Salvatierra – la que hacía las velas para San José, donde las Landívares – trajo el utensilio y se vino a estar unos días donde la Comadre Jesús, para beneficiar la cera y panalearla para el año venidero. Doña Isabel Salvatierra poseía muchos secretos de Economía Doméstica, que comunicaba a Micha con especial placer. Uno era no hacer las velas con cera derretida ese año, sino el anterior; otro, no emplear las velas que se hubieran hecho en el año, sino el anterior. De modo que la puso en un conflicto a Micha, que con tantas penas, trastornos y mudanzas no había tenido en cuenta eso... además la cera se había gastado toda en el entierro y funerales de Neve, la que en su casa había corrido con esta faena antes.

Cuando Micha llegó al último ahogo, socorrió la señora de Landívar, doña Isabel. Esta tenía siempre triple repuesto de arrobas de velas para el señor San José, así que supliría dando las necesarias arrobas para la Novena y fiesta. Micha quedaba delicadamente obligada a mandar hacer el doble de panales: unos para devolver a la señora, otros para las velas del año y aún un tercero para guardar.

Fe se fijó en la operación recién en los años que siguieron, cuando ya no las hacía esta mujer sino doña Isabel la Colla; pero es preciso dejar constancia de lo que importaba de faena esta devoción. De estearina, que eran las únicas velas importadas, sólo había entonces de 30 centímetros; así que no era tacañería por no comprar, sino verdadera necesidad. La operación incluía:

1° – *Halagar a Vélez, a la Silva o a la comadre Cota, dueñas de carnicerías, para que reservaran el sebo más duro y escogido para este fin, y no lo vendieran a otro a ningún precio.*

2° – *Buscar, en las marquetas de cera de Chiquitos traídas en consignación, la menos negra, la más rubia y dura; hacerla pedazos con la cuña y pesar cantidades en que, para tanto de sebo, tanto de cera. Micha procuraba siempre tirar la mayor cantidad de cera posible, contra el parecer de las fámulas, que querían velas más blancas a costa del sebo.*

3° – *Después, en el patio, sobre un cuero limpio y bien barrido, se echaba el sebo crudo, escogiendo el más duro, y se empezaba a moler con las manos de «tacú» (mortero). En esta operación ayudaban los indios de don Alberto y los de la casa.*

4° – *Se preparaban tres grandes pailas de cobre, de mayor a menor; por encargo de Micha, don Alberto se las había traído de Pará. Fregadas con limón, parecían un horizonte; esperando al sebo, hervían ya en ellas algunas tinajas de agua.*

5° – *Primeramente se «panaleaba» el sebo, es decir se echaba a derretir y hervir en aquella agua caliente, horas de horas. Por fin se colaba en otra paila, pasándolo por el «urupé» (cedazo de paja) y se volvía a hervir con más agua. Luego se retiraban los tizones y se dejaba en la paila hasta el día siguiente.*

6° – *Al día siguiente, se volcaba con toda precaución la paila con su contenido sobre el cuero. Quedaba el pan de sebo, al que había que rasparle las tortas de escoria que quedaban en el lado del fondo.*

7° – *Después venía hervirlo con cera en el agua caliente; como el día anterior pero ya con cera y gran cantidad de aguas que contuviesen amoníaco natural, para el blanqueo de la cera. Nueva colada, y dormir en la paila al sereno.*

8° – *Al día siguiente, otra vez el cuero y a raspar la superficie inferior.*

9° – *Y varias veces más se hervía, hasta que estuviese bien blanco el panal. Entonces, se envolvía en lienzos y se retobaba en lonas para ponerlo en lo más fresco de la despensa, para el año venidero.*

10° – *El panal del año anterior se derretía. Se mojaban en cera caliente los pabilos, a*

*que quedaran bien empapados.*

*11° – Después se colgaba del techo, en la pieza frente a la despensa y al patio de la cocina, el gran aro de más de tres metros, con clavos en donde colgar las velas a distancia, de modo que cada vela pudiera ser bañada sin perjudicar a la vecina.*

Este sistema, de ir bañando las velas una por una, daba el resultado de que al empezar otro turno de baños, ya estaban frías las primeras y podían recibir una nueva capa de grosor, según el tamaño. Había tres dimensiones: para alumbrar el altar mayor de la iglesia donde se celebraría la fiesta; para los laterales e imágenes medianas, así como para los canónigos y asistentes, desde el sanctus hasta la comunión de la misa; y otras más pequeñas, para la misa y el candelero de siete brazos, encendido todo el día de la fiesta en la exposición del Santísimo Sacramento.

Esta faena era un regocijo para la gente menuda. ¡Qué diligencia en ayudar, tanto los sirvientes grandes como los indiecitos! Las antiguas sirvientas que venían de sus casas a ayudar, sin necesidad de ser llamadas, alimentaban la curiosidad de Fe y de las otras niñas con reminiscencias de las fiestas pasadas, desde el tiempo de la «señá» Licia.

## **2.38 – LA VIRGEN DE LAS NIEVES**

Así como la luz de la aurora alegra a los pájaros, lo mismo este humilde trabajo era el anuncio de la cercanía de la fiesta. Y no fué pequeño el gozo de Micha cuando, el 2 de agosto, le traen del correo un fino cajoncito de madera y una carta, recomendada especialmente al correísta, que venía de Cochabamba por don Adolfo Cohen. El judío había tenido la delicadeza de gratificar al mensajero, para que llegase con tiempo antes del 4 de agosto.

La carta explicaba el placer con que cumplía su palabra, para con Micha a quien tanto estimaba y debía... Contaba que iba resuelto a pasar al Cuzco, cuando en Cochabamba le noticiaron que el más afamado escultor del Cuzco estaba en la propia Cochabamba, ocupado de obras en cierta iglesia que le había costado el viaje. Fué y le pidió a don Joaquín que, sin pararse en precio, le hiciera la imagen de la Virgen María más bella que pudiese, para que él quedara bien con una señora de todo su respeto y estima.

El pintor debe haber tomado por modelo el tipo del mismo judío. Buen escultor era, por lo que se vió 15 años después. Es decir que Anita Cohen era parecida a la imagen de Nuestra Señora de las Nieves como una gota de agua a la otra.

Abrióse el cajoncito allí mismo en la sala, mientras un sirvientito corría a llamar a algunas amigas de Micha para compartir y no morir de felicidad. Llegó Marica Durán, la esposa de Lor; con ella estaba Felicidad, su cuñada Rosaura también.

Libre de las delicadas envolturas, apareció el bello rostro y manos, y alguna cajita con un obsequio para Fe: unos aritos con piedrecilla de ópalo, que según los horóscopos o supersticiones más corrientes, era la piedra que traía la dicha a una criatura nacida en la primera quincena de junio. ¡Qué humilde, qué dulce, cuán hermoso era ese rostro, con sus lindísimos ojos grises que, junto con la expresión de la boca, estaban llenos de compasión, de misericordia, de dignidad!

"Lástima que esté tan cerca el 5 de agosto, que no haya tiempo de estrenarla", dijo una amiga. "¿Y por qué no?" "Porque le falta el cuerpo, y Tomás el pintor no es de los que se apuran..." "Corran a llamarlo", dijo Micha. Salió el portero Marcelino con el encargo y lo trajo, a pesar de sus protestas de que estaba ocupadísimo.

Otra cosa fué don Tomás cuando se vió ante aquel rostro y oyó la voz suplicante de Micha: "¡Mirá Tomás, no me digas que no! Hoy mismo, son las 8 de la mañana, hoy en la tarde me la traes concluída..." "Señora, es un plazo muy corto..." "Toma los oficiales que necesites... pero ya sabes, tenemos que vestirla mañana". El pintor trabajó

con tanta prisa que mama Antonina, Lupe, Felicísima y Simona la Negra, su vecina, creían que llovería con sol ese día.

Micha había encargado a Ram el año anterior, cuando fué de Diputado a La Paz, le trajese una rica lama de flores pequeñas con fondo blanco y oro, para hacer una nueva gala a la imagen devota de la familia, con los galones necesarios. Ram desempeñó muy bien. La tela blanco y oro, con ramilletes pequeños de rosas sembradas en ese fondo, muy fina, no dejaba nada qué desear. El adorno era, además del galón dorado, una pasamanería o alamar ancho, que semejava hojas de trencilla de oro cuajada de perlas, que parecían rubíes y esmeraldas.

Este vestido se cortó y cosió con las ya nombradas amigas y con las Landívar, en medio del mayor júbilo. En recuerdo de Neve, se forró el manto por el revés con una tela amarilla, raso estampado que le había pertenecido.

### **2.39 – LA FIESTA DE LA VIRGEN DE LAS NIEVES**

Y el 5 de agosto, en la iglesia del Colegio, fué la fiesta de Nuestra Señora y la gente quedó embelesada con su hermosura. El precioso Niño Dios de Neve se sentaba en su brazo izquierdo; en el derecho, ostentaba el ramo que con otros había mandado trabajar el Dr. José en las monjas de Sucre con finísimo gusanillo de oro y plata, perlas y lentejuelas. Tenía el ramo de la mano varias rosas como naturales y diamelas de perlas; un corderito echado sobre el Libro de los Siete Sellos, dos palomitas que parecían traerle volando un racimo de uvas de mostacilla morada con hojas verdes de terciopelo, y una espiga de oro dorada.

El velo era de una gasa de seda traída por el Dr. Benigno Gutiérrez cuando su viaje a Europa. La corona, algo pequeña para ella, era de oro puro con arcos. "Corona de emperatriz", explicaba la tía Petra. Adornaban sus orejas los grandes pendientes dejados por Licia a la Virgen, y su cuello llevaba todos los hilos de perlas de Micha. En su pecho el prendedor, de una sola perla grande rodeada de diamantes, y la Cruz de Malta de brillantes, recuerdo del Brasil.

Asegurada en las andas, que tenían cuatro ramos de flores de esmalte, la Santísima Virgen fué traída en procesión con música, al canto del «Ave Maris Stella», y colocada en el salón. En candeleros de plata ardían seis cirios ante ella, que Jesús Pinto cuidaba con suma reverencia. La sobremesa era de raso verde con franjas; había también varias otras, también con franjas, desde el tiempo de Licia.

El salón, lleno en esas noches de amigas y parientas, hacía coro al Rosario: la tía Petra, la tía Angela Gutiérrez, doña Angela Pinto, la mama María Fernández y alguna otra notabilidad. Las señoras tomaban el ya conocido refresco de chicha en las copas azules, verdes o blancas, de cristal de roca con dorados finos, en las cuales año tras año habían bebido esa orchata, desde los días de Licia. Mientras, cantaban las negras, aglomeradas en el balcón con toda la servidumbre, las alabanzas de la Virgen a voz en coro. Fe pasaba de falda en falda de esas fieles mujeres, que lloraban todavía a Licia, a Neve y a todas las parientas que habían tocado ya las riberas de la eternidad.

Don Francisco, que por supuesto no había faltado a la misa con don Pedro, Lor y Kino, apareció corto rato a saludar a las señoras; después se retiró a dormir. Era madrugador y cuidadoso de no dejar sola la tienda principal.

En el vestíbulo del lado del patio, don Pedro y los ya nombrados se entretenían, conversando con los deudos y amigos, y daban sus vueltas obsequiando a las señoras. La tía Manuelita, con sus hijas mayores Dolores y Adelaida; doña Dorotea Seoane de Franco, con dos bellísimos ángeles, sus hijas Asunta y Pepa; Eliodora y Simona Landívar, con su señora madre doña Isabel y Domitila Vargas de Landívar, la dulce

amiga tan prudente y virtuosa; doña Angelita Velazco de Velazco, de la edad de don Pedro, esposa del Coronel Velasco, con sus dos hijas mayores Victoria y Manuelita; doña Sinforosa Gutiérrez de Téllez, con don Emilio y sus siete hijos; doña Indegunda de Carmona y su hermana doña Avelina; la tía Mariana Justiniano de Suárez y sus hijas Panchita y Marita; etc.

Todas con finos vestidos y chales de color, de espumilla de seda de la China, e excepción de las señoras mayores, que los llevaban azul marino o de colores oscuros. Las jovencitas mostraban a sus amigas sus pañuelos de manos, obras primorosas que ellas, o alguna huérfana recogida en sus casas, había confeccionado. Así era la sociedad sincera y espiritual de entonces.

## 2.40 – NOCHES EN LA QUINTA

El día de San Miguel estaba Micha en la quinta. Allí habían acudido sus íntimas, las Landívar, las Durán. Sótero tocaba la guitarra. La rosa de abril, la rosa sencilla y las mosquetas daban su fragancia allí cerca, donde se proyectaba ya hacer el jardín.

Por las noches que siguieron Marica, la beatita alegre y buena, se quedó todavía a acompañar a Micha. Sentadas en un cuero suave como un raso, en el patio a la luz de la luna, tocaban la guitarra, ya una, ya la otra. Marica Durán llevaba un sencillo vestido de merino azul, que la hacía parecer una criatura muy simpática, con la alegría no del lujo sino de la buena conciencia. Las niñas y sus niñeras, en otro cuero, jugaban al «gran bonetazo». Lágrimas era «bonete-estrella»; consultada Fe sobre el nombre que debía adoptar, acudió a su mamá con varios en vista y ella le escogió «bonetecielo». Porque el nombre del bonete era como la propiedad literaria: podía defenderse ante los tribunales para siempre, otro no podía usarlo ya. A Alba le propusieron bonetes de astros y de colores, pero ella escogió uno inaudito hasta entonces: se llamó «bonete-pájaro». La niñera de Lágrimas, «bonete-azul»; Casimira la indiecita, «bonete-luna».

Se rezaba el Rosario ante la Virgen del Carmen, aquel cuadrito amarillento; María Diego con gusto, pero la Chotota con su pequeñuelo, los sirvientes y las chiquillas cabeceaban más luego. Entre los cantos que Micha y su amiga Marica cantaban estaba «Palidez», que gustaba mucho a Fe porque ahí se nombraba a una virgen; como ella no conocía con tal nombre sino a la Madre del Niño Jesús, procuró aprenderlo. Sentadita en la hamaca al resplandor de la candileja, pegada a la pared cerca del cuadrito, veía bien el bello rostro de Nuestra Señora con el Niño en su regazo y enseñando en su mano derecha el escapulario. Fe empezaba su canto y su mamá, que no lo encontraba exacto, le cantaba la primera estrofa: «¿Por qué se ve en tu frente del padecer la huella?...». Fe seguía, llegaba el canto a esta pregunta: «¿Por qué tus labios, virgen pura, cuando me ven suspiran? ¿Por qué tus ojos miran con tanta languidez?» Aquí era el galopar de Fe: no podía dejar de cantar y decirle a la Virgen esos porqués tan verdaderos, ¿quién más pálida que ella? ¿quién más pura y más bella, más compasiva? Ya he dicho que era la laminita hecha en papel crema abrigado, como el de los mapas.

La casa de peones en que vivió antes José Viejo, ahora la ocupaban Pedro Grande y Pedro Chico.

## 2.41 – INFANCIA DE RODOLFO

Si volvemos a la ciudad, allá veremos a Olfo Francisco gatear por alcanzar el cochecito de vidrio azul celeste, con todo su tiro y ruedas de bronce dorado, y su cabrita de bronce natural con su campanita de oro; gatea de bruces.

La tía Gregoria Cuéllar de Justiniano envía desde Sucre su retrato, que ha mandado hacer teniendo en sus brazos a su nietecita Aurora; a nombre de ésta envía mil chucherías a Fe. Su padre don Pedro le trae gorritas, sombreritos, vestidos y muñecas; también le trajo una camisita cosida y bordada por las propias manos de la virtuosa señora Nieves Frías de Linares. Con sus botones de cuello y puños, un par de rositas de piedras finas por cada puño.

Olfillo se sienta poco después, con gran contento de todos. Amarillito, debilitado, doña Inés lo mira en forma triste y melancólica. La Chotota le ha enseñado un verso:

*El navío, el navío, cuatro barcos en la mar  
a mí, muchachas bonitas nunca me van a faltar.*

Las lecciones ya habían sido ejercitadas con gran placer de la servidumbre, que alababa el buen oído del pequeñín.

Un día estaba sentada Micha en el salón. Acababa de ejercitarle las lecciones a Lágrimas y a Fe, que ya delectaba. Viene la Chotota seguida de varias sirvientas y sirvientes, que no querían perder el placer de ver la grata sorpresa de la señora. "Señora, ¿sabe que Olfillo canta ya?" "¿Sí?", dijo Micha. "Sí, señora, canta El Navío", y acomodó al niño en la alfombra, sentadito. "Um...", dijo Micha, "para qué ese verso, fuera otro..." Sorprendida la Chotota, clavó sus ojos descontentos en la Señora y ésta, disimulando, se dirigió a su hijito: "Cántame el versito, mi hijo". No se hizo de rogar. "¿Vió, vió? Je, Je, je, je". La suerte que de esa mitad nadie lo sacaba pues, como los loros, el futuro amateur se interesaba sólo por las notas más altas.

## 2.42 – JESÚS PINTO

¡Cuánto lo quería el bueno de Jesús Pinto! Como hemos dicho, este jovencito estudiaba en el Colegio Nacional con mucha aplicación; pero desde los primeros días notó con disgusto el lenguaje poco culto de los otros estudiantes, el que lo hostigaba de tal modo que rogó a Micha que le obtuviese del Rector la licencia de ir solo a dar la lección, a las horas en que estuviese el profesor en su clase. La obtuvo, con la condición de que su aplicación no sufriera detrimento. ¡Qué iba a sufrir! Era un modelo de orden, en estudios, en su persona, muebles, libros; siempre pulcro y aseado, él mismo componía su ropa en las cosas pequeñas, como pegar botones y limpiar manchas. Iba al escritorio del abuelo algún rato a ayudarlo; limpiaba y arreglaba las mercaderías al gusto del anciano, escribía bajo su dirección, siempre atento a sus indicaciones, sumiso y delicado en todo.

Una hermosa noche, el 21 de noviembre, don Pedro había salido a visitar a algún amigo; Micha había estado en el balcón gozando de la brisa del crepúsculo, las niñas y sus niñeras la habían rodeado un rato. Jesús estaba también allí; entró a rezar el Rosario después de despedir a su padre. Era la hora en que la servidumbre entregaba las llaves del comedor; no debían retirarse sin rezar, haciendo coro ante el cuadro de la Virgen de Nazaret del Pará (Brasil), ponderado santuario donde Lor se encargaba de hacerle decir misas según sus intenciones, encargos que daba también después a don Alberto, a don Juan Chávez y a otros viajeros, cuando «pedían órdenes» para el Pará.

Concluyó Micha su oración y quedaron las niñeras a recoger «los muertos», es decir las niñas que se tendían adormecidas por el acompasado rumor de las avemarías. Micha volvió al balcón a ver la hermosa claridad de la luna; Jesús se asomó también. En esto, rompe la orquesta a tocar una alegre serenata en el barrio, muy cerca.

"¿Dónde será esa música?" "En donde doña Enriqueta López debe ser, mañana es su cumpleaños", contestó Micha. "¿Qué fiesta es mañana?" "Es la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo". Y animada por la buena índole del muchacho, Micha

se extendió a hablar de un misterio que no olvidaba ella conmemorar en su «Ramillete de Divinas Flores».

"Hijo, qué dicha sería la mía si yo pudiese algún día, cuando me llegue el término de mi vida, o bien de la tuya, entregarte a la presencia de Dios puro de todo pecado, como Santa Ana entregó a su amabilísima Hija".

"Señora", dijo Jesús con un aire de resolución tal, que se grabó en el alma de Micha con mucho consuelo, "señora, no tenga cuidado; le prometo que así me entregará". "Dios y la Virgen te oigan y te bendigan", dijo Micha, y se volvió a recibir a su esposo, que volvía de su vueltecita.

## 2.43 – LA PROCESION DE LA VIRGEN DE COTOCA

Llegó diciembre y, con él, las vacaciones de Jesús. En esos días habían traído a la Santísima Virgen de Cotoca a Santa Cruz, para solicitar la limosna de los fieles para la construcción del templo de Cotoca. El modo de obtener estos recursos era así. Sacaban en andas a la venerada imagen por las calles, desde la Catedral u otro templo donde se la depositaba; y el cura u otro sacerdote autorizado, un escribano municipal y algunos de la comisión protemplo la acompañaban. El tamborcito, «la caja», que era parte de la banda de música, tocaba el redoble de procesión; el pueblo se reunía rezando el Rosario y cantando alabanzas. Era el héroe el que más supiera; los cotoqueños sabían muchas y las negras de la ciudad se disputaban por cargarla y por cantar. Todas las familias enviaban recado al sacerdote para que no pasase la Virgen sin entrar; y hasta los pobres apresuradamente le disponían una mesa en sus humildes salitas y le daban su limosnita, a veces no más que un real (10 centavos). El escribano apuntaba y el cura recibía.

Y contaban que, cuando la llevaron a Vallegrande en una ocasión, una colla pobrísima solicitó que se la entrasen en su piecita. Al ver el aspecto de pobrísima de la solicitante, no quería el sacerdote que se detuviesen allí, pensando sin duda qué podría tener que no le hiciese falta a ella.

Fueron tantas las instancias, súplicas y lágrimas de la solicitante que al fin accedió y la entraron a la reducidísima piecita de la colla, que había tendido una colcha sobre su mesita. Mientras cantaban una estrofa, después de besar muchas veces el anda y el manto de la Virgen, corrió con toda diligencia al interior de su casa y volvió de su patiecito con un platito de barro lleno de ajíes verdes y colorados; de rodillas, lo ofreció ante la imagen.

Se miraron el cura y la comisión y sonrieron, con algo de desprecio por lo que creían una majadería. El cura tomó la fuente de ajíes y la devolvió a la colla, diciéndole "que se queden, a Vd. le hacen más falta. Nosotros, ¿para qué los queremos?". "Si no tengo más", decía la pobre, y dirigiéndose a la Virgen, "Mamita, el Tata me devuelve el pobre obsequio que te hago, no es a él que se los doy sino a ti, ¿por qué no los has de recibir?", y colocó otra vez el plato ante el anda, en la mesa. Pero el Señor Cura dió orden, con un gesto, a los alzadores que sacasen a la Santísima Virgen para continuar su marcha. Arrinconóse la colla a llorar de vergüenza, de que la Virgen se fuera sin su obsequio.

Quisieron alzar a Nuestra Señora y no conseguían. Fué el mismo cura a ayudar, y nada: la Virgen parecía que pesaba toneladas, no la podían mover. Por fin uno de ellos dijo: "Tal vez quiere llevarse los ajíes..." "Echenselos en el anda a sus pies", dijo el cura, "y prueben a alzarla".

Así fué. Ligerísima como una pluma sintieron el anda, mientras la colla bailaba de gusto y le tiraba besos, y hablaba, hablaba... ¿Qué diría? Era en quechua, a los cruceños no les importaba. ¡Allá te las entiendas, colla, con la Virgen! Y se fueron.



## 2.44 – MUERTE DE JESÚS PINTO

Pues esta vez para la octava, la iban a llevar a su santuario, de regreso. Jesús Pinto solicitó de Micha el permiso de acompañar a la Santísima Virgen siquiera media legua, a la salida del pueblo. Con varios reparos lo concedió Micha: "¿No te hará daño? El sol está fuerte" "Es ya las cuatro, así que poco durará el sol" "Tengo miedo de que te enfermes" "La Virgen no lo ha de permitir, y ¿cómo no despedirla?" Consintió por fin Micha y dió la licencia para ir sólo hasta el río Cedral, a la salida del pueblo.

Volvió Jesús y se lavó la cara y la cabeza. Se sentó a la mesa pero casi no comió; tenía el rostro encendido. Después de la cena, Micha le dice: "No te ha sentado el paseo, poco has comido". "Es una aprensión que he tenido... ya se me pasará" "¿Cuál?" "Al pasar por unas miserables casas pobres a la bajada del zanjón, he sentido un olor desagradable y se me ha puesto que era viruela. Vine y me lavé por si acaso era contagio. Me duele un poco la cabeza, durmiendo se me pasará". Se despidió y fué a acostarse. Al otro día los síntomas eran más alarmantes. Se llamó al Dr. Castro y éste declaró que era viruela; en consideración a los niños y al estado de Micha, que no estaba nada bien, era preciso llevarlo y aislarlo.

Alquiláronse unas piezas por allá por donde la Diego, a poca distancia del Lazareto. Doña María Diego, doña Angela, doña Gregoria, la hermana de Lupe, y otra enfermera, debían turnarse en la atención del enfermo, para que Micha estuviera tranquila. Jesús conocía el peligro de su enfermedad y, conforme vió que ésta era una fuerza horrible, pidió al clérigo Padre Laudelino que lo confesase. Hizo con él una confesión general de toda su vida y recibió el Viático. Mejoró un poco y ya parecía en salvo; el Dr. Castro lo visitaba. El ya no veía la hora de sanar; pedía un baño... por fin consiguió. Había mandado decir a Micha que lo aguardase para preparar el Nacimiento del Niño Dios, que pronto quedaría sano.

No fué así. Alguna circunstancia faltó a aquel baño, o de calor o de oportunidad. Lo cierto es que saliendo del baño se fatigó; llamaron de nuevo al médico, que lo encontró grave y por su encargo llamaron al padre Laudelino, que lo preparó y volvió a absolver. Acordóse el moribundo de los deseos de Micha el 21 de noviembre y le envió a decir con su confesor que recordara la promesa que le hizo el 21 de noviembre; que ahora se cumplía, por lo cual se iba a la eternidad no sólo resignado sino contento. "Dichosa es Vd. señora", dijo el clérigo conmovido, "entrega al Señor un inocente de 16 ó 18 años, un ángel. ¡Qué conciencia tan pura!"

Falleció dos horas después, el 28 de diciembre en la tarde. Contaban que su cuerpo, en especial sus pies, de la gangrena se puso tan negro que parecía con botas.

## 2.45 – UN RETRATO

Fe importunaba desde enero de 1864 a su mamá porque le permitiera acompañar a Lágrimas y a Alba a la Escuela de la señora Sandóval, puesto que ya acertaba a deletrear VIEN-TO, VEN-TE-RA. Pero Micha le decía: "Cuando enteres cuatro años, antes no".

Entretanto, se había venido al barrio, a media cuadra de allí, Clemencia Moreno (hermana de don Gabriel-René Moreno) con su esposo. Joven simpático, amigo de don Pedro, así como ella era amiga y vecina de la niñez de Micha. Inconstante era para sus negocios, por lo que todo era pérdidas, sin acertar a un medio de vida que ya era necesario, pues además de su esposa tenía un hijito. Ahora un pariente le había regalado una máquina de fotografía y él se dedicaba a esto con placer. La clientela era todo el

señorío, pues a ella la querían; era hija de un abogado de los de más fama y su madre era doña Sinforosa Rivero de Moreno, una de las Damas que enpezaba el minuet en los bailes que daba la Prefectura o la Municipalidad, en los días clásicos de la Patria.

Don Pedro rogó a Micha que se hiciese retratar con la niña, pues las amigas de Sucre pedían con insistencia esta fineza. Volviendo de Misa a las 12 del día, llamó Micha a María Jesús y le dijo: "Lleva a Fe a casa de Clemencia, más tarde iré yo. Me ha pedido que se la envíe temprano para su recreo; ¡vive tan sola!"

Fe no estaba muy contenta del vestido lanilla, aunque su mamá le decía que era color «pecho de paloma», es decir plomo con unas bandas o listones de toda la cuarta de Fe, que figuraban en el tejido blondas de seda blanca. Mucho calor sentía con el vestidito y Eva, sin duda, le había dicho que aquellos bastones eran muy anchos para su tamaño. Se conformó porque su mamá la persuadía, pero no solía ceder en estos asuntos.

Destrenzó el rubio cabello de Fe, lo peinó mojándolo ligeramente y al momento se ensortijaron las puntas en graciosos rizos. No en vano don Pedro, al traerle a Micha esa tela de hilo, que venía en elegantes y ricas cajas, con la intención de que fuera para el ajuar, había escogido una que tenía en fina lámina coloreada a la diosa Ceres, con su corona de lilas y sus rizos así... Por su consejo, Micha tuvo en la pared, cerca del almanaque, la cartulina con el bello rostro y busto de Ceres. A lo menos, tal creía Micha era el origen de los rizos de Fe.

Allá llegó María Jesús con la niña. Tocó la puerta y el mismo dueño de casa vino a abrir; jamás lo había visto Fe, pero siendo amigo de sus padres, ya lo era muy antiguo de ella. Por eso, con mucha llaneza le dijo "Buenas tardes, Ponce, vengo a que me haga un retrato que bote fogo". Era la expresión conque culminaba el abuelito su admiración para lo que concernía a su nieta.

A su hora llegó Micha; todavía festejaban los dueños de casa la ocurrencia. Cuando llegaron otras personas y Ponce salió a preparar su máquina, Fe salió al patio con su mamá Jesús la cocinera. Allí en otro saloncito esperaban otras personas; entre ellas estaba doña Petrona Zarco, que era la misma zalamería en persona, acompañada de dos niñas algo más crecidas que Fe. "Leticia", dijo a la niña más pálida, "parte tu manzana con Feita, para que os hagais comadritas y amigas". Leticia alargó su media manzana a Fe, que notaba la palidez y melancolía que expresaba el rostro de la desconocida niña que se le ofrecía por amiga. Fué retratada Micha con su hijita y salió muy bien.

## 2.46 – LA ESCUELITA DE LA SEÑORA SANDÓVAL

Llegó el 9 de junio y las Landívares enviaron a Micha algunas bellas flores de su jardín y a Fe una muñeca negra «para su sirvienta»; la pequeña supo por este obsequio que era la fecha en que cumplía 4 años. Acompañó a la sirvienta hasta abajo, fué al zaguán y llamó al portero: "Don José María, vístase para salir y vaya arriba". Fe se dirigió a su baulito, se vistió, se puso su chal, tomó su cartilla y esperó en el dormitorio de Micha.

Cuando el portero llegó al salón donde estaba Micha, saludó "A su mandado, señora". "Si no me acuerdo haberte llamado...", dijo Micha. Sale prontamente Fe y se para al lado del sirviente, en traje de calle: "Mamá, Vd. me había dicho que me dejaría ir a la escuela cuando cumpliera cuatro años; hoy los cumplo y voy". Y enarbolaba la cartilla. Reían el portero, Micha hizo lo mismo: "Llévala y dile a la señora Maestra Sandóval que ahí le envíe ese nuevo trabajo; que no le perdone nada". Creyó Micha que Fe se acobardaría pronto, pero no fué así.

La señora Sandóval representaría unos cincuenta años. Más bien alta, muy pulcra en su vestir sencillo, algo morena, rostro y modo gracioso, para acoger. Ya había educado

varias generaciones de niñas y aún en ese momento tendría más de cuarenta. Tenía por ayudante a Edelmira Flores, virtuosa discípula de unos 18 años; de igual edad era su sirvienta Concepción, indiecita a la que había educado muy bien; que leía, escribía y bordaba perfectamente. Esta fué llamada por la señora Maestra para que fuera la preceptora de Fe, de Rosendita Ibáñez, Casta Flores y Martina Antelo: «las pequeñuelas».

La escuela era un espacioso salón con puerta y ventana a la calle; había otra puerta al patio y otra al dormitorio de la Maestra. En el mismo cañón o departamento seguían dos piecitas más en uso, una leñera y una cocina, cuya pared divisoria con la vecina dejaba ver, por las grietas, el corral de don Dositeo Zambrano y su esposa doña Perfecta. Seguía un fondo de árboles, en que había contra la pared unas filas de tejas, asentadas en el suelo en hilera de tres sobrepuestos, que servían de letrinas sin peligro para las alumnas; la arena del suelo y las lluvias se encargaban de la higiene, con los árboles de algodoneros, urucús, cedroncillo y otros.

Un zaguán; siempre los constructores hacían zaguán y puerta de calle al edificar, pero «salvándose» los grandes salones, cabezas de cada departamento, por las puertas que tenían a la calle. Por regla general, el zaguán era el «condenado» a no ver pasar caballos, ni vacas, ni ovejas, ni gente, ni basura por sus puertas; todo salía y entraba por las puertas del salón.

Este caserón tenía pues dos departamentos: el que ocupaba la Maestra con su escuela particular, y el departamento en que vivía la dueña de la propiedad, doña Petrona, la esposa de don Lorenzo Antelo, con sus hijos Rita, Elías y su nietecita Martina.

El moblaje de la escuela, empezando por lo más noble, era una mesa en el rincón contiguo a la puerta del dormitorio de la Maestra. Sobre ella, una urna de lata y vidrio que contenía una imagen del Niño Jesús, un crucifijo de 40 centímetros y pilas de novenas y libros devotos de la señora Sandóval; una sobremesa amarillenta vestía la mesa. Entre la mesa y el sofacito de la Maestra había bancos adosados a la pared, para las niñas de la sección mediana.

El sofacito estaba delante de la ventana. Otra fila de bancos corría en la misma dirección, haciendo calle desde el sofacito al dormitorio. A estos bancos les servía de espaldar una fila de escritorios con gavetas, en que se guardaban las planas de las alumnas. Sobre los escritorios, una fila de niñas escribían por turno.

La puerta de calle, completamente abierta, daba luz y aire principalmente a las espaldas de estas escritoras. La puerta determinaba otra calle libre, hasta la puerta del patio. A la banda de esta calle estaban los banquitos más bajos y de mayor luz. Allí estaba Concepción en su silla, dirigiendo a las pequeñuelas y otras discípulas de bordado y costura. Detrás, unos escritorios altos como de comercio, en que sólo podían escribir paradas las niñas grandes.

Concepción tomó la cartilla y el puntero y repasó a Fe la primera página, que contenía el abecedario. Perfectamente hubiera sabido, si el puntero señalara la «A – a» y siguientes. Pero Fe no pudo dar razón de una Cruz de Malta inicial, por la cual debería empezar: «Cristo, A, a, etc.» También sabía Fe los números hasta cero y el «b-a,ba», pero no sabía deletrear Numeración y se exigía.

Ello es que una hora después dió la lección, no muy correcta, y fué largada a jugar al patio, porque éste era el método para las pequeñas.

A veces a las 10 y media, a veces a las dos de la tarde, todas entraban al dormitorio de la Maestra a rezar el Santo Rosario, ante la medalla de madera con un busto de la Virgen que pendía de la perilla de la cama de la señora Maestra. Fe fué corregida por haberse puesto a desdoblar durante el Rosario una alforza almidonada del vestido de una compañera.

Solía la Maestra ir a misa a San Andrés, si tocaban una misa a las 8 ó 9, y llevar a lo menos a dos de las pequeñuelas. Así Fe vió algunas veces las reseñas de los canónigos, pues estaba allí la Catedral por entonces.

Mucho empezó la Sandóval a querer a su discípula. Cuando se trató de leer en carta, pidió alguna de su casa; su padre le dió una de su padrino Balza, escrita en papel de esquila que, por su tamaño, fué una novedad en la escuela y quedó después en el Baulito de las Cartas, para que leyesen las desheredadas de la fortuna. Fe las oía leer, hecha ya cuatro pedazos, la carta de Ignacio Franco a don Pedro, al remitirle los pavos reales; si acaso la nueva se veía confusa ante el puntero de la señora, le soplabla la compañera el acápite de memoria.

Cuando doña Mercedes dormía su siestita después de comer a las 12 del día, por aquello de «la comida reposada y la cena paseada», quería que Fe se tirase a dormir también, delante del sofacito. A esa hora de la siesta, cuando Fe había dado lección de rezo a Concepción y salido bien, acompañaba a Martina a su casa, que era en el mismo patio.

## 2.47 – LOS ANTELO

Allí, en un espacioso salón con un estrado, dos mesas rinconeras y sillas, estaba la venerable doña Petrona, con su canasto de copos al pie de su asiento, hilando vuelta hacia una mesa que desde la calle podían ver cuantos pasaban. Allí estaba su principal tesoro: una hermosa imagen de la Santísima Virgen, como de 80 centímetros, vestida de talla sobredorada, con el Santo Niño en el brazo vestido con casulla.

De la puerta para el fondo, la sala estaba toda ocupada con cargas de azúcar, de arroz, de almidón, frutos de la industria de su marido y sus hijos en el campo. Su dormitorio sólo tenía por adorno un crucifijo de los de Porongo. En el dormitorio de Rita, una Santa Rita en su tronito, deteriorada por las cucarachas. En cada una de las demás piezas, una simple cruz de madera.

Elías Antelo, vestido de macana, hombre tan grande como lo hemos conocido después de doctor, estaba estudiando, según decía Martina. A Fe le causaba desagrado que hubiese llegado a ese estado estudiando; ¡qué porro será! El era tímido, no hablaba a las chicas, sonreía sí, cuando iban a recoger el almidón derramado de las petaquillas, para hacer pan para sus muñecas.

Doña Petrona hacía sus cosechas de algodón y entonces encontraban las amigas un canastito de capullos que les ofrecía la señora, para que despepitasen. Cumplían su tarea con empeño y la buena anciana sacaba a sus obreritas platitos de miel con una rebanada de cuajada fresca, o queso, para recompensarlas.

Llegó septiembre. Hubo un movimiento como de peregrinación, de grande entusiasmo para todas las niñas, porque a la siesta todas venían al salón de doña Petrona a rezar la Novena, que leía la señora Maestra. Allí oyó decir Fe «estrella resplandeciente del mar», «luna hermosa sin las menguantes de la culpa». "¡Qué bello, qué lindo es decirle así a la Señora", decía, "voy a decirle a la Virgen de casa".

La Sandóval pidió a Fe el favor de que Micha le enviase prestado su precioso libro de «Filotea». Lo consiguió y bien lo necesitaba, por lo áspera que era con las discípulas grandes; que en muchas ocasiones rogaron a la pequeñuela llorase a gritos, para conseguir que la Maestra dejase de azotar en su dormitorio a una compañera. Solía aceitar la colita de su látigo trenzado de cuero, diciendo que lo guardaba cuidadosamente para azotar a Fe cuando lo mereciese; pero su cariño no le dejó llegar el día.

## 2.48 – ¡LOS BARBAROS!

Martina recogió un día una noticia en su casa, que consternó a la chiquillería: que los bárbaros de Cordillera se habían alzado en guerra y se venían, y llegarían a Santa Cruz. El estupor de Rosenda y Casta fué grande; pero Fe dijo que, siendo su casa de altos, no subirían los indios.

"Suben a todas partes", dijo Martina. "Pues yo me escondo en la cama de mi mamá" "Allá irán" "Pues me subo al Cielo y me escondo en la cama de la Virgen". Bajaron la cabeza las amigas y ya no tuvieron qué replicar.

Llevaron el pleito a Concepción, quien dándolo por hecho que los bárbaros vendrían, enseñó el modo de morir a manos de los bárbaros. "Cuando ya veais a los indios y la zafacoca con que entran, ponerse de rodillas en cruz y rezar el Credo". "Pero huir", dijo una. "No dan tiempo. Hay que morir, no se puede negar que somos cristianas. Si un indio pregunta «¿Sois cristiana?» «Sí», hay que decir, y rezar el credo y morir. No se puede negar la Fe".

Llevó Fe esta cuestión vital a su casa. Micha dijo lo mismo que Concepción y no cuidó de tranquilizarla sobre lo lejano e incierto del peligro de los indios. Así que los chicos de la época, en espíritu hacían el sacrificio de su vida, por ser el único medio de ir al Cielo y no desagradar a Dios.

## 2.49 – LA ENSEÑANZA DEL AMOR

Un día que empezó un aguacero cerca de la hora de salir, las niñas tuvieron permiso para ver llover desde los corredores que iban hasta la cocina. Según costumbre, había en la hilera de las goteras, grandes tinajas y hormas, enterradas para recoger el agua para bebida. Fe se puso a acomodarse una tablita porque el chorro se desviaba; Rosendita quiso darse el placer de tirarla al barro y le dió un empujón. Cayó Fe y al momento fué levantada por Concepción; tenía el vestido chorreando y lloraba, no tanto por la caída como por el deseo de que Rosendita fuera reprendida. Mientras esto pasaba, la Señora había tomado un grupo de niñas grandes y les hablaba de la Caridad... Entra Concepción, llevando de la mano a Fe, enjugada ya pero llorosa, y a Rosenda confundida. Doña Mercedes hace seña de que se las acerque.

"Queridas chiquillas", dice en voz alta, "¿os perdonais la una a la otra?" y en voz baja: "(si así lo haceis os doy dulce)". "Sí, Señora", dicen ambas mirándose con cariño. "¡Qué contenta estoy!", añade doña Mercedes; "llévatelas, Concepción". Y revistiendo seriedad, dice a las grandes: "¿Será posible que las chiquillas den un ejemplo que vosotras haceis esperar?..." Momentos después Fe, algo avergonzada por indigna, comía con Rosendita un plato de miel con cuajada.

Concepción tuvo la paciencia de enseñarle a coser. La señora Maestra le encomendó un día la tuviese a Fe a un lado hasta que no dijese «catredal» sino «Catedral». Fe leía ya en libro y para esto pidió a su padre un libro por consejo de la señora Sandóval. Don Pedro le dió el Tomo 2º de la «Escuela de Buenas Costumbres», obra moral y en bello estilo, que explicaba las máximas de la sabiduría. De seguro que la niña no entendía lo que leía; los versitos eran lo único que podía digerir entonces.

Las tardes de vuelta a su casa llegaba con hambre; su mamá le daba pan y alguna fruta. Acudía más tarde por más alimento; se lo negaba: "ya va a ser hora de la cena, es preciso acostumbrarse al método". Si la niña insistía, Micha le decía: "¿Y si te indigestas? Te mueres y preguntará la gente ¿de qué murió la niña? – De indigestión – ¡Qué feo!" Este sí que era argumento para Fe, y no insistía.

El señor Cura del Colegio había abandonado esa iglesia para ir a poner su parroquia

en la iglesia de la Merced, que habían abandonado los canónigos para colocarse en San Andrés. Una comisión de vecinas, con el virtuoso clérigo Padre Michilín, hicieron esfuerzos por que continuase el culto. Este clérigo recogió las limosnas y mandó blanquear y pintar la iglesia en lo que tocaba al altar mayor. Micha quedó de dar cuanto pudiera.

En agosto fué en esta iglesia la fiesta de Nuestra Señora. Desde ir a barrerla las sirvientas debió dirigir Micha, pues el descuido era grande; había, como se dice, que llevar desde la sal hasta el agua. Para el año siguiente ya sería en San Francisco la fiesta, pero éste fué mucho afán.

## **2.50 – NACIMIENTO DE PEDRO MAXIMILIANO**

El 16 de septiembre a las cuatro de la mañana, Nuestro Buen Dios envió un hermanito a Fe. Dos días después tuvo el placer de asistir a su bautismo en la iglesia parroquial de La Merced; lo apadrinó el médico y antiguo amigo don José Manuel Castro, y se le impuso el nombre de Pedro Maximiliano.

Contó en poco tiempo seis amas remudadas, pero la Divina Providencia lo había dotado de fortaleza para resistir a esta calamidad. Blanco, rubio, agraciado y lleno de picardías era Pedrito.

Micha había entregado al platero don José Morales una cadena de oro puro, de las que su abuela dejó para la Virgen, y oro en polvo de las recientes minas descubiertas en Chiquitos, para que hiciera una preciosa corona que ajustase bien a la cabeza de la sagrada imagen nueva de Nuestra Señora de las Nieves. Dicha corona fué adornada con las piedras preciosas que eran un recuerdo de Licia, de Anita, de Ram y demás parientes.

Ram, por medio de su tía Petra, envió a pedir a Micha la antigua imagen de Nuestra Señora de las Nieves, puesto que ya tenía otra. Algo le costó a Micha darla, pensando que no le daría el culto público. Pero la dió, para evitar desagradados.

El señor Capellán del Hospital, al saber la hermosura de la imagen que tenía Micha, la pidió en marzo para sacarla en la procesión (1864) de San Juan de Dios. Fué la Virgen al Hospital. Socia, que iba con sus hermanas acompañándola, vió casi vacías las salas del Hospital; se admiraba de que dijeran que no había lugar para más enfermos. Era que se habían levantado arrastrándose a la capilla para contemplar a Nuestra Señora.

## **2.51 – CASAMIENTO DE FELICIDAD RODRÍGUEZ**

Por esta época Felicidad contrajo matrimonio con don Fernando Sosa, un señor hacendado cuyos campos eran vecinos a los de doña Inés. Aunque más cerca de ríos, los bañados eran peligrosos por las fiebres palúdicas. Así lo fueron para este joven matrimonio: establecidos allí, no hicieron más que languidecer. Se retiraron a la ciudad, a casa de doña Inés, los dos enfermos; allí convaleció Felicidad y dió a luz un niño que llamaron Fernandito. Daba pena verlo sufrir en tan tierna edad ataques de chucho; duró su vida tres meses. Su padre lo siguió presto al sepulcro.

Por ese tiempo, enriquecíase también la casa de Micha con varias imágenes. Así que Juan, su hermano de leche, debió hacer una repisita para poder ponerles flores.

Las minas de Chiquitos atrajeron un verdadero desfile de reyes de la fortuna y otros aventureros, a visitar la Cuna del Oro de Chiquitos. Pasaron los grandes collas Juan Urioste, Valdivieso y otros. Llegaron brasileros, como Carvalho el General, extranjeros como el dentista don Estanislao. Este, o algún compañero belga, traía estampas coloreadas de 30 y 40 centímetros, que las Durán tuvieron cuidado de hacer ver a

Micha. Esta escogió un Corazón de Jesús y lo revistió de raso, recortando lo que era necesario; lo adornó de lentejuelas de oro, que los abanicos de su madre habían conservado en todo su brillo, en los vestidos de las nueve Musas.

Loca de gozo se puso Mariquita Durán cuando Micha le vistió su Virgen del Carmen, inutilizando para ello un pañuelo de seda café que don Pedro le había traído para su uso. No era fácil encontrar raso de ese color en Santa Cruz; quedó bellísima. La esposa de Lor ya había logrado una Inmaculada Concepción de manos de su cuñada.

Doña Pancha Justiniano de Costas le envió dos finas figuritas de yeso: San José con sólo su vara, y la Virgen con el Niño, que bien pronto había de colorear el señor Don. El hermano de las Durán, José Mariano, estudiante del Colegio Nacional, debía representar una comedia y vino con sus hermanas a que Micha le prestara trajes y adornos de señora. Condescendieron ella y su esposo, por la amistad de las beatitas, a asistir a unas representaciones que los aburrían soberanamente.

En seguida de esta benignidad, se le puso al señor Don – un pobre payaso colla con mujer y familia, bajados en las piezas que alquilaban las beatitas – dedicar a don Pedro una de sus funciones, para lo que obtuvo de la Rectoría el gran patio del Colegio Nacional. Aceptaron; convidaron a sus numerosas relaciones, se hicieron palcos, enviaron abundancia de refrescos y masitas, y toda la gente pasó una agradable noche visitándose en los palcos. Fe estaba también, viendo los bailes en la cuerda, comer fuego al payaso, etc. Medio dormida, pasaba de los brazos de su padre a los de Sótero que, gustándole mortificar, se entraba al cuarto del payaso, donde el pobre hombre tenía en unas petacas de cuero sus trapos y sus máscaras.

## 2.52 – INDUSTRIAS CASERAS

«El Chaco» era diversión más del gusto de Micha y de don Pedro. A la cosecha de café llevaba ella su ejército de sirvientas y familia. Las Marías Diegos rallaban yuca (mandioca) y hacían toda la faena hasta asolear y embolsar el almidón, del cual Micha repartía sus bolsitas a cada una de las fieles mujeres que la acompañaban. Allí iba Guadalupe a coger naranjas, piñas, limas, motojobobo para hacer tablillas, y pulpa de tutumo para hacer empanizados; con éstos se curan los males del pulmón en Sucre y en Chile y Micha los remitía a la señora de Costas en grandes y urgentes encomiendas que esta pedía.

El jardín de tejilla, como una blonda toda blanca, encerraba un mar de alcanfores y alelís, escobillitas tan altas y tan floridas que los grillos cantaban debajo como si fuera de noche. El Dr. Cosme Gutiérrez dijo a otro visitante: "Estos alelís son muy comunes en India. La tradición dice que éstas eran las mixturas que perfumaron el sepulcro de la Virgen Nuestra Señora". Las azucenillas del Brasil alzaban aquí y allí su penacho perfumado. Todavía otras industrias de la servidumbre eran recoger hojas y tallos de añil, echarlos en agua y estregarlos; iban dejando en el fondo un polvo azul. Luego se procedía como con el almidón, escurriéndole el agua.

Por la noche venía la señora Dorotea Seoane de Franco a conversar un rato. De día se daba ese consuelo la vecina del lado izquierdo, señora Benjamina de Bravo. Terminada la temporada llegaba, en noviembre, la fiesta de la Virgen de Alta Gracia, patrona del altar lateral en San Francisco. Micha era invitada a componer la imagen con la virtuosa señora de Arano y la beatita Marica Durán.

## 2.53 – LA CASA DE LA «AZUCENA DE CRISTO»

Y venía el Carnaval. Las Landívar hacían poderes para que don Pedro les llevase a

Micha, para defender el «cantón» que él y todos sus amigos habían de atacar. No podía ésta resistir a todas sus representaciones; don Pedro decía: "Dejas a doña Teresa la Parladora en casa por algunas horas o días y yo vendré varias veces a ver lo que se ofrece, además de don Francisco". Iba Micha, pero llevaba a su Fe para dejarla en la tranquila y silenciosa casa de la «Azucena de Cristo», su mamá María Fernández, que vivía frente a las Landívares y cerca del «cantón».

Una salita limpia con un estrado de bancas de cuero con funda de muselina blanca y «arrimador» de percal; así se llamaba una cortina clavada, con varillita o sin ella, a la pared, para que al arrimarse a la pared no se enyesase la espalda de la persona. En la pared principal, una estampa coloreada del Purísimo Corazón de María con una repisa y floreros con nardos y azucenas blancas, de las que había en el patio hileras, cuidadas por la viejita de 75 años y su sirvienta Juanita.

La puerta de calle, cerrada; la luz de los postiguitos superiores era bastante para hilar. ¡Cuánta paz, fragancia y silencio sentía Fe allí! Penetró en el dormitorio; en un tinajero desocupado guardaba dos estatuas finas como de 50 centímetros, de San Luis de Gonzaga y de San Estanislao de Kosca, "que fueron del Obispo Otondo", su padre espiritual; último obispo nombrado por el Gobierno Real español. La camita tenía una colcha de damasco azul y almohadas con vuelos como de espuma, y baúles. A su hora, la siesta en el canapé como el de la Sandóval y el Rosario por los jugadores del Carnaval, para que no sucedieran desgracias. Micha siempre ayunaba la Cuaresma, alegando que tenía doble fuerza que era preciso disminuir para conservar la salud. Cuando fué dirigida por el Padre Querubín, éste moderó sus fervores.

## 2.54 – LA PESTE Y LA MUERTE

Malo se presentó ese año 1865 por la peste de disentería, que atacó por todas partes. Murieron como de cólera, sin remedio, multitud de personas. Domitila Vargas de Landívar, muy amiga de Micha, dejó tres hijitos. María Diego vió enfermar a su hija querida María Diego 2ª en el campo; de allí la traía en un carretón y no alcanzó a llegar sino hasta Mapaiso. Lloró a esta buena hija tanto, que sólo unos meses después tuvo el valor de venir a la casa donde tan estimada había sido, y arrojarse en los brazos "de la Señora, a llorar y hacerla llorar".

Aquí debía el flagelo hacer su primera víctima en la misma Micha y en Sótero. Por causa de la enfermedad de éste se desocupó el comedor y se le colocó allí, por ser pieza grande, para bien atenderlo. Micha, en cierta urgencia, corrió escaleras abajo con lo que se le pedía, sin pensar en su estado; después de días de sufrimiento dió a luz un niño fuera de tiempo, que bautizó doña Josefa Morales (que estaba autorizada para ello). Sólo vivió una hora; esta matrona lo llevó a la otra pieza, con el designio de ocultar a Micha su muerte; pero ésta, fijando un momento en lo alto su mirada, vió en el techo ensamblado de su habitación una luz brillantísima, semejante a la que vió cuando la muerte de Dionisio, pero más chica; tuvo entonces por cierto que era el alma de su hijito y dió gracias a Dios que permitió que recibiese el santo bautismo.

Fe no se atrevió a entrar a la sala de la Virgen, en donde a los pies de la imagen cubierta habían colocado al niño, envuelto en sus pañales; ardía como una luz a su lado. Fué enterrado por el tío Pastor, en un cajoncito de madera, en la pieza del planchador, según la costumbre del país para los que no alcanzaban vida civil.

El desgraciado vecino Ponce murió en ese tiempo. Se encerró en la habitación de sus fotografías y, desesperado por celos infundados, bebió arsénico. Como había atrancado bien la puerta, su afligida esposa no consiguió que abriera aunque oía los gemidos. El Canónigo Rivera asumió la responsabilidad como vecino de llamar a quien echara la



puerta abajo; lo encontraron vivo, arrepentido se había comido una vela de sebo. Se confesó, hicieron cuanto pudieron para curarlo, pero murió y lo llevaron a las honras. Las sirvientas contaron a Fe que tenía el rostro negro y los labios mucho más.

De la noche a la mañana amanecieron Fe y Olfo en la casa de Mariquita y María Cruz Durán, sin duda para evitarles el contagio de la disentería y para quitar cuidados a la delicada Micha. Olfo, con su sirviente, dormiría en algún saloncito contiguo a la pieza de José Mariano; Fe, en la pieza de las niñas.

María Cruz gustaba ir por la mañana a la misa de las 4 ó las 5, con su sirvienta o sirviente. Marica atendía todo levantándose a buena hora; recordaba a Fe, le lavaba la cara, la peinaba, la vestía; algunos días la llevaba a Misa, otros iba ella sola a San Francisco mientras María Cruz le pedía que, sentada en esa bonita silla, le leyera la «Lectura Espiritual». Le enseñaban a coser, a tejer sobre malla; después jugaba con Olfo yendo a ver la conejera con innumerables conejitos, a pasear por el jardín, a ver por la ventana al señor Don pintando a la tía Asunta, imagen de la casa de las Seoane que quedó espantosa. Tuvieron que encargar un rostro a Cochabamba. De vez en cuando venía don Pedro a ver a sus hijos; les dejaba juguetes y dinero para comprar «frioleras».

Un día llevó a Fe a su casa, tal vez por el deseo de Micha de verla. Vió a doña Inés y a su mamá instaladas abajo, contiguas a la sala del enfermo. Pocos días después vinieron del todo. Había sucedido que Pancha, el ama inmejorable de Pedrito, se había contagiado porque su pieza quedaba sobre la del enfermo. Muy pronto llegó a un estado gravísimo; la bajaron a una pieza, la que había sido depósito del pasto. Allí le arreglaron cama y dos enfermeras, doña Angela y doña Gregoria, cuidaban de ella.

## 2.55 – LA ENFERMEDAD DE PANCHA «LA NARICHU»

La larga enfermedad de Sótero había concluído todos los depósitos de ropa vieja de hilo y de algodón que solía guardar Micha, para darla al Hospital para hilas y a doña Pancha Carrillo la «narichú», pobre limosnera que padecía de llagas sifilíticas y venía periódicamente a llevar trapos y limosna. Invocaba como derecho, ante los indiecitos que debían llevar arriba sus mensajes, que "yo he sido pobre de tu patrón, aún antes que se casara. ¿Cómo está Caniyas?", preguntaba, aludiendo a la estatura de don Pedro; por el modo de pronunciar la "LL" creo que sería salteña. Era blanca y parecida a los Carrillos de Salta.

Pues ahora llegaron a faltar trapos para la asistencia de Pancha y Micha; forzosamente iba a emplear nuevo cuando discurrió hacer pedir por la Diego y las familias de las enfermeras sus sabanitas, bien lavadas, a las pobres de esos suburbios, gente vergonzante, y cambiarlas por otro tanto de género nuevo, lienzo, percal, gasa, etc.

Era un río de sangre la Pancha, inmóvil con una fiebre que volaba. Con los ojos cerrados, en estado comatoso, la encontró a los pocos días el Dr. Castro; y como hubiese recetado para Sótero y nada para ella, le dijo Micha: "Señor, ¿y para Pancha? ¿Qué le hago?" "Hija", dijo el médico, "procura que se estén a la puerta mozos cargadores para que, luego que expire, la lleven al depósito del Cementerio... No hay más remedio". Y se fué.

"¡¡Morir en mi casa y sin sacramentos!! Eso no puede ser", dijo la afligida Micha. Corrió a la cabecera de la moribunda: "Pancha, Pancha, ¿quieres confesarte? ¿Quieres acordarte de Dios, de la Virgen Santísima?" Pancha era un tronco que roncaba solamente, guardada por las dos morenas que sólo atendían a cambiarle trapos y echar arena al piso para lo que corría y barro.

"¡Pancha!", volvió a llamarla, poniéndole una mano en la frente e invocando a Nuestra

Señora, pues la enferma se había traído de arriba el cuadrito de la Virgen de Alta Gracia, es decir aquél en cartulina lustrosa crema en que se representaba la Reina del Cielo con el Niño Dios coronado también y su cetro en la otra mano. Pancha, entre ronquidos y con los dientes apretados, pronunció con esfuerzo algo que parecía "agua".

Esta enfermedad causa una ardiente sed, pero el agua es dañosísima. Sótero, en sus caprichos, se había hecho traer dos botellas de las riquísimas aguas de Chaco; "para verlas siquiera", dijo a su madre; en un descuido se levantó y tomó un solo trago, y había recaído.

El tratamiento del cólera y la disentería era no beber agua, para evitar la descompensación salina y de paso reducir la diarrea. Morían por deshidratación.

"Agua" era el tormento de la sentenciada Pancha... al oírlo, descuelga Micha el cuadrito. Afuera en las goteras había una roja cazuela o tina de Chané donde se había recogido agua de lluvia para tomar. Sumerge con aflicción el cuadrito en el agua, diciendo: "Señora, vos no me dejareis morir a Pancha así". Saca agua en una tutuma y, enderezando las enfermeras un poco a la enferma, la hace tomar de aquella agua... Al poco rato abre los ojos la paciente, se le quedan libres las mandíbulas que tenía apretadas y pide más agua; le dan de la misma vasija. Más tarde se sienta y pide que le den de comer.

Llega el médico; ve a su enfermo y Micha le pregunta lo que convendrá dar de alimento a Pancha. "¡Hija!, ¿qué ha sucedido? ¿No se ha muerto ya?" "No señor, pide de comer". "Vamos a ver. ¿Qué le ha pasado en el otro mundo, no le quiso abrir San Pedro?" "No sé, señor, pero tengo deseo de comer, tengo hambre" "Que le den, porque esto sale del quicio de la Medicina". Así fué. Todavía ayudó Pancha a cuidar a don Sótero.

## 2.56 – PEDRITO EL DAÑINO

Ya Pedrito desde los seis meses se había independizado. Después de ésta, en vano quiso Rosa, la morena esposa de Lorenzo, el albañil de la casa, alimentarlo. Pedrito la resistió y se dió a beber leche terciada con vira-vira, la florcita medicinal que en «Chaco» hacía recoger doña Inés de los campos, en los viernes de Cuaresma. El rubiecillo ya gateaba en cuatro pies; era tan inquieto y activo que necesitaba más de una niñera, pues era ligerísimo como una arañita para salirse afuera.

Micha imaginó una cárcel para descansar de él un poco: un gran cajón vacío de mercaderías, con su alfombrita en el fondo y sus juguetes. Ahí metía a Pedrito, hasta que entraba Lor, o Pastor, o don Pedro, que lo sacaban de su retiro.

Sano ya, Sótero se trasladó a su tienda. Micha, delicada aún, quedó habitando durante el día esa pieza, lo que le evitaba frecuentes subidas y bajadas por la escalera. Allí venía Mariquita Durán a prensar florecillas de esmalte en un molde especial, que había pertenecido a Felicidad Granados: un clavo de fierro con cabeza canaleada y un agujerito en el medio de la cabeza. Allí se sujetaba el redondel de esmalte azul, amarillo, rosa, blanco, solferino, lacre; y con la tijera, se iba rayando, hasta que entraba toda la circunferencia en las canaletas. Moldeada así, quedaba una graciosa y brillante campanillita, a la cual se le ponía estambre de perlas, lentejuelas o chaquiras y tallo de alambre flexible.

De ello hicieron un juego de ramos para adornar, como resplandor sobre el velo, el rostro de Nuestra Señora de las Nieves y su ramillete de la mano. Aprovechaba Mariquita para que el material costado por Micha alcanzase para igual obsequio a la Virgen del convento de San Francisco. Contó a Micha la fealdad y pobreza del vestido que llevaba la imagen diariamente; cierto era que tenía uno de brocato rico, que le

obsequió el pariente de ella, el colla Coronado, que acababa de perecer en la nevegación del Beni con toda su familia. Micha ofreció a su amiga un vestido de seda color viso aurora, tornasolado de blanco y rosa, para hacer la gala diaria de la Virgen de Alta Gracia. Ayudaba también al sostén de la lámpara del Santísimo allí, que era cara pues los padres la mantenían al aceite.

## 2.57 – MERCADERÍAS

Los negocios de don Pedro, extendidos por estas ventas de mercaderías a las provincias del Beni, Chiquitos y Cordillera, refluían a la Casa en consignaciones de productos de todas esas comarcas, que sus clientes, los comerciantes establecidos allí, le enviaban para vender en plaza o en el interior de la República.

Así que del Beni por el Mamoré venían embarcaciones hasta Portachuelo, a 20 leguas de Santa Cruz, y de allí en carretas. Toneladas de fierro suizo e inglés en grandes barras de cinco metros y más; fierro redondo de diversos grosores; cajones de acero en barras; etc. para los herreros. Don Alberto traía también del Pará cajones de loza, porcelana y cristal para la venta a las familias; «macana», tejido de algodón muy fuerte y fino, para pantalones y sacos de peones y aún de señores, según su calidad, de grandísimo consumo en el país por su duración y frescura; ponchos tejidos de algodón, teñidos por los indios a rayas de colores; canastos finos; palomillas de hueso para adornos; cocos, tutumos y mates teñidos de negro y pintados de colores, para despensas; manteles y servilletas; toallas, colchas y hamacas, tejidas como se indica más arriba; cajones de abalorios, perlas y chaquiras; cajones de vino y de aceite de oliva del Pará.

Zurrones con miles de arrobas de cacao que, para mandarlos al interior, había que rehacerlos en la Casa. Venía para ello un negro cosedor de zurriones; cortaba la tirilla para coser y partía en mitades el zurrón de nueve arrobas, para carga de mula, y le ponía una tapa de cuero al lado cortado; el remoje del cuero era en el Arenal, laguna adonde los indiecitos llevaban a tomar agua a los caballos a mediodía; estaba detrás de San Andrés.

Habían también en esta variada consignación zurriones de tamarindo y de almendra dulce de Mojos, la más grande almendra que se ha visto. También grandes bultos de tabaco. De Chiquitos traían también macana, pero inferior a la mojeña; marquetas de cera virgen; oro en polvo de las minas. Admirábase la piedra que había encontrado una negra pobre, María Cotoca; era una piedra grande, veteada con bastante oro. Don Pedro quiso conseguirla íntegra para mandarla a París, a su amigo don Adrián Harriague, a quien había encargado un piano para Fe cuando ésta tenía tres años. Pero la negra Cotoca ya la había molido en un mortero para sacar del cuarzo el oro; con lo que se hizo una casita y salió de pobre a persona acomodada.

Fuése para allá otro militar buscando la vida de su familia; era el gaucho Guzmán. Pidió a don Pedro lo habilitara con alguna mercadería, pues no tendría nada con qué recompensar a sus trabajadores. Le dió don Pedro, y el agradecido gaucho mandó para Fe la primera piedrecita veteada en oro que en su mina se encontró.

No obstante la guerra que hacían los morteros a las figuras de oro, trajeron al comerciante un pedazo como un libro de unos 18 centímetros de largo, con un como león encima, que envió a París.

En las pizarras de la Bolsa de Londres, dos únicos nombres encontró el «Jone» cuando allá fué con su caucho; de Santa Cruz de la Sierra, Pedro Rodríguez y en seguida, Lorenzo Arano (1870).

Con este motivo de traer mercaderías, don Pedro hacía hasta dos viajes por año a Sucre, evitando la estación de las aguas; pero alguna vez, para eludir tal vez las partidas

revolucionarias, con su amigo Arano tomaron el camino de la Cordillera para regresar, y tuvo gravísima pulmonía y terciana. En los días de más gravedad, se encontró don Alberto, que había venido a llevar su lote de mercaderías y velaba a la cabecera de su amigo y protector como un hermano; si se le ofrecía ponerlo en el baño ordenado por el médico, lo hacía él en sus brazos.

Mucho duró su convalecencia; el Dr. Castro extremaba sus cuidados. Tomaba los remedios que le preparaba Micha; ésta, siempre a su lado para disipar sus tristezas de enfermo, oía las lecturas que don Pedro le hacía de «El Correo de Ultramar», publicación mundial que recibía desde 1859. Allí estaban las conferencias que los célebres oradores predicaban en Notre Dame de Paris.

La fiesta de Nuestra Señora fué ese año en San Francisco. Muy temprano arreglaba Micha su casa para poder ir a las 8, por lo menos con Fe, a San Francisco a la Novena de la Virgen. Todas las amigas vecinas y las íntimas se reunían en el patio, alfombrado completamente y rodeado de sillas para la concurrencia, el día de Santa Ana a las 5 de la tarde. Con música llevaban la santa imagen a San Francisco, que estaba a unas cinco cuabras de distancia, y después de la reserva del Santísimo Sacramento, que se velaba todo el día, volvía también con procesión y música hasta la Casa. Se la colocaba en el fondo del salón, de modo que del estrado pudiesen gozar de su vista todas las personas amigas, que esas tres noches acudían a velarla y rezar el Rosario.

Ya la mama María Fernández no vendría este año; en medio de tantas enfermedades de ese año trabajoso, había dejado este mundo. Micha le había consagrado sus lágrimas al enviar unos cirios que rodeaban su cadáver. La casita de ella, refaccionada convenientemente, la ocuparía un año después el Pbro. Nicanor Landívar, el hermano de Eliodora y Simona que se educó en Sucre.

## **2.58 – MELGAREJO CREA EL COLEGIO DE EDUCANDAS**

Micha consultó con su esposo sobre el deseo que tenía de cambiar de escuela a las niñas; ya no adelantaban donde la Sandóval. Melgarejo, el atrevido revolucionario que, desterrado muy joven a Santa Cruz, había sido tratado con tanta caridad por el señorío de la ciudad, no la echaba en olvido. Hacía tres años, al ir Micha llevando de la mano a Fe donde Neve, al cruzar la calle por donde don Juan Antonio Gutiérrez se encontró con Melgarejo, a quien de nuevo desterraban a Mojos; un soldado lo acompañaba como preso. Saludó a Micha con cariño: "Hola, Micha, ¿tú con tu retoñito?" Micha le expresó su sentimiento de verlo en esa situación. "¿Pero hasta cuándo, Melgarejo, estará Vd. poniéndose en esos riesgos?" "¡Hasta que sea Presidente!", le contestó con un ademán de despedida.

Llegó al poder. De lo primero decretó crear un Colegio de Educandas en Santa Cruz, bajo la vigilancia oficial y con seis grados. Asignando para alquiler de casa y sueldo de seis, una Rectora y cinco profesoras, para las secciones o grados.

Este era el Colegio que iba desempeñando su benéfica influencia a satisfacción de todos. El Rector del Colegio Nacional y sus asesores pusieron los ojos para regentarlo en la señorita Angela Ortega, a quien su padre había educado con todo esmero; ella, por su parte, siempre ávida de instruirse más, lo hacía a la par de sus hermanos, que frecuentaban el Colegio Nacional.

## **2.59 – DOÑA FABIANA GIMENEZ**

El señor Ortega era sucrense y había contraído matrimonio con una preciosísima niña cochabambina, de las primeras familias de allí. Doña Fabiana Giménez, cualquiera

hubiera creído que era una francesa o una alemana: blanca, rubia, de ojos azul profundo, cara redonda con mejillas de rosa. Había sido educada en las monjas carmelitas desde pequeñuela, por el privilegio de tener allí alguna tía. Excelente educación moral y religiosa, grandísima variedad de conocimientos domésticos y labores. Había demasiadas prendas para ser feliz, y ésta era la madre de Augusto, Angelita, Peregrina, Damián y Benjamín Ortega. El señor Ortega, por su parte, era cancelario de la Universidad.

Sucrense él, cochabambina ella, quechuísta y regionalista hasta más no poder, Fabiana no veía en el mundo cosa mejor que Cochabamba. Por ahí empezaron los desacuerdos. Conservaba en la memoria cierto verso que el señor Ortega atribuía a un cochabambino, en lo cual, según él, daban la medida de la potencia intelectual de la raza amada de Fabiana. Era así la «poesía»:

*Ambaibilla de la isla, amamanto en tutuma,  
botón colorado del pantalón celeste  
de taita abuelito.*

"Qué niña era yo", decía doña Fabiana en los años de su destrozada felicidad. En cuanto Ortega tarareaba este verso, me echaba a llorar a gritos.

Se trasladaron a Santa Cruz. La Fabiana extremó su infantilidad celando tanto al honrado hombre, que estaba bien quisto justamente, que lo obligó a tomar una resolución extrema. La dejó para siempre; se retiró a Mojos, donde vivía como un filósofo, siempre digno. Si lo visitaban sus hijos varones, los acogía con paternal afecto; no dejaba de enviar a sus hijas obsequios, pero no volvió a su hogar.

Contaba ella, vertiendo lágrimas, este desenlace a algunas íntimas discípulas de 6° grado. ¿Sería para que su experiencia les aprovechara? Sin duda: era maestra a todas horas.

Lo que no contaba pero se veía eran los sólidos principios en que ambos habían educado a sus hijos. Angelita llegaba algunas veces a su asiento y a su labor, mientras su madre hacía el recuento que hemos relatado; pero nada se veía de reproche en su rostro. Algo sombrío pasaba por él, bordaba en su bastidor más ligero, pero sus labios no se despegaban.

No contaba doña Fabiana que, agitada como la palmera por el huracán, había perdido su hermoso plumero de felicidad; que ella, en lugar de rodar por tierra al abismo de la desesperación, despojada, se había vuelto al Cielo en demanda de padre para sus hijos, de luz para su hogar. Se dió a la oración, a la virtud, a la frecuencia de sacramentos, a la humildad, a sufrir silenciosamente la pobreza. Sus hijas la imitaron, trabajando. Sus parientes y amigos cochabambinos la obsequiaban no poco, provisiones de boca y frutos de su país.

## **2.60 – CALENDARIO DE CULTOS**

El curso del año ofrecía aún otros aspectos en esta época: las procesiones de Semana Santa. La de Ramos, en que salía la santa imagen del Salvador niño, como de 7 años, escultura romana que guardaba la familia de Arias. Ese día, además de todas las flores de la quinta, enviaba Micha uno de los mozos al bosque del Piray con grandes canastos, a traer flores de ramo, especie de acacias amarillas dispuestas en ramilletes piramidales; era la flor que amarilleaba por todas partes en grandísima abundancia. Disponía los pétalos suaves mezclados con pétalos de dalias y toda clase de florecitas, jazmines, etc. Se llenaban grandes bandejas perfumadas, además, con el rocío de las más exquisitas

esencias que poseía.

El tener balcón a la Plaza por donde pasaban las procesiones y los juegos públicos, la comprometían a recibir, a invitar a sus amigas de los barrios no favorecidos. Venían las familias del campo y daban más animación a estos cuadros. ¡Qué día apurado para muchachos, indios y señores! El que había ido caballero al bosque traía, además de los canastos de flores, tantas bellas hojas y retoños de palma cuantos eran los sirvientitos varones. Don Pedro cortaba por sí mismo un retoño de motacuchi, palmerita enana, para Olfo y Pedrito. Y los tíos Sótero, Pablo y Pastor, con los amigos don Fidel Oliva y Ricardo Landívar, solicitados por la legión de muchachos, tejían «chononos», variados adornos para enseñar a los muchachos a adornar sus palmas.

Por la tarde acudían todos a la procesión, mientras que las señoras y los niños salían al balcón. Traían las sirvientas las grandes bandejas de flores; al llegar enfrente del Niño Dios, le tiraban puñados de flores. Todos los hombres del pueblo, compactos y con los sombreros vueltos en sus manos, recibían las flores que se extraviaban para tirárselas ellos al Señor. Agitaban sus palmas y de lejos el espectáculo parecía una fuente con chorro incesante de flores. Después no se veía la tierra de la calle, sino una compacta alfombra amarilla muy fragante.

Tocábale hacer altar en esa esquina el Lunes Santo para la procesión del Señor Azotado, que salía de San Andrés. La misa y cultos de ese día los costeaba el comerciante don Domingo Peredo. El Martes Santo, para San Roque, daba prestado su libro con la Vía Sacra. El Miércoles, pasaba Jesús Nazareno con la cruz a cuestas. El Jueves Santo, el Crucificado, y el Viernes, el Santo Sepulcro.

Todos estos días guardaba los arcos, mesas y adornos en la sala de María Jesús y allí, en seguida de pasar la procesión y ante la imagen de la Dolorosa con el Señor muerto en sus brazos, que le «prestaba» (= «emprestaba», pedía prestada) a su tía Petra, rezaba con la familia el Quinario.

María de Jesús debía llevar a Fe, vestida con lo más bonito de sus vestidos, a alumbrar en el espacio reservado a las niñas decentes, que era detrás del clero ante la Virgen Dolorosa. Su papá le había traído de Sucre un vestidito color naranja, que Micha adornó a semejanza de uno de color más serio que le había traído a ella, hecho ya, de la Capital. Parecía un matiquito, decía la gente (matico = lorito). El Corpus traía la obligación de otro altar triunfal y riquísimo.

Don Pedro le traía a Micha lámparas, candelabros de plata de varias luces, telas de seda y flores artificiales, que le llenaban las manos a Micha, la que no se cansaba de ofrecer algo al Señor.

Había otra ventaja en estos altares. Los vecinos de todo rango social se comedían a ayudar, lo que era un poderoso medio de bienquistarse o conseguir entrada o favor, de perdonar los pequeños rozamientos que pudieran haber, de estrechar una amistad hasta entonces de etiqueta. Tal cosa pasó con las señoras Seoane.

Jamás dejaba Micha de enviar a Fe acompañada de María de Jesús o Guadalupe, desde que pudo andar, a la procesión de Letanías Mayores que salía de la parroquia; según decía, cada familia debía ser representada allí, puesto que no sólo se pedían los bienes de la Tierra, sino también los de la Gracia y entre ellos, buenos sacerdotes para pastores de las almas. Ella iba también a velar el Santísimo a la Catedral, durante el Octavario de Corpus.

Delfina Costas de Perú le había enviado desde Chile un libro de iglesia con bellas tapas caladas de marfil, con una cruz sobre fondo azul. Ricas eran las cubiertas de las «Horas de las Señoritas», pero el contenido aumentó sus devociones y su gozo. Traía entre otras cosas la Novena de Nuestra Señora del Carmen, en bellísimo estilo carmelitano. Entró en las Novenas de Rúbrica en su casa la de la Virgen del Carmen en

julio.

En octubre encargaba las misas por los difuntos de la familia para el día 2 de noviembre. Ese día enviaba cirios a la capilla del Cementerio y la tropa de las antiguas sirvientas llevaba dinero para mandar decir responsos sobre la tumba de la familia y por sus propios deudos. Esto era para ellas, así lo tomaban, un honor y un consuelo.

En diciembre armaba con la mayor alegría de todo el mundo el Nacimiento del Niño Dios. Con sumo gozo las niñas echaban en agua las figuras de porcelana para limpiarlas; se sacaban las vírgenes traídas por Lor del Pará que, por lo imperfectas para el culto, quedaron «para figuras», con aquellas figurillas de piedra hechas por los indígenas y por los collas, traídas por el Dr. José de La Paz; los pájaros verdes de cristal de Filipinas que acompañaban al Niño; las figuras traídas por Kino y por Pastor; los pastores que la Señá Licia mandó hacer en el país; los floreros y fruteros de diversas formas; los animales; los platos de arroz nacido y de maíz que debían figurar campos en los que pastaban las ovejas; las dos ramas de sauce que enmarcaban el gran espejo que era el fondo del pesebre; la sagrada imagen del Niño en su camita o banquito, con cabecera, forrado en raso verde; las camisas que había usado y que los niños registraban con respeto; y así las demás que completaban el Nacimiento.

"¿Por qué el Niñito está algunas veces pintado sin camisa?", preguntó Fe a su mamá, mientras la veía atareada en vestirlo. "Porque para el Hijo de Dios es un lujo manifestar el cuerpecito humano que tomó para ser como nosotros. Y por lo que toca a los hombres, a todos nosotros, es un consuelo ver esta carne adorable, este cuerpecito del Hijo de la Virgen, que nos ha salvado. Así que nada hay superior, ni la más preciosa seda más fina y digna de verse, que esta piel, que este cuerpecito", decía, besando la imagen del Niño.

El día de Año Nuevo hacía celebrar todos los años una misa al Niño Dios; asistían algunos de la familia, si no todos.

## 2.61 – EL COLEGIO DE EDUCANDAS

Al empezar el año escolar fué Micha a solicitar de la Rectora del Colegio de Educandas lugar para sus tres niñas Lágrimas, Alba y Fe, pidiendo el especial favor de que las tuviera en su sala y sólo asistiesen a las lecciones generales en su presencia. La Rectora las aceptó con esta condición.

Al día siguiente, María de Jesús llevaba a las tres niñas al Colegio. "¿Dónde va, doña Jesús, con sus niñas", le preguntó una negra, su lavandera. "Voy a dejárselas a doña Fabiana". "No, no iremos allá", dijo Fe disgustada por el nombre; "Mamá ha dicho que nos enviaba a la señora Angelita". "Sí, allá las llevo", dijo la buena Jesús, y siguieron.

La señora Fabiana las recibió y llevó a su salón; allí debían hacer sus estudios. La casa tenía un zaguán casi obstruído con ladrillos para edificar; había pertenecido a doña Anita Reinoso. Dos salones a la calle con sus ventanas, el de la Maestra hacia la esquina, con puerta a la calle para su recibo particular, casi siempre cerrada; el otro salón ocupado con la quinta clase.

La 4ª en otro saloncito contiguo; la 3ª y 2ª tenían que turnarse entre una piecita para estudios y el salón de la Maestra para recibir lecciones. La ancha galería que rodeaba a las habitaciones estaba en parte obstruída por ladrillos para edificar.

La numeración de los grados era la siguiente: la 2ª clase era lo que ahora corresponde al 5º grado; en cambio, 5ª clase era el actual 1º grado, y 6ª clase, el deletreo.

La profesora daba las clases a sus alumnas en el corredor; eran pocas las que continuaban en el Colegio hasta completar todos los grados. Las señoritas Zoila Araúz y Melchora Landívar eran las profesoras que, sucesivamente, tuvo el «Conocimiento de la

Música, Canto y Guitarra». El deletreo y su grado superior lo dirigía la señorita Domitila Montero, amable hija del Rector del Colegio Nacional; este curso era el más numeroso, 70 a 80 niñas. La 4ª clase, correspondiente al actual 3º grado, la dirigía la señorita Peregrina Mercado; numeroso también. La clase 3ª estaba a cargo de la señorita Peregrina Ortega, y su hermana Angelita, la Rectora, daba la 2ª, o sea los más altos estudios. La señora Fabiana se ocupaba de la dirección de sus dos sirvientas y de quehaceres domésticos; solía, por gusto, enseñar labores a las niñas.

## **2.62 – EXAMEN DE CONCIENCIA**

Presto llegó la Cuaresma. Fe notó un movimiento inusitado entre las niñas del grado superior, que dirigía la Rectora: se preparaban a confesarse. Todas pedían papel a Liboria Pacho, joven discípula la más aprovechada y virtuosa de la 2ª clase, como que era interna. Liboria estaba encargada de dar papel a la que pidiese, para anotar sus pecados. ¡Qué de emociones expresaban con sus gestos aquellas jovencitas! Unas se cubrían el rostro con las manos y luego, como si quemara, sacudían las manos en el aire; otras se cubrían toda la cabeza y la cara con sus chales para escribir en esa oscuridad; otras manifestaban su alegría; otras tenían lágrimas en los ojos. Todos los escritorios estaban ocupados; habilitaron entonces un banco sobre tres laldrillos y allí sentadas, cada penitente escribía cómodamente su lista.

Fe pidió también papel para escribir sus pecados y la bondadosa Liboria le dió, porque como estaba continuamente en la sala de la Rectora, bien podía estar a la par de todas en cuanto a recibir. ¡Con cuánto cariño la llamaron las del banco bajito y la instalaron en una punta de él! Empezaba a escribir con la letra más chica que podía, que era entonces de un centímetro las minúsculas.

## **2.63 – APARICIÓN DE LA INMACULADA**

En eso, al tintar, levanta los ojos y ve parada cerca de ella a una hermosísima (¡aparición de la Virgen!) se dijo ella. Un rostro juvenil de la Inmaculada, de Murillo, con cabello rubio y un sencillo vestido de muselina con florecillas rosa pálido, más un manto color lila con guarda cachemir amarilla que le caía desde sus hombros, por ambos lados. Fe, con la pluma en la mano, miró desde el vestido hasta el rostro de la visión, que sonreía de verla con su pliego; pero sin decir nada. Y... es preciso que me fije bien en ella, pensó, para poder contar a mamá cómo es la Virgen; y volvió a recorrer la figura. En esto, un movimiento general: venía la Rectora. Por atender a aquello Fe perdió de vista a su Visión.

A las 11, mientras esperaba que alguna sirvienta viniera a llevarlas a las tres, vió salir del dormitorio a la hermosa joven, que sentándose en el sofá conversaba con Angelita. "¿Quién es ésa?", preguntó a Alba. "Dicen que es la señorita Peregrina, hermana de la señora Angelita". Se le deshizo a Fe la historia que pensaba contar a su mamá.

Angelita, de regular estatura, delgada, pálida, de rostro largo sin demasía, cabellos negros ondeados graciosamente, era muy distinta al tipo de Peregrina. Angelita hubiera pasado por una hurí andaluza, aunque no andaluza en el hablar, pues en todo tiempo era seria y digna.

No la volvimos a ver a Peregrina sino una vez, saliendo para ir a misa a San Francisco. Allí se confesaba y comulgaba con frecuencia; llevaba otro modesto vestido blanquecino y un chal de merino café bastante usado, que cubría su hermosa cabeza.

Recrudeció la disentería. Peregrina fué una víctima resignada y hasta alegre de llegar a poseer a Jesucristo, a quien se había consagrado. La escuela estaba en vacaciones, o se



cerró por esta causa. Cuando Fe volvió a ver a la triste señora Fabiana, ocupaba una instalación provisoria en casa de doña Juana Cuéllar y Pastorita Cuéllar.

## **2.64 – EN LA QUINTA**

Olfito había hecho su primer viaje a Chaco. De allí llegó bien gordito después de entretener mucho a su abuelita, que casi lo prefería a Fe.

Mientras estuvo Fe en esa escuela, que quedaba en una de las calles más directas hacia la quinta, lograba un paseo muy frecuente a las 4 de la tarde. La señora Fabiana divisaba desde su ventana a don Pedro a caballo; avisada la niña, corría a la esquina, alzaba los brazos y su papá la tomaba a caballo y la llevaba a la quinta.

También la cosecha de café era un regocijo para toda la gente menuda. Iba Micha y sus cuñadas; la acompañaban por turnos sus amigas Duranes o Landívars, todo en una admirable paz y felicidad. Horneaban roscas y hacían empanadas de maíz de la misma masa; y «hallullas» y muñecos de masa con ojos de chuis (semilla de achira) para enviar a los amigos. Y las inseparables «chimas». Micha las hacía hacer con carne para repartir a los peones y a los vecinos pobres de los chaquitos.

En una de esas estaciones de quinta, al otro día de su llegada, entró en el cuarto de la mujer del mayordomo. No estaba la mujer, pero en una hamaquita había un niño de unos dos meses, sin camisa y envuelto en una tela de lana gruesa. "¡Qué dejadez de mujer!", dijo; "no hacerle camisitas a este pobre, ni pedir si no las tiene". Y luego, según su costumbre de ver a Dios a través de sus criaturas, dijo a Fe. "¿Ves? Así estaría el Niño Jesús. No se envolvía a los niños de otro modo, ni las telas hiladas en telar podían ser finas, como las de máquina. ¡Cuánto ha padecido por nosotros!"

Del mismo modo, contemplaba los movimientos de sus hijitos; sus llantos, cuando aprendían a volverse de bruces y no eran dueños de cambiar esa postura. "Así se sujetó Dios a necesitar de su madre". Y si el niño sonreía: "¡Cuánto gozo y amor experimento yo, pobre pecadora, viendo esto! ¡Pues y la Virgen!, que sabía que su hijo era Dios y no podía extralimitarse en amarlo". Todas estas cosas oía Fe y cada pequeñuelo era un nuevo Belén para ella. Micha rompió en seguida un vestido, de muselina blanca con estrellas verdes, de uso diario y lavado; hizo camisitas, ayudándole sus sirvientas y hasta Fe a esta buena obra.

## **2.65 – ATENCIÓN DE ENFERMOS**

Una mañana llegó don Hipólito Rodríguez muy triste. Habló con don Pedro, que ya recorría sus plantas y flores y, sin aceptar desayuno, esperó. Al momento salió Micha en traje de calle y llevando una botellita de vino dulce con polvo de víbora, a ver a la esposa de este amigo; don Pedro también la acompañaba. Ahí, en la parroquia o feligresía de San Roque, estaba la Amalia moribunda, sin remedio y sin confianza en nadie. Tampoco se había tratado todavía con Micha, pero él estimaba a la esposa de don Pedro y la llevaba como a una última esperanza.

Llegó Micha y todo fué dar valor a la enferma y a las enfermeras que allí estaban. Saca su frasquito: "Mi querida Amalia, va a tomar un remedio que comunica muchas fuerzas; yo misma lo he preparado, no hay en las boticas de esto". Le da a beber, la toma en sus brazos y la mueve, invocando a Nuestra Señora, y la joven da un precioso niño que apadrinan don Pedro y Micha en las fuentes bautismales y al que llaman Olfo.

## **2.66 – EL NACIMIENTO DE LUIS BRAVO**

Todavía escenas de la quinta. Una noche llega una sirvienta de la vecindad: "Señora Micha, mi señora (la que fué madre de Victoria Cronenbold) le hace decir que por favor vaya, que se halla en un trance aflictivo, que el patrón reñido con las hermanas de ella no ha querido que la asistan, sino yo; yo no sé nada, a Vd. señora el patrón la estima y la respeta, es la única que podrá penetrar a casa sin que él se enoje". Todo esto lo concluyó de decir la sirvienta en el camino, pues Micha ya había hecho llamar al mayordomo para que esté a sus órdenes a la puerta de la quinta y, echándose un chal, había salido a ver a esa desgraciada amiga.

"Señora, ¿Vd. por acá?", dijo don Bravo al verla; "viene a visitarnos, bienvenida sea". "No vengo por Vd., Bravo, vengo a ver a mi amiga". Lanzó él una carcajada y guió a Micha a su dormitorio. Preguntada la sirvienta si había fuego para hacer un té o algo que se ofreciera, dijo que algunas brasitas apagándose ya habían; renovó Micha con ella el fuego y puso un tachito o pava a calentar agua.

La señora no cabía en sí de contenta; le parecía ver en su amiga a todos los suyos, desahogó su afligido corazón y volvió a protestar, como siempre lo hacía, que sufría por amor a Dios tanta desdicha. Era una noche fría; al empezar a contarse el nuevo día, la señora de Bravo dió a luz un niño (que fué Luis Bravo, suegro de Antonio José Ortiz).

El señor Bravo estaba en su sala, recostado en su hamaca, cuando Micha le lleva la noticia. En esto pidió a la sirvienta que cuándo le traía el agua caliente; confusa, la sirvienta dice que el patrón se había hecho café con la que había y que el fuego estaba de nuevo apagándose. Corre Micha al salón y dice al dueño de casa: "Hombre sin entrañas, hombre de mal corazón, ¡a prender fuego! ¡A quién se le ocurre tomarse en café el agua que yo había puesto!" Levantóse Bravo disculpándose, corrió a la cocina y soplaba con su sombrero el fuego, mientras Micha atendía a su amiga.

Al fin llegó él mismo con el agua para entrar, como decía, en la gracia de una dama tan terrible. Rieron de la ocurrencia y a todos los dejó de mejor talante. El señor Bravo, agradeciendo, la acompañó hasta la puerta de la quinta de Micha.

Todavía le dió el sarampión a Luisillo y fué Micha a curarlo, con éxito. Un día hacía poco que había llovido y el tiempo estaba algo frío, por lo que estaban tomando mate. Rosaura estaba de cebadora y Micha le decía "he amanecido como para no moverme, con un extraño cansancio". Iba a contestar sin duda la cuñada "pero descansa, recuéstate, estoy yo para atender los chicos y lo que se ofrezca" cuando echa una mirada afuera y dice, riendo: "¡Qué lástima, no se va a poder!... por allí va Pedro con una planta de braceté, apuesto que viene a consultarte dónde la va a poner... y tú irás de seguro". "Sí, por supuesto que iré, ¿por qué no darle ese placer?" Reía Rosaura como ella sabía hacerlo, pues don Pedro, con su arbusto en la mano, venía en busca de Micha, y ella fué.

## **2.67 – EL CISMA CONTRA EL CANÓNIGO SUÁREZ**

En la ciudad había no sólo la pena sino una división en el clero, la que malquistaba también al pueblo.

Los canónigos, disgustados de ver que el colega que habían nombrado Gobernador Eclesiástico hacía seis meses que no asistía al Coro, opinaban, con los Estatutos de su Capítulo en la mano, que a un canónigo que no asiste seis meses se lo destituye. Quisieron pasar el mismo raseró sobre el Vicario Capitular: nombraron otro dando parte al Arzobispado, el que no tomó ninguna medida al respecto, y al Gobierno Nacional, que lo aprobó.

Pero en Santa Cruz los franciscanos acataron al antiguo Vicario Capitular, alegando que sólo la Santa Sede podía removerlo una vez nombrado. Muchos párrocos y parte del clero siguieron esta opinión,



La Merced en el siglo XIX

que defendía con elocuencia el Guardián o Superior de San Francisco, Fray Querubín Francescangeli, confesor de Micha y de la mayor parte de las señoras piadosas.

Ram fué, entre los canónigos, nombrado Vicario Capitular; tío de Micha, distanciado de su casa hacía años. Kino, con mucha influencia en el Gobierno,

apoyaba a los canónigos.

Empezó pues la tormenta de dimes y dirétes, entró la imprenta en juego; tristes cosas las que unos y otros se decían, y el pueblo comentaba. De un lado, la iglesia oficial que para el pueblo «antiguo» era la cabeza; los canónigos eran miembros de numerosas y distinguidas familias. Los empleados de la Catedral medraban a la sombra de estas discordias; hasta el mismo Gobierno, que obraba según sus intereses políticos retardando el recurso a Roma, ofreció terminar toda esa situación con el nombramiento de un Obispo, pero sea que propusiera sujetos no aceptados por el Capítulo o por el Vicario, la ciudad era un mar de habladurías, disgustos y temores.

Un día don Pedro fué sorprendido por un chaparrón al volver de la quinta y entró a esperar que cesara la lluvia a la casa del Cura de San Roque, amigo suyo; ya estaba allí, por el mismo motivo, el señor P. J. Franco y varios otros. La cuestión eclesiástica era la preocupación, se habló de pros y contras; el cura, que era contrario al Capítulo, al oír la relación de los argumentos de los canónigos, dijo riendo: "es que ellos no saben la buena JUGADA que les vamos a hacer... los vamos a excomulgar".

Le pareció muy mal a don Pedro llamar «jugada» a una cosa tan seria y de consecuencias que, aún sin promulgarla, ya estaba intranquilizando las conciencias y dividiendo las familias, cuando con la renuncia de un solo hombre, el canónigo Suárez, se cortaría todo esto; el cual, en realidad, era enfermo e incapaz de ejercer. Dicho esto se salió de allí disgustado, a pesar de que el cura le dijo que no había nada resuelto, que era sólo una idea, etc.

Micha seguía la opinión de su confesor. Don Pedro no la contrariaba, era amigo de los franciscanos; la prueba es que, habiéndole pedido el P. Pablo María que le permitiese acompañarse con él para ir a Sucre, donde lo llamaba la obediencia, consintió con gusto en llevarlo.

Ese año no hizo Micha altar para la procesión de Corpus, pues era opinión privada que los canónigos eran cismáticos y por lo tanto excomulgados. Pero Carmen Seoane, que se había casado con su primo Carlos Ibáñez, había venido a establecerse en la propia casa que fué de sus padres, pidiendo al Tribunal que la desocupara. Carmen pues salió a su balcón e hizo señas a Micha que la quería hablar. Salió pues ésta a su ventana y he aquí a las amigas en conversación.

"Michita, va a pasar la procesión y no hemos hecho altar, POR LO QUE PUEDE SER. Pues también, POR LO QUE PUDIERA SER, nos quedaríamos sin honrar al Señor. ¿Quieres que pasemos una cinta con una canastilla de flores por aquí?"

"Convenido", dijo Micha; sacó una pieza de cinta ancha color solferino y, después de asegurar una canastilla ( su propio costurero forrado en raso color sandía, con una guirnalda de flores de felpa de seda que figuraban dalias de todos los colores ), la aseguró con otra cinta delgada y fuerte, para hacer inclinar la canastilla con los fragantes pétalos que había preparado Carmen. Tiró la pieza de cinta a Carmen y así, de balcón a balcón, aseguraron en un santiamén este obsequio, que derramaron ante el palio y sobre él.

## **2.68 – PARTIDA HACIA SUCRE**

Otras razones de apuro tenía Micha ese día de Corpus: se iba don Pedro a Sucre en cuanto pasara el Corpus. Reuniéronse los amigos; el patio estaba lleno de caballos ensillados. Fe se divertía en la diversidad de colores de las caronas, pellones y cinchas de las monturas; vió también la del Padre Pablo María, nada de vistosa, todo era mollado y humilde en esa mulita.

Todos los caballeros iban y venían con sus espuelas puestas, los mozos cargaban. En el salón también había señoras, que tenían en Sucre parientes, tíos, antiguos amigos. Don Pedro hablaba con su suegro, con Languidey el dependiente de la tienda que Sótero dejaba para ir al Brasil a hacer un negocio de caballos; se despedía con una palabra, con una mirada de los sirvientes y sirvientas; daba una palmadita a sus hijitos que, en brazos, le presentaban las sirvientas, pues ésta era su manera de acariciarlos.

Fe se decía cuántos encargos le hacían sus amigos, cuánto lo querían, satisfecha al verlos recorrer las cinchas y hebillitas de la montura de don Pedro. Después se despidió de Micha, que tenía la costumbre de ofrecerle el poncho y el sombrero pero para aprovecharse y ponerle en el cuello y pecho un escapulario. Salió al salón Fe, lo siguió; todo aquel gentío se deshizo, al oír que Arano, seguro de que ya todas las petacas y cargas iban marchando adelante con Pastor, decía "Ya, en marcha".

Todos lo siguieron; Fe se admiró de que allí había quedado el fraile solo, que no reparó en que ella lo observaba. Sacó su crucifijo de bronce, lo besó y lo colgó a su pecho, se puso el poncho de viaje, de macana, elevó sus ojos al cielo, y poniéndose el sombrero salió, bajó las escaleras y subió a su cabalgadura. Fe corrió al balcón para no perder el espectáculo de esta caballería hasta que desapareció hacia la Sierra del Poniente, en una nube de polvo. Entonces se sentó sola a considerar estas diferencias. "Mi papá es bueno, todos lo han abrazado y lo han acompañado. El Padre es bueno; nadie lo ha abrazado, todos han salido y lo han dejado solo. El ha sacado su crucifijo, ha mirado al cielo, ha besado su crucifijo y lo ha colocado en su pecho; parecía ya contento. Entonces... ¿un crucifijo de bronce basta, le ha bastado, por todo?"

## **2.69 – LOS TIOS DE CUIABÁ**

Sótero también partió para Cuiabá. Llevaba además los obsequios de Micha para sus tíos del Brasil, blondas y deshilados hechos en el país. La fineza de doña María de Acunha y de don José Carbalho Coelho era enviar, aprovechando de algún viajero, todos los años una carga de género de hilo, desde el propio para sábanas hasta la estopilla con hilos de diversos colores para bordar, todo de lino.

## **2.70 – VISTA AEREA DE SANTA CRUZ**

Un nuevo interés pareció despertarse en este tiempo por la obra de la Catedral. Don Nicolás Cuéllar y su esposa, doña Manuelita Estremadoiro (parienta de Micha) se

empeñaron un día en llevarla a ver lo que estaba concluído de la torre de la esquina y la vista que de allí se gozaba. Al subir las escaleras de la torre, Manuel María, robusto primo como de 22 años, llevaba en sus brazos a Fe, que no comprendía todavía el placer de los panoramas y sí el miedo y el vértigo de hallarse en tales alturas, en un edificio en construcción. Allí cerquita se divisaba al Oriente el Panteón; Micha buscaba los paraísos que daban sombra a la tumba de sus queridos muertos. Este Manuel María había de ir con negocio de mercaderías al Paraguay durante la terrible guerra y, mirado como sospechoso por el tirano López, había de morir preso con el tío Luis Justiniano; de horrible muerte, de hambre.

Volvió don Pedro y entre otras cosas, trajo a Olfo una campanilla, un charango y por supuesto, vestiditos hechos y calzado. A Fe, unos santitos, tres estatuitas de la Santísima Virgen, pues la precavida pequeña se había tendido en el suelo una tarde y escrito en un papelito su encargo, que su mamá no hubiera aceptado incluir entre los suyos; por eso ella lo depositó furtivamente en el pantalón de gala de don Pedro, que estaba allí para ser acomodado en el equipaje de su viaje a Sucre. El papelito fué encontrado allí, en casa de Justa Costas de Arana; la piadosa señora quiso ella misma encargarse de acomodar el encargo a nombre de su hija Aurora, la afectuosa amigueta que jamás vió Fe.

Micha tenía ya el género café y el merino blanco que había encargado para vestir el escapulario y santo hábito del Carmen, en la Cofradía establecida en San Francisco. Con una confesión general se preparó y lo vistió el 2 de julio, siendo su madrina la beata Marica Durán.

## 2.71 – LA FAMILIA SALVATIERRA

Por esta época llegó Nicanor Landívar, el Presbítero nuevo de esta familia, en la que nunca habían faltado antepasados sacerdotes. Venía todo lleno de la devoción a San José, patrón de su casa, y regaló a Micha un libro con la vida de San José, distribuida en una Novena, «Las Nueve Felicidades de San José». La invitó a la misa que cada 19 diría en La Merced, en el altar lateral en que había conseguido colocar la imagen del Santo. Por supuesto que ella aceptó; teniendo ella tantas necesidades espirituales y temporales, le suplicó que aplicase esa misa del 19 por su esposo y familia, todo el año, para lo cual le envió de una vez el estipendio. Asistía algunas veces, llevando a Fe; no siempre podía, pues era algo lejos.

Del tiempo de sus abuelos venía esta devoción en casa de los Salvatierra. Don Manuel José Salvatierra, abuelo de Nicanor, fué el último síndico del convento de la Merced y de la Tercera Orden. Tenía su hábito blanco guardado para cuando lo enterrasen; su ataúd, hecho y claveteado de tachuelas amarillas, se guardaba en unos caballetes en el zaguán «condenado» de su casa. Todas las noches rezaba el Rosario semipúblico en su salón, pues asistían a él su familia, sus visitas y vecinas.

Curaba por afición. De su esposa doña Chepa tuvo un hijo varón, que fué sacerdote y falleció en las Misiones, y tres hijas que casó cuando llegaron a los trece años: Petronita, Dorotea e Isabel.

Petronita con don Juan Antonio Gutiérrez, hombre cristianísimo y generoso con los pobres; tuvieron 21 hijos y era rico.

Doña Dorotea con don Domingo Buzeta; tuvieron varios hijos que educaron muy bien en Sucre, pero heredaron la locura de su padre y en ellos se veía la lucha de la buena educación con un estado morboso.

Uno de ellos era Luis, comerciante muy querido de sus amigos; se encerraba cuando se conocía excitado. Otro día encargaba: "Si yo vengo a tu casa y no saludo, hazme el

favor de hacerte la desentendida de mí; hazme servir el desayuno pero no me hables hasta que se me pase el esplín". Así se explicaba con varias señoras y con Micha también.

La única hija de doña Dorotea caía a cada momento con ataques de epilepsia. Y don Domingo, loco y suelto por la paciencia de su santa esposa, que los sobrevivió a todos; orando, padeciendo encerrada, cuidándolos con paciencia. Por suerte, Buzeta tenía bienes.

Isabel, la menor, acompañó a su padre el señor Salvatierra, viviendo a su lado siempre. Fué pretendida por varios jóvenes, pero su padre, que era el elector en aquellos tiempos, escogió al joven José Landívar por sus virtuosas y sencillas costumbres. No había dejado don Chepe de manejar las armas, en un tiempo en que sus hermanos los Landívars se distinguían por la dureza con que trataban al enemigo (no sé si serían patriotas; me inclino a creer que serían realistas, pues lo era el señor Salvatierra). Cortaban la oreja a los que caían en sus manos.

No parece que don Chepe tuviese esas deudas belicosas, por el carácter piadoso y pacífico que sin alteración le conocimos.

## 2.72 – LOS BREVIARIOS DE DON «CHEPE» LANDÍVAR

A este joven dió la mano de Isabel el señor Salvatierra, y trató de habilitarlo para varios negocios. Entre otros, quedó célebre el de los breviarios. Lo envía a Sucre a comprar un surtido de mercaderías. Pasea y se informa de precios: todo le parece caro, en todo vacila... hasta que encuentra quien le ofrece una gran partida de Breviarios, "de los que se venden a \$ 25, por \$ 12 cada uno". Compra toda la partida y queda satisfecho. "¿Cuándo nos vamos, señor?", preguntan los mozos. "Nadie nos corre". "Es que lo decimos porque el forraje es muy caro y estos collas ladrones se han llevado una mula". "No hay que apurarse por eso, hombre; para todo darán los breviarios".

Llegó a Santa Cruz con un negocio realizable en tres generaciones: ¡de allí a que le comprasen un breviario!... Un velo de tristeza pasó por la mirada del señor Salvatierra que, como MÉDICO, notó el cerebro lelo y reblandecido de su yerno y no dijo más nada.

La lista Isabel lloró a solas y no dijo ni mu a su padre. Ya tenía varios hijos cuando llegó la hora del señor don Manuel José; después de recibidos los sacramentos y ratificadas sus disposiciones testamentarias, mejorando con la casa a Isabel, la llamó y le dijo: "Hija mía, según la costumbre de nuestros antepasados, yo debería dejar la imagen de San José a tu hermana mayor... pero ella es feliz. Y yo necesito que perdones mi yerro al elegir para ti a Landívar... Te dejo un marido mejor dejándote a San José; él será el Jefe de tu Casa y tú educa a tus hijos siempre respetuosos a su padre terreno y mucho más al patrono celestial que queda a protegerte".

Doña Isabel cumplió: año tras año sus hijos, con otros primos, eran los cargadores de la imagen de San José cuando, en andas, la llevaban a la iglesia para el septenario. Y San José cumplió, y a aquella mujer cargada de hijos no le faltó con qué educar: el mayor, médico; el segundo, sacerdote virtuoso que llega a Deán, y éste es Nicanor; el tercero industrial, que no dejó faltar a su madre nada de cuanto la tierra produce; el cuarto comerciante, que sale lo más inesperadamente con felicidad y fortuna. Sus hijas fueron estimadas de propios y extraños, como las vemos a las amigas de Micha.

Don Chepe quedó sin más obligación que la de firmar, como mayordomo del Hospital, la proveeduría, cuyas compras haría Isabel por muchos años. Después, a preparar, ayudado de un sirviente, sus cigarrillos de papel rellenos de un tabaco escogido, que fumaba continuamente, y a pasear e informarse de la salud de sus numerosos parientes.

A ir todas las mañanas a la misa mayor de la Catedral con su sirviente, que le ponía el cojín para que se arrodillara. Por la noche y como su suegro lo hacía, él hacía coro al Rosario en su salón, donde cabían su familia, visitas y vecinas.

Alguna vez Clemencia o alguna otra perecían de risa al oír "Un padrenuestro por el ternero de Angela Pinto que está enfermo". Pero pronto se componían al considerar a este venerable patriarca que había hecho ruegos y sufragios cuando la aflicción o la muerte había visitado a sus hogares.

"Su muerte ha sido semejante a la de San José", decían las amigas de su casa, al verlo asistido de su esposa y de sus tres hijas llorosas, acompañado de sus hijos, auxiliado en sus últimos momentos por Nicanor, repitiendo como un niño las jaculatorias a su patrono celestial que allí en imagen tenía cerca. Llena la casa de amigos y amigas que rezaban por el simpático viejito, allá por 1871.

## 2.73 – EL PREFECTO DOCTOR FRANCISCO IBÁÑEZ

Volvamos a Micha. De Prefecto estaba don Pancho Ibáñez, desdendiente del Oidor de la Audiencia de Charcas, el único varón hermano de doña Mercedes la Presidenta y de otras; el hacendado don Joaquín era también hermano, pero serio, pacífico y contraído a sus campos. Don Pancho era el padre de Andrés Ibáñez. Muchas veces don Pancho había sido Prefecto. Sus amigos reían de sus fanfarronadas y apreciaban su carácter generoso, pero la edad lo iba volviendo chocho y entonces cometía algunos yerros.

Prendió prisionero a un joven Ardaya, valiente revolucionario, audaz y de buena presencia. ¿Defendería entonces Ardaya un partido justo? ¿Simpático al comercio?

Tal vez. Don Pancho resolvió enviarlo custodiado al Cuartel General, que era como condenarlo a muerte. A Melgarejo no le costaba ordenar, sin muchos preámbulos, «cuatro tiros». Los hombres, fastidiados por la tenacidad del Dr. Ibáñez, no querían pedirle la clemencia para que no los creyera comprometidos con el preso.

Se hizo una gran reunión de señores en casa del Dr. Rafael Peña y de su esposa doña Benjamina Toledo. Además de la dueña de casa, había oradoras como la señora Matilde Franco de Suárez, imponente dama que era politiquera. Allí fueron llegando todas dispuestas a ir a pedir a Ardaya.

"Pido la palabra", dijo doña Matilde, y explicó el asunto. Micha había sido llevada por su esposo a la reunión, que tenía lugar a media cuadra de su casa y en casa de su muy amigo. Se sentó de las últimas, con la cariñosa doña Dominga Cuéllar, esposa del vocal de la Corte Dr. José León Justiniano (abuelo de Augusta Justiniano de Gil).

Habían enviado un mensajero a la casa del Dr. Ibáñez rogándole que recibiera a las señoras, y se pusieron en marcha de dos en dos, en una larga fila que pronto llegó a la esquina de la Catedral. Había luna, debían tomar por la vereda sombreada por las torres. En eso, la señora de Justiniano dijo a Micha: "Oye, esos son los dijes y colgandijos que el Dr. Ibáñez lleva en el reloj. Se nos escapa el viejo con su edecán, después de haber aceptado recibirnos: no lo dejamos así".

"Señor doctor", le dijo Micha, "permítanos una palabra". "No", contestó el doctor, "yo nada tengo que ver con las mujeres". "¡Conque así! ¿De ese modo trata Vd. a las señoras?" "Oiga Vd.", le dijo doña Dominga cerrándole el paso; el Prefecto se desvió en silencio. Entonces Micha le dijo: "Oiga usted, viejo malcriado; ¡por encima de su cabeza libraremos a Ardaya!"

Ya el doctor apretaba el paso, mientras su edecán se inclinaba en silencio saludando a las señoras que, oradoras y todo, formaban un corro rumoroso alrededor de las que habían acometido a don Pancho.

Volviéronse a la casa y al salón de reunión; allí, en los corredores interiores, habían

quedado los caballeros. Se enteraron de la informalidad y del desprecio del Prefecto a sus esposas. Estas echaban chispas, nadie las había tratado nunca así.

Entonces toman ellos la mano; el tiempo urgía. Van dos de ellos a buscar al Gaucho Guzmán, argentino valiente que hacía de militar cuando quería. Le exponen el caso. "Tiene Vd. a su disposición cinco zurrone de plata esta noche, vaya a retirarlos de ... aquí y de allí. Búsqese hombres resueltos, lleve buenas mulas y corra a La Guardia, porque a la madrugada saldrá la tropa que lleva a Ardaya al Cuartel General. Hay que quitarlo; si quiere huir para el interior, proporciónese todo. Compre a la tropa, para evitar efusión de sangre; y por dinero no se detenga, que hay más".

¡Qué más quería el Gaucho que arriesgarse y mostrar su competencia a semejante gente, en defensa de tales señoras y para sacar verídica a Micha! Todos se fueron a dormir, los dependientes a proporcionar el dinero.

Ardaya salió a las dos de la mañana, con dobles guardias y grillos. A doce leguas de Santa Cruz era La Guardia, al pie de la Cordillera. Antes de llegar, el Gaucho Guzmán se las compuso tan bien que libró al preso y le proporcionó lo necesario para una fuga a Sucre, de donde sus amigos lo hicieron pasar a Chile para mayor seguridad.

Al otro día el Dr. Ibáñez, burlado, quería componer el mal papel que sentía haber hecho, y más con las representaciones de su edecán. "¿Con que era Michita la que me habló? No la conocí, de haberlo sabido la hubiera atendido y otorgado todo. ¡Pues no es la casa de su marido como un banco para mí! Siempre me ha proporcionado el dinero necesario cuando la Contaduría General se ha atrasado en enviar. ¡Si lo hubiera sabido!"

Llegó en seguida la noticia de la fuga de Ardaya y don Pancho se soterró en su estancia de La Colorada, donde le llegó el rumor del descontento público. Le penetraban que, al escurrirse de su casa, había querido obligar a las señoras a tener que pedir el favor a doña Leocadia; su esposa a quien todas tenían en menos, pues aunque blanca, era hija de una pobre mulata.

## 2.74 – EL INDULTO DE ANTONIO MANSILLA

Pasó un tiempo, algo largo. De nuevo don Pancho se para firme: había tomado preso al joven de Segunda Clase Antonio Mansilla, honrado comerciantito que mantenía a su madre y hermanas, que no tenían más apoyo que él. ¿Que andaría Mansilla en conspiraciones? Puede ser; ciertas cartas que llevaba para Revolución, se decía. Y esta vez no era al Cuartel General, sino que allí mismo iba a hacer un escarmiento: lo haría fusilar.

La afligida madre acudió a los señores, a las señoras; pero aunque todos le decían que era una enormidad lo que intentaba don Pancho, que verían modo... que se fuese tranquila... ellos no se movían. Las señoras discurren...

Que «el pueblo» (es decir, las negras y zambas de cada familia, desde sus antepasados), que el pueblo saque a la Virgen de las Mercedes de su iglesia en procesión; que el cuerpo docente, Rectora y Profesoras, con las niñas del Colegio de Educandas, acompañe a la Virgen, que es la patrona de la Casa de las Ibáñez, y le pidan el indulto del joven. ¡No se atreverá a despreciar a la Reina del Cielo!

Así lo ejecutaron esa misma tarde, en que pusieron al joven en capilla. Notificóse a la señora Fabiana que ella y su hija encabezaran la manifestación popular. Micha envió a sus niñas con María de Jesús muy temprano, vestidas nada más que un poquito mejor que para Escuela, como que de allí nomás fueran tomadas sin previo aviso por la Maestra. Fe con su pollerita de gasa de seda color crudo (mollado), con randas figurando cintas blancas y rosadas, blusita de tartán oscuro y cinturón con picos de terciopelo negro, chal de espumilla color oro viejo. Las demás niñas idem, iban a media



gala. Formáronse las clases en el corredor de la que fué antigua casa de Micha, que era la que ocupaba la escuela en el año que sucedió esto, como después describiremos.

Ya venía la Virgen Nuestra Señora sin música, solamente el tamborcito como a pedir limosna, y las alabanzas del pueblo. ¿Qué negra faltaba allí? De las conocidas de Fe, ninguna: doñas Angela, Gregoria, mama Antonina, Mariana, Simona, Felicísima, Guadalupe, las negras Mercedes, Teodora, Mica, Gregoria, de las casas de Ibáñez y Seoane y así las demás, que alzaban las andas y cantaban las alabanzas.

Incorporóse el Colegio; el Cuerpo de Profesoras seguía a Nuestra Señora, imagen hermosa casi del tamaño natural, con el precioso Niño en el brazo. Las niñas iban ante la Virgen, vigiladas por las sirvientas de sus casas que iban formando el cordón cerca de las veredas, ocupadas por los hombres del pueblo curiosos o devotos.

Al doblar aquella esquina de la Plaza, el gentío era enorme; al pasar la Virgen por el Cuartel, la tropa rindió armas y las niñas, o por lo menos Fe y las pequeñas que la acompañaban, se estremecieron de terror, pensando en que si el Prefecto no cedía, esas relucientes bayonetas concluirían con el preso, que era el tío de Angelita Mansilla, alumna de la 4ª clase.

La apretura fué grande al llegar la procesión frente a la Prefectura. Paráronse en la calle las que llevaban a Nuestra Señora, cantando:

*Las cuentas de tu Rosario  
balas son de artillería,  
y todo el Infierno tiembla al decir «Ave María»*

Doña Fabiana ordenó que la Virgen quedara ahí, mientras ellas llevaban el Colegio allá a la otra cuadra, a traer a doña Leocadia para que presentara la súplica.

Hubo un cierto remolino para romper esa marcha, entre los que se quedaban con Nuestra Señora y las que se iban siguiendo al Colegio. María de Jesús alzó en sus brazos a Fe, temiendo se la oprimiesen. Divisó la niña el fondo oscuro del Salón de Despacho del doctor y vió al viejo caballero; lo conocía por haberlo visto en la Calle del Comercio, rodeado de la aureola de su fama; lo vió en ese momento metiendo apuradamente unos pliegos en un cajón de escritorio. "Je, tal vez es la sentencia", suspiró María de Jesús. Otro secretario sacó la máquina de prensar, de madera, y quedó la mesa desocupada. Tendieron una carpeta y se hizo seña a las negras para que entrasen a la Virgen allí. No le sufría el corazón al doctor ver a la Amada Virgen, que tanto quería su hermana Mercedes, la propia Patrona de él en su infancia, su Madre y Reina Celestial, esperar en la calle.

## **2.75 – DOÑA LEOCADIA**

Con el corazón aliviado por esta atención, corrió María de Jesús a casa de la Leocadia. Eran las ocho de la mañana, el salón se había llenado con las niñas. A Fe y sus hermanitas les tocó quedarse cerca de la puerta de entrada. Los rostros de las profesoras y de las niñas mayores expresaban disgusto o por lo menos inquietud, algunas angustia; las que llegaron primero habían tenido que esperar. Doña Leocadia hizo decir que estaba en el baño, pero que pronto vendría. Doña Fabiana conversaba con la señorita amiga de la dueña de casa que las había recibido mientras la Angelita, bajos los ojos, jugaba con su chal.

Por la puertita entre los dos sillones del estrado que ocupaban la Rectora y su madre, apareció doña Leocadia, con el cabello recogido con una peineta de goma y ensortijado por la mojon; parecía una imponente muñeca de pasta, como pintada de blanco y

rosado; llevaba un vestido de merino color solferino con flores de color. Saludó amable y sonriente a las maestras e invitó con gracioso ademán a sentarse a la concurrencia, que se había parado.

Mientras doña Fabiana, con suave y paciente voz, le explicaba el objeto de su venida con el Colegio, la señora de don Pancho revistaba a las niñas; las grandecitas cuchicheaban, deseosas ya de salir. En esto divisa a Fe y dice: "¿No es aquélla la niña de Rodríguez? ¿La tiene Vd. en el Colegio?" "Sí, allí la tenemos". "Ven, ven", empezó a llamarla. La señora Fabiana unió su voz y su ademán al de doña Leocadia y Fe se adelantó hasta medio salón, para dar gusto a su maestra y a su mamá Jesús, que no la quería incivil.

Se adelantó la señora, pidió a la joven su amiga que trajese su manteleta y panqueques para Fe. Explicando decía, mirando a las demás niñas, que no le tomarían a mal por la urgencia hacer el idéntico obsequio sino a esta pequeñita; entonces una de las profesoras le presentó a Teolinda Rivero, de la estatura de Fe.

Recibieron ambas el obsequio pero Fe lo pasó a una de las otras niñas de la Quinta Clase; en su casa, la atmósfera no la tenía por amiga a la Prefecta.

En un instante estuvo en la Prefectura. Asomó sonriendo "¿El Doctor?" "Aquí estoy. Ya sé, tomá", contestó don Pancho, entregando el perfecto indulto a su esposa, quien lo pasó a doña Angelita y ésta a su madre, quien rogó al doctor lo hiciera notificar en el Cuartel, mientras ella depositaba el pliego en la mano de Nuestra Señora. Todo se hizo.

Despidiéronse ahí de doña Leocadia. Agradeciéndole, sacaron los oficiales a la Virgen y la entregaron a sus cargadoras. Una de las negras, con voz estentórea, gritó: "¡Viva la Virgen de las Mercedes!" "¡Viva!", gritó el pueblo. "¡Viva el señor Prefecto!" "¡Viva!" "¡Viva la República Boliviana!" "¡Viva!", y redobló el tamborcito y la Santa Virgen fué restituida a su templo.

La Rectora despidió a las niñas, pues en tanta diligencia llegaban a las 11 menos cuarto. Mansillita, sin darse cuenta, pagó a Fe su deuda llevando entre su negocio algunos libros de religión y piedad, dos años después; Micha le compró un tomo titulado «Curso de Religión por Braye», el cual no sólo sirvió a Fe y sus hermanos sino que, en manos de Fe, realizó más extenso apostolado durante más de 40 años.

## 2.76 – EL MAL TINO COMERCIAL

Los abogados Kino y Lor veían la prosperidad de don Pedro en el Comercio. En viajes que Kino hacía a La Paz y a Sucre por intereses políticos o de sus cargos de Diputado, de Fiscal, etc., se tentó de tener tienda. Sus padres don Miguel y Licia habían tenido, ¿por qué él no había de tentar fortuna? Consultado don Pedro, le repetía "Aplíquese a su profesión, no inutilice su talento y sus estudios".

Ello es que este hombre inteligente fué y trajo de La Paz o de Sucre un negocio que no le iba en zaga a los breviaros. Instalación nueva y de lujo armaron Kino y Lor en la esquina de la casa que, desde la muerte de Neve, ocupaba Kino casi solo, pues Ram tenía su casa al frente.

Don Francisco se había mudado a la Calle del Comercio, a las habitaciones contiguas a la tienda principal de don Pedro. Lo cierto es que hubo quien lo engañó, vendiéndole un negocio de puro «clavos», como llaman los comerciantes a lo que no tiene salida: sombrillas, guantes, guantería completa para un país en que el guante de cuero es para una sola noche de baile de etiqueta. ¿Pero qué color y clase faltaba? Ninguno: de previl blancos, negros, plomos, amarillos, cafés; idénticos colores en algodón calado y sin calar; en seda... Zapatos para señoras y señoritas, calados y bordados, hechos y en cortes; corbatas de toda clase; sedas de colores para coser y bordar; etcétera. La calidad

y cantidad de estos artículos representaba un capital; su realización, tardía y tan imposible que treinta años después –fallecido ya Kino – todavía había paquetes intactos de estos artículos entre los cachivaches de la casa de Micha.

En resumen, perdió su casa para pagar sus deudas. A la época de 1866, pertenecía al yerno o hijos de doña Sinforosa Rivero de Moreno, quien la alquiló para que se instalase el Colegio de Educandas.

## 2.77 – EL LOCAL DEL COLEGIO DE EDUCANDAS

¡Qué día aquél en que se abrió el Colegio, para que las niñas mismas ayudaran a sus profesoras al aseo de su respectiva clase! Por lo que hace a Fe, recorrió la casa que le parecía haber dejado ayer.

El salón aún conservaba las mesas rinconeras y la del medio idénticas. El dormitorio de Neve, actualmente pieza de la Rectora, tenía el mismo barniz verde oscuro en sus puertas; la pieza siguiente era el dormitorio de los hermanos de su maestra. El salón en que Micha y su padre habían vivido, tenía todavía colgado el cuadro a lienzo de San Francisco Javier. Las celosías y el tumbadillo, donde se guardaba el vino dulce en frascos de cristal dorado era, precisamente, el techo que días después construyeron de nuevo, para dormitorio seguro de doña Fabiana y de su hija. La despensita fué ocupada para las criadas y para guardar bastidores.

El dormitorio de Licia, inmenso salón, fué destinado a la 5ª clase, la más numerosa; el zaguancito quedó libre para dar salida a las secciones. La pieza donde doña Mariana tenía sus ventitas después que falleció Neve fué para la 4ª clase. Entróse al poco tiempo el loco Peñaranda y, sentándose en la puerta de esta clase reformada, que sólo tenía ventanas a la calle, juró que nadie se saldría de allí sin dar su lección. Hubo que llamar a la Policía, que lo sacó con engaño. El dormitorio de este saloncito fué para la 3ª clase.

La antigua cocina sin puerta servía de W.C. y el cuarto de doña Mariana, de depósito y leñera. Había una cocina nueva, entre la antigua y la 3ª clase.

Allí estaba lleno de flores amarillas el paichachí (cascabel natural) que había plantado Micha; y se reproducía año tras año la enredadera de estrellita que ella misma cultivaba. Después de recorrer Fe la casa, se sentó entristecida en una silla, sola, mirando sin ver la alegre diligencia de sus compañeritas. Allí estaba hablando la nueva dueña con las maestras.

Vino la señorita Domitila: "¿Qué tienes, portuguesita, que estás tan triste?" "Nada", le dijo Fe evitando mirarla; pero cuando la cariñosa profesora le alzó el rostro para mirarla, dos lágrimas rodaron de las mejillas de la niña, que se deslizó de las manos de la señorita para ir adonde no notaran una emoción que no podía explicar. Le parecía como una humillación que aquella casa hubiera pasado a personas extrañas.

Pasó, después no fué tan sensible. Llegó diciembre y los exámenes finales fueron en el Colegio Nacional, en el salón de altos. El Rector, profesores y miembros del Tribunal examinaban a las niñas en Catecismo, Aritmética, Gramática, etc.; veían las colecciones de escritura y las labores graduadas. De las niñas de la clase inferior sólo podían presentarse dobladillos, punto de guante y punto alzado, es decir vainilla de un hilo. Más o menos perfecta la costura, pero de ahí no pasaba.

La 4ª clase podía ya presentar confección de camisas, respunteadas y adornadas. La 3ª, bordados en blanco y algunos en seda. La 2ª, calados en tul, bordados en seda de matices, paisajes al canabá y marcas en pañuelos. Las de la primera, bordados en oro, flores artificiales y obritas de fantasía. Siempre hemos considerado esta graduación admirable para la educación de las clases.

Micha fué a los exámenes acompañando a sus niñas, a quienes había hecho coser con

doña Dominga, su costurera, vestidos de clarín blanco y blondas valencianas, todos igualitos.

Los examinadores preguntaron a Fe sobre los enemigos del alma. La hicieron escribir cantidades en la pizarra y una suma insignificante, y se dieron por satisfechos.

## 2.78 – INSTRUCCIÓN Y VIDA RELIGIOSA

Como dijimos, la parroquia del Colegio fué trasladada a La Merced y la capilla sólo se mantenía abierta porque la piedad de las señoras vecinas la sostenía. Tocaba a Micha hacer el gasto de la lámpara para el Santísimo todo el año. Y no era sin trabajo; las mechas las hacía ella en persona, de un «jipurí», vena gruesa de la hoja de palma, envuelto cuidadosamente en algodón como de una cuarta de largo. Dos veces al día mudaban mecha para las 24 horas, y se entregaba al sacristán un paquete para la semana, con lo demás necesario.

La Florinda Castedo vigilaba de inmediato la limpieza de la iglesia, como que le quedaba cerca. Olfito llegó a ser eximio en hacer las mechas de jipurí. Estaba prendado del hábito franciscano y todo su tesón era poder vestirlo. El padre Querubín le había prometido, pero aún no le daba, un pedazo de sayal fino que tenía sobre su ventana. Mientras, pidió a su tata Uvo ( así llamaba al abuelo, que lo esperaba siempre provisto de un plato de pasas para obsequiar a sus nietitos) un pedazo de chamelote azul para hacerse un hábito. Fe se lo cosió poniendo todo su talento; también le hizo una cuerda blanca, anudada, para ceñirse. En esta figura salía Olfito al balcón, a hacer que rezaba con los bracitos metidos en la canujetita, que no era otra cosa el hábito; la obrerita no estaba para mangas.

Micha tenía su Catecismo de García Mazo, que le trajo de Sucre don Pedro; en cada viaje, viendo los elogios que hacía de ese libro, le trajo otros, de tapas muy doradas, para que regalase a sus amigas.

Fe había dado una vueltecita a la tienda de Languidey, que había reemplazado a su tío Sótero. Todavía estaba allí la percha de donde éste sacaba alguna de las prendas de vestir usadas, por ejemplo un chaleco, que quería dar al opa que era su pobre. Este era un joven bajo, amarillo, calzado con botas más grandes que sus pies. Sótero sacaba el chaleco en una mano y una rienda de azotar caballos en la otra: "¿Te gusta?" Los sonidos roncós y los ademanes de gozo eran el "sí": "Pues vale la penitencia de tres riendazos bien dados, que tienes que darte". Aceptaba el opa. Sótero se sentaba como juez; el opa se arrodillaba y se daba el primero, y gritaba; pero tenía que ser con fuerza, y así los tres azotes hasta llevarse el chaleco.

Así se divertía Sótero... ¡y decir que había recibido educación como su hermano...!

Alguien le había dejado en comisión o a cuenta de mayor cantidad un surtido de libros de piedad, que ni siquiera expuso a la venta. Allí, bajo el mostrador, los halló Fe. Languidey, al ver su alborozo, le permitió que se llevase dos: «El Despertador Eucarístico» y «Consideraciones para antes y después de la Comunión». Llegó con su tesoro a manifestarlo a Micha que, al ver la mina que se encontraba allí, pronto dió cuenta de los libritos, enriqueciendo así a sus amigas.

La beata doña Teresa Roca «la parladora» tenía su casa frente a San Francisco. Pobre pero limpia, reinaba en ella la virtud; era muy del agrado de Micha, que solía ir a tomar algún refresco y dejaba sus dos criaturas al cuidado de ella cuando iba a confesarse, de temor que se aburrieran en la iglesia.

Francisco su hijo era de los niños acólitos de esta iglesia. Ella, contenta en su honrada pobreza, tenía una sirvienta, Susana, y un sirvientito, José María, que le ayudaban a ganarse la vida.

Desde allí vió Fe unas vísperas de la Virgen de Alta Gracia, fiesta costeada por doña Bárbara y sus nietas las Durán. A lo colla, con luminarias, castillo de cohetes armado en la esquina; vió con terror a uno de los «toritos» acercarse a la ventana y a la puerta. En este juego, unas pirámides de unos 80 centímetros, triangulares, de cuero, tenían agujeros para la vista y, cosidas en el cuero, sargas de cohetes colorados.

Se metía un hombrecito dentro de esta pirámide; otro le pegaba fuego a las mechitas y estallaban los cohetes, mientras el «torito», hecho una brasa, corría hacia la tropa de curiosos. Si alguno, de apuro o de susto, caía en la arena de la calle, la carcajada era general; mientras, las campanas repicaban el fin de la Salve y las camaretas estallaban frente al convento. La gente devota llenaba la iglesia hasta el atrio.

En este año llegó el hermoso rostro que las Seoane encargaron para la Virgen de la Asunción. En cuanto llegó, en el mismo cajoncito se lo trajeron a Micha, para que gozase de su vista. Reconocido su buen gusto para vestir imágenes, la Benedicta, Carmen y Peregrina trajeron el brocato de seda blanca, rameada de oro, para que Micha cortase el vestido de la Virgen. Lo cosían en una amenidad y alegría que hacía bien al alma contemplarla.

Micha estaba delicada de salud. Su amiga doña Benjamina de Bravo le rogó que vistiese para ella una imagen de Nuestra Señora de Mercedes en estampa, que era su devoción y su abogada. Así lo hizo.

Desde que había tomado el hábito del Cármen, rezaba diariamente las siete excelencias de Nuestra Señora, con un padrenuestro en cada una; doble rezo los sábados, para suplir el ayuno. Para esto, sentada en la hamaca del salón, convidaba a Fe a ayudarla. La sentaba a su lado; le hacía considerar que la Santísima Virgen estaba presente en su santa imagen de las Mercedes que tenían al frente, que multitud de ángeles que la rodeaban tomaban parte en estas oraciones. Cuando la obligación fué también de la niña, por su toma de hábito, fué más constante su solicitud para que cumplierse sus rezos.

Alistada en el Rosario Viviente, asociación con cuyo sorteo corrían las beatitas Durán, rezaba también su Misterio con 10 avemarías. Al año siguiente, cumpliendo Fe sus siete años, la hizo alistar. Los santos ángeles cuidarían con especial protección a su devota, pues no se comprende de otro modo que, en tan larga familia, no sucediese accidente alguno de consecuencias.

## **2.79 – OTRA DIABLURA DE PEDRITO**

Pedrito, rubio precioso y hablador, entremetido a conversar en las visitas, se hacía querer de todos. Su tía Rosaura estaba encargada de él; pero se necesitaba mucha vigilancia porque era original en sus ocurrencias. Así lo probó un día en que, a pesar de los tablones que habían hecho atar a las barandas de la galería que daba al patio, Pedrito encontró un hueco libre, por el cual se salió a la cornisa, de un ladrillo de 30 centímetros, que sobresalía del barandado. Saca su servicio de noche y lo coloca frente a la puerta de calle y se sienta en él; apenas había el espacio necesario para su personita.

Serían las dos de la tarde. Se asoma Rosaura a la galería del vestíbulo y ve el peligro de Pedrito; salía Fe tras ella y lo alcanzó a ver, muy tranquilo. Rosaura la entra y le dice: "No vayas a salir, si le llamas la atención hará algún movimiento y cae al patio enladrillado". Ella, por las piezas interiores, corre, pálida, a salir a la galería del frente donde estaba el imprudente niño. Se inclina en la baranda y lo alza por los hombros; sólo cuando lo tuvo en el corredor libre de peligro, dió un fuerte sollozo Rosaura y quedó en una fatiga de llanto. Mientras, salían de todos lados a saber lo que había pasado. Lor entraba de la calle cuando Rosaura llegaba a liberar a Pedrito; él se ocultó

en el zaguán, temiendo que el niño hiciera algún movimiento de gozo. Micha lo supo después de pasado todo, pero no dejó de llorar. Deseaba reprender y castigar al pequeño, pero su tío Lor lo libró del castigo.

## 2.80 – INDIOS

Preocupaba a Micha, a pesar de su estado enfermizo, la preparación catequística de su familia desde la entrada del año 1867. Es cierto que esta preparación era continua, como va a verse, dada la cantidad de sirvientes que de obsequio le traían los comerciantes del Beni y de Chiquitos. De modo que al oír en una ocasión chirriar las carretas que llegaban cargadas de cacao o otros productos, se asomó al balcón y no sólo vió las carretas sino un indiecito cubierto con su frazada, sentadito en la vereda. Se volvió a su esposo con expresión afligida: "Por amor de Dios, favorezcanme. ¡Ya viene otro indio!" "¿Y qué?", dijo él. "Otra alma sobre mí", dijo ella. "Pues educarla", dijo don Pedro; "Vamos a ver: ¿No sería peor para este pobre indiecito, al cual la miseria de sus padres da, que fuera a parar a manos y casas crueles, donde no vieran más que su utilidad como sirviente, sin consideración a sus propios intereses morales y temporales? Aquí, gracias a Dios, hay con qué mantenerlos, y se irán formando bien. Por lo tanto, no debes entristecerte sino alegrarte". Micha se serenó.

Tenía, de Cordillera, a María, la india que jamás pudo aprender el Credo, pues confundía eternamente, a pesar de las explicaciones, a la Santa Madre Iglesia con Santa María Virgen; y perenne ayudante de cocina, en 20 años, según pudo comprobarse después, sólo aprendió a hacer chocolate.

Casimira, mojeña viva, una ardilla. Natividad, que cedió a su tía Manuelita. Jacoba, que cedió a sus cuñadas. Ignacia, pequeña chiquitana que ya rezaba en su idioma, pero que fué ruda para aprender el mismo rezo en castellano. Mariano, sirvientito mojeño, sucio e inclinado a travesuras y vicios; servía a don Francisco llevando el portavianda y arreglándole las habitaciones. Florencio. Josecito, que se recogió en depósito, siendo don Pedro albacea depositario de doña Nepomucena, hermana del Capitán Justiniano. Fuera de la cocinera y el portero.

Había arreglado Micha que, al desocuparse los sirvientes por la noche, por turno Eva y Lágrimas los reunieran en la galería, ante el sillón de la Catequista, y repitieran por media hora la Doctrina Cristiana Breve, lo necesario para salvarse la gente ruda. Además del Rosario en común todas las noches, con la misma Madre de Familia, los domingos al volver de misa de 12 – que ésa era a la que asistían los últimos sirvientes, llevados por Micha – las sirvientas y sirvientitos se reunían a la siesta alrededor de Eva o de Lágrimas, por turnos, y se hojeban ante ellos las láminas del Catecismo Explicado de Astete.

## 2.81 – EL CATECISMO DE ASTETE

Cada Parte del Catecismo era un tomo, de modo que en el mes llegaban a recibir las nociones que su inteligencia alcanzase de toda la doctrina cristiana, historia sagrada e historia de la Iglesia del modo más interesante. Las láminas provocaban explicaciones que daba la Catequista, es decir la que hojebaba el libro, según la instrucción que sobre cada asunto traía la lámina. Digno es de conocerse el método y obra tan útiles de estos libros.

**EL CREDO** – En un preámbulo se veía, alrededor de una fuente pública según tradición, a los Apóstoles componiendo el Símbolo o Credo antes de dispersarse por el mundo. Dos o tres páginas de explicación traía enseguida cada lámina. Doce láminas

exponían a los doce Apóstoles, con el Artículo de Fe correspondiente, páginas explicativas del mismo y resumen de la vida del Apóstol que lo declaró. Creo en Dios Padre, etc. 1° San Pedro. 2° San Andrés. 3° Santiago el Mayor. 4° San Juan, y así los demás. Padre Nuestro, o más bien lo que seguía, eran los Artículos de la Fe.

El primero, creer que es Dios Padre uno solo Todopoderoso. Estaba en un triángulo el ojo de la Providencia, en una luz esplendorosa; abajo en la Tierra, los mortales suplicantes y fieles de toda clase.

El segundo, creer que es Padre. Estaba el Eterno Padre Rey, y todo el ambiente en que estaba sentado partía de la luz que rodeaba su persona; en ordenadas hileras como rayos, las cabecitas de las inteligencias celestiales que forman su corte. La explicación seguía.

Creer que es Hijo. Jesucristo está recibiendo los homenajes de los espíritus angélicos; explicación. El Espíritu Santo. Explicación.

Creer que es Creador. La creación, explicación histórica. Que es Salvador. El Padre es lo más excelso, derramando su Espíritu en el Hijo Salvador, que quebrantaba sobre el globo mundial la Cabeza del Dragón.

Que es Glorificador. La Santísima Trinidad en el Cielo con los ángeles y todas las órdenes y clases de santos.

Conocimiento de Jesucristo:

1 – Que en cuanto hombre, etc. Lámina de la Anunciación. Explicación. 2 – Nacimiento. Explicación. 3 – Jesús crucificado. Explicación histórica de la Pasión. 4 – Descenso al Limbo. Explicación. 5 – Resurrección. Explicación. 6 – Ascensión. Explicación. 7 – Juicio Final. Los ángeles separando los buenos de los malos; paz y desesperación. Explicación.

SEGUNDA PARTE. Jesucristo sentado en un monte enseña a sus discípulos a orar. Explicación. La necesidad de la oración.

**PADRENUESTRO** – Peticiones:

1 – Santa Teresa, tan abrasada en el deseo de extender el conocimiento y amor de Dios. Explicación de la petición y del ejemplo. 2 – Santa Dorotea, virgen y mártir, con el deseo del Cielo vence los tormentos y la muerte. Explicación de la petición y el ejemplo de la santa. 3 – Santa Gertrudis repite 300 veces al día esta petición. Explicación. 4 – San Francisco de Asís, confiando en Dios, mantiene a más de 5000 religiosos en sus días y mayor número después de su muerte. 5 – San Juan Gualberto perdona a un ejemigo. Etcétera. 6 – Santo Domingo expulsa al demonio de su convento, después de hacerle confesar los lugares en que más ganaba con sus tentaciones. 7- Más líbranos etc. San Mamerto instituye las procesiones de San Marcos y cesan las plagas. Explicación.

**AVEMARÍA** – La Visitación y 3ª lámina. San Celestino después del Concilio de Efeso, añadiendo Santa María. Explicaciones históricas y devotas sobre la salutación angélica.

**SALVE REGINA** – Idem. San Bernardo saluda a Nuestra Señora con la Salve y es saludado.

TERCERA PARTE. Preámbulo: Moisés en el Sinaí. Explicación del soberano dominio de Dios y de la Historia en general.

**MANDAMIENTOS:**

1 – David da muestras en el culto divino, salmos, etc. de lo mucho que amaba a Dios. Explícate el mandamiento y el ejemplo. 2 – Jura David. Juramento grato a Dios, Dios Jura a David. etc. 3 – Encuentran a un israelita cortando leña en sábado. Explicación. 4 – Sem y Jafet cubren a su padre Noé con una capa. Explicación. 5 – David se niega a matar a Saúl en la cueva. Explicación. 6 – Los tres ángeles ciegan a los sodomitas y defienden a Lot. 7 – Acaú paga con la muerte su robo y sus consecuencias. Explicación. 8 – La casta Susana defendida por el profeta Daniel. 9 – El casto José deja la capa en

manos de la esposa de Putifar. 10 – Codicia el rey Acab el bien de Nabot, su campo.

**MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA.** Preámbulo. La Santa Madre Iglesia con todas sus insignias. Lo que se entiende por Iglesia.

1 – San Juan Crisóstomo celebrando la Santa Misa vió innumerables espíritus asistiendo con suma devoción.

2 – San Luis Beltrán se alegraba más mientras un infeliz pecador iba diciendo sus enormes pecados. Admírase el pecador. El santo le da la razón, lo ve lanzar el veneno para quedar sano.

3 – La comunión de San Juan Buenaventura dada por los ángeles. 4 San Francisco recibe la impresión de las llagas durante la Cuaresma de San Miguel.

5 – San Ceferino Obispo exhorta a dar el diezmo en que se habían descuidado sus diocesanos; cesan plagas, hay maravillosa fertilidad.

#### **SACRAMENTOS:**

**Bautismo** – Lámina del de Jesucristo

**Confirmación** – El Espíritu Santo baja sobre el confirmado

**Penitencia** – La Magdalena ante Jesucristo

**Eucaristía** – La Santa Cena

**Extremaunción** – El rey Ruperto de Roma recobra la salud con la Extremaunción

**Orden** – Un obispo confiriendo el orden

**Matrimonio** – De la Santísima Virgen y San José

#### **OBRAS DE MISERICORDIA**

1 – El rey Joas visita al profeta Eliseo. 2 – La viuda da de comer a Elías. 3 – Rebeca da de beber a Eliezer. 4 – Abraham rescata a su sobrino Lot y devuelve los vestidos a los cautivos que les habían arrebatado sus enemigos. 5 – Moisés y Aarón se presentan ante Faraón para redimir a Israel. 6 – Abraham da posada a los tres ángeles. 7 – Tobías entierra a los muertos.

1 – El mismo Tobías enseña a su hijo y le aconseja el modo de portarse. 2 – Roboam pide consejo a los ancianos y no lo sigue; pide a los jóvenes que se lo den mal y pierde las diez tribus. 3 – La viuda Judit reprende a ancianos que querían entregar a Betulia. 4 – David perdona las injurias de Semeías, que le tiraba piedras. 5 – Los hijos de Jacob se juntan para consolar a su padre de la muerte de José. 6 – Miqueas sufre paciente un bofetón de un falso profeta, ante Acab y Josafat. 7 – Judas Macabeo manda hacer una colecta en sufragio de los muertos.

#### **VIRTUDES**

**Fe** de Abraham sacrificando a Isaac. **Esperanza** de la madre de los siete macabeos.

**Caridad** de Moisés intercediendo por el pueblo culpable. **Prudencia** de Salomón: los niños. **Justicia** de Débora juzgando al pueblo. **Fortaleza** de el anciano Eleazar.

**Templanza** de Judit, en sus ayunos continuos.

#### **ENEMIGOS**

**Mundo**, vencido por San Hermenegildo. **Demonio**, por San Antonio Abad. **Carne**, por San Francisco de Asís.

#### **VICIOS Y VIRTUDES**

**Soberbia** del fariseo, **humildad** del publicano.

**Avaricia** del rico que no sabía qué hacer con su cosecha, **liberalidad** de Abraham y Zaqueo.

**Lujuria** del hijo pródigo, **castidad** de Judit.

**Ira** de Caín, **paciencia** de Job.

**Gula** del rico Epulón, **templanza** de Daniel y sus compañeros. **Envidia** de los hijos de Jacob, **caridad** de José en Egipto.

**Pereza** del siervo perezoso, **diligencia** de la mujer que busca la perla preciosa



**Memoria** de la casta Susana para no ofender a Dios en su presencia. **Entendimiento** de David ocupado en meditar la Ley Divina.

**Voluntad** de Rebeca de partir con Eliezer.

Visión de la zarza ardiente (Moisés). Huele Isaac los vestidos de Esaú. Oye Helí la cautividad del Arca. Gusta Jonatán un poco de miel. Toca Asuero a Ester con el cetro.

**DONES** – Preámbulo, la Lámina del Cenáculo el día de Pentecostés.

1 – Salomón pide a Dios la **sabiduría**, el Señor se la concede en sueños.

2 – Daniel pide **inteligencia**, el Espíritu de Dios le dicta salmos y profecías.

3 – Judit pide **consejo**, su auxilio en la tienda de Holofernes mata al enemigo de su pueblo.

4 – Nabucodonosor elige varios jóvenes nobles entre cautivos judíos para compañeros de su hijo. Daniel y Ananías, Misael y Azarías rehúsan viandas por no contaminarse ni faltar a las observancias del culto al verdadero Dios; viven comiendo habas, bebiendo agua en vez de vino. Dios los recompensa con el don de la **ciencia**.

5 – Los mismos jóvenes, don **fortaleza**, se niegan a cometer la impiedad de adorar la estatua de Nabuco. Un ángel los preserva del fuego del horno.

6 – El rey Exequías de Judá tiene una **piEDAD** ardiente; poseído de este don manda destruir los altares idólatras y en cualquier necesidad congrega al pueblo en el templo a orar. Dios lo oye y le concede victorias y favores.

7 – El rey Joas se llena de **temor de Dios** al leer las amenazas que por sus profetas hizo el Señor a sus descendientes

prevaricadores. Manda leerlas con respeto y pedir misericordia a Dios. Dios promete que, antes de cumplirlas, lo recogerá para que no presencie la catástrofe.

**LOS FRUTOS.** Qué se entiende por frutos.

Caridad y devoción de David que se explica en salmos, inciensos, instrumentos músicos, fiestas; no se cansa de ensalzar el culto del Señor. Gozo espiritual; lo gusta muy puro el anciano Simeón, recibiendo al Mesías. Paz, la gusta Isaac; todas las tardes meditaba los favores del Señor. Paciencia, la tiene Job, muy gloriosa.

Longanimidad, la posee Jacob, al cual ningún trabajo aparta de Dios. Benignidad, la ejercita Jesucristo curando a los enfermos y consolando a los afligidos.

Bondad, la posee Onías hasta rogar por la salud del sacrílego Heliodoro. Mansedumbre de Gedeón, dando respuesta suave a los soberbios efrainitas. Fe muy grande del centurión, que pide la curación de su criado a Jesucristo. Modestia de Rebeca, que se cubre con un velo al ver que se acerca Isaac. Continencia de los esposos Tobías y Sara, libres de las persecuciones del Demonio por esta virtud y su oración. Castidad del glorioso patriarca San José.

**BIENAVENTURANZAS**, que Jesús enseña en la montaña a los discípulos.

1 – Daniel rehúsa las riquezas que le ofrece el rey Baltasar por la interpretación del Mane-Thecel-Fares.

2 – Moisés lleno de mansedumbre con un pueblo siempre rebelde.

3 Jeremías llora los pecados y las desgracias de su Patria.

4 Josafat, rey de Judá, siempre deseoso de justicia y santidad, recorría sus ciudades recordando la Ley Divina.

5 – El samaritano misericordioso.

6 – Enoch, patriarca limpio, fué arrebatado para ver a Dios y debe volver con Elías antes del Juicio Universal.

7 – Noé ofrece un sacrificio para aplacar a Dios al salir del Arca; Dios le da la señal de su paz mostrándole el arcoiris.

8 – Elías sufre las persecuciones de la malvada reina Jezabel. Un ángel le lleva pan y agua al desierto.

### 3. La Cuestión Eclesiástica

#### 3.1 – LOS NOVÍSIMOS

En el Catecismo, La Muerte entraba a una alcoba donde boqueaba un padre de familia y, a pesar de las lágrimas de sus deudos, clavaba su guadaña con su punta penetrante. Ya, ya... le entraba a la boca del moribundo, pero Fe, con aprobación de toda la indiada, le raspó de tal modo la punta de la guadaña que, a costa de un agujerito en el libro, logró que la Muerte, aunque amagaba a su víctima, ya no le alcanzaba la boca.

Hizo todavía otra hazaña, ayudada de Lágrimas. Allí estaba el Justo Juez sentado en las nubes, con las insignias de su Pasión. «Juicio Particular», decía la lámina. Arrodillada el alma, con el cabello en desorden sobre la cara, abrazaba un papelón en rollo como una pieza de papel de empapelar; el Enemigo, mono-zorro-negro horrible, triunfante desenrollaba... mientras que el ángel, con gesto contristado, traía un pliego como de papel oficio en las manos. Eran las buenas obras, ¡qué apuro! Era preciso ser muy sonsa para no columbrar el desenlace, aún antes de que hablara el Juez. La solidaridad atávica de raza pedía un esfuerzo contra la angélica maligna potestad. Fe trae las tijeritas mitad doradas del costurero de Micha con todo secreto, las alcanza a Lágrimas; era responsabilizarse. Le ruega que ella, con mejor pulso, corte el papelón por debajo del brazo del alma, así le quedará equivalente al del angel bueno. Así se hizo; ¡qué alivio experimentaron viendo el rollo mostrenco delante del Juez y al Enemigo burlado! Que recoja el rollo y se lo lleve al Infierno y deje a esa pobre alma.

El Infierno era horrible. El Diablo grande cuidaba de una caldera enorme y, entre mil formas de serpientes y demonios, bajaba uno de ellos con un hombre de cabeza a echarlo a la caldera.

Triste era eso, pero allí era inútil hacer nada. La lámina siguió intacta, como la de la Gloria. Era la Vida Perdurable para buenos y malos, no había lugar a destrucción. ¡Para qué!

El Decreto Eterno, al condenado eterno; el Cielo eterno, la compañía de los santos eterna. Las buenas obras subsistiendo siempre, la amistad de Dios inquebrantable. ¡Qué felicidad!

Se confesaron todos los indiecitos e indias idóneos con el cura, con el teniente, con Nicanor, con los franciscanos, conforme escogieron; también el dependiente Leonor. Los grandes días de la Semana Santa fueron como ya se han descrito.

#### 3.2 – UN AGUACERO

Fué en los días ardientes de este verano, a las doce pasadas de un día sofocante, que vinieron unas nubes a velar el Sol. Siempre que esto sucedía, se despertaba en la chiquillería el deseo de ir al Chaco. Fe llevó la voz a su mamá, que vestía medio luto por su prima Dolores Cuéllar. "Mamá, nublado; qué lindo día para ir al Chaco".

Volvióse con viveza Micha y le dijo: "No le digas nada a tu papá, porque no tengo deseos de salir". Fe salió para mirar por el balcón las nubes y vio que Olfito estaba ya haciendo el negocio con su papá en la hamaca. Reía el papá y al pasar Fe le pregunta: "¿Tú también quieres ir?" "Sí, pero mamá no quiere". "Ve a decirle que el día está nublado..."

A la carrera los chicos fueron. Vino Micha: "¿No te parece que lloverá?" "No, no lloverá hasta la noche o mañana y los muchachos desean ir, llévalos". Micha se vistió y partieron contentos, ella algo fatigada por lo que el Sol lucía de nuevo al llegar a los barrios de San Roque. Llevaba sólo un atado de panes y roscas para el mediodía, pues

pensaba volver con todo su mundo a las cinco.

Pero todo fué llegar a la quinta y se desencadenó un aguacero torrencial. Nadie podía moverse de las piezas y a las dos habían concluído con todo lo traído para comer. Empezaron a entristecerse. Micha les hacía ver que todo esto era para que aprendieran a ser moderados en sus deseos. La misma perspectiva de que no habían traído avíos de cocina aguzaba en ellos el hambre. Habló Micha a Rosa, la cocinera de los peones; ésta dijo que tenía ya hecha la cena de ellos, un picado de yuca con algo de carne. Micha pensó que disminuiría la ración de ellos.

Rogó a la cocinera que tratara de atrapar alguna gallina mojada y hacer un caldo para la familia. Así lo ejecutó. Como la gente menuda no estaba notificada de esta disposición y el agua seguía en toda su fuerza, empezaron a llorar de hambre. Se sentaron frente a la puerta, a divisar el portón: su buen papá ya pensaría en esto y les enviaría comida...

En esto llega la gallina cocida; la cocinera la había hervido sin sal. ¡Cosa más horrible! no hallaban; pero lo que daba más pena a Fe era que Micha no comía, todo se lo dejaba a ellos; y todos dejaron aquel caldo después de dos o tres cucharadas.

En esto ven llegar al mozo con un caballo, además del suyo, con unas cosas negras. Los transportes de alegría eran grandes; palmoteaban diciendo "¡Es el portero con las ollas de comida!" Sí, era don José María que traía el caballo y abrigos para la señora y orden de que el mayordomo armase el carro para llevar a los niños. Dijo que el señor no tardaría en venir a acompañar a la señora y que él quedaba para acompañar a la familia en carro.

Desvanecidas las ollas, quedó el hambre. ¡Ay Señor, hasta que recojan los bueyes de la pampa, ¿a qué hora comeremos?! Todo se hizo como fué ordenado: cesó la lluvia al caer la noche y el papá llegó a llevar a Micha ya preparada; por fin llegó el carro y los chicos con más sueño que hambre. La cocinera tenía todo a punto. ¡Cuántas gracias a Dios dieron los inexpertos paseantes por la comida que ordinariamente les daba, tan buena y bien guisada! ¡Cuán diferente del picado de yuca y del caldo de Rosa! Ahora sabían lo que era el hambre, cuando no hay con qué satisfacerla.

Las niñas seguían en el Colegio de Educandas. Algunas veces Fe había tenido la buena suerte de ir con su mamá, que pasaba donde sus amigas las Landívar, a aprender a bordar en canabá. Sobre paño azul hizo un pelloncito bordado con un dibujo de rosas. Le prestaron el modelo para hacer el ata-pellón, que tenía al medio el escudo boliviano saludado por dos gorriones.

Algo inventó desde luego Micha; cambió los colores del pajarillo por los de un matico, tan perfectamente que pidió a las Durán un pajarito vivo para imitarlo. Mucho felicitaron sus amigos al caballero por el talento de su esposa, que lucía los pájaros de su país superiores al modelo de los no-paisanos.

### **3.3 – NACIMIENTO DE VÍCTOR MANUEL**

Volviendo Fe de la escuela el 20 de mayo de 1867, encontró a su mamá en cama y a Mariquita Durán adormeciendo en sus brazos a un hermanito que le había enviado Dios, cubierto con un chal, todo flaquito. En el alfombrado delante de la cama, un indiecito como de 7 años jugaba con una víbora de masa de las de los altares de la Cruz; ese mismo día se lo había presentado su esposo a Micha.

Un comerciante de San Javier de Chiquitos había estado ofreciéndolo en el comercio por 35 pesos que necesitaba para cancelar una deuda. Nadie lo quería al pobre niño. Llegó a conocimiento de don Francisco, quien indignado habló a don Pedro de lo que estaban haciendo... este hombre de paz tomó al Santiaguito y se lo llevó, como si

hubiera tenido dos hijos, gemelos, en el mismo día.

El pequeñín fué bautizado el 21 por la noche en los brazos de dos tíos de Micha, don Nicolás Cuéllar y doña Manuelita Estremadoiro de Cuéllar, que no cabían de gozo. Le pusieron de nombre Víctor Manuel (rey afortunado en guerras pero que todavía no era un hijo rebelde del Pontífice de Roma, aquél que ese nombre afamaba). Fe asistió al bautizo en la iglesia del Colegio.

### **3.4 – ULTIMA CONFESIÓN DE DOLORES CUÉLLAR**

No hacía mucho que este ejemplar matrimonio había perdido a la mayor de sus hijas, la morenita e inteligente Dolores. Esta había ido a Azuzaquí a cuidar a su hermana Mariquita Cuéllar de Suárez; después su padre la llevó unos días a su ingenio de azúcar, mientras lo inspeccionaba. La hacendosa joven trabajó activamente en el aseo de su casa, hasta ponerla limpia como un relicario; después de esto se le ocurre lavarse la cabeza... y ya por la noche una fiebre traicionera hacía presa de ella. Su padre le administró cantidad de drogas y remedios caseros pero el mal crecía. Ella conoció que venía la muerte y pidió a su padre enviara por el confesor, es decir el cura que quedara más cerca.

Era éste el de La Enconada, a ocho leguas de allí. En una noche de aguacero torrencial, don Nicolás por complacer a su hija y porque veía el peligro envió a un mozo, llevando su mejor caballo ensillado y sus abrigos para traer al Señor Cura. Este no quiso moverse. Volvió a enviar el afligido padre, ofreciéndole hasta dinero...

Doloritas sentía cada vez más cerca la muerte; al saber que no había venido el cura exclamaba "Con Vd. padre mío me confesaré". Pero el caballero cristiano que tanto sabía de administrar jalapa, quimagogo, etc. no sabía menos de Catecismo; recordó a su hija que estaba previsto este caso: no habiendo confesor y no siendo por orgullo y desprecio del sacramento, le valía un Acto de Contrición de todo corazón. Hizo Doloritas no uno sino continuos actos de contrición ayudada por su buen padre, en cuyos brazos expiró a la madrugada.

Escampó el agua y el cura vino, o envió a decir, que ofrecía el lugar sagrado de su iglesia para que fuese enterrada la joven. Así se efectuó, yendo a las honras a la iglesia de la Virgen del Rosario de La Enconada todos los Suárez (que es decir mucha gente).

### **3.5 – LOS CRUCEÑOS VIAJAN AL PARAGUAY**

Los primeros desertores de la guerra del Paraguay habían abierto un mal camino, que salía a Chiquitos.

Por otra parte, el Gobierno boliviano había desterrado al elocuente doctor Tristán Roca al Paraguay. Hubieron pareceres acerca de si debía acompañarlo su joven y bonita esposa, que ya tenía una tierna niña. Ella resolvió... que la Santísima Virgen había ido a Egipto con San José. Y se fueron.

Llegó a Asunción y se captó la confianza de Francisco Solano López, que lo nombró su ministro. Con estos principios le pareció bien consolidar la alianza de su pueblo con el Paraguay y empezó a invitar al comercio a ir allá, contando maravillas de las oportunidades y feracidad de aquella tierra. Un grupo de cruceños distinguidos se animaron. Los principales eran el Dr. Rafael Peña, para enriquecer con nuevos conocimientos su libro de Botánica; don Nicolás Rivera y Honorio Barbery, que llevaban mercaderías.

Transcurridos dos o tres meses salió otra partida de negociantes, de lo principal también: el tío Luis Justiniano, el Dr. Benigno Gutiérrez, Lizardo Baca, Manuel María

Cuéllar y otros. Apenas habían llegado al límite o frontera boliviana cuando se tuvo conocimiento de que el doctor Peña y tal vez sus compañeros estaban encarcelados; que la amistad del tirano se había cambiado en sospechas y que el Ministro Roca también había pasado a la cárcel.

### 3.6 – AYUDA DE LA VIRGEN DE COTOCA

Lo cierto es que don Augusto Toledo, con sus hermanas y deudos en consejo, no sabían cómo dar la noticia a doña Benjamina, la señora instruída y politiquera que comentaba los periódicos durante su desayuno mientras la abnegada Paula, una parienta de humilde origen, levantaba a los niños y gobernaba su casa. Resolvieron darle la noticia después del desayuno, en el que se reunían el hermano nombrado y sus hermanas Rosaura de Gutiérrez y Leonor, la viuda virtuosa.

Doña Benjamina, mujer varonil, se quedó suspensa, pasmada con la noticia; sus deudos la contemplaban en silencio. Al fin volvió a la realidad, les dijo: "Esto sólo lo arregla la Virgen de Cotoca". Se dirigió en traje de casa al zaguán, bajó la gradería de su vereda y se fué, sin considerar la delicadeza de su salud siempre amenazada por la hemorragia. Su fué buscando el camino de Cotoca a pie, a pesar de los ruegos de sus hermanas e íntimos; no oye nada. Acaban por conformarse; ensillan caballos, le llevan para que haga con más comodidad el viaje... nada, está enajenada, no acepta. Se apoya en el brazo de Leonor y de Rosaura, la sigue una procesión de señores y amigas.

Llegan a las 8 ó 9 del día siguiente al Santuario. Se detiene en el umbral y dice a su hermana: "Leonor, apunta este día y esta hora porque oigo una voz que me dice al corazón que en este momento Peña sale de la prisión". Y así había sucedido, según después se comprobó). Doña Benjamina regresó del Santuario llena de paz.

La segunda partida de cruceños llevaba en su compañía al R.P.Basiliano, a quien sus superiores habían autorizado o mandado ir a su patria, Milán, para ver a su madre después de doce años de misión; decían que era de una familia muy distinguida. Podía el Padre irse por la vía ordinaria que era por Chile, pero lo invitaron los jóvenes cruceños y optó por dirigirse a Italia por Buenos Aires, ignorando lo que sucedía en el Paraguay.

Peña, Barbery, Rivera, etc. estaban en la prisión cuando empezó a diezmar al ejército una epidemia de disentería. Preocupados los jefes consultaron a los prisioneros si no sabrían algún remedio; indicaron éstos el chiriguaná, especie de árbol de coca, y Barbery añadió que le había parecido ver entre los árboles de sus bosques a dicho vegetal.

Salió con guardia a buscar; tuvo la suerte de encontrar y de que su receta aprovechase. Los militares agracedidos les consiguieron una audiencia a la que el dictador López había hecho llevar doce bolsas de dinero para premiarlos. Ellos rehusaron: "Excelentísimo señor, hemos hecho este servicio por humanidad y si algo es mérito, rogamos a V.E. que se nos proporcionen lanchas para embarcarnos a nuestro país". "¿Rechazan ustedes mi obsequio?" "No, señor", dijo Barbery; abriendo una bolsa, sacó un peso para cada uno y dijo a López que lo llevarían como recuerdo de su generosidad y reiteraron su petición de lanchas. Cedió el tirano y les hizo proporcionar las lanchas.

Se embarcaron, alejándose rápidamente; llevaban en su memoria los horribles y húmedos calabozos donde los mantenían con un pedacito de ocho centímetros en cuadro de charque, y agua medida también. Calabozos cuyo suelo y paredes estaban manchados de sangre, pues el modo de hacer lugar para nuevas detenciones era lancear al desgraciado preso y dejarlo en las torturas de una cruel agonía en ese transitorio

sepulcro.

Por el camino encontraron al tío Luis y demás compañeros y les rogaron que no fueran. No hicieron caso, dando por pretexto que en esas mercaderías tenían comprometidos sus intereses y créditos, por lo que era preciso realizarlas. El buen fraile iba con ellos.

### **3.7 – MUERTE DE LOS BOLIVIANOS EN ASUNCIÓN**

Llegaron. Roca, que continuaba en prisión, fué sentenciado a muerte después de muchos días de tormento. En capilla le ofrecieron confesor; prefirió al Padre Basiliano: "Conoce a mi familia, viene de mi adorada Patria". El Padre lo asistió hasta el banquillo, con todos los auxilios de la Religión. El moribundo, agradecido, se quitó el sombrero y lo entregó al Padre como recuerdo; momentos después, una descarga puso fin a su vida.

Llegó el sensible franciscano con el sombrero a su hotel o casa; pueden imaginar lo inmutados que quedarían los pobres bolivianos con su relación y sus lágrimas. "No estamos seguros, ¡confiésenos Padre, por lo que pueda ser!", dijeron aquellos hombres.

No fué perdida la precaución. Gutiérrez y Baca fueron lanceados en la calle; don Luis Justiniano y José María Cuéllar reducidos a prisión y con los demás internados en la fortaleza, donde murieron de hambre.

### **3.8 – MARTIRIO DEL PADRE BASILIANO**

Llamó López al Padre Basiliano y le significó que sabía que él había confesado a Roca y después a los demás bolivianos; tenía espías en todas partes. No lo negó el Padre... nada de extraño tenía. Entonces el tirano le hizo promesas si le descubría la confesión de ellos. Horrorizó esto al Padre y le contestó como digno sacerdote. No pudiendo conseguir nada de él por bien, entró en cólera y delante de su casa o tienda de campaña lo mandó estaquear en el suelo.

Apretando las sogas, preguntaba al mártir si cedía. "No puedo", contestaba con mansedumbre, y se sumergía en su oración pidiendo a Dios valor hasta el fin. Interrogado por segunda vez, no cedió y fué azotado allí mismo. Tercera vez; no cedió y fué lanceado.

Así murió. La hija del doctor Roca, Merceditas, tenía siete años cuando presencié este martirio. Se lo contó a Fe cinco años después.

### **3.9 – OPINIONES SOBRE LA GUERRA DEL PARAGUAY**

Lo que de discusiones entre los hombres y lágrimas de las señoras costaba esta guerra no es decible. Cada desertor que llegaba era favorecido y asediado a preguntas, para temer y llorar más. Así llegó un día el paraguayo Fabio en paños menores; lo vistieron y envalentonaron tanto que se hizo «médico» (curandero). Un desertor brasilero favorecido por don Francisco fué el zapatero de la casa «El Brasilero». Saldrá a relucir varias veces.

Otra faz de esta época eran las discusiones de todas las noches en la casa de don Pedro. Llegaba invariablemente don Angel, cónsul argentino, que era el que recibía diarios del teatro de la guerra (argentinos). Sótero procuraba a don Francisco otros brasileros. Don Miguel Frías se interesaba en buscar noticias del Paraguay. Don Pedro recibía el «Correo de Ultramar», con mapas y grabados de la guerra y de todo el mundo. Tanto discutir, al fin se dividieron en partidos. Don Angel decía «aliado» a don Francisco, que representaba al Brasil; don Nicolás y don Pedro (no lo había de dejar

solo) representaban al Paraguay. Los tres primeros iban elevando las voces, más si aquí intervenían Lor, Kino u otro visitante.

A veces, la gente que pasaba a la misión en San Francisco se detenía en la calle y miraba los balcones abiertos por donde se veía la sala iluminada, la lucha de las voces y la tranquilidad de los niños, que charlaban y reían en las ventanas mirando a la calle. Cuando la cosa subía de punto, Micha, que ya había concluído su Rosario en familia, venía a terciar y ya se moderaban, se aplacaban y se despedían afectuosamente, para volver a la noche siguiente con nuevos datos y bríos.

### **3.10 – LA MISIÓN**

Había Misión. La señora Fabiana había conseguido el permiso de llevar a las niñas de Micha a los sermones de la tarde, no sin algunos reparos del abuelo porque terminaba la función cerca de las ocho de la noche. Daba la misión el R.P. José Cabot, misionero penitente y de poderosa voz que tan pronto cantaba como predicaba con su crucifijo en la mano. El gentío no cabía en la iglesia, por lo que los padres franciscanos permitieron que los sermones fueran en el gran patio del convento. Gran número de sacerdotes seculares (de los virtuosos) asistían en la galería alta, junto con hombres, estudiantes, artesanos.

Cuando el misionero amenazaba con la ira divina, todas las mujeres lloraban y la señora Fabiana encargaba a Fe, a quien tenía delante, que cantara bien alto el «Perdón», para que no viniese tanta desgracia al mundo. Las mujeres asediaban los confesonarios desde las cuatro de la mañana; los hombres se confesaban con el misionero hasta la medianoche.

Pocos de los grandes señores lo hicieron, a no ser que les tocara artículo de muerte. Hallaban buena la misión para el «pueblo ignorante», y aún en Santa Cruz Capital no debía haberse dado... porque MISION sonaba a indios conquistados y ellos, con Tribunales, Cámara de Comercio, Catedral... ¡Vaya!, el Padre debió darla en Buenavista.

### **3.11 – VIDA CULTURAL EN 1867**

En ese tiempo hubo temblores de Samaipata «para allá». Las cartas aumentaban el terror y la muerte se creía de un día para el otro. En el Círculo de Amigas de la señora Fabiana se contaba una beata novel, trigueña, esbelta, picada de viruelas, que se vestía de merino plomo y llevaba sobre el pecho un cuadrito del Ecce Homo; decía tales noticias que la virtuosa doña Fabiana, afligida, las repetía en quechua a doña Petrona Durán.

Micha tenía por discípulas a las dos hijas de su amiga doña Dorotea Seoane de Franco. Bordaban al canabá un pelloncito para su padre; a ratos leían algo de libros que Micha creía adecuados para educarlas y cultivar sus buenos sentimientos. Así fué como Fe encontró a Asunta y Pepa bañadas en lágrimas; Micha también lloraba. Habían leído «Genoveva de Brabante» escribiendo sus cartas en la prisión...

Llegó junio y se encontró Fe en la edad de la discreción. Empezaron los preparativos para confesarse, junto con las otras niñas. Cada una tomó su pliego de papel. ¡Recorrer la vida! Qué cosa difícil le parecía a Fe recordar las faltas.

### **3.12 – LA PRIMERA CONFESIÓN DE FE**

Don José Viana era aquel portero que amenazaba a todas las que bajaban sin permiso de la Señora a jugar a los patios. ¡Cuántas veces había oído, individual y colectivamente, aquél insulto «¡VIEJO!», o el recitado en tono de lección «Bienaventurados cuatro viejos atorados!» Había mascullado algunas amenazas contra «las mandingas». Había para llenar el pliego con la misma falta y sus variantes de lugar (desde la escalera del balcón, etc.) y otras picardías.

Por ahí por julio ya estuvo todo en orden. Micha había dicho a su auditorio: "Cuando lleguen al confesonario, no crean que el sacerdote está solo. Al lado se sienta Jesucristo, que aprueba o reprueba la absolución según la sinceridad del penitente. ¡Él, que todo lo sabe! Es necesario no faltar a la reverencia y respeto, mintiendo en su presencia".

"Hay que cumplir exactamente la penitencia. Debes ir con ánimo de que aún cuando el padre te ordene clavarte de cabeza, debes hacerlo". Fe quedó suspensa; el caso era idéntico a aquél otro de que, en viendo a los bárbaros, había que rezar el Credo y disponer la garganta...

Mucho, mucho discurrió. Probó a hacer los «jipatalís» más donosos, pero todos resultaban mal y con el miriñaque, quién sabe cómo quedarían. Al fin discurrió: "todo se consigue con la oración; rogaré a Nuestro Señor que no se le ocurra al Padre darme tal penitencia". Rogó y se tranquilizó.

Se confesó a principios de agosto con el Padre Querubín, que le enseñó todos los actos y oraciones para formar en ella lo principal: dolor y propósito de servir a Dios bajo el patrocinio de la Virgen, madre amantísima de Jesús y de todos los cristianos. ¡Qué contenta estaba! Cobró amor a su vestidito de muselina blanco con nubecitas de puntos celestes y a su pañuelito de espumilla lacre, atavíos con que recibió la aplicación de la preciosa Sangre en este sacramento de misericordia.

### 3.13 – UN LIBRO DE POEMAS

Lor había prestado a su amigo Damián, que era su socio en una escuela fundada para varoncitos decentes frente al Colegio de Educandas, un opúsculo de poesías. Damián lo llevó a su hermana la Rectora para ejercicios de Gramática en la 3ª clase.

La Angelita dejó el libro sobre su mesa. Fué una de las mayorcitas a limpiar el polvo, vió el contenido y alborozada lo trajo a que lo vieran las compañeras. Pero si aquello era... ¡de enriquecerse! Leían por aquí y por allá y eran unas exclamaciones... todos los versos les gustaban. Al fin se pusieron a copiar «Yo soy una flor oscura de fragancia y hermosura», etc. Llamaron a Fe para que tuviera el libro señalado por varias partes, mientras copiaban. Fe encontró ésta (que después sabe que es de Gertrudis de Avellaneda):

*Vos, entre mil escogida de luceros coronada,  
vos de escollos preservada  
en los mares de la vida.  
Vos, radiante de hermosura,  
virgen pura  
de toda virtud modelo,  
flor trasplantada del suelo  
para brillar en la aurora.*

Leerla y pedir que se la copiasen fué instantáneo, pero nadie quiso. Entonces se lleva el libro, arranca un pedazo en blanco de su plana y comienza la copia. A poco empieza impaciente a llorar, porque apenas ha escrito dos renglones del verso y el papel está lleno de sus letras como garbanzos. Las niñas se agrupan al extremo opuesto de la



Sección, pues aparece la Maestra y no quieren estar cerca de aquélla a quien la Angelita pillará infraganti.

A Fe no llegan estas precauciones; está toda ocupada del enojo que le dan sus letrones, que no le permiten llevar la estrofa entera. Sólo siente a la Maestra cuando detrás de su silla ve el libro abierto y el trabajo a medias. "¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?" "Porque no le cabe ese verso que quiere copiar", le dice una de las niñas. "¿Para qué lo quieres?", dijo con dulzura la Angelita. "Para decírselo a la Virgen de casa", dijo sollozando Fe; "ella no ha oído cosa tan bonita".

La Angelita en silencio la bajó de la silla, tomó una cuartilla de papel, se sentó y con su hermosísima letra de caligrafía inglesa le escribió la estrofa. Corrió Fe, trajo su «canana», bolsa de cuero de Rusia negro con interior de tafilete colorado, y guardó la dulce prenda crecida en valor por la linda letra en que iba escrita. De rodillas la recitó ante la Virgen el día de Santa Ana. Micha le había prometido que para Santa Ana de Viterbo se volvería a confesar.

Estaba en la 4ª Clase, que en orden descendente allá correspondería aquí al 2º grado. Ya había pasado el común Catecismo de Astete de memoria; ahora, el día que tocaba Religión estudiaba la «Exposición de la Doctrina Cristiana», opúsculo más extenso de los sagrados misterios y demás partes del Catecismo. Le tocaba cierto día de este mes dar el Misterio de la Santísima Trinidad: el Padre contemplándose a Sí Mismo engendra a su imagen o Verbo, y el Padre y el Verbo o Hijo amándose producen al Espíritu Santo, etc. Venían los términos de igualdad y distinción de personas. Costosilla estaba la lección, pero ya la tenía medio estudiada. En eso acertó a pasar por su estómago un dolorcillo... ahora sí: me voy a casa.

### 3.14 – FIEBRE CEREBRAL

Se presentó a la señora Fabiana a exponerle su deseo de ir a su casa. La señora la interroga sobre su mal; ¿tal vez no había tomado su guaraná, quería? Fe rehusa y la señora llama a su sirvienta para que la lleve. Micha cosía en la puerta de su dormitorio; Manuela dió el mensaje de la Maestra y Fe contestó que sentía dolor de estómago, pero ahora no tanto. ¿Sospecharía Micha que sería pereza? "Recuéstate ahí en la cama de tu padre y tapadita con la chalina se te pasará".

Fe no supo más. Muchos días después se encontró en la cama de su mamá; ella y sus amigas Landívares y Duranes se habían turnado para curarla. Supo después que había tenido un fuerte ataque de fiebre cerebral, con delirio en el que cantaba el Magníficat en castellano.

Supo que el médico doctor Castro, retenido por "un enemigo que lo había atacado por la espalda" (el cáncer), no podía moverse y había enviado al doctor Teófilo Mardóñez, aprovechado médico sucrense, para que le llevase informes de la enfermedad de «la hijita».

Supo además que su padre había partido al campo a la casa de su madre a pedirle perdón, por si acaso esta enfermedad fuera castigo de alguna falta al 4º Mandamiento de la Ley de Dios; y porque sabiendo lo grave del mal, no tenía valor para verla morir. Entre las cosas que discurrió en su pena, pensó dar orden de que precipitasen el piano que ya venía en camino por el Pará, en alguna de las cachuelas del Amazonas...

Micha, más valerosa, ahí estaba. En un relámpago de conocimiento vió Fe que se acercaba a darle fricciones de vinagre aromático. Las anchas mangas de su vestido color ante tenían algo desprendida la pasamanería que las adornaba y algunas gotas habían manchado su falda; una amiga lo advirtió; entonces Micha, llena de amargura, de un tirón acabó de quitar el adorno, diciendo que para qué lo quería ya.

Increíble era el alivio que la enferma sentía cuando su mamá le envolvía el cuerpo en telas de cordero, que a los pocos momentos sonaban como tostadas y eran renovadas con una costosa frecuencia, pues los corderos son del Palmar, a dos leguas de ahí. Fe volvía a recaer en el delirio y perdían de nuevo la esperanza.

No reconocía a las personas. No obstante, un día vió a su tío Agustín Landívar que se acercaba con cierta solemnidad, llevando una cajita en la mano y algo en la otra que le quería dar. Juzgó ella que era la Sagrada Comunión y... ¿cómo era posible sin tocar la campanilla, tío Agustín? "Sí, yo soy, abre la boca. Bueno, ¡tilín, tilín!", por tres veces, y recibió la píldora.

El confesor de Micha, entristecido como todas sus amigas y amigos, trajo la reliquia de Santa Rosa de Viterbo y la colgó al cuello de su hijita espiritual, prometiendo sin duda que sería devota suya. Las Duranes trajeron la santita que tenían preciosa, a la cual Micha había proporcionado meses antes un sayal regio, de rica tela tornasolada azul y blanco «de sus retazos». Y empezaron la Novena, a 26 de agosto. Kino, que recibía más rudamente las declaraciones de los médicos, tenía encargado el cajón y la mortaja, para no andar en apuros.

Dios Nuestro Señor se agradó de los ruegos y promesas que le hicieron y concedió la vida a la niña. Pero estaba tan extenuada que el primer día en que, con muchas precauciones, la levantaron de la cama, no podía tenerse en pie; fué necesario que aprendiese de nuevo a andar, apoyándose en los muebles.

### 3.15 – PROMESAS Y CONVALESCENCIA

Rodeada de juguetes había pasado ya más de una semana convalesciendo, cuando viene don Pedro a la hora del guaraná (dos de la tarde) y da a Micha la triste noticia de la muerte del Emperador Maximiliano en Mejico, fusilado... ¡Qué sentimiento el de Micha, que tenía su retrato en su album! Y qué enojo le entró a Fe de tal hecho; destruir así violentamente una obra de Dios tan bella. ¡Qué malos deseos de que lo trajeran maniatado a ese tuerto de Juárez, o Díaz! Lo cierto es que le volvió la fiebre, pero ya los médicos tenían una luz: ordenaron baños y el peligro desapareció.

Prohibieron a Fe la lectura y mandaron que durmiera siesta. Sus padres la entretenían, la acostaban y, cerrando las puertas cuidadosamente, se salían a la sala para velar en silencio. La niña se levantaba, buscaba como podía un «Catón cristiano» y lo ponía bajo la almohada para leer. Fué mejorando. Entre lo más desagradable estaba la cucharada de aceite de castor, día de por medio, que el doctor Mardóñez recetaba y aún la obligaba a tomar en su presencia.

Pero lleguemos a las promesas. Don Pedro ofreció una visita y un alfombrado para toda la iglesia a Nuestra Señora de Cotoca. Micha ofreció que su hija vestiría el hábito del Carmen toda la vida; un mantel de hilo fino a todas las iglesias de la ciudad; pesarla en cera para enviar cirios para la misa a la Capilla del Hospital, además del mantel; llevarla a dar limosna a los pobres y besarles la mano.

Por este tiempo aparece también su devoción de mandar decir misa en las siete festividades de la Santísima Virgen. Más tarde, el encargado de estas misas es el virtuoso sacerdote hermano de su amiga, la buena beata Joaquina Zambrano. Ahora, de ayunos hechos por ella fueron una cantidad, así como de ropa a las pobres vergonzantes.

Los médicos recetan una temporada de campo y la familia toda se va a la quinta. María de Jesús no confía a nadie el llevar, alzada al brazo, a la convalesciente. Descansa un rato en la grada de la vieja casa, que es habitación de don Simón Marchetti, el constructor de los franciscanos. Su mujer, joven y rubia como si fuera italiana, sale a ver a la niña y asoman también otras vecinas, expresando su pena de diversos modos.

En la quinta la visitan sus amiguitas Adriana y Adelaida Franco; si llega otra amiga, éstas se encargan de descubrir el puño de Fe, para que admiren su flacura. A los pocos días de levantada, su mamá quiso peinarla; se estremeció de pena cuando una gruesa guedeja de cabellos se desprendió sin esfuerzo y la vió en sus manos. Le cortó entonces todo el cabello, así que hasta en eso parecía un esqueleto.

### 3.16 – MUERTE DEL DOCTOR CASTRO

Don Pedro vino un día a la quinta con una triste noticia: el Dr. Castro había fallecido. Hacía días que, con espejos mirándose la espalda, había dirigido la operación de cáncer, que los doctores Mardóñez y Landívar le habían hecho y que había salido perfectamente.

Pero era un aficionado a la Mecánica no menos que a la Medicina. Sintiéndose mejor, se había sentado en la cama con una mesita por delante a componer relojes. En un momento en que varios amigos presenciaban su rápida convalecencia, el Dr. Castro se llevó la mano al pecho. "¡Ay, qué dolor!", dijo, y expiró.

Micha fué llevada a caballo por su esposo a tributar ambos al viejo amigo los últimos deberes de gratitud. ¡Qué desconuelo, sin sacramentos! Sus obras buenas consistían en el universal cuidado prestado siempre a la salud de todos, pobres y ricos, con gran desinterés. En la honradez y rectitud de sus miras, cuando se había mezclado en política. En que no había negado sus más asiduos cuidados ni aún a sus enemigos. Un doctor que había sido su contrario («Tojo») enfermó de cáncer a la espalda. Anunció a sus amigos íntimos la gravedad del mal del Tojo (mellizo) y que para curarlo había que hacerle una operación arriesgada. "Pero doctor, no se ponga en eso, déjelo morir. De todos modos, Vd. no perderá sino unas jaquecas menos". "Es cierto", dijo con suma calma, "pero el pobre diablo pierde el pellejo, y quién sabe adónde va". Lo curó sacándole como un plato de carne, tal fué el boquerón que le hizo. Lo dejó dos meses de bruces y éste vivió muchos, pero muchísimos años más que su bienhechor.

Era el doctor Castro un hombre grueso, de regular tamaño, con barba unitaria. No había musa a la que no hubiera hecho un dengue. Si a la Pintura, ahí estaba el «fresco» de la pared de su cama, que representaba en tamaño natural a su patrón San José. Si la Música, ahí estaba el «Piano del Dr. Castro» que repercutía el «"Trágala trágala Federación, Trágala trágala Constitución», versos llevados por argentinos cuando él honró a esta musa (después de 1852). Si el Baile, que lo digan las lecciones de cuadrilla que daba en la sala de don Francisco o de Neve, en que la «figura» corría hasta que la punta del calzado daba contra el zócalo del frente.

Fué un... débil. Para el té le gustaba tener cucharillas de oro. En la Medicina y Cirugía fué un fuerte. Dios mitigue sus penas.

### 3.17 – MÁS ENFERMEDADES

No recuerdo si he consignado ya otro susto que pasó Micha en esta temporada de campo. Su cuñada Rosaura, que había quedado al cuidado de la casa en la ciudad, tuvo un vómito de sangre. Sótero acababa de llegar del Brasil y, por encargo de don Francisco, había traído un específico. Las botellas de Agua Inglesa estaban todavía sobre la mesa cuando sucedió esto.

Seguía el mal. Don Francisco consiguió vencer la repugnancia de la enferma por «lo desconocido», sirviéndole a ella media copa y tomando él otra media copa. Cuando Micha llegó, ya estaba fuera de peligro.

Dejó muy recomendada a Fe, que se la cuidaran muy bien María Diego y las otras

sirvientas, y así lo hacían. Después de comer le brotó a la niña la alfombrilla (sarampión) y la echaron a la cama, con fiebre. Pasada esta enfermedad, en ocasión en que Micha había quedado sólo con las sirvientas y sin ninguna mujer de confianza, les dió a todos la alfombrilla. Servidumbre entera en cama; Eva, Lágrimas y Alba estaban en la ciudad, preparándose para los exámenes.

Micha los puso a todos en cama, les dió purgantes y los sirvió a todos, sin dejar entrar a la convalesciente Fe a la pieza de los enfermos. Ella sacaba las aguas servidas, etc. y también cocinaba. Por fortuna el pequeñuelo escapó esta vez y Pedrillo la seguía a todas partes en la cocina. "Mamá, ¿billi –billi?", preguntaba a cada rato. ¿Qué sería?

A mediodía vinieron sus fieles auxiliares, doña María y doña Isabel la Colla, lamentando el trabajo en que se había encontrado. Cuando venían sus amigas a la quinta, la invitaban a pasear. Recomendaba a Fe que no saliese, pero la chicuela, débil y todo, tenía fuerzas para tomar un «chuchío» y azotar el árbol de tamarindo que quedaba allí a pocos pasos; caían unas cuantas vainas, que comía con delicia.

Volvieron a la ciudad, ya más restablecida. Todavía estaba en la quinta cuando, en diciembre, tuvieron lugar los exámenes de las niñas. Micha debía ir por algunas horas «al pueblo»; ¿qué cosa podía atar a Fe para que no se expusiese a una insolación? Micha le entregó un tesoro para ella desconocido, intangible hasta entonces: «Las seis Novenas del R.P. Rafael Sanz», franciscano. ¡Qué deliciosa siesta y día! Recostada en una banca o sofá forrado de cuero, fresquísimo lecho, pasó la siesta y el día entero sin dar señales de vida a las pobres cuidantas, hasta que volvió su mamá.

### 3.18 – LOS EXCOMULGADOS

En la ciudad, don Pedro habría hecho algún viaje a Sucre. Los rumores que corrían eran siempre sobre la Cuestión Eclesiástica.

Creo que ya hemos contado que el año pasado en la Pascua, Micha fué a hacer una visita de etiqueta a la señora de Mérida; allí encontró al Canónigo, hermano de esta señora, que era del Cabildo recientemente excomulgado. Sorpresa inesperada fué encontrarlo allí... tuvo que corresponder a su saludo y aceptar de él una silla. Doña Juanita no tenía en cuenta la excomunión y sólo veía a su hermano.

No así la delicada conciencia de Micha; no eran horas de que hubiese iglesia abierta y sacerdote allí, para solicitar absolución por la desobediencia de hablar con un excomulgado. Corrió pues acompañada de una sirvienta donde las Landívar y pidió a Nicanor este favor; la bajada a cenar se atrasó un poco, pero ni su padre ni su esposo la apuraron por ello. Micha estaba tranquila, y la tranquilidad de su conciencia era cosa altamente respetable. La comida y la charla después de ella desvanecieron completamente el recuerdo de angustias pasadas.

Fe fué a la escuela, era ya otro año. Habían terminado las vacaciones y volvía a la antigua casa que había sido de Licia y sus hijos. Las sirvientas antiguas le señalaban, como en secreto, hacia la mitad de la cuadra al frente, casa donde habitaba Ram; allí donde lo había visitado el ánima bendita de su hermano el Dr. José... "Y qué solo que está", le decían, "nadie lo visita porque dicen los contrarios que está excomulgado..."

Pues un día en que Margarita Baca y otras de la Clase 2ª habían pedido un recreito extraordinario, en mérito a alguna clase bien dada, Fe se escabulló. Permiso tenía para ir donde las Landívar, distante una casa por medio, a ir a lo que se le ofreciera, por ser muy descuidadas e inseguras las obras sanitarias del Colegio.

Fe atravesó la calle. Dos cosas sabía: una, que había una quiebra en las relaciones de Ram con sus padres; otra, que había otra quiebra en las relaciones del pueblo con Ram, cabeza de su partido. "Tal vez me reprenderá si me ve", pensó; "bueno, si eso sucede,

escapo a la Escuela; pero hay que verlo".

El zaguán estaba solo; la puerta del salón que daba a él, abierta de par en par. Fe llegó cautelosamente al umbral. Miró al salón, con su piso cubierto de estera de Mojós de una sola pieza; las hileras de sillas bien alineadas; en el fondo sobre la pared, un cuadro del Crucificado en agonía. El mansísimo rostro de Jesucristo, con los ojos elevados, oraba; ese rostro era bellissimo, cercado de un nimbo. Bajó la vista a un sofá que había al pie de la pared y oyó la voz del Canónigo que había despertado de su siesta: "entra, hijita". Fe obedeció y dió unos pasos; él se incorporó, se puso de pie y se adelantó a recibir a esta visita que no quería ir más allá. Porque Fe había recordado que esta soledad en que lo encontraba era un castigo y que no debía hablar. El la reconoció y le preguntó por sus padres, si estaban bien de salud. Fe contestó que estaban bien, y correspondió a la cortesía preguntándole por su salud... era precaria, pero en fin, como Dios así lo quería, Ram aceptaba lo que él le enviaba.

Dió Fe por terminada la visita, que no debía durar más de lo que tardara en casa de las Landívar. Más doña Fabiana, que sacaba la cabeza por el balaústre que faltaba a la ventana para cuidar a la niña en su viajecito, la había visto atravesar la calle. Cuando volvió, la Angelita le dijo con severidad: "¿Dónde has ido?" "A ver a mi tío, que está solito y enfermo". "Pero ¿no sabes que no se puede hablar con los excomulgados? Tienes que confesarte ese pecado".

Así lo hizo Fe cuando se confesó en esa Cuaresma, pero por lo pronto no respondió nada. Doña Fabiana envió con la mama Jesús, que venía a llevar a las niñas, un mensaje sobre el asunto a Micha. María de Jesús habló a media voz a su Señora y Fe, que estaba atenta, oyó que ésta, como disculpa decía "...la sangre tira..."

Micha, con tono suave, dijo después a Fe: "No vayas, no sea que te muerda algún perro o te atropelle un caballo al cruzar la calle". Fe convino en ello externa e internamente.

### **3.19 – UN ABUSO DEL PODER CIVIL**

Siempre en ausencia de don Pedro, llegó de pronto una noticia sorprendente, que causó una impresión desagradable por la amargura que traían de la calle Guadalupe, doña María, Felicísima y la negra Simona, y después mama Antonina, que llegó a planchar. ¿Qué era?

Los canónigos, al ir a coro de tercia, habían encontrado las puertas de la Catedral en San Andrés cerradas, por orden del Prefecto de la ciudad. Todos ellos habían sido detenidos en el atrio, con guardas y centinelas de vista. El comedimiento de los sacristanes o las órdenes de la autoridad que hizo el arresto les proporcionó mesas y sillas; decían que no les dejarían pasar ni agua, hasta que no firmaran sus renunciaciones. Todas las familias, deudos y amigos que iban no les podían alcanzar nada; allí estaban sentados en la resolana, sudando y escribiendo no renunciaciones sino protestas.

Micha lo oyó y envió a María de Jesús a preparar una olla de buena comida de gallina y, en una servilleta, botellas de agua, vino y copas; envió al portero a saber si no los habían largado ya. Entretanto se vistió su uniforme de iglesia: vestido de gro de seda negro con randas estampadas de terciopelo, con su manto negro bordado con encaje de seda negro.

Llorando, seguida de las sirvientas que llevaban esas cosas, llegó a San Andrés pasadas las doce del día. Allí encontró a la señora de Mérida, que discutía llorando con los inflexibles guardias, frente a esos ancianos, cada uno llevando la humillación según su temperamento.

Micha dice al centinela ¡paso! "No se puede... Señora". El «señora» alcanzó a decirlo

cuando ya Micha estaba del lado de adentro, pidiendo por encima de los fusiles que cruzaban los guardias los platos servidos que las sirvientas pasaban, para poner el primero, llorando, ante su tío. El murmullo de aprobación del pueblo hizo temer a los soldados... no podían atropellar a damas de esa clase sin que los despedazase la turba, tratándose de negar comida a unos ancianos que eran sagrados.

Doña Juanita de Mérida hacía lo mismo que Micha: servía a los canónigos, que aceptaron como un triunfo esta atención y humanidad.

El Comisionado envió a la Prefectura a contar el fracaso, mientras que Micha regresaba a su casa; prometiéndose hacerse absolver, sin dejar de enojarse tampoco de la medida del poder civil invocado por el Vicario Capitular antiguo, contra su tío. La respuesta de la Prefectura fué llamar a la guardia y dejar en libertad a los canónigos.

Acababa de comer Micha con toda su familia, cuando el portero anuncia la visita de los señores canónigos en corporación, que venían ya libres a agradecerle su feliz intervención. Los recibió; los prudentes ancianos sólo estuvieron cinco minutos.

### 3.20 – LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

Como medio de captarse al pueblo, activaban la obra de la Catedral. Había llegado el Ingeniero Peña a dirigir la obra del Santuario de Cotoca y ver lo que podía hacerse a la Catedral. Lo más urgente les pareció colgar las campanas, empezando por las más chicas. Las acarreaban en carretones. Pero nada igualó a la novedad del transporte y colocación de la Campana Mayor «Petrona», la querida del pueblo, su orgullo por su gran tamaño y su timbre incomparable.

Es cierto que en Buenavista, en la iglesia dedicada por los antiguos Jesuítas a los Desposorios de Nuestra Señora, había otra campana aún más grande que «Petrona», pero su timbre no igualaba a esta catedralicia. Empezó muy temprano a pasar gente para San Andrés; a las 7 el Coronel Peña, el Ingeniero cruceño, era el héroe del día. Se asomaban las señoras a sus balcones, rejas y puertas de calle para saludarlo al pasar; él iba y venía de San Andrés a la Plaza y de la Catedral a San Andrés. En una de esas pasadas, Micha lo invita desde su ventana alta para que entre a tomar algún refresco. Acepta y toma guaraná, entre el aplauso de los circunstantes.

Faltaba LO BUENO. Las calles estaban como si fuera Semana Santa o Corpus, llenas de gente que iba y venía dándose noticias. Mientras el señor Peña estaba en casa, la campana venía en un carro descomunal, tirado por varias yuntas de bueyes que iban a tardo paso; la gente daba consejos sobre cómo se apresuraría el transporte.

Despidióse el coronel de título, pues estaba vestido de particular, y corrió a la Plaza para presidir la bajada, que recién sería a las once del día pasadas. Creo que las damas de la Plaza sentían no haber hecho palcos para la fiesta, como para los toros. Era un día tal vez de primavera, pero sofocante; a ratos se nublaba un poco. Algunas amigas de Micha se convidaron por sí mismas para venir al balcón, situado admirablemente frente a la Catedral; lo mejor que podía desearse.

El hormiguero de gente era mayor que en los días de ejercicios de la Guardia Nacional. Al fin quedaron aseguradas las roldanas y lazos en el tercer piso de la torre. Serían siete, por orden del Ingeniero que era obedecido de todos los gremios; no sólo de los trabajadores, de los presos, herreros, sastres, campesinos y collas, sino de todo el que se llegaba por allí.

Empezaron a tirar de las sogas hileras de hombres, dando otros voces de ánimo. Pero a veces alguna de las sogas aflojaba el esfuerzo por el cansancio de los tiradores; la campana bajaba un tanto y el ruido de la protesta era un ¡¡ehe...!! que salía de todos los pechos. Después, voces de mando de los «ingenieros de azúcar», los señores que habían

conducido allí sus peonadas y que también concluían por atar el lazo a sus caballos para prestar ayuda.

A las dos, no se había adelantado nada. Los ojos de las señoras, cerrados como los de los gatos por la reverberación del sol, estaban cansados y se fueron ellas retirando. Sólo perseveraba doña Manuela Mansilla de Villarroel, esposa del rico colla don Ambrosio. Sin cuidados por su casa pues no tenía hijos, se sentó de firme en el balcón, vestida de seda color «ojo de príncipe» con festones labrados de seda blanca y un lindo chal de espumilla.

Contaba que su abuelita le refería la génesis de la campana, desde aquella vez en que por haberla roto un rayo hubo que fundirla de nuevo; el Señor Deán pidió «pro tempore» a las familias plata y oro para la mezcla al bronce, que... llevaron tantas arrobas de chafalonía, cadenas y rosarios de oro que el rematador, a son de tambor por las calles (como acostumbraba el rematador), hizo avisar al pueblo que ya había bastante y de sobra.

Y la campana cedía y subía y la tarde llegaba... Micha recurrió a la oración; lo mismo harían las Seoane, las Aguirre, etc. Hizo rezar el Rosario con su familia, para que no fuese vano el esfuerzo de un día entero. Ella acompañaba a su visitante y a ratos sólo quedaba Fe a hacerle la corte, atraída Micha hacia el interior de la casa para sus atenciones domésticas.

Doña Manuela, con los ojos llenos de lágrimas, decía "la primera campanada que oigamos nos va a parecer tan solemne como la del día del Juicio Final". Fe se llenaba de religioso respeto al oír esta novedad de la campana del Juicio.

Al fin, con las luces del Poniente llegó la campana a su lugar y se empezó con la mayor actividad a atar con güembé a la hermosa «Petrona». Dos albañiles, sentados en las vigas, ataban y ataban; otros suministraban las largas y fuertes cortezas flexibles, pues ya se les había quitado el «jipurí».

Poco antes del Angelus se dió un repique general. Todas las seis campanas habían recobrado sus lenguas. El pueblo bendecía a Dios. Inmediatamente después tocaron el Angelus, serezó con el mayor alivio de todos los corazones y el pueblo se retiró a comer.

Muy necesarias eran las campanas. A la llegada de las Letras Apostólicas, es decir de las cartas de Roma, se repicaba sin excluir campana ninguna.

¿Qué ha sido ahora de «Petrona»? Me responderán que el rayo la había deteriorado. Don Carlos Chalot ofreció fundirla de nuevo. Se consintió en ello y... no pudo fundirla. Cuando lo oí esto, me acordé de un dicho célebre, que debe pertenecer a un hombre "muy sonado": "Cada pueblo tiene el Gobierno que se merece". El fundidor, idem; faltos de fe, impotentes a pesar del cacareado progreso.

### 3.21 – UNA «PRENDIDA»

También pasó por el cinematógrafo interno un film. Fe veía salir de la Escuela a los muchachos de don Damián, por las ventanas de la Quinta Clase. Un indiecito esperaba a un patroncito comiendo un pedazo de chima cuando se llegó a él otro criollito mayor y le dijo: "Hombre, no te la comás así fría, te va a hacer daño. Traé, te la calentaré yo aquí en el fogón de casa".

El indiecito le alargó la mermada chima y el cholito echó a correr por media calle, volviendo la cara risueña mientras mascaba. ¡Qué deseo le entró a Fe de que le dieran algunos chicotazos!, al ver que el indiecito entró el brazo dentro de la camiseta para cubrirse la cara y llorar silenciosamente. Dios nos perdone.

### 3.22 – ¿ FIN DE LA CUESTIÓN ECLESIAÍSTICA ?

Llegaron Letras Apostólicas: a los repiques en cuanto se abrió el correo. Todos se felicitaban: ya se acababa la Cuestión Eclesiástica. Pero resultó que la sentencia de la Cámara Pontificia nombraba a un don Francisco Suárez y el personaje acá era José Manuel Suárez. Otra vez uno de los partidos (el descontento) a preguntar a Roma si no era esta cuestión trasapelada de otra diócesis americana. Y el conflicto de las conciencias seguía...

### 3.23 – PAGANDO LAS PROMESAS

Don Pedro había traído el alfombrado para Cotoca y a Micha todo lo necesario para el pago de sus promesas: piezas de grano de oro para los manteles y cajas con piezas de blondas finas de dibujos preciosos, anchas de 15 a 30 centímetros. Las Durán pidieron lo mejor para el altar mayor de San Francisco; Micha eligió la blonda más ancha, con dibujo de racimos de uva muy elegantes. Ellas quisieron deshilar una ancha vainilla de «canónigo»; la beata Joaquina les ayudaba.

En los primeros días de Semana Santa Fe, acompañada de su mamá Jesús, salía llevando en sus brazos el mantel destinado a cada una de ellas. A San Roque, haciendo una estación en casa de su abuelita doña Inés. A Jesús Nazareno, visitando también al frente a las Justiniano, hijas de su tía Mariana; era el Miércoles Santo y la beata Justiniano les estaba leyendo «El Comulgador Agustiniiano». En cuanto llegó Fe dijo: "Me voy porque ya les dejo una excelente lectora". Esta era también la que iba a la escuela con su Ecce-homo al pecho.

A La Merced, con estación donde las Landívar. A San Juan de Dios, llevando los cirios María de Jesús y ella el mantel, con estación donde su tía Isidora, que ya veneraba a Santa Ana «la portuguesa», fina estatuilla de la santa enseñando a leer a la Virgen. También estaba ahí la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que era la venerada de sus bisabuelos paternos. Esta casa muy limpia olía a alelúes y capuchinas, ella era muy aficionada a las flores y tenía un jardín muy completo.

### 3.24 – EL MONUMENTO EN LA IGLESIA DEL COLEGIO

El Colegio era a la sazón una parroquia pospuesta, pues el curato estaba en La Merced; allí llevó el mantel la misma Micha, que acomodó el monumento con varias vecinas y vecinos; esta iglesia hubiera cerrado si no fuera por las señoras, auxiliadas en lo espiritual por los dos virtuosos sacerdotes Landívar y Michilín. Hicieron un monumento muy bonito pero no del todo a gusto de Micha, pues intervenía como más próxima vecina Florinda Castedo, y éste era el modo de componer en esa época.

Días antes, el sacristán se provee de buenos pelotones de greda traída de lejos, pues lo ordinario en Santa Cruz es la arena; convida a los muchachos de buena voluntad y empieza la sencilla fábrica de candeleros. Son unos conos triangulares o cuadrados, con agujero profundo hecho con el dedo para poner la vela; unos golpes contra el suelo alisan cada frente y luego quedan a secar. Una vez secos se los blanquea; ahí queda el millar, para lo que pudiera ofrecerse. Olfito salió perfectísimo artífice.

Luego se armaba una gradería cubierta de blanco. Según el gusto de la Castedo, se fueron colocando cuadros que enviaban de toda la vecindad: espejos y santos, es decir cuadros y cuadritos de santos. Suplicó a Micha que pidiese a doña Fabiana, por muy devotos y novedosos, los dos cuadros de la escuela: La Madre de la Divina Providencia y el Jesús Nazareno.



El corderito disecado del Buen Pastor, de doña Simona Durán, fué acostado sobre el Misal de los Siete Sellos. Una vez que todo sobre las gradillas había quedado forrado con tarlatanes, el Sagrario con flores artificiales, los cuadros codo con codo, se ponía una vela y un florero con flores naturales llenando los espacios libres; los ramos eran de dalias de donde las Aguirres y de papayitos con las frutas doradas. Después, los más bellos exponentes de limas, naranjas, granadas, manzanas, etc. en lujosas bandejas de plata. En cada pilar y en la puerta de la iglesia, una planta natural de plátano con sus hermosos racimos, ya verdes, ya medianos o amarillos, en una galería muy simétrica. Del techo pendían y se entrecruzaban pabellones y bandas de tarlatán de diferentes colores, con piezas de cinta que corrían tras las cortinas o que colgaban como una borla. En los pilares también había luces. Aquello, una vez encendido el monumento, quedaba como de día. Y las campanas, mientras estaba abierta la iglesia desde 15 días antes, llamaban a confesión a los fieles «tan-tan, tan-tan...» Por la noche, la iglesia permanecía abierta hasta el día siguiente, y muy visitada.



Micha y Fe

Esta exposición de cuadros, a veces del mismo santo, ¿tenía alguna ventaja? Sí. Porque hay que tener en cuenta que los pobres eran bien pobres, no podían permitirse el lujo de muchas estampas ni cuadros; aquí siquiera tenían el placer de verlos y, si eran de la Sagrada Escritura, no faltaba un colegial que los explicara, aún a los mismos sacristanes.

Fué por este tiempo que Micha se hizo retratar, es decir en mayo; tal vez donde Herbas, inquilino de las Durán. Fe había vuelto a recobrar sus colores y estaba gordita ya. Después del retrato conversó con sus amigas y la beata Joaquina, que las acompañaba; le enseñaron las estampitas de 5 x 3 cm iluminadas y Micha compró varias para sus hijos. A Fe le tocó una más grandecita, de Nuestra Señora del Rosario con el Niño, pisando en la Luna y en la serpiente; para Olfito un Buen Pastor, para Pedro la Divina Pastora, para Manuelito un Nacimiento del Niño Dios, para Lágrimas La Inmaculada, etc. Costaban 20 centavos cada una y la de Fe, 40 centavos, o sean cuatro reales. ¿Cómo habían de tener cuadros los pobres?

Al desacomodar el monumento hubo un percance. Se rompió el vidrio de uno de los cuadros de la señora Fabiana y Micha tuvo que encargar a Cochabamba para reponerlo.

### 3.25 – EL HÁBITO DEL CARMEN

Varios días después vió Fe, al volver de la escuela, a su mamá que bordaba con Mariquita Durán el vestido de gro café de Nuestra Señora del Carmen, con un dibujo que parecía un encaje de trencilla muy precioso; era de esos dibujos que recibía con el «Correo de Ultramar», de más de 20 centímetros, todo con lentejuela de plata. Micha mostró a Fe un cortecito de merino café que también había llegado por encomienda, para que cumplierse su promesa de que su hija vestiría el santo hábito y recibiría el Escapulario del Carmen. Saltó de gozo la niña y abrazando el género corrió por todas las habitaciones, participando su felicidad. Se lo llevó la Mariquita, que quería coserlo ella misma ya que iba a ser la madrina.

Por fin estuvo concluído. Un día ordinario a las cuatro de la tarde, fueron a San Francisco Micha y sus amigas: las Durán, doña Teresa que vivía al frente de la iglesia. Fe se confesó para ganar la indulgencia de recepción. Fué después a arrodillarse a pocos

pasos de la baranda del presbiterio, mientras el P. Querubín confesaba a algunas señoras devotas. Vino después con roquete y bendijo el hábito; cuando esto vió Fe, sin advertencia alguna se quitó el vestido de muselina color lila con guirnaldas blancas, lo tiró a un lado y recibió la santa vestidura: el escapulario de cinto negro y el manto de merino, que en atención a su corta edad no tenía la debida sencillez de la orla sino una blonda de seda blanca alrededor, sujeta con una cintilla de raso blanco.

### **3.26 – SUEÑOS DE VOCACIÓN RELIGIOSA**

Fe, que siempre pensaba cuando fuera «grande» adelantarse a Olfito y entrar primero que él a hacerse franciscano y predicar como el Padre Cabot, empezó a enseñar la doctrina a los indios de la casa y a presidir, si podía, las oraciones de la familia. El hábito lo llevaba en las festividades de la Santísima Virgen y en todas las demás fiestas en que se confesaba, para estar en gracia de Dios.

En las miras que tenía, pidió a su mamá permiso para tratar con doña Tomasa la zapatera el que le hiciera unos zapatos a su gusto; La zapatera se los hacía ordinariamente de tafilete de colores y de cabritilla con bordado; los que le traía su papá eran de prunela de varios colores con rosetones y hebillas doradas. Encargó pues a doña Tomasa y a la Coloreta Cándida unos zapatos de cuero natural, sin nada de betún, y otros de tafilete negro; los de cuero, para ir a la escuela. Sorprendida doña Tomasa miró a Micha: "¡Qué dice, Señora, a este pedido de la niña!, ¿se los hago?" "Hágaselos", dijo Micha riendo, "a ver si los aguanta". ¡Pues no lo había de aguantar, si así calzaban los franciscanos! Se aficionó de entre un surtido de mercaderías a un percal café rayadito y Micha le hizo a ella y a sus hermanas vestidos para la escuela. ¡Qué gusto experimentó cuando Mariquita Baca le dijo "pareces un franciscano!"

### **3.27 – ENFERMEDADES INFANTILES**

No se crea que la vida de Micha estaba ahora exenta de cruces; sus niños, ya uno, ya otro, tenían sus enfermedades. Contaremos ahora otra de las de Pedrito.

Una víspera de fiesta fué Micha a confesarse llevando a Fe; encomendó a Pedrito a doña María Diego, a doña Isabel la Colla que estaba ya en casa y a María Jesús. Todas le aseguraron que fuese tranquila, que no lo perderían de vista. Llevaron al niño al patio de la cocina «para no perderlo de vista»; la criatura se puso a jugar a los caballitos, a otros juegos, y sin que se dieran cuenta entró a la cocina a buscar a la gata. La colla acababa de bajar una paila con almíbar del fuego; Pedrito saca a la gata de bajo la mesa de la cocina, haciéndola andar en dos pies retrocediendo él, de ida a la puerta. Cae sentado en la paila de almíbar: dos meses de penas para la pobre madre.

Manuelito era llamado «la flautita», siempre delgadito. Si no le dolía el oído, era el vientre o era la fiebre. El ama lo había dejado a los nueve meses y Micha se pasaba noches enteras curando.

### **3.28 – DOS YANKEES**

Por ese tiempo llegaron de Brasil un médico y un ingeniero norteamericanos, que traían recomendaciones para don Pedro. Como él no estaba, los recibieron Micha, su padre y Lor, que con don Alberto Natusch llegaba del Beni. No entendían una palabra; miraban para todas partes en la galería anterior de la entrada, todavía montados a caballo con sus armas terciadas a la espalda, buscando a los «bugres» (bárbaros) frente a la Catedral. El portero, sonriendo, les decía con toda urbanidad, con palabras y con gestos, que pasasen

al patio.

Pasaron y presentaron sus cartas de recomendación. En ausencia de don Pedro, don Francisco les procuró una habitación de alquiler en la calle del Comercio y los invitó a comer todos los días en la Casa, como era de costumbre con todos los viajeros recomendados. Micha corrió a procurarles lavandera y envió un sirviente a sus órdenes.

Para más obsequio, Lor fué en busca de don José Smith, un inglés de la Comisión Científica de Ballivián con una residencia en el país como de 30 años, para que les hablara en su idioma; pero los norteamericanos reían del inglés de don Joseph y concluyeron por confesar que les era mucho mejor atenerse al brasilero que hablaba Micha. Pronto se estableció la conversación entre los huéspedes y los de la Casa; don Alberto Natusch, con su poco de todo, era el mejor cicerone.

Con la frecuencia de venir por lo menos dos veces al día a comer y tertuliar, fueron advirtiendo las actividades de Micha; la encontraban tan pronto arriba, rodeada de sus hijos o sus amigas bordando, como otras veces abajo volviendo de la cocina y despensas, recibiendo los cargamentos de productos del Beni y dando órdenes para su almacenamiento, o despachando en el almacén de mercaderías con los últimos precios a los comerciantes al por mayor, y en seguida subir las escaleras para presentar sus hijos al médico... Un día, el Dr. Tovven le preguntó: "¿Todos estos niños los ha tenido Vd. en esta casa?" "Sí, doctor, a excepción de ésta", señalando a Fe. El médico no respondió; más tarde manifestó su extrañeza de que no hubieran salido defectuosos, "porque en personas de la estatura de Vd. que suben y bajan escaleras, con frecuencia ése es el resultado. Mi hermana es así bajita y a eso atribuyeron los médicos sus hijos defectuosos; la hicieron mudar a casa baja. Tal vez este niño que viene será defectuoso..."

Los huéspedes se despidieron agradecidos, dejando sus retratos con gratas dedicatorias para el dueño de casa ausente, y prosiguieron su viaje.

### 3.29 – UN GOLPE DE KINO

Mientras tanto, la política había cambiado algo. Una mañana las Durán enviaron a Micha una esquelita en la que se manifestaban desoladas: San Francisco estaba rodeada de guardias que no dejaban pasar a la gente devota; se trataba de expulsar a los padres, diciendo que eran extranjeros alborotadores del país. El autor de esta medida era el Dr. Kino, Fiscal General del Gobierno. Los padres se habían encerrado en el convento y no pensaban salir sino a la fuerza.

Inmediatamente Micha hizo venir al portero y le encargó enviase un sirvientito a casa de Kino, a decirle que lo necesitaba con urgencia; y que él estuviese a la mira por si salía a caballo, para que no pasara sin que ella le hablase.

En cuanto el portero salió, he ahí Kino, que desembocaba en su caballo ligero y braceador (porque a Kino no le gustaban los caballos calmosos) Venía precisamente a casa de Micha, sin duda a tomar guaraná y ver de prevenirla por si llegaba a saber el «golpe» que había dado. Llegó al salón, donde acababan de desayunar don Alberto Natusch, Lor y el doctor Mardóñez; éste último venía todos los días antes de su visita al Hospital y a veces aceptaba café.

Kino se sentó, alegre, y ordenó a su sobrina le hiciese dar el guaraná prontito porque tenía un asunto urgente. "No", le dijo Micha muy seria, "no haré tal hasta que no hagas retirar la guardia de San Francisco. ¿Es posible que así obres con esos padres, que sólo favores prestan al país?" Kino rehusó; ¿cómo iba a revocar una orden que él mismo iba a apresurar ahora mismo?... Eran extranjeros, querían mandar al país por medio de las conciencias; eso no podía permitirlo, en nombre del Gobierno y del país... "Pues

quédate con el Gobierno, pero que sepas que desde entonces Micha no es nada para tí". "¡Estamos bien!", rió Kino con esa risa, esa carcajada fina como el ruido de una cascada de monedas de oro, dirigiéndose a Fe, que estaba detrás de su madre con rostro asustado y ansioso; "Ve tú, mi hijita, y trae el guaraná". Pero la niña, como clavada en el suelo, miraba a su tío intensamente, casi con ira; ¿será posible que el Tata Kino haga así su voluntad, dejando a las pobres beatas en la aflicción, privando a mamá, a mí y a toda esta casa de esos santos amigos, de nuestro confesor!

Don Alberto Natusch se paseaba en silencio; Lor, después de bromear un rato, se había marchado: no quería discutir con Kino pues no sacaría nada. El doctor contestaba con risas las salidas de Kino pero no decía palabra; no quería expresar su opinión.

"¡Esta es la buena! ¿Aquí todos me son contrarios? ¡Ve, te he dicho!", ordenó a Fe. Esta se retiró dos pasos; oyó que las cucharillas batían el guaraná en la otra pieza, Lágrimas o Eva lo estarían preparando... Su mamá le habló a media voz y Fe salió a llamar al portero, dejando a Kino y Micha ante un juez que movía la cabeza como para sacudir sus pensamientos y sólo mostraba sus blanquísimos dientes como un teclado, pero prefería mecer en sus rodillas a Olfito.

En cuanto Micha vió al mozo en la puerta del salón, se levantó de su sillón y tomó a Kino por una oreja: "Basta de razones y ruegos ya. ¿Mandas retirar la guardia o no?" "¡Ay ay ay!", gimió Kino, entre compungido y risueño, "¡¡ esta mujer me saca las orejas!!" "¿Mandas o no?" reiteró Micha, sacudiendo un poco la oreja. "Vaya, hombre", dijo Kino al portero, "y diga que retiren la guardia, para conservar mis orejas, que enseguida voy".

Ahora sí los rostros expresaron satisfacción. Don Alberto paró su paseo y con el médico dieron algunas bromas agradables a los contrincantes. Fe arrebató el vaso de guaraná a la sirvienta y se lo llevó a su tío, que verdaderamente estaba gozoso (sin decirlo) de que Micha le hubiese ido a la mano en asunto tan precipitado como antipático.

A mediodía sus amigas la visitaron y charlaron con alegría de cotorritas, durante unas tres horas. Lor las ejercitó un poquito, pero a este hermano de todas las beatitas si se desmandaba en algo que no fuera conforme a la mayor reverencia, le daban una palmada en el brazo o un tironcillo de los cabellos, que le costaba por lo menos buscar la escobilla de alisar antes de entrar al comedor.

### **3.30 – LAS SUERTES DEL MES DE MARÍA**

En mayo se hizo por primera vez en común el Mes de María, en el «Camino del Cielo» que la beata Joaquina Zambrano había obsequiado a Micha. Toda la familia sacó una suerte para todo el mes; a Micha le salió «prívate por amor a María de alguna cosa agradable, como oler flores». Con risa era recibida cada suerte, pues venían perfectamente. Micha al punto resolvió no oler las flores que indefectiblemente don Pedro le traía de la quinta o le enviaban sus amigas, ni dar cuerda a la música de cilindro, que era otra cosa que le agradaba.

A doña Teresa le tocó «que partiera su comida con los pobrecitos»; también le gustó. Al portero, «levántate con diligencia para no comenzar el día con un acto de pereza». A María la india, «besa devotamente el nombre de María donde lo halles escrito»; todas las colegialas se encargaron de hacérselo cumplir. A Lágrimas, «al salir y entrar, reza el avemaría»; estuvo más costurera, pues para salir de la pieza tenía que rezar.

A Fe le salió: «Busca un compañero poco devoto y anímalo a recibir los sacramentos». Propuso tomar de su cuenta a Casta Bello, una niña beniana de unos once años a quien su padre trajo interna al Colegio y que, como recién llegada, no se apuraba

mucho por las cosas de religión y piedad, que no comprendía todavía bien.

A María de Jesús, «que rezase el Rosario»: subió todas las noches a rezarlo. A otra, «que leyese todos los días alguna página de un libro devoto». A la indiecita Casimira, «oir misa con los ojos bajos», lo que le costaba muchísimo. Algo sobre la comida tocó a Alba; Leonor también tuvo la suya. Todos cumplían con gran contento de los demás, que aprovechaban el ejemplo.

Micha convino con su confesor, con Kino y demás familia en trasladar la fiesta de las Nieves al 8 de septiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. Se ocupó también de hacer, a ruego de sus amigas las Seoane, un juego de flores de perlas y gusanillo de plata para Nuestra Señora la Asumpta, a imitación de los que el año anterior estrenara la imagen de Nuestra Señora de las Nieves.

### 3.31 – NACIMIENTO Y PASIÓN DE JUSTO MIGUEL

El 18 de julio a la tarde concluyó su trabajo y envió a su amiga Carmen los ramos; dos horas después, Dios le daba otro pequeñuelo, que desgraciadamente nació con los pies torcidos. Don Pedro corrió al momento a llamar al Dr. Mardóñez, que vino y no dió importancia al asunto, mandando envolverle los piecitos en unas hojitas de tafilete. No había día en que la pobre Micha no llorara, viendo atormentar al pequeñuelo con el fin de enderezarle los pies. Por lo demás era un lindo muchacho, sano y vigoroso. No cabía en sí de gozo don Carlos Ibáñez y mucho más la Carmen Seoane cuando, acompañados de las dos familias, lo llevaron al santo bautismo en la iglesia del Colegio; Fe fué a presenciarlo.

Agruparemos aquí esta larga pena de Micha, esta preocupación de todos que duró años, comenzando en ese 1868. Por lo pronto, la negra Gregoria hacía el «masaje» a la tierna criatura y después lo vendaba; venía más tarde el Dr. Mardóñez y lo volvía a vendar con tafilete. Luego Luisa, un ama que le habían procurado, de oficio zapatera; también desplegaba su ciencia doña Teresa; meses después la Polanco, señora de los suburbios, médica según ella y bruja según otros, componedora de huesos fuera de su lugar.

En cada curación de la Polanco, el niño se retorció en las faldas de Micha mientras la mujercita actuaba; era suave de modales, pero convencida de que los huesos debían ceder. La atmósfera estaba llena de «casos» de niños que habían enderezado los pies; todos tenían esperanzas, menos el que debía darlas, el Dr. Mardóñez, quien no las quitaba tampoco: "Dejen crecer y fortificarse a Miguelito y una tarde yo le daré un corte a ese tendón encogido, pero por hoy déjenlo así".

¿Pero quién lo iba a dejar? La mama Jesús traía la última palabra: doña Doloritas Gutiérrez de Gutiérrez enviaba a decir que una plantillita de madera, de esas que suben media caña para arriba, era el remedio que curó a su hijo Rosendo; dos horas después, mama Antonina conseguía de su hijo el carpintero Juan el aparatito, y en él sujetaban por dos o tres meses los pies de Miguelito. Simpatiquísimo a todos, sufrido, olvidado o más bien ignorante de sus males hasta el momento de la curación.

Una tarde, otro curandero de los que Lor buscaba trajo la idea de dos medias cañas de lata, acolchadas en algodón por dentro y ajustadas con trenzas y ojales; ¿darían resultado? Vino Zenón el hojalatero y fueron seis o siete pruebas hasta sacar las latas a gusto de los interesados. ¡Qué noches pasaba Miguelito! Micha lo mecía en sus brazos y lo alimentaba, le procuraba juguetes, lo paseaba en el brazo, hasta que por fin, afligida, le quitaba el peso y el aprieto, y el niño se dormía.

El ama dejó a Miguelito a los siete meses, con tos de ahogo; entonces se dedicó María de Jesús por entero al cuidado del niño, con admirable paciencia.

### 3.32 – EN EL CEPO

Faltaba todavía la más terrible de las pruebas. Un Don Vidal, hombre bueno, curandero, armero, fundidor y platero, imaginó un aparato llamado «borceguíes de fierro»: dos barras, un arco con bisagra y broche de fierro o acero, y abajo una sandalia u hoja de fierro para la planta; en la parte correspondiente al exterior del tobillo, donde la deformación del pie era más saliente... ¡un tornillo! Todo ello en lo interior acolchado y forrado con gamuza, pero eso no quita que fuera horroroso tormento por el peso y por el tornillo, que debía ir ajustándose para obligar al tobillo a entrar en su lugar. El pobre niño se ponía negro de dolor y hasta tenía nauseas de la fatiga cuando se lo ponían. Como en los otros sistemas, concluía Micha llorando a la par y se resignaba a ver a su hijito defectuoso por toda la vida, más que a prolongarle ese tormento, y y le quitaba los dolorosos grillos.

Al fin, con más paciencia, el portero don José María avivó sus conocimientos de zapatería dormidos varios años y estudió el pie del niño, con el que había llegado a querer mucho porque lo cargaba frecuentemente y Miguelito paseaba contento con su buen guardián. Le hizo un calzado de cuero, con una barra de fierro delgada que sostenía la forma del calzado pero no mortificaba el pie. Este, que fué el modelo más perfecto para las necesidades del niño, fué el que adoptó después el zapatero brasilero que lo calzó siempre, mientras estuvo en Santa Cruz.

Acompañaba don Vidal su aparato con recetas de fricciones a los pies con manteca de vibora y grasa de tigre, que era necesario encargar al campo. Doña María Diego, doña Teresa Roca y el tío Pablo buscaban entre los campesinos este artículo raro; se aparecían con tutumas, taris y churunos llenos de grasa o aceite negro para las fricciones.

Sus padres, sus hermanos, amigos de la casa y servidumbre amaban a Miguelito con especial amor, por bonito, por sufrido y por sencillo en sus necesidades y juegos. Para terminar todo lo relativo a esta desgracia, que no lo era si se mira a la perfección de sus facultades intelectuales y demás miembros, diremos que en 1871 ó 1872 volvió el médico norteamericano Dr. Tovven y corrió a casa de don Pedro; tuvo la suerte de encontrarlo. Micha le contó que día a día lo recordaba como profeta de la desgracia que padecía con su hijito.

Había médico que creía que llevándolo a La Paz, a Lima, o allí mismo, enyesándolo o cortándole el tendón encogido se curaría... Tovven examinó al niño con interés; lo hizo descalzar y calzar los zapatos que ya usaba, imaginados por el portero, vió los antiguos borceguíes de acero. Movié la cabeza y dijo que de ningún modo curaría. La operación lo dejaría incapaz de andar y ahora andaba, el yeso era inútil y los tormentos de los borceguíes podrían comprometer el cerebro; él tenía experiencia de todos esos resultados. "Conténtese de que su hijo tiene sus facultades mentales bien, y anda. No lo mortifique más". Así terminó esta inquietud doméstica que era general, y en que el abuelo salía victorioso con el calzado que hizo José María al niño por órdenes de don Francisco, quien lo menos dos veces al día calzaba al niño o presenciaba la operación.

### 3.33 – EL SERMÓN DEL PADRE QUERUBÍN

La fiesta de Nuestra Señora de las Nieves tuvo lugar el 8 de setiembre; como en los años anteriores, predicó el P. Querubín, confesor de Micha. Kino, a pesar de su antipatía a los frailes, asistía siempre a presidir el «cabildo» de los amigos en el sillón más próximo a la imagen, que era colocada bajo un dosel frente al púlpito. En esta ocasión

tuvo por primera vez la «novedad del año»: en sus candelabros de plata, velas de estearina con los colores patrios, verde, amarillo y colorado, que el rico comerciante .Angelito Candía había traído.

El sermón fué largo y fervorosísimo. Kino, recostado (más de lo justo) en el sillón, no pestañeaba mirando al fraile predicador. El viento de la sacristía venía y combatía a las velas; una de ellas doblándose se derretía y podía producir un incendio, cayendo sobre el mantelito bordado al tambor por la difunta Neve. Kino estiró su bastón con puño de oro y borlas, apagó sin ruido la vela y siguió atento.

Esos días por lo regular comía en casa de Micha, así que declaró libremente que ya estaba cansado de oír años seguidos al mismo predicador, que demasiado arrebatado por su fervor descuidaba las reglas de la elocuencia. Para el año próximo, él mismo buscaría otro mejor.

### **3.34 – PAGANDO PROMESAS**

Fe cumplía todavía promesas hechas por las amigas de Micha. Así, Eliodora la había llevado a misa a San Francisco siete miércoles y ella se había confesado y comulgado, como lo había prometido por la salud de la niña, en cada uno de esos días.

Doña Fabiana había prometido comulgar en San Roque, bien distante de la casa de ella, cinco jueves, llevando a Fe a la misa; sólo dos pudo cumplir en San Roque, donde todo era inconvenientes para confesarse y recibir la comunión. Se la conmutaron después para ir a San Francisco.

Las Durán la llevaron a la novena de Santa Rosa de Viterbo. Y llegada la víspera de la fiesta de Nuestra Señora de Alta Gracia, Micha la llevó a San Francisco para componer con las Durán la imagen de Nuestra Señora en la sacristía del convento. Después de terminado, todas se confesaron, como que al abrir la iglesia entró una turba de gente a confesarse; pero ya sus alfombras y tarimas ocupaban los lugares más ventajosos para confesarse, luego que el padre saliera de Vísperas.

María de Jesús tuvo ese año un amago de pulmonía. El médico ordenó que la sangrasen o le pusiesen ventosas «sajadas». Vino don Juan el barbero y le puso las ventosas, sacándole medio vaso de sangre; en seguida de lavarse las manos, miró atento el vaso colocado allí cerca. Llevó a Micha a un lado y le dijo: "Señora, tenga cuidado con su sirvienta, si le vuelve a dar la pulmonía no escapa". "¿Por qué dice eso, don Juan?" "Fíjese señora en este vaso: ha bastado el corto rato de guardar mis instrumentos para que la sangre se separe en el líquido y el coágulo espeso. Mala señal".

### **3.35 – CONSTRUCCIÓN EN «EL CHACO»**

Todavía se dieron una vueltita por «El Chaco» ese verano, pero ya no había al lado de la casa el buen campo raso para los juegos; el durazno y muchos chirimoyos habían desaparecido, el tamarindo grande también. Ahora unos paredones de adobe señalaban las nuevas habitaciones que se construirían, con altos y galerías.

Para mayor seguridad, las paredes debían «sentarse» cuanto quisieran, recibiendo las lluvias de un año entero para que no falsearan después. La diversión consistía ahora en cazar tapitís (liebres pequeñas). Sobre dos vigas estaban acomodados 500 adobes, o mil ladrillos, en pabelloncitos cubiertos de teja, para proseguir la obra en cuanto cesara el tiempo de las aguas. Las liebres se ocultaban allí y en no pocos pabellones, las viboras también.

Las cosechas de café, los dulces, tabletas, horneados de roscas, bizcochuelos, etc., constituían los goces de la temporada. Los exámenes de las niñas nada notable habían

traído. Fe había presentado una camisa con pechera acordonada con pespuntos a mano para su mamá; era de batista. Alba otra camisa y Lágrimas otra prenda que no recuerdo.

Por octubre o noviembre la señora Maestra se había hecho retratar con Fe, que estaba entonces bien repuesta y con el cabello corto, naturalmente ensortijado. Llevaba en la mano un libro que era «El alma al pie del Calvario»; el retrato era coloreado y la lorita de la señora Angelita, la que sabía subir a su hombro, estaba también allí en su puesto, verdecita.

Al año siguiente en marzo recién la salud de Micha y los negocios de don Pedro abrieron un paréntesis para el viaje a Cotoca, a cumplir la promesa y dejar cosido y colocado el alfombrado de la iglesia. Colocaron a Fe en un petiso, overo de cuerpo y paso largo, que la fatigó muchísimo y no le dejó gozar de las vistas de las barrancas, que sus padres, también a caballo, le indicaban. Fe, con un susto y malestar muy grande, no atendía a nada; hasta que la echaron a las ancas de su mamá y el silvestre caballito se fué vacío.

### **3.36 – LOS LARA**

Don José Lara (padre de Benigno Lara), un muy buen amigo de don Pedro y uno de los vecinos hacendados de Chiquitos, contrajo matrimonio con una señorita Simona Estremadoiro a quien Micha había conocido en la escuela. Huérfana, ella habitaba allí con las profesoras señoritas Ramos y Suárez.

Cuando la familia comenzó a aumentar, el señor Lara se trasladó a Santa Cruz, a una linda casa que hizo edificar frente a San Francisco. Trajo consigo a su anciana madre y a tres nietos de la señora Lara: Manuel Jesús y dos niñas, como de 10 y 12 años respectivamente. Simonita, por su parte, había dado al señor Lara dos niños, Angelito y José, que eran compañeros y amigos de Olfito y Pedrito.

### **3.37 – EL ALFOMBRADO DE COTOCA**

Estos buenos amigos quisieron acompañar a los padres de Fe a la visita al Santuario, pues habían tomado parte en las penas y trabajos ocasionados por la enfermedad de la niña. Simonita, práctica en viajes de esta clase, aconsejó a Micha llevar a los niños con sus guardianes en carretón, con los equipajes.

¡Qué penurias, contaban después las sirvientas de Micha, que habían pasado por la lentitud de la marcha, la sed y las tibias y amarillas aguas del río Callejas! Pedrito, para ablandar al conductor le decía: "Señor carretonero, pare su carretón porque ya me muero".

El señor y la señora Lara, don Pedro, Micha y Fe llegaron dos horas antes que el carro. La casa que poseía allí a media cuadra del Santuario y frente a la Plaza doña Bárbara estaba preparada para recibirlas. Constaba de una salita y un dormitorio, corredor al lado del patio y jardincito; y otra pieza más interior donde se refugió la casera con las sirvientas. Los señores se dispusieron a dormir en el corredor.

El seguida vino el señor cura Terán, con el buen clérigo Añez, a saludarlos y a darles la bienvenida. Don Pedro manifestó al Señor Cura que le urgía que se cosiera el alfombrado ese mismo día, sábado, pues quería marchar el lunes muy temprano de regreso; había dejado al pequeñuelo Miguelito y demás familia. El Cura Terán salió al corredor que daba a la Plaza, palmeó las manos y al momento, como las gallinas al grano, salieron de todo el contorno de la Plaza mujeres de todas edades y algunos hombres, entre ellos los sacristanes.

A éstos mandó el cura a sacar la medida exacta del piso de la iglesia y a las señoras y



jovencitas, que perecían de curiosidad y de encogimiento, les hizo la presentación de los Rodríguez y Lara les expresó el deseo de los peregrinos de que se cosiera el alfombrado ese mismo día. Alborozadas corrían ya a su casa en busca de lo necesario, cuando Micha les previno que tenía listo el hilo y agujas capoteras.

Pronto fueron cortadas las tiras para unir las. El inteligente cura las iba haciendo extender en la Plaza y decía "no acondiciona", "no acondiciona", hasta que sus feligresas y feligreses encontraban la otra mitad de la flor o estrella del alfombrado.

Colocóse por fin esa noche. Micha había traído un gran cajón-despensa y doña Simona otro. Micha había acomodado también un baúl con alguna ropa para ellos y su chiquillería; mientras la acomodaba, vió Fe que ponía su «Filotea», diciendo "por si acaso nos aburrirnos".

¡Qué habían de aburrirse! Además de la sabrosa charla de los dos señores peregrinos, ya hemos visto cómo cerró la noche con la cuestión del alfombrado. Al día siguiente fueron a la misa y a comulgar; después, ya vinieron de visita al desayuno los señores presbíteros Cura Terán y su compañero, el señor Añez.

### 3.38 – EL CURA TERÁN

El cura habló con entusiasmo de la Santísima Virgen, de los favores que dispensaba y del empuje que la venida del Ingeniero Coronel Peña había dado a la construcción del Santuario. Se veía que amaba a la Virgen, pues que para honor suyo contó a los señores peregrinos y a sus esposas el favor que a él mismo le había hecho la Señora. Decía:

*Que se había dejado poseer de la pasión del juego cuando vino a hacerse cargo de este curato, y que la Santa Virgen lo curó de este mal de un modo extraordinario. Volvía una noche a las ocho de ganar cierta cantidad y entró a su dormitorio; sacó un gran «bacín» de barro, iba contando el dinero y dejándolo allí. En esta operación estaba cuando oyó tocar a la puerta de su sala, que daba a la calle. Temiendo que fuera alguna visita, sobre todo "del compañero aquí presente que siempre me afeaba esto", eché precipitadamente mi manteo sobre el bacín y fuí a la sala, que estaba alumbrada; yo había estado contando el dinero con la vislumbre de la vela que estaba en la sala.*

*Fuí a la puerta. Era una persona que encargaba una misa para las almas del Purgatorio. La admití y despaché luego, con propósito de ir a guardar el tesoro. ¡Cuál no sería mi asombro al encontrar el manteo caído, quemado completamente en la parte que había tocado al mueble! La redondela era así... había también otras quemaduras en él, que lo inutilizaban.*

*Me lo puse, corrí a casa del compañero, me confesé, prometí firmemente no jugar más y lo cumplí, gracias a Dios. Que lo diga el compañero. El prudente Añez asintió con la cabeza, en silencio.*

El cura Terán, alto, flaco, de rostro moreno, enjuto pero de buen color y salud, vivo en su modo de expresarse, rogó a los señores peregrinos visitasen las obras del Santuario; él más tarde, a la una, bajaría la sagrada imagen para que las señoras contentasen su devoción a una hora en que no hubiese mucho público. Y que por la noche asistiesen a la Salve que, en su obsequio, quería cantar después del santo Rosario. En todo convinieron, muy agradecidos.

Fe pidió a su mamá que más tarde le permitiese sacar la «Filotea» (ésa sí que debía estar aburrída). Mientras, los chiquillos con sus guardianes corrían por la Plaza y los corredores de la cuadra; alguno de ellos dió a la niña la noticia de que en la casa vecina, a la derecha, había un hermoso cuadro. Con temerosos pasos Fe fué adelantando, para no llamar la atención.

### 3.39 – EL CANTAR DE LOS CANTARES

Efectivamente, con hermoso marco dorado, en el testero principal del estrado estaba el cuadro grande del Señor y la Samaritana, según la explicación que la cariñosa señora de la casa estaba dando cuando Micha se asomó y llamó a Fe desde la puerta, temiendo que la niña fuera a molestar a los vecinos o entrase donde no correspondía.

Concluídos los oficios del día en la iglesia, el señor Cura acompañó a los peregrinos a visitar las obras del Santuario. La iglesia tenía, en lugar de naves, dos capillas con grandes arcos ojivales de acceso, por ahora oscuras en rovoque, con sus ventanas tapiadas; eran un nido de murciélagos y en una de ellas se guardaban las imágenes del Calvario. La torre estaba sin concluir, la casa parroquial daba pena. Un pozo en la Plaza, lleno de palos o vigas, era manifestado a los visitantes como el fracaso del ingeniero. Aquello debía haber sido un aljibe, para obtener agua para las obras del Santuario; la preparación de argamasa se filtró. Entonces quiso hacer una inmensa bordalesa de madera de cuchi (¿ñandubay?), pero ahí quedaron los palos. El Número 1 se fué, porque era necesario en todas partes para dejar las obras empezadas; sólo dió cima a la hazaña de colgar a «Petrona».

Volvieron a casa a comer y después el sopor se apoderó de la chiquillería. Los señores se salieron a pagar visitas o se tendieron en sus hamacas; las señoras charlaban mientras llegaba el aviso de ir a la iglesia. Fe se tendió en una banquilla de cuero y abrió la «Filotea» por la Escala de Jacob. ¡Qué cosa tan nueva! Después, por el Cantar de los Cantares; pero qué amontonamiento de palabras bonitas para decir... pero ¿a quién?

Veamos... aquí está la clave, argumento o explicación. Jesucristo es el «Esposo»; la iglesia militante y cualquier alma en gracia de Dios es la «Esposa». Quiere el alma darse a Dios considerando su hermosura, pero le salen al encuentro los afectos a las criaturas, conversaciones antiguas que le ofrecen vinos y perfumes, en lo que se significa los placeres terrenos. Pero el alma vence, estimando en más el amor de Dios. Tus amores son más exquisitos que el vino y los perfumes.

No fué poco favor del Cielo el que encontrase esta clave desde luego. Pues así fué lúcido el Cantar de los Cantares y sintió un deseo indefinido de «preferir» a Jesucristo sobre todas las cosas y aprender a hacer oración; ése era el precio al cual vendía su comunicación con la Iglesia Militante y con cualquier alma en gracia.

Al fin anunciaron que la iglesia estaba abierta y que el señor Cura esperaba allí. Entró Fe a la pieza contigua y vió a la casera ocupada en amasar roscas. "¿Sabe usted hacer rosquitas así (en forma de medialuna?)" preguntó a la mujer. A su respuesta negativa, Fe le dijo que ella sabía hacerlas y que la llamara cuando la masa estuviese a punto para hacer algunas de esa forma. La mujer lo prometió.

Llegó Micha a la iglesia con doña Simonita y toda su familia. Inmediatamente el sacristán, negro descendiente de los negros descubridores de la Virgen, bajó la imagen en presencia del señor Cura y la depositó en la mesa, que estaba próxima a la baranda de la comunión. Todos se arrodillaron con el más puro gozo y rezaron una Salve, coreada por unas doce personas que después llegaron a doble número. El señor Cura estaba allí e hizo notar que tenía el mismo encarne o barniz con que fué encontrada. Representaba como 80 centímetros de alto; las facciones eran regulares y finas, para la época en que debió ser hecha. El encarne es morocho, decía el Cura, pero cuando se la sacaba en procesión se ponía a veces rosada y hermosísima.

Los ojos eran de cristal, negros, expresivos; la actitud, inclinada; las manecitas separadas un tanto, los dedos algo abiertos, como para recibir anillos. Toda ella parecía preguntar con infantil confianza: "¡A ver!, ¿qué me haceis?" Sí, se veía que sus devotos no aparecían jamás en su presencia sin ofrendas; sus deditos tenían anillos hasta cerca

de las uñas, de oro y con preciosas piedras. Su corona tenía arcos y además un círculo de estrellas. Los vuelos del velo que cubría su cabellera tenían dos peinetas de plata afiligranada, cuajadas de piedras; otra adornaba su pecho. Su túnica era de linón con encajes, su manto de raso morado (sería por estar en Cuaresma). El señor Cura levantó algo las vestiduras descritas para que se hicieran cargo del estado en que fué encontrada y de su verdadero tamaño.

Se vió entonces que era tallada en madera. Los pliegues de la túnica y el manto, la fimbria de éste y de la túnica tenían un color más verde que azul oscuro; la túnica era ligeramente azulina y el manto también. Descansaba sobre una media esfera y calzaba un zapatito de color azul verdoso del que sólo se veía la punta; pisaba una verde víbora. A esta peana le habían añadido otra pesadísima de madera de cuchi; el todo lo cubrían con los vestidos de tela. La cierta estatura era de unos 60 centímetros.

Micha sacó las flores artificiales que traía para ella y se las puso. En esto, el señor Cura se fué, llamado tal vez por urgentes deberes a los enfermos.

### **3.40 – LA CEJA DE NUESTRA SEÑORA**

Quedó allí la santa imagen con la guardia del sacristán y las devotas cotoqueñas. Por algún descuido perdonable en tantos años, más de un siglo, se había descascarado el barniz, dejando blanca media ceja del ojo derecho de la Virgen... desde luego, dolía les el ojo a las peregrinas, ver a Nuestra Señora con ese defecto.

Micha aventuró ahora esta observación: "¡Jesús! Cómo no será posible componer ese defecto en la ceja de la Virgen". "¡Qué capaz! ¡Señora!", dijo una de las vecinas más espectables del grupo, "¡Si jamás se ha retocado, está con el mismo barniz que salió del tronco cuando fué encontrada!" "¡Si la Virgen no se deja retocar!", añadió otra. "Ya ve, señora, que su señoría el Obispo Córdoba, que era pintor, cuando visitó primera vez a Nuestra Señora, se encerró con ella un día entero con el propósito de retocarla y no pudo, la dejó tal cual está".

"Sí, no está mal el encarne", dijo Micha, "mejor no puede ser, pero sí que la afea ese cacarañado que no tendría entonces. Y que es preciso componer siquiera enterando la ceja", dijo resueltamente; "traigan un tintero". Movimiento de sorpresa en el grupo.

"¿Quién tiene tintero?", preguntó una a media voz, y la interpelada no fué la única que levantó los hombros como diciendo ¿quién sabe? En casa del Corregidor únicamente, que vive aquí cerca, dijo uno. Sí, en casa del Corregidor, dijeron varias. Así, la cuestión tomaba su lado oficial, porque si la principal autoridad civil negaba el permiso, ya ellos no salían negros.

"Bueno", dijo Micha al que sugirió aquello, "dígame de mi parte al señor Corregidor que preste un momento su tintero". Triunfante volvió el comedido... y aquí fué Fe la asombrada: el tintero del Gobernador de la afamada y afortunada Villa era de los pequeños, de ínfima clase, y venía coronado con una donosa pluma de ave, blanca; a juicio más reflexivo, era de una pavi-polla, tajada con finura capaz de dar los más bonitos rasgos de letra.

Tomó Micha la pluma y dibujó cuidadosamente la ceja de Nuestra Señora, aunque no faltaba quien a media voz palabrease que posiblemente esa noche se borraría. "Yo creo Madre mía", dijo Micha entregando la pluma, "que aceptareis este obsequio; en el deseo de que no sufra menoscabo tu hermosura lo he hecho". Así terminó esto. Los peregrinos y el pueblo besaron el manto de la Virgen y el sacristán la subió a su trono.

### **3.41 – LOS POBRES DE COTOCA**

Habiendo bajado el sol, Micha fué con sus hijos a visitar a los pobres, como lo hacía su abuela. Corrió hacia un ángulo de la Plaza, al frente izquierdo del Santuario, a unos cuartitos chicos alineados, cada uno con su puerta estrecha; serían habitaciones para pobres hechas con dineros del Santuario. Buscaba Micha el cuartito donde tantas veces, en compañía de Licia, había visitado y dado limosna a «la Calaverita». ¿Qué había sido de ella? Las modestas jóvenes cotoqueñas, que la seguían por simpatía y curiosidad, no daban razón; una mujer anciana pobre refirió que había muerto hacía muchos años. Así llegaron a la puerta donde había vivido la Calaverita; del fondo del oscuro cuartito salió una mujer de edad, paralítica, arrastrándose en cuatro pies, quejándose y rezando, envuelta en un batán de damasco verde floreado que le recordó a Fe aquél en que solía envolverse don Emilio T. cuando estaba mudando la fisonomía de su «Home», que variaba por lo menos cada mes.

Con las últimas luces del día terminó esta consoladora tarea de favorecer a una sincerísima y verdaderísima tropa de necesitados. La Calaverita fué un alma que se elevó a Dios consolada por los favores de la Virgen Santísima. Desde su niñez, vivió encerrada muchos años en un cuerpo enfermizo y en la mayor pobreza. En la época de las visitas de Licia y sus amigas, un cáncer le había roído toda la carne del rostro, dejándolo al descubierto huesos y tendones sangrientos. Allí acudían las señoras a edificarse con su resignación y a pedir oraciones, consejos y hasta profecías. Decían que todas las noches la visitaba la Santísima Virgen y le revelaba cosas consoladoras, fortaleciendo una vida que años tras año aparecía como una lámpara que daba sus últimos fulgores.

La casera acudió a la iglesia cuando pintaban a la Virgen, a decir a Fe que ya estaba en punto la masa para que ella le diera forma; pero la niña rogó a la sencilla mujer que las hiciese ella nomás. Micha aprovechó de esta diligencia de la casera para satisfacer a los muchachos y niñas pobres, dándoles su rosquita.

Al anoecer, después de una ligera cena, acudieron los señores peregrinos con sus familias a la Salve, cantada por el señor Cura en su obsequio. La iglesia estaba llena de fieles que rezaban el Rosario; el altar, iluminado; el Cura, con capa pluvial e incensario, había descubierto el velo que cubría a la sagrada imagen. Bueno estaba el órgano, tocado que daba alegría. Después de la Salve, el pueblo cantó las alabanzas y Micha, que deseaba también responder a ellas como todos los cotoqueños, envió a Fe a que tomase lección de una señorita, quien le dijo que la respuesta era

<i>De tus manos, Señora,</i>	mi mi re mi fa sol sol
<i>espero yo el bien,</i>	la sol fa mi fa
<i>porque si me dejas</i>	sol la si do sol fa
<i>perdido seré.</i>	mi re sol fa mi

Al rayar el alba del día siguiente, todos a misa y a despedirse de la Virgen. De vuelta, a la ligera el desayuno preparado por la casera, a quien remuneró Micha y obsequió también cintas medidas en la Virgen de Cotoca, de las que llevaba gran cantidad para sus amigas y servidumbre. Se cargó el carretón y salió. Luego, los señores y sus esposas a caballo; Fe, en las ancas del tordillo que era de Micha.

### 3.42 – MUERTE DE MARÍA DE JESÚS

Poco antes de llegar vino un «propio», mensajero enviado por don Francisco, para que apresurasen su llegada, pues María de Jesús estaba gravemente enferma. Esta había sido sirvienta de Micha desde su niñez.

Llegó Micha y en cuanto bajó del caballo en traje de amazona, entró a la salita de María de Jesús, que como dijimos quedaba a la derecha del zaguán de entrada. La enferma había hecho sacar el colchón de su catre y colocarlo en el suelo de la salita, más aireada que el pequeño dormitorio. Todas las noches había pasado fatigadísima, con la fiebre en las últimas. Deshauciada ya, Eva y las otras niñas y sirvientas la habían oído decir, suspirando: "¡Oh, mundo, cómo engañas con tus falsos placeres! ¡Mundo engañador!" Eran las luces de la muerte, que dieron más pena a las niñas y a las doñas, o dueñas, Teresa Roca y María Diego, que las declaraciones de los médicos.

"Doña Jesús, ¿quiere confesarse?" era la sucesiva pregunta de todas; y la respuesta invariable: "Sí, pero cuando venga la Señora". Al ver a Micha y oír la voz doliente y compasiva de su Señora, dijo con un suspiro de alivio: "Ahora sí, quiero confesarme". Inmediatamente Micha envió a llamar al confesor; mientras llegaba se mudó de vestidos allí, sin querer separarse de su querida enferma, preparándola para la confesión. Guadalupe se había hecho cargo de la cocina; una sirvienta, de Miguelito, que sin ama ya, pasaba con su bebida de vira-vira con leche en una teterita de loza blanca; poco qué hacer daba.

Doña Isabel la Colla, doña Gregoria y la Diego estaban allí, para asistir a María de Jesús en su enfermedad. A la una y media llegó el Padre y la confesó. El viático, por más que la cosa apuraba, no se pudo obtener hasta las tres, traído por el cura de la parroquia.

Allí, al lado de su cama, se preparó un altarito con el crucifijo de doña Lorenza, la Esclava del Colegio. Presentes también el Corazón de Jesús y la Virgen Inmaculada, que devotamente había honrado la moribunda. Después de recibir al Señor y contestar la Protestación de la Fe, María de Jesús tenía ya la lengua torpe; entonces Micha encargó a Fe que diese prestada su crucecita de Jerusalén, que su tío Lor le había dado quitándosela a las Durán, que las tenían duplicadas.

Mucho había deseado Fe ir a los Santos Lugares y ésta fué la causa de este obsequio; y de que el mismo Lor le procurase la importante y piadosa obra del Padre Vallesca, franciscano, para que leyendo fuese en espíritu a la Tierra Santa.

Micha le ponía delante la Santa Cruz, animándola con palabras consoladoras; le hizo seña a Fe para que se pusiese allí cerca también, con la imagen de la Purísima Concepción, para que gozase la enferma con la vista de la imagen que había honrado y de la gratitud de la niña a quien tanto había querido. Así, hasta que perdió el habla y la vista; entonces mandó a Fe que saliese y ella la auxilió hasta las seis, hora en que expiró.

Cumplióse en esta pobre la promesa del Sagrado Corazón, de favorecer en la muerte a sus devotos: la conservó en vida el tiempo necesario para que recibiese los santos sacramentos. Fe subió y encontró en la galería del vestíbulo de la sala a la Benedicta Seoane, cortando con sus manos aristocráticas la mortaja de merino café de la difunta; las otras amigas de Micha cosían, mientras don Pedro hablaba con la tía Manuelita, que había venido a consolar a Micha. Esta obedeciendo las instancias de su padre y de su tía, tuvo que dejar a su querida muerta al cuidado de las antiguas sirvientas que ya conocemos; no faltaba una sola, empezando por mama Antonina. Afuera velaban Pastor, con los hijos de aquélla; Lorenzo el albañil; el sastre Aponte y su hijo; el músico Ceballos, y muchos otros. La capilla ardiente tenía por principal adorno el crucifijo y un vaso de cristal, lleno de agua bendita y con una ramita dentro. Siempre había admirado Fe ese vaso, como industria de los pobres, pues roto de arriba a abajo por el aire, el Zapirá lo había pegado firmemente y, para disimular la masilla, le había puesto unas venas o ramas verdes y coloradas de pintura; era de los más vistosos floreros que solía

poner la Jesús ante su imagen cuando, de vuelta de traer agua del río, alguna vez volvía con la tinaja coronada de flores blancas y moradas.

Ahora, vestida de hábito del Carmen con manto negro, tenía entre sus manos el cristocito que don Alberto Natusch había obsequiado a Micha: cruz negra con imagen de yeso blanca. A la madrugada, Pastor con sus amigos y amigas condujeron el cadáver al Panteón, en cuya capilla el padre Portales dijo la misa de cuerpo presente y bendijo la sepultura.

### **3.43 – ENCARGO DE MISAS**

Micha encargó a esas fieles mujeres vender los mueblecitos y mejores ropas y cosas de María de Jesús. Lo hicieron, y con el producto Micha les dió el íntimo placer de que todas pudiesen encargar misas para María de Jesús. Ella, por su parte, le hizo decir la del treintanario y otras entre año; añadió al Rosario un padrenuestro por la difunta.

Con motivo de estas ventas, fué un día el antiguo confesor de Micha, el anciano Padre Núñez, a casa de la Diego. Le dijo: "María, dicen que vendes ropa de la finada Jesús". "Sí, señor. Aquí tengo algunas prendas para trocarlas por el bien de su alma". "Bueno, sepárame esta pollera y envíamela a casa, que no sólo una, sino tres misas diré por su alma..." "Pero señor, ¿para qué la quiere?" "Para obsequiarla a la sirvienta de casa, a ver si se le pega la lealtad que tuvo a sus patronos esta buena mujer".

### **3.44 – LA CRUZ POR LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO**

Era esta pérdida uno de los eslabones del padecimiento que ese año se había impuesto Micha, haciendo a ruegos de la beata doña Teresa Roca lo que en el lenguaje de la piedad se llama «acto heroico». El voto de obras buenas a favor de las almas del Purgatorio, aceptado por un año. Por lo pronto, Olfito se había roto la frente contra el umbral de una puerta, de lo que había quedado una cicatriz que tardó mucho en curar.

La beata había hecho el voto el año anterior. La insultaron vecinas, se indispusieron con ella, la calumniaron. Una tropa de payasos le sonsacó y se llevó su único sirviente, a quien quería a la par de su hijo. Para el día de San Juan, yendo a misa a las 4 de la mañana a la iglesia de enfrente, quiso cumplir una cortesía de uso arcaico. "¿Cómo se llaman, tíos?", dijo a dos transeúntes tunantes que se recogerían a esa hora; y éstos le habían respondido no lo que debían. La palabra consagrada por el uso era «ni Juan ni Juana, sobrina», pero los interrogados respondieron «Corazón de maíz» «Tapa de tari» (marlo), que era el apodo de la sencilla y parejamente gruesa beata. Esta se cubrió la cara con su manta de merino café y, riendo a solas, dijo lo que se acostumbraba después de cada padecimiento, dolor o aflicción: "Son estas peladas las que me envían qué ofrecer", refiriéndose a las almas. A fin de año tomó la resolución de descansar por un año y, compadeciendo siempre a «las peladas», ofreció la cruz a Micha y Micha «se cruzó» por un año.

Fecundo en cruces fué el año. A Pedrito le dió la disentería y una fiebrequita con idea; no podía ni ver pasar a don Pedro, en cambio Lor era dueño de hacerlo llorar cuando quería, con sólo alzarlo, acariciarlo y decirle «pobrecito». Sanó y volvió a recobrar su buen humor y originalidad.

### **3.45 – EN CASA DE LAS DURÁN**

Un día tenía puesto su terno de pelo de cabra. Bajaba con Fe hacia el patio cuando acertó a llegar a pedir limosna Joaquín Maroto. Fe dijo que su mamá no estaba en casa,

"perdone". Pero el pequeño ya se había sentado en la grada y se quitó los calzones, los enrolló y se los dió a Maroto, que riendo los recibió y echó al «jasayé» como la cosa más natural. Fe le preguntó a Pedrito: "¿Y qué te vas a poner?" "Ando bien así", dijo él tocándose la chaquetita, "son muy anchos para mí". También a ella le pareció bien que el pobre llevara algo. Sus padres festejaron después la ocurrencia.

Vino la tos de ahogo y tomó bien fuerte a Olfito, tanto que sus padres temieron perderlo. También le dió a Miguelito.

Las Durán propusieron a Micha que se descargase de Fe, de Pedrito y de Manuelito para mejor atender a los enfermitos, y que ya encontraban que la casa debía ser causa de tantas enfermedades. Don Pedro encontró bien la proposición, para que escaparan los pequeños. Micha dejó ir a Fe, para que mejor guardase a sus hermanos. Un sirvientito fué también para Manuelito, que con su tunicuita de tartán a cuadros solferino y negro y sus grandes ojos era dulce y agradable entonces. Recién andaba; le destinaron el salón grande por morada. Allí dormiría con Pedrito y los dos muchachos sirvientes. La ardilla de Pedrito no paraba un instante. Cuando tenía hambre acudía a la beata Joaquina, que se volvía niña con el crío. Fe dormía en el propio dormitorio de las beatitas.

Las camas de las dos hermanas eran iguales, las paredes llenas de cuadros. La mesa de sus devociones tenía la urna con Santa Rosa de Viterbo, el cricifijo y otros cuadros. Ahora que ya estaba más grandecita la llevaban a misa todos los días, ya una ya la otra, y se confesaba en las fiestas que cayeron en esa época, alrededor de abril.

Más antes de eso, en marzo después de la muerte de María de Jesús, el confesor encontró a la niña capaz y deseosa de hacer su Primera Comunión, al mismo tiempo que iban a hacerla para cumplir con la iglesia Alba y Lágrimas. Así que el 19 de marzo, día de San José, vestidas las otras niñas con trajecitos de merino de colores y Fe con su hábito, bien preparadas y acompañadas por Micha iban a salir para la iglesia del Colegio. En eso, ella advirtió que fuesen a pedir la bendición paterna para tan grande acto. Don Pedro estaba todavía en cama; sobrecogidas las otras, no quisieron entrar. Fe entró, tendió su alfombrita de iglesia ante la cama de su padre y con toda reverencia pidió la bendición. Su padre la bendijo en silencio, haciendo la señal de la cruz. El digno sacerdote Pedro Prado les dió la sagrada comunión en un día que parecía un jubileo, pues la fiesta del Señor San José de las Landívar se hacía allí en esa iglesia, con toda solemnidad. Este buen sacerdote enloqueció varios años después.

Volvamos al albergue de los niños. Las Durán pusieron a Fe en relación con la piadosa niña Rosalía o Rosaura, hermana de ellas del segundo matrimonio de don Faustino. La hacían leer la lección espiritual en el libro «Virginia o la Doncella Cristiana», que agradó mucho a ambas niñas. La aplicaron a aprender a hacer mallas del país; todas la dirigían pero la caritativa Joaquina era la más paciente y aplicada a «añadirle» al hilo cuando necesitaba nueva hebra. Mientras, la ejercitaban a cantar algún cántico a la Santísima Virgen. Solía asomarse Manuelito, que venía apoyándose en las paredes; asomaba, sonreía dulcemente y en cuanto lo querían hacer entrar con cariños, corría como podía a refugiarse en los brazos de su niño. No así Pedrito, que ponía silla para conversar y llegó a vislumbrar el terror que tenía la beata Joaquina al Padre Tomás, su confesor. De modo que le pedía bizcochuelos, amenazándola que si le negaba se apostaría en la puerta, para llamar al padre si pasaba por allí. La sencilla Joaquina le decía que no lo hiciera y le daba cuanto quería.

Mari Cruz era más severa y asidua en sus devociones que Mariquita. Esta que era la madrina de Fe, tenía una piedad alegre y más amena para la niña; cuidaba mejor de lo que podía necesitar, era más ama de casa.

Por la noche asistía Fe un rato a la tertulia de doña Bárbara. Don Faustino, el pariente

de ellas Daza y algún otro visitante, la hacían referir anécdotas de las que Fe había leído en el «Correo de Ultramar» sobre la caridad. Después, Mariquita y su hermana iban a rezar el Rosario a su pieza, en cuya galería se reunían los sirvientes para contestarlo.

### 3.46 – LA NIÑA ABANDONADA

Fe se acuerda de una cosa única que le daba pena en esta casa. Había una pieza cerca de donde estaban las estacas de la paraba y los loros: la pieza de Antonia, la india cocinera. Allí lloraba una criaturita de meses, que sentadita en una rosca de trapos estaba horas enteras y se cansaría; otras veces de bruces. Lloraba casi continuamente; su madre, en el patio de la cocina, no podía oirla. Ningún otro sirviente iba a socorrerla. Las beatitas, metódicamente a ciertas horas, daban bizcochuelo con vino a los loros, y la criaturita como si no existiera. La madre venía por fin y hacía callar a la parvulita, a veces llamada por Fe.

Un día ésta consideró que, si se leía la caridad con los pobres y los enfermos, y si ella sabía entretener y acallar a sus hermanitos, ¿por qué no lo había de hacer con esa chica? Habían llegado visitas. Fe se escurrió mientras agasajaban a las amigas y encontró a la chiquilla de bruces, llorando toda sucia. Era amarilla, bizca, con la cabeza achatada, feílla; pero era un ser humano. Acordándose de todas las prácticas que había visto hacer a las amas de leche, limpió a la criatura, la puso en seco; no pesaba nada.

Sólo tropezó con dificultades cuando iba a darle una tajada de lima, de las que se daba a los loros. Mariquita con fastidio le dijo "Qué haces, Fe, ocuparte de esa infeliz; mira que te puede pegar piojos o sarna; no lo hagas porque me disgustas. Es preciso que sepas que Antonia debe escarmentar de buscarse chicos cuidando ella sola su ñeque". Estos criterios eran los de muchas personas. Así que dejemos a Dios el juicio de ellos.

Una noche oyó Fe que Mari Cruz decía: "Se aproxima la Ascensión. Es preciso que entreguemos a Fe a sus padres para poder hacer los santos ejercicios. El Padre Querubín me ha dicho que podíamos hacerlos al mismo tiempo que ellos entran en su retiro". Fe se resintió, pero no dijo nada. ¡Cómo!, ¡ella era un estorbo para algunos actos de piedad y de retiro! Ejercicios... ¿y cómo el Padre no había mandado que los hiciera también ella? ¡Vaya con el secreto! En la siguiente noche la llevaron a su casa. Micha les agradeció el cuidado que habían tenido con sus hijitos y se encomendó a sus oraciones, con virtuosa envidia de los Ejercicios que iban a hacer.

Al día siguiente, víspera de la Ascensión, era «Fiesta de Tabla», como se decía aludiendo a los Estatutos Episcopales en que debía pontificar el Obispo; esos días estaban escritos en una tablapizarra en la sacristía de la Catedral, para noticia del clero.

### 3.47 – LA FARMACIA DEL HOGAR

Fe debía confesarse. De perilla le vino para quejarse al Padre Querubín de que no la hubiera incluido en el número de las ejercitantes (a las Durán acompañarían varias otras beatitas). "¡Pero si eso tú lo puedes hacer en tu casa!", dijo el prudente Director; y a ruego de Fe le explicó: "En estos días en que los apóstoles se recogieron a prepararse a recibir al Espíritu Santo, tendrás alguna oración más que de ordinario, rogando a tu querida Madre la Virgen que te enseñe a pedir a Dios las gracias que necesitas. No saldrás al balcón de tu casa; estarás recogidita y serás obediente y humilde con todos los de tu casa. Y Dios hará lo demás".

Llegó a su casa, derecho a ver el cuarto que habitó antes Jesús, para el retiro; estaba convertido en depósito de jarabes, refrescos y cosas especiales. Además, era depósito de las petaquitas de remedios, en las que se guardaba la farmacia casera y popular de



Micha.

Nunca las enfermedades de sus hijos y domésticos la encontraron desprevenida. En bolsitas de proporcionados tamaños las petaquitas encerraban manzanilla en flor y en rama, vira-vira, anís, canela, semillas de piquirí para el estómago, goma arábica traída por don Pedro de Sucre, violetas, altea, lino, uvas pasas para el pecho, la feísima achicoria para el hígado, sanguinaria, zarzaparrilla, «flores de azufre» para la sangre, chuño en polvo, hediondilla, hojas de chiriguaná para las disenterías... no acabaríamos de contar. Doña Inés, don Nicolás, doña Bárbara, todos enriquecían la Farmacia con el específico de que eran especialistas. Además, Lor y los mojeños traían su contingente del Amazonas; don Manuel Landívar, el buen hermano de don Chepe, proveía de cestos de coca que de enero a enero llegó a ser el té de la familia menuda. También, como una «fiera» amenaza a las indigestiones, estaban allí en bolsitas las almendras-vomitivo llamadas piñones.

No era eso todo. En una consola esquinera o repisa verde con chapas de bronce amarillo, habían «a mano» los remedios que vamos a mencionar. Micha ocupaba todos los tarros de vidrio de boca ancha (de encurtidos) para guardar mantequilla de leche bien lavada, «para remedio»: unto sin sal; unto de caré, que ella fabricaba en baño-maría con sumo cuidado; unto verde, para los reumatismos y pasmos; pomada alcanforada (también fábrica suya); alcanfor puro en afrecho; jabón del Perú; manteca de caimán, para las heridas; manteca de piyu (ñandú), para el coto; enjundia de gallina para friegas; aceite de oliva, para dar a los pobres para sus remedios... No, allá no faltaba nada: miel de abejas, pastillas de santonina, sal de Inglaterra, hojas de tabaco, atados de corteza de cascarilla quina, palillo para el coto. Tripas muy bien lavadas y hasta curtidas en sumaque, para lavativas. Polvo de vibora (que cuando a Fe le tocaba molerlo, se comía la mitad).

Don Pedro le traía anafres, aparatos para enemas y muchas otras cosas, pero los pobres... en ellos pensaba Micha, y tanto pensaba que en esa ciudad escasa de leche, se guardaba todas las noches una jarrita como de cinco tazas, fuera de la destinada a los suyos. "Pero señora", solían decirle las amas de leche, "¿para qué guarda leche si se pierde? al otro día la sacamos y se la damos al perro". "Es cierto que se pierde. Pero la pérdida queda compensada con uno o dos días a la semana, que se utiliza en los apuros de «la gente»".

Y así era. Tarde a las 10 solía a veces un caballero, padre de familia, venir a solicitar mantequilla, pasas de uva o algún yuyo; el médico ordenaba una tisana así y así y en la botica no había de eso, se había concluído. ¡Qué placer y diligencia el de Micha y don Pedro para favorecer, y qué linda noticia al día siguiente para contarle a don Francisco!

Otras veces, la voz angustiada de alguna mujer, desde la calle gritaba hacia donde sabía daba el dormitorio de Micha: "Señora Michita, mi hijito se muere, no encuentro leche en ninguna parte...". o bien "Dice la señora N.N. que la ama se le ha ido y no sabe qué dar a la niñita, no hay leche en la casa". Allá Micha se pagaba todas las jarritas que Sultán se tomaba. Daba la mitad de la jarrita y un paquetito de vira-vira, para que se la «terciaran» al pequeñuelo. Hubo noches en que otra necesitada reclamó más tarde la otra mitad para un remedio.

También guardaba bizcochos del Perú. Y aunque sus hijos sanos los deseasen, no se los daba pensando en hacer panetelas a ellos y a otros, cuando estuvieran enfermos.

### 3.48 – EL ORATORIO DE FE

Pues digo que en esa farmacia del cuartito se refugió Fe. Mas antes, pues se trataba de oración y el cuadrado de Olfito era un «San Luis en Oración», según había dicho la

mamá, había que hacer la «composición de lugar», tal como se veía al santo: ante una mesa, con carpeta lacre y fleco a la orilla... Lo más parecido: la colcha de fiesta de la cama de Fe. Así que Fe solicitó de Eva el favor de entregarla del depósito de las colchas. La joven se la entregó con alguna curiosidad.

La dueña no quiso dar razón; se fué al cuartito, la colocó de carpeta, puso los santitos en orden y el Libro de Filotea abierto, para hacer lo que allí aconsejaba acerca de la oración mental.

Creo que ya hemos dicho que todo esto sólo duraba hasta la llegada de su padre, que era la primera en salir a recibirlo.

### 3.49 – PRODUCTOS DE «EL CHACO»

La tos de ahogo había dado mucho que merecer a Micha. Todos sus hijos estuvieron en peligro, con las complicaciones, fiebres y alguna sangre. Al toser, Olfito enrojecía a veces un poquito. No pasó noche sin sobresalto y sin acudir presurosamente a consolar a los tímidos enfermitos; no sabía a cuál atender, pues a veces tosían a un tiempo.

En una noche que se levantó sobresaltada, al correr al cuarto de los niños se dió un golpe, que pudo tener consecuencias muy serias de no haber estado de por medio las ánimas del Purgatorio, a quienes beneficiaba con su voto.

Quedó Olfito tan débil que su padre lo llevó a Chaco, donde el mimo de la abuela doña Inés y de las tías no tuvo límites. De allá venía semanalmente el tío Pablo, a traer noticias verbales del niño y llevar las cositas que Micha le enviaba. El mandaba a su hermanita Fe cajitas de lata de soda, llenas de coquitos de totaí que él mismo había librado de la dura corteza golpeándolos con una piedra. También le enviaba, para gorras de sus muñecas, los cueritos de las cabezas de cardenal con sus plumitas coloridas, los de «suso» (urraca), de terciopelo negro con su ceja de plumas azules.

También traía el tío Pablo alforjas llenas de motoyoés, pitones, achachairú chico, agrio-dulce, que eran unos frutos largos con un jugo amarillo y una semilla como el níspero. A veces pasaba por las dos leguas de platanal, destinadas por los Jesuítas «a la comunidad», es decir a los enfermos y viudas de la misión cercana; los cuales todavía, reproduciéndose siempre, ofrecían sus frutos: plátanos bellacos, enormes como unas astas de buey. Traía una «penca», o sea un racimo, para su sobrinita, que era muy aficionada a los «bellacos» asados.

### 3.50 – EL DÍA DE LA PATRIA

El 6 de agosto era Fiesta Patria. Desde la víspera hasta la noche había retreta; en las cuatro esquinas de la Plaza se cantaba con música una estrofa del Himno Nacional:

*De la Patria el alto nombre  
con glorioso esplendor conservemos,  
y en sus aras de nuevo juremos  
morir antes que esclavos vivir.*

Después daban algunos vivos y se iban con la música y el farol, símbolo de la Patria, a otra parte, es decir a la otra esquina; mientras los niños se tapaban los oídos para evitar el tiro de cañón, que allí mismo disparaban con «taco» de greda para mayor fiesta.

Esta era la popular algazara. Después de cumplido este acto oficial, se desparramaban por la Plaza a comprar empanadas fritas. Aquello era una iluminación producida por las fogatas; el olor a sebo en que freían las mujeres del mercado sus empanaditas mortificaba a Micha. En cada ocasión de éstas, hacía cerrar las puertas que daban al balcón en cuanto pasaba la retreta. Así evitaba a su familia el espectáculo de los que no

sólo comían, sino que también bebían en honor de la Patria.

Este 5 de agosto no se encontraba Micha celebrando la fiesta de Nuestra Señora, sino enferma en espera de la voluntad de Dios. No había dejado deir con Fe la víspera a San Francisco, a confesarse.

### **3.51 – MUERTE DE DOROTEA SEOANE DE FRANCO**

En una ocasión anterior, el 14 de abril, de vuelta encontró cerca de casa a su amiga Dorotea Seoane de Franco (madre de don Dorotea Seoane de Franco Antonio Franco) que iba de manto a la iglesia. "¿Adónde va, amiga?" "A confesarme, Michita, pues somos como sentenciadas a muerte. No sabemos si podremos escapar con vida de esta enfermedad". Convinieron ambas en que así era.

Poco después, doña Dorotea le había mandado ofrecer a su pequeñita y pedir paraguas prestados para llevarla al bautizo; la llamaron Carmencita. En la madrugada del 11 de mayo, se oyó la voz bien conocida de la jovencita Pepa que gritaba en la esquina: "¡Mama Carmen, señora Michita, mamá se muere!" Así quería avisar a un tiempo a las dos casas.

Mientras don Pedro se vestía para acudir a lo que se ofreciera en este apuro de su amigo de la infancia, Micha ya se había echado un batón de merino café con lindas hojas de líquen verdes y moradas y mangas anchas de campana, había bajado y abierto la puerta de calle.

Llegó la primera, antes que las Seoane; la alcanzó con habla todavía. Era un ataque de apoplejía, sentía que la sangre la ahogaba. Las niñas fueron a procurar encender fuego. Don Pedro corrió a buscar a los médicos. El esposo de la moribunda estaba allí, abatidísimo. En cuanto la Dorotea vió a su amiga le dijo: "¡Michita, me muero, le encomiento mis nueve hijos!" Y ya no habló más, pero hacía señas de que la sangrasen. Cuando llegó la bebida que los médicos recetaban ya tenía los dientes apretados y Micha procuraba desesperadamente hacérsela pasar por un diente que le faltaba. Se murió.

Indescriptible fué el pesar de esa extremosísima familia y la gratitud hacia Micha, que sin mirar por su propia salud a tantos trabajos se había expuesto. Su esposo la trajo y ella lloró muchos días a su buena amiga.

### **3.52 – NACIMIENTO DE NIEVES**

Por esto y por ser la fiesta de las Nieves, Micha se había confortado recibiendo los sacramentos. En la madrugada del 6 de agosto de 1869 Dios le envió una niña, que venía a interrumpir la serie de varones que, a no ser ella, habrían sido siete seguidos.

En cuanto le llegó a noticia, Fe saltó de gozo, ya podía llevar el nombre de la Virgen. Que se llame Nieves, dijo a su mamá llena de alegría, pero Micha le dijo: "No, deseo que lleve el nombre de mi madre, que se llame Ana". No gustaba el nombre a Fe, porque la madre de la señora Sandóval, a quien veía con frecuencia al pasar a la escuela o ir a misa, era tuerta y vieja. Corrió saltando a pedir a su padre que se llamase la chiquita Nieves. El se reía y se reía de ver el empeño y acabó por decir que sí, que se llamaría Nieves. Kino llegó después y Micha le representó el deseo que tenía de que se llamara Anita; Kino afirmó también que debía llamarse Nieves. Y toda la casa contentísima con ello, pues aseguraban que la Virgen se la había reservado para ella.

La criatura era delgadita, menudita. Doña Gregoria aseguraba que lo primero que sus manecitas hicieron fué componerse como quien se peina. Traía en las espaldas y caderas la mancha de las Almas del Purgatorio, una gran mancha negra que sólo desapareció

meses después, efecto del golpe o tropezón de Micha. Tuvo por ama de leche a Polonia, una india blanca que tenía una tía muy aseñorada, doña Isabel Pessoa. Polonia sabía más de lengua chiquitana que de castellano; era alegre y cariñosa con la niña.

Simonita Landívar con su hermano el doctor Agustín fueron los padrinos escogidos para llevarla a las fuentes bautismales, en la parroquia del Colegio. Fe asistió al bautizo (1869).

En septiembre Simonita Estremadoiro de Lara tuvo a Merceditas y en octubre, templóse algo el dolor de la Carmen Seoane al recibir una deseada niña, después de dos varones; se la llamó Pilar. Muy capaz estuvo ya Micha para preparar el vestido de bautizo de Mercedes y un vestidito de raso morado y deliciosa gorrita para su ahijadita Pilar, que era bellísima criatura.

### 3.53 – «EL CHACO» EN PRIMAVERA

Preciso es retroceder a mirar «El Chaco» antes de que mude de fisonomía. En estos dos años varias estaciones cortas o más largas se habían hecho para hacer convalescer a los niños.

Allí estaba formada ya la entrada con rejillas de tejas; habían tenido que ceder los rosales espinosos del cuguchi todo el frente. Otra división con pilastras y tranquera formaban una plazoleta. Los naranjos iban ya saliendo de la juventud a la virilidad, desde allí hasta los estanques. La avenida hasta la casa tenía a un lado su tacuara parada, en que se agarraban las plantas de pachío grande amarillo, con sus hermosos frutos y fragantes flores blancas con cabellera dorada. Más abajo, las semillas de descomunales porotos chilenos se ostentaban en sus vainas, de 40 y 50 centímetros por tres de ancho. El árbol de arvejas, o frijoles indios sabrosísimos; los bananos de especiales clases; el molle; la palma imperial, etc.

La casa era de paredes y puertas celestes. El piso, de ladrillo, con bancas, canapés y mesitas rinconeras rodeando el contorno. El espaldar, de muestras de percal; ¿qué gusto, ni qué dibujo, faltaba allí?

Dicen que el niño digiere rápidamente y que de ahí que padezca un hambre continúa; así también su alma está hambrienta de saber y de recibir impresiones. Cuando el precepto maternal obligaba a los chicos a tenderse en las bancas hasta que pasara la fuerza del sol, no sintiendo la necesidad de dormir quedaba el espaldar. Allí se conversaba, se escogían dibujos, se buscaba en la memoria a las personas que se vistieron así o así; allí se miraban las bonitas láminas de los figurines, con escenas de niños y niñas.

Ya Fe tenía también otro entretenimiento mejor: la Virgencita de la Purísima Concepción, de María de Jesús, de unos 15 centímetros, obra del país pero bonita, era ahora suya. En la rinconera tenía su altar. La elegante escudilla de plata rosicler en que tomaba su leche de cabra Manuelito, servía después durante el día de apropiado pedestal a Nuestra Señora. La niña muchas veces se había dormido oyendo las relaciones del viaje a Méjico o a los santuarios más célebres, que Micha decía haber leído en su juventud: Los Viajes de Bustamante, o de Benavente. Con magnificencias de tabernáculos de perla y pedrería, retablos de plata, etc. que Fe realizaba palpablemente. Paraba a la Virgen sobre medio mundo de plata y la rodeaba de flores de toborochi color rosa, que iba a recoger en las mañanas de mayo del pie del frondoso árbol; éste tiraba sus azucenas de suave fragancia, quedando siempre vestido como una nube de color rosa. Allí se rezaba el Mes de María.

Algunas mañanas en que salía a «explorar» solía acercarse a la división que partía desde el cuartito de la cal, último de ese frente en que se habían aumentado dos

habitaciones más de una sola ala; esta división era un cerco de espinos, sostenidos de trecho en trecho por sombradores árboles de molle, debajo de los cuales solían dormir su siesta las gallinas. Allí se encontraba, para «esa otra hambre», plumas raras de gallina y otros animales que el gato atrapaba, huesitos raros para quien no sabía nada de Anatomía. Allí encontró una viborita yoperobobo naturalmente disecada, a la que había cogido la muerte, como de rayo, en una posición tan natural, enroscada con la cabecita encima, toda ella fina, gris, bien conservada, dura, que naturalmente fué destinada al pie de la Virgen.

Cuando su convalecencia (1868), le habían salido varios tumores: uno en el labio, que todavía no se animaba a dejar tocar con nadie.

Estaba en el lado Norte del corredor, mirando llover, y se había acercado a ver las burbujas que se formaban en las goteras y los «ríos» que partían a la zanja, comiendo un pedazo de rosca de maíz de primera clase, fabricada en Chaco. En eso pasa el piyu (ñandú) hacia la cocina, para recibir su ración de cáscaras y desperdicios, y le da un picotazo en el labio para quitarle la rosca, sin más consecuencia que reventarle el tumor. Fué tal el susto que no le dolieron las demás operaciones de cura que Micha le hizo después, advirtiéndole el peligro, pues estos animales quieren tragarse todo lo que brilla; podía haberle sacado un ojo.

### 3.54 – LA VIRGEN DE LAS NIEVES EN LA CATEDRAL

Volvamos a tomar el hilo de la historia en agosto, cuando «Ñeaguacita», como llama a la pequeña cariñosamente su ama Polonia, había impedido la fiesta de las Nieves. Don Pedro, cediendo a los deseos de Kino, había insinuado a Micha que la hiciese en la Catedral; él se fué a Sucre. Tenía la intención, dijo a Micha, de hacer un Oratorio en la nueva construcción de la quinta, en uno de los retretes del extremo de las galerías, para evitar estas molestias. Así que si ésta su resolución levantaba protestas del partido contrario, pronto, en dos años, cesarían, pues la fiesta de la Virgen sería en el Oratorio. Tan grata disposición llenó de júbilo a Micha y a toda su casa, tanto que le hizo olvidar las contradicciones que tenía la fiesta en la Catedral.

Kino hizo la confidencia a su hermano Ram de que la fiesta de las Nieves se iba a celebrar en la Catedral. El gozo fué tal que en el «gesto» de las diligencias necesarias al lucimiento de la fiesta y acompañado de Lor, llegó el Canónigo a casa de Micha una tarde a la oración. Venía de visitar a su tía Petra, que siempre lo quería tanto; Olfito fué acariciado con especialidad y el niño estaba maravillado de verse repentinamente enriquecido con un tata sacerdote.

Otra siesta llegó, llamando en voz alta a Micha desde el patio. Lágrimas y las otras niñas se precipitaron hacia el balcón, en espera de algún suceso extraordinario, alguna desgracia... Micha se levantó diligente y en la respiración asustada de sus hijas comprendió su espanto; les dijo: "No es nada, no estais acostumbradas a oír al tata Ram". Cuando los rostros de las pequeñas, fijos en el personaje que se veía allá en el patio, vieron esa figura flaca y esbelta, ese rostro ceñudo por la reverberación del sol y la costumbre, todavía no sosegaban. Cuando oyeron que venía a advertir a Micha que estaba hablado ya el Maestro de Capilla con toda la orquesta para el día en que se llevase a la Virgen... la hilaridad de Lágrimas, acompañada por otras risitas, no tuvo límites; para no faltar al respeto se retiró para adentro.

El confesor de Micha, Padre Querubín, recibió la noticia con penosa sorpresa pero con suma prudencia. Le demostró el error en que estaban los suyos y la disculpó porque obedecía a su esposo. Micha le representó que así pensaba aprovecharse de esta decisión de los suyos para trabajar en reducir a la paz, a un acercamiento a su tío y a él, para

concluir con tamaño mal que desolaba a la Iglesia.

El 19 de septiembre fué conducida la santa imagen a las cinco de la tarde, al canto orquestal del Ave Maris Stella, a la iglesia Catedral. Esta estaba ya en el templo de La Merced, en los antiguos barrios de Micha. A la puerta de la iglesia la esperaba el cabildo de capas pluviales con velas en mano, agua bendita e incensarios. Kino y Lor se encontraban allí con algunos amigos. La Santísima Virgen fué colocada bajo dosel en el lado del altar mayor, cuyo retablo de plata brillaba en la oscuridad de aquella nave azul, ahumada por el incienso.

Sus amigas se dividieron entre las que se regocijaron por la concordia de la familia, las que no por eso romperían con ella, y las que rompieron en críticas mordaces. Cuando, según el caso, las antiguas sirvientas fueron convidando para la asistencia a las funciones, trajeron a Micha todos los haces de la simpatía pública, de la queja, de la antipatía y hasta del horror. Micha lo llevó todo en su pobre corazón, escudada en la voluntad de su esposo y en la aprobación de su padre, que volvía a ver unida a la familia fuese como fuese. Las Durán perseveraron en su amistad, aunque no fueron a la función. La Benedicta Seoane fué cumpliendo con Michita y Kino, a quienes estimaba. Las Landívar no fueron por la opinión de Nicanor y fueron porque doña Isabel tenía su Decálogo particular, aplaudir al conjunto de la familia, y no perder la amistad de Kino y menos, menos, contristar a Micha en lo más mínimo.

Las más severas fueron las señoras Bustamante y algunas de las beatas. Mariquita Baca en la escuela se expresó despectivamente, diciendo a Fe: "¿Conque tu mamá es mate volcado?" Pero una severa reprensión de la Angelita la hizo callar. Fe no respondió nada; pudiera ser que aquello no esté del agrado de las beatas, pensó, pero la Virgen ha sido bien recibida; y como es la sola festejada, debe estar contenta.

Kino, en consejo de familia, escogió al orador: un canónigo joven y elocvente, C., pero de quien Fe oyó a su mamá Lupe este juicio. En la Semana Santa siguiente, llevaba a la niña al Sermón de Tres Horas y se encontró con una conocida. "Ña Lupe, ¿pa dónde va con la niña?" "Al Sermón de Tres Horas". "¡Mire!, y lo predica uno que predica muy bien". "Así es", respondió Guadalupe; y la amiga: "Sólo que es función larga, y yo no tengo tiempo". "Lo que es yo", dijo la mamá Lupe, "no me atrasaré por eso. No oiremos sino la primera parte, la que habla de Nuestro Señor Jesucristo. La otra, que es para hablar de política y partidos y alabanzas tuyas, se la dejo". Fe admiró a su mamá Lupe, que tal lucidez y resolución de ideas tenía. ¡Quién había de pensar!, cuando en casa no sabía al parecer discurrir sino de dulces, comidas y recuerdos de la señora Licia.

La fiesta era el día de San Miguel. Kino convidó a todas las autoridades, que asistieron sin faltar una, como a la misa de la Patria el 6 de agosto. Los canónigos asistían todos en el coro. Las autoridades civiles, militares y magistrados de justicia, en sus puestos. El abuelo don Francisco, con Lor, don Alberto Natusch y Kino, entre los magistrados. Micha llevó a todos sus hijitos; la pequeñita y el Miguelito con trajecitos iguales de gro celeste. Todos los sirvientes con sus vestidos nuevos. Rogó a doña Teresa Roca que se quedara en casa, pues ella no pensaba recibir felicitaciones de su esposo ausente. Con el Santísimo Sacramento descubierto todo el día, pensaba pasar la tarde en su presencia hasta la reserva, para evitar visitas.

Así lo hizo. Después de almorzar fué la gran misa y ella se quedó en la iglesia. Los niños regresaron con su abuelo y toda la servidumbre. Doña Teresa ya no sabía dónde poner tanta bandeja de masas y dulces, que traían de todas partes. Por la tarde, la bendición fué solemnísimamente y por último, con la misma solemnidad, se condujo a la Virgen a la casa, para ser velada tres días según era costumbre.



Angel Costas, Cónsul Argentino

Antes de que nos alejemos más de estos tiempos, diré que se desliza un error en el padrinazgo de Miguelito. Lo apadrinó don Angel Costas, el anciano comerciante en cuya casa empezara don Pedro la carrera del Comercio, y que ahora era el constante aliado de don Francisco en las discusiones de la guerra; todas las noches pasaba su buen rato conversando allí.

El tenía una gran casa, dependientes y sirvientes; desde la ya lejana partida de su esposa y la ausencia de sus hijas por su perverso gusto, había quedado entregado a manos mercenarias. De vez en cuando se crecían las audacias de sus cocineras; a veces tenía que acudir a Micha para que le diese referencias de gastos de mesa. En la majadería de un carácter fogoso, peleábase con las dos honradas beatas que cuidaban de arreglarle la casa, doña Panchita y doña Jacintita, quienes, eso sí, jamás quisieron correr con las cuentas para no tener lastimaduras en su epidermis moral, que gracias a Dios era tersa con el aprecio de las buenas señoras sus vecinas.

Con la mismísima majadería, al sorprender a la cocinera que elevaba el precio del mercado o no traía todo lo necesario, se acaloraba, venía temprano a preguntar a Micha cuánto gastaba en mercado. Al saber el tanto, golpeaba con el bastón el suelo: "¿No ven, no ven?, Me roba la cocinera". Volvía más tarde a dar la noticia de que la había despedido y que Micha se encargara de buscar otra.

De aquí y de allí, con la ayuda de doña Bárbara al fin se encontraba otra. Micha tenía que tratarla, decirle los platos que debía preparar y que sobre todo no faltase la carbonada. Ya quedaba hecho una pascua, pero todavía disertaba un rato con los amigos y con su aliado sobre el Paraguay, la cocinera cesante y sus hazañas, que los otros oían con poco interés, pues ¿quién tenía la culpa?

A veces era la cocinera la que solía llegar entre las sombras de la noche al vestíbulo, toda tímida y llorosa, a esperar a la señora Michita para que la aconsejase. Ella hacía bien la comida, le gustaban los guisos al patrón, le daba para el mercado él un peso, que se había señalado para menudencias; pero por lo mismo que le gustaba, pedía soperitas, platos y escudillas. Mandaba él a Peregrina ahí, a Amalia que lo pruebe, a la Pastorita, a la pobre doña Urbana, etc.; la cocinera y hasta la servidumbre se quedaban sin comer, y si alguien le advertía, decía con fastidio que por qué no había alcanzado, que no mezquinara en su casa la comida, etc. Eran remolinos sin salida para Micha, que la exhortaba a la paciencia y aún a venir a comer alguna cosita que Guadalupe le guardaría.

### 3.56 – LA CAMA DE FE

Don Pedro regresó de Sucre. Entre otras muchas cosas, traía una cama de bronce con corona, de muy linda apariencia a la terminación del pabellón de varillas de bronce. Era para Fe.

Las Durán y las otras amigas estaban contentísimas, porque el tamaño de la corona era muy proporcionado para hacer doseles en la iglesia. Se proponían no dejarla descansar. La cabecera tenía un óvalo formado por flores de bronce, que extendían sus guías a uno y otro lado; dentro del óvalo, un relieve presentaba un sitio agreste de un campo, donde

sentado sobre una piedra, apoyando la cabeza en un brazo y el brazo sobre una roca, dormía un ángel con el carcaj terciado a la espalda, bien provisto de flechas. Del robusto bracito dejaba caer el arco. Mientras él dormía, una virgen velaba de pie con una lámpara antigua en la mano que tenía elevada, mientras la otra la apoyaba en un árbol. La Joaquina alababa a Dios a más no poder y decía a Fe que su ángel custodio dormía, mientras que ella, como la virgen prudente, debía velar con la fe que esparce sus rayos y la oración que enciende lo helado.

Ya hemos dicho que el adorno del catre de Micha, de muy fino bronce, era un elegante y alto pabellón terminado por un florero o jarrón muy adornado y caprichoso. En la cabecera, una llama o cabra boliviana estaba enmarcada en una floración de muy lindo dibujo. La Sala de Recibo aumentó su adorno con unas sillas negras y doradas, que tenían el espaldar y las varillas adornadas de flores de nácar pintadas, rosas y otras flores con follaje verde. Muy alegres y finas.

Uno de los comerciantes había obsequiado cuatro cuadros con láminas, que servían de adorno en el fondo de las negras y bonitas mesas rinconeras. Una bella joven jugaba con palomas de tamaño natural; otra adolescente era acariciada por un canario que recibía de su boca la miguita; otro era un tipo de hermosa española con mantilla y abanico; y por último, una Ceres moderna, coronada de lilas y de tamaño natural, procuraba sonreír bajo la carga de tantas flores, pero las niñas no reían con ella por lo «pinganilla» (tilinga) que la encontraban.

La de las palomas tenía las preferencias de Fe; largo tiempo tuvo alquilada esa casa para sus muñecas. Después le destinaron el hueco de una ventana. Su padre le compró una camita y sillas de madera para ese saloncito. Don Pedro Rojas, hermano de afinidad del doctor Mardóñez, era carpintero de obra fina; trabajaba con sus buenos hijos, y éstos eran los fabricantes de esas obritas.

### 3.57 – ¡ NARICHÚ !

Se acercan los exámenes: demos una vuelta por la escuela. Fe está en la tercera clase; ha bordado en clarín una tira festonada con racimitos, para hacer unas mangas a su mamá, algunas relojas en raso amarillo y unas tiras de ramitos para ligas. Pero el monito que viene a dormir siesta en su brazo ha humedecido malamente las tiras después de bordadas. Por algo Micha le dió amarillo, «color cubierto», temiendo lo que sucedió.

Mucho se entretenía en los recreos viendo al monito; un día resolvió vestirlo como a sus muñecas. Trajo un generillo gris de lana y seda y rogó a Liboria que le hiciese un pantalón y blusa. Muchas se ofrecieron a coserlo; terminó antes de concluirse el recreo: otra súplica para que se lo pusiesen. Liboria y Teresita lo tomaron y, quieras que no, a pesar de los chillidos y amenazas de Martín ya la cosa iba finalizando. Sólo faltaba prenderle el segundo botón de la blusa a Martín, y Fe confiada en que lo tenían bien seguro, quiso siquiera esto hacer ella.

Se aparta Teresita, lo sujeta Liboria, pero el mono se revuelve, se suelta y muerde a Fe de dos dentelladas en la nariz y escapa al paichachí a lucir sus galas. Sus amigas consuelan a Fe y cuentan a la señora Fabiana el motivo del llanto. La señora la hace lavar con salmuera toda la tarde. Se va algo mejor, pero la nariz le arde. Llega a su casa y va derecho al espejo. Allí están los diminutos mordiscos, como cuatro puntos colorados. Preséntase a Micha: "Me mordió el mono". "Bueno está, ¿para qué juegas con él? Podías haber quedado «narichú»"

Se renovó el susto en la niña, sentía más el ardor... "Ve a ponerte algo a la herida", le dijo su mamá, pero preocupada de un baúl que estaba acomodando, la dejó ir. Fe fué al



tocador: allí había frascos con todo lo necesario para los golpes de los niños que aprendían a andar y de los que aprendían a correr... por las gradas de la escalera. Había aguardiente alcanforado, infusión de romero, agua de végeto, agua de colonia... de ésta echó mano Fe y puso en un platito muy bien, ¡pero es tan fuerte! Le echó agua, al momento se volvió lechosa.

¡Pues!, no tuve la precaución de lavar el plato y había estado con leche... Derramó ésa y sirvió otra; igual resultado, lechosa... cuatro o cinco pruebas hizo, gastando, ya se comprende. Hasta que aprendió la lección química y se resignó a lo turbio. Pero aún con el pañito montado en la nariz, todavía no se sentía segura.

Allí había por suerte un «Almanaque de Bristol». Lo tomó y se fué a la hamaca, a ponerse en presencia de la Virgen; empezó por enero. Un padrenuestro a cada santo para no quedar narichú; tal confianza tenía en la oración. Oscureció. La visita de Ram y la llegada de don Pedro fueron infalible remedio: ya no se acordó más.

### **3.58 – EL TRIBUNAL DE DON FRANCISCO**

En una de esas noches bajaban a comer. Don Pedro llevaba al Miguelito en el brazo, Pedrito y Manuel seguían a su padre y Olfito y Fe saltaban las gradas con una lluvia de amonestaciones de don Francisco, que al oscurecer recibía todas las confidencias del día de toda la gente menuda. En una verdadera oficina de investigaciones se convertía a esa hora el sofá del abuelo; los indiecitos y los señorcitos eran todos juzgados en su tribunal. Fe había jugado a los chuis con papangos muy grandes, hechos de los botones de su saquito; había matado muchas casas y ella no había perdido ni un chui (semilla de achira). Olfito había prometido dar dos plátanos fritos al fabricante por la hechura de su volantín y no había cumplido. A Santiaguito le correspondía Olfito, diciendo que se subía a los zurrone de chocolate a mirar la casa vecina, suspirando en voz alta "¡Churumano!" a otro indiecito que allá se veía... y él se podía caer de los zurrone...

Estos y otros asuntos le sobraban a don Francisco esa noche para rectificar los caminos torcidos de la justicia de sus nietos.

### **3.59 – BUCHE VERDE**

Don Alberto Natusch daba el lado más luminoso de las gradas a Micha y bajaban conversando. En eso, al pie de la escalera e iluminadas por los rayos del farol, se veían las facciones de un hombre blanco, alto, de barba larga, pálido y no viejo; se hubiera dicho un vasco pálido, vestido de chamelote azul y pantalones más cortos de lo que su estatura necesitaba, pies blanquísimos.

Don Pedro se paró bajo el farol y todos los circunstantes se detuvieron admirados. "Señor", dijo el portero, "este hombre extranjero dice que no conoce a nadie, que preguntando quién lo podría favorecer le han indicado esta casa".

"¿Quién es Vd., de dónde viene?" "Soy un desertor de la guerra del Paraguay. Soy español, me llamo Antonio Pedro N. y pido a Vd. me proporcione alojamiento, comida y trabajo porque no conozco a nadie". "¿Qué oficio ha tenido Vd.?" "He sido verdugo, señor".

Un movimiento de horror hizo retroceder a los niños que estaban en semicírculo. Don Pedro se quedó callado; Micha le dice: "Pero ¿por qué ha hecho Vd. eso?"

"Señora, llegué al Paraguay buscando trabajo y me metieron en la cárcel creyéndome espía, por extranjero; todos los días esperaba la muerte. Un día vienen a proponerme la libertad de la prisión, a condición de que fuera verdugo. ¡Qué hacer, o matar o morir! Acepté y eso lo ejercí hasta que pude escaparme. Y aquí estoy".

"Está bien" dijo don Pedro, y dió orden al mozo que le sirviera comida ahí en la portería, que le diese una llave de las habitaciones que en la quinta había para los mozos y lo hiciese acompañar con uno de los sirvientitos, el cual regresaría al otro día de allí. "Vaya Vd.", dijo al huésped, "y vuelva mañana para buscarle trabajo". El hombre saludó con cierta distinción y se retiró a la pieza del portero, mientras la familia seguía hacia el comedor.

Don Francisco examinó sus conocimientos e inclinaciones: quería hacer yerba mate, "en estos hermosos bosques buscaré la planta..." "Muy bien, vaya". Y lo dirigieron y recomendaron a San Carlos, a Buena Vista, dándole algunos pesos para sus primeras necesidades. Apareció más adelante con un polvo verde que aseguraba ser yerba mate. O estaba mal preparada, o no era...

Ensaye Vd. otro negocio, éste no le dará. Al fin se decidió por la Medicina y el pueblo de Buenavista estaba contentísimo con "Buche Verde". Así le llamaban, por un chaleco de lana o seda verde con que solía engalanarse.

Allá verdugo, acá médico... ¿era esto una expiación? Conocía muchas yerbas medicinales. Buche Verde duró poco, unos cuatro años. Se murió.

### 3.60 – EMILIO NATUSCH

Don Alberto Natusch rogó a Pedro y a Micha le aceptasen a su hijito mayor, de la edad de Dionisio, para que se educase con Olfito; en Trinidad de Mojos, donde residía la familia, no había buenos colegios.

Una tarde llegó Emilio conducido en hamaca por dos robustos indios. Flacucho, dorado como su madre, que escribió a Micha cartas tiernísimas recomendándole a su hijito. En el equipo que traía, Micha advirtió la mano de la madre cariñosa y prudente: toda la ropita muy bien cosida y arreglada.

Pronto fué agradable compañero de los Rodriguitos. Llamó «mamá» a Micha y bailaba «Los Macheteros» con sartas de paichaquís, cascabeles naturales que traía; todo su empeño era enseñar el baile indígena a Olfo y a Pedrito. Venía armado de pelotas de cauchú al natural, para jugar con sus nuevos hermanos.

Gracioso era verlos en las temporadas de «quinta» venir de allá todas las mañanas, montados los tres en el «Sonso», que era el único caballo que no podía dar inquietudes a Micha. Era tal su bondad que Fe no podía creer que faltase un rinconcito del Cielo para animal tan humilde; pues acarreaba diariamente pasto para los caballos y bolsas de legumbres, tan manso que ahí todos aprendían a montar. Jamás dió muestras de impaciencia.

Como seis meses después de la llegada de Emilio, cerca de agosto o septiembre, falleció la esposa de don Alberto dejándole tres hijos varones y dos mellicitas niñas. Ocultaron a Emilio el triste suceso hasta que su padre viniera; y al mandarles hacer ropa de luto fué «para la fiesta de las Nieves». Mas algo le decía el corazón al pobre niño, cuando oyó a Micha en el Rosario de la noche decir "un padrenuestro por el alma de María de Jesús..." Concluída la oración, corrió a encontrar a Micha y le dijo: "Mamá, ¿reza Vd. por mi mamita de Trinidad? ¿Se ha muerto?" "Hijo, he tenido una fiel sirvienta llamada María de Jesús, que ha muerto hace algún tiempo...", y el niño se tranquilizó. Pero efectivamente, la oración era por su buena madre.

Los viajes a la escuela producían a Fe algunas otras emociones. Tal la que experimentaba cuando el año 68 salía, como un rayo, de la casa que en la esquina, frente a don Juan Antonio, ocupaba doña Petrona Zarco, que había perdido en el mismo día sus dos hijitos de difteria. En su dolor, se abrazaba a Fe, a quien abrumaba a preguntas de si se acordaba de Leticia. Fe hacía señal de que sí se acordaba, y el llanto seguía buen

rato, para renovarse al día siguiente si la niña pasaba por allí.

### 3.61 – EL BARRIO COLLA

Solía seguir por esa misma calle, que tenía la ventaja de tener sombra en sus corredores, y la desventaja de ser un barrio de collas, de alojamiento de los que traían sus cargas de venta al Mercado, situado en la otra cuadra al Norte. En el frente por donde las niñas caminaban había grandes habitaciones y amplias galerías; la vereda opuesta era angosta y la calle, hedionda (contra la costumbre de la arena). Abrían allí sus puertas una hilera de cuartitos de alquiler «redondos», como se decía, o con un reducido pasadizo en lugar de patio. Los alquilaban las collas chicheras, fabricantes de chicha colla. Lavaban sus cántaros en la calle y allí volcaban las borras fermentadas de la chicha; sin obras de salubridad, todo lo enterraban en la calle. Criaban sus perros «kalas», que eran como señal distintiva para conocer que la casa era colla. Criaban puercos, y todo en la calle, que allí les daban su pienso de maíz y cáscaras.

### 3.62 – LA COLLITA ABANDONADA

Al llegar a la esquina estaba la casa donde vivieron don Francisco y Anita. Según parece, por entonces era de las Picos, o Piccolomini, y ahora es de doña Carolina Mansilla; está frente a la casa de su madre, doña María. Antes de llegar a la esquina, había una puerta de calle bien rústica, practicada en la muralla sin techo, que nunca se veía del todo abierta. Por las rendijas bastante anchas y por debajo del umbral, que estaba un poco al aire, se veía un patiecito; a las horas que pasaban las niñas, en él siempre estaba una niñita de meses, que después ya fué empezando a andar.

Siempre estaba encerrada en aquel patio, llorando desesperadamente. Fe se paraba afligida, interrogaba a la mama Jesús, "¿por qué llorará?" "Porque la colla su madre se habrá ido al río y la habrá dejado sola". Y siempre, de ida y de vuelta, llorando la criatura. Cuando ya pudo andar, era en la puerta el llanto, revolcada en tierra y llanto, impaciente llamando a gritos a su madre.

"¡Pero es preciso esperar a la madre y decirle que no haga eso!", decía Fe. "Caminá nomás, qué va a jacer caso la colla". A la vuelta lo mismo. "Pero en cuanto se abra esta puerta, lo mejor es llevarse a la chica", decía Fe y la llamaba, enseñándole alguna cosita de comida, alguna tablilla de dulce. Pero la chica se retiraba, siempre llorando; gente extraña no quería. "¡Pero qué hacen los vecinos, cómo soportan este llanto! ¡Cómo tienen valor de tocar los charangos aquí cerca!". "¿Qué van a hacer, si la chica es de su madre?", respondía María de Jesús o cualquiera de las conductoras.

No pudo soportar más Fe y se lo dijo a su abuelo; sólo en él encontró eco. "¿Dónde es?" "Allí, en aquella puerta al llegar a la esquina de las Guampas". El abuelo mismo la acompañó un día, oyó el llanto, se indignó y dijo a Fe: "Ve tranquila, que yo lo voy a arreglar".

Mientras tanto, la sirvienta comunicó a Micha las aflicciones de Fe por cosas que no debían importarle, que hasta al señor don Francisco habían llegado. Y Micha le mandó que, para evitarle no sólo esa mala impresión sino todo lo que podía esperarse, antihigiénico, moral y materialmente, era preciso renunciar a la sombra y llevar a las niñas por la Plaza o por las veredas asoleadas de la iglesia del Colegio, por el Colegio Nacional, esquina de las Aguirres... torciendo ya estaban.

### 3.63 – EL DOCTOR MONTERO

Los corredores sombreados de esas casas de familia, de las Maragatos, del doctor Montero, Rector del Colegio Nacional (abuelo de don Sócrates Montero), de las Cuéllar, y de ahí a la escuela. Pero allí también debía encontrar motivo de pena.

Educábanse en el Colegio Lucrecia, Ester y Zenobia Montero. Estando Fe en la 4ª Clase, llevó a la escuela el surtido paquete de sedas que Micha tenía para sus bordados, para que la Maestra sacara cuanto quisiera para bordar un lindo cingulo a Nuestra Señora de las Nieves; la Angelita quería hacerle este obsequio. Micha le envió a decir que procediera como dueña en ésa y todas las cosas que quisiera, pero la delicada Angelita no lo hacía así.

Mas un día llamó a Fe y le dió un encargo secreto: "Lucrecia es, como ves, una niña decente y una alumna aplicada; pero ella y su hermana Ester han querido retirarse del Colegio, porque su padre está escasísimo de recursos y no podría costearles vestidos para los exámenes, ni aún los gastos para presentar como de costumbre una obra en seda y otra en blanco. Sé intermediaria para rogar a tu mamá permita que en el género de hilo y en el de seda blanca, en que Alba borda las hijuelas y palias que presentará, de lo sobrante pueda yo servirme para los bordados de Lucrecia. En cuanto al vestido, ya otra señora me lo ha prometido".

Naturalmente que Micha siempre deseó ir más allá en su generosidad, pues dudo que hubiese leído hasta llegar a tenerlo presente el texto evangélico «Si alguien te pide andar en su favor mil pasos, anda dos mil» pero por otros caminos, eso nomás hacía ella. Encargó sí a su hija que no se diese por entendida con las Monteritos de las diligencias de su Rectora. Esta fué mayor ocasión de fijarse al pasar con mayor atención y simpatía en el Rector.

Lo veía sentado en la puerta de su casa, después de la salida del Colegio. Con un libro en las rodillas, el rostro flaco y amarillo, los ojos melancólicos, ya leía, ya se fijaba en los juegos que Juancito hacía al enchoque (balero) en los bancos o poyos de ese corredor. Mientras, Sócrates saltaba en un pie «el mundo», que había hecho con tiza en el suelo, y la blanquísima Zenobia batía palmas, porque pisando la línea tenía que pagar prenda.

La robustez y blancura sonrosada de sus hijos contrastaba, así como su alegría, con la triste figura del padre. Allá adentro se veía a Dolores, como de 19 años, con el hermoso cabello rubio castaño en dos largas tranzas; linda también, sacudía el polvo de los libros de su padre o los arreglaba, mientras oía la «crónica de sucesos escolares» que le contaban Lucrecia y Ester. Otras veces las tres, tras el sillón de su padre, miraban pasar la gente, recortando algún dibujo.

Fe lo compadecía en el alma. No podía saludarlo porque no lo había visto en su casa, pero una mirada llena de respeto debía ser lo que hacía que el doctor siempre levantara sus ojos del libro cuando Fe pasaba. Miraba a la niña con una mirada tranquila, grave e intensa; parecía decir: "Feliz de ti. Tus padres no conocen lo que es sentirse enfermo, pobre, cuando la risueña adolescencia de los hijos necesita energías, gastos... para recoger presto hermosos frutos, que yo no alcanzaré a coger".

Un día Fe dijo a su mamá: "La mirada y la actitud invariable, sin otro goce que el Libro, de ese Rector me entristece profundamente, no puedo evitarlo". "Esa es una historia muy triste", dijo Micha, "pobre Doctor. Y pensar que un anillo fué la causa de esa situación, que podía haber sido próspera, o a lo menos distante de la pobreza... Pobre mi comadre Canido".

Se llamaba Dolores también, como su hija mayor. Esta lindísima señora joven no tenía costumbre de la fortuna; era de familia pobre, casó con este abogado de porvenir, que había comprado la inmejorable Estancia Las Guayabas, que fué de los Padres Jesuítas, hombres sapientísimos que sabían los buenos puntos para la cría del ganado.

Además, sus empleos y el ejercicio de su profesión, todo era de buen augurio para este matrimonio.

### **3.64 – EL ANILLO MALDITO**

Dolores creyó que todo esto no tenía plan ni fondo, y empezó a lucir y a gastar. El doctor complacía a su esposa en todo. Un día pasó un joyero o comerciante y ofreció en venta, entre otras joyas, un preciosísimo anillo; pero tan grande era el solitario brillante como una almendrita, y su corte perfecto despedía rayos de luz. Las familias más pudientes lo admiraron, pero las señoras de «antiguo cuño» eran bastante cuerdas para no solicitar su adquisición.

No así la bella Dolores, que pidió a su esposo la compra del anillo. Ya tenían estos hijos. El doctor le puso sus reparos (¡ojalá se hubiese sostenido!), pero Dolores enloquecía del deseo de tener ese anillo. Montero compulsó sus haberes... no alcanzaban a un desembolso de esa clase.

Entristecióse la comadre. Entonces Montero le dijo que sólo que vendiera él la estancia Las Guayabas, pero que era en ella que tenía cifrado el sostén de la familia. "Pues véndela, que elegido tú al Congreso, con un año de sueldo compras otra. Y después ya economizaremos, pues todos mis deseos quedarán satisfechos con el anillo".

Así lo hizo. Adquirió el anillo, que muy poco tiempo pudo lograrlo Dolores, pues al poco tiempo tuvo un ataque de apoplejía. El médico ordenó unas ventosas sajudas. Fué el barbero, y como el mal era en el cerebro, allí juzgó que debía ponerlas. No se pudo detener la sangre con nada, y la madre de familia falleció.

El doctor, lleno de pena, se retiró de la sociedad a cuidar de sus pequeñuelos, que sus cuñadas no sabían educar. Su misma melancolía le quitó las ambiciones de riquezas y de honores. Fué su único sueldo el de Rector del Colegio, que pagado con retraso como es siempre lo ponía en serios apuros de deber dinero con intereses. Así traspasó el fatal anillo al Dr. Granados, por tres mil pesos de capital e intereses adeudados.

Esta es pues una triste historia de un lujo imprudente, de una persona por otra parte buena esposa y buena madre. Dios la haya perdonado. Cuando nombraron Obispo Auxiliar de Cochabamba al virtuoso presbítero hijo del doctor Granados, hermano de Felicidad, fué el obsequio de su padre este anillo para su «Esposa» o anillo pastoral; ya sabes con esto qué fué de tan funesta alhaja.

Poco tiempo después de los exámenes, el Dr. Montero cayó en cama. Lo que se decía de la abnegación de sus hijas y de la pobreza de esta familia era mucho. Micha fué a ver al enfermo y a animar a las niñas; algo les llevaría. Lo que fué visible era que varias noches hacía un «Estomaticon» (carne cocida en vino generoso, con canela, clavo de olor y otras yerbas) para la consunción del estómago y lo enviaba calentito para que se lo pusieran al doctor, que poco después murió.

Pero lo que arrancó lágrimas a Micha y a toda su casa fué ver, en cortísimo espacio de tiempo, pasar el ataúd pobrísimo de la angelical Dolores, muerta a consecuencia de sus penosas vigiliadas en el cuidado de su padre y del dolor de su propia orfandad y la de sus hermanos.

Después la familia, por lo menos las mujercitas, se diluyeron y esfumaron, como un hermoso vapor de horizonte, entre las medias tintas de sus tías maternas, hasta perderse de la memoria de la Primera Sociedad.

### **3.65 – LA TARASCA DE HIERRO**

Un día de este año, cosa inusitada, su mamá en persona fué a sacar a Fe de la escuela,

para llevarla consigo a la vuelta de la manzana donde vivía Kino. Acababa éste de llegar de una empresa peligrosa por Vallegrande, ya «en el Collao», como diría la Diego, y Micha quería demostrarle con todas sus fuerzas la pena que la había hecho pasar, con su viaje sin avisarle, y el consuelo que experimentaba ahora con su feliz regreso.

Como Fiscal General del Departamento, Kino tuvo un aviso o denuncia importante; el comprobarla y sujetar a los delincuentes no quiso fiarlo a otro que él mismo, pues en cuestión de dinero, para muchos hombres es como arena en los ojos. Se decía que en una cueva o guaico de esas montañas o cordilleras unos monederos falsos fabricaban moneda. Corrió allá con hombres escogidos de la Policía; con arte, maña y mucho valor, penetró al antro y se apoderó de dos de los principales delincuentes. Uno por lo menos de ellos era un abogado de figuración en La Paz. Desarmó la máquina cuerpo del delito y se la trajo; todo esto lo operó rapidísimamente, en menos de 15 días ida y vuelta.

Allí estaban las ruedas y piezas de fierro en su sala; ya los amigos, parientas y amigas llenaban la casa hasta el corredor y no le habían dejado mudar todavía el traje de viajero. Con más horror y repugnancia que a una serpiente miraban todos aquella máquina. Buscaba Fe después con qué comparar este gesto de sus compatriotas, y el otro de calurosas felicitaciones, preguntas y apretones de mano a Kino; y sólo halló algo semejante en la historia de Santa Marta, cuando la virgen cristiana trae atado en su cinturón al dragón que desolaba la comarca de Tarascón, cerca de Marsella. Otros siervos de Dios, en la misma época, habían hecho iguales favores a esos pueblos sencillos, que se convertían en masa a la fe de Jesucristo en vista de estos beneficios.



Dr. Aquino Rodríguez, "Kino"

Viceversa, leyendo esas historias ha podido encajarse en la época y sentir el alborozo de un pueblo, liberado de una horrorosa plaga, gracias a estos espectáculos de su niñez. Kino, sereno, modesto, contaba sencillamente actos que sus amigos ponderaban como de heroico valor. Y aquéllos, cediendo su lugar a otra rueda alrededor del viajero, iban a satisfacer la curiosidad de los artesanos, que respetuosamente se agolpaban a la puerta a ver siquiera a la Tarasca de Fierro.

Micha se despidió luego. Para Kino bastaba verla con su retoñito, oír primero sus rezonguillos por la escapada y después sus sonrisas de aprobación; lo demás, al otro día, a la hora del «guaraná», se diría en familia con toda libertad.

Don Francisco estaba indignado con los falsificadores. Al llegar Micha, oyó Fe a su abuelo contar a Sótero y a otros amigos, reunidos a su rededor, las leyes comerciales antiguas y modernas y las penalidades que se daba a tales «infames». ¿Serían las leyes de Indias? Pues nada menos que cortarles la cabeza y las manos y dejarlas expuestas algunos días en la plaza mayor, en unas picas.

Con razón los cruceños, que hasta conservaban el Arbol Solo o «Arbol de las Damas» desde 1555 (como que tenían buena memoria) miraban así y así a la Tarasca. Al anoecer entraron a caballo los presos para ser custodiados en el Cuartel; rodeábalos el piquete, a caballo también.

El ministro de Belzu, el sanguinario Téllez, después de la muerte del inocente Dr. Laguna iba de descalabro en descalabro. Tenía una hija idolatrada, instruída, rica (no sé si bella tratándose de collas; eso es algo difícil dilucidarlo); llamaba la atención de los congresales, que le atribuían talento.

Presentábanse por docenas los pretendientes de la mano de «la Filis» a Téllez; éste, confiado en la cordura de su hija, daba esta invariable respuesta: "¡Cómo no!,

preséntese, por mí no hay inconveniente. Lo que mi Filis diga, esa es mi palabra". Pues cayó en la trampa el sanguinario cuando la Filis dió el "Sí" al peor... así conversaban los cruceños, compadeciéndola y atribuyendo el negocio a las cuentas pendientes del orgulloso ministro con la Divina Justicia.

Escalante no tuvo hijos. Más tarde, por influencias de Filis, que lo quería ver rehabilitado en el teatro de su deshonra, y por inconsecuencias de Melgarejo, lo veremos venir nombrado y «escalar» el puesto de Prefecto. Pero no tuvo partidarios: revolución, sitio y capitulación lo devolvieron «al Collao».

### 3.66 – MANUELITO ENFERMO

No debía acabar el año sin que Micha padeciera otra angustia: Manuelito contrajo una fiebre perniciosa con complicaciones en el tubo digestivo; parecía llevárselo. El facultativo norteamericano había dicho "este niño ha sido envenenado en mala leche del ama, padecerá hasta los 12 años serias enfermedades". Los médicos le habían recetado varios purgantes, y el niño no arrojaba ninguno. Entonces Micha advirtió que los doctores Mardóñez y Landívar le daban paliativos y píldoras de opio, sólo calmantes; habían perdido la esperanza de salvarlo. El niño se moría, la aflicción de don Pedro era grande.

Viendo las evasivas de los citados médicos, Lor fué por la noche en busca del paraguayano Fabio, curandero afamado entre la gente del pueblo, más tarde brazo derecho de Andrés Ibáñez. Vino a las nueve de la noche; vió al enfermito inmóvil, con las pupilas dilatadas por efecto del opio y el vientre sumamente hinchado. Lo miró buen rato; luego el indino prorrumpió en estas palabras sin consideración a la pobre madre allí presente: "Este muchacho se muere dentro de una hora".

Lor lo sacó luego, conociendo el fastidio de su hermana al recibir el golpe. En cuanto se fué Fabio, Micha dispuso aquel remedio que su padre había recetado tantas veces sin que don Pedro lo aceptara, atenido a las prescripciones médicas. Mas antes, era preciso un parche, o cataplasma, de sebo con manzanilla y orines de Pedrito. Entre oraciones y angustias colocó el parche en el vientre del enfermito y Dios quiso que tuviera buen efecto en seguida. Completó la curación con un pequeño enema de «agua inglesa». Al día siguiente, el Manuelito pedía comida a la hora que los médicos creían venir al «pésame». El abuelo no cabía en sí de gozo: su remedio, el agua inglesa, ¿no lo decía él?

También tuvo Manuelito la tos de ahogo. Su padre lo cuidaba con especial afecto y él era también cariñoso con su padre. Tenía unos pantaloncitos de paño azul, muy angostos; les llamaba «los pantalones de Marín», pues no sé qué de simpático habría visto en el coronel Marín, serían los galones, para tener tal deseo de vestir como él. Cuando sentía un airecillo corría con diligencia a cerrar los postigos, diciendo a su padre: "Viene por ahí la tosecita de la muerte". Otro de los pesares del año para Micha fué la fuga del sirviente Manuco. Como todavía estaba lejos de la mayoría (de edad), don Pedro lo hizo buscar con la Policía y se lo entregó a su amigo don Fidel Oliva, quien lo llevó al campo a dedicarlo al rudo trabajo de la molienda de caña de azúcar.

### 3.67 – UN PORTA-VIÁTICO

En la escuela, maestras y niñas se preparaban a los exámenes finales. Fe había bordado las florecitas de un cuellito en blanco que debía presentar, destinado a la Benedicta Seoane; en cuanto al bordado en raso, la Maestra Fabiana sugirió la idea de un portaviático.

Contentísima Micha entregó a Fe género de hilo para forro, un rico raso blanco, sedas, así como un cordón y pasamanería finísimos de seda morada y oro, que había comprado donde Arano. Necesitábase un modelo; Micha envió a rogar al señor Cura de la parroquia del Colegio se lo proporcionase, para hacer las cosas según el uso de la Iglesia. Le envió el que tenía en uso, con cargo de devolución lo más pronto.

Cuando Micha desenvolvió el porta-viático modelo, se tomó la cabeza con las manos: jamás hubiera pensado que Jesús utilizara esa cubierta. "¡No haberlo sabido yo hasta ahora!", decía con verdadero dolor. Era una bolsita a la que hacemos el favor de creer que tenía forro de bretaña (género de hilo), pero lo visible era punzó de algodón, del que se forran las almohadillas, abriéndose ya por el uso; era pequeña, redondeada como para el viril, ribeteada con una cinta de fular de seda amarilla y un botón de camisa de loza para cerrarla. Ni quiso que la Angelita la viera; que ella la hiciera como viera convenir mejor. Y lo que es la bolsita, por lo pronto de la misma forma confeccionó otra de raso labrado, de pura seda celeste, de los pedazos que sobraron del manto de la Virgen de San Carlos. Olfito fué el encargado de quemar, con todo respeto, la vieja, y llevar la nueva y entregarla al sacristán.

### 3.68 – ARENGA DE FIN DE CURSO

Preciosa quedó la bolsa con dos hermosas flores bordadas. Los franciscanos fueron consultados sobre la forma; la carterita que bajaba a cerrarla tenía unas ramitas floridas, que fueron la verdadera obra de Fe. Las hermosas flores del centro, la costura, la colección de letra inglesa, el lindo y fino filete del cuellito, todo fué obra de la bondadosísima y virtuosa Angelita, para su querida discípula a quien mantenía primera en la lista de la 3ª clase. Kino escribió un discurso para que lo «echara» Fe:

*Señores. Vais a contemplar nuestras tareas en el presente año escolar. Ellas, más que pruebas de nuestra inteligencia, serán más bien de los desvelos y abnegación de nuestra virtuosa Rectora y dignas profesoras. Así somos la delicada y odorífera flor que no ha abierto sus pétalos a la luz del Sol... etc*

(que era lo mismo que decir que éramos unos farditos cerrados que hablaban como loritos). Fe, después de saber ése y los otros cinco párrafos más, tenía que repetirlos ante la familia, para aprender la mímica que debía acompañar a sus palabras; ante las amigas y parientas, que no irían a la fiesta; ante los amigos de Kino, que lo aplaudían.

Llegado el día, los exámenes fueron en el salón de la Prefectura. Aunque Fe se turbó en el examen de Gramática porque Kino le hizo preguntas fuera del programa, no obstante el Prefecto Ruiz y los otros examinadores la calificaron «sobresaliente».

Fe fué a su casa. Ese día y los siguientes visitó en traje de gala a su tía Manuelita, a sus amigas las Franco, a su abuelita y tías, etc. Al día siguiente, doña Fabiana la pidió para que, con las otras niñas compañeras, fueran a misa a San Francisco y depositaran todas ramos de flores en las andas de la Santísima Virgen de Alta Gracia, que estaba de gala por su fiesta. Esa anda era una novedad de arabescos de madera; rica madera lustrada de forma elegantísima. Aún hicieron retratar a la imagen ese año, sobre esa anda hecha por el francés don Santiago.

Demos un repaso a los niños. Olfito y Pedrito, con Emilio, estaban en la escuela. Maneno (Manuelito) era el mimado de su padre; lo acompañaba al escritorio y a veces a la quinta. Miguelito se divertía solo, o acompañado de sus niños. Polonia le cantaba versos en chiquitano a su niñita Nieves, entre ellos éste:

*Aripena pachequiyo  
Ya pachequiyo siñonama*



*Isoñotoii ranama*  
*Chata conocac sareyuusi*

Decía que este verso era el encuentro de la Santísima Virgen con su divino Hijo en la calle de la Amargura. "Adónde vas, Señora, por debajo de esos árboles..."

Polonia se llevaba bien con todos los chicos, menos con Pedrito. Se sentaba ella en la hamaca a mecer a la niña y Pedrito en la sala contigua, en otra hamaca; un día se oyó un curioso alegato que parecía una letanía. "Cara de luna", decía él a la india. "Cara de zorro", respondía ella. Y así, ya habían pasado de cada lado 25 epítetos cuando Pedrito le dijo: "Cara del pájaro de taita Francisco" y las risas de las habitaciones vecinas estallaron todas, dejando corrida a la india que parecía una chiquilla en todas estas cosas. Por entonces los campesinos agradecidos habían traído de obsequio a don Francisco un «sumurucucu», especie de buho pequeño y rechoncho, color ratón asustado, con ojos celestes, cara redonda y nariz corva (pico). No conocían animalito más feo en el momento. Así concluyó esta lid, y Micha prohibió empezar otra semejante jamás.

### **3.69 – EL PIANO EN LAS CACHUELAS**

Se planteó otro asunto. Se sabía, por don Francisco Suárez y otros amigos, que el piano encargado a París en 1863 a don Adrián Harriague, había sido revisado en la aduana de Ceará o del Pará. El caballero al expedirlo a don Pedro, escribía desde París, lo había hecho hacer todo en plancha de fierro y bronce, para que no sufriera con la humedad del clima, y forrado en tela metálica para que no penetrasen los «chulupis» (cucarachas), a las que él y su esposa Corina Moreno (hermana de don Gabriel-René Moreno) tenían muy presentes.

Ahora bien. En todos esos años desde su expedición, cada amigo que había ido al Pará y el propio Lor como interesado, le habían dado su tironcito por el Amazonas, enyugando a veces dos gariteas porque el cajón era pesadísimo, para pasar las siete o diez cachuelas (cataratas) de ese gran río, que exponían tanto a los navegantes como a sus intereses.

El heroe que lo había remolcado desde la Aduana hasta pasar la primera «cachoeira», venía a Santa Cruz, contaba la epopeya, recibía los agasajos de la familia y don Pedro le indemnizaba generosamente sus gastos. Entonces se veía hacer su visita de despedida al viajero y hacer un gesto de seguridad y valor: "Al año será otra cosa. Si no lo saco yo, en pasando la mala estación, será mi cuñado N. o mi compadre N.N."

Otro tirón: ¡¡ya está en Serpa, o más acá!! Llegaba el heroe a recibir el premio... Unas veces en que se había preferido hacer un desecho por las playas lodosas, con infinitos peligros, cargándolo a pulso un batallón de indios peones; otras veces, la garitea en que venía era ayudada por lazos desde la orilla, o desde otras gariteas, para pasar la cachuela fatal... y hasta el año que viene, allí quedaba en el bosque.

Por fin se sabía que había llegado a Trinidad.

### **3.70 – EL CLAVE**

Resolvieron que Fe no volviese más a la escuela y que en la casa se completara su educación con el auxilio de Lor, después de las vacaciones. Micha vió donde las Durán un clavicordio, especie de pianito de tres o cuatro octavas. Estaba fabricado con cuerdas de alambre amarillo, lo que agradaba a Mari Cruz, que consideraba necesario alabar a Dios aprendiendo a teclear en «el clave».

Micha encargó al «Bernito», collita terciario de San Francisco, hábil carpintero que había fabricado este clave, que hiciese uno para Fe, a fin de que se ejercitase mientras llegaba el piano. Habló Lor al organista de la Catedral para que le diese lecciones de música a su sobrinita. El mismo Lor, que tocaba muy bien el violín y la guitarra, le enseñaba las notas.

Las vacaciones se pasaban en parte en la casa y en parte en la quinta. Tenía Fe nueve muñecas, de mayor a menor, de porcelana, pasta trapo y hasta las guaguas de las muñecas, que eran de las colitas de las yescas que usaban don Francisco, Sótero o Pastor.

### **3.71 – LAS MUÑEQUITAS DE YESCA**

La yesca constaba de una torcida de algodón forrada en un olán o percal fino floreado; quedaba como una vibora blanda y era costumbre terminarla con unas cabecitas de trapo muy bien formadas, con ojos y cejas bordados finamente con la delgada seda extraída de las cintas de fular de uno, dos y tres centímetros de ancho. Estas cintas se consumían mucho en el pueblo, para «jarichis»: así se llamaba la media vara a 80 centímetros de cinta con que se trenzaban la extremidad de las «cimbas», dobles trenzas de cabello con que se peinaban ordinariamente todas las mujeres. El bajo pueblo prefería estas cintas de colores vivos, mientras que las señoras las gastaban cafés o negras.

Con hebras pues de jarichis se hacían los ojos, las cejas y la colorada boquita; al clarín que modelaba la cara le introducían dos parchecitos de choleta rosa, donde correspondían las mejillas; la nariz y las orejitas se hacían con festón de hilo blanco, a veces con tal prolijidad que en las orejas podían mudársele aros; tan finas y acabadas eran las presillitas.

Facilísimo era el hacerlas rubias con el algodón «mollado» (rubio), que ya venía así natural. Para las de cabello negro era más costoso: un pedazo de raso negro desflecado daba el efecto. Para una negra de raso que le fabricó Micha a su pequeñuela, cortó de la frente de una oveja negra que había en el corral lo que necesitaba de motas.

Para las muñequitas de las yescas la carita era diminuta; mientras más, mejor, aproximadamente medio centímetro. Del cuello les salía un fichú o capita de cinta de color vivo; de debajo de esta capita de dos centímetros, asomaban dos tirillas largas de cinta, calzadas con otra capita o pollerita de cinta de a lo más un centímetro, y otro adorno igual en las coyunturas. No tenían cuerpo.

Fe obtenía las preciosas cabecitas y les ponía cuerpecitos; luego las vestía. Perdió mucho la afición a las muñecas cuando su padre le trajo de Sucre la que le enviaba don Víctor Arana, que decía papá, mamá y cerraba los ojos.

Nievecitas no jugó, les tenía miedo a las muñecas; lloraba. He querido dejar constancia de la industria de las cruceñas, pues para ganar un medio, uno o dos reales, trabajaban tanto.

### **3.72 – LOS SERRATE**

Para la fiesta del Colegio (Parroquia de la Santísima Trinidad) hubo ese año, el 8 de diciembre, la novedad de un obsequio hecho por doña Teresa de Serrate (bisabuela de Lorgio Serrate) a la imagen de la Purísima Concepción, que el Pbro. Nicanor Landívar había hecho reformar. Como había sido calculada para estar próxima al cuadro de la Santísima Trinidad en lo más alto del altar, se la veía muy bien, con sus ojos y cabeza algo bajos en actitud humildísima de adoración, como abrumada por los honores y favores divinos.

Pues, a corregirles la plana a los Jesuítas. La bajaban de allí para que no estuviese sobre el tabernáculo y quedó un tiempo destinada a presidir los altares portátiles del baptisterio. Digo «altares», porque no eran estables, sino que el sacristán los hacía para ciertos bautizos.

Entrególa el virtuoso clérigo a don Tomás el pintor, que apellidaba ahora Rojas, dejado su primer apelativo Paroba. Le encargó que le alzase la cara, pues pensaba hacerle un altar lateral. Lo hizo don Tomás y no lo pudo remediar: la imagen quedó con la mandíbula larga y el mentón saliente, además del color muy rosado. Todo ello impacientaba a Fe, que no la podía ver así.

En fin, doña Teresa le hizo, como a Patrona de España, un vestido de raso blanco bordado con una linda randa de lentejuelas y estrellas, con piedras de colores que hasta entonces eran raras. El manto azul brillaba todavía más con más primores; esta piedad de la española reconciliaba a la sociedad con ella. No hacían dos años que su marido y ella, con cuatro o cinco hijos todos acróbatas, habían llegado, queriendo ganar la vida de ese modo.

Todavía ese año, en febrero, había uno de ellos entrado a la casa de Micha, en esas licencias de Carnaval. Kino se había cansado de sitiarse cantones, defendidos a tiros de cáscaras de huevos teñidos en «jotavió» (palo brasil) y ablandados en agua avinagrada, con esencias de rosa, vinagre aromático, agua de colonia y agua florida, que eran los usuales perfumes. Kino había entrado con su tropa de amigos a las cinco de la tarde hasta las siete, a tomar refrescos y masitas; armados como iban de guitarras, habían bailado un ratito con las Seoanes y otras vecinas amigas, pero ninguna de ellas aceptó dar un paso con el joven Serrate, pues venía en traje con lentejuelas. Udalrico Gutiérrez bailó con él, para que no quedara tan desairado. Y se fueron.

A los hombres de esa profesión, juglar, los cruceños los veían distintos, casi siempre de dudosa conducta. Pero esta familia tan morigerada, de padre honrado, madre piadosa, hijos obedientes y en todo moderados, les rogaron no pensasen más en esa desdolorosa profesión. Diéronse todos a los trabajos de campo y en una espaciosa casa, alquilada al principio, doña Teresa vendía las cargas de arroz, azúcar y maíz que los hombres le enviaban de los campos; su única hija la acompañaba.

Empezó Fe a aprender el piano. Don José Rivero, el viejo organista de la Catedral, venía todos los días una hora a darle lección, hacia las cuatro de la tarde. De allí pasaba a la cancha a ver reñir los gallos, a los que era muy aficionado. Era un hombre moral; tenía esposa e hijos. Su hija Ignacita había estado dos años en el Colegio y frecuentaba los sacramentos en San Francisco.

### 3.73 – CIENCIAS BÁSICAS

Lor enseñaba a Fe Geografía y principios de Geometría; a distinguir las líneas, a hacer circunferencias con un pedazo de yeso agujereado en el medio; atando allí una cuerditita, giraba al igual en la pizarra y suplía al compás. También hizo algunas él con su compás, para que la niña no ignorara la utilidad de este instrumento. Pero como maestro era inconstante; al enseñar los meridianos, recortaba en cartón los círculos para dar idea, pero lamentaba no tener un globo... y lo dejaba.

Fué a Mojos, dejando a su sobrinita un libro de «Lecciones de Cosas». Otro, llamado «El porqué», en el que estaban aclarados los más comunes fenómenos físicos y químicos: color del cielo, exhalaciones y fuegos fatuos, electricidad de los gatos.

Prueba que Fe comprobó, libro en mano, un día que un gato negro se entró al cuarto del pasto. Lo mandó agarrar y frotar con una servilleta hasta conseguir el efecto que el libro señalaba, no sin protestas del gato. Los indiecitos de este «laboratorio» salían

contentísimos.

Micha le enseñó a observar los eclipses, poniendo una fuente de plata llena de agua al sol. Allí, algo quebrantado por el agua el resplandor del Sol, mostraba a Fe el fenómeno de la sombra; y la niña quedaba velando hasta que la sombra se retiraba del todo.

Su abuelo solía llevarla al Escritorio y Tienda, donde él presidía. La familiarizaba con los pesos, medidas y pequeñas cuentas. Leonor causaba la admiración de Fe, poniendo en la balanza, por ejemplo, 500 gramos y echando en el otro platillo un puñado de clavos, o tachuelas, o una sarta de mostacillas; en todos los casos hacían el peso exacto, sin tener que sacar ni un solo clavo.

Don Francisco le enseñaba a conocer los géneros, a distinguir la moneda falsa de la buena, aún a probarla con el ácido nítrico; a empacar la seda, a conocer el metraje de las piezas de cinta y otras, a llevar el Libro Diario de Ventas. Don Fidel le hacía muestras de caligrafía que Fe debía imitar.

Después, él y Leonor hacían pruebas de equilibrio sosteniendo la vara. Había que mantenerla tal espacio de tiempo vertical sobre el dedo, sin dejarla caer; eso divertía mucho a la niña, que quería también aprender... ellos le entregaban el plumerito fino y le enseñaban a sostenerlo sobre el dedo.

Otras veces ambos tejían, para ocupar sus ocios, bonitos sombreros de paja fina. De San Carlos y Buenavista le traían de obsequio «jipijapa», cogollos secos de palma para sombreros, blancos, bien asoleados, que rajaban finamente con un alfiler hasta que quedaban como unas cabelleras de fibras retorcidas por el aire seco. Fe encontraba el oficio de rajar muy agradable, pero no tenía el pulso seguro.

### 3.74 – UNA VÍBORA EN EL PIANO

Llegó del Beni por entonces una noticia desagradable. Lor había hecho abrir el cajón del piano para darse por recibido de él, y encontró que esta medida había sido muy acertada. Sufrió primero el desagrado de ver que, al abrirlo en la aduana brasilera del límite, no había cuidado el comerciante que lo recibió para transportarlo de hacer soldar de nuevo el cajón de cinc, en que venía protegido de la humedad. El descuido había sido tal que venía en miserable estado.

El enchapado de caoba fino se había desprendido. Los filetes e incrustaciones de bronce fino se habían enlodado y brincado de sus lugares. El asiento de piano, que constaba en la factura de envío, había desaparecido. Una gran víbora había entrado a vivir allí y cuando quiso salir, había engordado tanto con los ratones que ya no pudo; en su canina hambre se comió o mordió toda la parte más exterior del teclado de marfil. Los paños, cabritillas, fieltros, etc., todo se caía a pedazos. La madera blanda estaba podrida. El encordaje que traía y los repuestos de encordaje, todo herrumbrado lo que era de acero. El método de piano, menos mal: tenía las tapas deshechas, donde apenas se conocía sobre fondo azul el nombre de su autor (Bertini), pero el contenido era en su mayor parte legible.

Lor encajonó todo, algo oreado; hizo soldar el cajón y se encaminó para Santa Cruz trayendo tamaño pesar. A ver si se encontraba un buen operario, que volviese a hacer útil el instrumento. El piano de Arano algo había sufrido, pero no tanto; era menos pesado que éste. Venían los dos.

Llegaron don Alberto y Lor. Todos los amigos, el pueblo entero, hicieron suya la cuestión del piano; en un senado general se compulsaron y discutieron los talentos y habilidades de todos los carpinteros, herreros, armeros, fundidores de bronce, relojeros... ¿quién? ¿quién?

"Yo", dijo don Pedro Gómez, un peruano o paceño ebanista, fabricante de muebles

finos. Color ecuatoriano, rasgos idem colombianos, muy verboso en el hablar, bien educado. En fin, «siete oficios» le decía el público (a quien don José Selgas concede la más completa personería jurídica). Habitaba en una modesta casita con huerta en los barrios hacia el Norte de San Andrés, en la calle de las Durán y cerca de donde doña Ana Sánchez. El pueblo se apersonó en enorme masa y lo designó para la obra.

Así fué. Don Pedro y Lor se la encomendaron y allá fué bajado el enfermo piano. Ya tuvo el Señor Público que formar una procesión a la caída de la tarde, para preguntar si era de vida o de muerte. El hábil Siete Oficios daba esperanzas.

### 3.75 – EL EXPLORADOR

En esto llegó de Cochabamba un viajero recomendado. Por el tipo, don Fernando podía ser polaco, suizo, belga, alemán. Era un sabio viajero, más joven que viejo, edad regular, que había dado la vuelta al mundo y ahora trataba a toda prisa de regresar a su país tomando la vía del Beni, Amazonas, el Pará y de allí a Europa. Se sentía enfermo; un asma terrible y la comenzada tisis lo urgían a llevar su tesoro de conocimientos y cosas recogidas en el curso de sus viajes a su querida tierra

Don Pedro le hizo buscar una pieza en la calle del Comercio, le franqueó su mesa y puso los sirvientes a su disposición. Micha le buscó lavandera, que recibía muy desmejorada la ropa del viajero, sobre todo las camisetas de lana. Consultando con su esposo, sustituyó algunas por otras nuevas, mojándolas antes para que el caballero enfermo no se diese cuenta y padeciese su delicadeza.

En un sillón de hamaca pasaba en el salón sus terribles y frecuentes ataques. El doctor Mardóñez le recetaba calmantes, a darle por horas o cada media hora. Los señores se turnaban para distraerlo y Micha, en algunos ratos. Después todos se iban y don Fernando quedaba allí. Micha le aconsejaba reposar, tratar de dormir y tomar la bebida; luego también se retiraba a atender a sus domésticos. Fe quedaba sola para velarlo y avisar si algo anormal le notaba; cuidaba además de darle la bebida en el tiempo señalado.

"¿Mucho sufre Vd. señor?" preguntó Fe al enfermo. "Sufro tanto que si pudiera magnetizarme a mí mismo, lo haría", dijo él, dándole las gracias por la bebida que le sirvió.

No era desconocida la palabra «magnetismo» a la niña. La lectura del «Correo de Ultramar», que era el entretenimiento de grandes y chicos en esa casa, se la había hecho familiar en las caricaturas del célebre Cham y en los usos de los pueblos de Abisinia. ¿No estaba acaso aquella célebre «brochure» de un hombre a quien le atravesaban una espada en el enorme vientre, le derramaban agua caliente en los pies, le clavaban la cabeza y le preguntaban "¿Qué siente Vd.?" "Un bienestar infinito". Tomar tinta, elogiando el rico vino marraschino, etc. Así que nada preguntó al viajero de un fenómeno que conocía «así así».

Por las noches después de la cena solía estar don Fernando algo mejor; entonces mostraba a don Pedro y demás señores sus vistas de la China y demás países que había visitado: templos, ídolos, etc. Después que lo despedían afectuosamente, encargaban a los sirvientes que lo acompañasen a su cuarto y lo cuidasen mucho; le llevaban también las tisanas o bebidas alimenticias que Micha preparaba para sus insomnios. Lamentaban los que allí quedaban el estado de salud de un hombre tan útil y hacían votos porque alcanzase a llevar vivo a su país.

Don Alberto Natusch lo acompañó días después para Mojos, pues el médico urgía y el mismo viajero tenía ansias que nada podía consolar. El desgraciado don Fernando murió en San Joaquín, último pueblo que le restaba antes de llegar al Brasil. Don Pedro,

compadecido del justo anhelo del viajero, quiso y dió orden a don Alberto para que, a su costa, le hiciese el favor de remitir con toda seguridad el equipaje de don Fernando al punto de Europa donde él había querido llegar. Así lo ejecutó don Alberto, por cuenta de don Pedro.

Este señor Natusch se encontró con otro alemán, don Antonio, que vino de paso y lo entusiasmó a que enviase a Emilio a Cochabamba, a un colegio que un compatriota acababa de abrir allí y que podía recibirlo interno. El Director tenía esposa e hijos.

En consecuencia, allí lo despachó, a pesar de las desconfianzas de Micha y aún de don Pedro, quien escribió a Hermann Fricke, comerciante fuerte de esa plaza, para que se encargase del pago de las pensiones y de velar moralmente por el niño Emilio.

### **3.76 – LA RECONSTRUCCIÓN DEL PIANO**

¡Cuántas cosas necesitó el piano! Por lo pronto, dos o tres docenas de sombreros para suplir el fieltro de los apagadores; otras tantas de cortes de zapatos de cabritilla fina, para remplazar la pérdida de tafletes y hacerlos algo más dobles; paño colorado fino; y hasta las bolas del billar de don Pedro Gómez, para suplir el marfil de las teclas. ¡Qué peruano!, valía un Perú, con collas y todo.

Según la «andaluzada» de los cruceños, todo lo fué imitando, igualando, perfeccionando. Enchapó de nuevo el exterior en riquísima caoba y puso los relieves finamente esculpidos que adornaban el piano. El del centro representaba genios alados, que tocaban uno el violín, otro la flauta y otra el arpa; entre laureles, una lira y un papel de música con su pentagrama y notas completaban el paisaje en negro mate y brillante.

En otras chapas había aún otros genios: uno tocaba el bandolín, otro la cítara, dos bailaban con castañetas. Lo que no quisieron esperar los dueños fué la colocación de los adornos de bronce incrustados en madera y el nombre y apellido de Fe; estaban incompletos, no se encontraban pequeñas piezas ni pedazos de filete, por lo que hubiera sido necesario recurrir al fundidor y a algún otro artesano. Sí colocó las bonitas iniciales góticas; urgido por los amigos y el público, dió por terminada la obra poco antes del mes de agosto, pues para «las Nieves» debía estar en su lugar. En el salón se había reforzado el piso, colocando dos horcones o pilares de madera en la pieza que fué de María de Jesús, a fin de dar más seguridad a ese piso que temblaba cimbrándose; era un salón muy ancho.

### **3.77 – VELADAS MUSICALES**

Allí fué el reunirse todas las noches la familia de las Seoane, todavía de luto; a puerta cerrada la Benedicta trataba de recordar lo que había aprendido en Sucre y en el pianito de la Presidenta, doña Mercedes Ibáñez de Velasco. Tampoco dejaron de venir las Gutiérrez a recordar tiempos más felices; doña Doloritas algo sabía del antiguo Himno, llamado «el Inmortal», que sospecho sería el «Oid, mortales» que allá, a la inspiración del famoso Maestro de Capilla Justiniano, habría tomado otro ropaje poético y otras voces. Doña Doloritas repetía, pero nunca pudo sacarlo perfecto.

Doña Sinfrosa, que no calzaba coturno tan alto ni había estado en Sucre, ejercitó un poco el piano y la paciencia del auditorio y sacó al fin entero el «Trágala», que en el «gusto federal» de Rosas y su legión había reemplazado al unitario «Inmortal».

### **3.78 – DON PEDRO GÓMEZ**

Dejado el asiento por ellas, era invitado el artista Don Gómez, que dicho sea de paso era

loado por toda la concurrencia; pero él, modesto como el barón Kratz, meditaba nuevas cacerías y tenía en nada su paciencia benedictina.

"Esto no es nada, señorita, cuando vean el vaporcito, entonces valdrá la pena..." Ya se ve, hombre tan trabajador y tan útil era un bolsillo sin fondo. Todo lo que había ganado en la obra del piano no lo sacaría a un merecido bienestar; todo sería poco para la utópica construcción de un vaporcito para navegar el Río Grande.

En fin, don Pedro Gómez sabía una marcha, un carnaval y un bailecito de tierra, y aún lo cantaba con la seriedad de un hombre devoto:

*Ese tu amor se parece  
a la yerba cuando crece,  
en todas partes se enreda  
y en ninguna permanece* (quechua traducido)

Los vascos y los collas tienen sus afinidades de idioma; dicen que los vascos suelen concluir o empezar sus antiguos cantos con alguna estrofito o estribillo distante del asunto. Así era este canto de don Gómez, «Nunca te he de olvidar».

La misma noche, un transeunte oye y pide permiso para entrar: "que él sabe..." Pasa el portero el mensaje y todos contestan "¡Que entre!". Baja Lor y vuelve con un hombrecito regularmente vestido, carirredondo, blanco para ser chiquitano. Fué tanto su gozo que tocó un cantiquillo muy conocido, del Niño Dios, y lo repitió; no sabía más. No abandonó ya el asiento hasta que la concurrencia se fué, prometiéndose volver a la siguiente noche.

Micha, sola ya, tocó la «Normandía», un vals, unas alabanzas a la Virgen, en fin todo lo que quiso, porque su fino oído era el mejor maestro. En las noches siguientes ya Lor estuvo capaz de tocar la marcha de las canterías de Potosí, las polkas paraguaya y brasilera, el vals «Sentimental» y la mar de otras cosas. ¿Y la paciencia de Micha?

Pues no ejerció poca en limpiar los encordados de repuesto del piano, herrumbrados rollos de alambre de acero de diferentes grosores, y los entorchados de bronce. No podía confiarlos a operarios del país, pues harían la operación quitándoles el temple por medio del fuego, o los rasparían con aspérea quitándoles la suavidad. Empleaba muchos días en cada rollo; con sebo, con lija fina para el herrumbre, luego con polvos de almidón y gamuza. Después colocaba cada rollo en la caja de lata llena de almidón, para preservarlos de la humedad. Olfito, inclinado a las prolijidades, era constante auxiliar en esta clase de trabajos.

### 3.79 – LA FIESTA DE LAS NIEVES

Llegó el día de Nuestra Señora de las Nieves, el 5 de agosto. La fiesta fué en la Catedral. La víspera, cuando Micha se preparaba a ir a barrer y adornar la iglesia a su placer, le vino el aviso de que Kino había tenido un ataque esa noche, que por poco no se lo lleva y que estaba en cama. Alegróse Micha de estar vestida para salir, pues al momento corrió con Fe a ver al enfermo. Lo encontró en cama; conversaron del pasado peligro y de lo que el médico había indicado, bebida por horas, reposo, etc.

Después de un rato de conversación, se le ocurrió a Micha decir que estaba ajena a pensar en este contratiempo, que lamentaba en ese momento iba a salir para la Catedral a componer a la Virgen... "¿Pero qué día es hoy?" preguntó Kino. "4 de agosto", contestó Micha. "¡Ah!, conque mañana es la fiesta de la Virgen... esto no puede ser", dijo él, "me levanto".

"¡Por Dios, no lo hagas! Anoche has estado a la muerte, ¿y ahora quieres levantarte?"

"¿Y por qué no? Mañana tengo que ir a la fiesta, y es mejor que me pruebe hoy, para que el colla (Mardóñez) no me lo impida mañana. Sal, que me voy a vestir". Aquí fué un alegato y ruego de Micha al que pareció ceder. Cinco minutos después, le rogó que lo dejara solo un momento y llamara al sirvientito.

Salieron Micha y Fe a conversar con la buena casera y ama, doña Teodosia. En esto se presenta, vestido y ágil, riéndose de Micha. Obsequia a Fe un «Ejercicio Cotidiano» chiquito, de tapas solferino doradas, de 8 cm por 5 cm más o menos. Oraciones comunes, pero lo extraordinario que encontró la niña en el librito fué un verso a la costura, que empezaba así:

*Qué de veces, Jesús mío,  
cuando a coser me sienta,  
en tu acerba Pasión amargamente pienso...  
De la almohadilla formo allá en mi entendimiento  
la cruz en que por mí fuiste clavado y muerto.*

Y así iba aplicando los alfileres a los clavos y espinas, etc., hasta el doblar y guardar la costura, que era el Santo Sepulcro. Pero otro era todavía más bello, y se aferró a la memoria de Fe; era a la preciosa sangre de Jesucristo:

*Con todo el afecto de mi corazón  
salúdote oh santo y purpúreo licor.  
De una Virgen pura mi Rey te tomó  
para darte en precio de mi redención.  
Tus gotas primeras sangriento sacó  
de un cruël cuchillo el duro rigor.  
En Getsemaní, Huerto de Aflicción,  
mortal agonía te exprimió en sudor.  
De azotes cruëles al suplicio atroz,  
de un poste regaste todo el rededor.  
Corona punzante de agudo cambrón  
correr te hizo a hilos, cubriendo a mi Sol.  
Dos rasgadas fuentes abrióte el furor  
con dos fuertes clavos, en tus manos dos.  
Otras dos te abrieron, con crueldad feroz,  
otros duros clavos en los pies de un Dios.  
Y porque salieses toda en conclusión,  
la lanza atrevida la quinta te abrió.  
Ay, por cuántas fuentes oh precioso humor  
corres abundante para mi ablución.  
Precio inestimable de tanto valor,  
no permita el Cielo que te pierda yo.  
Dése al Uno y Trino gloria y bendición  
y a tí, Sangre Augusta de mi Redentor.*

Tal fué el verso favorito, que llevó Fe más tarde a los diversos grupos de sus discípulas en toda la República Argentina, acomodándole la música del «Te adoro con rendimiento del Cielo, vivo pan, gran sacramento» del P. Costamagna.

Tranquilizada Micha sobre la salud de Kino, fué a la iglesia, donde las Pepes estaban a sus órdenes por indicación de Ram. Habían traído unas águilas de dos cabezas de esmalte, pero Micha tenía bastantes flores y cirios con qué adornar.

La novedad del año consistió en que Ram había mandado imprimir el Trisagio de la



Virgen, del coronel boliviano don Nicolás Fernández, quien lo había arreglado para la Patrona del Ejército. Pareció a todos expresivo y tiernísimo; se cantó a toda orquesta en la tarde del 5 de agosto. En la misa cantada predicó el capellán del Hospital, Cura Mendoza, un elocuente y bien preparado orador; decía cosas bellísimas en alabanza de Nuestra Señora, pero la enorme fatiga de su triple coto, que sibilaba, distraía penosamente a los que, como Fe, lo oían por primera vez. No habían contado con eso los electores Kino y Ram. Más tarde, la Santísima Virgen se veía hermosísima en el salón de Micha, adonde acudieron como de costumbre a velarla sus amigas.

### **3.80 – ¿ BUENOS AIRES ?**

Don Pedro meditaba, animado por don Angel Costas y algo también por don Francisco, en un viaje hasta Buenos Aires. Había el «camino de los desertores», trillado primero por los desgraciados viajeros al Paraguay. Don Juan Bravo, el alemán Cronenbold y otros habían entrado allá con arrias, para ir a traer mercadería a precios tirados. Consultó a don Belisario Però, que estaba en Chile: qué le parecía, si aceptar la invitación que le hacían para ir ese año con estos viajeros.

"Deje amigo, que saquen ellos las espinas del camino; todavía no vaya", contestó el listo comerciante. Así que para surtirse envió a Chiquisaca, donde cada vez se obtenía menos ventaja en la mercadería; pero era necesario traer surtido y novedades.

### **3.81 – LA SEPARACIÓN DE LOR**

Quedó Micha, como siempre, de «última instancia» en los negocios de su esposo; necesitaba también informarse de cómo marchaba la obra de la quinta. Lor habitaba ahora en las piezas que fueron de María de Jesús. Años hacía que Micha experimentó la amargura imprevista y súbita que había roto la unión de ese matrimonio; no se volvió a discutir más. Pero he aquí que en esta época, en que Lor pacíficamente habitaba allí o viajaba a Mojos, traen a Micha la noticia de que el «muerto» Arias, acogiendo la demanda de la mujer, que pide al Juez que obligue a Lor a vivir en su propio hogar. Citan a éste a la Policía; el ofuscado informante dice que el Arias, no obteniendo de Lor sino un silencio ininterrumpido, lo ha amenazado con ponerlo «a la reja» con los presos ordinarios.

Es comprensible la aflicción de Micha. Envía a reclamar la atención de don Francisco... éste ya ha escrito al Muerto Arias y, en el momento de llegar el mensaje de la afligida Micha, ya sale Languidey a entregar en mano propia la carta. En ella recordaba al Juez que todavía vivía él, don Francisco, para castigar a su hijo si lo merecía; que se lo entregara. Y explicaba brevemente al Juez lo que Lor no había querido decir.

Soltó el Muerto la presa, avergonzado. Cuando la afligida hermana salió al balcón a mirar, entre lágrimas, a la Policía, con la Municipalidad arriba y los juzgados hacia la esquina, aquella puerta siempre abierta abajo, con sus gruesos barrotes de madera pintados de celeste, donde se entristecían los ladrones y otros contraventores mirando desde la oscura sala el espléndido sol, el verde de la grama que cubría la Plaza, las vacas o cabras que pasaban, los empleados que caminaban, los deudos que se llegaban a llevar su rosquita y el realito anudado en la punta del pañuelo con que se secaban las lágrimas... El enojo, el rubor, la pena, todo combatía el corazón de Micha; era mucho eso que Arias se había atrevido a decir...

Pero he aquí que Lor venía acompañado de Languidey, que lo dejó con una sonrisa de satisfacción en la puerta y fué a tranquilizar a don Francisco. De prisa bajó Micha,

seguida de Fe, a recibir y compadecer a su hermano. Muy a tiempo: éste, que se había manifestado estoico en el juzgado, lloraba ahora, y buscaba... en un cajón de su velador. Micha corrió a abrazarlo cuando él sacaba el revólver; se lo quitó, lo puso sobre la mesa, le pegó algunos cocachos en la cabeza, preguntándole si todo había acabado, si no tenía padre, ni hermana, ni... hijos, pues sus sobrinos lo eran. Hizo seña con los ojos a Fe y ésta se llevó el bonito juguete con que Lor, algunas veces, trataba de enseñarle a tirar al blanco.

Ello es que el bálsamo de este acendrado afecto curó el corazón de Lor. También las Seoane, primas del Muerto Arias, se deshacían en reproches a la conducta de «ese amarillo» cuando lo llegaron a saber.

### **3.82 – EL BAUTIZO DE UN HERMANITO**

Así transcurrían los días serenos, después de estas anormalidades. Una mañana próxima al 15 de agosto como a las ocho, después de retirarse Lor, que había desayunado y conversado, Micha hizo llamar a su antigua sirvienta Guadalupe, que estaba a cargo de la cocina. Poco después ésta llama a Fe y le dice que Micha desea que, como no hay nadie en casa que pueda bautizar bien, bautice la niña sin pérdida de tiempo a un su hermanito. Fe lo hace, con todo deseo de enviarlo al Cielo.

### **3.83 – FIEBRE PUERPERAL**

Micha está enferma, pero no quiere dar importancia al mal. Por la noche doña Fabiana, que había pedido a las niñas para llevárselas a la quincena, es consultada sobre algún remedio. Buena es, dice, la mazamorra de almidón cocido con cáscaras de huevo molidas. Guadalupe, por su cuenta, había advertido a la negra Gregoria; muy a tiempo, pues las dos mujeres tuvieron bastante qué hacer para calentar a Micha esa noche, hasta que al día siguiente, venidos los médicos, la declararon en estado de extrema gravedad. La gravedad crecía. Los médicos casi no se movían de allí, pues Kino no los dejaba sino cortas salidas para atender a sus otros deberes. Eran éstos el Dr. Mardóñez y el Dr. Agustín Landívar, cuidadosos ellos mismos y que estimaban a la enferma.

Las amigas de Micha enviaron a la flor de sus abnegadas y más inteligentes enfermeras, Simonita Landívar y Mariquita Durán, a servir a Micha día y noche. A veces eran reemplazadas por Eliodora, fuera de doña María Diego, Gregoria la negra, Guadalupe, que llamó a su hermana Gregoria en su auxilio, pues su inquietud no le dejaba reposo sin dedicarse a cuidar a los niños y a Micha.

La debilidad era tal que las amigas enfermeras usaban zapatitos de género y toda la ropa lavada. Algunas noches vino la señora Isabel de Landívar, pero sus hijas trasudaban cuando, al sentarse con infinitas precauciones doña Isabel, se sentía un ruido como cuando empieza la lluvia sobre el zinc, de las enaguas almidonadas de la dama cruceña.

Los niños varoncitos la pasaban en el escritorio y la tienda del abuelo, o bien pasaban el día en casa de doña Inés. Esta virtuosa señora había tenido que beber el cáliz de muchas penas, ocasionadas por el paludismo o chucho de sus hijos; sus hijas no habían fallado achaques a raíz de ello. Benigna, neurasténica, había desbordado la copa y aquella digna madre, cerrada su puerta en la soledad y el silencio, oraba a su Padre Celestial sustrayéndose con mérito a la maligna conversación humana.

Aún hicieron más los médicos. Ordenaron que todas las piezas cercanas y las galerías fueran alfombradas, y que las visitas en el salón o no hablasen, o lo hiciesen en voz baja. Mientras tanto, ellos sometieron a la enferma a un riguroso método: una cucharada

de agua de cebada cada dos horas, por único alimento y bebida.

Los pequeñuelos Miguelito y Nieves la pasaban en las cocinas con la ama seca, pues ya Polonia había abandonado a la pequeñuela; a los nueve meses. La misma suerte había tenido Pilarcita, así que doña Carmen estaba cuidadosa de la niña. La Benedicta era regularmente la que venía por las noches al salón, a recibir a la gente. Otras veces, la tía Manuelita, pero esta señora estaba también achacosa, de aquel tumor al vientre o al hígado. Doña Petra su madre era la más constante, aun cuando era el terror de las enfermeras porque su poco de sordera le hacía hablar fuerte sin darse cuenta; estaba afligidísima por Micha.

Eva, Alba y Lágrimas, con doña Teresa Roca, corrían con el interior de la casa, la ropa y demás. Fe, como ánima en pena, iba de aquí para allí envuelta en un pañuelo de lana, de fleco corto negro, con guarda grabada de cachemira de todos colores; era de su mamá.

Iba a que le diesen desayuno, que Eliodora solía presidir. Subía las gradas, deteniéndose en cada una para contestar mensajes. Desde que amanecía, indios e indiecitas de todos los tamaños venían a llevar noticias de todas las casas de la ciudad. Llegaba al salón; allí estaba un corro de señoras, silencioso y triste, bebiendo cebada: alguna de las Franco, Juana Manuela Zambrano de Suárez, Dolores Gutiérrez de Rivero, Juanita Velazco. La miraban con tristeza y lloraban a veces.

Fe no quería llorar ante ellas: la hubieran llevado lejos, a alguna casa amiga. Se iba a su ventana, donde tenía la casa de sus muñecas; bajaba a la Virgen del Rosario, la estatuita que había pintado el señor Don. La ponía delante, rezaba el Rosario y hacía promesas. Después se daba otra vuelta a saber algo: nada... Las señoritas enfermeras no salían, doña Diego tenía los ojos rojos e hinchados de llorar; estaba grave y preparaba en silencio los remedios. Lupe estaba en lo mismo.

La gente sentada en el salón o en las galerías conversaba en voz baja con Lor, con don Alberto Natusch, con Kino, con don Carlos Ibáñez, que podían dar razón a don Miguel Frías, al Dr. Santos, al Dr. Velarde, etcétera. Otras veces, la tarea de la cebada la tenía la tía Mariana, Felicidad, las Justiniano, doña Eudoxia Granados de Justiniano, Adelaida Cuéllar y doña Angela Pinto.

### 3.84 – EL SANTO VIÁTICO

Al fin un día la enferma, sintiéndose morir, pidió los sacramentos. Las enfermeras transmitieron a los médicos sus deseos, expresados casi por señas. Mardóñez dijo: "No hay por mi parte inconveniente". Armada Eliodora con este dicho se fué a Kino. "¡Por nada!", dijo éste, "eso sería matarla, ¡matarla de la impresión!" "No opina así el Dr. Mardóñez, dice que no hay inconveniente" "¡¡Eso ha dicho el colla!!, allá voy", dijo Kino.

"Pero hombre, Mardóñez, ¿estás en tu juicio? ¡¡Darle los sacramentos!!" "Sí, hombre, sí. Yo conozco a la señora, estará más tranquila si los recibe, y yo curo con más confianza a una persona satisfecha. Hay, lo sabes, íntima unión entre lo moral y lo material. Yo conozco a doña Micha, es capaz de sanar".

Rindióse Kino a estas razones. Vino el Padre Querubín, que ya había venido varias veces como simple amigo, a desempeñar su sacro ministerio. Encontró a su hija espiritual tan débil que desaprobaba, afligido, el método donde podía, es decir en el seno de la confianza de las enfermeritas. A la beatita Durán le dijo "es necesario que le den a escondidas un caldito, soy capaz de traer yo mismo una rajita de pan tostado del convento..."

Ello es que esa noche le dió un paroxismo a la enferma. Sintió un hervor o ruido

extraño, un vahido y el soplo helado de la muerte; en su corazón se encomendó a la Virgen Santísima, con sus hijitos... Vió a su esposo en el camino de regreso, que venía a marchas forzadas y que, a esa hora de la noche, sentado en una piedra meditaba... Después todo se oscureció y en medio de ese silencio, oyó una voz conocida ya: "Conviene que vivas". Poco a poco volvió a la realidad y se preparó para recibir el Viático.

## 4. Una joven cruceña

### 4.1 – LA ASISTENCIA ESPIRITUAL

Al día siguiente por la mañana, Kino con el «guión» o bandera-estandarte precedía al Santísimo Sacramento que traía el señor Cura de la parroquia del Colegio; de capa pluvial, por cierto privilegio del párroco. En el santo copón, no en porta-viático. Un gentío acompañaba, aun que no todos entraron al dormitorio de la enferma. Pero las fieles amigas que la cuidaban y su tía Manuelita encontraron muy humano dejar a la pobre Fe entrar a ver en tan solemne acto a su buena madre.

Micha experimentó mejoría. Las amigas enfermeras, quitados los escrúpulos por el sabio Padre Querubín, fueron alimentando secretamente a la enferma más de lo que los médicos permitían. De ese modo iba recobrándose y saliendo del peligro. Esa noche de tanto riesgo, oyó Fe este diálogo en la esquina del vestíbulo, entre doña Sinforosa y su esposo don Emilio Téllez.

"Hija, es tiempo de que nos vamos, son cerca de las 11" Doña Sinforosa se apoyó en el pilar, llorando: "No, Téllez; no me consolaría si mi comadre se muere y no estoy yo aquí". "Pero es que tú también estás enferma y no debes quedar más, vamos". "¡Dios mío! ¿Y mi comadrita?", gimió ella. El se apoyó en la baranda, sacó su pañuelo, lloró también y de pronto, con resolucion, dijo: "Mira, de todas maneras de nada le sirves aquí, y enfermándote qué será de nuestros hijos... Oye: toma mi palabra", y extendió el brazo hacia la sala, donde la Virgen de las Nieves resplandecía con los seis cirios humeantes, "prometo ir a comulgar a Cotoca si la Santísima Virgen cura a la comadrita. ¿Estás contenta?" "Sí, yo también iré a oír misa y comulgaremos allí". "Sí, iremos todos. Ahora, tú a acostarte y yo a volver a lo que se ofrezca. La vigilia a un militar no le es nada". Y se fueron.

Más tarde regresó Téllez. Se paseó largo rato acompañando a Kino, que había logrado hacer descansar al anciano padre de Micha, quien en su dolor y abatimiento hizo traer su colchón y tirarlo sobre la estera en un ángulo del salón, para que Kino no lo obligase a salir de allí, donde quedaba cerca de su adorada hija. Don Alberto, rendido y confiando en la centinela de Kino, se tiró en la estera, apoyando la cabeza en los pies del colchón de su anciano amigo.

Decía más tarde que había dirigido esta oración a Nuestra Señora: "¡Virgen!, ten cuidado; yo he ido a tu fiesta, pero si muere doña Miquita, nada más pelas (velas). Te alzo de ahí y te llevo a la última sala". Fe dió una vuelta a la pieza de sus hermanitos; todos estaban recogidos en un salón con sus cuidantas más Eva y Lágrimas.

Volvió a la sala en momentos en que, cansado de pasear, Téllez saltaba a acomodarse a dormir cerca de don Francisco. Como militar, dió el salto no sin pegar en la cabeza a don Alberto, que se levantó a componerse el cabello murmurando "este loco" y se puso a las órdenes de Kino. Don Carlos Ibáñez, despabilado ya, volvía de la hamaquita de Miguelito, donde había echado un sueño. Kino los dejó, para pasar en esa hamaquita el cuarto de la noche. Así velaban. Creo que también he contado que los canónigos venían una hora al anochecer, al vestíbulo.

Por fin llegó don Pedro una noche. Había venido a marchas forzadas; sólo dormía dos horas y volvía a emprender la marcha. Micha estaba todavía sin moverse de la cama, pero ya se iba conjurando el peligro y la gente disminuía la intensidad de su atención.

Don Pedro le trajo de obsequio una gran jarra de plata; una rarísima begonia de hojas rojas y ramillete solferino, que había arrancado de una peña en su viaje; galletas especiales, que él mismo despedazaba y echaba en el caldo de su querida enferma; un vino generoso, que le costaba hacer aceptar a Micha, enemiga siempre de vinos y licores. Entonces él le

echaba algunas cucharadas al caldo y Micha declaraba que así sí, que estaba exquisito, para que él quedase contento.

## **4.2 – LA SOLUCIÓN DEL CISMA**

Entre las promesas hechas por la salud de Micha, una fué hacer el vestido de gala de la patrona del convento Nuestra Señora de Alta Gracia. Don Pedro encargó a Sucre la lama dorada con flores rojas y hojas verdes. La imagen era de tamaño natural; las amigas de Micha la cosieron, ella había quedado casi sin vista de la penosa enfermedad.

Fe había ofrecido dar las más grandes y bonitas monedas de su monetario para el estipendio de una misa de acción de gracias. Enternecida, su mamá quiso sustituirlas por dinero común del mismo valor; pero no estaba conforme esto a la conciencia de Fe, que si veía la rareza de sus monedas, la dificultad de obtener otras iguales, la estimación que debía a esas dádivas de su padre, no se torcía a esas razones. Cumplió la promesa como la había hecho y entregó las preciosas monedas por la misa.

Hizo también Micha la promesa de procurar que desapareciera el cisma en esa pobre ciudad, disponiendo una conferencia en su casa, a la que invitó con instancia a su tío y a su confesor, las dos cabezas o jefes de los partidos opuestos. La querían tanto que no se la negaron; conferenciaron allí, pero no se llegó a nada práctico.

Al fin de ese mes repicaron las campanas la única solución que acabaría con la terrible cuestión que tenía angustiando al pueblo: el nombramiento de un obispo. Consagróse en La Paz y ya venía en camino: ¡qué júbilo! La comisión de alojamiento rogó a las señoras Seoane que les alquilaran la casa de la esquina de la Plaza, donde estaban los Tribunales y que desde la traslación de éstos, ocupaba doña Carmen Seoane de Ibáñez. Consintieron las señoras, no por otra causa que un recibimiento de respeto a la primera autoridad de la iglesia cruceña. Doña Carmen se trasladó a la casa de la otra cuadra, frente a la del Cónsul Argentino. Menos cómoda, por cierto, que la casa de altos que dejaba para el Señor Obispo.

Por su parte, el canónigo Ram, Vicario por voluntad del Cabildo Eclesiástico, pidió a Micha corriese con el adorno del frente de su casa, que a media cuadra de la Catedral, quedaba en el trayecto que el prelado debía recorrer para la entrada solemne a su Catedral. Micha aceptó con gusto.

## **4.3 – DON RICARDO LANDÍVAR**

El 20 de octubre, muy temprano, el pueblo se echó a las calles; unos con ánimo de ir hasta el Bajío, a dos leguas al Oeste hacia la Sierra, donde debía descansar un poco de las fatigas del viaje en el establecimiento industrial de don Ricardo Landívar. Este era el hermano del presbítero Nicanor y de las buenas amigas de Micha. Tenía molienda de azúcar, diversos sembrados de cereales para el consumo de su casa y peonadas, ganado vacuno y caballar, fábrica de barros y porcelana del país, jardines, plantas curiosas y experimentos de toda clase. Llenaba la casa de su madre doña Isabel de los dones de la naturaleza y de sus diversas industrias. Cuando para las fiestas religiosas o patrióticas venía a la ciudad, se lo veía contento, visitando a sus amigos. Don Pedro lo estimaba singularmente por sus proceder caballerescos, su laboriosidad y la amistad, que estrechaba un parentesco algo lejano con Micha; parecían hermanos.

El no necesitaba ni esperaba invitación para todas las fiestas de esta casa, ni para venir a presenciar las fiestas públicas desde el balcón; aparecía y era recibido con cariño hasta por los niños, porque el tío Ricardo podía enseñar a tejer finos lacitos de cuero, chononos para

las palmas de Ramos, a atar «el paujé», las gavillas de maíz con el nudo de mono, y tantas otras cosas.

Sabía servir a las señoras y señoritas con delicadeza y elegancia, bailar si se ofrecía, conversar con los amigos, bromear, etc. Después de haber mirado los diversos juegos que se desarrollaban en la Plaza, corridas de toros, palo jabonado, sortija; aplaudido a las comparsas de negros, dado bromas a las comparsas de abuelos, a cierto punto de la fiesta se salía Ricardo. Si alguien lo interrogaba, "ya vuelvo", decía el caballero medieval. Subía a su caballo, que de la brida tenía su sirviente, y se dirigía a la Plaza.

¡Allá va Ricardo!, decían las amigas de Micha, y toda la atención se concentraba en el punto donde se jugaba a la sortija. Allá pasaban jinetes como flechas; un grito de admiración general se oía si era feliz en ensartar la sortija, mientras que la falta de éxito causaba una risa y silbatina general que dos años después sirvieron a Fe para adherirlas a las fiestas paganas del Anfiteatro romano.

Ricardo cosechaba aplausos y premios. La Comisión de Señoras encargada por la Prefectura de discernir los premios llamaba al vencedor y, por cada victoria, iba atando al brazo del héroe moños de anchas cintas de seda, o de gasa de seda, de vistosos colores. Kino alcanzaba alguna vez un premio y Ricardo volvía con tres, sobre el elegante y oscuro traje. Lucían cintas con esponjados lazos celestes y punzó, rosa y blanco, que en llegando al balcón entre los aplausos, desataban y ofrecían a la dueña de casa y a sus más caracterizadas amigas. Ellas debían llevarlos en los brazos hasta la conclusión de la fiesta.

Este era el hombre que debía ofrecer primero la hospitalidad al prelado; no podía ser mejor, mandado hacer para el caso, con sus recursos delicados para festejar y complacer.

#### 4.4 – LA LLEGADA DEL NUEVO OBISPO

En la puerta de la Catedral los canónigos encargaron a las Pepes armar un arco triunfal. Fe no lo vio, pero sí el que las Landívar hicieron frente a la casa de Nicanor y otro, mucho más lucido, frente a la casa de ellas. Micha hizo alzar otro arco triunfal delante de la casa de Ram: una cenefa de gro celeste con fleco de plata partía desde la corona de bronce brillante que adornaba la cama de Fe, y que era el auxilio de todas estas tapicerías religiosas. Salía de lo común; seguían hasta llegar a la Plaza los diversos arcos de tarlatán de colores, cintas y flores.

Hacia las dos de la tarde, las Landívar vinieron a llevarse a Micha para hacerla descansar un poco, que les diera opinión sobre los adornos y que tomase refrescos. El Canónigo había dejado en la casa a su Secretario, un seglar Guaristi; una parienta campesina que, desde Buenavista, había venido a la ciudad, y como por su casa no pasaba nada, había venido a ver más de cerca. Por entonces, el rumor de las aceras llenas de gente decía "ya llegó el señor Obispo al Bajío". Fe, acompañada de Guadalupe, la Diego y sus hermanitos, estaba allí de dueña de casa. Micha debía volver a su casa después de la tarea para recibir a los parientes y amigos que fuesen al balcón a ver la llegada del señor Obispo a su «Palacio».

De repente, la buenavisteña sugiere a Fe: "Es necesario saber cómo es la cara del Obispo" "¡Guaristi! Monte a caballo, vaya al Bajío y vuelva a decirnos cómo es el Obispo. No se enojará el señor Canónigo si me ve. Allá está él... además, aquí hay un buen caballito para montura; vaya que le presten".

Guaristi, aburrido de la espera en la soledad, tomó la ocasión que Fe le daba, se agenció caballo y salió en dirección al Bajío. De allí volvió costándole enormemente llegar a la casa: a pie, tirando de la brida al caballito entre las protestas del pueblo, compacto en toda la calle. "¿Saben cómo es el Obispo?" dijo limpiándose el sudor y el polvo en aquel día de

fuego; "como don Pedro Gómez". ¡Qué pena le dió a Fe! Quería decir negro, cobrizo, amulatado, labios gruesos, etc.

Repicaban las campanas, llegó... Desde las ventanas lo vió Fe, bajo palio, con mitra, echando bendiciones y ahogándose de calor. Corría el sudor por sus mejillas, iba enjugándose ( ¡qué fatigado iba! ) dirigiéndose a la Catedral.

Ya lo había visto, ¿para qué más? Los sirvientes desarmarían más tarde el arco de triunfo. Fe con sus acompañantes regresó a su casa. Al entrarse el Sol, Micha con algunas parientas presentes, su padre y su esposo salió al balcón; el Obispo llegaba a su casa, acompañado por Ram y otros sacerdotes. Micha y sus amigas tiraron flores deshojadas a la vereda de la casa episcopal. Al pasar el señor Obispo agradeció con un saludo a las señoras y Ram le señaló a su sobrina, que ya había encargado a su tío pusiese su casa a sus órdenes para servirlo.

El 31 de octubre llegó una ocasión. Debía pontificar por primera vez el 1º de noviembre; al anochecer, el diácono familiar vió que al gremial de lama de oro le faltaban las cintas, y vino todo confuso a rogar a Micha lo sacase de ese apuro. Ya no era hora de procurarse cintas en el comercio, ni tenían el utilaje de un costurero. Ella lo tranquilizó diciéndole que tenía el mayor gusto en hacer ese trabajito y todo lo que en ese género se le ofreciese. Sacó una fuerte cinta de muaré de seda, sombreada desde el blanco hasta enrojecer en las orillas, que parecía un galón de tres centímetros de ancho; cortó unas largas bridas para sujetarlas al gremial, hizo unas presillas de seda muy bien hechas y en breve estuvo el ornamento en poder del diácono, que se fué muy agradecido.

#### **4.5 – FIN DE LA CUESTIÓN ECLESIAÍSTICA**

Todos esos días habló a sus hijos de las ceremonias que se verificarían en la misa episcopal. Aun cuando no fueran a ella, por el concurso numerosísimo que habría en esta gran ceremonia, de la que estaba privado el pueblo desde hacía diez años. Lo primero de que trató el señor Obispo fué del encargo recibido del Sumo Pontífice Pío Nono, de concluir con los bandos y restablecer la paz en el pueblo. En consecuencia, publicó impresa en hoja suelta una exhortación, que fué distribuida en la capital y territorio circunvecino, para que se diese en la fecha señalada un triduo de oración y penitencia para todos, al fin del cual se reuniría el pueblo en el atrio de la Catedral en construcción, para recibir la absolución general de todas las censuras y excomuniones en que podrían haber incurrido, tanto los de uno como los del otro partido del cisma.

Mandaba el Santo Padre que, desde entonces, nadie hablase ya de la «Cuestión Eclesiástica». Al oír Fe esa lectura, pensó en sus adentros que era cosa difícilísima este mandamiento, pues hacía pocos días el festivo Padre Núñez, maestro de ceremonias de la Catedral, había dicho: "Pasando yo por donde Basílica, la vendedora de carnes y grasa de puerco, llegó un muchacho con su vasija, sin duda a comprar grasa, y preguntó distraído: «¿Tiene cuestión eclesiástica?»..." De tal modo era ésa la preocupación de chicos y grandes.

Pero Fe quedó edificadísima de la obediencia de su pueblo al Papa. No volvió a oír nada, ni en el abuelo, ni en sus amigos, ni en sus padres y tíos, ni en Ram, ni en el Padre Querubín, ni en los sirvientes, ni en las niñas de la escuela; en nadie, ni la menor referencia sobre una cuestión que apasionaba a todos el día anterior a la publicación del Auto. Y ella misma, recién en estas Memorias habla del asunto, para consignar la difícil situación de la piadosa Micha y la sumisión de aquellos lejanos hijos de la Santa Iglesia Católica Romana.

¡Cuánta gente del pueblo se confesó! Micha con grande dificultad pudo hacerlo, y recibir la Santa Comunión para ganar este notable Jubileo. No llevó a Fe a recibir este sacramento, convenciéndola de que no debía quitar el tiempo al confesor, ocupado ahora



de los intereses espirituales de almas más alejadas de Dios y más necesitadas de la gracia sacramental. Y como Fe se afligiera de que tal vea no asentase bien la absolución general y el jubileo sobre su alma inconfesa, Micha le enseñó a confesarse con Dios, pues que no era por desprecio del sacramento sino por imposibilidad.

Declinaba el sol de la víspera de la numerosísima Comunión General. El Santísimo Sacramento fué llevado provisionalmente de la inmediata parroquia del Colegio (antigua capilla del Colegio de los Jesuítas) y se lo colocó sobre un sencillo altar provisorio, arreglado en el atrio de la nueva Catedral, frente a la casa de Micha. Notó Fe que, oh casualidad, los hombres de su casa habían llegado más temprano que de ordinario de sus respectivas ocupaciones o distracciones; conversaban alegremente en el salón, mientras Micha acomodaba en el balcón a todos sus hijos y también los domésticos de toda edad. Ella, en voz baja, repetía para ellos el «Yo Pecador» y actos de contrición. Al fin la campana anunció que había terminado la exhortación episcopal; el inmenso gentío arrodillado en la Plaza y que se apretaba en las galerías y aceras que la rodeaban, iba a recibir de Jesús mismo la bendición y general absolución. Fe vió que los hombres de su casa, su padre, sus tíos, salían al balcón; el abuelo se colocó cerca de Fe. Todos ellos doblaron la rodilla en las sillas que la prudente Micha había dejado vacías, detrás de la gente menuda. Fe vió a su abuelo golpearse el pecho... rezaba el «Yo Pecador» y se confesaba don Dios, como ella acababa de hacerlo después de una colección de actos de contrición, que sólo la Divina Majestad podía saber cuál era el más aceptable.

#### **4.6 – LA CONFIRMACIÓN**

Días después, el canónigo Ram anunció a Micha que el señor Obispo, accediendo a los deseos de ella, administraría a los niños el sacramento de la Confirmación.

Nuevo motivo de catecismo especial y de nuevas diligencias. Fe corrió al día siguiente a confesarse para recibir la gracia del sacramento, pero había tanta gente que recién pudo recibir la absolución a las once del día y no pudo comulgar por llegar a tiempo a casa.

Los padrinos se reunieron a las doce del día y a la una atravesaron la calle con Micha y don Pedro. La madrina de Fe era la virtuosa Mariquita Durán; la niña confirmanda vestía el hábito del Carmen. El Canónigo Ram debía apadrinar a Olfito, el médico Dr. Mardóñez a Pedrito, Kino a Manuelito, Lor a Miguelito y la beatita Mari Cruz Durán a Nievécitas. La ceremonia tuvo lugar en el salón del señor Obispo. Fe oró fervorosamente para recibir el Espíritu Santo y cree que sus hermanitos, hasta donde alcanzaba su razón, hicieron lo mismo. No puede dejar de reconocer los efectos del sacramento recibido, porque sintió desde entonces lo que no había experimentado antes, un deseo de instruirse mejor en la Religión, que la impulsaba a buscar con ansia las fuentes de esta Ciencia. Sentía gusto en ello; lo más a mano era el Catecismo de Mazo y el Curso de Religión, su fiel compañero. Las actas, enviadas a Buenos Aires a solicitud de Fe, dicen que esta Confirmación tuvo lugar el 5 de noviembre de 1870.

#### **4.7 – EL OBISPO MONSEÑOR RODRÍGUEZ**

Llegó diciembre. Ya el señor Obispo había venido a casa de Micha varias veces. El doctor don Francisco Javier Rodríguez era de La Paz. Había sido cura en un pueblito; en el ejercicio de su ministerio fué llamado, una noche en que caía mucha nieve, a confesar y auxiliar a un enfermo. De vuelta cayó del caballo entre la nieve y se dislocó un brazo; el compañero, incapaz de ayudarlo solo, fué a pedir auxilio. Vinieron a alzarlo y socorrerlo, pero esto no impidió que el brazo se le hubiera helado. Quedó más débil que el otro y con dificultad movía la mano izquierda, más chica que la otra.

Fué también capellán del ejército, y ahora Obispo. Era entusiasta por la música, así que en casa de Micha tocaba alguna vez con una mano y daba reglas a Fe para una buena posición de los brazos y las manos en el teclado.

#### 4.8 – EL ANILLO PONTIFICAL

Pontificó en la noche del 24. La lluvia caía a torrentes cuando vinieron algunos miembros del clero y mucho pueblo con una silla de manos, a llevar al señor Obispo a la catedral provisoria, situada en La Merced, a unas cuatro cuadras de distancia. La calle era un río como de 50 cm de profundidad cuando subió el prelado a la silla de mano; al subir perdió el anillo pastoral, que era una hermosa esmeralda. No se la encontró más, a pesar de que la buscaron al día siguiente, y varios posteriores, entre la arena de la calle.

Se presentó días después en casa de Micha y le mostró una piedra tan grande como la otra. "¿Qué le parece esta joya, señora?" "Algún ojo de buey, Ilustrísimo Señor; no es piedra fina".

#### 4.9 – EL EDIFICIO DE LA QUINTA

En la fuerza del verano salió Micha algunos días a la quinta. El edificio estaba muy adelantado; ya se distinguía perfectamente el retrete destinado a Oratorio de la Santísima Virgen.

NOTA: **RETRETE** - (Del Latín «retractus», retraído, retirado) - 1º Cuarto pequeño en la casa o habitación, destinado para retirarse o recogerse, especialmente a ciertas horas. | 2º Cuarto retirado donde se tienen los vasos para exonerar el vientre y satisfacer necesidades semejantes. Por extensión: común, letrina. (De la Enciclopedia Espasa) Respetamos este hermoso arcaísmo, primera acepción de la palabreja.

Un constructor gallego que trabajaba en San Francisco, don Remigio González, se había hecho cargo de los trabajos y construía las columnas de las galerías, que debían rodear la casa por los cuatro costados. En los altos no había sino un solo salón; todavía no estaba hecha la escalera para subir.

El lego de San Francisco, Fray Félix, había podado las parras y éstas estaban cargadas de racimos; como nunca habían dado. Cuando estuvieron en sazón ya Micha estaba de nuevo en la ciudad. Don Pedro, en una tarde calurosa, hizo por sí mismo la cosecha y envió a Micha dos bateas amasadoras, cargadas de hermosos racimos; luego, vino él de la quinta para presenciar el alborozo de sus hijos y de don Francisco, que reía con ellos enjugando algunas lágrimas, al ver la abundancia de un fruto europeo del cual, en otros años, apenas había vistos juntos doce racimos. Después de dar su parte a hijos y sirvientes, comenzó la repartición a los parientes y amigos. El primero al señor Obispo, al cual avisó su familiar del obsequio a las diez de la noche; lo vió con regocijo y, contaba a Micha, se levantó a las once envuelto en su capote, a gustar algunas uvas.

Expuesto don Pedro a esa agitación en un día caluroso y, más tarde, a las corrientes frescas de aire en los pasadizos de la quinta, contrajo una bronquitis que lo postró en cama algunos días, quitando a Micha el gusto de las uvas y de los dátiles; también los había dado la palmera por la primera vez.

La fiesta del Niño Dios se hizo como todos los años. Micha lo acomodó en un bonito Nacimiento. Kino y toda la familia concurren a la Catedral el 1º de enero; el Canónigo Ram celebró la misa y vinieron después todos a comer a casa.

#### 4.10 – ENFERMEDAD DE PILAR IBÁÑEZ SEOANE

Mas antes de terminar ese año 1870, debería haber hecho mención de algunos trabajos y pesares de Micha, aún delicada de su enfermedad de agosto. Cuando la dejó su ama, la pequeña Nieves quedó encomendada a Casimira, una joven indiecita que la quería mucho. La niña era como una muñequita fina, la muñequita de Lágrimas, que la vestía. Su madrina de bautismo Simonita Landívar gastaba para ella todas sus habilidades, confeccionando lindas prendas de ropita.

Esta niñita enfermó a fines de septiembre de una fiebre perniciosa, al mismo tiempo que su contemporánea Pilar Ibáñez, hija de doña Carmen Seoane. Hacía pocos días que Micha podía ya recibir en su dormitorio. Doña Carmen había enviado a este precioso lirio a visitar a su madrina y ella, sin encogimiento, había dado sus pasitos para ir a abrazar a Micha.

A principios de octubre estaban a la muerte las dos niñitas. Micha, cuidando a su hijita con resignación y diligencia silenciosa; don Carlos Ibáñez y doña Carmen, en una terrible aflicción: dos varoncitos tenían, pero niña sólo la hermosísima Pilarcita. Don Pedro suplía la ausencia de Micha, que no podía ir a la casa de esa afligida familia, por estar convalesciente ella y por el estado de Nievécita. Los médicos visitaban a ambas niñas, permaneciendo más tiempo donde era más ruidosa la aflicción de padres, tías, primas e infinidad de parientes.

Sabiendo Micha las pocas esperanzas que había, estaba ansiosa por saber de Pilar y consolar a su madre, que temían fuera a enfermar comprometiendo la vida de otro infante que venía. Envió a Fe a visitarlas. Esta encontró el salón lleno de visitas de señores; en otra sala, estaban las tías con muchas señoras. Doña Benedicta la invitó a pasar a ver a la niña; allí estaba la criaturita, fatigada de la fiebre, en los brazos de la Delfinita, que lloraba mucho dándole a horario de minutos ciertas cucharadas de bebida. Largo rato Fe tuvo el vaso, para facilitarle a la Delfinita esa bebida.

#### **4.11 – UN FLORIDO GALÁN**

La Delfinita era una joven que había quedado huérfana en su infancia. Ella y un hermano habían sido recogidos por una distinguida familia del frente de la calle, la señora Simona Durán y su esposo don Urbano Franco, que tenían bastante familia pero no importaba si su respetable casa era una garantía de consideración para estos pequeños.

Ayudando humildemente en todos los quehaceres de la casa, se había formado Delfina para todas las abnegaciones de la casa. Supo allí que era hermana de un militar que al presente estaba en Mojos; recordó Fe una escena o cuadro de allá por 1866 ó 1867, y no quiere perderla.

Una tarde Micha recibía visitas de sus amigas. Despedidas éstas, entró el portero con un variado ramo de flores y dijo: "Señora, el capitán N.N. le envía este ramo". "Déjelo ahí", dijo Micha; "déle las gracias y dígame que no se moleste". Pasó una tarde entera el ramo sin agua y Fe, que conocía la afición de Micha a las flores y que no quería por nada que se marchitaran, se admiró de ese desapego. A la semana siguiente, sube el sirviente con otro artístico y dorado ramo, "del señor Capitán N., con un saludo". "Míre", le dijo Micha, "no me reciba más ramos, ya tengo bastantes flores". "Está bien, señora".

Pasaron días. Sentada estaba Micha en el salón sobre una alfombra; tenía por delante varias piezas de la música de cilindro, que ya había limpiado cuidadosamente y estaba colocando con su destornillador; Fe, presente a la interesante tarea. Llega un sirviente: "Señora, el capitán N. le envía este ramo con sus saludos". "¿Pero no dije que no me reciban más flores?" "A mí... no, señora" "Bien. Pues sepa Vd. que debe decir a ese joven que no se moleste y no reciba Vd., pues tarea tengo con los que traen de la quinta". El sirviente se inclinó y salió. No bien lo hizo, rápidamente se levantó Micha y fué al

balconcito a mirar, con cuidado de no ser vista; en la esquina había un militarcito mirando la calle. Rápida retiróse Micha para no ser vista, tomó el ramo con lindo moño de ancha cinta y lo arrojó por la ventana a la calle. Y muy seria volvió a su ocupación.

Fe estaba estupefacta, no sabía qué pensar de eso de tirar las flores... Pero Micha había colocado el tornillo del volante que trabajaba en una cabecita de piedra rubí, o cerca de ella, y apretando el tornillo decía para sí "¡qué se le ha puesto! ¡falta de respeto a una señora casada! ¡tengo mi esposo que me traiga flores!..." Y apretaba el tornillo...

Ahora Fe, al ver a la Delfinita y saber el paradero del capitán del mismo apellido, creía que el destornillador o atornillador más bien había llegado a su cabeza.

#### **4.12 – DON DOMINGO PEREDO**

En ese mismo año 67 don Domingo Peredo (padre de Felipe Peredo), jujeño de los que la persecución de la época de Rosas llevó allá, viudo de la hermosa Rafita Mercado, contrajo segundas nupcias con la joven y preciosa señorita Socia Antelo. Don Domingo, que formaba nuevo hogar, tenía derecho a elegir sus amistades. Una noche espontáneamente hizo visita a don Pedro y Micha, llevando a su joven esposa. Comerciante que se surtía en Sucre como él, había estudiado a este rival en los negocios y codiciaba su intimidad, pero no debía obtenerla todavía. Don Domingo era caballero, pero exagerado en la manifestación de sus sentimientos; a veces hablaba afectando irritabilidad que no tenía. Eso no sentaba bien al carácter suave y enemigo de contradicciones de don Pedro, lo que era motivo de esquividad.

#### **4.13 – MUERTE DE PILARCITA**

Continuaremos con la visita de Fe a Pilarcita y su atribulada familia. Una de las parientas llevó a Fe adonde se encontraba doña Carmen. La niña se llenó de pena y compasión al ver a esta dolorida madre, sentada en el suelo, despeinada y llorando desconsoladamente; le dió los alientos que le enviaba Micha, diciéndole que toda su casa oraba por su ahijadita, que confiara en la oración. La señora distrajo su pena oyendo estas promesas y rogó a Fe que volviera a ver a su hijita, ya que a ella no la dejaban entrar adonde estaba.

El 11 de octubre la feliz niña entró en el Cielo, dejando en luto el corazón de sus padres y a todos sus amigos conmovidos. Ese día Micha veía como expirante a Nievécita; mas la oración, y el específico de don Francisco contra las fiebres, el agua inglesa, fueron de rápidos efectos en la salud de la niña.

#### **4.14 – EL DESPERTAR DE EVA**

Otro motivo de pena fué que Eva llegaba ya a la edad peligrosa. Siempre poco comunicativa con su padre y Micha, que hubieran podido guiarla, y franca y amistosa con las amas y sirvientas. Varios jóvenes ociosos, que se reunían en la botica a falta de confitería, empezaron a divertirse con la inexperta credulidad de ella, dirigiéndole cartas. Micha se vió obligada a confiar a Fe el secreto, para que al ir a la misa de precepto no cometiese la imprudencia, sabiéndose vigilada por Fe, de contestar a tales lisonjas.

Puso en conocimiento Micha a su esposo del peligro de Eva. Don Pedro la reprendió, costándole una enfermedad el esfuerzo y el enojo. Dijo a Micha que la hiciera frecuentar los sacramentos para que no se desviase, y aún llegó a ofrecer a Eva que, si quería ser religiosa, o siquiera recogida, la llevaría a Sucre a un convento, con una buena dote.

Las dos cosas, pensaba Fe, si me las ofrecieran, las tendría por gran favor. Frecuencia de sacramentos y convento, es decir servicio directo de Dios. Eva evadía lo primero dando el

lugar a otras y rehusó lo segundo lacónicamente. Fe solía ofrecerle "¿quieres que te lea la «Vida Devota de San Francisco de Sales»?" "No", contestaba riéndose, "quiero la vida de botín".

Al empezar el año eclesiástico en las témporas de diciembre, el señor Obispo ordenó de presbítero a su familiar don Aniceto Vallejo, quien rogó a Micha le sirviera de madrina; su esposo lo sería de vinajeras. Aceptaron, porque era pobre y no tenía relaciones en el país a no ser las Durán, de quienes era pariente. Micha fué la que llevó una ancha y hermosa cinta y perfumes para las manos del nuevo sacerdote.

Otro joven cruceño se había presentado a la llegada del señor Obispo. Era don Enrique, hijo del Dr. Franco y de doña Simona, hermano de la amiga de Micha Peregrina Franco de Oliva. Distinguido en familia, educación y piadosas costumbres; prometíase el pueblo mucho de este sacerdote, así que fué general el regocijo. El «Padre Enrique», como lo llamaban, era notable entre los jóvenes por la integridad de sus costumbres, aplicación al estudio y cultivo de las bellas artes; sobresalía en el dibujo y pintaba también.

Considerando Fe más tarde esta ordenación, ha reflexionado que, indudablemente, el privilegio y facultad de dar las Ordenes en tan corto espacio de tiempo es estupendo, aún cuando se tratara de don Enrique. Se ordenó de presbítero en estas témporas de diciembre y se fijó su primera misa para el 6 de enero.

#### **4.15 – LAS MOCEDADES DE DON FRANCISCO**

Resuelto había quedado el viaje de don Pedro a Buenos Aires en 1871. Micha temblaba ante este largo sacrificio. Su padre la animaba, con recuerdos de su permanencia en Montevideo, en las escaramuzas de la guerra de hacía años del Brasil con la Argentina, cuando pleiteaban la Colonia del Sacramento. Estuvo de guarnición en Montevideo en 1825. Ya en el 34, dejadas las armas, había dirigido los negocios de su tío en las minas de Diamantino y en las estancias de Mato Grosso; y ese año contrae matrimonio en Santa Cruz de la Sierra. Siempre había sido del parecer de que los viajes son necesarios al hombre, para darle amplitud de miras. El más entusiasta era don Angel Costas, el cónsul argentino. Se sentía un comerciante gastado ya; tenía la mira no sólo del desarrollo del comercio de don Pedro, sino de servirse de su lealtad para que negociara también para el surtido de sus tiendas. En consecuencia, empezaron a hacer acopio de caballos y mulas para el acarreo de la mercadería. Asimismo acopiaban oro en polvo, comprándolo a los mineros de Chiquitos. Las minas más ricas estaban en Santa Ana y en San Javier; los mineros, clientes de la casa de comercio, lo traían a cambio de mercaderías.

También compraba, como prueba, pellones de cuero de perico, de los que se decía que obtendrían buenos precios en la Argentina. Acopiaba de los otros productos, café y cacao, para ver si al cambio resultaba superior al deprecio de la moneda corriente boliviana. Así las cosas estaban.

El 6 de enero con gran gozo acompañaron don Pedro y Micha a las familias Franco, Suárez, Gutiérrez y otras, relacionadas con los padres y hermanos del presbítero Enrique Franco, a la primera misa que éste ofrecía a Dios ante sus padres y numerosísima concurrencia, en la parroquia del Colegio. Micha llevó también a Fe. Después de la misa y besamanos, todos acompañaron hasta su casa al nuevo sacerdote y a su familia para felicitarlos. Así se pasó esa mañana.

#### **4.16 – EL ORO PERDIDO**

Por la tarde, Micha salió a hacer algunas visitas y don Pedro a dar su acostumbrado paseo a la quinta. Cuando volvieron, encontraron ya en el salón a don Nicolás Cuéllar,

entretenido con los niños. Llegaron sucesivamente Micha, don Pedro, don Francisco con su dependiente Leonor, que depositó sobre la mesa las llaves del Escritorio y al pie una bolsa de dinero que traía; la conversación se animó mucho. Don Francisco, después de saludar al amigo, se acercó a la mesa redonda y colocó cuidadosamente, entre el piso rizado del florero y la lámpara, un paquete largo con oro en polvo; sólo Fe advirtió esta colocación, pues toda la atención de sus padres estaba concentrada en las interesantes conversaciones de don Nicolás.

Llegada la hora de cenar, invitaron a este señor a acompañarlos; no aceptó y se despidió. Micha se sacó los anillos y prendedor de perla rodeado de diamantes, los dejó sobre la mesa y bajó a comer con todos. Como de costumbre, a la hora de servir la mesa el portero cerró la puerta de calle, para ir a dirigir el servicio.

De vuelta de la mesa, don Francisco dijo a don Pedro: "Antes de nada ven a guardar esto..." y buscó entre las dos carpetitas rizadas el paquete de oro: no estaba. Se buscó por todas partes y no se encontró. Preguntados los niños y sirvientes ni sabían cómo era; Fe era la única que lo había visto, envuelto en papel fuerte color crema, ligado con hilo de pita. Según decían, eran 80 onzas. Uno por uno interrogó don Francisco a los niños y a los sirvientes. En Pedrito recaían más sospechas, por travieso; preguntado, respondió llevando de su mano al abuelo hasta el lugar donde dormía el loro.

No podían darse cuenta. Fe estaba segura de que ninguno de los niños entró a la sala después de la venida del abuelo. Discurrían que si ladrón hubiera sido, más fácilmente hubiera tomado la bolsa del dinero, las llaves y las joyas, que estaban más a la vista.

Eva y las demás jóvenes de la casa buscaron en los roperos, baúles, camas y ropa, por si los niños lo habían puesto por ahí, pero el más serio y disgustado era el portero, que buscaba en sus dependencias con todos los sirvientitos. En uno de los patios había un montón de maíz; espiga por espiga, ese hombre fiel lo hizo trasladar al rincón de una galería.

Sólo don Pedro conservaba su tranquilidad. Decía a Micha: "No te apures. mañana parecerá. Tal vez es broma que algún amigo habrá hecho, de día se verá". Pues todas estas diligencias eran a la luz de las velas. Lo mismo dijo a don Francisco, para que se recogiese a dormir tranquilo. Para hacer cesar las preocupaciones de todos, añadía la reflexión que solía hacer en tales casos, sonriendo a la mala suerte para conservar aquel gran don de su vida, la paz. "Más se perdió en el Diluvio".

Recogieron al fin. Durante la noche Micha tuvo el pensamiento de avisar a los plateros, por si iban a ofrecerles ese oro en venta. Con esta idea se levantó temprano e hizo prevenir al portero que estuviese listo para llevar un mensaje escrito al platero de la casa, don José Morales. Micha se puso a escribir en la mesa de su dormitorio mientras las jóvenes tendían las camas y acomodaban ese espacioso salón. Don Pedro había salido al salón principal y miraba por la ventana, o balconcito, a la calle, por si acaso los niños lo hubieran tirado allí. Fe era la única desocupada; apoyada en una silla, cerca de la puerta de salida del dormitorio al salón, contemplaba la escena. Micha, de pie, dando frente a la pared escribía. Antes de hacerlo, se había acordado que el día anterior, víspera de los Reyes, había pedido a su esposo que le diese la cantidad necesaria para los gastos de la fiesta de la Virgen de las Nieves, y él había prometido darle. "Ahora, Señora, ¿cómo le voy a recordar eso, si queda perdido este oro...?", y empezó su escrito.

Fe veía también a Eva tendiendo la sobrecama allá lejos, en el otro extremo de la pieza; al mozo portero con su sombrero en la mano, serio y triste, esperando en la puerta lateral que daba a la galería. Veía también a Nievécita venir desde la grada de esa puerta, trayendo medio ladrillito para armar, al medio del salón, una casita de muñecas con otros dos medios ladrillitos que había acarreado allí; ahora, sentadita en el suelo, los ponía de costado.

Cuando pone los ojos otra vez en ella, la ve levantarse con trabajo. Paradita dudaba, porque tal vea le temblarían los diminutos piecitos. Tenía un vestidito de percal con sus cotitas encarnadas, los suaves ricitos adornando su rostro pálido; tenía también el pesado paquete muy bien tomado por las puntas. No puede pensarse que hubiera estado oculto entre los tres pedazos de ladrillo, pues éstos no tenían sino a lo sumo 15 cm en cuadro y el paquete no menos de 25 centímetros; además, Fe había estado observando sus combinaciones. Más cuesta explicarlo: todo sucedió en un momento.

Fe, única que conocía allí el paquete. Exclamó al ver parada a Nievécilla con él en las manos "¡El oro!" y voló a pedirselo para tener ella el placer de entregarlo a su padre.

A esta exclamación vuelve don Pedro del salón, se vuelve Micha con la pluma en la mano. Nievécita rehusa entregarlo a Fe, dice: "No, tata" (debo entregarlo a papá). Se lo pide Micha, por descargarla, y la niñita dando un costoso paso mira a su padre y dice a Micha "No, tata" (no a ti, sino a mi padre tengo encargo de entregar). Llega a ella don Pedro y la descarga del peso, con gran alegría de los presentes y de la demás familia que iba acudiendo. "¿Quién te lo dió?" fué la primera cuestión que le presentaron. "Chiís" decía señalando con el dedo la ventana de la calle. Imposible que ser humano hubiera entrado por allí, en alto y con los vidrios cerrados; y aún cuando estuvieran abiertos...

La niñita en su media lengua decía los nombres de todos los de la casa y principalmente el del Hijo de Dios y de la Virgen María. Jesús era ese "Chiís" a quien atribuía la entrega por la ventana o puerta alta; puerta que estaba cortada a la mitad, de modo que la inferior estaba cerrada con barra atornillada o clavada y la superior se abría. Micha encontró muy natural este favor. Don Pedro lo encontró inexplicable y en silencio seguiría el parecer de Micha.

El portero José María era el más duro de rendirse. Después reunió en el corredor, cuando los señores se levantaron de la mesa, a toda la familia: las jóvenes Eva, Lágrimas y Alba, Fe y sus hermanos, la cocinera y todos los sirvientes y sirvientas. También este salón comedor tenía ventana a la calle algo elevada, con reja o balaústres de madera. Hizo venir a Nievécita, la colocó en un extremo de la mesa y le presentó el numeroso grupo, todos alegres y seguros. ¡Pero qué prueba tan audaz! Si la niñita hubiera obrado sin el auxilio divino, sólo Fe hubiera defendido a la víctima contra el portero.

"Dime, Nievécita, ¿quién de éstos te dió el paquete del oro?" "Unguno" (ninguno). "¿Fué éste? ¿Fué ésta?", y el portero le fué presentando. "No, no", negaba, y también con el dedito. "Fué Chiís, Chiís", y apuntaba a lo alto de la ventana que daba a la calle. El rostro del portero se pacificó y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios, que fué la señal de una risa general, mientras la cocinera y la niñera cubrían de besos en nombre de todos a la pequeñuela.

Llegó de Sucre don Pedro, adonde seguramente fué a comprar piñas de plata para remitir a Buenos Aires. Trajo entre otros obsequios a Micha una caja de finísimas y surtidas agujas de coser, que en lámina muy fina tenía el cuadro del Bautismo de Nuestro Señor y en las cajitas interiores, Jesús con el pan y el vino consagrado, San Juan Bautista niño, la Purísima Concepción. Todos los rostros eran muy perfectitos; pidió cajitas, las cambió y contentó el ansia de sus niñas por tener un medallón. Hizo llamar al platero y le hizo entregar chafalonía para que les hiciese relicarios. El de Fe tenía dos faces: el hermosísimo Señor de la Cena y la Virgen.

Por la diligencia con que había presentado dos cajitas vacías, hizo Fe todavía otra diligencia: pedir al Señor Obispo que las bendijera y les pusiese indulgencia. Con agrado accedió Su Señoría y le hizo extender un testimonio, en que constaba que le concedía 10 días de indulgencia por el credo y tres avemarías.

#### 4.17 – PREPARATIVOS DE VIAJE

En mayo todo era movimiento en la casa. Cuarenta hombres, contratados para conducir las arrias y caballadas de repuesto, estaban allí en esos patios entrando y saliendo. Preparaban los aparejos, a que no les faltara ninguna correa; cortaban largas tiras de cuero mojado, por lo menos de siete metros, para sujetar a su tiempo a los fardos; «bastaban», es decir rellenaban con blanda paja, esos aparejos; hacían colchoncitos de repuesto para las «mataduras» de los animales. Cada recua de diez mulas debía llevar tres mozos: el arriero, el ayudante y el guión.

#### **4.18 – RESCATAR A UN ESCLAVO**

Al mismo tiempo que se alistaban estos cuarenta criollos, había otra leva en la ciudad y sus alrededores: los empresarios de la «poalha», como llamaban los brasileros a la cosecha de la goma cautchouc o elástica, que se daba en los afluentes del Amazonas. Hacía tres o cuatro años que los empresarios, ofreciendo sueldos deslumbradores y, sobre todo, ADELANTADOS UNO O DOS AÑOS, llevaban a estos jóvenes que regularmente no volvían; y si llegaba alguno a contar el cuento, era éste de estremecer a las familias pobres.

Seis meses metidos dentro del agua en esos pantanos, picando los árboles; con el clima maligno, perecían sin auxilios espirituales, y si alguno salía, era derecho a morir a su tierra.

Así llegó un día doña María Diego y se abrazó desesperadamente a Micha. De diez hijos que habían llenado de consoladora algazara su pobre casita, la muerte había segado con tanta tenacidad que ahora, en su viudez, no le quedaba sino la hija casada, en otro barrio, y su Luis, el menor, que la acompañaba. Seducido por ver tanto dinero junto en su mano, había recibido y se había gastado el conchavo y ahora lo reclamaban para llevarlo como a un deudor esclavo.

Ella, que no había sabido nada de este contrato, se había ido a ver al desconocido que se lo llevaba: "¡Es hijo único, señor, ¿cómo lo contrató sin avisarme?" "Está bien: que devuelva el dinero". Luis decía haberlo gastado en arreglarse para el viaje «y despedirse debidamente de los amigos». Y para la madre, de todo esto no quedaban sino lágrimas y duelos de muerte. "Señora, no quiero que vaya con ese desconocido".

Aún cuando el número estaba completo de los alistados, don Pedro mandó el dinero necesario para rescatar la deuda de Luis, por las intercesiones de Micha, y lo llevó «a saber lo que es mundo» para complacer a la Diego.

#### **4.19 – EXPEDICIÓN A BUENOS AIRES**

Otros mozos preparaban y enfardaban las provisiones y enchipaban los mates o calabazas para llevar el agua para beber. Todo había que llevarlo en esos caminos. Otros hacían redes de cuero anudadas, ni más ni menos que una blonda, para sujetar mejor la carga sobre el lomo de las mulas; estas redes se llamaban «chipas».

Micha, siempre atenta a las almas, ni bien empezó este movimiento en su casa, reunió a sus hijas y las puso a hacer bonitos escapularios del Carmen, para hacerlos bendecir y poner a ese ejército. Ella se multiplicaba vigilando, con Pastor y los mozos particulares de don Pedro. También preparaba el alimento particular de su delicado esposo, para tan larga y peligrosa travesía. Don Pedro hacía limpiar sus armas para la defensa, si era el caso, contra el tigre y las tribus bárbaras.

En esto llegaron don Juan Bravo, Cronenbold y otros viajeros, que como hemos dicho, fueron a sacar las espinas del camino. ¡Qué camino!, aquello era el infierno. Cierto que en Buenos Aires la mercadería estaba casi tirada, pero los barro bravos les habían tragado varios caballos enteros. Todas las mercaderías se les habían mojado, todo lo pintado



llegaba en estado deplorable; apenas sacarían sus gastos con la venta del género blanco, pero habían sufrido mucho y la «peste de deslomar» había diezariado a sus bestias. Por último, había fiebre amarilla en Buenos Aires.

Esto alarmó de tal manera a Micha que por nada quería resignarse a este viaje. Pero don Angel, cónsul argentino, exhibía cartas y noticias: la peste concluía; cuando llegara don Pedro, ni el rastro habría ya del flagelo. Don Pedro llevaba como superintendente de sus arrias a su hermano Sótero.

Se acomodaron las petacas, el oro en polvo. Fe ayudó a su mamá a pesar de una sola vez una arroba de oro en polvo y a volver a llenar las bolsitas de cuero en que se contenía, que eran como botellas y botellitas de cuero bien cosido. Así era la que contenía el oro en el famoso paquete de que hemos hablado antes. Se las envolvía en papel, ataba y lacraba, expresando el peso del contenido. Luego, ropa encima completaba el relleno de cada petaca. Otros cajones contenían piñas de plata y plata sellada en zurrones.

Llegó el día. Micha hizo decir varias misas; colgó al cuello de cada mozo un escapulario, dió a su cuñado otro y puso a su esposo el que siempre le tenía prevenido para cada viaje. Y partieron.

La beata Joaquina vino horas más tarde con sus otras amigas a consolar a Micha. Contó que debía servir de feliz presagio éste: que por la calle de su casa llegaban todas las recuas que partían a Chiquitos para ir a Corumbá, y entraban las de los viajeros que habían regresado. Ahora bien, cuando una mula se les disparaba a otros, juraban de enojo y decían barbaridades. Mas ella había visto a estos arrieros de don Pedro, que en semejante caso decían ¡atajen, atajen por María Santísima a ese animal!

Micha, desde el día siguiente, llamó a Fe y le dijo: "Ahora no hay más remedio, para salvar a tu padre de tan grandes peligros, que pedírselo a Dios todos los días en la santa misa. Ve a la iglesia del Colegio y oye con devoción la misa y haz una visita a Nuestra Señora por mí, que estoy presa con los grillos de esta larga familia".

Todos los días iba la niña a misa, con su alfombrita al brazo según costumbre del país. Iba y la tendía al lado del Evangelio, a un metro de distancia de la grada del comulgatorio, y oía una o dos misas. Algunas veces, cuando su abuelo estaba algo delicado de salud, Micha le daba el permiso de pasar ahí a la media cuadra a la tienda principal, que él dirigía, para conversarle un poco.

#### **4.20 – EL ENTIERRO DEL PADRE HURTADO**

Así fué como presenció la llegada de la diputación india, que un día a las ocho de la mañana llegó de San Carlos derecho a buscarlo, para pedirle que los favoreciera. El pleito era, que acababan de perder a su querido Padre y Cura, el virtuoso don Eduardo Hurtado, que como se recordará con tantos sacrificios había construído la iglesia y hecho obra de apóstol entre esos pobres indios. El cura había muerto, y como muy dueños y señores de su padre espiritual, quisieron darle sepultura allí donde él había pedido ser enterrado, ante el altar lateral del Crucifijo o Calvario. El señor Obispo Prado se lo había concedido en presencia de los señores que asistieron a la bendición de ese templo, de los cuales uno era don Francisco.

Pues ahora salía el Corregidor hostilizándolos todo lo posible y les prohibió enterrar allí al cura, sino que lo enterraran en el pobre cementerio en la tierra. "Y vosotros, ¿qué habeis hecho?" "No enterrarlo. Lo hemos ocultado en una chocita y nos hemos venido a pedir favor al que fué testigo de la licencia del señor Obispo". "Habeis hecho bien. Bueno, tomad. Id a la recova y comprad desayuno para todos, y volved enseguida".

Los indios sólo tardaron el tiempo de ponerse una rosca de maíz al brazo y ya estuvieron listos. Don Francisco se fué a la Municipalidad, tocó «la campana del pueblo», salieron los

municipes. "¿Qué hay, don Francisco?" "Una injusticia que deshacer en este momento sin tardanza". Representó la queja de los indios y los despachó 20 leguas, hasta San Carlos, con un Decreto en forma para enterrar al cura en el lugar correspondiente. Dos años más tarde habían de volver con otra reclamación contra el Corregidor, que echaba sus caballadas a sus plantíos y hasta en el patio de la Iglesia, deteriorando la puerta lateral de ésta.

#### 4.21 – UNA NOCHE ACCIDENTADA

Los meses transcurrían rápidos. Un susto pasó Micha en este tiempo. En una oscurísima noche Lor, que dormía en su pieza que ya conocemos, había avisado a su hermana que esa noche estaba convidado a cenar, que volvería bien tarde; él tenía llave, no molestaría. A las observaciones de Micha contestó que trataría de volver lo más pronto posible.

Pero he aquí que hacia las 11 de la noche una de las sirvientas despertó a sus compañeras, para que oyeran los desesperados ladridos del perro en el patio de la cocina, y luego el chasquido de un látigo y el aullido de dolor del perro. Abrieron un postiguito pero no vieron nada por la densa oscuridad; sintieron pasos en la galería de altos de ese lado y ya no pudieron contenerse más. De paso por el dormitorio de las jóvenes les avisaron y éstas, asustadísimas, despertaron al sentir los empujones que daban a la ventana de su dormitorio. Micha, avisada, corrió con todos sus hijitos y sirvientes al balcón que daba a la Plaza, a pedir socorro a los vecinos, o a la Policía del frente de la Plaza.

La oyeron los vecinos inmediatos, que eran el Dr. Roca y su hermana doña Carmen Peña y salieron al balcón. Precisamente doña Carmen escribía sus «Memorias» en su velador cuando se le cayó la vela en el cortinado de ella, que empezó a arder. Corrió en su auxilio la sirvienta y su hermano y se habían quemado las manos los tres, pero habían dominado el llamarón. La poderosa voz del doctor Roca consiguió al fin hacerse oír de la Policía.

Cuando la patrulla llegó por el frente, se oyó por el costado de la casa el brinco de los ladrones o pícaros del techo de la cocina a la calle de arena, caída muy suave. La patrulla quería entrar a ver si quedaba peligro, reconocer huellas, etc., pero ninguno de los sirvientes se animaba a bajar. El viento era glacial a esa hora, la oscuridad profunda y se sentían castañetear los dientes de los niños, de miedo.

Al fin María la india bajó con un farol y abrió la puerta a los «celadores del orden». Reconocieron el revoque de la ventana caído, encontraron una sogá, algunas tejas rotas y eso fué todo. Se fueron a rondar pero ya los ladrones no estaban; prometieron volver pronto.

Ni bien irían por la otra cuadra alumbró un instante la parda luna. En la casa vecina, en los altos vivía doña Carmen y abajo estaba habitada por diversas familias pobres y unas costureras; alguien de ahí dió otra alarma, diciendo que había visto un hombre con pañuelo atado a la cabeza correr por esos techos. Volvió la patrulla a los clamores y se sosegaron los vecinos, con la seguridad de que quedaba guardia en el patio principal de la casa de Micha.

Mientras tanto doña Carmen, literata desprovista de chismes mujeriles, no sabía de dónde obtener jabón negro, que le recetaban sus vecinas para la quemazón. Porque en este común peligro, los de arriba y los de abajo habían cambiado ideas, sin la barrera social de las épocas tranquilas. Doña Carmen suplicó por el balcón a Micha que le proporcionase el ordinario remedio. Micha mandó a Eva, como más alta, que le tirase el bollo de jabón por donde se había convenido, desde el vestíbulo por encima de la pared divisoria, a que cayese en la galería de la otra casa.

Tiró la joven el bollo negro, del tamaño de una bala de cañón, y en esto se oye un clamoroso "¡¡MARÍA SANTISIMA ME FAVOREZCA, EL LADRON ME MATA...!!"

Nuevo ruido de puertas en el inquilinato vecino, acá risas; Eva reía sin poder articular palabra. La madre de la costurera Prudencia, aprovechando del armisticio, subía lentamente las gradas, encaminándose adonde doña Carmen esperaba el viaje aéreo de su remedio.

Este había caído en media espalda a doña N.N. y fué el último incidente de esa madrugada. Llegó Lor y despidió a la guardia, que se fuese a dormir. Al día siguiente vinieron algunos respetables vecinos a lamentarse de no haber oído nada.

#### **4.22 – UNA OFENSA GRATUITA**

Nada fué un poco de revoque desprendido, algunos latigazos al perro, etcétera. Pero sí motivó que una inconsiderada señora dijese a sus interlocutores, según (en mala hora) le refirieron a Micha: "No creo que fueran ladrones, sino los cortesanos de la señora de Rodríguez". Al referir Micha a su hermano y al médico tan temeraria injuria, con alguna amargura y tristeza dijo: "Dios perdone a la S. su inconsiderado juicio". Ambos oyentes se miraron serios; las venas les latían fuertemente, indignados. No dijeron nada. Después Micha, solicitada por el esposo de esta señora, aceptó con don Pedro el padrinazgo de un hijo suyo. El corazón de Micha sólo vió en ella a la mujer que se iba transformando por la virtud y la piedad, dejando como en lejano cendal los vicios de la educación familiar. Ella llegó a querer, más que eso, a venerar a Micha, que nunca volvió a acordarse, ni aún con Fe, de tan amarga y gratuita injuria.

#### **4.23 – TRASLADO DE RESTOS**

Don Pedro había dado orden al constructor de la casaquinta que construyese un nuevo sepulcro en el cementerio, para guardar los restos de la familia. Concluído y seco ya el sepulcro, Micha y su hermano Lor quisieron presenciar la traslación; concurren también las dos sirvientas antiguas de la familia, doña Lupe y doña Mariana. Fe suplicó que la llevaran; su mamá puso una condición: si acaso no venía el maestro de música la llevarían. Fe preparó una tacita de café a su buen maestro y mientras éste tomaba, le contó el asunto y su deseo de ir. Le pareció muy justo y dejó prontito libre a su discípula.

El constructor trasladó los cadáveres encontrados en la antigua tumba. Poco se encontró. De doña Anita, solamente el cráneo, que Micha y su hermano besaron llorando. Los restos de Licia ya no conservaban el orden, estaban mezclados. El que llamó poderosamente la atención de Fe fué el ataúd abierto de Neve, su madrina de bautismo; se fijó en la tapa, al parecer claveteada de tachuelas que desaparecieron al roce de la pala del albañil: era polilla. El cadáver estaba en los huesos, pero éstos conservaban su posición; el velo de tul que cubría su rostro estaba bien conservado, el hábito había desaparecido. La camisa con sus encajes estaba intacta, lo mismo las enaguas. Fe quiso tocar el encaje de la camisa y se quedó con un poco de ceniza entre los dedos.

Las sirvientas lloraban, recordando bondades de las tres difuntas señoras. El albañil y el constructor empezaron a sacar los huesos para llevarlos al osario; entonces apareció el escapulario de Nuestra Señora de Mercedes, perfectamente conservado en el pecho de Neve. El escudo estaba bordado con seda color violeta. Cuando todo iba siendo echado al osario, las sirvientas le dijeron a la niña: "Tú debes conservar algo de estos huesitos". Entonces tomó Fe una falange del dedo de Licia y un diente de Neve y fué a presentárselos a su madre, pidiéndole el permiso de llevarlos. Micha consintió.

Volviendo a su casa, supo que le había dado un nuevo ataque de parálisis a don Nicolás Cuéllar; estaba gravísimo. Micha corrió a verlo, no bien hubo presidido la cena de su familia. Esto sucedía en agosto. La fiesta de la Virgen se había celebrado en la iglesia del

Colegio, por estar más cercana a la casa de Micha; ahora la Virgen Santísima estaba adornada en el salón, donde rezaba Micha el Rosario con su familia.

Ardían esa noche seis cirios encendidos ante la imagen. Los niños quedaron encomendados a don Francisco y las demás jóvenes a la Diego, mama Antonina y Guadalupe. Al cerrar la noche, Fe no hallaba lugar seguro con el miedo a los muertos. No hallaba la paz, pues pensaba que si esos huesillos se los hubieran dado en vida, sería con gusto de las dueñas; pero así, podían enojarse con ella. Sentada en las faldas de estas buenas mujeres pasó hasta que llegó Micha y la tranquilizó, aunque no del todo.

Al día siguiente fué a contar al confesor sus temores. No es nada, le dijo él, pero más perfecto sería no tener esos apegos idolátricos. Fe resolvió, en su fuero interno, devolverlos al sepulcro.

#### 4.24 – MATRIMONIO DE DON FRANCISCO

Otro asunto de trascendencia se arregló en ese tiempo, porque Ram y Kino hicieron todo su empeño juntos. Muchas amarguras y lágrimas costaba ello a Micha; muchas oraciones y promesas. Ante Dios queda la historia, que sería muy larga, de las injurias, detracciones y murmuraciones que habían padecido ella y su esposo, de la pretendiente de la mano de don Francisco, creyéndolos el obstáculo de sus deseos. Y no, la resistencia era de él solo. Micha le suplicaba llorando que arreglase su conciencia; él se enojaba, y los años se acumulaban sobre el anciano. Micha temblaba de que le llegara la muerte, dejándola a ella con la amargura del morir alejado de Dios.

Ram, Kino y aún Lor, en lo que era allanar hicieron «un poder», como dicen los andaluces, y consiguieron de don Francisco el Sí a favor de la cincuentona doña Rosa Zarco, que era hermana del doctor Zarco, que fué Rector del Colegio Nacional de Santa Cruz. Antes del contrato, eso sí, quiso que ella fuera notificada de que los bienes que tenía pertenecían a sus dos hijos. Aceptó doña Rosa y se celebró el matrimonio, con un consuelo puramente sobrenatural fundado en la religión para Micha. Bendecía a Dios porque ya su padre recibiría los sacramentos, etc., pero sus lágrimas corrieron en abundancia a la memoria de la larga lista que tenía que perdonar, no solamente a su madrastra sino también a algunas de su parentela y servidumbre de esa familia.

La ceremonia religiosa la celebró Ram. Kino fué padrino y otros parientes de ambos contrayentes, testigos. Todo en privado.

Mas en la tarde del día siguiente vino Kino a pedir a Micha un acto heroico, sin lo cual el anciano tenía más la apariencia de un desgraciado que de un hombre feliz, ante esa familia que iba a ser la suya desde ese momento. Micha se lavó la cara para hacer desaparecer la huella de sus lágrimas. Kino, y Lor sobre todo, mandaron a Fe que se vistiese para salir con su mamá; sin duda se preocupaba Lor de su sobrinita y de que, al verla a su lado, se alegrase mejor esa comida o merienda de reconciliación. Kino llevaba a Micha; Lor acompañaba a Fe, quien creía interiormente llevar la misión de contener las lenguas en caso de que se desmandasen en indirectas mordaces según... según.

Felizmente no fué así, porque Ram ya estaba allí conversando alegremente con su cuñado don Francisco de tiempos muy antiguos, de política, etcétera. Las cuatro Zarcos estaban allí con sus diferentes grados de simpatía, y dos parientes más. Adelantóse doña Petrona a salidar a Micha, con quien en circunstancias se habían dado siempre muestras de benevolencia. Ubicaron a Micha en la mesa al lado de la buena doña Pastora, y al otro lado su padre, o Kino. Al lado de doña Pastora estaba la heroína de la fiesta, doña Rosa. Vió Fe que al entrar Micha se emocionó esta persona, que delicadamente vestía uno de los más ricos vestidos que, a nombre de su padre, Micha le había enviado como obsequios de boda. Cuando se allegó a abrazar a Micha, lloraba de placer la corpulenta señora; don Francisco

también lloraba de gozo y acariciaba a su nietita, que deseaba no mostrarse seria pero así nomás era. Fué colocada entre Lor y Mercedes Roca, con quien desde luego simpatizó. La otra hermana de doña Rosa, doña Juana...

Primero debo decir que todas las otras le parecieron a Fe nubes que, si en algún tiempo ocultaron en sus negruras rayos y granizos, ahora blancas las doraba el Sol, a tintes color de la paz y la felicidad. Habían llorado, y eso era buena señal. Mas doña Juana, con un tipo Du Barry o María Antonieta, apergaminada, con los ojos negrísimos y secos, los labios como los del padre de Desdémona mientras Otelo contaba sus batallas, todavía parecía una nube negra llena de hiel; no hablaba, observaba desconfiada las conversaciones de todos. Otras veces, juzgaba Fe, se había extralimitado aún más que la bonachona de doña Rosa; y ahora que veía los cabos atados, no podía creer en lo que la fe, la virtud y una buena educación pueden dar para hacer felices en el trato social. Concluída esta cena a las cinco y media o seis, regresó Micha a sus lares con sus parientes y allí lloró un poco, equilibrando el esfuerzo que había realizado.

No tuvo qué quejarse doña Rosa de las delicadezas con que la recibía Micha, para que ninguna nube anublase la paz del alma de su padre. Don Francisco siguió su tren ordinario de vida: muy temprano, oída la primera misa en la Catedral, iglesia de La Merced, que quedaba en la acera al frente de la casa de doña Rosa, se venía a la tienda, a comer con sus hijos, a vivir con ellos hasta la noche.

#### **4.25 – HABILITACIÓN DEL ORATORIO**

Así pasaba el tiempo, llegó octubre. El señor Obispo partió a la Visita desocupando la casa de las señoras Seoane; pensaba tardar muchos meses en Vallegrande. Dejaba aprobada la Cofradía de las Hijas de María de Nuestra Señora de Alta Gracia, en San Francisco, de la que más adelante hablaremos, y extendido el Auto de Concesión de una Capilla u Oratorio Público en la quinta de don Pedro Rodríguez y de su esposa, en vista de la declaración del señor Cura de San Roque (Aguilera), de que hallaba muy conveniente dicho Oratorio por lo alejado que quedaba el templo parroquial de esos parajes. Continuando el Auto, que sería exigido en honor de Dios Omnipotente, teniendo por patrona a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. Concedía el que pudieran cumplir con el precepto de oír misa todos los fieles que allí asistiesen, menos en las Pascuas de Navidad, Reyes, Resurrección y Pentecostés. Concedía semanalmente privilegio de altar a favor de las almas de los fieles difuntos. 300 días de indulgencia a la imagen de Nuestra Señora, por la recitación de tres Salves, y 100 días al Crucifijo del altar, por un Credo. No cabía Micha en sí de gozo al tener en sus manos esta Licencia, que le entregó el Canónigo Ram debidamente refrendada.

#### **4.26 – MUERTE DE CASIMIRA**

Nos vemos obligadas a volver atrás para señalar, probablemente en marzo o abril, la muerte rápida de la indiecita Casimira, como de 16 años de edad. Durante un paseo hecho por un solo día a la quinta, día caluroso, la joven quiso ir al baño después de algún ejercicio y rogó a la Diego la acompañase a los estnaques de baño. No dejó de observarle la prudente mujer que, después de acalorada, tal vez le haría mal; ella dijo que el agua, asoleada el día entero, estaría tibia. Accedió la doña María a llevarla. No bien hubo entrado cuando dijo que sentía haber entrado al estanque tan de repente, pues el agua estaba frigidísima.

Salió en seguida. La compañera la hizo andar apresuradamente para que entrase en calor. Poco después regresaron a pie, esperando que se pusiese bien. Mas esa noche cenó con

poco apetito y confesó a la anciana compañera que tenía con fiebre y tos. La Diego le dió los ordinarios remedios y la acostó. Al mediodía siguiente avisó a Micha que no parecía un simple resfriado, por la altura de la fiebre. Micha fué a verla y la encontró mal; inmediatamente hizo llamar al médico, que dijo que era un caso fulminante de pulmonía complicada, y que estaba gravísima. Afligida su señora, no pensó más que en asegurarle primero el alma antes de que perdiese el conocimiento; envió a buscar al Padre Querubín quien vino inmediatamente. Hacia las cinco y media la confesó y no le pudo traer el Viático, porque un cuarto de hora después comenzó a desvariar. El propio confesor de la joven, el Padre Nicanor, vino también a asistirle hasta su último suspiro.

Los médicos de la familia no estaban acordes esa tarde sobre la enfermedad de Casimira. Dictaban cada uno sus recetas, que Lor en persona iba a traer a la botica, que estaba cerca, pero nada fué capaz de salvarla. Micha oyó que decían uno al otro: "Lo verás mañana..." "¿Qué, qué sucederá mañana!", dijo Micha. "Vete tranquila", le dijo el doctor Landívar, "curará, no te aflijas".

La joven, en una espantosa fatiga y desvarío, murió abrazando el cuadro del Corazón de Jesús y diciéndole "Jesús mío, llévame a mi casa, que ésta no es mía". Eran las ocho y media de la noche.

#### **4.27 – AUTOPSIAS**

Los médicos habían pedido a don Pedro que no se diese sepultura a la joven sin que ellos hicieran la autopsia del cadáver, pues la enfermedad era rarísima y ellos querían saber cuál de los dos tuvo razón. Nada le dijeron a Micha hasta que, llevada al cementario a las cuatro de la madrugada, los médicos a hora conveniente hicieron la autopsia. Encontró el Dr. Mardóñez lo que opinaba y más que eso: el hígado se le había dilatado, parecía enorme, y uno de los pulmones había desaparecido.

A la hora de costumbre llegó contento de su triunfo y estudio al salón donde estaba la llorosa Micha. Pidió a Fe que fuese a pedir su desayuno y le pasó las manos por la cara, diciéndole "mira qué suaves se ponen de manejar carne humana". Entonces Micha lo sentenció a tomar en una mesita aparte su desayuno, lo que lo hizo reír todavía más.

No sé si hemos dicho la educación que cada uno de estos amigos decretaba para Fe y que se seguía en lo posible. El médico quería que bajase todos los días a degollar un conejo o ver matar una gallina; Fe asistía a ver despresar las gallinas. Conejo no, porque en su casa no gustaba esa comida a don Pedro; rara vez palomas, pues inspiraban lástima al dueño de casa. Cordero sí; se mataba, y Fe veía todo menos la primera herida. Una vez degollado, asistía a verlo despresar.

#### **4.28 – TÉCNICAS DE LA INDUSTRIA AZUCARERA**

Meses antes de su enfermedad, don Nicolás Cuéllar había dicho que, en un país azucarero, Fe se estaba criando sin saber esa industria, ¡y eso no podía ser! Al otro día envió dos grandes hormas de azúcar negra, tal como estaba cuando el caldo de caña, hervido y dado punto de cristalizar, se había echado en esas enormes macetas de barro cocido y batido con ligereza, para que reuniera al medio, antes de endurecer, la melaza o «liento».

Envío también barro greda especial, para que fuera batido por los dos mozos expertos ante la niña. Colocaron las dos hormas o «panes» en su andamio, en la despensa de la casa, y empezó la operación. Uno de los panes estaba destinado a perderse y señalaron a la discípula el porqué; y el otro, a hacer el blanqueo de la azúcar con todas las reglas.

Destaparon las «caras» de los dos panes y señalaron a Fe la azúcar rubia, mostrándole hacia el centro manchas todavía más rubias. Cavaron allí y sacaron el liento, explicándole que era refractario al blanqueo y a «criar» grano. Una vez libre de todas esas partículas de melaza, rellenaron con azúcar el hueco formado al extraer el liento y lo apretaron con una maceta de madera. En uno de los panes echaron la greda tan deshecha en agua como un barniz; al otro pan de azúcar le echaron la greda no tan deshecha, dejándole algunas bolitas.

El resultado fué una azúcar blanca, dura y dulce en el primer pan, y en el otro una azúcar fofa y perdido su dulce, que todo se había ido en miel por el orificio que estaba preparado para recogerla.

#### 4.29 – LA BIBLIOTECA

Al empezar este año 1871, le fué entregada a Fe la llave de la biblioteca de su padre, para que cuidase de la conservación de los libros que allí había y los preservase de la polilla. El árbol de la ciencia del mal estaba allí, junto con otros libros que representaban la ciencia del bien. Micha advirtió a la niña y ésta jamás los abrió.

El Bien estaba representado por la Historia Universal en 36 tomos, por Cantú; por todas las obras de Chateaubriand, del cual Fe podría leer «El Genio del Cristianismo», si gustaba, y «Los Mártires»; «El Criterio», de Balmes; «Apuntes para la Historia de Bolivia»; «La Creación», poema de Tobar; varios otros ejemplares de Geografía, Filosofía, Aritmética y de otros estudios; los monumentos de todos los pueblos, con láminas sobre acero; «Don Quijote», láminas sobre acero; «La Vuelta al Mundo», viajes, y otros de menor importancia.

El Mal estaba representado por «El Judío Errante» de Sué y «Los Miserables», de Víctor Hugo.

Había una obra en cuatro tomos que llamó la atención de Fe, pues no sabía cómo clasificarla; nadie, al parecer, la había leído. ¿Por qué? Porque la trajo don Adolfo Cohen, el judío. Así se lo dijo Micha. Era «El Evangelio en Triunfo» de Pablo Olavide. Un sacerdote se lo había encargado a don Adolfo cuando fué a Lima, después de su primer viaje, dándole el dinero necesario para su adquisición. Cuando el judío regresó a Santa Cruz con la obra, ya el sacerdote había fallecido. Micha añadía que don Adolfo le dijo: "Señora, le dejo esta obra por si alguien la reclama a nombre de ese sacerdote N.N. y si no, a su familia servirá. A mí me es inútil". Y así iba pasando sus años en la biblioteca hasta que Fe, tentada por el título y el haber sido solicitada por un sacerdote, lo que impresionaba a su favor, decidió arriesgarse. Miró las láminas de la portada de cada tomo y no le parecieron mal; adelantó la lectura y vio que era religión. Se llenó de alborozo y fué a decirlo a su mamá.

Al día siguiente vino Kino. Como siempre averiguaba por la ocupación intelectual de Fe, Micha le contó del hallazgo. "Trae acá eso, lo veré" dijo el abogado, "porque hay que andar con cuidado en ello. Hay dos obras, una mala y otra buena; la una es «El triunfo del Evangelio» y la otra «El Evangelio en triunfo»". Temerosa, la niña trajo a su tío el primer tomo en que se entretenía; Kino examinó el autor y dijo a Micha: "Es la buena, se puede leer".

Como su madre le había ponderado «Los Mártires», empezó Fe a leerlos. Asomaban por aquí y por allí sonidos inarticulados de un bellissimo canto a la Religión, pero la masa de Mitología que los rodeaba, molestaba. Y Fe no gustaba, en su ignorancia, sino de lo que entendía: los cuadros cristianos. Probó a leer «El Genio del Cristianismo», de que gustaba su madre; tampoco le encontraba asunto, por entonces.

Mas ahora que iba todas las mañanas a misa al Colegio, en un librito de Ejercicio Cotidiano o en «La Devota Boliviana» leía sus devociones. A veces dejaba el libro para contemplar los labios de la anciana doña Juana Cuéllar, rezando multitud de oraciones en las cuales, encontrando lo que tocaba a sus necesidades, lo señalaba a la atención del Señor alzando las cejas de un modo especial.

Desalentada quedaba Fe. Cuándo podría ella aprender tantas y tan bellas cosas para Dios Nuestro Señor.

#### 4.30 – CAMINO DE LA PENITENCIA

Un día la aguardó en las gradas del atrio la señorita Casta Bustamante y le dijo: "¿Tiene por ventura tu mamá «El Genio del Cristianismo»?". Fe contestó afirmativamente. "Si consigues que me lo preste, yo te prestaré a ti un libro que te agradará muchísimo". La niña habló a su mamá y ésta accedió con gusto, pues estimaba mucho a las señoras Bustamante por sus virtudes. La joven Casta trajo otro día un ejemplar de la obrita del Padre Claret «Religiosas en sus casas, o las Hijas de María» ¡Cuánta luz y consuelo dió esta obra a la lectora! Leía también algunas veces delante de Micha, que en cierto momento empezó a llorar.

Fe interrumpió la lectura, mirándola con sorpresa interrumpir su labor para secarse las lágrimas. "Continúa nomás", dijo. "¿Por qué llora Vd., está enferma?". "No, lloro porque yo he perdido el derecho de esas almas felices, las vírgenes que se consagran a Dios". "¿Cómo lo ha perdido?", dijo sorprendidísima la niña. "Dividiendo mi corazón entre el amor de Dios y de tu padre, y rodeándome de Vds., que quién sabe si logre darlos todos a Dios. Ya ves, no puedo ir ahora por el camino fácil de la Inocencia, y debo ir al Cielo por el doloroso de la Penitencia".

Un escalofrío recorrió los miembros de Fe. ¡Qué delicado es Dios! También iré a Él por el camino de la Penitencia. Y resolvió consultar sobre ese punto al Padre Querubín.

#### 4.31 – NUEVAS DE BUENOS AIRES

Pocas noticias llegaron del camino de Chiquitos al puerto de Corumbá. Que estaba en territorio boliviano; de él se apoderó el Brasil estableciendo allí un campamento, pero que todavía Bolivia lo consideraba suyo por no estar pactada la ocupación.

Después de cuarenta días llegó la primera carta desde Buenos Aires. Don Pedro aseguraba el buen estado de su salud, las atenciones que le había dispensado el cónsul boliviano señor Carranza, los buenos oficios de la casa de Alcorta, quien se encargaba de la venta de los valores, y de la recién abierta casa de Francisco Uriburu, que había recibido los frutos del país para probar su venta. Contaba también de los bajos precios de ciertas mercaderías, que a su parecer compensarían con creces el ímprobo trabajo y gastos de aquel penoso viaje, y que estaba satisfecho de haber tomado conocimiento de esa plaza. A su juicio, las dificultades del camino cederían por fin a la frecuencia de los transeuntes, es decir al comercio.

Gozosa quedó Micha con estas noticias, que comentaba con su padre, con el cónsul argentino y con otros amigos de don Pedro. En una segunda misiva llegada quince días después, le anunciaba que preparaba su regreso y que el 5 había oído la misa en una iglesia, la más próxima al *Hotel del Globo* donde se había alojado.

Micha hizo con todo fervor en familia la Novena de San Miguel y trabó también relaciones más estrechas con San Rafael; le hizo la Novena pidiéndole su asistencia en el viaje de su esposo.



#### 4.32 – EL PRIMER CÓNSUL BRASILEÑO

Con la ausencia del señor Obispo, las señoras Seoane se disponían a trasladarse a su casa, más próximas a Micha. Sin embargo, tuvieron que cederla a la comisión encargada de preparar alojamiento a un cónsul brasileiro, que el Imperio enviaba por primera vez a Santa Cruz de la Sierra. Fué éste don José da Silva etc., hombre arrogante y de buena presencia, que decía ser casado en Montevideo con una distinguida dama y que se había hecho notable durante la guerra del Paraguay, en los combates de la escuadra brasileira. Mucho se alegraron algunos por esa novedad, que interrumpía la monotonía de los días iguales.

El abuelo de Fe lloró de gozo al ver izada en el balcón del frente la bandera del Imperio, por las razones que se dijeron en el Primer Libro de esta Historia. El había hecho en su juventud su servicio militar bajo el mando de don Pedro I. Estaba de guardia en el Palacio el 2 de diciembre, cuando nació Pedro II. Defendiendo la independencia se había batido. Había ganado aquella medalla oval, de fondo de oro con su rama de laurel esmaltada; la rodeaba un plegado de cobre y la coronaba el escudo con una corona de oro, todo ello pendiente de la cinta patria y el letrero «Independencia da Bahia». Concedía el derecho al poseedor de la medalla de cuatro leguas de terreno en territorio brasileiro, los que nunca negoció el generoso portugués.

#### 4.33 – FUNDACIÓN DE LAS «HIJAS DE MARÍA»

El Padre Querubín pensaba hacía tiempo organizar una Asociación piadosa no tan severa como la Tercera Orden de San Francisco, que permitiese afianzar y hacer más práctica la piedad de las señoras y niñas que frecuentaban la iglesia de San Francisco, en busca de la dirección espiritual de los padres franciscanos. Además, su devoción a la Santísima Virgen, que inculcaba siempre a sus dirigidas, lo inclinaba a que esta Asociación fuese de Hijas de María. Escogió por tipo a la Purísima Concepción de Barcelona, poniéndola acá bajo el patrocinio de la Patrona del Convento, Nuestra Señora de Alta Gracia. Le fué concedido el permiso episcopal. Habló a algunas beatitas jóvenes para formar los primeros tres coros, de a nueve señoritas cada uno.

En cuanto esto columbraron las casadas, las solteras de edad, etc., asediaron al Padre a preguntas: ¿ellas? ¿pero Padre, y las que no son jóvenes?... "Sí, sí, id tranquila", dijo a una buena terciaria, cuya hija llevaba el apellido de su madre, "id tranquila. Hagan coros de señoritas, de señoras casadas, viudas, y de las que ya no sirven".

Así lo hizo, encontrando su idea un entusiasmo grande en todas las interesadas. A las jóvenes, las obligaba su Reglamento a sortear la semana entre ocho o siete de ellas; a la que le tocaba, por ejemplo, el boleto LUNES, debía hacer en dicho día, durante todo el mes, la comunión sacramental y una visita completa a la Santísima Virgen, según el formulario que en un cuadernito les daba impreso. Si estuviese la Hija de María impedida de cumplir, por enfermedad u otra causa, debía avisar a una de las suplentes para que lo hiciese por ella. Por eso los coros eran de nueve personas.

En cuanto a las casadas y señoras de gobierno de su casa, sorteaban los días del mes. A la que le tocaba, por ejemplo, 19, debía comulgar y hacer la visita a Nuestra Señora en ese día; caso de no poder, avisaría a otra de su coro para que la supliese. Nada podía haber más oportuno para aliar a las buenas, ya fuese humilde o elevada su condición. Dictaba el cuadernito de la Asociación una consagración diaria, los gozos de Nuestra Señora de Alta Gracia, «Bajo tu amparo» y tres avemarías. Los días señalados, la del turno hacía además cinco peticiones a la Virgen: 1° su protección particular; 2° a la asociación; 3° su aumento;

4° por los pecadores; 5° por la mitigación de los castigos del Cielo. Y terminaba con las Letanías.

Fe se llenó del más vivo deseo de pertenecer a la Asociación, cuando vio el escapulario azul que llevaban ya las Durán, la Joaquina y otras. Pero su edad, 11 años; su maldad, que la hacía temer una repulsa; y la dificultad de obtener el permiso de sus padres para confesarse y comulgar cada ocho días... Las Duranes se lo allanaron todo. Micha medía, como Fe, la dificultad de que cumpliera. El Padre Querubín no manifestaba diligencia en ello.

Resolvióse Fe a pedir su admisión al mismo tiempo que su mamá había sido alistada en un coro de 30 señoras casadas, viudas y solteras de edad, entre las cuales estaban las señoras Luisa y Salustiana Bustamante, Julia L.R. de Arano y otras. Fe fué recibida suplente del coro de Nieves y Petrona Pinto, Ninfa Apodaca y las beatitas Rosenda y María de Jesús, que eran las que más distinguía. Tomaron el santo escapulario de la Inmaculada, el azul con una artística «M» adelante y una cruz rodeada de seis estrellas en la otra faz del escapulario.

Desde luego produjo el bien de proporcionar trabajo a esas virtuosas señoritas pobres, que mezcladas con las ricas recibían el encargo de bordarlos. La Joaquina corrió con el cuidado de encargarlos para Micha y Fe. El librito reglamentario señala el día de su entrada en la Asociación, a mediados de octubre de 1871, el día 19, ó el 21.

#### 4.34 – JOSÉ MARIANO DURÁN CANELAS

Las señoras Seoane venían algunas noches a acompañar a Micha, que no salía, y encontraban allí a veces a las Landívar pero en raras ocasiones a las Durán. Lor tocaba el piano y las señoritas Franco, Asunta y Pepa, siempre llorando a su buena madre doña Dorotea, se entretenían un rato. A veces, el flamante doctorcito hermano de Mariquita Durán y de Mari Cruz, José Mariano Durán Canelas, venía a echar su cuarto a espadas; conversaba de Sucre y enseñaba los pasos de baile a las dos jóvenes. También quería dar lecciones a Fe. El era muy bajito y feo, respetuoso con las señoras; era como un hermano menor para Lor, que lo apreciaba mucho.

Poco a poco don José Mariano fué entrando en cuestiones con Fe, que ni siquiera intentaba proponer a sus otras discípulas. Acerca de Religión, negaciones de puntos de doctrina; Fe abría tamaños ojos, alarmada con tan inaudita conversación. Acudía en busca de proyectiles y medios de defensa al «Evangelio en Triunfo» y Micha oía sus respuestas complacida, pero no era sin fatiga, disgusto y repugnancia que oía al hermano de sus queridas amigas un altercado tan opuesto a la piedad de ellas, tan difícil de contestar victoriosamente siempre. Por lo que las dificultades crecían cada tarde o noche.

Un día que no tenía otras visitas, Micha le dijo: "Mira José Mariano, si has de venir a turbar la tranquilidad de mi hija en su fe, mejor que no vengas". "¡Al contrario, señora!", dijo él, "no la turbo sino que sondeo la solidez de la base de sus creencias, porque yo deseara que la piedad de mis hermanas y de todas las beatitas asentara sobre una firme e ilustrada preparación catequística". "Y le sienta así", le dijo Micha; "meditar en Dios con frecuencia y las buenas obras le ayudan a adquirir mayores luces".

"Pero ¿de dónde sacas tú esas luces?" preguntó el collita a Fe. "De aquí", le contestó ésta alegremente, mostrando al doctorcito un tomo de «El Evangelio en Triunfo». Quedó gustosamente sorprendido: "¿Quieres prestármelo?" Fe miró a su madre y ésta dijo "Sí, llévalo, que te servirá para no hablar tanto disparate". Largo tiempo lo tuvo en su poder, y Fe vió con gusto que ya no hablaba de la Religión.

En esto llegaron un francés y un español del camino de Corumbá, en busca de suerte y empleos. Trajeron a Micha la mala nueva que los recién llegados contaban: que don Pedro

había perdido, por la peste, todos los animales de carga que llevó; que estaba loco, en Santiago de Chiquitos; y repetían los horrores del camino.

Cuando algunos amigos alarmados se lo refirieron todo a Micha, ésta contestó: "Admito que mi esposo haya perdido todo en ese mal camino; pero no admito por nada que él por intereses materiales haya perdido la razón. Mejor es él que todo eso y muy por encima está de la avaricia".

Así, para favorecerle en su penuria por falta de medios de transporte, pidió al señor Franco y a otros amigos le proporcionasen algunos caballos que envió a su encuentro. Poco servicio pudieron prestar por el conductor descuidado, aumentando los gastos. No obstante, era lo que cuadraba a ella hacer, contra esa triste noticia.

Poco después, por una urgencia comercial llegó uno de esos extranjeros a presencia de Micha. "¿Es Vd. el que ha dicho que mi esposo está loco?" "Señora, no conozco la noticia que he dado. Lo único que dije fué «la mayor parte de las bestias de carga perdidas por la peste, es como para volverse loco». Vea Vd. cómo la han desfigurado. Yo he visto al señor Rodríguez tranquilo entre tantos desastres, contratando arrias de bueyes a los vecinos de Chiquitos. Me alegro de que esta ocasión se me haya presentado para sincerarme con Vd., señora, de esas mentiras que siento particularmente por Vd."

#### **4.35 – CULTOS**

Fe seguía frecuentando la iglesia del Colegio a la hora de la misa. Ahí admiraba el fervor de la anciana doña Juana Cuéllar: ¡cuánto rezaba de memoria aquella señora! Fuera del número de novenas que llevaba en su pañuelo para leer con anteojos, sujetos no sólo como de ordinario sino con un delgado hilo de pabilo desde la curva de la nariz, por la frente y hasta la nuca, donde encontraban un broche. Los cartílagos de sus orejas eran tan débiles que no sostenían el peso de las varillas, y se ayudaba con esta «cuarta» que, por la costumbre, era ligerísima de poner y quitar.

Por la tarde solía Fe ir a San Francisco; acompañada por su mamá, cada mes, y con más frecuencia ella. Iba con Pepa Franco, que la esperaba en la otra esquina, y con un sirvientito, Sebastián o Ignacia. Allí se confesaba y cumplía con la visita a la Santísima Virgen de Alta Gracia. El 30 de cada mes se reunían todos los coros en la iglesia y el Padre Querubín les hacía una plática, que terminaba por el rezo de la Visita Mayor y un cántico. Después, mientras imponía el escapulario a nuevas socias, los coros sorteaban sus semanas (y los de casadas, los días del mes) y se retiraban a sus casas.

#### **4.36 – EL SARAO DEL CÓNSUL BRASILEIRO**

El acontecimiento social de mayor resonancia en noviembre fué el baile que había anunciado el cónsul brasileiro. Debía darse el 2 de diciembre, fiesta imperial del nacimiento del Emperador Pedro II. Había aguardado esta ocasión para concluir el arreglo y amoblado de su casa para entrar de lleno en las relaciones sociales, con las familias que más se distinguían en Santa Cruz.

Todo el mundo creía que Micha no debía faltar, viendo que era aquélla que por cariño siempre había sido llamada «la portuguesa», nombre que también le daban a Fe en diminutivo. Ella decía que, indudablemente, si su esposo hubiera estado allí, la hubiera llevado. "Pero tienes a tu padre y a tu hermano, y ellos van a concurrir..."

Era cierto. Don Francisco se había alejado desde hacía mucho tiempo de toda visita de cumplimiento; rara vez, y en caso de enfermedad solamente, se lo veía donde doña Inés o donde don Nicolás Cuéllar. Pues ahora, llevado del deseo de ver el retrato al natural del querido emperador, iría al baile. En esto había influido, además de los ruegos del cónsul,

las urgencias de su aliado el cónsul argentino, que quería tenerlo a su lado. Don Angel aún instó a Micha para que fuera, diciendo que él había confiado sus hijas en Sucre a Rodríguez para que las llevase a tertulias de compromiso, ¿por qué ella no había de ir, entre su padre y él, que se consideraba autorizado como un padre de su esposo?

Micha rehusó. Entonces el viejo alabó su firmeza y le dijo que él iría por un momento a cumplir, daría una vuelta por los salones y volvería a contarle sus impresiones.

Micha ayudó a adornarse a sus amigas, prestó figurines de «La Moda Elegante» de París, que recibía con el «Correo de Ultramar», y aún decidió a la llorosa y melancólica vecina Carmen Peña, que la visitaba con frecuencia para desahogar su corazón, a que fuera al baile. Le prestó joyas y le ayudó a coser su vestido, pues fué una resolución de última hora y las costureras tenían más compromisos de lo que podían.

#### 4.37 – CARMEN PEÑA

Esta pobre Carmen había sido única hija, niña mimada de una rica hacendada de Vallegrande; dotada de una rara belleza, rostro oval y ojos brillantes como el azabache, fué criada con refinamientos de princesa. Era muy blanca; una servidumbre de negras la vestía y servía como a una princesa oriental. Al morir la madre, encomendó a esta hija joven y su fortuna a la solicitud de uno de los senadores cruceños, que periódicamente se alojaba en su casa, de ida o regreso de la Asamblea Nacional.

Este tutor la llevó a Santa Cruz, a completar su educación con profesores en su casa, continuando en asistirle la misma servidumbre de sus negras Criada de ese modo, educada entre los libros y sociedad de un abogado, en un celoso aislamiento con escogidas amistades y pocas amigas íntimas, llegó soñando novelas adonde comienza la edad núbil, aun cuando esa vida la hacía parecer de veinte años.

En una ausencia del senador, llegó con cartas de recomendación del general argentino Saá un tratante en ganado equino de apellido Padilla, hombre de buena presencia y cabellos grises. Tan ligera anduvo la desgracia que Carmencita aguardó a su tutor y en llegando le participó su elección. El abogado le propuso otros partidos, pero no pudo vencer el sino de Carmencita, que contrajo matrimonio, allí en su salón, pero sin la presencia de su apenado tutor.

Empezó el nuevo esposo a pedir su fortuna para administrarla él. Propuso brillantísimos negocios en la Argentina: iba él a responder del negocio social que había traído y de regreso, a traer mercadería, etc. Pidió y obtuvo aún las joyas de Carmencita. Un día, faltándole una prenda de ropa, envió a una pequeña negrilla a traerla del alojamiento donde había dejado a los conductores de la caballada; sin duda honrados gauchos, pues uno de ellos dijo a la negrita: "¿Pero es cierto que tu señorita acaba de contraer matrimonio con el patrón?" A la respuesta afirmativa de ella, añadió el argentino: "Pero ¿cómo no averiguó siquiera en este alojamiento si su esposo era libre? Porque este hombre es casado allá".

La negrita fué y lo dijo en la casa. Llegó a oídos de Carmen, que se preparaba a mudarse a una casa alquilada, porque su señor tutor a su vez se casaría en breve con una señora viuda, con tres hijos. La venda sostenida por el tal Padilla no cayó de los ojos de Carmen, que contestó "envidias, malignidades de gente sin educación".

Después se fué él y su comitiva, y las cartas de Carmen, sus averiguaciones después, todo... fué quedando en el vacío, en el silencio, y ella en la pobreza y el ridículo. Un hermano materno, el doctor Roca, en el momento que cuento había venido de una provincia cruceña a sostenerla un poco, pues él era casado allá.

Instruída y pobre, sin haber manejado jamás la aguja, su vida pasaba en una ociosa melancolía. Era servida ya por una, ya por otra de las negras, que se habían desbandado a buscar su vida. Este era el dolor, contado prolijamente, que tenía que oír y consolar Micha,

sin remedio. Un día le dijo: "Carmencita, Vd. ora poco; ¿por qué no recurre a Dios? Por eso sufre, sin saber los favores que dispensa el Cielo a los que oran. Yo ya le he oído toda su historia y no quiero que me la repita tantas veces, porque se tortura de nuevo. En lugar de eso, vamos a rezar el Rosario". Y tuvo que orar, aprendiendo este recurso a los cuarenta años.

Don Angel Costas, que reparaba este apostolado de Micha, movía la cabeza: "Es tarde, Micha. Genio y figura, hasta la sepultura".

#### 4.38 – MERCADERÍAS DE BUENOS AIRES

Fe le había hecho un vestido pequeño pero rico a la Inmaculada Concepción heredada de María Jesús. Micha, como todos los años, había reunido a sus súbditos delante de la Purísima y rezado la Novena, dando gracias a la Santísima Trinidad por los privilegios de este misterio. El 12 todavía la velaban en su altarcito cuando llegó don Pedro del penosísimo viaje. ¡Qué contento estaba, a pesar de su flacura! ¡Cuántas cosas que contar y que mostrar a Micha, a la familia, a los amigos!

Le traía ricos géneros para vestidos, utensilios, grandes vidrios para la quinta y el Oratorio, de todos los colores del iris. Servicios completos de porcelana de mesa y su cristalería, sedas, bordados al canavá empezados. Había encontrado a don Adolfo Cohen casado y con negocio de joyería; su esposa, protestante, enviaba a Micha unas zapatillas bordadas por ella y don Adolfo, un cuadro en canavá de «Rebeca dandose beber a Eliezer», con todas sus lanas y sedas para que Fe lo bordase.

Trajo don Pedro exquisitas conservas y dulces de varias frutas europeas; vinos españoles; cajitas preciosas de terciopelo, bien adornadas con flores y espejo, llenas de finos confites y con versos dentro, novedad que por primera vez llegaba allí, para que Micha obsequiase a sus amigas. Trajo a Fe un librito, «El Recreo de las Niñas», y a Olfito «El Bufón de los Niños», y muchas otras cositas.

El abuelo quedó encantado con un negocio de casimires; los amigos, con las corbatas, guantes, etc. de novedad; las señoras, con los mantos de iglesia bordados y con encaje, y con los pañuelos de espumilla de seda de la China, de vistosos colores y baratos. Y tanta cosa que sería largo enumerar.

Los pobres aprovecharon de obsequio, o a precios ínfimos, los géneros de colores desleídos. Los favorecidos de Micha cargaron con toda la cristalería deteriorada, pues sólo se salvaba la tercera parte. Encargaba don Pedro a Sótero mandase acomodar estos bultos «frágiles» abajo, en cada jornada de descanso; descuidó Sótero y los colocaron sobre toda la carga. Se desbocó una mula, disparó atropellando el carro de los bultos y se vinieron abajo todos los «frágiles» que coronaban la pirámide. Dios Nuestro Señor lo permitiría para bien de los pobres, lo mismo que la mojarón de los géneros.

Todavía quedaba mercadería en Corumbá y Chiquitos, por lo que don Pedro pensaba mandar a su sobrino Leonor de Jefe de la expedición, a traerla en cuanto pasara el tiempo de aguas. Traía también lindos papeles de empapelar para los salones de la quinta; pan de oro fino para dorar las molduras del altar del Oratorio y el trono de la Virgen.

En Corumbá había encontrado a aquel buen dentista belga o austriaco que le había sacado una muela a Micha y que había traído esas imágenes de que hemos hablado, estampas de papel de las cuales tenía ella en su oratorio al Corazón de Jesús. Este hombre se alegró mucho de ver a don Pedro, que le compró varias cosas de utilaje fino. Como sabía «de qué pie cojeaba Micha», suplicó al viajero le llevara en su grato recuerdo, en una finísima porcelana con colores, una perfecta miniatura del Sagrado Corazón de Jesús. Era tal el esmalte que, mirado con una lente, no se veía defecto; era una visión celestial

enmarcada en un artístico marquito de bronce, para asentar sobre la mesa. Don Estanislao se aseguró así muchas oraciones de la familia de la piadosa Micha.

En ver todas estas novedades y recibir visitas pasó el mes de enero, que había empezado por la misa del Niño Dios, celebrada por Ram como siempre.

#### **4.39 – RECUERDOS DEL VIAJE**

Don Pedro contaba la desolación que todavía se notaba por causa de la guerra del Paraguay en ese año 1871. A su llegada a la Asunción, gran número de mujeres de pañolón negro recibían en el embarcadero y despachaban productos; no habían quedado hombres. Al paso por el río, señalaban el campo de los doce mil argentinos, donde todavía yacían en la dilatada pampa las osamentas de esos combatientes que quedaron allí. Llegando a Buenos Aires, las personas vestidas de color eran raras. La fiebre amarilla había sembrado el luto en todas las clases sociales.

En Corumbá lo había esperado su fiel amigo don José Lara, que venía trayéndole arrias y fleteros conocidos; éstos tenían caballadas aclimatadas en Chiquitos, donde el propio don José tenía estancias. Empezaban también (era ensayo) a emplear los bueyes para cargar mercaderías y como cabalgaduras. Agujereándoles el cartílago de la nariz, les pasaban una correa y podían guiarlos como con un freno. El buey no se desesperaba en el barro como el caballo, sino que pacientemente sacaba un pie, luego el otro, y no se dejaba hundir. Su paso, sí, era más lento; pero no les daba la peste de deslomar.

#### **4.40 – LOS COMUNISTAS**

Tratando sus asuntos estaban ese día... cuando he aquí que una señora, seguida de tres hombres extranjeros, entra y se arrodilla llorando, llevando de la mano una niña de seis años. "Caballeros, sálvenme, soy una boliviana. Salve, señor Rodríguez, la vida de mi esposo y de estos señores sus secretarios, la vida de mi esposo por amor de Dios..." Los hombres nada decían; y hubiera sido inútil, sólo sabían francés.

Don Pedro y don José se miraron sin acertar. La invitaron a sentarse y explicarse. "Sí", dijo la señora, "lo haré brevemente, pues no hay que perder tiempo. Llegamos ayer aquí y hoy recibimos la visita del Comandante de las fuerzas brasileras, que dice que si no salimos del territorio al cumplirse este día, mañana seguramente nos toman y embarcan a disposición del gobierno francés; pues hay tratado de extradición para los comunistas. Mi marido, general del ejército francés, no ama al Partido Comunista; sólo se plegó a él por protestar contra Napoleón III. Y no explico más, después contaré a Vds. la causa; sólo les digo que yo, boliviana de la familia Palmero, potosina, estoy a punto de caer en este cúmulo de desgracias con mi inocente hijita. Me han dicho que de un momento a otro nos toman, y no tenemos caballos en qué emprender viaje..." Retiráronse un poco los amigos y a media voz convinieron este otro peligroso asunto.

Don Pedro estaba al corriente, por el «Correo de Ultramar», de los funestos destrozos y maldades cometidos por los comunistas. Pero esa señora y esa niña... "Bueno, compadre, arriesguémonos", dijo don José. "Usted acompañará a caballo a la señora, que es más peligroso que la quieran tomar, y yo me encargo de seguirlo llevando a la niña. El marido de ella irá algo disfrazado con un poncho, y que lo acompañe Pastor. Ahora, los secretarios que se arreglen yendo con los demás arrieros, quedando por lo pronto en el alojamiento con ellos. Ahí no se atreverán a sacarlos los brasileros. A dos leguas, ya estaremos en reconocido territorio boliviano, en el campamento en que se rehace la cajonería marítima para reducirla a carga de mula".

Esta explicación dieron a la señora Paulina Palmero, hija del general de ese apellido. Ella había nacido en Potosí y había sido llevada por sus padres a educarse en París desde la edad de 12 años. Había casado con este general D'Aubusson, que podía ser su padre con la barba y el cabello blanco. Tenía esa hijita de rostro redondo y agraciado, ojos azul profundo y llenos de inteligencia.

Después contó que su marido armó una expedición para obtener el gran premio, ofrecido por el Emperador, al que descubriese el primero las fuentes del Nilo en Egipto. Su esposo gastó ingentes sumas en esa empresa, logró el descubrimiento y Napoleón, torciendo la justicia, adjudicó a otro el premio y la concesión que esperaba el general. Entonces éste, por venganza, se alistó en el partido republicano comunista.

#### 4.41 – DON PANCHO VELASCO

Ello es que los amigos salvaron a todos estos viajeros y los animaban, pues en Bolivia estarían no sólo seguros sino considerados. Llegaron a Santiago de Chiquitos. Ahí se encontraba el soñador don Pancho III (Francisco Velasco, abuelo de Ramiro Velasco), que había arrastrado a su infeliz esposa doña Mariíta y a sus cinco o seis hijos a un desierto, que él llamaba «puerto boliviano sobre el río Tucabaca».

"¿Qué hace Vd. por aquí, doctor?", le preguntó don Pedro sonriendo. "Espero un vapor, cargado de víveres y mercadería, que me va a llegar al puerto de Tucabaca, enviado por una compañía de accionistas que he logrado reunir". "Pero cómo, ¿qué se ganaría con traer mercadería al desierto, sin caminos...?" "Es que, amigo mío, Vd. está muy atrasado en punto a progresos mecánicos. El vapor está construido de modo que... lo verá usted utilizar sus ruedas e ir a descargar mercadería desde al Plata hasta la Plaza de Santa Cruz".

Don Pedro se dió media vuelta, sonriendo y golpeándose el puño izquierdo con los dedos de la mano derecha... se acordaría de aquella malandanza de Sansón Carrasco, que se declaraba a sí mismo más loco, en querer desenloquecer al célebre Manchego. Pero no así doña Paulina, que siguió oyendo la catéquesis de don Pancho III y comunicó al general sus esperanzas de que esto era infinitamente mejor que las Fuentes del Nilo. No consultaron a don Pedro ni a su amigo Lara, ni se habían apercebido, ocupados de sus arreglos para la prosecución del viaje, de lo serio de la empresa.

Llegó el domingo. Doña Mariíta, dueña de casa, aceptó el brazo del general, y don Pedro ofreció el suyo a doña Paulina para ir a la misa; delante, las hijas jóvenes del Dr. Velasco y más adelante él con los dos secretarios. En esta forma iban a misa; parece que el señor Lara acompañaba a las hijas, que precedían a la señora *Palmero de D'Aubusson*.

NOTA: Según una corrección posterior de Mica, hermana menor de Fe y destinataria de esta historia, los apellidos verdaderos no eran PAUNERO y WILSON como escribió Fe, sino PALMERO y D'AUBUSSON, este último de la nobleza francesa. Así se han indicado.

Ésta, en el camino de la iglesia dice: "Señor Rodríguez, ¿qué le parece de esta empresa del Dr. Velasco?" Don Pedro pensó que detrás venía su esposa y delante su hija mayor, y buscó una palabra que no fuera tan común; dijo "Son «utopías» del señor Velasco". Doña Paulina calló y entraron en el templo.

Al día siguiente notificó don Pedro a todos los franceses que se preparasen a seguir viaje después del desayuno. La señora dijo: "Mucho agradecemos, pero mi marido está entusiasmado con esta empresa y partimos todos a ver el puerto de Tucabaca. Es cosa factible si se mueve un poco la desidia de estos vecinos". Don José Lara representó todavía algunas dificultades, como conocedor del terreno: las hordas salvajes, etc. "Mi esposo lo quiere", dijo lacónicamente la señora. Y los dos generosos amigos quedaron libres de su

caritativo compromiso. Partieron hacia la estancia de Lara, en la cual recién estarían en la mitad del camino que terminaría en Santa Cruz.

#### **4.42 – LOS FRANCESES EN SANTA CRUZ**

Pues todo esto hacía parte de las pláticas que don Pedro tenía con Micha y sus amigos o parientes más íntimos. A fines de enero recibió una carta de la señora Paulina: se venían a Santa Cruz desesperanzados, con propósito de pasar a Potosí, y le rogaba que le buscara alojamiento.

Muy pronto lo encontró, a cuadra y media de su casa: la hermosa y moderna casa de don Ramón Rivero (alias «el Chiñe»), que la había abandonado después de la muerte de su esposa. La tomó en arriendo, completó el moblaje. Micha lo preparó todo. Y un día lluvioso llegó la dama con su esposo y un secretario; ya el otro se había separado. Verdaderamente era distinguida en su educación, y el general no menos.

Fueron convidados a comer varias veces. Se les proporcionó servidumbre hasta su partida, al punto que deseaban. Enseñó a Micha y a sus amigas las Durán varias labores, a cambio de que le enseñasen mallas del país, que muy pronto aprendió a tejer. A Fe le enseñó varias piezas de piano.

La primera noche que vinieron a recibir visitas al salón de Micha, le recomendaron a Fe que entretuviese en la pieza de los niños a María Francia. Separada de su madre, la francesita lloraba; quedó ocultando su carita entre las blondas de la hamaca. Fe, sin poseer el idioma, no sabía cómo consolarla, hasta que recordó el tarjetero que de Chile había mandado a Micha la señora de Perú; el mismo tenía unas palabras que intrigaban la curiosidad de Fe y que, acudiendo a Micha por explicación, éste le había dicho que eran los días de la semana en francés.

Empezó Fe a cantar a la afligida Francia "Lundi, mardi..." y al momento se despeja la niña, seca sus lágrimas, repite los días acentuándolos bien. Por sus gestos ve Fe que sigue con los cuatro puntos cardinales y acaba por recibir y comer las masitas y confites que había rehusado hasta allí. Fe admiró el mágico poder del idioma patrio.

Partieron en febrero y pronto se supo que el Gobierno había nombrado al general Instructor del Ejército Boliviano. En 1881 supo Fe del fin de ellos. Doña Paulina falleció primero; después el general murió peleando por Bolivia en la Guerra del Pacífico, en Antofagasta; y ahí quedó María Francia, de quien no pudo saber la suerte.

El segundo día de Carnaval, don Pedro reunió a sus amigos en un banquete, para obsequiarlos con las novedades recién traídas. Micha y varias amigas asistían también. El día anterior no pudo ser: Micha representó a su esposo que había comulgado en desagravio y éste dejó para el Lunes el obsequio a sus amigos. Después de este día, a principios de la Cuaresma un ataque al hígado puso grave a doña Inés, la madre de don Pedro; con un sol de fuego fué Micha a verla.

#### **4.43 – NUEVA MUDANZA**

Cuando regresó de allí, don Pedro le enseñó la carta o billete del doctor Granados, en que avisaba a don Pedro que sus hijos querían venir a verlo; y Félix el menor, que se había casado en Cochabamba, permanecer en Santa Cruz, por lo cual tenía el sentimiento de advertirle que necesitaba que desocupara la casa.

Con alguna pena veían los dos que costaría encontrar casa espaciosa y central. Desde luego, la tía Manuelita ofrecía la casa recién edificada al lado de la suya; pero los patios eran reducidos por ser esquina, y tenía otros inconvenientes. Apenas se divulgó la noticia, cada familia amiga tiraba a llevarlos a su barrio.



La más feliz en sus pesquisas fué doña Rosa Zarco, pues propuso lo que más cuadró a don Pedro y a toda su familia. Don Domingo Peredo, siempre codiciando la intimidad de aquél como amigo, apenas supo de la mudanza fué a casa de doña Rosa y le rogó presentase a don Pedro el deseo que tenía de que ocupase la casa moderna que poseía, frente a la de las señoritas Durán, a igual distancia de sus tiendas y escritorio. El la iba a desocupar, y si ésta había sido palacio de obispos, la de don Domingo había servido de Casa de Gobierno. Esto le hacía ver que era de las más espaciosas.

Agradeció don Pedro la fineza. No se podía obtener cosa mejor, y de yapa era un vecino y amigo como el dueño de casa. Micha contenta de ir a vivir frente a sus amiguitas, y Fe, en el gozo de tener la compañía de las beatitas para ir a la iglesia. Se realizó la mudanza en cuanto la casa estuvo desalojada de inquilinos y pintada de nuevo

Eran dos grandes casas de un solo piso con patios espaciosos, unidas por un pasadizo. El frente principal daba sobre la calle Ballivián (que actualmente se llama Libertad).

A la derecha, entrando por el zaguán, estaba el salón, comunicado con un saloncito pequeño. A la izquierda, con su puerta al zaguán, el escritorio de don Pedro, comunicado con la pieza de la esquina, que era depósito de mercaderías. Cuadraban el patio los dormitorios y, en el contrafrente, el comedor y despensa de dulces. Del saloncito blanco seguía una galería ancha con arcos de material, donde se ensillaban los caballos y se instalaban los sirvientitos varones durante sus ocupaciones diurnas.

En el segundo patio, las habitaciones de las sirvientas, la pieza de monturas, depósitos de mercadería, altillo para granos, despensa de comestibles y pieza de Lor con puerta a la calle. Otra sala, muy pronto fué convertida en escuela para la enseñanza de los niños de la casa. Noria para sacar agua para los caballos. El agua para consumo la traían de los manantiales cercanos a la quinta. Horno, leñera, galpón, cocina, dependencias, caballeriza para tres caballos. Cabra y el perro Sultán. Gallinas.

Apenas instalados, don Pedro tuvo urgencia de hacer un viaje a Sucre para negociar letras y enviar fondos a Buenos Aires. Entonces le quedó a Fe la iglesia de San Andrés a igual distancia que el Colegio. Calles menos accidentadas la llevarían a esta semiparroquia pobre, que gozaba de un excelente capellán, hermano de la Joaquina.

#### 4.44 – LOS NUEVOS VECINOS

Aquí encontró Fe motivo de edificación en el señor don José Baca; rezaba con mucha devoción, particularmente el Rosario. Se detenía largo rato en cada palabra, en voz alta, por ejemplo: "Padre Nuestro, Paaaadre Nuestro, que estás, estáaas en los Cielos, etc., Llena, lleena eres de gracia... Santa María, Maaaaría, Mae, Mae, Mae de Dios", y así duraba a veces hasta las once, en que el sirviente le advertía que era preciso ir a comer.

Todas las familias del barrio visitaron a Micha. Desde la esquina, que daba a la primera manzana de la Plaza, pues ésta era la segunda manzana hacia el Norte, digo que desde esta esquina vamos a recorrer la vecindad.

Estaban el señor don Domingo Peredo, que tenía allí su tienda y casa familiar de altos, con su esposa doña Socia Antelo. Más próxima, la familia del señor y señora de Aguilera, sobrinos del Coronel Aguilera de la historia de la Independencia. Esta familia era ejemplar: seis hijas jóvenes y virtuosas, a quienes la muerte iba trasladando al Cielo. De los primeros deberes de vecina que cumplió Micha fué visitar a esta señora, que iba a perder a su hija Zoila, y enviar a Fe con alguna de las sirvientas a rezar la Novena de las Animas a su casa.

Más cerca vivía un relojero suizo, casado con una joven del país. Dando la vuelta, lindaba el segundo departamento de esta casa con las casas de la familia de doña Benigna, la esposa del constructor de la quinta; del sastre Bartelemy, en una buena casa, y en la esquina con la única imprenta de la ciudad. Esta imprenta era regenteada por don Cayetano

Daza, quien estaba obligado a imprimir todos los años el almanaque en un pliego, que se pegaba a la pared en las casas que lo compraban. A la vuelta de la esquina, las casas de don Dositeo Zambrano, las de la señora de don Lorenzo Antelo, las de doña Rosa Mansilla, una casa de una pobre y enseguida, en la otra esquina, la casa de las señoritas Suárez, la otra donde vivía el militar don Miguel Rivas, la de don Miguel Chávez, cuyos fondos lindaban con la que ocupaba Micha, y al lado la de don Lorenzo Arano, que lindaba con la de don Domingo, de donde ha partido la presente reseña que hemos hecho. Para ir a la iglesia del Colegio y a la quinta, debía pasar Fe por la galería del Mercado y la calle del Comercio (actual Buenos Aires), delante de las tiendas principales de don Pedro. Por todo esto gustaba ir a San Andrés.

#### **4.45 – LA EXPULSIÓN DE EVA**

En esta corta ausencia de don Pedro tuvo Micha que tomar un cáliz muy amargo: el descubrimiento de que Eva no se había enmendado, o había reincidido en sus devaneos. Lloró mucho, la aisló de la demás familia y esperó a su esposo, rogando a Dios no se fuese a enfurecer o a tomar resoluciones extremas.

Llegó el viajero al cerrar la noche y, después de cenar, entre otras cosas le comunicó lo que la apenaba. Dispuso él que al día siguiente estuviese un carro a la puerta muy temprano; que avisaran a su hermano Pablo lo más pronto posible; que cargaran el mobiliario y ropa de ella y que ella misma fuese llevada a la Estancia. Por lo pronto, donde doña Inés, y después a la casita que allá empezaría ese mismo día a construirse, próxima a la de la señora y sus hijas, para que éstas velasen por su reforma ya para siempre. Y cumplida esta expulsión, que no volviese a pronunciarse su nombre en su presencia. Todo se hizo como él lo dispuso.

#### **4.46 – ENFERMEDAD DE DOÑA INÉS**

Un mes después otro pesar vino a afligirlos. Doña Inés, en el campo, había recaído de su antigua enfermedad al hígado y estaba grave. La trajeron a la casa de su hermana, la tía Isidora, a cuadra y media o dos cuabras al Norte de la casa de Micha. Don Pedro y Micha encontraron esto muy conveniente para poder atenderla. Doña Isidora no tenía hijos; sola con su marido, don José Méndez, tenía su casa como un relicario y recibió con gusto a su hermana y a sus tres hijas, que servían a su madre con mucho cariño, en particular Socia, la piadosa beata de la Tercera Orden Franciscana. Con ella se avenía más doña Inés para que la sirviera, mientras gozaba con la conversación de Felicidad y con las hermosas blondas que hacía Rosaura, tan industriosa.

En cuanto a sus hijos, don Pedro venía y deslizaba bajo su cabecera un paquete de dinero para sus gastos, de modo que no padeciese inquietud por lo temporal en casa de su hermana. Conversaba a su lado, no mucho, pues tenía el pudor de las lágrimas; jamás quería derramarlas ante testigos aunque éstos fueran sus hermanos.

No así Sótero, que estaba de continuo en la casa informándose a cada momento de lo que su buena madre sentía, riendo a sus hermanas, llorando otras veces o disponiendo con Felicidad qué se había de hacer. El doctor Mardóñez venía todos los días a ver a esta querida enferma, que dulce y silenciosa sólo manifestaba resignación, como convencida de que se trataba de su última enfermedad.

Pablo tenía que sacrificarse vigilando por los campos y la hacienda. Dos veces por semana y aún día de por medio venía, dejando en poder de los primos y amigos esos cuidados. Se sentaba al lado de su madre; ésta lo distraía preguntándole por la hacienda; daba razón Pablo y, de repente, salía tambaleándose a la pieza siguiente, envolvía su

cabeza con el pesado poncho de paño y lloraba contra la pared, desesperadamente, hasta que entraba alguna de sus hermanas y le pedía algún servicio. Volvía entonces a ser hombre, y de nuevo corría al lado de su madre a gozar de verla.

Doña Inés recibió varias veces los sacramentos; una vez en esta casa de su hermana y otra en la suya propia, como diremos. Agradecía a Dios el tiempo que le otorgaba, aunque fuera doloroso, para gozar de sus hijos y padecer y resignarse, sufriendo en estas despedidas. Benigna también iba a verla y recetaba lo que se le ocurría; a veces, por darle gusto estaba la señora con alguna hoja de castor en la cabeza, cuando llegaba Micha con Fe.

Había pedido alguna vez a Micha, para distraerla sin duda de sus penas, que fuese vestida con los últimos obsequios de su esposo para verlos ella. Así lo hizo Micha. "Fe", decía su madre, "no tiene los grillos de familia que tengo yo, así que se quede a lograr más tiempo con su abuelita". Y la dejaba.

Aquella enfermedad, que aquí se llamaría fiebre de cuarenta días, era llevada con admirable tranquilidad y caridad para con los demás. Fe le contaba todas las bonitas historias que había leído; ella se encantaba oyéndola. Sentada al lado de la santa abuelita, se esmeraba en acariñarla, pues Micha le había dicho: "Es necesario que pagues a tu santa abuelita lo que tu padre le debe; él no lo puede hacer porque es hombre y ella no puede exigírselo como cuando estaba chico. Tú besa, y halaga, y sívela".

Doña Inés le hacía repetir las historias ya contadas a todas las visitas que recibía y sonreía a los elogios que hacían al talento o memoria de su nieta. Si por la mañana había estado, a la tarde la hacía llamar.

Un día don Pedro dijo vacilando a Micha, que abrochaba la capita de Fe: "Pero... dice Mardóñez que esta enfermedad es fiebre; ¿no temes? Ya estuvo esta mañana". "No, no temo nada", contestó Micha, "porque juzgo por mi propio corazón. ¡Qué amargo me parecería que me retiraran a mis hijos por temor a un contagio! Dios bendice a los hijos por las manos de sus padres. Que vaya Fe y reciba estas saludables bendiciones para ti y para todos nosotros". Don Pedro salió a la puerta de calle y acompañó a Fe hasta donde su madre, en cuya mirada brillante se veía cuánto bien le hacía a su corazón esta visita.

#### **4.47 – ENFERMEDAD DE MICHA**

Pero Micha estaba delicada, débil y melancólica por los últimos sucesos; creía que iba a morir, tenía enojos y fastidios. Don Pedro había comprado a Fe un monito pequeño y ella encontraba muchas habilidades en el animalito; pero su mamá no lo podía ver sin susto y sorpresa, y manifestaba su disgusto de esta adquisición. Don Pedro se reía.

Es que Micha estaba enferma. Una noche de agosto, después de la fiesta de las Nieves, había ido a visitar a su suegra, que estaba gravísima. Doña Inés se había trasladado a su propia casa, que estaba a unas nueve cuadras hacia el Sud. Decía que quería morir donde había muerto su marido, y la habían trasladado. Había muchísima gente allí, de todas las amigas de ella y de Micha.

Se enferma Micha de una peritonitis aguda y la traen en camilla; el alboroto y alarma de la gente es indecible. Doña Rosa Zarco que allí estaba y la joven vecina Pilar Sevilla recetaban muchos remedios. La aflicción de Fe al verla llegar en ese estado fué terrible. Vino el médico, se reunieron las mujeres que la servían, doña Diego, Guadalupe, doña Isabel la Colla, y pasaron buenos apuros. Días estuvo Micha en peligro mientras doña Inés agonizaba; ya Fe no pudo ir, sentadita consolando y sirviendo en lo que podía a su buena madre. Esta decía que don Pedro le había reprobado la imprudencia de ir a pie esa distancia.

#### **4.48 – MUERTE DE DOÑA INÉS JUSTINIANO**

El 24 de agosto de 1872 le trajo la noticia del fallecimiento de su buena suegra. La lloró mucho; estaba recién levantada, pero sin permiso para salir de la pieza.

Al día siguiente ya Fe tenía luto y fué a las cuatro de la tarde a la Vigilia cantada. Los sacerdotes, con el Canónigo Ram a la cabeza, cantaban ante el cadáver de su buena abuelita, vestida con su hábito del Carmen y manto negro por su viudez. Rezó muchos rosarios con sus tías en la pieza contigua a donde ella había expirado. En sus lamentos oyó muchas alabanzas a Sótero, pero ninguna a su buen padre, que sabía estaba bajo el peso de más de este dolor...

Fe amaba a sus tías y no dijo nada en su casa de esta frialdad de ellas, para no causar a Micha malestar con sus cuñadas. Pero sentía que no tuvieran en cuenta para nada al hermano mayor que, viendo a su esposa enferma, tenía que velar algo más en su casa por ella y por sus hijos, proveyendo de médicos, amigos y a los gastos de esos momentos. Bien tarde, cuando ya habían llevado a su mama grande al cementerio, regresó la niña a su casa.

#### **4.49 – NUEVOS DEPENDIENTES**

Sótero se había opuesto a que don Pedro enviase a su hijo Leonor a entregar la mercadería estacionada en diversas «pascanas» o paradas del camino, en Santiago de Chiquitos y hasta en Corumbá; lo que parecía conveniente a este joven, que se iba formando en el comercio y era estimado por su tío. Hizo más Sótero: lo hizo dejar su puesto de dependiente en la tienda principal de don Pedro y lo colocó en la misma posición, en otra casa comercial.

Al saber que don Francisco estaba sin auxiliar en esa tienda, se presentaron dos pretendientes. Uno era don Urbano N., uno de los secretarios del General D'Aubusson; había intentado desde su llegada a Santa Cruz ganar su vida, abriendo una que llamaba Academia para enseñar Francés a la juventud, pero ahora se encontraba desalentado. Don Pedro lo admitió para llevar los Libros en su escritorio y recibió también al otro, hijo del país, don Agustín N., presentado como joven moral hijo de un mercachifle, para estar a las órdenes de don Francisco.

Don Urbano se decía inglés educado en Francia. Tenía cutis algo moreno y cabello negro, por lo que decía don Angel "éste es inglés afrancesado con cabeza de español". Don Francisco hizo algunas observaciones acerca de que este desconocido fuese introducido sin prueba a llevar la contabilidad de la Casa. Micha hizo sus reparos a don Pedro, quien le contestó: "Mira, es cierto que es nuevo, pero vas a ver: hoy entré a ver cómo se había instalado en su pieza y encontré todo modesto y ordenado; en un vaso tenía un ramo de flores. No debe ser malo un hombre que gusta de las flores". Micha se tranquilizó con semejante prueba y fianza. En cuanto Micha pudo moverse, fué a la quinta unos días a tomar aire, pero su enfermedad siempre la hacía sufrir mucho.

Mientras tanto, don Francisco había partido a San Carlos a ver sus cuatro leguas de chocolatal (cacao). Estaban ya de pasear a caballo bajo los árboles. Regresó a fines de octubre con la solicitud de las queridas almas de los muertos de la familia a encargar el Novenario de Misas para que no carecieran de ese sufragio. Antes de irse a la quinta el 3 de septiembre, fué el funeral por doña Inés en la parroquia del Colegio, después del Novenario según se acostumbraba. Otro le hicieron en la parroquia de San Roque, a la cual pertenecía.

#### **4.50 – NACIMIENTO DE MARÍA DE LA GLORIA**

El 2 de noviembre, después de sufrimientos que no le permitían alimentarse más que con pocas cucharadas de caldo y padeciendo los amagos de la apoplejía, tuvo Micha a las 12 del día una niña. La Virgen Santísima de Mercedes tenía por adorno una rama de rosas, de la llamada fina por la fragancia, que había traído don Pedro de la quinta el día anterior, con cuatro rosas y un botón que abrió a la misma hora.

El 4 de noviembre a las seis de la tarde fué don Pedro a hablar a su muy amigo el Dr. Rafael Peña y a su esposa, doña Benjamina Toledo, para que apadrinaran a María de la Gloria, a quien Micha había preparado un lindo vestido de bautismo de gro blanco con blondas de seda. El motivo de ir a esa hora para que en la misma noche se cristianara, fué evitarle gastos y pompas al padrino, que era Prefecto de Santa Cruz entonces.

Pese a ello, una hora después llegó un mundo de gente. El célebre coronel Ardaya, que era comandante general, y gran número de autoridades y empleados; doña Benjamina con muchas señoras; las Landívar y demás amigas de Micha. "Pero doctor, estamos de luto ¿y Vd. ha traído a medio mundo?", dijo don Pedro. "Y si me hubiera avisado más temprano hubiese venido el otro medio", contestó con cariño y alegría sincera el doctor Peña.

Así que era imponente la procesión de tanta gente, a paso acompasado y a la luz de los faroles que llevaban sirvientes y sirvientas bien vestidas. Al roce de tanto vestido de seda, las parejas se encaminaban en discreta conversación a la iglesia parroquial del Colegio. Fe asistió también, con su tío Kino. Al echarle el agua del bautismo, abrió la niña los brazos y puso las manecitas como el sacerdote cuando reza el Prefacio. Esto pareció al Dr. Peña y señora un presagio de santidad de su ahijadita, que parecía como si hubiera comprendido el celestial beneficio.

Una negrita fué la ama que doña Bárbara consiguió en los barrios de San Andrés, para cuidar y alimentar a la pequeñita. El 5 llegó don Francisco y no cabía de gozo con la sorpresa que le habían preparado sus hijos, llamando María da Gloria a la recién nacida.

Pocos días después, la pobre vice-parroquia de San Andrés pedía a Micha el favor de prestar las andas de Nuestra Señora de las Nieves y colocar y vestir allí a la imagen de la Purísima Concepción de San Francisco, que habían pedido prestada para hacer la procesión de San Andrés. Hermosa era la imagen. Micha dirigía y Mariquita Durán ayudada de Fe la adornaba. Cuando tuvo el manto puesto, corrió la negrita y colocó a la parvulita bajo el manto de Nuestra Señora; advirtiéndolo Micha, desde su silla rezó el «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios...»

#### **4.51 – LA HERENCIA DE DOÑA INÉS**

Todavía a la mejor fortuna de don Pedro seguían algunos disgustos. Hicieron en Chaco la sencilla repartición de los bienes dejados por doña Inés. El respetable vecino, perito tasador y repartidor, vino a notificar a don Pedro la parte que le tocaba de vacas y terreno; él contestó que hiciera el favor de repartir la parte que le había adjudicado entre las hijuelas de sus hermanas mujeres, pues que él no necesitaba. Increíble parece pero se enojaron, tratándolo de soberbio en no querer recibir la herencia materna.

#### **4.52 – EVA**

A los pocos días declararon no poder cuidar de la triste Eva; la cual dispuso don Pedro se le entregase a su abuela materna. Podría haber suprimido esta historia, pero como es preciso demostrar la Providencia con que Dios cuida de los suyos, la terminaré aquí.

Eva la Desterrada, que con los ojos llenos de lágrimas dijo a Fe "Adiós, hasta el Valle de Josafat", había reaccionado. Cuando Fe iba a San Francisco a cumplir con sus devociones a la Virgen de Alta Gracia, veía a la penitente del Padre Casimiro arrodillada cerca de su

confesonario. Solía esperar a Fe en el atrio, para verla salir en compañía de alguna de las Duranes. Se acercaba con los ojos llenos de lágrimas y le decía: "¿Está buena tu mamá?". Fe contestaba afirmativamente y Eva añadía: "No me olvides en tus oraciones". Y se alejaba.

Nada decía Fe en su casa, si el nombre no debía pronunciarse allí. La Joaquina, testigo una vez de estas breves entrevistas, le dijo: "Mirá Fe, tú no faltas a la obediencia de tus padres, pero si cuentas esto te privarán tal vez a ti de venir y a ella de este pequeño consuelo. Tú no la buscas, pero la encuentras en este lugar, que es de Dios".

Así, en ese lugar de Dios, otra, la esposa de Lor, también le dirigía idénticas palabras, y Fe contestaba y prometía orar. Y ésa también, por esa leve palabra «sí», recibía alivio.

Eva en poder de su abuela, contrajo matrimonio con **N. Melgar**. Fué desgraciada; sufrió una verdadera tiranía, pero se conservó fiel y paciente para con aquel mal esposo. La sociedad, que presenciaba la bajeza de él y la virtud de ella, empezó por compadecerla y terminó por admirarla cuando, muerto su marido, seguía manteniéndose dignamente con su trabajo manual.

En 1880 ó 1881 vinieron a Buenos Aires dos jóvenes sucrenses, hijos de un comerciante de la plaza de Sucre. Néstor Villa, tras varias visitas de compatrioterismo, aprovechando una noche del mayor concurso, acercó su silla a la de Fe y le preguntó, con voz confidencial, si no recordaba al joven Valdivieso, cruceño. "No", respondió Fe, "no lo recuerdo". Y lo recordaba, porque ella fruncía las cejas en cuanto lo veía en la botica, pues era de aquellos ociosos ya mencionados. Prosiguió Villa: "Sí, Vd. lo ha de recordar, porque él dice que se acuerda de Ud...". "Se equivoca, ¡yo no he tratado a ese señor nunca!". "Pero ¿no es Vd. la hija mayor de don Pedro Rodríguez?". "Hay varias familias de Rodríguez en Santa Cruz que no son de mi familia; por lo menos tres...". No siguió más don Néstor; pero quedó preocupado. La amargura de Fe era grande. ¡Si supieran mis padres el concepto en que estoy en Sucre, enfermarían de pena!; y no dijo nada, resignándose al sacrificio de su reputación, causa de Eva.

#### 4.53 – EL PERDÓN DE EVA

Pasaron todavía algunos años, llegaron los últimos días de don Pedro. Aquel hombre tan bueno difería recibir los sacramentos. Micha la piadosa lo estrechaba, y él le confesaba no poder resolverse a perdonar a Eva. Y como sabía las disposiciones en que se deben recibir los sacramentos, no se atrevía. Quería desheredarla. Fe llena de angustia dijo a su mamá: "Hágale presente que yo me moriré de pena si no consigo de Dios que él asegure su feliz eternidad". Surtió efecto el mensaje inmediatamente.

Quiso Dios que la copia legalizada del testamento de don Pedro, por formalidades de Relaciones Exteriores, pasase a refrendarse en Sucre. Y en el país de «las referencias», una novedad de ese bulto fué comentada, y explicado el misterio de esa «hija mayor», de la cual ese perverso contaba sonseras.

#### 4.54 – PARTIDA DE LÁGRIMAS

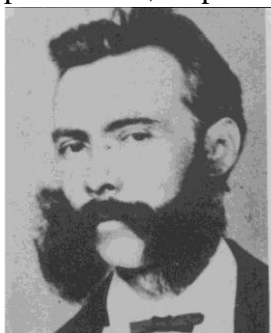
Otra consecuencia de las desavenencias entre los hijos de doña Inés fué en ese mismo año (1872) entregar a Lágrimas a su madre, que había vuelto de una provincia lejana y se había acogido a la frecuencia de sacramentos. Andaba llorosa por ahí, pidiendo que intercedieran para que le fuera entregada su hija. Micha y su esposo no hicieron caso al principio, hasta que los hirió con estas palabras: "No me la entregan porque no tengo dinero para pagar los alimentos que le han dado".

Le entregaron a su hija, no sin que Micha y la misma Lágrimas derramasen un torrente en esta separación. Veló por ella aún después que ésta se emancipó de su madre, que desconoció la educación que se le había dado. Lágrimas se amparó en la casa de la señora Marañón de Peña, donde se le presentó un buen partido para casarse. La cruel madre, con su lengua deshizo este bienestar; poco después Lágrimas tenía que salir de casa de su protectora a trabajar en costuras, al amparo de unas virtuosas jóvenes. Allí, un genio malo vestido de militar fué a engañarla cuando Micha ya estaba en Buenos Aires. Lo último que se supo de Lágrimas es que lloraba su cruel esclavitud.

#### 4.55 – UN MUERTO ANÓNIMO

Retrocede esta relación al año 1871, para narrar un suceso que aconteció tal vez hacia abril. El Señor Obispo vivía al frente cuando fuerzas traídas por los revolucionarios, coronel Pinto y el recientemente graduado Dr. Andrés Ibáñez, sitiaron la plaza de Santa Cruz para obligar al prefecto Escalante, al comandante general y oficialidad a entregar el cuartel. Como era habitual en estas revueltas, se amontonaban ladrillos en la ventana y puerta que daban al balcón sobre la Plaza, para impedir una bala perdida.

Hacía días que las fuerzas del Gobierno resistían el sitio. Una mañana, desesperados sin provisiones, empezaron a tirar desde las torres de la Catedral para matar a los centinelas de



Dr. Andrés Ibáñez

las esquinas de entrada a la Plaza. Don Pedro tomó su anteojito para ver las operaciones de los sitiados por las troneras de las murallas provisionarias de la ventana. Micha peinaba a Fe cerca de la ventana, frente a la casa del Señor Obispo. Por esa calle acababan de llegar a esa esquina varios curiosos; un sastre y un peón componiendo su «ojota» (calzado, usuta), que había dejado en la otra esquina el carro en que había traído algo al Mercado, para venir a ver en qué paraban los tiros. Serían las siete de la tarde.

Don Pedro, sin dejar de mirar, le dice a Micha: "Diles a esos curiosos y al centinela que se aparten de la esquina, porque preparan una puntería para acá". ¡Con qué urgencia y temor les suplica Micha que se apartaran de allí, por las razones dichas! El centinela, viendo que era ella la que hablaba, corre atravesando la calle a guarecerse tras la pared que estaba al cruzado; corren tras él el sastre y el peón. Se salvan el centinela y el sastre, se oye la descarga, cae el peón sobre un montículo de terreno baldío. "Ven", dice Micha, "ve cómo el peón se ha caído de miedo". "¡Qué miedo!", dice don Pedro, "si es que la bala ha rebotado sacando astilla de la vereda y ha ido a herirle en el cuello. ¿No ves la sangre?"

"¡Señor Obispo, un hombre se muere!", gritó Micha, y repitió su llamado. Precisamente contra esa ventana estaba la cama del Señor Obispo. Abrió el Obispo su postigo para que Micha lo viera dar la absolución al herido, que no había dado más señales de vida. Don Pedro creía inútil la ayuda espiritual de Micha. Poco después uno de los curiosos, andando en cuatro pies, lo arrastró de allí hacia del cementerio, hasta la media cuadra donde ya lo pudieron alzar.

Al ver que un inocente había pagado con su vida capitularon los de la plaza, dejando el Gobierno al Coronel Pinto. Don Pedro esquivaba aparecer en público, para conservarse libre de los compromisos de estos ambiciosos.

#### 4.56 – EL ASESINATO DEL PRESIDENTE MORALES

En 1873, durante un banquete en la Casa de Gobierno en La Paz, un joven coronel acalorado, sobrino del Presidente don Agustín Morales, no pudo soportar el desprecio que el Presidente le había hecho en las libaciones del banquete. Sacó su revólver y despachó al tío, que lo había favorecido y educado desde su niñez... al otro mundo.

NOTA: Este hecho ocurrió el 27 de diciembre de 1872. El sobrino en cuestión era **Federico Lafaye**, quien después actuó en la represión contra Andrés Ibáñez. La noticia llegó a Santa Cruz en 1873.

Hermosinda Castro, la joven del barrio recogida por doña **María Rodríguez** y su esposo el Dr. Castro, estaba dotada de la «doble vista». Recordando de dormir su siesta, vió cabe la hamaca un militar alto, con bigotes, algo moreno y vestido de paño azul con palmas bordadas y cordones en el pecho. Y dijo a su familia, como acostumbraba hacerlo en estos casos: «Veo un militar... etc. etc.» Un militar así no lo había en Santa Cruz; vestido así, sólo el Presidente de la República. Y cabalmente, los diputados y senadores de las familias vecinas reconocían que, en efecto, eran los rasgos del Coronel Morales. Pocos días después llegó la noticia.

Como consecuencia, uno de los más dignos, honrados y cultos ciudadanos, el Dr. Rafael Peña, terminaba su mandato de Prefecto. Fe, en representación de su mamá, fué al funeral acompañada de la Diego. El Dr. Peña encargó a un sacerdote profesor del Colegio la oración fúnebre; el cual comparó el hecho con la muerte de César por su sobrino: «Y tú también, Bruto». Al regresar, se acercó la Diego a la niña y le dijo: "Mi amita, bien merecido lo tiene, y bien muerto está" "¿Por qué, doña María?" "¿Pues no lo trató de bruto delante de tanta gente?" "No está bien, era su sobrino y no se sabe esa circunstancia". "¿Cómo no!, si dice el predicador que le dijo «y tú también, bruto»?" Fe había entendido la historia y se dió cuenta de que su pueblo no estaba hecho para golpes de Historia.

#### 4.57 – LA CANDIDATURA DE PEÑA

Pues a esto llegamos. Era necesario elegir Presidente de la Nación y brotaron las candidaturas en Sucre y La Paz. El comercio presentó la de Adolfo Ballivián, hijo del vencedor de Ingavi, que estaba en París y de quien esperaban honradez, desprendimiento cívico y altas miras.

Otra se presentó a las ambiciones de «la cholada» o populacho: la del Dr. Casimiro Corral. El General Rendón tenía también partidarios y los benianos deseaban a don Quintín Quevedo. Así estaban divididos los pareceres.

Los notables de Santa Cruz se reunieron en Asamblea; formaron un partido y todos querían poner al Dr. Peña a la cabeza. Pocos se oponían, tal vez uno solo: era su anciano pariente y amigo don Miguel Chávez, que tenía cerca de un siglo. "Si eligen a Peña, tan caballero, tan honrado y tan querido, nuestro partido caerá...". "¿Y por qué?". Estrechado ya, se limitó a decir "porque es la cuarta generación".

Todos recordaron la historia de ese mandatario **Flores**, en los últimos años de la Colonia. Se había apoderado, tal vez para el erario público, de los bienes de la Iglesia; amenazado por el Señor Obispo con la excomunión, no cedía en su capricho. Su mujer, arrodillada y llorosa, le rogaba se sometiera. No señor; se dejó excomulgar «hasta la quinta generación». El resultado fué parecido a la maldición de David a Joas: todos los varones eran desgraciados bajo varios conceptos, de espíritu, de cuerpo o de fortuna; las mujeres de la familia eran pobres, santas, dignas y enfermas. Ellos nada estimados, ellas sí. La madre de este Peña era una Flores.

No hicieron caso de don Miguel y éste se resignó. Esta asamblea trabajaría por la candidatura de Ballivián. Cuatro comerciantes eran los principales en esta determinación,



como amigos del candidato: don Domingo Peredo, don José Lino Torres, don Lorenzo Arano y don Pedro.

En los boletines de presentación del candidato, con su retrato y méritos hicieron los demás comerciantes poner a don Pedro a la cabeza de la lista. No agradó mucho a él este honor, pues no tomaba nunca la política con gran entusiasmo, pero se resignó a la fuerza de los hechos. Fe se entristeció todavía más, porque presentía que era llevar el nombre de su padre a vanguardia, para exponerlo a las iras del contrario. Micha adornó este prospecto y lo colocó sobre el piano.

#### 4.58 – ANDRÉS IBÁÑEZ

Este contrario resultaba Andrés Ibáñez, con otros Ibáñez que habían levantado la candidatura de Corral. El doctor Andrés, con otros abogaditos salidos de las filas «del pueblo», es decir del cholismo, eran los líderes que, recomendando la candidatura en los clubes y en las plazas, llevaban sus entusiasmos sobre «la división de las fortunas» en beneficio del pueblo. Predicaban la Revolución Francesa; Santa Cruz purificada por el «bautismo de sangre» de La Comuna; «abajo los ricos» y el Socialismo, con toda la pérdida de los respetos a la moral.

Por lo pronto, el caudillo de este «partido cruceño», para ubicarlo en sus vías, había raptado a una joven de buena familia; cuyos padres, llenos de vergüenza y dolor, suplicaron a Ram, Penitenciario de la Catedral, que fuera con todos sus poderes eclesiásticos en busca de las ovejas descarriadas. Consiguió casarlo: ya quedaba remediado este entuerto. Pero entre los collas no faltaban quienes levantarán a los otros inofensivos candidatos. Más, cayó sobre ellos la pluma del doctor Vaca Díez en versos como éste:

*Yo Marianitui Quevedo  
Candidatura escribir,  
De Corral empleo querer  
De Rendón apamullir.*

Necesario es consignar estos antecedentes para comprender el porqué de la persecución que veremos sufrir a don Pedro y su familia.

Como en otras ocasiones, don Pedro escribió cartas a su parentela de los campos para pedir sus votos a favor de su candidato. Sótero, por el ambiente favorable a su «modo de ser», ¡se gloriaba de reservar su voto para Corral! Amargo debía ser esto a su hermano, y después a él mismo.

#### 4.59 – MUERTE DE DOÑA MARÍA D'ACUNHA DE COELHO

Llegó por este tiempo la noticia de que había fallecido en Cuiabá la tía política de don Francisco, doña María de Acunha, viuda de don José Coelho, que hacía poco también había fallecido.

Sin hijos, la leal esposa respetaba, según la documentación que venía con la copia del testamento de ambos, la determinación de su esposo don José de declarar heredero de su fortuna a su sobrino don *Francisco Lopes Carvalho e Coelho*. Quien comunicaba esto era el Comendador don Andrés Mendes e Coelho, huérfano a quien habían adoptado los esposos Coelho, dándole un quinto y los derechos de albacea en esta ocasión.

Don Francisco traspasó, en un poder que redactó Kino, todos sus derechos para el cobro de la sucesión a su hijo político don Pedro, que aplazó todo este asunto para cuando, en otro viaje que pensaba emprender por Corumbá a Buenos Aires, encontrase oportunidad de

cobrar esos bienes. Consistían en una Capilla, con toda su paramentación y vasos sagrados; plata labrada; estancias de ganado; etc. Años debía tardar en cobrarse esto, hasta que quedara en casi nada.

A pesar de las Bulas de Indulto y Cruzada, durante la Cuaresma Micha establecía para sí misma un ayuno muy riguroso sin lacticinios. Acompañó esto con un altarito arreglado en la pieza de las niñas: el Sagrado Corazón de Jesús en un huertecito de ramas de espárragos, que le proporcionaron las Durán. Convidaba a la meditación de las novenas, que empezaban en este orden: la del Huerto; del Santo Rostro; de la Preciosa Sangre; septenaria de San José; de los Siete Dolores; y por último, el quinario en la Semana Santa.

La obra de la quinta adelantaba. Poco después de Pascua fueron a pasar unos días allí, viendo a los pintores trabajar en los arreglos de empapelar, mientras don Remigio hacía las molduras del altar de la Santísima Virgen. Ya era mucha esperanza. Regresaron a la ciudad y el 3 de mayo Micha obsequió a sus queridas amigas, las beatitas del frente, con las chucherías que les guardaba y bonitos cortes de vestidos, iguales, blancos con randas de violetas.

## 5. La Cruz Roja

### 5.1 – PARTIDA DE RODOLFITO

En 1873, el acontecimiento de mayor importancia fué el viaje realizado por don Pedro a Buenos Aires, llevando a su hijo Olfito a educarse allí. Lo había animado a esto don Francisco Uriburu.

Tiempo de tortura y ansiedad para el corazón de Micha, preparando a su hijito, tan piadoso y tan minucioso en el hogar. Costaba a su maestro de escuela determinarlo a escribir su apellido en sus planas, pues quería su nombre con este apellido: «Lego». Micha lo enseñó a pegar por sí mismo sus botones, a prepararse algunos remedios; lo preparó también a su primera confesión, que realizó devotamente. Si lloraba, su padre la animaba con los ojos llenos de lágrimas él mismo. Al fin en junio partió don Pedro con el niño; Micha dijo a Fe: "Cuando mi hijito ha subido al caballo, he sentido que algo se me ha soltado en el corazón".

Don Francisco decía a su hija: "Yo no lo volveré a ver más; tú, sí". Don Pedro colocó a Olfito interno en el Instituto Mercantil de la Provincia de Buenos Aires, con licencia del Gobierno. Unico interno, en consideración a la distancia.

### 5.2 – BENDICIÓN DEL ORATORIO

Siempre en 1873, en la fiesta de Nuestra Señora, en agosto, no hubo de notable nada. Fué en el Colegio y predicó el clérigo Prado un lindo sermón. En octubre estuvo ya capaz de bendecirse el Oratorio y Micha se fué con su familia a preparar tamaña felicidad.

Había mandado fabricar un cáliz. Con las Durán se habían ocupado de coser toda la ropa de sacristía; habían hecho preciosas albas. Poco tiempo antes, don Pedro le había pedido una y un repuesto de ropa de altar, y también para la celebración de la misa; porque en Santo Corazón, un lejano pueblo de Chiquitos, había encontrado de cura a aquel Padre Conrado, el franciscano que alojó Kino en su casa y que no hacía sino lamentarse de la pobreza e indecencia de las ropas de sacristía del pobre pueblito. Con doble gusto dió todo esto Micha, por ser manifestación de los sentimientos piadosos de su marido. Con Pastor y los arrieros que partieron a traer la mercadería, envió este presente al afligido cura. Don Pedro regresó a fines de septiembre.

Lor, con su ritual en mano, dirigía a su hermana para la confección de los corporales y purificadores, sin bordado, únicamente con su sencilla marca de cruz. Don Pedro había traído un ara consagrada; encargó al clérigo Cuéllar un lindo misal, que llegó por encomienda. "¿Qué traes?" preguntó Micha cuando vió que un sirviente, a la hora del guaraná, acarrea un bulto. "Traigo una caja... a ver si adivinas", y entregó a Fe para que descosiera los forros. "¿Algún retrato?" "Puede que sí", dijo él. "¿Qué gozo, un misal!", dijo Fe. Micha corrió a besarlo con tal alegría que don Pedro reía de verla, y gozaba dándoles ese gusto.

El 31 de octubre, con varios miembros del clero que Ram había convidado, se efectuaría la ceremonia de bendición del nuevo Oratorio. Las Landívar estaban allí para ayudar a disponerlo todo. Entre Simonita y Fe, que subieron al altar, se acomodó en su trono Nuestra Señora, con una cortina de seda celeste y una artística nube a sus pies. El hermoso crucifijo quedó fuera, para ponerlo después de la bendición.

Pronto ya todo, esa tarde alguien preguntó si estaba a la mano el Auto Episcopal. ¡Ay, Micha lo había olvidado! "Iré a traerlo", dijo don Pedro que acababa de llegar a caballo a comer; "¿dónde está?". "No vas a dar con él... ésta sabe, en uno de mis baúles", dijo

Micha señalando a Fe. "Entonces que vaya ella; acá está Simón el peón, con el carro preparado para llevar a la ciudad la ropa usada y regresar con la limpia y algunos utensilios. En el momento puede ir Fe y regresar de la ciudad en el mismo carro".

Así se hizo. Fe, vestida de muselina negra y chal, se sentó sobre las nubes, es decir en los blancos atados, y partió. Dejaba a sus padres a punto de sentarse a la mesa con las amigas íntimas de Micha, allí presentes como auxiliares. Toda la servidumbre femenina preparando en las cocinas el día de mañana; ella iría a cenar ligeramente con su abuelo, para regresar la misma noche.

Al torcer la esquina de la quinta y entrar en esa calle de siete cuadras recta, sin calles transversales, a la hora en que se iba la tarde y salía la Luna, con sólo el criollo peón, tuvo un poco de recelo. Y para disipar temores y ocupar dignamente el tiempo, empezó a preguntar el catecismo a Simón, que guiaba el carro con los tardíos bueyes. Recibía gozo de las contestaciones del peón, que sabía perfectamente el Compendio. Fe explicaba según el Catecismo con láminas y así, sin pensar, llegaron a los suburbios del pueblo. Entonces Fe calló para no llamar la atención y siguió rezando el Rosario.

A la vuelta, después de comer y con el Auto, subió al carro; pero esta vez el abuelo a caballo iba al paso, al lado del carro. De lo que se alegraron mucho con la sorpresa de verlo llegar y la seguridad de su asistencia a la ceremonia.

Bendijo el Canónigo Ram el Oratorio y celebró la primera misa en él. Lor había diligenciado la orquesta que la cantase. Estaba el Maestro de Ceremonias de la Catedral, los presbíteros Nicanor Landívar, Leoncio Michilín y Eustaquio Simonés. Pasaron allí hasta mediodía. Después de comer partieron los sacerdotes, menos Nicanor y Michilín que desde ya se consideraban capellanes y tomaban éste como un día de piadoso recreo. Fueron a sus tiempos a rezar las Horas en la sombría soledad, sentados en las ramas bajas de los árboles de cacao; frente a ellos, una alfombra de hojas secas violadas, medio rojas y lustrosas, y un toldo verde, florido y cargado de frutas ya formadas.

### **5.3 – EL RESPETO FILIAL**

La gente extraña no dejaba de admirar los nidos de los pájaros, que anidaban con gran confianza al alcance de las manos. En una higuera había un nido de picaflor; la rama estaba a 50 centímetros del suelo y podía verse a la madre echada sobre los huevecitos. Los sirvientitos de la casa advertían a los muchachos que preparaban un asalto a los nidos: "¡Cuidado!, esto desagradaría a taita Pedro". Así había educado Micha hijos y sirvientes, con esta ley suprema de orden: «Esto agrada a tu padre, esto no agrada a tu padre». Y por eso, las flores, los animales y las avechitas vivían seguros y cantaban el día entero en los arbustos del entorno de la casa.

Un huracán con lluvia había azotado furiosamente los árboles. Don Pedro salía por la mañana en zuecos, a cerciorarse de los destrozos; llamaba a los peones para levantar y atar los árboles y plantas y llamaba a Fe para que recogiera a los pequeñuelos y desvalidos implumes, en canastitos de que siempre estaba provista por los obsequios de los comerciantes del Beni. En ellos hacía nidos de algodón y recogía los polluelos; luego colgaba en los árboles los cestitos, donde venían a alimentarlos sus padres, con gran satisfacción del noble corazón de su padre.

Al día siguiente celebró Nicanor. Tanto él como el Padre Simonés instruían a Fe como sacristana, en el cuidado de todo lo que había que hacer.

Olfito había quedado en Buenos Aires en el Colegio Instituto Mercantil, cuyo rector Quinteros, cubano, había preguntado a don Pedro: "¿Qué religión quiere que se le enseñe a su hijo?". "La Católica Romana", contestó él, y añadió "su madre es muy

piadosa". Esto contaba don Pedro y Micha sentía su corazón aliviado, creyendo que este estudio iría a la par de los otros.

Micha había complacido a su amiga Simona Estremadoiro de Lara vistiendo con raso una linda lámina de Nuestra Señora de Mercedes, que industrias tenía para ello. La imagen llevaba un preciosísimo Niño Dios en el brazo y en la otra mano los grillos; pero una cosa no cuadraba a Micha, y era que la imagen tuviese toca. Tanto hizo que al fin, con un papel de seda rosa pálido y gasas encima, logró imitar el cuello de la Virgen y después le puso el velo transparente y la diadema de oro con perlas. Quedó una bellísima reina puesta en marco, con su cielo estrellado. Las dos amigas la habían colocado en una silla en el salón y la estaban contemplando, cuando llegó don Pedro de este largo viaje, en septiembre como se ha dicho.

## 5.4 – LA MASONERÍA

También vistió una Dolorosa para cerca de la cama de Fe, y esto tiene su principio. Entre las cosas que don Pedro contó a Micha sobre los incidentes de este segundo viaje a Buenos Aires, uno fué las solicitudes de la Masonería de Corumbá para afiliarlo a su secta. El se defendió.

"Es una Sociedad de Caridad Fraternal, para proteger a los desvalidos y particularmente a los pobres...". "¡Pero si eso lo hacemos mi esposa y yo en todo tiempo! Cualquier extranjero que llegue a mi casa, pertenezca o no a la Masonería, es favorecido. Así que la tolerancia de ideas y religiones jamás ha sido obstáculo para dejar de favorecer". "Es que para Vd. mismo, para viajar... No se puede viajar sin ser .X. Hermano, porque éstos tienen encargo de servir y de dar toda clase de referencias a los asociados...". "Para viajar, yo llevo la Masonería en el bolsillo: esto", contestó don Pedro, enseñando una moneda; "No aspiro a diplomacia, no necesito referencias, soy independiente. Además, mi señora es muy piadosa y actualmente, hago edificar una capilla a la Virgen, protectora de la familia".

Lo dejaron de urgir pero no cesaban las visitas de... diablos que viven de petardos e intrigas, dándose vida regalada a costa ajena. "Ya ves: llegó uno de ellos mientras estaba yo vistiéndome y, como señal de amistad, tomó los botones de oro de mis puños y dejó unos de cobre con las insignias masónicas que por ahí vienen... éstas son sus ganancias".

Todos los días venían a que les convidara refrescos o cerveza en largas visitas. Se saludaban con tres golpes en los dedos, o se brindaban con las copas haciendo el triángulo en el aire, y tantas otras señales: puntos en las firmas, etc. Micha lo oía anhelante, ansiosa como si presenciase un combate en el Anfiteatro: "¿Pero tú no les hiciste caso, no? ¿No vendiste tu alma al demonio, no?" ¡Qué caso les iba a hacer! Tenía que negociar con ellos, pero carbonarios como son, a lo mejor son unos criminales.

"Sí", decía Micha, "porque yo me moriría de pena si supiese que te has vuelto masón". Don Pedro se iba riendo.

## 5.5 – AUTOCEUSURA DE LAS LECTURAS

A poco, en tiempo de aguas, llegó un recomendado «que va en viaje», decía la carta. Era un español con melena. "Ha llegado un español José Lucena. He dicho a Languidey el dependiente que busque una habitación de alquiler por los pocos días que parará".

"¿No lo invitas a comer?". "No, también dije que le busquen en la recova quien le sirva".

Vino el don José a ver y a agradecer a don Pedro. Fe quiso estar presente en la visita para cuidar a su papá. Le sirvieron una copa de vino e hizo el triángulo para tomársela. En la conversación preguntó si a la niña no le enseñaban Literatura; su padre dijo que los colegios eran deficientes y que en la casa se hacía lo que se podía para educarla. "Si me permite Vd., voy a ofrecer a la señorita un libro". Don Pedro asintió con la cabeza y el viajero continuó: "Soy amante de la Literatura, de modo que viniendo con este pésimo tiempo y casi sin equipaje, eché en una bolsa los libros que pude y en el Río Grande se me cayó, y se mojaron todos lastimosamente. Las tapas están en pésimo estado". Dos días después vino; el sirviente le dijo que los señores habían salido. "Haga Vd. el servicio de entregar esto a la señorita cuando regrese, y sea mi recuerdo. Adiós". Partió.

Al llegar Fe recibió el tomo, con las tapas que excitaban las risas de Petronila por la apariencia del obsequio... y tal vez es más repugnante lo que haya adentro, se dijo la niña, y lo arrojó al fondo de un baúl de cachivaches.

Mucho tiempo después, acomodando encontró el libro. "Al fin es preciso saber si merece guardarse o echarse al fuego..." Lo abrió con temor, eran poesías: «La Catedral de Jaén»... ¡Ay, Dios mío!, y lo cerró con fuerza; "eso debe ser malo, porque doña Trinidad la costurera dice que, después del temblor de 1861, se convirtió de bailadora y alegre en afligida y escrupulosa, y le dieron a leer los «Casos raros para la confesión del Padre Jaén», y dice que no todas las personas los pueden leer. Jaén, Jaén... me inspira miedo".

Otro día, otro acomodo y otra vez la duda de si debía guardar ese libro o quemarlo. Esta vez lo abrió: «Stabat Mater...» "Oh, esto no puede ser malo; donde la Virgen entra puede entrar su hija, pues todo lo santifica ella...". Y leyó las bellísimas poesías del español Bernardo López García; y el «Stabat Mater» años hacía que vino delicada y elogiosamente juzgado por el Correo de Ultramar.

La Madre estaba llorando  
al pie del santo madero.  
El pueblo murmura fiero  
por la montaña girando...

Sonetos a la Redención, al Pan Eucarístico; versos a la Magdalena, poema a la Religión. Fe pidió que se lo empastaran bien. Así se hizo y ya no se le cayó de las manos, rogando siempre por aquel desgraciado que tenía en el alma esta mecha de la fe cristiana que aún humeaba.

## 5.6 – EJERCICIOS DE FRANCÉS

Micha dijo que era necesario que don Urbano diese lecciones de Francés a Fe. Aprobado, menos Kino que opinaba que a la mujer se la debía diplomar en coser camisas. "Lo que es yo", decía, "a mis hijas no haré enseñar sino a coser bien; y en cuanto a ésta, que aprenda bien su propio idioma antes de saber los extraños". No prevaleció este parecer; y el inglés vino a dar los Ejercicios de Francés, como él decía.

Consistían en las palabras más necesarias para hacerse entender por una persona recién llegada. Dejaba deberes a escribir, a veces la conjugación de un verbo. Cuando volvía, la lección no estaba escrita, ni los verbos como era debido. Como trataba a Fe con exquisita urbanidad y por otra parte tenía un genio malo, que se veía constreñido a

sepultarse en lo más profundo del respeto debido a Micha, que asistía haciendo su labor a alguna distancia, se tiraba él de la oreja con toda la fuerza que era debida a la mala Gramática de Fe. Tantas veces tuvo que hacerlo que se le inflamó la oreja, que parecía una papa de gorda, roja; debía sufrir mucho. Micha, compadecida, se puso a curarlo y la curación duró dos veces por día, más de una semana. Fe nada decía.

## 5.7 – LOS PROBLEMAS DE LA RIQUEZA

Es preciso ir comprobando que el aumento de fortuna, aún cuando era merecida por los trabajosos viajes y ausencias de don Pedro, iba dejando un sedimento de desengaño; los sentimientos amigables se hacían ahora investigadores, y como pesarosos de este aumento.

Así, los que habían visto al profesor de la Academia en situación difícil, sin sacarlo a flote, ahora se deshacían en halagos, invitaciones a tertulias, a convites donde los Suárez, donde Cronenbold. Hasta le enviaban caballo ensillado una hora antes de cerrar el Escritorio. Como a obligarlo a faltar a sus deberes, o a pedir permisos que alguna vez se le negaran.

Don Francisco no estaba contento. Creía que estas lisonjas eran para estar al cabo de los negocios, de los balances, de la marcha de la Casa, y restarle clientela en favor de tal o cual casa, sin aliciente o sin crédito. Micha oía, pero de todos modos su esposo tenía confianza y él no podía hacerlo todo por sí. Eso sí, encomendó a Dios el asunto.

Llegó el 25 de diciembre de ese año 1873. Micha arregló un Nacimiento muy lindo en su saloncito blanco de diario. Cortó un vestido de raso blanco a la Santísima Virgen e hizo que Fe le ayudara a bordar con alamar de plata y canutillo dorado una guarda muy vistosa, con rosetas de perlas doradas. Después acomodó a la Virgen de las Nieves sentada bajo un alegre pabellón de tarlatán, envolviendo sobre sus faldas al Niño Dios y las dos más grandes muñecas de Fe y de Nieves, vestidas de ángeles. Presentaban a la Santísima Virgen las ropitas del Niño Dios; platos de arroz nacido eran los pastizales, las dehesas donde pacían ovejitas de porcelana y de piedra, de respetable antigüedad. Los grandes gajos de sauce enmarcaban este cuadro bello y tan natural que, durante por lo menos tres semanas, fué el punto de reunión de las amigas de Micha. Su grey oró con mucho consuelo, recordando las meditaciones de la Novena que, por cierto, habían hecho en preparación.

Todos los años, el 6 de enero era la Fiesta del Niño donde las Durán. El gran Nacimiento armado en la sala interior, grande y bien amueblada, era la exposición de las cuatro imágenes que poseían de Jesús Niño.

## 5.8 – CASAMIENTO DE JOSÉ MARIANO DURÁN CANELAS



Esta vez los rostros estaban tristes. José Mariano Durán Canelas, aquel hermano por cuya educación tan costosa en Sucre todo se había sacrificado, hasta las joyas heredadas para que él luciera, nada había hecho para indemnizar esta deuda, que hubiera pesado sobre un corazón sano y noble. Pero todo disipado es egoísta.

Casa de por medio con la pretendida por él, viniendo aún ella poquísimos días antes a la casa de sus futuras cuñadas, nada les dijo. Y salen contrayendo matrimonio, que sólo debía ser secreto para doña Bárbara y sus nietas. ¡Qué dolor el de la anciana cuando, al llegar de su tienda, sale a tomar la brisa del Piray en la

puerta de su casa y ve, en esa hora crepuscular, entrar la cruz alta y los ciriales a casa de Pilar Sevilla! Y una hora después, sirvientas de allí comunican a la sirvienta de las Durán el casamiento de José Mariano y Pilar.

Se enemistaron. Micha, apenas hizo la visita de parabienes, no volvió más a ver a Pilar; había reprobado suavemente al doctorcito su ingratitud hacia estas abnegadas hermanas, sus amigas. Doña Julia de Arano y doña Petrona su cuñada le ayudaron a representar su error y a amenazarlo con la infelicidad, por falta de bendición de su abuela.

Poco después murió doña Lauretana de Sevilla; la señora Antonia mandó a una sirvientita para pedir la Novena de Almas para rezarla. "Dice la señora que le preste su alma, que la de ella está muy vieja". La dió Micha, y se quedaron con ella, por falta de cuidado.

## 5.9 – EL DÍA DE LOS INOCENTES

Para el 28 de diciembre, no obstante estas penas, las Durán envían a Fe unas alforjitas de cuero en una bandeja, con el cuchillón de picar pasto y un enorme tenedor: es el «jamón» de Inocentes. Mejor lo hace Micha que les envía dos muñequitas sentadas bajo una monísima planta de rosa miniatura en una bandejita, y encarga a la dadora el secreto: "Estas muñequitas para cada una de ustedes las manda mamá". Vienen a tomarlas; la dadora se las alcanza una en cada mano, aprieta el cuadril y las baña en agua de olor, pues son dos pequeños tubos de goma y cristal disimulados.

Para el primer día de Carnaval de 1874 asisten las amigas a misa en el Oratorio de la quinta y después se hace la inauguración del salón de altos. Qué alegres están todos. Don Carlos Ibáñez y don Ricardo Landívar no se resignan a no jugar a tiros; llenan alforjas de las diminutas naranjitas que la seca ha tirado al suelo y vienen al asalto de las galerías altas, tirando desde abajo a las señoritas que les devuelven el juego, provistas por las sirvientas de los mismos proyectiles mezclados con hojas de azahar. A la tarde vuelven a la ciudad. Allí pasa alguno por la ventana y empolva a Pedrito. Corre a mostrar a sus hermanos sus mejillas amarillas, quieren borrarlo. No, por nada, es Carnaval. Concluída esta fiesta, es la Cuaresma con toda su seriedad.

## 5.10 – PRÉDICA COMUNISTA

Viene la Pascua, malos vientos corren. Don Andrés Ibáñez con Melquiades Barbery persisten en sus ideas de hacer perder el respeto a las personas y a la sociedad. Han reunido «al pueblo», han arengado en público, han arrojado las levitas al suelo para vestir en ese momento la chaqueta del obrero.

Dos días después Kino encuentra en el Tribunal a uno de estos abogados. Pide una cortapluma a un escribiente y toma el faldón de la levita del comunista, en ademán de cortarla. "¿Qué hace Vd.?!" dice el de la arenga y el gesto de la plaza. "Esto está demás", dice Kino riendo, "en todas partes deben Vds. usar chaqueta". Ríen los escribientes y Kino deja; basta con el sonrojo del ridículo.

Llegó mayo: había ganado la candidatura de Ballivián. Micha, dolorida siempre por la ausencia de su hijito, empezó el Mes de María con doble fervor, por que sus oraciones alcanzasen todo, hasta Buenos Aires. Recibió una carta de Olfito: decía haber cumplido con Pascua en el día de Ramos. Micha había conseguido para el Mes de María un librito de los que, de vez en cuando, traían los franciscanos para las señoras devotas: «Finezas de María», meditaciones y oraciones sobre la Salve Regina para cada día del mes de



mayo. Las Durán asistían al de San Francisco; el tiempo lluvioso hacía esta peregrinación más penosa, de 7 a 8 de la noche. Alguna vez llevaban a Alba y Fe.

La piadosa costurera doña Trinidad Chávez Serrano quedaba de ir; por los apuros de ganar su sustento, lo hacía en casa de Micha. Esta beata vivía en una pieza independiente en casa de las Durán, por un módico alquiler.

### 5.11 – EL CUMPLEAÑOS DE DON PEDRO

El 18 de mayo se reunieron don Domingo Peredo, don Lorenzo Arano, don José Lino Torres y otros amigos de don Pedro a complotar el modo de hacer aceptar a éste una serenata, con ocasión de su aniversario de nacimiento. Querían celebrarlo, festejando el triunfo del Partido del Comercio; querían divertirse y hallaban ideal la casa de don Pedro, con el piano, etc. Mas como sabían la severidad de este hogar, sólo por engaño podían obtenerlo. Fueron a proponer su conspiración al viejo don Angel Costas, que aprobó el plan y se encargó de abrir la puerta.

Don Pedro había salido a la ordinaria reunión municipal; era Munícipe, único cargo que aceptaba, por ser gratuito. Hacia las ocho de la noche, Micha había reunido a su familia y había rezado el Mes de María. Las sirvientas más antiguas de la casa solían, en estos aniversarios, cerrar sus casas y venir desde la mañana a servir a sus queridos señores. Muy bien recibidas siempre, ellas y la parentela iban llegando en todo el día a saludar y a servir a turnos, sin que nadie los nombrara, por un alto instinto de delicadeza. Pues ellas también habían rezado y ahora arrullaban a los niños para que se durmieran.

Tocan la puerta de calle, sale el sirviente a ver. "Señora, el señor don Angel Costas ha entrado, preguntó por el patrón y pide verla a Vd. Ahí lo he dejado en el salón". Micha acompañada de Fe salió a recibirlo. Estaba ella dando razón de la ausencia de su esposo, en la Municipalidad, cuando entra éste y saluda a su viejo amigo, quejándose de la inasistencia de fulanos y zutanos, nada se ha podido hacer.

En ese instante empieza la orquesta en la calle a tocar la serenata. Don Angel pregunta qué es eso... Don Pedro calla y Micha dice "Señor, tal vez algunos amigos de Rodríguez han sabido que mañana es su santo". "Pues entonces", dice el viejo levantándose, "hay que hacerlos pasar". Y sale: "Pasen ustedes". Lo sigue el dueño de casa y los invita a pasar. Recibe el abrazo de los munícipes inasistentes y de gran número de amigos. Micha y Fe se escabullen a vestirse convenientemente y a dar órdenes a las sirvientas.

Los hombres, con Lor a la cabeza y Kino de director, han retirado la mesa de centro, encendido las lámparas y arreglado a su gusto el salón. Los padres de familia han ido a traer a sus esposas y hermanas, ya preparadas. Kino trae a las Landívar, Lor a las Durán del frente, para que ayuden a Micha a obsequiar a estos amigos. Y bailan. Después a coro cantan todos el Himno Nacional y el de Ballivián y se retiran a las dos de la madrugada. Las Durán tienen alerta a Fe para que les avise a las once y media, para no recibir ni refrescos ni postre ninguno desde esa hora, para no perder la Santa Comunión del día siguiente.

Cuando vino don Francisco en la mañana, chicos y grandes se hacían lenguas de la fiesta. "Mas, ¿por qué no enviaron a llamarme?". "Por estar tan lejos y ser de noche", le dijo Fe. "¿Qué hubiera hecho usted en ese ruido?", le preguntó Pastor. "Me hubiera alegrado", dijo sencillamente el cariñoso anciano.

Don Francisco andaba descontento de su zapatero el brasilero. En el espacio de tres semanas se había mandado hacer tres pares de calzado; le ajustaban, encargaba otros. Lo oía don Pedro dando órdenes a los sirvientes de encargos al zapatero; le llamó la atención la frecuencia y dijo un día, entristecido, a Micha: "Creo que el poco acierto de

un zapatero que tanto lo quiere y lo ha calzado durante muchos años no es el que falla, sino que don Francisco tiene hinchados los pies. Mala señal a su edad".

El dependiente don Urbano había pedido, de la noche a la mañana, su retiro a don Pedro, y él se lo concedió. Todos los íntimos de la casa quedaron admirados; esto sería por marzo, pues fué después de Carnaval. Más tarde se supo que los Suárez lo habían inducido a ir al Beni, con perspectiva de mayor sueldo, a la casa de comercio de don Francisco Suárez. Don Francisco quedó aliviado y decía a su nieta que era una felicidad; así lo creía ella también. Por lo que hace al inglés, dicen que empezó a llorar en la navegación, preguntándose si había estado loco en dejar la casa del Señor Rodríguez.

Por esos días llegó allí el nombramiento de Prefecto y Comandante General; le tocó al Dr. Angel Aguirre, primo de las Seoane.

Llegó el 19 de junio, aniversario del nacimiento de Olfito; primera vez que estaba fuera. Micha fué a comulgar y oír misa, llevando a Fe. Y casi todo el día lo pasó triste; después de la cena su padre le advirtió: "No tienes razón de estar triste. Tu hijo está bien y se está educando. Ven, alégrate", y él reía con las historias y las gracias de los pequeñuelos. "Si yo no sé, Dios mío, qué pena tan invencible tengo. Crea mi padre que yo me esfuerzo, no deseo estar triste para no estristecer a Rodríguez, y no encuentro cómo. No sé qué decir".

Don Francisco dejó el saloncito blanco y vino al salón; reunió allí a los niños, abrió el piano y llamó a Fe que tocara, empezando por la Marcha de Ituzaingó hasta el Carnaval de Venecia. Después Fe cantó, con el tomo de las serenatas, un trozo de «La Estrella del Mar»:

Si hallar quieres, hija mía,  
en este mar de bonanza,  
deposita tu esperanza  
en el seno de María.

El abuelo aprobó mucho este canto. Dejándolos entretenidos, fueron otra vez al saloncito a conversar con Micha, y llegada la hora en que se retiraba se despidió, pasó por el zaguán frente a la puerta del salón, se paró y dijo a sus nietos su ordinaria despedida: "Hasta mañana o hasta que Dios quiera". Fe contestó, sin volverse, y él la volvió a llamar: "Fe, Fe". "¿Señor?". "Hasta mañana". ¿Por qué habrá insistido?, se preguntaba Fe; nunca lo había hecho así.

## 5.12 – MUERTE DE DON FRANCISCO

Al día siguiente muy temprano ya estaba Micha levantada. Cuando hubo tomado el guaraná salió a la puerta de calle a ver si su padre venía para tomar el vaso que le había preparado. Su esposo todavía estaba en el dormitorio.

Vestía Micha con un sencillo vestido de percal, color crema con palitos violeta antiguo sembrados aquí y allí. Se asomó por segunda vez a la puerta cuando vió pasar a una mujer del pueblo que con rostro afligido le dijo: "Señora, no sé qué accidente le ha dado a su padre, está enfermo según dicen". Corrió Micha al ropero, tomó su chal y desde allí avisó a don Pedro que se iba. Salió seguida por dos sirvientitos que a esa hora estaban en el patio; corría, casi, por la calle. Llegó y encontró a su padre, todavía sobre la silla en que había caído.

Se había vestido él muy temprano, como de costumbre, y salió al corral llevando unas migas de pan para darles a las aves, pues gustaba de hacer bien aún a los animales. La noche anterior había velado, acompañando a la joven huérfana Petrona, reprochando a

doña Rosa la tranquilidad con que la dejaba recibir visitas de pretendientes sin más compañía que la de las sirvientas.

Con la capa puesta, el bastón y el sombrero, pasó por una pieza donde habían mesas con dulces y masitas. "Señor", dijo la sirvienta alargándole una bandejita, "¿no quiere probar de estos bizcochos?". Tomó don Francisco un pedacillo como un dado, para complacerla, y lo echó a la boca. Tosió, e hizo seña de que sentía ahogo. La sirvienta lo hizo sentar en un sillón y llamó en voz alta que vinieran en su auxilio. Corrió el barbero de la esquina, corrieron los sirvientes en busca de médicos, del sacerdote que decía la primera misa en la Catedral. Llegó Micha. Los médicos ordenaron al barbero que lo sangrase, pero no salió en esta congestión una gota de sangre. Allí, sobre las faldas de Micha el cadáver, pues ya no dió esperanza alguna, aun cuando conservaba todavía el color.

Doña Rosa gritaba, un mundo de gente a oleadas venían a compadecerlas. Don Pedro, Kino, todos los canónigos. Don Pedro se retiró enfermo, impresionadísimo, encomendando a Ram y Kino dispusiesen lo conveniente. Micha veló en una pieza inmediata al salón los restos de su padre, de día y de noche, teniendo el tormento de oír a cada rato los lamentos de doña Rosa, que en su falta de tacto social decía "22 años de paz y armonía ha estado a mi lado".

Cuando se expuso el cadáver en una linda capilla ardiente acomodada por las Landívar, con el gusto que distinguía al Pbro. Nicanor y a sus hermanas, empezó recién a correr la sangre, manchando el largo paño negro hilvanado rápidamente con franjas de plata. Allí, no habiendo empresas de pompas fúnebres, había enviado don Pedro el cachemira negro. Micha quiso absolutamente que le dieran ese género para conservarlo, para su uso y doloroso recuerdo.

Fe fué de día a velar a su querido abuelo. Por la noche, tendría que velar por el orden de su casa, de que estaba su mamá ausente.

### **5.13 – DEBILIDAD ESPIRITUAL DE MICHA**

Después del entierro fué don Pedro a traer a Micha a su casa. Qué tristes días se siguieron. El 30 anunció don Pedro a Micha, después de los funerales, que se vería obligado a ir a Buenos Aires y que llevaría a Pedrito para acompañar a su hermano en el Colegio. Pues que fuera de las primeras letras que demasiado sabía el niño, él no se animaba a colocarlo en el Colegio Nacional que era un desgobierno en el que estaba; que sería perderlo. Micha veía que habían buenas razones, pero sentía que «en esos momentos» se alejara. Don Pedro le exigía otro sacrificio y ella lloraba sin consuelo su triple dolor. Finalmente, este viaje de 1874 se realizó sin Pedrito, el que recién se trasladó a Buenos Aires al año siguiente.

Fe no se apartaba de Micha sino para ir a la iglesia a traerle los alientos del Padre Querubín, para que llevara sus cruces con valor. Otra pena la había herido: sus amigas del frente, también por falta de tacto social, habían reído a carcajadas en su corredor cuando ella recibía las visitas de pésame y rezaba la Novena de las benditas almas del Purgatorio con su familia.

### **5.14 – CONFESIÓN DE PEDRITO**

Micha tuvo que ocuparse en preparar a su otro hijito a hacer su primera confesión. Pedrito apuntó sus pecados con todo cuidado y los colocó en un bolsillo; en el otro bolsillo puso un pliego en blanco y lápiz, para lo que pudiera acordarse. Cuando salía con su madre para ir a la iglesia llegó el tío Pastor. "¿Dónde vas?" preguntó al niño. "A

confesarme, tío", respondió éste. "Bueno, si te confiesas, no te olvides de las maldades y picardías que me has hecho". Al momento Pedrito se vuelve y se sienta; extiende su papel sobre la mesa y dice: "¿Cuántas maldades? Diga, tío, por favor. ¿Cuántas picardías? Diga, diga, que yo las apunto para acusarme". Conmovido, a Pastor se le brillantaron los ojos de lágrimas por esta sinceridad. Besó a Pedrito en la frente y le dijo: "Nada, hijo, nada me has hecho sino hacerme reír y gozar". Recogió el candoroso penitente su papel y su lápiz y siguió a su madre a San Francisco, donde se confesó con el buen padre Tomás Rozioni.

### **5.15 – SOBERBIA INFANTIL**

Preparado así, ya estaba en estado de partir. Ahora había que despedirse de los parientes. Lo envió su padre con una carta para el comerciante don Gumersindo Landívar; de regreso, distraído fué a dar a inmediaciones del cementerio. Perdido ya, llegó a las seis de la tarde a una casita de los suburbios. La familia, muy decente, lo recibió y se informó de quién era; contó lo que le pasaba, lo invitaron a comer pues era la hora y después lo guiarían hasta su casa. Aceptó Pedrito; comió la sencilla comida de ellos y la señora de la casa llamó a su sirvienta para que lo guiase. Mira Pedrito... y le dice: "¿Y con esta india voy yo a ir por la calle? No y no; este jovencito", señalando al hijo de la familia, de 15 años, "este jovencito es el que debe llevarme". Hizo gracia a la señora la elección y lo envió con su hijo. Micha estaba en la angustia; don Pedro la tranquilizaba.

### **5.16 – VIAJE DE PEDRITO A BUENOS AIRES**

En julio de 1875 llegó el día y partieron con Pedrito a Buenos Aires, arrancando otro pedazo al corazón de la buena Micha. Como al primero, su Olfito, había hecho asentar a Pedro en la Cofradía del Carmen y le había dado escapularios de repuesto para él y su hermano. Pocos días después apareció la negra Simona con una imagencita de la Virgen del Carmen, a que la vistiera Micha. La tía Isidora envió a la Virgen del Rosario para que Micha vistiese con su buen gusto la antigua imagen venerada de la familia de su esposo.

El Oratorio había necesitado una seria refacción. Todo se humedecía allí; el cielorraso de lienzo se deterioraba, por lo que se convino hacerlo de madera. Hubo que tener en cuenta la lentitud de los trabajadores. La Novena se hizo en la iglesia del Colegio, llevando a la Santísima Virgen sin música al anochecer a la iglesia. Sólo las campanillas que el Niño tenía en sus manos daban sus áureos sonidos, finos «como los de un arpa suave». El Pbro. Landívar la rezaba en la iglesia, después de la misa de las ocho.

### **5.17 – LLEVANDO EL VIÁTICO**

Aquí recordaremos que en la ausencia de don Pedro en el año anterior (1873), iban a acompañar al abuelo en la tienda Fe y más tarde Micha, cuando podía. En uno de estos días diluviaba; la niña tenía un vestido de merino café con su florcita morada y chal negro con randa imitación cachemir y zapatos de charol. Oyó tocar a misa en la parroquia, a media cuadra; "¿Qué cerca, y no hay un alma para oírla! Debo ir..." dijo a su madre. "Ve" contestó Micha, mientras su abuelo ponía algún reparo sobre si no se mojaría al cruzar. "Hay ladrillos de paso", dijo Fe, y salió.

Oyó la misa, sin que hubieran escasamente más de cuatro personas enterando las cinco que por costumbre requerían para celebrar el santo sacrificio, con el sacristán. Se

ofreció a sacar el Santo Viático; esperaban quien quisiera tomar los faroles. Nadie se movía; el sacristán los ofreció en voz alta. Doña Luisita Bustamente no tenía salud para eso. De las otras personas pobres sólo una vino; las demás temerían mojar su única gala y zapatos.

Fe resueltamente se colocó cerca del otro farol. Ya pudo salir el Viático, un sastre llevaba el guión o bandera del Santísimo. Llegaron a una casita aislada, hacia el Oeste de la Parroquia, por los suburbios que daban al río Cedral, detrás del tambo de don José Aponte. Por «tambo» se entendía un conjunto de casitas de alquiler, o más bien cuartitos sin comodidades interiores, que hacían la renta de este rico propietario. La casita, aislada, tenía cerca de la puerta una cama con sábanas deshiladas y fundas con vuelos de blonda, nítidas, bien planchadas; una mesa con un mantel de Mojos con su guarda azul y su fleco macramé con borlitas; dos candeleros de barro enlozado sostenían dos cirios encendidos; un crucifijo de fábrica de Porongo; una silla con espaldar y asiento de cuero labrado. Una antesala sin puerta o dormitorio oscuro sin blanquear, dejaba ver tablas y útiles de carpintería.

En esta cama estaba la pobre que se moría; debía ser la madre del sastrecito. Del tambo, que quedaba como a una cuadra, siguieron al Viático algunas mujeres. Tuvimos que salir al «chilche», porque la mujer quiso reconciliarse. Después de la Santa Comunión y óleo, el sacerdote pidió agua para lavarse y para darle a la enferma. El sastrecito fué al cuarto oscuro y sacó una tacita igual a los candeleros, con agua.

Regresaron a la iglesia. Fe llegó con el calzado que no se veía y el vestido poco menos, pero su abuelo, al saber el porqué, lo aprobó. Pues él, en su infancia, había pertenecido a la Cofradía del Santísimo Sacramento en Portugal; en cuanto oía la campanilla, su deber era correr con la capita colorada de la Cofradía a ir a ponerse al servicio y compañía de la Divina Majestad.

Otro día urgía un caso semejante y no llevaban acompañantes; había llovido, pero ya estaba sereno. Acompañó Fe al Santísimo Sacramento atravesando la Plaza y tomó por la calle de la tía Manuelita; recorrieron cuadras y cuadras, pero no se fijaba en eso sino en rezar. Llegaron a una sala espaciosa; en el dormitorio, cuya puerta estaba abierta, se veían tras la pared dos camas y en la más inmediata una señora de cabellos blancos daba unos ayes. Recibió el Viático y la santa unción. Tiempo más tarde y durante las fugas de una casa a otra, en una ocasión en que doña Juanita de Mérida ocupó la primera cama y Micha la llamó a Fe a descansar en el segundo lecho, ésta reconoció la misma cama y pieza adonde había acompañado al Señor en aquella oportunidad.

Si hubiera tiempo, sacaría lo concerniente a 1875 a su propio lugar más adelante y, después de la muerte del abuelo, seguiría la historia del viaje de don Pedro en 1874. A principios de julio de este año, las ocupaciones de Micha eran: vestir santos; la llevada de la imagen de Nuestra Señora de las Nieves al Colegio; su festividad allí con novenario rezado por el Pbro. Don Nicanor y sermón por el Padre Antonio Zambrano, hermano de la beata Joaquina; el regreso silencioso de la Virgen a casa, donde en el salón Fe arregló de mayor a menor las flores, que diariamente se traía de la quinta una media guirnalda a Nuestra Señora.

Era el mes de la primavera; el mes de las rosas, las flores del aire, los lirios, las azucenas, los paraísos floridos. Este árbol parece ser el más seguro termómetro de los grados de calor necesarios al cultivo de caña de azúcar; en Santa Cruz florece en agosto mientras en Tucumán, menos apto, florece en septiembre y en Buenos Aires, en noviembre.

Desde la muerte de su padre, Micha tenía mayor vigilancia sobre los negocios de don Pedro en su ausencia. Iba al escritorio a firmar los asuntos más importantes, las ventas al por mayor, acompañada de alguno de sus pequeñuelos, el más inquieto.

## 5.18 – MUERTE DEL DOCTOR GRANADOS

La enfermedad del Dr. Granados fué motivo para que vinieran sus tres hijos varones y una de sus hijas. El Señor Obispo vino a corresponder al saludo de Micha en uno de estos días de agosto. Estando ausente su mamá, de improvisto avisaron a Fe que había que recibir al prelado doctor Francisco María Granados, el de tan edificante niñez, tan venerada vida sacerdotal y que, como Obispo, era la gloria de la Iglesia y de Santa Cruz. Turbada llegó al salón, avergonzada de ser para él una desconocida, pero el Ilustrísimo halló medio de añadir esta vieja amistad... Dirigiéndose a su Familiar le dijo, señalándole a la Virgen de las Nieves: "Vea Vd. esta hermosa Señora, ante la cual he orado muchas veces en mi infancia, pues en mi derecho de cruceño no había de faltar tampoco a tomar mis tazas de chocolate, que en casa de la bisabuela de esta niña era indispensable aceptar." Y preguntó a Fe: "¿Dicen que van a hacer Oratorio en la Quinta?" Ya Fe se encontró en su terreno, hablándole del Oratorio.

Corta fué la visita; pero Fe, además de recibir la pastoral bendición, pudo admirar aquel célebre anillo que despedía luces en su mano consagrada. Más tarde a los ojos mismos de los ángeles adquirió brillos, cuando tantas veces fué rifado para obtener socorros para los enfermos apestados y los heridos de la guerra.

El doctor Granados murió asistido por sus hijos: lo cuidaban el médico Antonio, Eulogia y Félix, y recibió los últimos sacramentos de manos del Señor Obispo. Pasados los días de riguroso luto, quiso Eulogia visitar la quinta en compañía de las Durán, donde con su madre pasó algunos días después de la muerte de Felicidad.

Fe estaba allí e hizo los honores de la casa, pues Micha estaba delicada. Recorrió todos los sitios que recordaba, se paró entre los tutumos y buscó en vano el ambaibo: un rayo lo había abatido. Preguntaba con mucho interés por Micha, pero Mariquita le dijo simplemente que estaba «delicada». Entonces Eulogia, a quien no se había atrevido a preguntar lo que deseaba saber, le dijo en el abandono de la amistad: "Nosotros, querida hermana, hemos «elegido la mejor parte»"; así se regocijó Mariquita contando a Micha su conversación con Eulogia... era «la Marta» de la casa del Señor Obispo, practicando la virtud a la sombra del santo hermano y cuidando de la maniática Margarita, a quien había debilitado la concentración en el innecesario estudio de la Medicina, al que se había entregado por afición desde la infancia. Aún tenía crisis que... si no fuera por el respeto que tenía al Obispo, mal la hubiera pasado su hermana.

## 5.19 – CALUMNIAS DE UN MASÓN

Fe supo, años después que hubo muerto Margarita, que el doctor Juan Francisco Velarde, por señalarse en la Masonería de la cual era el Jefe, había calumniado al inocente y justo Obispo cruceño. Tanto se rebajó, entrando en esa sociedad de malhechores, que no le quedó religión, tradiciones de honor, cruceñismo; todo lo empezó a perder, y digo que «lo empezó».



El pueblo de Cochabamba se lo quiso comer crudo a don Juan Francisco, tan seguro estaba de su Obispo y tanto asco le causó la especie con que quiso mancharlo. Velarde tuvo que huir porque el pueblo, piedra en mano iba a su casa, donde estaban su mujer y sus hijitos. ¿Dónde asegurarse? Tuvo que brincar bardas y refugiarse... ¡en casa del Señor Obispo! El pueblo sitió

la casa del Obispo, pidiendo a gritos la entrega del maldito y excomulgado periodista.

Juan Francisco Velarde

Viendo que posiblemente podrían escalar y hacer un desatino, salió al balcón el Señor Obispo, que había estado enfermo, y pidió a los revoltosos que si tenían placer en tirar piedras a un hombre, que al fin era uno de sus diocesanos, un cruceño, un hermano, que se las tirasen a él. Hizo venir a Velarde al balcón, se puso cerca de él, lo abrazó y dijo: "Si así quereis tirar y matar, ahora mismo lo podeis hacer". Cayeron las piedras de las manos, cayeron esos hijos de rodillas... El Obispo los bendijo y exigió la promesa de que respetarían a ese... (no sé cómo llamarlo si no es esclavo) y los despidió.

Velarde volvió a su casa. En la primera estación tempestuosa cayó un rayo en su dormitorio y rompió los tímpanos a doña Rosaura. El más inteligente de sus hijitos, de edad de tres años empezó a padecer de la espina dorsal; se desconfiguró y se puso jorobado, con bulto en el pecho y en la espalda. Alcibíades mismo era un castigo, y humillaciones mayores todavía pesaron sobre esa vida sin enmienda. La Masonería acabó por quitarle todo jirón de honor. Esta es la historia verdadera, sin las contemplaciones que impone el qué dirán. Recuerda la realidad de estos hechos la maldición de David a Joas, como debe estar en la Sagrada Historia: maldito el hombre de mundo sin conciencia; con cuánto remordimiento, bajeza y desprecio llevará su pena.

## 5.20 – LAS PENAS DEL OBISPO GRANADOS

¿Penas? También el Obispo las tuvo. Creo haber referido cómo, en 1876 ó 1877, cayeron muchos rayos en la cumbre del Tunari, cerro cercano a Cochabamba; se derritieron las nieves y murieron 200 personas, con destrucción de casas y ganados por la avalancha; como si en Córdoba se rompiese el dique San Roque. Luego la sequía esterilizó todos los terrenos: no hubo cosechas, no llegaron las arrias de Santa Cruz, donde también se perdieron las cosechas por una abundancia que no se podía exportar. El azúcar estaba a 20 centavos la arroba, el arroz se lo dieron a las vacas.



Vino en Cochabamba la peste de tifus, a llevarse a los que el hambre había perdonado. Aquí «empezó» el Obispo a convertir su palacio en Hospital; para mantener a sus pobres rifó su anillo, pero el agraciado por la suerte lo devolvía a esa mano digna de llevarlo. La guerra de 1879 a 1881 lo vió de nuevo en su palacio a la cabecera de los heridos; empeñaba en las casas de interés su anillo, que siempre era rescatado por los pudientes del pueblo para devolvérselo.

Gastado ya por sus penitencias y por su enfermedad del estómago, debió beber un exquisito cáliz antes de partir él mismo de este valle de lágrimas. Su Eulogia, la venerada virgen de su casa, hermosa todavía pero cuarentona, dejó prender en su corazón un afecto a una persona tan desigual en rango, un sirviente extranjero (¿otra de los masones?). No sabemos si su hermano le representaría disconformidad por este disparate, o bien si ella temió su opinión. Salió de su casa a casa de alguna mala amiga y allí contrajo matrimonio. ¡Era el escándalo del pueblo! El Obispo se arrodilló en su oratorio, vertiendo torrentes de lágrimas. Nadie en su casa le habló del asunto, mas todos en un silencio respetuoso le servían con la más exquisita atención. Divulgaron poco después que su Obispo y señor tenía las rodillas llagadas de la continuidad en esa humillada posición.

Dos meses después y concluidos los bienes que había aportado Eulogia, el brutal instrumento del Demonio, en un humilde alojamiento, le pegó de bofetadas y la abandonó. Era ya demasiado; el corazón de la hermana de Felicidad se rompió de dolor y dos meses después otro torrente de lágrimas del Obispo acompañaba el perdón que enviaba a su hermana moribunda, la cual sin honores fué silenciosamente enterrada.

Después de muchos meses de enfermedad apareció el Obispo en las calles de la ciudad, en el cumplimiento de sus deberes; al verlo con la aureola de mártir, viejo, pálido y consumido, el pueblo se arrodillaba al verlo y no se levantaba hasta que se hubiera alejado. Ni más ni menos que si viera a un santo del Cielo. Allí fué por último este fiel siervo del Señor.

Comparemos estos dos binarios, como diría San Ignacio: ¿qué le aprovechó al primero, qué le dañó al segundo? ¿La Religión? Velarde ateo, Granados creyente.

### **5.21 – LA DEPRESIÓN DE MARICRUZ DURÁN**

Por este tiempo comenzó a enfermar María Cruz Durán. Ahí se descubrió que las risotadas que tanta pena causaron a Micha eran un estado de desarreglo nervioso. Primero le dió por adornarse; aún hizo que Micha comprara para Fe una hebilla de nácar para la cabeza con su lazo de cinta, como la que ella se había comprado. Tocaba el clave y la guitarra con más frecuencia. Su hermana la desconocía y si le representaba algo sobre la parsimonia que debían usar las de la Tercera Orden, ya no le gustaba.

Una tarde el Padre Querubín, terminados los deberes de su iglesia, acudía por devoción al Hospital a instruir y confesar a los enfermos. Pasó por allí en circunstancias en que María Cruz reía en la esquina. "Hija" le dijo delante de su hermana y de la beata Juana Montesinos, la hija del herrero, "hija, tu risa la he oído desde la otra esquina". Se le dió tanto esta advertencia que empezó a entristecerse; le dió por llorar, por atontarse, rehusar las ocupaciones. Aún a veces se negaba a ir a la iglesia; se le antojó no confesarse con don Francisco sino con el virtuoso clérigo Michilín, que por sus escrúpulos había rogado al penitenciario no lo obligase a confesar.

Otra cosa hizo: disgustarse de estar en su casa y hallar alivio al lado de Micha, que la distraía entre tantas ocupaciones como siempre tenía. Se pegó más que todo a Fe, que la divertía tocando suavemente el piano a puerta cerrada o contándole las historias que leía en el «Correo de Ultramar». Si la dejaban un rato, lloraba. Micha consultó a los médicos, le hizo varios remedios, la envió con Fe y doña Trinidad a la quinta para que se fortificase. Jugaba allí al volante para obligarla al ejercicio, que los médicos le recetaban.

### **5.22 – LOS RELATOS DE VIAJE DE DON PEDRO**

Don Pedro llegó en septiembre. Siempre tenía algo bueno que contarle a Micha de sus viajes: los arrieros habían acudido en gran número a Corumbá; él había entregado ya la mercadería que traía y seguían llegando. Para no defraudarlos en el viaje que habían emprendido por servirlo, tomó a crédito un cargamento de vino y aceite en Corumbá. Quiso firmar documento comprometiéndose a pagar interés y se lo borraron los comerciantes, diciendo que pagase cuando pudiera, sin interés. El pensaba que era más cómodo no pagar hasta el año siguiente, por no enviar en tiempo de aguas. "Pero he aquí que, como no han querido admitirme, tendré que enviar inmediatamente al mozo Mariano Cuéllar con 400 pesos, importe del saldo de esa cuenta".



Contó también cómo el chocolate especial, que Micha le mandaba hacer en bollitos molidos con canela y azúcar, se lo dejaba todo al buen capuchino R.P. Mariano Banaia, cura vicario de la iglesia de Corumbá.

Otro caso más. Los primeros arrieros que despachó con mercaderías desde Corumbá habían encontrado en el bosque un cargamento de vinos perteneciente a un francés, don Enrique, socio o dependiente de Cronenbold. Sin preguntar nada abrieron los cajones de vino y se dieron una soberana embriaguez; y creyeron que nadie lo sabría. Mas al llegar don Pedro a Santiago de Chiquitos, donde ya lo aguardaban sus arrieros, don Enrique le presentó la queja y reclamación del perjuicio. No había remedio; probó el dueño que éstos eran los únicos que habían pasado antes de que llegara él con sus arrias a recoger su vino.

Don Pedro llamó aparte uno a uno a los arrieros, hombres extraños y desconocidos, y les tomó declaración, poniéndoles un caso de que eran testigos sus dos mozos de confianza, Pastor y Cuéllar. El había encontrado tirado en el camino a un desgraciado compañero de ellos en el delito, a quien habían dado una paliza tan descomunal, como ebrios que estarían, que estaría expuesto a perecer a manos de los bárbaros o devorado por los tigres. Estaba hinchado, con alta fiebre, sin agua ni alimentos. Empezaron a confesar, descubrieron su falta... "Bien, yo pagaré vuestra culpa indemnizando al comerciante un gasto que yo no autoricé. Pero exijo de vosotros una satisfacción: todos los culpables a confesarse con el Cura". Aceptaron tan rara condición.

El señor Cura muy gustoso los preparó; el cura era aquel relojero amigo, que cuando Micha estaba recién casada acudía con su buena e inteligente esposa a visitarlos, tocar la guitarra y cantar diálogos que los hacían perecer de risa. Muerta ella, había llevado una vida de cristiano práctico y, llegado el Obispo, solicitó ser sacerdote. Era rengo. Fué aceptado a título de misionero, que ejercería su sacerdocio en curatos de indios. Este fué el confesor.

"Ahora viene lo mejor", decía don Pedro a Micha. "Como no podía detenerme en un camino tan peligroso, hice dejar agua y provisiones al herido y yo mismo le serví un vaso de agua con árnica y se lo dí a tomar, porque arrojaba por la boca una sangre negra. Yo no esperaba que viviera; le dejé el bote de árnica. ¡Cuál no fué mi sorpresa al verlo llegar pocos días después a Santiago! Fué a darme las gracias, muy agradecido. Le di dinero para que se mantenga, hasta que pueda trabajar. Cuando llegué a Santa Bárbara, me llegó una carta del Cura, que me daba la noticia de que había muerto pocos días después, de una breve enfermedad, uno de los arrieros que hice confesar. ¡Ya ves qué a tiempo!"

Y parecía que don Pedro daba por bien empleado ese pago, con la condición que había preparado un alma a comparecer ante Dios.

## 5.23 – PAVOS REALES

Trajo a Micha un riquísimo chal de espumilla blanca de la China, bordado en blanco con paisajes y chinos; el juego de las puntadas era el que daba vida a esos paisajes bordados con seda blanca. Traía también ricas telas de batista calada, de medio luto blanco y negro, blanco y violeta, para Micha y Fe. Un «Almacén de las Señoritas» para Micha y Fe; los libros de Mandevil; libros de estudio, de Geografía; una banda de crespón de seda azul para los roperos de Micha; vestiditos para sus dos pequeñuelas; sombreritos, calzado, peinetas. Una planta de magnolia; bulbos de flores y semillas; un casal de pavos reales y otro de gansos. Había pagado cuatro peones para conducir a estos animales, para hacer bien al país introduciendo la cría. Fe fué la encargada de

buscar en la obra de Agricultura de Rozier, en 13 tomos, el modo de criar los pavitos y gansos. Tuvo empleo bastante tiempo.

## 5.24 – REVISTAS Y LIBROS

También llevaba una revista ilustrada a la que lo habían obligado a suscribirse, redactada por Héctor Varela: «La Ilustración Americana». La novedad de los grabados hacía que Fe la hojeara; no dejaba de sorprenderle la diferencia del «Correo de Ultramar» con ésta. No se ocupaba de Dios ni de las cosas santas; todo era patriotismo. Una novela que allí había, trataba de figurar a una religiosa de caridad como boba cruel y egoísta, porque no seguía los caprichos de una loca moral. También don Pedro hojeó el volumen empastado y dijo: "Este Varela debe ser el más calavera de sus hermanos", y no la volvió a leer.

El tomo del «Correo de Ultramar» sobre la guerra de 1870 y horrores de la Comuna lo consiguió en Buenos Aires; ése sí era interesante. Llevó de obsequio a Ricardo Landívar «Los mil doscientos secretos de Física y Química», para que fuera experimentando. Trajo un surtido para dar alguna novedad a las tiendas de don Angel Costas, que ya estaba viejo y sumamente irritable con sus dependientes; estos le suplicaban a su patrón que les permitiese dar sus balances a don Pedro, pues él se olvidaba y era cosa de nunca acabar.

En Buenos Aires volvió a encontrar a don Adolfo Cohen; le habían robado la joyería, en una salida que hicieron al teatro. Todas estas novedades iba contando a Micha, mientras ésta soportaba las penas de su estado enfermizo sin dejar de cumplir con la Cofradía de la Virgen de Alta Gracia y de hacer otras obras de caridad.

Se encontró en peligro de muerte su ahijada de matrimonio Eduvilda Dongo. Acudió ella a animarla y asistirle, librando a una niña, primera ahijada de bautismo que tuvo Fe. La cual, ofrecida de veras a Dios, voló al Cielo un año después. No dejó de costarle a Micha una agudísima peritonitis la hora de sol ardiente en que había salido a esta obra urgente de caridad. Se confesó para morir en ese apurado trance, pero quiso Nuestro Señor alargarle la vida, para mayores penas y méritos.

## 5.25 – NACIMIENTO DE JOSE MARÍA

El 16 de diciembre a las cinco de la tarde, don Pedro conversaba con Ram en su salita de Escritorio cuando las antiguas sirvientas le avisaron que Micha acababa de dar a luz un robusto varoncito. Llenos de gozo acudieron a verlo. Ese día los coloquios piadosos de Micha habían sido con dos hermosas imagencitas traídas de Cochabamba para el nacimiento de Mariquita Durán. Y aún sin esa imagen material, la Virgen María y su esposo San José estaban presentes en su espíritu, porque ése era el día en que empezaba la Novena de Navidad.

Le dieron sus padres el nombre de José María, que era el de su abuelo paterno, y rogaron al Pbro. Nicanor Landívar que lo tuviese en las fuentes bautismales. Más tarde, al recibir el sacramento de la Confirmación, fué su padrino el virtuoso Pbro. don Leoncio Michilín.

Fe se aplicó a velar por él muy especialmente, pues además de aliviar en algo a su mamá, creía que el pequeñuelo tendría más tarde la alta dignidad del sacerdocio. ¡Capellán de la Virgen! Una robusta criolla, María de Jesús, fué el ama de leche y perseveró en su empleo todo el tiempo necesario.

## 5.26 – SITUACIÓN POLÍTICA

En ese tiempo la cosa política andaba así. El tísico Adolfo Ballivián fué un meteoro que no alcanzó a hacer bien al país. Falleció, desgraciadamente sin darse cuenta, y trajo la amargura a la Iglesia: pedían que se le diera sepultura de honor en la Catedral, que no podía conceder el Obispo pues le constaba la afiliación masónica del personaje sin constarle, en cambio, el arrepentimiento («Nouveautés de Paris»).

Tomó las riendas del Gobierno el doctor don Tomás Frías, de la familia del célebre católico don Félix, y trató de encauzar aquellas finanzas. Era un caballero honrado y bien quisto; lamentaban los bien intencionados que fuese tan anciano. Era un hombre sin ambición personal. Los partidos creían que no podía durar... A la vista estaban el rico doctor Santibáñez y, por la cholada, el Dr. Casimiro Corral. Don Andrés Ibáñez conspiraba sordamente, haciendo prédicas y adeptos por la campaña de Santa Cruz.

Kino y don Antonio Vaca Díez eran periodistas. Mucho tiempo había Kino redactado «El Artesano» y «El Independiente». Creo que Vaca fué el primer redactor de «La Estrella del Oriente».

### **5.27 – PROBLEMAS DEL GOBIERNO ECLESIASTICO**

Luego de confirmar a María de la Gloria, el Obispo Granados había regresado a Cochabamba. El doctor don Francisco Javier se instaló en la casa que antes había ocupado don Pedro y su familia, pero después de la caída de Melgarejo y su falta de energía en el cumplimiento de sus deberes lo iban aislando de la mejor sociedad; sólo le quedaba la segunda y los extranjeros que iban llegando. De modo que en la víspera de Pascua, espontáneamente había venido a ver a Micha para decirle, con los ojos llenos de lágrimas: "Señora Michita, ¡cuánta falta me hace! ¿Por qué se han olvidado de mí? Que sólo su perro Sultán, cuando suelta la cadena, pasa como un relámpago al corral, a colocarse en el pilar en que solía estar atado." "Dios lo ha dispuesto así, Ilustrísimo Señor", dijo Micha.

Ay, el pueblo veía ordenandos poco estimadores de la vocación a que aspiraban; se los señalaba diciendo «a ése no, que no suba al altar...», y así fueran sólo subdiáconos, el Obispo no los retiraba del altar y consumaba el sacramento. Y el pueblo se iba distanciando. La segunda clase, que siempre muestra la hilacha de «la chaqueta» (como los ... estudiantes universitarios de 1917 en Buenos Aires, que hacen el «Día del Estudiante» como las antiguas saturnales, llevando en su desfile carros de mujerzuelas y gloriándose en su infamia), a tanto no llegaba, pero introducían a visitar al prelado aquello de que ellos mismos estaban rodeados, gente averiada en sus servilismos ambiciosos. Y él, bueno por dentro, anciano, le parecía que no tenía nada que temer de recibir a cualquiera. Vió el abismo que iban ahondando con sus intrigas y murmuraciones y meditó, para salir del apuro, llamar en su auxilio a un hombre decidido, que le ayudara a desempeñar su cargo al gusto del paladar cruceño.

Puso los ojos en Kino y éste se prestó a organizar el Gobierno Eclesiástico. Cómo hubiera acabado esto, Dios lo sabe. Lo cierto es que Kino visitó el Hospital; se dió cuenta de las miserias del establecimiento, de su poco aseo, y empezó por hacer blanquear las salas. Encontró allí el gran cuadro al óleo de la Santísima Virgen llamado Nuestra Señora de los Remedios y lo trajo a su casa para hacerlo pintar.

### **5.28 – MUERTE DE KINO**

Pero la salud de Kino estaba ya bastante gastada; dos veces le habían dado vahidos repentinos en casa de Micha, que don Pedro muy advertido había socorrido pronto con Micha, poniéndole compresas de agua de colonia o sedativa. Supo don Pedro que se había quedado en cama un día, delicado; fué a visitarlo y encontró allí en su sala a la Virgen de los Remedios, retocada por el pintor. "¿Qué es esto?", preguntó sorprendido. "La patrona del Hospital; la he traído para que me sane". Contó don Pedro a Micha esta respuesta. Como ella no podía aún salir, mandó a Fe a visitar al enfermo; estaba mejor, según dijo. Tomaba a cucharadas una sencilla bebida que Mardóñez le había mandado.



Deidamia Cortés Herrera

Habiendo enterado Micha los cuarenta días, fué a presentar a su niño al templo de San Francisco, ceremonia que sólo pudo realizar con Miguelito y con Josecito. Sus amigas las Durán la acompañaron y llevaron también a Fe. Micha se confesó el 28 de enero por la tarde; la ceremonia de la presentación era después de Vísperas. El jueves 29 de enero de 1875 se preparaba para salir hacia la iglesia a comulgar, cuando viene un sirvientito a avisar.

"El doctor Kino por un ataque ha perdido la razón, y busca cómo escaparse de su casa". Corre allí Micha y encuentra que discute con el doctor Velarde y sus hijos, que tratan de impedirle el salir de su casa y subir a la barda. Está en la huerta de su casa buscando por dónde brincar la pared; al ver a Micha le pregunta "qué haces por aquí". "Iba a misa cuando me avisaron que estabas enfermo y he venido". "Ciertamente" dijo Kino "hoy es jueves y hay que ir a la misa del Santísimo. Yo te acompaño".

Así pudo traerlo hasta sus habitaciones, furioso con el doctor Velarde. Micha le dijo que ella no debería salir sin desayunarse, que tomarían café; así consiguió que él aceptase. Ya los médicos estaban allí; Bailón Mercado era su médico y recetó fricciones con quinina. Le dió otra convulsión y empezó a subir la más ardiente fiebre que se haya visto; comenzó a hablar sin descanso. Tenía visiones terroríficas de monstruos y animales feroces; de vez en cuando, surgiendo como la aurora, invitaba a Micha a contemplar la hermosura de la siempre Virgen María de los Remedios. Ya se creía tratando un Concordato con el sumo pontífice Pío IX, ya en el Congreso de la Nación, ya en otras polémicas en que manifestaba el cúmulo de su erudición. El médico de cabecera era Bailón Mercado. El indolente le hacía dar tazas de café, fricciones de quinina y otros remedios así; no sé si acertaría a curar un Delirium Tremens, que así fué calificada esta horrible fiebre.

Habían conseguido con ayuda de Pastor y los jóvenes Velarde ponerlo en cama. El, como un reloj con la cuerda disparada, hablaba y hablaba. Su médico lo contemplaba y, de vez en cuando, se volvía a sus colegas y a otros circunstantes y les decía: "¡Quién pudiera cortarle la cabeza y ponerla en otro hombre! ¡Qué erudición!" Posiblemente Bailón mordía alguna paja hasta concluir con ella, según su ordinaria manía.

Hacia las dos recetaron un baño. Micha no se había movido de allí mandándolo, sujetándolo, rezando, invocando a la Santísima Virgen, espionando un momento de razón para que el enfermo se uniese a sus actos de contrición... Hacia las tres estaba él arrodillado en la cama, sujetado por Pastor y por ella. El señor Obispo había mandado varias veces a saber de su estado. Apareció en la puerta del dormitorio el Presbítero Arce, de la casa del Obispo, en el momento en que el enfermo parecía haber recobrado la razón, pues dijo a Micha apoyándose en ella en un apretado abrazo: "Favoréceme hermanita, porque conozco que me muero".

En ese instante el Padre Arce decía "dice el señor Obispo que cómo se siente el doctor". "¡Absuélvalo Padre, que se muere!", dijo Micha y el padre lo hizo, mientras Micha gritaba sintiendo el temblor de aquel cuerpo "Jesús mío perdón, misericordia, María Santísima favorécelo..."

Poco a poco aquel apretado abrazo cedió y el cuerpo exánime fué colocado por Pastor y Micha sobre las almohadas. Eran las tres y diez minutos de la tarde del 29 de enero de 1875. Pastor y Micha aseguraron que, tres días después, todavía les parecía sentir en los antebrazos el calor de la fiebre de aquellos postreros abrazos.

Kino era el hermano menor de la madre de Micha. El Canónigo Ram, su hermano, había estado por la mañana y no tuvo el valor de volverlo a ver: se encerró enfermo en su casa. Don Pedro y los amigos dispusieron sus funerales. Fe, que había quedado al cuidado de la familia mientras sus padres estaban presenciando tan tristes escenas, lo supo primero por Pastor, que vino a llevar algo y a las ansiosas preguntas contestó, moviendo la cabeza, "ya murió". No pudo añadir más porque en ese momento entró llorando convulsiva y desesperadamente doña Mariana; arrojándose en la primera cama que encontró, lloró con tanto desconsuelo como si allí estuviese el cadáver de Kino.

Todos los chicos y sirvientes lloraban. Unos por el cariño a ese miembro de la familia que desaparecía; otros, los pequeños, impresionados por el dolor de la fiel sirvienta, que renovaba sus lágrimas por don Francisco diciendo "dos en tan poco tiempo, Dios mío; Señorcito mío, se van y quedo yo, infeliz..."

Después de largo rato y habiendo venido Mariquita Durán, la Chávez ...

Faltan tres hojas cortadas con tijera, censuradas. Probablemente se referían a la compañera de Kino, **Deidamia Cortés Herrera**, madre de **Ana** y **Modesta Rodríguez**, que luego fueron la **1ª esposa de Pedrito** y la esposa de **Manuel Jesús Añez**.

... y le hizo notar la falta. Avergonzada, Fe quiso escribir otra, pero no se lo permitió él porque urgía el despacho de Cuéllar. Fe oró expresando el deseo de que la carta no llegase a don Domingo, y como era una oración de amor propio y orgullo, el Señor se lo hizo ver.

## 5.29 – NAUFRAGIO DE \$ 400.

Cuatro días después los barqueros hicieron avisar a don Pedro que el Río Grande no estaba para fiestas; que el mozo Cuéllar quiso pasarlo, pero no pudo, lo volteó la fuerza de las aguas y perdió todo lo que tenía, hasta los vestidos; y que, avergonzado y entristecido, se había refugiado en una choza de ellos hasta que le hicieran el favor de mandarle ropa; pero que no quería presentarse a su patrón después de esta pérdida que le ocasionaba.

Don Pedro ni siquiera quiso que fuesen a la quinta a buscar en el cuarto del mozo ropa para enviarle. Tomó de su propio guardarropa prendas de vestir, diciendo al conductor que, lo más pronto posible, se viniese al naufrago, que más se había perdido en el diluvio que esos \$ 400 y los aparejos. Una semana después salía otra vez Cuéllar para Corumbá, adonde llegó felizmente.

## 5.30 – TAREAS DOMÉSTICAS

Mientras tanto Micha había bordado con Fe el cuadro de Rebeca. Además, desde hacía más de un año Fe tenía la obligación de hacer todos los días un quesito para su

papá, desde cuajar la leche; y después poner en agua cien rosas, que traían de la quinta. Los pavos reales se iban multiplicando muy bien; el piano ya tenía su hermoso plumero, hecho con plumas de pavo real. Fe aprendió a teñir plumas, porque la anilina era una novedad recién importada al país y los gansos daban la pluma fina, que antes sólo en los adornos extranjeros se veía.

El Miércoles Santo llovió muchísimo; era del todo imposible que Fe llegase a confesarse en San Francisco. Por la tarde el tiempo estaba ya sereno, pero el piso barroso; a sus angustias, Micha le dijo que si quería confesarse con el P. Zambrano, capellán de San Andrés, podía ir allí, que era más cerca. Fe fué, pero era sin esperanza la multitud de gente que había y el padre no salía a confesar. Envióle mensaje Fe y él contestó que estaba enseñando los maitines a sacerdotes nuevos en la sacristía y que, sin disgustar a tanta gente que no alcanzaría a confesar, no podía salir a atenderla a ella; que si se animaba a confesarse en la sacristía, podría atenderla. "Los que pecan que la paguen", pensó Fe; una humillación de más ante esos sacerdotes.

Y fué. El virtuoso capellán se sentó cerca de la mesa en que se revestía, ante el crucifijo, y confesó a Fe, mientras los clérigos se paseaban en la sacristía, muy recogidos leyendo sus salmos.

### **5.31 – EL ORATORIO**

Abril y mayo los pasaron en la quinta. Al llegar mayo, Fe escribió números en fuertes hojas de achachairú, que eran como unas cartulinas verdes, y sorteó los obsequios; sacaron hasta los peones que quisieron estas suertes. A un joven Alonso, muy sencillo y bien inclinado, le salió adornar con flores los altares de María; fué tan fiel que nunca faltó a la puerta del Oratorio una toronja (cidra grande y jugosa) con las flores campestres que podía recoger. Aún hizo un plantío de albahacas para honrar a su Reina; un año después todavía cumplía. Yendo a Chiquitos de arriero, volvía con parásitas «flores del aire», recogidas en los bosques, para poner en las horquetas de los árboles más cercanos al Oratorio.

Sesentía un encanto particular en oír aquellas misas silenciosas, sin música más que el susurro de las palmas de cusí, que se agitaban suavemente, y los cantos de los pajarillos. A esa hora todavía los pavos reales estaban en los tejados, luciendo en las esquinas de la casa sus hermosas caudas. Cuando se tocaba el Sanctus y la Elevación, a cada sonido de la campanilla daban su grito peculiar, que Fe comparaba a las trompetas de plata del Templo de Jerusalén. A esta señal, comenzaba el homenaje de los gansos y las descargas de los pavos comunes. Después, todo volvía a quedar en dulce paz.

Una de las novedades era que don Pedro, siguiendo la técnica de su obra de Agricultura, había hecho algunos injertos de rosas. Micha había aprendido y por último también Fe, que se lanzó hasta injertar con éxito diamela en rosa. Aunque una vaca pasó después, rozando la rama retoñada, y lo sacó de quicio.

Por las noches rezaban el Rosario ante la imagen de Nuestra Señora bien alumbrada, pues en esto no sabían de economía. La fragancia que salía del Oratorio cerrado era tanta que las paredes estaban impregnadas de olor a rosas, y los picaflores entraban a libar la miel del paraparaú en los floreros.

### **5.32 – LOS MASONES ITALIANOS**

Al regresar a la ciudad, Micha debió experimentar la angustia de preparar el viaje de don Pedro y de Pedrito. Véase lo que queda escrito sobre este viaje de 1875 más atrás.

Cuando iban los dos viajeros por medio camino de Chiquitos, don Pedro encontró una caravana compuesta de un médico, llamado Guido Bennati, y los que se decían secretarios, Mañé y Logatto. Denominábanse «Comisión Quirúrgica Científica Italiana», enviada o patrocinada por el Re di Italia. Venían en la compañía tres señoras: una argentina cordobesa, llamada Rosario, de encantador rostro redondo y blancura de porcelana, que era la señora de Bennati; Amalia, una italiana carilarga como su padre Bennati; y la esposa del señor Mañau o Mañé, español y española, que poco después se separaron y se volvieron a su tierra.

El aparatoso Bennati estaba desolado, según contó; nadie le quería vender comida porque los vecinos de Chiquitos habían husmeado que ellos eran masones, y no les querían vender nada... y con tres señoras, era cuanto cabía. Así dijo el aparatoso, pero era lo que merecían. La Comisión se vió después, mucho después, que venía a sembrar logias. Pero por lo pronto don Pedro les dió del alimento que llevaba. Le pidieron cartas de recomendación; les dió una para don Angel, a quien no habían de engañar por ducho, y otra breve para Micha. Y escribió en cuanto tuvo otra ocasión a Micha, que no sabía quiénes eran, que la joven cordobesa tenía verdaderamente tipo argentino.

Llegaron un domingo. Los hombres de la Comisión se apersonaron a las doce, a presentar sus cartas a la casa de Micha; ella no estaba, había ido a misa. El sirviente los había hecho pasar al salón, por lo que tuvo que salir Fe a decir la ausencia de su madre y pedir noticias de su padre, de quien decían traer carta. Se la entregaron, expresando muchísimo agradecimiento a don Pedro, a quien debían «la vida» (no era para tanto, pero el italiano era exagerado). Bennati era alto, delgado, enjuto de rostro, patillas largas y escasas, cabello castaño; los otros eran tipos inferiores y educación idem. Se fueron.

Y Fe, vuelta del entusiasmo de saber de su padre, quedó en la duda angustiada de saber si estaba excomulgada por haber hablado con aquellos excomulgados, puesto que su fama ya estaba esparcida por otros humildes viajeros chiquitanos.

### 5.33 – EXCOMUNIÓN PAPAL

No comunicó a la servidumbre sus punzantes inquietudes. Tomó su manto de iglesia; ya vuelvo, dijo al sirviente portero, y salió acompañada de Sebastián, con quien iba siempre a la iglesia, que era un indiecito de su estatura. Se dirigió a San Francisco, sin acordarse que a esa hora estarían cerrados la iglesia y el convento. Así era, no podía entrar a la iglesia. También la portería estaba cerrada, y ni ella ni el Sebastianito alcanzaban a la cuerda de la campanilla; el sol y el cansancio de las cinco cuadras hacían que la cara ardiese. No se resolvía a regresar con la pena que llevaba.

Pasó por allí un herrero conocido, de los que compraban el fierro en la casa de su padre, y ella le rogó que tirase del cordón de la campanilla llamando en el convento. El lo hizo y se alejó. Fray Félix abrió la puerta y admirado dijo a Fe: "¿Qué te pasa? ¿Qué apuro traes, hay alguien enfermo?" "No, Fray Félix, soy yo que necesito hablar en este momento con el Padre Querubín". Fué el lego y regresó, seguido del celoso e ilustrado franciscano, cuyo escaso y suave cerquillo de cabellos castaños entrecanos hacía ver que había apoyado la cabeza cansada, para dormir la siesta.

"¿Qué hay?", dijo después de saludarla. "Padre, lo necesito en la iglesia". "Volvióse el padre al lego y dijo "Abre la iglesia"; luego se dirigió tras el lego al interior, mientras Fe con su acompañante entraron por el exterior a la iglesia. Llegó al confesonario y explicó al padre su pena, llorando de pensar que estaba excomulgada con Excomuni3n Papal por haber hablado con masones, los que habían llegado a entregar cartas a su casa.

El padre la adoctrinó suavemente, la tranquilizó y ya supo a qué atenerse en adelante. Los masones llevan la excomuni3n para s3 a todas partes, como los demonios llevan el fuego y tormentos del infierno doquiera est3n, a3n cuando sea el sitio un ameno jard3n. No pegan esa lepra a los hombres mientras ellos no se hacen solidarios de sus malas ideas, por un acto expreso de su voluntad. Le recomend3 orar mucho y la despidi3. Regres3 Fe serena, con aquella paz tan necesaria a la felicidad de los suyos y a su propia salud. Fe, sin esta sabidur3a y prudencia envuelta en humilde sayal, hubiera sido un demonio muy desgraciado. Ella ten3a all3 esos bienes de la educaci3n, la medicina de sus peque1as enfermedades, la gobernaci3n de sus inclinaciones defectuosas.

Don Angel Costas recomend3 a Micha se tuviese en guardia y no les franqueara amistad sino de etiqueta, sin muchos servicios ni visitas; nada pod3a ser m3s del gusto de Micha que este consejo. Les envi3 una bandeja de dulces y se disculp3 de visitas por su luto. No les faltaron por ello amigos, que les buscaron en arriendo la casa de altos contigua a la que ocupaba el Obispado, en los departamentos que antes hab3a ocupado la se1ora Pe1a. De ah3 un buen d3a se mudaron a la casa de do1a Pastora Zarco, a la esquina Norte de La Merced, porque quer3a exponer su museo de cosas que hab3a recogido desde M3jico hasta Buenos Aires.

### 5.34 – LECTURAS

Vinieron a visitar a Micha acompa1ando a las se1oras. Rosario, la madrastra de Amalia, tendr3a la edad de 3sta o menos. Blanca, ojos negros con pesta1as crespas, dientes menudos como perlitas, cabellera abundante; seria, pensativa, hablaba poco y se abanicaba mucho; cuando hablaba lo hac3a con ese parloteo precipitado de las porte1as. Era m3s cuidadosa en sus composturas y adornos.

Amalia no era bonita. Carilarga, dientes grandes aunque muy blancos, cabello casta1o casi negro con matices color fierro, distaba mucho de la cabellera ala de cuervo de Rosario; la de Amalia era muy disminuida y con dos ricitos de tirabuz3n en la frente. Vest3a sencillamente, hablaba m3s, contaba los viajes en que hab3a acompa1ado a su padre y pregunt3 a Fe si no le3a novelas. Fe contest3 que no. "¿Tal vez el confesor se lo proh3e a Vd., Fe?" "No se1orita, porque ni 3l se ha ocupado de saber lo que yo leo, ni yo de consultarlo". Micha dijo entonces: "Su t3o el abogado, que ha fallecido hace poco, cuidaba de elegirle las lecturas, viajes e historia".

"Pues lo que es a m3", prosigui3 Amalia, "mi confesor, un religioso, cuando yo estaba en el Colegio no me prohib3a nada. A mis compa1eras a veces sus directores les prohib3an libros" "Ser3an malos, y es claro", dijo Rosario; a lo que concluy3 Amalia: "A m3 el padre me dec3a «Lee nom3s hija m3a, que un d3a todo lo necesitar3s»".

Fe entr3 en s3 a examinar sus lecturas. Le3a «El Correo de Ultramar», la vuelta al mundo, viajes... «El Americano», revista de H3ctor Varela Can3, en el deseo de conocer bastante de Buenos Aires; pero 3sta era una revista liberal, que a veces le causaba enojo y a veces desprecio. No, no era bueno. Deb3a aplicarse m3s a leer «El Fil3sofo a Teodoro», pues de 3se s3 que necesitar3a bastante para recibir a estos hu3spedes que se descolgaban por Corumb3.

Llegado agosto Fe fu3 a la quinta a permanecer con sus hermanitos; Micha qued3 en la casa con la ama y el m3s peque1o, y con Manuel en la escuela, para atender a los negocios en ausencia de su esposo. Un dependiente brasilero ten3a a su cargo la tienda que don Francisco hab3a vigilado; otro joven, Justiniano, vino a auxiliar a Languidey, que corr3a con la tenedur3a de Libros y las ventas al por mayor.

Otra tienda hab3a abierto don Pedro hac3a unos meses, para dar ocupaci3n a un honrado argentino, cordob3s o tucumano, don Eliodoro Villagra. Ten3a un hijito de 10



años que mantener, Evangelino. Doña Geraldina, separada de él, era dependiente de don Angel, ayudada por su hijo Aurelio, de 15 años. Doña Geraldina solía visitar a Micha en las noches, sin que ésta pagara jamás sus visitas. Hablaba mucho de la educación del bello sexo y recomendaba cada vez a Micha adquirir las Cartas de Lord Chesterfield como el non plus ultra de la cultura femenina; decía que en Salta se usaba mucho eso. Creo que a Micha se le entraba por un oído, pues escuchaba con perseverante paciencia todos los años la misma recomendación, y se le salía por el otro, al ver el poco fruto que en la consejera había dado esa base del hogar.

Fe alcanzó a leer en Buenos Aires, años después, las célebres Cartas, porque don Eduardo Quinteros coincidía con doña Geraldina en poner esa base a la educación que daba a los niños en el Instituto Mercantil; pero salvo que alguien encuentre mayores ventajas, a Fe le pareció a primera vista un sistema de falsedad, del cual sólo llevó para toda la vida el consejo «Cuando vayas a Roma, no te vayas a la taberna inglesa del barrio inglés a tomar whisky y lamentarte de la falta de neblinas y de la abundancia de sol; mézclate a los italianos, estudia a Roma».

### 5.35 – VISITAR A LOS ENFERMOS

La Diego y Petronila, que siempre seguía cuidando a Gloria, fueron acompañando a Fe. Esta mandó al mayordomo don Isidoro que le bajase la imagen de Nuestra Señora para adornarla. La niñera llevó el niño para que Gloria lo adorase; ésta al momento se acomodó sentadita en el suelo y pidió que le entregasen el niño. Con todo respeto se lo colocaron allí, diciendo que lo iban a vestir; ella besó los piecitos, pero no hubo forma de que lo entregase antes de buscarle en los deditos si no tenía «niguas». Así la habían atormentado a ella algunas de estas pulguitas debidas a los perros de doña Bárbara, que no podía pasar sin la visita de la niña que tanto quería.

Todos, después de colocada la Virgen en su altar, se repartieron las «suertes» de la quincena de la Virgen, que se sortearon a la puerta del Oratorio. Tocó a Fe la Visitación: caridad con los enfermos necesitados y afligidos. Todas las noches al sonido de la campanilla venían a rezar los peones: Dominguito, Ignacio y otros, y las mujeres: Rosa y su hija Nieves, Ramona la mujer del mayordomo, a quien se le enseñaba catecismo. Después del Rosario, Fe se sentaba a la puerta del Oratorio y enseñaba el Catecismo o contaba algún milagro de Nuestra Señora; después, tomando la hermosa guitarra de Micha, cantaba las Letanías. Luego despedía a su tribu y se retiraba con sus guardianas a dormir, acostando primero a los niños.

Una de esas noches llamaron a la puerta como a las once; el tiempo estaba frío y húmedo. "Doña Rosa dice que se muere, que avisen a la niña" "¿De qué?" "Del estómago". Se levantó Fe y doña María le proponía ir ella, con alguna de las indiecitas sirvientas. Pero Fe reflexionó que, habiéndose leído su «suerte» de servir a los enfermos, habría pretexto para que ellos se desentendiesen de cumplir las suyas. "Niña, en el pajonal del camino puede haber víboras, llevemos luz. Aún cuando el viento la apagará..." "Aquí hay un farol", dijo Domingo y fué a la pampa y trajo una armazón de madera forrada en piel de vejiga, perfectamente suplidos los vidrios por la delgadez de la tela o membrana de cuero de panza, con su puerta muy bien y su cabo de vela dentro. Doña María llevaba aceite alcanforado. Fe agua de colonia, azúcar, manzanilla y un tachito de cobre para hervir agua.

Poco después regresaron; todos los remedios habían surtido efecto y la india vieja nada decía, pero se leía en sus miradas el agradecimiento. Regresaron abriendo la marcha Domingo, con el farol encendido, el cual en llegando apagó la vela y lo tiró a la pampa, donde el relente de la noche lo libraba de la polilla.

### **5.36 – EL CABALLO MENSAJERO**

Por la mañana era la misa, a la cual venía Micha desde la ciudad y regresaba después de comer. Alguna vez el mal tiempo le impedía venir. Una tarde recibió Fe un mensaje de un sacerdote, que al día siguiente vendría a celebrar otra misa. Fe fué a su armario repostero a ver si había masitas para el desayuno; no había, estaban humedecidas, y ya era tarde para mandar a la ciudad. ¿A quién enviaremos a avisar a Micha, para que traiga sin falta mañana para esa hora? Después de pensarlo, hizo traer al patio el macho sonso, a comer un poco de maíz; le ató un billete al cuello, en una toalla, y al oscurecer lo hizo sacar a la esquina. Dos latigazos, y salió el machito muy ufano hacia la ciudad. "Va enviado", decía la gente, impidiendo a la muchachería que lo tomasen para sus juegos. Perfectamente lo hizo. Llegó a las 9 de la noche y a patadas se hizo abrir la puerta. Dió el mensaje y, complacida, Micha le hizo dar un mate lleno de miel, que tanto gustaba el sonso de esa exquisitez.

Ram vino a celebrar la misa; silenciosa, pero con la comunión de todas sus amigas íntimas y familia. Todos se quedaron ese día para rezar el Rosario del Trisagio de la Virgen, comer con Micha y llevarse hermosa variedad de naranjas. Todo hubiera sido dulce, si al despedir a las últimas amigas y reunir hijos y sirvientas no hubiese notado la falta de Ignacia, la indiecita diligente muy alabada por su fidelidad. La hizo buscar y cuando pareció todavía contribuyó a su cristiano matrimonio, con un indio de las inmediaciones.

### **5.37 – EL CORONEL IGNACIO ROMERO**

Volvió la familia entera a mediados de agosto. Días después recibió Micha la visita del Coronel Romero, que venía nombrado Comandante General de la milicia de Santa Cruz de la Sierra. Don Ignacio Romero era hijo de otro militar, jefe de un batallón que fué diezmado allá por el año 45 en La Paz. En ese horroroso caso, el capellán del cuerpo, que oyó las postreras confesiones de tantos inocentes, perdió la razón y matando caballos se vino a Santa Cruz. Era el Presbítero Herrera, como ya hemos dicho.

El Comandante Romero, como militar, parece que resistió mejor; pero quedó maniático y se vino a Santa Cruz a guardar café para tomar, por lo menos de diez años atrás; pues es cierto que ganaba en fragancia. Andaba en zuecos y olía a lana quemada. Mientras vivió su padre no quiso venir don Ignacio, porque se le afligía el corazón ver su estado; le enviaba una pensión y en sus últimos días escribió a don Pedro, que había sido su compañero de barrio y de escuela y con quien siempre se habían estimado como amigos, que hiciese sus veces en su enfermedad y funerales. Así se hizo.

Con un prefecto como el doctor Aguirre y este Comandante, parecía que todo debía marchar bien. El señor Romero se fijó en el retrato al óleo que don Pedro, en su primer viaje a Buenos Aires, había encargado al entonces acreditado Cristiano Junior, que era mudo. "Sólo le falta hablar a mi amigo", dijo el Comandante General.

### **5.38 – EL COMENDADOR DOCTOR GUIDO BENNATI**

Entretanto Bennati, y más que él Amalia, siendo vecinos del señor Obispo habían expresado a éste su extrañeza de no encontrar ninguna Sociedad de Beneficencia, para el socorro de los pobres e inspección del Hospital. Confesó el Ilustrísimo que era falta de personas que iniciaran, pues sus diocesanas ejercían la caridad aisladamente, con su

nativa generosidad española. Se ofrecieron los Bennati a iniciarla y él los autorizó y animó.

Bennati se hizo famoso en pocos días. Tenía su museo con ídolos aztecas y otros objetos extraídos de las tumbas de los indígenas americanos. Curaba a los pobres gratuitamente, y hasta de los campos iban bajando familias a hacerse ver. Les mostraba frascos con objetos extraídos de los oídos, estómago, etc. Languidey había ido a la novedad por risueño entre sus amigos; creía que eran corchitos y restos de esponjas en aguardiente.

Así las cosas, un día al amanecer le picó una víbora en la quinta a don Isidoro, el mayordomo. Don Alberto Natusch, que había ido como de costumbre por allá, a dar su paseo matutino y a traer flores que compartía entre Micha y su nueva esposa Delfinita, vió al hombre con los ojos ya inyectados en sangre. Al momento dió orden de que, sin pérdida de tiempo, lo llevaran a casa de Bennati con una tarjeta suya. Este curó al mayordomo con una pomada amarilla aplicada al talón y lo envió a casa de Micha, para que tuviera el pie metido en una bacia con agua hasta su perfecta curación. Pueden figurarse la sorpresa y el reconocimiento de Micha.

### **5.39 – LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA**

Un domingo el Diocesano invitó a las señoras a reunirse en la iglesia parroquial del Colegio, para presentar la idea de una Sociedad de Beneficencia con la cooperación de las señora y señorita Bennati y del médico Comendador don Guido Bennati. Esta invitación se repartió en tarjetas impresas. El mismo Señor Obispo, acompañado por el doctor (y su Familiar), llevó algunos ejemplares, rogando a Micha le hiciese el favor de asistir.

Como el impresor era su compadre Cayetano Daza, éste ya le había mandado a Micha calentito, es decir húmedo, el boletín que se preparaba para el domingo. Don Pedro y Micha le habían tenido un hijito en las fuentes bautismales; una enfermedad había privado a doña Felipa por más de una semana de alimentar al niño y Micha había enviado el ama de su hijita Gloria a alimentar al ahijadito. Así eran las relaciones con los Daza.

Micha consultó al confesor para el caso que preveía inminente: ¡Cómo! ¿Una sociedad encabezada por la Comisión Quirúrgica etc.? ¿Ella autorizaría con su presencia? "Son listos", contestó el prudente fraile, "la han hecho bien... Tanto mejor: han hecho intervenir al Señor Obispo. Pues hija, no sólo te aconsejo, te mando que entres con otras señoras notables que también entrarán y se la arrebatemos... Porque de no entrar señoras «legítimas», ellos la fundarían de todos modos con la chamuchina, a la que podrían manejar y dañar, haciéndola instrumento de sus planes". Micha prometió a Su Ilustrísima asistir y el Obispo llevó personalmente a otras casas la invitación.

Micha, que estaba de luto, asistió a la misa de doce y regresó a la iglesia a la hora fijada, dos de la tarde. Allí encontró a varias señoras. Luisa Bustamante de Pérez, viuda de don Juan Bautista Pérez, emigrado con su hermano don Gervasio durante la tiranía de Rosas; doña Luisa era una santa, igual que doña Salustiana, hermana soltera que la acompañaba, muy de San Francisco, de lo más respetable. Doña Juanita Ribera de Mérida, descendiente de Ñuflo de Chaves y de los Ribera del Paraguay (don Lázaro de Ribera, etc.), de quien ya hemos dado referencias, con su cuñada y varias sobrinas. Doña Petronita de Viana, respetable viuda sin hijos y con fortuna como las antecedentes; había educado huérfanas que le habían... enviado y ahora tenía una

excelente y bonita compañera, Peregrina, casada con un abogado y que le daba el dulce nombre de Madre, rodeándola de nietos.

Virtud a la antigua. Obraba como doña Juanita, pero no cerraba sus salones ni su persona. Dejaba las joyas antiguas y los vestidos de seda, pero la gravedad de su rostro, su bondad generosa y la dignidad de su porte no la dejaban confundir con las viudas ilusas, de quienes el pueblo se reía.

Las parientas de Micha estaban allí. De la familia Suárez había varias señoras, entre ellas Carlota Aponte de Herrera, otra viuda modelo. Iremos recordando otras señoras casadas y solteras, más otras que no aceptaron nada y sólo fueron a la novedad. La iglesia estaba llena cuando el Obispo ocupó su sillón ante la mesa; a sus lados se colocaron varios caballeros y en los sillones destinados a las señoras, doña Rosario y Amalia Bennati. Esta última, invitada por el Señor Obispo, expuso las bases de la Sociedad de Beneficencia y su necesidad, así como lo que se requería para su primera organización.

Todos aprobaron, haciendo séquito al Señor Obispo; también, por ser obra de beneficencia, fueron varios sacerdotes. Aprobado: se propuso que las señoras votaran entre ellas su Comisión Directiva. Resultó nombrada Presidenta Amalia Bennati; Vicepresidenta, Luisa Bustamante (que nombrada Presidenta, no admitió y propuso ella misma otra votación en favor de la organizadora, Amalia Bennati). Secretaria, Micha, que admitió, prometiéndose mucho sacrificio. Vice secretaria, una señorita cuyo nombre no recuerda la narradora. Tesorera, la señora de Viana. Vocales: Rosario de Bennati, Carmen Velarde, Dominga Cuéllar de Justiniano, Peregrina de Parada, Isabel de Velarde, Candelaria Rodríguez, Ramona Hurtado y otras, hasta el número de doce. Las reuniones serían todos los jueves en la tarde. Las asambleas generales de socias contribuyentes y activas se harían cada tres meses, para informarles de la marcha de la Sociedad. La señora de Viana ofreció su salón para estas reuniones. La presidenta propuso el nombramiento de una Comisión Auxiliar de caballeros para consejeros y abogados de la Sociedad, que asistirían a las reuniones en el mínimun de tres miembros. Director espiritual, propuesto por las cruceñas, fué nombrado el Padre Querubín. Capellán de la Sociedad, el Presbítero Juan de Dios Añez, presente y que acababa de suscribirse con veinte vacas de su estancia, que él mismo haría cuidar allí para aumentar esa rentita de la Sociedad.

La colecta entre las socias en general no bajaría de 20 centavos mensuales; naturalmente que las de la Comisión se suscribieron con mucho más. El señor Bennati, nombrado miembro de la Comisión Auxiliar, se suscribió con una cuota de las más altas; otros caballeros, como el Dr. José León Justiniano, el Dr. Antonio Barba (ebanista), Aponte y Antelo suscribieron diez pesos.

Se nombraron, entre las vocales y otras señoritas socias, quiénes habían de correr con las colectas mensuales. Debe existir un pequeño opúsculo impreso, «Reglamento de la Sociedad etc.» A Micha le tocó, ayudada de Fe, tirar notas a diestra y siniestra: nombramientos extendidos al Capellán, al médico de la Sociedad Dr. Agustín Landívar, a cada uno de los miembros protectores, a la Vicepresidenta que contestó renunciando, a Tesoreros, Vocales, etc. Sentada Micha en su hamaca del saloncito blanco dictaba, y Fe escribía. Amalia de Bennati llevaba los libros de Actas, Registro de Socias, Entradas y Salidas.

En esta ocupación estaban, visitando por comisiones al Hospital, de donde salían horrorizadas las que nunca allá habían ido, de ver el estado de abandono y suciedad en que estaba el establecimiento. Fe vió una mañana llegar a Amalia a dar razón de la visita que había efectuado y rodar las lágrimas, no una sino muchas, por su fichú de encaje negro. Buen corazón tenía.

## 5.40 – EL ATAQUE A SAN JOSÉ

En esto llega una terrible noticia de Chiquitos. El Dr. José León Justiniano, el Dr. Antonio Barba Dr. Andrés Ibáñez con sus partidarios ha atacado al Subprefecto Gobernador de Chiquitos en la capital de su provincia, el pueblo de San José. El Coronel Antonio Rojas vió que la resistencia no era ya posible, con su casa cercada por los revolucionarios; mas inmediatamente antes de que lo rodearan del todo, consiguió hacer salir por los fondos de su casa a uno de sus mozos fieles, para ir al camino de Corumbá hasta donde encontrase a sus dos amigos, don José Lara y don Pedro, y les dijera que no llegasen a Chiquitos porque caerían en poder de los revolucionarios.

Hecho esto, se rindió. Pues su hermosa Raquel y sus nueve virtuosas hijas y dos hijos, sin su presencia, serían víctimas de estos desalmados comunistas.

Le habían llegado noticias de las arbitrariedades y depredaciones que partidas de estos revolucionarios estaban cometiendo. Al rico estanciero señor Román Sosa lo habían atado a un poste en el sol, hasta que les entregara dinero; habían carneado vacas para mantener a más de cuatrocientos hombres y así pasaban de estancia en estancia, empezando la igualación de bienes al santo y seña de «Abajo los ricos».

Micha tuvo el dolor de saber las malas noticias sin la buena, la de las diligencias del Coronel Rojas. Las tropas de Ibáñez vinieron a ponerse cerca del Río Grande, de modo de impedir el paso de cualquier viajero que pudiera ir de Santa Cruz a Chiquitos o venir de allá, para no dejar pasar carta ni noticia a los viajeros en peligro.

## 5.41 – SALTEADOR DE CAMINOS

Otro viajero que llegó de allí aumentó las angustias de la familia y de los amigos. Dijo que un gran cargamento de mercaderías estaba bajo toldos en las orillas del Río Grande, que dista más o menos dos jornadas o tres de Santa Cruz; que allí esperaban arrias que lo trasladaran a Santa Cruz, pero que ahí mismo estaba el destacamento de don Andrés. Esa mercadería tenían orden de no tocarla hasta que no tuviesen al dueño en su poder, y este dueño que esperaban coger era don Pedro. Las angustias y oraciones eran muchas, aun cuando Micha decía: "Ningún mal le hemos hecho a Andrés, no puede ser cierto". Fe vivía en agonía. No tenía la costumbre de la guerra ni del dolor, y éste la desmayaba.

Micha y sus más fieles amigas buscaban medios de comunicarse con don Pedro. Varios viajeros daban la noticia de que desnudaban a los pasajeros y rebuscaban en los aparejos, en los forros de las sillas, en todas partes, para buscar las cartas que podían llevar. Simonita de Lara al fin encontró un práctico, baqueano de los bosques chiquitanos, quien por entre el monte podía ir hasta donde encontrase a don Pedro.

Micha le compró una excelente mula, muy a su gusto. Derritió una gran chancaca y volvió a amoldarla con una carta dentro; puso dos más iguales en una de las alforjas, masas, pan y otros comestibles ordinarios. Mostrándole a Toribio la imperceptible señal en una de las chancacas, le dijo que ésa era la que había de defender hasta entregar la carta a su marido. Toribio partió bien recompensado; atravesó a nado el Río Grande por otro puerto, no tan custodiado, y logró pasar y entrarse en los bosques, que conocía a palmos.

Algún alivio era a su mortal pena. A los pocos días, el enemigo hizo correr una noticia ofensiva, bien falsa por cierto, sólo para ir justificando sus planes. La nueva era que había sorprendido una carta de Micha en que decía "No te vengas, que ese «zambo» de Andrés está en el camino". Micha contestó a la correveidile que le traía tal noticia: "Sin duda que es una falsedad, pues no acostumbro injuriar a nadie en mis cartas. Dios lo

sabe". Llegó esta falsa noticia a oídos de doña Susana Antelo, madre del opa Ignacio. Entonces, con su lengua ligera la Antelo dijo: "La Coelho merece que el Dr. Andrés le haga dar unos azotes en público cuando venga". Sintió Micha la gratuita ofensa de esa mujer. Varias veces había complacido la manía del cretino, vistiéndole uno u otro santito de la corte celestial de estatuitas con que entretenía su perpetua ociosidad este castigo de Susana. No lo había despedido de su casa, hasta que no le oyó, en sus continuas venidas y majaderías, decirle palabras libres que no debía tolerar oyesen sus hijitos.

Micha siguió orando, novena tras novena, a San Rafael. Doña Bárbara, de cerca de 80 años, hacía una peregrinación semanal de cinco leguas a Cotoca para ir a dejar una corta limosna a la lámpara del Santísimo. Oía misa en el Santuario y regresaba más confiada a pescar noticias en su comercio, para llorar y comentarlas con sus nietas.

#### **5.42 – JOSÉ MARIANO DURÁN CANELAS**

Pilar, la vecina, después de un año de casada con José Mariano tenía un niño. Desagradada de su abogado poeta, quería ponerlo a trabajar; como que oía devotamente los socialismos de don Andrés y de Melquiades Barbery, el desgraciado beodo. A quien Bennati solía pescar así en la calle, le daba el brazo y se lo llevaba a su casa a darle «una copa de champagne». ¿Qué le daría? Lo cierto es que era un vomitivo; lo acostaba en su consultorio y lo largaba fresco, otro.

Pues la dicha Pilar, o Diana Cazadora, no pudiéndole dar aficiones a la Agricultura de palabra, las daba de obra; pasaba, mal calzada o descalza, a un terreno a orillas del Piray, hasta tenerlo sembrado con el sudor de su frente. «El que tiene hijos, que trabaje». José Mariano no lo entendía. Pero al fin la paciencia se fué, y un día el hermano maltratado vino a pedir auxilio a sus hermanas las beatitas, que lo acogieron hasta que mediaron amigos, para que fuera a su hogar.

Tiempo hacía que Pilar, echando no sé qué culpa a Lor, había arrojado el retrato de éste con la boca rota a los pies de don Pedro cuando éste pasaba. Un sirvientito que venía tras él recogió la tarjeta y se la entregó a don Pedro, que en silencio y desprecio dió por terminada la amistad con su antiguo favorecido; ese estudiante a quien había recomendado en Sucre, y cuyas pensiones, para el pago de las cuales doña Bárbara no había «podido juntar», siempre eran puntualmente satisfechas con el dinero de don Pedro.

#### **5.43 – LA BEATA CHÁVEZ**

La ciudad era un hervidero de temores y chismes, en el momento en que, después de estos antecedentes, volvemos a tomar el hilo de esta historia. Las Durán llevaban a Fe con más frecuencia a San Francisco y le proporcionaron el «Libro de la Conformidad con la Voluntad de Dios» de San Ligorio. La pobre beata Chávez, la costurera, no hacía menos: venía a coser con mayor frecuencia a casa y hubo veces que Micha y su hija se desvelaron ayudándole a concluir algún vestido exigido a plazo fijo. Con tantas desgracias había permanecido soltera, y sola después de la muerte repentina de su pobre madre, a la que solían darle ataques de histeria que se aliviaban después con un copioso llanto.

Creía morir en cada ocasión. Sentía que iba a arrojar sangre, pedía confesión. Una noche, después que todo le proporcionó Micha, curándola hasta restablecerla, mandó a su hijito Manuel, a falta de sirvientes que ya estaban recogidos, a que fuese a casa de la beata al frente y le trajese su colchón, para mejor tranquilizarla esa noche; el niño cargó

el bulto y lo trajo. Esta beata proporcionó a Fe la «Preparación para la Muerte» de San Ligorio, y en recompensa de sus personales cuidados en sus diversas enfermedades, le regaló la Crónica de San Francisco de Asís. Con este libro, grande de tapas de cuero, podía Fe trasnochar, midiendo en el reloj los medicamentos para darle a Micha, que padecía neuralgias desesperantes; con el libro sobre las rodillas no sentía sueño y resistía las noches levantada, para tranquilidad de la enferma.

#### **5.44 – EL TERROR URBANO**

La autoridad no podía dejar así obstruída la comunicación con Chiquitos; además, el peligro del amigo urgía al Comandante General. Pasó una revista al armamento y a la tropa: era deficiente, lo mismo que los caballos, pero el comercio dió y prometió. El Comandante vino por sí mismo a comunicar sus temores por el poco armamento y pocos hombres que había podido equipar; el vecindario parecía apático a conjurar el peligro sobre Santa Cruz. Porque, en realidad, la ciudad estaba amenazada: Ibáñez, con el aliciente del fácil saqueo de las estancias, aumentaba cada día sus fuerzas.

Ciertamente hacía cerca de un año que los negocios de los cuatro principales comerciantes de la plaza estaban señalados con cruces negras de carbón en las paredes; ellos no las habían querido hacer borrar, como testimonio contra los «tornasoles», que creían que las amenazas eran pura imaginación. La plebe ibañista se descubría a cada paso gritando "¡Abajo los ricos!" Los días en que pudieran enriquecerse con su trabajo, los gastaban en tomar y asistir a los clubes del partido a oír contar las ventajas del saqueo. Don Pedro, a tales noticias y cuando señalaron sus tiendas, había dicho a los amigos «tornasoles» que lo interrogaban: "Cuando se acaben las tienditas, el pueblo desmoralizado seguirá con las vaquitas".

Al fin salió el Comandante General al frente de sus tropas hacia el Río Grande, en persecución de los 400 hombres, sin permitir que se le adelantase nadie. Languidey había hecho entre los reclutas una propaganda grande, así sonriendo como quien no quiere la cosa. Mostrando un alto de cortes de pantalón, decía: "No los vendo aunque vengan los mojeños a rogarme, pues son para los valientes que despejen el camino a don Pedro". Todos reían, pues los mojeños eran los que menos podían solicitar macana.

No eran más de cuarenta hombres. Entre tanto Bennati, yendo y viniendo en sus propios asuntos y los que su hija le recomendaba, llegaba a veces a casa de Micha. En vano trataba de distraer a Fe; ella sólo tenía un pensamiento fijo, una sola aflicción: su padre, expuesto a ser vejado por aquel hombre sin fe y sin moralidad. Entonces el aparatoso médico se paraba con toda energía ante ella: "Crea, querida Fe, que el doctor Ibáñez es amigo mío, y yo le he escrito que no haga al señor Rodríguez ningún mal, y no lo hará. Porque..." y aquí ponía los ojos en blanco mirando para arriba, y movía las pupilas como si quisiera hacer el triángulo con ellas. Los secretarios, con dos cortesías como si tuvieran las dalmáticas puestas, aseguraban que ningún mal sucedería a su «egregio» padre. Fe sentía el alivio de estos deseos, aun cuando en su interior una serie de imágenes le demostraban el valor de esas palabras. Veía la escena del curandero al que llamó el alto señor de Chateaubriand para curar a su hijo, según cuenta el mismo vizconde en sus Memorias, que a ratos leía ella.

#### **5.45 – BATALLA DE LOS PORORÓS**

La cuarta mañana después de la partida de la tropa, una corazonada tuvo Fe en la madrugada. Se vistió y pidió a su madre le permitiese ir, como en peregrinación, a la quinta al altar de Nuestra Señora con todos sus hermanitos y niñeras, pues sentía una

angustia y, al mismo tiempo, una urgencia de ir allí. Para no desesperarse, Micha consintió.

En cuanto salió del pueblo al campo empezó a rezar. Llegó, abrió el Oratorio y dijo a su tropa: "No tenemos que perder momento, pues a las diez tenemos que volver a casa para comer. Sólo hemos venido a rezar". Rezaron y rezaron hasta las 10; después retozaron los niños un rato buscando fruta, y regresaron a la ciudad.

Era el día y hora de la batalla de Los Pororós. Tres relatores oyó Fe sobre el asunto. El joven Leonor, hijo del sastre Aponte por cuyo pecho resbaló achatada la bala de un rifle, habiendo encontrado el escapulario de la Purísima Virgen que llevaba; Ignacio, el hijo del músico Ceballos, sobrino de Pastor; y el mismo Coronel, cuando hizo la relación a su amigo durante un almuerzo en la quinta.

Llegaron por sus jornadas a acampar a la entrada del camino que salía a un descampado; en el contrafrente de este espacio libre, o casi libre, había una gran «mancha» o «trecho» de árboles corpulentos de pororó, detrás de los cuales se habían parapetado las montoneras ibañistas, que estaban así en ventaja.

Sobresaltados los soldados y reclutas, pues en la madrugada notaron la presencia del enemigo, se inquietaban porque hasta entonces no se les habían repartido cartuchos. El Corneta se adelantó a decir "Señor Coronel, ¡ahí están!" "Bien", replicó Romero; y con toda calma se aseguró al cinto la espada, se acercó a su caballo y revisó todas las hebillas. Recién después de varias diligencias personales, ordenó a su segundo, que era probablemente el Comandante, o Teniente Coronel, Urdininea, que les repartiese los cartuchos. Montó a caballo y les dijo: "¡Adelante, a ellos!" Empezaba a salir el sol.

A la primera descarga muchos de los reclutas volvieron la espalda, queriendo huir por la garganta o camino por donde habían entrado, pues vieron el número superior del enemigo. Entonces el Coronel Romero dió orden al Corneta de no separarse de él y tocar a ataque. Corrió tras los fugitivos empuñando una bayoneta que arrancó a un fusil y dijo: "Todo el que retroceda, morirá como traidor a bayoneta por la espalda. A vencer, o morir con honor".

A las 10 venció el valor y la pericia del Comandante y su tropa. La montonera quedó en parte muerta o herida en el campo, y en parte huyó a toda prisa. El mismo Ibáñez huía; y hubiera caído prisionero sin la codicia del soldado que lo pudo haber tomado preso, pues cuando llegaron los otros de la partida, el soldado sólo tenía el caballo, diciendo que había huído el doctor Ibáñez a pie.

El Coronel Romero tomó el maletín que llevaba. En él había cartas comprometedoras para muchos tornasoles y para pocos que había tenido hasta entonces por fieles al partido del orden. El concluía la acción herido en una pierna y en la mandíbula inferior. No prosiguió la persecución de los fugitivos por esta razón, y por otra que fluye de lo siguiente. La tropa victoriosa entró de noche a Santa Cruz para no contristar al pueblo: entraban, de los cuarenta, diez soldados.

#### **5.46 – LA PRIMERA CRUZ ROJA DE BOLIVIA**

El Prefecto Dr. Angel Aguirre recibió por chasque la noticia de la victoria, y de la gran cantidad de heridos que quedaba en el campo de Los Pororós.

Al momento Bennati se puso en acción y por primera vez ensayó allí la Cruz Roja, pero de un modo indeleble. Hizo una reunión de los caballeros, el núcleo de los Protectores de la Beneficencia, ensanchado; les expuso su idea y se ofrecieron a secundarlo. Fueron al Hospital; Bennati eligió un sitio dentro de sus muros y rogó a los caballeros que mandasen construir un espacioso galpón para Hospital de Sangre. Señaló las dimensiones y que, cuando él regresase con los heridos, estuviese pronto todo, con



camas para colocarlos. Así lo hicieron, con ayuda de la Beneficencia, que repartió entre sus socias la costura de sábanas, almohadas y demás cosas necesarias.

Era un sol de diciembre, pero la mañana de la marcha del Comendador estaba nublada; la calle frente a la Prefectura era un hormiguero de gente. Los ingenieros y agricultores quedaron de proporcionar carretas, que ya habían salido esa mañana camino de Los Pororós.

Bennati revistió, sobre sus ordinarios vestidos, un ropaje digno de un museo. Se mandó coser, de choleta negra y blanca, un traje que le daba la apariencia de un cruzado; la mitad de la chaqueta era blanca y la otra negra; las piernas, también una blanca y otra negra, pero bajo las zonas opuestas de la chaqueta. En medio del pecho y de la espalda, sendas enormes cruces rojas. Montado a caballo, era un vestiglo apocalíptico. Así, decía él, ni tirus ni troyanos tienen que tirar a la Cruz Roja.

Fe, con las Durán y muchas vecinas más, salieron a media calle a contemplar ese hormiguero humano que ocupaba toda la calle de la Prefectura. Varios caballeros en su ordinario traje lo acompañaban, para prestar sus cuidados a los heridos al acomodarlos en las carretas. El Presbítero Añez, capellán de la Sociedad de Beneficencia, formaba parte de la expedición.

El Coronel, que había llegado con la tropa, no guardó cama; recibía en su casa los cuidados del Dr. Mardóñez. A la fecha se había nombrado otra Vicepresidenta de la Beneficencia, en lugar de la que renunció; la nueva era la señora Juanita de Mérida.

#### **5.47 – EL HOSPITAL DE SANGRE**

La Presidenta convocó a los Protectores y Señoras para el recibimiento de los heridos, que llegaron en una mañana calurosa. ¡Cuántas cosas, de utensilios y ropa, envió Fe por órdenes que daba su madre desde el Hospital! Al llegar a La Isla, es decir a las leguas de pajonal con el «árbol solo» a dos leguas de Santa Cruz, se adelantó Bennati y, despojado de su uniforme horrendo, llegó al Hospital y pidió tinajas de barro de Chávez (las más finas). 24 eran los heridos, algunos con varias heridas; al momento, 50 tinajas llegaron.

"Enrejarlas", ordenó, "para que resistan a estar colgadas con agua". Al momento, el industrial Udalrico Gutiérrez, Ricardo Landívar, los Suárez y algunos del pueblo se pusieron a enchipar tinajas en «huembé», que es una planta parásita, de hojas grandes, que se cría en lo alto de los troncos, desde donde tira sus raíces como los tentáculos de un enorme pulpo. La corteza de esas raíces es flexible e incorruptible; con ellas se ata el encañado de las casas, las campanas y todo lo que debe durar. Listas ya las tinajas, mandó abrirles en el asiento un pequeñísimo agujero con una broca, para que destilase el agua gota por gota.

Los ayes de los heridos se renovaron al ser bajados de los carros. Dió orden de desvendar las heridas. Los médicos de Santa Cruz estaban presentes y ayudaban, así como algunos otros señores y señoras.

Las heridas, algunas estaban verdes y despedían intolerable olor; algunos, en sus dolores desesperantes, las habían rellenado con hojas. Los heridos extendían sus manos a las señoras pidiendo por favor que fueran ellas las que desvendaran las heridas, con la delicadeza y paciencia que no encontraban en los hombres. Así Micha atendía a un recién llegado, indio que traía la pierna envuelta en un poncho de lana; se acercó un joven abogado a desvendarlo; "Señora, señora, Vd. por favor, que él me hace doler mucho", dijo el indo criollo. Pidió Micha al abogado le dejase a ella el cuidado de desvendar la pierna, que presentaba un agujero en la canilla y una roseta de carne inflamada en la pantorrilla, por donde había salido la bala de rifle. Micha empleó tiempo

y sumo cuidado, alentando con sus palabras al herido y colgando a su cuello un escapulario del Carmen, de los que había llevado para repartir. Entretanto, otras señoras y señoritas preparaban alimento a los heridos y los servían conforme al parecer de los médicos.

Bennati los hizo acomodar en las camas a los 24 heridos. Curó las heridas y colocó colgada del techo una tinaja que dejara caer continuamente una gota de agua sobre cada herida; con este método sólo dos murieron, el hijo de «la Viento» y otro, cuyas heridas eran en el vientre y la inflamación había adelantado tanto en los intestinos que no pudo reducirselos a su caja para coser las heridas. Un domingo acompañó Fe a su madre al Hospital. Esta pasó al galpón de los heridos a informarse de su estado y necesidades; Fe quedó en el salón de las mujeres. Recorrió las camas saludando y, por último, se sentó cerca de la cama de doña Pancha Carrillo, que reclamaba esta distinción.

Dos veces, en el curso de los ocho años que llevaba el Hospital, había sido llevada al depósito de los muertos y se había salido del ataúd por sus pies; una vez, del depósito del Cementerio. Cuando volvió a entrar a buscar su cama, costó la vida a otra enferma, que murió de susto en una de esas ocasiones.

#### **5.48 – REGRESO DE DON PEDRO**

Antes de estos acontecimientos, Micha había recibido cartas de Buenos Aires, en las cuales su esposo le daba cuenta de la buena salud de sus hijos y de sus estudios. Los dejaba en el Instituto Mercantil de la Provincia; don Francisco Uriburu y su esposa cuidaban de Olfito como de un hijo. Los domingos y días de fiesta pasaban allá el día. Don Pedro había encontrado a don Adolfo Cohen muy pobre, por dos robos que le habían hecho en su joyería; tenía deseos de ir al Brasil. Le compró un anillo de brillantes para Fe y llevaba para la Virgen un vuelo de mantel bordado en oro, seis candelabros de altar grandes y otros seis más pequeños, lindos vestidos para Micha y otras cositas. A don Angel, le traía todos sus encargos. Fe, al saber que su padre le traía una joya, ofreció a la Virgen no usarla si libraba a don Pedro de sus enemigos; pero no se lo dijo a nadie.

Llegó don Pedro a Corumbá y encontró allí al señor Lara, que le llevaba arrias a Chiquitos para ayudarlo a sacar la mercadería. Adelantados iban en el camino, cuando encuentran un propio, enviado por el cura de Santiago, don Panchito Durán, con carta de éste que les dice que vengan a su casa, pero con precaución, esperando la noche, para que les explique mejor los sucesos de la revolución de don Andrés. Llegaron allí por la noche.

#### **5.49 – DON PEDRO CONDENADO A MUERTE**

Don Andrés Ibáñez había mandado emisarios a todos los pueblos y parajes del tránsito, con orden de tomar a don Pedro y no darle sino dos horas de vida. Se sabía que, en varias reuniones del Club, él y otro de sus amigos habían dicho que con el despojo de estos ricos, los comerciantes y estancieros, bien tendrían para ir ellos a Buenos Aires y hacer educar allá a sus hijos. Andrés no tuvo hijos legítimos.

Resistíase don Pedro a creer en su peligro. No, esa orden tan injusta y cruel no podía haberla dado, pues lo reconocía extraviado en sus ideas y en su moral, pero inteligente. Tuvo el Cura, su amigo, que mostrarle la orden que, por persuasión o por maña, él mismo había quitado al jefe de los emisarios que estuvieron pocos días antes en Santiago. La letra de Andrés le era conocida, pues había extendido en varias ocasiones

recibos en su casa de comercio para llevar a su padre, don Pancho Ibáñez, las sumas que pedía prestadas hasta que llegase el presupuesto del Gobierno.

Convencidos los dos amigos, Lara y don Pedro se ocultaron, errando por los bosques y estancias. Denunciados algunas veces, se mudaban de lugar de un punto a otro, ya por avisos enviados por los vecinos, ya por un secreto presentimiento del corazón que jamás salió fallido. Cuando después contaba Micha al Padre Querubín las peripecias de esta fuga de su esposo, el buen padre le decía: "Hija, en las petacas llevaba tu marido el avisador, la protección de los santos ángeles, por lo que en ellas traía para el culto divino".

Poco después llegó a Santiago el propio que el Coronel Rojas había enviado en el momento de su rendición. En otra vuelta que dieron los fugitivos a Santiago, llegó Toribio, el enviado de Micha, con la carta y las noticias de que se preparaba una expedición para despejar el camino. Los amigos se adelantaron, con precauciones, hasta San José; los mozos fieles de ambos los acompañaban con el equipaje de ellos. A veces si el peligro arreciaba, huían solos.

### **5.50 – DON JOSÉ LARA**

Mucho valía a don Pedro la compañía de su compadre Lara, estanciero conocedor del terreno. Recibido un aviso, Lara arrastraba a su amigo a los bosques. Mas he aquí que, en esas inexploradas soledades, don Pedro encontraba una planta o flor rara; se bajaba a sacar raíces o semillas, con harta inquietud de su compadre, que llegaba a llorar de aflicción, temiendo un asalto de víboras, salvajes o enemigos. Don Pedro, sonriendo a las imágenes queridas de Micha y de sus hijos, echaba a sus alforjas el hallazgo y seguía a su compadre. Don José Lara era un cristiano práctico y sabía encomendarse a Dios sin respeto humano. Era prolijo como una mujer en velar por el alimento de su amigo, que era delicado del estómago.

Por su parte, Pastor lo amaba con una decisión y un respeto tales que Fe ha creído siempre que Jesús había colocado a Pastor cerca de su padre, para que ella comprendiese algo de las relaciones del apóstol San Pedro con su divino Maestro. Era respetado por los demás mozos de su equipaje, «porque amaba más» a don Pedro.

Al llegar a San José, pudieron saber lo que había pasado en casa de su decidido amigo el Coronel Rojas y, después, la derrota y desbande de la montonera en Los Pororós. Resolvió don Pedro pasar a Santa Cruz, ahora que estaban disgregados y antes de que volvieran a reunirse. El Coronel, alarmado, le quiso dar una guardia armada. "Gracias, mi amigo", le dijo. "Soy hombre de paz y como tal quiero viajar, suceda lo que suceda". Y no aceptó.

Don José quedó en su estancia, que harta necesidad tenía de su señor, y para cuidar de entenderse con el Coronel para detener o enviar las arrias de mercaderías, según fuese la seguridad de los caminos.

### **5.51 – EMBOSCADA**

Algunas jornadas antes de llegar al Río Grande, al ir los mozos a la aguada a llenar sus mates enchipados, encontraron a unos hombres armados, que se conocía venían por entre el monte porque no salían a camino público. Don Pedro creyó que debían ser de los derrotados ibañistas y dijo a sus mozos que los invitaran a comer. No aceptaron.

A las jornadas siguientes, otra vez los encontraron en la aguada; se conocía que venían siguiéndolo por dentro del monte, para venir a entregarlo en un punto convenido. En esta última noche en que al día siguiente debía llegar al Río Grande, no podía dormir;

los presentimientos y las urgencias interiores, corazonadas, eran tales que se decidió. Eran las dos de la madrugada. Se vistió, ensilló su mula muy despacito y dijo a sus dos fieles: "Queden ustedes con el equipaje para salir a la hora de costumbre. Yo me adelanto a pasar el Río Grande antes de que éstos se aperciban". Sacó del diestro a su mula del campamento y montando se alejó a todo escape. Una hora después pasaba el Río Grande y quedaba del otro lado del peligro. Llegó a Santa Cruz hacia fines de diciembre, el 20 más o menos.

Los mozos se levantaron a las cuatro, hora de costumbre, y empezaron a cargar. En eso, de improviso se presentan los cuatro hombres armados y preguntan por el patrón de ellos. Les contestan que ha tenido que salir adelante por una urgencia que tenía. Quedaron confusos y se retiraron. A orillas del Río Grande había un grupo considerable de ibañistas, pero no les hicieron nada.

## 5.52 – ADORNOS PIADOSOS

Micha no había descuidado su piadosa costumbre de obligar a Nuestra Señora a favorecerla, favoreciendo ella su culto y su mayor honra. El comerciante don Felipe Sensarro había traído, entre las novedades de su negocio, una pieza de gasa de seda blanca y plata, o más bien la llamaríamos gasa de plata fina en trama de seda blanca. Era de lo fino que viene por el Perú, donde son aficionados a esta mercadería luciente, de superior calidad a la que se introduce por Buenos Aires. Todo fué ver Micha esa tela y concebir el deseo de hacerle un vestido a Nuestra Señora de las Nieves. Decirlo y hacerlo fué todo uno.

Quedó una gala ideal, sutil, manejable en graciosos pliegues, pues el forro fué en clarín blanco. Trasladó a esta túnica y manto la hermosa pasamanería del otro manto, que lucía todavía más en éste. Un agremán de oro corría por toda la orilla. Bellísima y con mayor naturalidad si cabe quedó nuestra Reina. Don Pedro le traía ahora una cortina de rico terciopelo carmesí con fleco de oro y bellotas para su trono, cuya vidriera estaba dorada de oro fino como hemos dicho. Sobre los capiteles de las pilastras, canastitos de flores artificiales y frutas.

Había adquirido también Micha varios libros piadosos: «Las Glorias de María», «La Imitación de Cristo», que había traído Gumersindo Landívar o la Catita Gómez. En el mes de noviembre, las Durán la nombraron madrina de San José y a Fe madrina de la Virgen, imágenes para el Nacimiento de 55 centímetros de alto. Las madrinas debían coser la gala de los santos personajes y llevarlos a la iglesia para la bendición. La bromista Mariquita dijo al Padre Tomás: "Arregle, Padre, el altar de la Virgen muy bien, porque el 26 de noviembre habrá un matrimonio en San Francisco". "¿Me lo diga Vd. quién?". "Ya lo verá". Eran los santitos que se bendijeron ese día, llevando San José dos moneditas de oro en la mano por arras.

Clemencia Moreno, que había estado ausente algunos años, volvía al país y se dedicaba al comercio para sostenerse con su hijo Carlos. Vino a hacer sus compras a la casa de don Pedro y al verla Micha, su vecina de la infancia, la acogió con amabilidad. Dando razón de sí, Clemencia contó que su hermano René, desde Chile, le había enviado «Las Letanías de la Santísima Virgen» hacía algunos años y que le haría el obsequio muy grato, para ella y su hija, de enviarles prestado el libro. Aceptó Micha con reconocimiento.

## 5.53 – LA MISA DEL NIÑO

Llegó el 1° de enero, fiesta del Niño Dios en 1876. El Oratorio lucía sus más bellas y nuevas galas. El trono de la Virgen, con la cortina de terciopelo rojo con fleco de oro; la hermosa imagen con resplandeciente vestido y manto de gasa de plata, llevando el Divino Niño en su brazo con un vestido de tul de ilusión bordado con seda blanca y milán de oro, del mismo género o guarniciones del vestido que don Pedro traía para Fe. Un velo con la blonda cuajada de lentejuelas caía sobre la cabellera de la Virgen; lo ajustaba la corona de oro puro esmaltada de piedras preciosas. En la otra mano llevaba un cetro de oro; a sus pies, un cojín rojo dejaba caer sus borlitas de oro sobre la grada adornada de flores. Resplandecían los candeleros de base triangular, que llevaban esculpidos en sus faces el símbolo de la Santísima Trinidad, el Corazón de Jesús y el de María. Eran los primeros candeleros que llegaban a Santa Cruz con atributos de culto.

El mantel de altar tenía un vuelo de tul bordado de espigas y racimos de oro con sus correspondientes hojas; entrelazando, una guía de rosas de color con sus hojas verdes, que daba alegría al primor de la seda y sus matices. El ornamento de lama blanca hacía juego con esto. Los altos cirios, los floreros cargados de rosas y otras flores, la linda alfombra, el techo al óleo, color cielo con estrellas de oro.

Todos los niños, sirvientes, amigos, amigas y peones se regocijaban de este honra tributada a la Reina del Cielo y a su precioso Hijo, en cuyo honor se hacía esta fiesta. Lo veían contentísimo, a juzgar por el gozo de ellos, jugando en los brazos de su Madre al volantín (barrilete), que Fe le había hecho muy perfectito, poniéndolo en un alambre flexible que se agitaba al menor aire.

El Canónigo dijo la misa. Asistían el Dr. Mardóñez; el vecino don Teodoro Bustamante, su esposa doña Concepción y sus hijos; el Comandante General Coronel Ignacio Romero; y los humildes peones de la vecindad y de la casa. Micha llevó al Coronel Romero, antes de la misa, a la presencia de la santa imagen, ante la cual sus hijos y ella habían pedido la victoria. Oró el militar un momento, arrodillado en la grada, y después jamás visitó la quinta, a cualquier hora que fuera, sin que solicitara que le abrieran el Oratorio, para saludar a la Virgen en su altar. Si llevaba amigos por primera vez, los llevaba a verla.

Concluída la misa, después de un cordial desayuno se retiraron el Canónigo Ram, el doctor Mardóñez y los vecinos. Quedó el Coronel a conversar con don Pedro, que le hacía conocer las inmediaciones de la casa. Todavía sentía las heridas de la pierna y del cuello. Durante la comida oyó Fe la interesante relación de la refriega de Los Pororós. A mediodía se retiró. El día era caluroso, todos se entregaron a la siesta. Fe se retiró al Oratorio a querer descifrar el latín del Misal y se adormeció contra la puerta.

## 5.54 – MANEJO DEL AGUA

Por las tardes, acompañada de la Diego, salía a recorrer los alrededores. La sequía era grande. Doña María llevaba un gran mate, vasija como una palangana, cerca de los manantiales; éstos eran pozos que tenían dos y tres metros de diámetro, con gradas en el mismo terreno para bajar a tomar agua, en particular los animales. Los terneros daban lástima andando y balando alrededor de los manantiales, llamados «paúros».

La primera vez que por allí aparecieron la Diego y Fe, con sus enormes sombreros de paja y doña María con el mate bajo el brazo, una lavandera comenzó a gritar que ya comprendía, que venían a robar el agua de su paúro para darlo a los animales, pero que eso ella no lo permitiría... Siguieron sin inmutarse. Vino la mujer y se paró ante ellas como en desafío. Fe le preguntó: "¿Sabe Vd. dónde estará un paúro que por aquí han cavado hace tres días unos peones, de la quinta de mi padre?" Sorpresa de la mujer: "Allá está, señora, y... espere... sacaré la fajina con que han cerrado la entrada". "No se

moleste", le dijo doña María, "yo puedo retirarla". Pero ya la lavandera había corrido allá y librado la entrada. Bajó doña María al pozo y sacó el mate lleno; y toda la tarde, hasta bajar el sol, estuvo Fe en una isleta de chichapí (zarza) remediando a los terneros, con la bondadosa y fuerte anciana que la acompañaba. La lavandera propuso, ahora con respeto, si quería permitirle sacar a ella agua, puesto que este pozo era abundante y más grande que el de ella y que si se le sacaba esta agua daría otra clarísima. Fe no quiso, para castigarla de su insolencia primera; que los terneros la aprovecharían. Se fué cabizbaja: todos eran terneros ajenos.

Las vacas tenían en la quinta sus estanques, donde acudían a tomar; a veces, tras ellas entraba ganado ajeno. Si estaba presente Micha paseando por allí, impedía que el mayordomo pegase a los sedientos para echar el ganado ajeno antes de que tomasen agua. Fe seguía el ejemplo de su madre, pero tenía que enojarse un poco pues no le obedecían tan puntualmente como a Micha, en esto de generosidades con el agua. Es cierto, sin embargo, que los estanques eran llenados a baldes extraídos de la noria por los peones.

Pidió permiso a Micha para convidar a la gente que volvía de la Laguna del Trompillo, para venir a ver a la Virgen en su esplendente altar. Venían con placer las familias medianas y pobres y se iban agradecidas. Los sábados salía con doña María y sus hermanitos a recorrer la pampa; don Pedro cuidaba que, en unos cien metros, sus peones la conservasen limpia de malezas y aterciopelada la grama, pues había expresado ya en la Municipalidad la conveniencia de hacer allí una plaza, y se lo habían concedido. Alrededor iba Fe encontrando quintas y «chaquitos», es decir terrenitos de pobres; en todas partes, hombre y mujeres labrando la tierra y desgranando, o moliendo maíz, en sus quehaceres.

Tocaba las manos; venían uno o dos a ver qué deseaba. "Mañana es domingo, día de ir a misa. Lo que deseo es que no falten a misa, allá en el Oratorio". "Está bien señora", decían a Fe; y así iba recorriendo. Su gozo era que, en cada árbol de la avenida que desde la puerta de calle iba hasta la casa, estuvieran atados a ambos lados los caballitos de esas pobres gentes. En los días de mayor fiesta, como el día de las Nieves y Año Nuevo, había una taza de chocolate para cada uno de ellos.

Fe ayudaba a Micha a coser y bordar la ropa del Oratorio: palias o frontales para el color del día. Pero su obra más larga fué reducir, en un finísimo canavá, el marco de arabescos y flores que rodeaba el paisaje de Rebeca, y este mismo paisaje con una meseta de verdura sembrada de florecillas, con el Cordero Divino echado sobre el Libro de los Siete Sellos. El bastidor venía a la quinta hasta dos meses y volvía a la ciudad con muy poco hecho, pues en espiar a los injertos, hacer de sacristana y pasear a las visitas se le iba el tiempo.

## 5.55 – LA VIRGEN VELADA

Una siesta estaba Micha con las Durán y alguna otra amiga conversando en la salita, cuando viene el mayordomo y anuncia "La señora Pastorita T... dice que saluda a Vd. señora y le pide permiso para ver la quinta". Se miraron Micha y las Durán con sorpresa... Micha dijo al mayordomo: "Está bien, muéstrele Vd. todo lo que interesa a la gente que viene a pasear. Los sembrados, los árboles raros, el chocolatal, los pavos reales, gansos, etc." Salió el mayordomo y las amigas volvieron a sus alegres charlas.

Vuelve al cabo de una hora el mayordomo: "Señora, la señora ha visitado todo y le hace dar las gracias, y dice que no ha visto lo que «únicamente» venía a ver (había llovido los días anteriores y no se había abierto el Oratorio); dice que venía a ver a la

Virgen, cuya hermosura le han ponderado". Había tocado la cuerda sensible de Micha. "¡Ah, conque a Ella venía a ver! Dígale que sí; Fe, busca la llave, ve a abrir el Oratorio".

A todo esto llegaba la señora a la galería del Oratorio. Micha la saludó, sus amigas quedaron en la puerta de la sala. Fe la examinó con curiosidad mientras colocaba la llave; vestía de seda escocesa a cuadritos blancos y celestes con arracadas de oro y, grandes, cinco brillantes en cada oreja. Rostro pálido y suave, hermosos ojos negros. Abrió y la sorpresa fué general: cuando Fe iba sumamente segura de que quedaría deslumbrada con la hermosura de la Madre de Dios... aparece la vidriera del trono con una espesísima capa de vapor, o neblina, cosa que nunca se había producido, ni en tiempos más húmedos.

La gasa de plata aparecía como un pedazo de plomo sin brillo; del rostro sólo se distinguían dos puntos oscuros, donde correspondían los ojos de la Virgen. Micha, tan apurada como Fe, dijo: "La humedad de estos días ha producido este efecto. Ve y trae un sahumador e incienso para disipar esta neblina". Mientras tanto, la pecadora se había puesto de espaldas contra la puerta abierta y lloraba, diciendo a Micha con una humildad tranquila: "Señora, no es la humedad. Es que la Santísima Virgen no quiere mirarme a mí".

Fe pasó con el fueguero de plata a lo que esta mujer decía eso, y en su interior decía a Nuestra Señora "Madre mía, no hagas eso, de avergonzar a esta pobre mujer delante de nosotras". Micha le dijo: "Entretanto, recemos la Salve". Fe colocó el sahumador en la grada del altar; la oración y el incienso subían juntos al trono de María. Ello es que, con una simetría admirable y majestuosa, se abrió de abajo hasta arriba la cortina y apareció la Reina del Cielo y su Divino Hijo; pero duró hasta el día siguiente una orla superior de neblina.

Después de orar un rato en silencio, se despidió la peregrina agradeciendo y se fué. Luchó sola para romper una cadena, que sujetaba su pobre alma al yugo del Demonio desde que pisó el umbral de la juventud; más de 20 años. Tendría 13 cuando una indigna madre arrojó esta florcilla campestre a los caprichos de un hombre infiel a su hogar. Ningún sacerdote, ningún alma piadosa la ayudó, si no es la Virgen de las Nieves, que la esforzaba. Una noche tocó la puerta de la casa de Micha en la ciudad, envuelta en su mantón negro, y en cuanto vió a Micha en su salón se arrojó llorando y le dijo: "Señora, la Santísima Virgen ha hecho todo para salvarme, Ella ha conseguido que yo pueda recibir la gracia del sacramento del Matrimonio, y vengo a rogarle en su nombre quiera ser mi madrina. El ya ha hablado al señor Rodríguez". Gustosa Micha consintió, alabando a Dios y agradeciendo a la Virgen sus prodigios.

La ofendida familia del viudo le restaría de su estima a Micha. Todo podía ser; desde ya lo arrostraba ella por la salvación de estas almas.

## **5.56 – RENUNCIA DE ROMERO**

Al todo esto, ya las riendas de la República estaban en manos del General Hilarión Daza, hechura de Melgarejo. Después del Dr. Tomás Frías, abstúvose don Pedro de recomendar candidatura ninguna a sus deudos; ni él mismo votó, pues no encontraba presentado ningún candidato a su satisfacción. Mucho más que el Canónigo se había decidido por Daza y el inteligente Vaca Díez preparaba sus petates para irse al Beni, o al Amazonas, por allá por donde no llegara la acción del Gobierno, pues lo había combatido al candidato Daza. Ahora decía a los que sentían que se ausentara: "Yo no puedo vivir donde gobierna mi sastre", aludiendo a los primeros ensayos del individuo para ganar el pan de cada día, antes de ser militar.

La maleta tomada a don Andrés Ibáñez había revelado a las autoridades las complicaciones de muchos «devotos» bajo cuerda de Ibáñez. En el doctor Aguirre esto no producía, por la costumbre y el cargo puramente civil, las repugnancias que produjo en el Coronel Romero. Así que después de la batalla de Los Pororós, envió su renuncia al Gobierno; luego comunicó a sus amigos su resolución de retirarse a la vida privada, en la quintita donde su padre había vivido. Aguirre y los amigos se alarmaron, de lo que podía resultar de ese paso para el bienestar del país; y esperaron. Llegó en el correo siguiente comunicación oficial, deplorando el caso y nombrando al Segundo Comandante, Coronel Demetrio Urdininea, como Comandante General. Aguirre no dió curso a la comunicación sin consulta.

### 5.57 – REUNIÓN EN LA CASA DEL PREFECTO

Convocó a una reunión de notables del partido al que él pertenecía: los cuatro comerciantes Rodríguez, Arano, Peredo y Torres; el Dr. Peña; don Miguel Chávez; don Carlos Ibáñez, a pesar de haberse declarado por otro partido, pero era caballero; y otros señores que no llegan a esta noticia, que Fe conoció por relación de don Miguel Chávez y de Languidey.

Rara humildad y abnegación. Reunidos en asamblea en casa del Prefecto, éste expuso que el Coronel Romero, como algunos de ellos sabían, había renunciado a la Comandancia General porque veía un estado de cosas cuyos peligros no acertaría a conjurar por las ramificaciones que tenía. Conociendo su insuficiencia para la lucha política y la falta de cooperación militar y popular para con él, que resultaba un desconocido en su propio terruño, dejaba el cargo a otro ciudadano, que acertase mejor a sostener las responsabilidades del orden público y la tranquilidad, que veía amenazadas por la conspiración muy favorecida del ciudadano Ibáñez.

Ahora bien, prosiguió el Dr. Aguirre, el Gobierno Nacional ha creído encontrar ese ciudadano en el valiente y arrojado Urdininea, y leyó el Nombramiento. ¿Qué dicen ustedes? Se quedaron fríos. Condensaron la unánime opinión de su arrojado, valor, lealtad al partido, etc., pero también su imprudencia en la ira, su debilidad para en ocasiones tomar licor más de lo debido, en las que quedaba ciego. Mala chispa tenía.

"¿Y? ¿Qué hacer?", preguntó el Prefecto; "Él lo va a saber por cartas particulares de La Paz, y entonces, si ve que lo hemos demorado... Dios nos asista, él en su derecho... " Y lo pensaron. Al fin uno se resolvió: "Pues ¿y qué? ¡Se lo llama a esta reunión ahora mismo, se le hace conocer la comunicación del Gobierno y lo que pensamos de él. Si obtenemos que renuncie en favor de Romero, obligamos a éste a tomar otra vez el cargo".

Todos aprobaron y dos de ellos fueron a traer a Urdininea. Cuando hubo llegado, le leyeron el decreto, le dijeron el porqué de la renuncia de Romero, le representaron las virtudes cívicas de él, Urdininea, y también sus defectos... ¡que reconoció! En seguida le dijeron que él estaba bueno para Segundo así como estaba y que ahora era preciso conseguir a Romero para cabeza suya y, si aceptaba continuar al frente del cargo, era preciso que él renunciase, pidiendo al Supremo gobierno que confirmase en el cargo al Coronel Romero y no le aceptase la renuncia. A todo se avino Urdininea, con la más franca estima y adhesión a su jefe; él mismo fué, de parte de Aguirre, a llamarlo.

Vino, y por nada quería consentir. Y tenía razón: varios tiros de revólver mostró a sus amigos allá por agosto, tapados con papel en la pared contigua a su velador y cama; su hermoso perro de Terranova envenenado. Su asistente u ordenanza fiel, casado con su cocinera, que hacía años le servían, fué también víctima del veneno, en casa de antiguos convecinos que amablemente lo invitaron en El Palmar, a dos leguas de Santa Cruz, a



comer y pasar un día de campo; y si él escapó al tósigo fué por su parquedad en el comer. Al momento se vino de aquella traidora casa a ver si podía salvar a su fiel servidor, mas éste falleció; y el Coronel, para no entrar en un desagradable proceso, dejó a Dios la venganza. Esta era la situación del militar cuando sus amigos insistieron en que era el único que podía salvar al país de los amagos de una bochornosa revolución.

Por fin se rindió a las instancias de todos y les prometió que, si el orden se quebrantaba alguna vez, sería pasando sobre su cadáver. Todos salieron satisfechos y él siguió de Comandante General.

## 5.58 – EL COLLA PERICO

En diciembre de 1874, pocos días después de la llegada de don Pedro, una tarde a las seis se presentó en la casa uno de los jefes del gremio de los herreros, el colla Perico. Su cara era la caricatura de un tigre; hay cierto específico que trae, como ostentación de «fuerza», uno de estos animales, muy parecido. Nombre había tenido en el Collado de capitaneador de turbas saqueadoras en las revueltas de por allá; ahora, con la cabeza gris, era asistente de los clubes ibañistas. Antes de entrar de lleno en este orden de ideas comunistas, había comprado grandes partidas de fierro en el depósito de don Pedro; después parece que compraría de segunda mano, o en otra casa de comercio.

Preguntó por el dueño de casa al portero. El indiecito, azorado, se lo dijo a Fe, que salía a divisar si ya venía su padre de la quinta. En eso la voz del colla bramó en el umbral: "¿Está el señor Rodríguez?" "No", dijo ella algo azorada, "todavía no ha llegado". "Está bien, lo esperaré". "Bien, pase Vd. a esta salita". "No, lo esperaré afuera", y se salió. Fe quedó helada; se entró al salón para estar pronta a salir cuando oyese... contestaciones, lucha, tiros, ¿qué sé yo? ¿Qué traería el colla en esas manazas metidas en los bolsillos de los pantalones? Ella debía estar allí para recibir a su padre herido y acordarle de Dios. ¡Virgen Santísima, que no llegue aquí si ha de ser para tanto mal!

Llegó a caballo. Desmontó en el patio, entregó las flores a Micha, que estaba en el saloncito blanco, y salió al zaguán. "Señor don Pedro, ¿me permite unas palabras?", dijo el herrero. "Cómo no, pase Vd.", contestó don Pedro entrando en su despacho, al que había invitado a pasar al colla; Fe quedó en la puerta del salón frente a ese despacho, para acudir. Orando en una ansiedad muy grande, vió salir poco después al colla y a don Pedro despedirlo con una sonrisa; él hizo una inclinación a la niña y se retiró.

Fué don Pedro y le dijo a Micha: "El antojo de Perico..." Era que le había nacido un hijito varón y quería que el Cónsul peruano, don José Lino Torres, y la hija del Vice cónsul argentino, que era Fe, fueran los padrinos. Don Pedro aceptó, porque nunca era en las costumbres de los cruceños rehusar este favor espiritual, mucho más cuando lo solicitaba un pobre.

Se había desparramado en el pueblo la noticia de que don Angel Costas, Cónsul argentino, había pedido para don Pedro el viceconsulado de esa nación. Y efectivamente, estando don Pedro en Buenos Aires fué llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores, que regenteaba el Dr. Bernardo de Irigoyen, y le entregaron su nombramiento. Mas como debía presentarse el Exequatur del Gobierno Boliviano en La Paz, don Pedro no decía nada todavía.

## 5.59 – UNA «RUEDA» DE CARNAVAL

En el Carnaval convidó don Pedro a sus amigos a la quinta. El Prefecto y el Coronel se disculparon, por la vigilancia que era necesario emplear en la ciudad en esos días. Fué don Angel con su esposa. Como era día de precepto, oyeron misa en el Oratorio. La familia de don Teodoro Bustamante, él y el Pbro. Eustaquio Simonés se retiraron inmediatamente. Don Pedro obsequió a su anciano amigo, quien conmovido por la piedad de Micha y su familia, recordó a su propia madre con lágrimas. "Se llamaba Justa y en realidad lo era", decía secándose las lágrimas. "Favorecía las vocaciones sacerdotales, de modo que muchas sotanas se debieron a mi madre". Fe se conmovió de ver esas lágrimas, a 80 años de distancia, acordarse de esa mujer justa al contacto de la piedad práctica de otro hogar.

Por la tarde habló don Pedro a Dominguito, el decano de los peones, para que organizase «una rueda» entre los peones vecinos y los de casa, para que bailasen en la avenida y ante los balcones de la casa. Lucida fué la «rueda». Las mujeres, con vistosos chales de colores claros, cruzados sobre el pecho, polleras de amplios pliegues de muselina; las banderitas, de pañuelos colorados con figuras.

El bombo y varios tambores, de mayor a menor, flautas de varios tamaños, eran las músicas de estos humildes indios; en un solo tono, pero muy bonito, empezaron a bailar bailecitos sueltos, con mucha gracia tanto las mujeres como los hombres. Pero el más incansable era Dominguito, que tenía hasta quince modos de «entrada», es decir de comenzar el mismo baile. Después Micha les envió masitas y refrescos. Don Pedro dió a Domingo una cantidad para que repartiese algún dinero entre los bailadores y músicos, que se retiraron con vivas y banderas.

Al cerrar la noche, subieron a caballo las señoras y señores y quedó Fe a recoger «el servicio» de plata, de porcelana y cristal, a buscar quién le llevase el cáliz en su cofre y las vinajeras, para no exponer a sacrilegio cosas santas. "¿Quién llevará el cáliz?" Presentóse el mozo Cuéllar: "Yo, niña". Salta Dominguito y se planta delante de él: "Señora, yo siempre he llevado el cáliz". "Sí, pero ahora, después de esos bailes con «entrada»... creo que no tienes la cabeza en tu sitio". "Sí la tengo, porque esos bailes han sido con juicio, para divertir al patrón". Se le adjudicó el cáliz. Fe organizó su pequeño ejército: Miguelito, las niñitas, las niñeras, los indiecitos adelante, llevando al loro amarillo a la ciudad; los mozos, con Cuéllar, escoltando la caravana hasta la entrada del pueblo.

## **5.60 – EL BAUTIZO DEL COLLITA PERICO**

Quedaba por decir del compadrazgo del colla Perico (esto debió ir enseguida de tocado el asunto) que Micha encargó a la costurera un trajecito de bautismo de raso blanco con adornos celestes; don Pedro envió cajones de vino. En la noche siguiente, el colla trajo a su hijito en brazos de una niñera muy «paqueta». Vino el padrino a formar en el desfile hacia la iglesia, llevando del brazo a la madrina. Don Pedro, don Domingo Peredo y don Lorenzo Arano, llevando del brazo a Micha que había rogado a las Durán que la acompañaran; así que, previsores, llevaban con quién conversar. Seguía detrás de todos el colla Perico con todos sus amigos, entre ellos el Dr. Barba conocido ya en la Sociedad de Beneficencia.

Tanto interés despertaría el ahijado en sus padrinos como esto. Llegan a la puerta de la iglesia, se escabulle el colla Perico a pedir que repiquen. El señor cura pregunta ¿qué nombre le van a poner? ¿Qué nombre? dice el padrino; Fe tampoco lo sabe. Micha dice que se llame Perico, es decir Pedro como su padre. Empieza la ceremonia; cuando ya van introduciendo al niño en la iglesia llega el colla, atiende. ¡Ay, que yo quería que se llamara Pedro Pablo! Pues ya no hay caso, será en la Confirmación.

Terminado todo se van; pasan por casa, cerrada ya, a llevar al niño al barrio de los herreros. Oh, dice Fe entre sí, ¿será ésta una noche de revolución?... El padrino va silencioso y preocupado; la gran suerte para que el colla no conozca nada es que las beatitas charlan como cotorritas, y Micha con don Lorenzo también conversan. Llegada la comitiva a la casa, es recibida en la salita por las hijas de la Pechoalto, collitas vestidas de seda. Micha pasa al dormitorio a saludar a la madre y entregarle su niño cristiano. Vuelve a recibir una copa de refresco que le presenta el padrino. Después, se sientan los cuatro comerciantes juntos en un banquillo forrado de damasco, frente a la puerta. En la ventana, la concurrencia está apiñada; rompe a tocar la orquesta en la calle. Fe no atiende a las bromas de las collitas y del doctor Barba, al pensar que una descarga traidora, desde la puerta, acabaría con esos cuatro amigos que conversan alegremente. Y uno de ellos es su padre.

Viene el colla Perico y ruega a don José Lino que empiece el baile, con su comadrita como de costumbre. Esta niña no sabe bailar, contesta el padrino. El colla se dirige como a sacar permiso de los padres de Fe. "¡Estaría bien!", dice entre dientes el señor Torres, "miren qué estrado para una señorita". Y al ver volver al colla con alegre cara, dice aquel a Fe: "Nos pasearemos dando vuelta a la sala, y así cumplimos". Y así se hizo en un instante. Después de lo cual, con su potente voz gritó don Domingo: "Amigo, queda abierto el baile. ¡Viva el ahijado! Y nos retiramos que ya es tarde para la Michita".

Todos se despidieron, serían las 12 de la noche. Fe era llevada adelante por esas calles arenosas con sus puertas cerradas; la Luna clara, que dejaba en los corredores sombras tan marcadas, le daba miedo. Volvía la cara hacia atrás porque oía animadas conversaciones de los que venían tras ellos; era Languidey, el brasilero Manuel que velaba porque sí, por la seguridad de Micha, sus hermanos de leche que estaban en la «mosquetería» por si acaso... Estos eran Juan y José, carpinteros, hijos de la mama Antonina. Recién al despedirse en la puerta vió al numeroso grupo, que iba como de policía secreta, y agradeció a Dios bendiciéndolos en su corazón. Al llegar a su silencioso dormitorio, pensaba: ¡cuán llenos de angustia son para mí los placeres de los mundanos! Al fin, los collitas reían sin temor, yo temo siempre.

## 5.61 – LA QUINTA DE DON ANGEL COSTAS



Hemos visto el empleo del primer día de Carnaval; ahora resta ver el tercero. Tenía don Angel Costas, Cónsul argentino, una quintita en los suburbios del pueblo, al Norte y Oeste según creo. Allí abundaban las chirimoyas salteñas; había dos hermosas palmeras de cusi, tan altas que debían tener por lo menos un siglo. Se decía que el predio había pertenecido a los jesuítas, que habrían traído esta semilla del Beni. Había también variedad de dalias dobles y nardos; diamelas y jazmines como en ninguna parte. De allí solía llevar el anciano un ramillete a Fe, desde que la vió saltar de alegría al recibir las flores que le daba su padre.

Don Angel rogó a don Pedro que llevara a su señora e hija a pasar el día, porque con su esposa habían preparado su mesa para los íntimos. No le negaba nada don Pedro; hizo montar a caballo a Micha y a Fe, en el instante en que don Angel, desconfiando temieran ir, venía para acompañarlas.

La casita era sencilla, pero lucía ahora vajilla de plata. Presentaron exquisita fruta, allí cogida, y llevaron a sus convidados a ver el jardín y la huerta bien cultivada. El cuidante de la casa era el antiguo ladrón Comadrita, a quien don Angel se proponía regenerar,

ahora que se había casado con una valerosa e inteligente joven. Le había dicho: "De todas las siembras y frutos de este jardín podeis aprovecharos para vivir, además de vuestro sueldo; el único tributo es que lleveis todos los días algunos huevos frescos del gallinero para mí, y un ramo de flores para la señora. Unica condición: no robarás a nadie". Aceptó agradecido; y en eso, lo estaba sirviendo al pensamiento.

Llegada la tarde, vinieron a caballo el Dr. Aguirre y Romero, acompañado por el Coronel Urdininea. En una mesa puesta en el jardín interior de la casa se sentaron a comer; serían las cinco de la tarde. Bromeaba alegremente don Angel con la cobardía de su amigo Aguirre: tiene ojeras, teme el rayo, se tapa con una colcha de seda verde para evitarlo, etcétera. Todos reían, y el mismo señor Aguirre.

En eso, la esposa de don Angel hace notar a Fe, que estaba a su lado, que los del frente no atienden ya a las bromas y se están poniendo serios: "qué será". Sólo se oye la voz de don Angel, y la de Micha que le contesta. De repente, el sirviente se acerca al sillón en que estaba Fe dando la espalda a la casa, como si fuera la dueña, y dice: "Señorita Fe, dice su compadre Perico que le envíe una copa de vino servida por usted". Da vuelta Fe, y ve a la felina cabeza del colla asomando por la ventana de la sala de recibo.

Fe sirve la copa que le presenta el sirviente, que se la lleva, mientras don Angel dice disgustado: "¿Cómo ha entrado ese hombre en mi casa? ¡Estamos bien!, ¿no podemos tener un rato de expansión?" Los militares y el Prefecto se levantan; los amigos hablan breves palabras y van bajo los árboles a buscar sus caballos. Visten las señoras con trajes de Amazonas y en un momento Urdininea toma a Fe, la coloca en su caballo y todos los que ya han ayudado a las señoras suben a los suyos y parten en el instante a la ciudad, para manifestar su desaprobación y por temor a que más tarde el Perico traiga otros disgustos. Fe pidió, cuando el bautismo del niño, que si había de ser malo Dios se lo llevase; y así lo hizo, de año y medio.

## **5.62 – PROGRESO DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA**

Hemos dejado a los Bennati ocupados de la Sociedad de Beneficencia; sobre todo Amalia. Don Pedro aprobó la cooperación de Micha a la Sociedad y poco después fué nombrado miembro Protector. Micha llevaba a Fe a las reuniones. Se determinó en una de ellas cuál había de ser la insignia. Para la Presidenta fueron de opinión, sugerida sin duda por Bennati, que fuera una medalla en forma de Cruz de Malta, de oro. El Padre Querubín discutió un poco; ya que no pudo conseguir otro emblema, obtuvo que en el centro tendría grabado el busto de San Juan de Dios, el heroe de la caridad más conocido de los cruceños, perteneciente a la Iglesia Católica.

Para las vocales, la Cruz de Malta bordada en seda azul con orilla de mostacilla blanca, y en el centro unos círculos de mostacilla verde, blanco y colorado. Bandera italiana, que ellos se la callaron. Explicó el Padre Querubín que eran colores de las virtudes sobre el fondo azul de la confianza en Dios. Ya tenían las obreritas otro medio de ganar la vida, por el bordado de estas cruces de seis centímetros para las simples socias, y más grandes para las vocales.

Se nombraron comisiones para visitar a los heridos, para el Hospital y para pedir limosna, recogiendo de casa en casa las suscripciones. Dos veces tocó a Fe esta diligencia con otras dos señoritas; todos dieron gustosos, menos doña Rosa Mansilla, que se negó a dar los 20 centavos: dijo que se iba al campo. En cambio, Simodocea Cuéllar, sin ser socia, estaba contando dinero cerca de su ventana; Fe estiró en silencio su mano y Simodocea, con una alegre risa, puso un peso en esa mano, y así pudo llevar

el cobro completo y aún más. Sus compañeras la codeaban para que hablase el fin que las llevaba a estas visitas domiciliarias.

### **5.63 – LA BANDERA DEL VICE CÓNSUL**

Habiendo aprobado el Gobierno Nacional en nombramiento de Vice cónsul, Micha se vió apurada, pues la cinta argentina que tenía era más ancha que lo necesario para el ojal de don Pedro. Pero los apuros poco le duraban, pues hallaba recursos desconocidos hasta entonces de los suyos. En otro tiempo, cuando joven, se habían usado cintas con caprichosas labores y lemas para sujetar el cabello. Ella había aprendido a tejer las suyas en un diminuto telar; aún había tejido una cabellera a la Virgen y varios flecos de seda para adornar relojas, cuando no encontraba en el comercio lo que en matiz necesitaba.

Pidió al carpintero un telarcito conforme a sus indicaciones y tejió la cintilla bandera argentina tal cual la necesitaba, aun cuando después tuvo piezas de cinta del mismo ancho. Don Pedro no permitió que la mudara, y tenía razón: una bandera de cinco metros con el Sol pintado en el país, era mucho más hermosa que la que llegó de Buenos Aires por correo. Esta se dejó para los días ordinarios del domingo, la otra para las fiestas.

### **5.64 – EL ADIÓS DE LOS BENNATI**

A todo esto, se formalizó el compromiso de Amalia Bennati con el secretario de su padre, Logatto. Don Pedro dió a esta familia una comida íntima en la quinta. Las señoras llegaron con una gran capa de coldcream y polvos de arroz. ¡Qué temerle al sol!

Las antiguas sirvientas de la casa notaron, al servir la mesa, que la educación no corría pareja con los títulos que se daban. Así se lo dijeron a Fe, señalando algunas cosas que poco les satisfacían. Bennati decía ser de Spoleto y haber conocido allí al Padre Querubín, los dos del mismo barrio. Pero la educación distaba tanto como las ideas de uno y otro. Aquí es de reflectir sobre estos dos binarios, como quiere San Ignacio. Consiguió felicidad, honor, descanso, buena fama, ¿quién?

Amalia había participado a Micha su matrimonio sólo pocas horas antes. Le rogó que le enviase con qué acomodar el altarito en el salón de su casa. Micha envió inmediatamente lámparas, hermosos candelabros de plata y floreros acomodados. Cuando llegó la remesa, Amalia no estaba allí para recibirla. Rosario las recibió y, saliendo de su parsimonia en el hablar, dijo: "¡Se ha molestado la señora! Para un matrimonio como éste, bastaba un mechero".

Micha y su esposo se excusaron de asistir. Poco después anunciaron los Bennati su viaje a La Paz. Cuando Rosario se despedía, dijo a Fe: "Adiós, Fe, que algún día la vea yo muy feliz y elegante".

¡¡Háse visto!! se dijo Fe, no sabe desearme la dicha verdadera. Y luego aquel pajuate de Bennati: "Que el grande Arquitecto del Universo nos bendiga". Cosas de masón, cuando Dios tiene su Adorable Nombre, que no necesita un título... Idos. Siempre agradeceré con oraciones lo que éstos han hecho en bien de los pobres y enfermos. Así discurrió Fe.

Pasaron los años. Un día de enero de 1893, una señorita bien quista, de una buena familia cordobesa, vino a presentar, vertiendo lágrimas, una carta de recomendación de un sacerdote a la Superiora del Buen Pastor, en Córdoba. "Mi hermana, años que no sabíamos de ella, casó con un extranjero a pesar de las representaciones de mi madre. Ahora regresa, separada de él y con un chico de la mano que dice ser hijo suyo. Nos

deshonra, ¿a qué viene? ¿Por qué no toma otro teatro de sus hazañas que éste donde estamos nosotras, donde la han conocido a ella en su niñez?"

"¿Qué desea Vd.?" "Que, aunque es mayor de edad y libre, procuren ustedes con halago quedarse con ella, para que no vaya de casa en casa contando su historia. Nosotras colocaremos al niño en un asilo". Dudaba la Superiora poder conseguir nada; pero, para consolar a la familia, dijo que la trajera, que la recibiría en la sala interior y que, dejándola con la Sor Asistente, con pretexto de mostrarle algo la despediría a ella, la señorita hermana, por la puerta de la cárcel y su hermana, la pródiga, quedaría allí a ver si quería permanecer.

Tocaron la campana al día siguiente llamando a la Sor Asistente, que la «visita» estaba ya. Preséntase ésta en la sala, saluda y, después de las presentaciones, se fija en su recomendada: carirredonda, amarilla, morena, con unas ojeras, pestañas crespas pero ralas, batón de percal colorido, manto de merino negro, cabello negro abundante pero peinado hará tres días, dientes negros y rotos. La mujer también se ha quedado con los ojos fijos en ella, estudiándola más aún de lo que la asistente podría pensar. De repente rompe, mientras la religiosa acerca una silla: "Señora Madre, ¿usted es Fe!" "Soy Sor María de las Nieves" "¡No ven! No me lo niegue, usted es la hija del señor don Pedro Rodríguez, Vd. es boliviana". "Por ahora soy cordobesa". "Pues yo soy Rosario. Vd. me ha conocido feliz..." La religiosa mueve la cabeza; ha conservado en el archivo de su memoria una hermosa carita de porcelana, dientecitos de perlas, moderada. "No me lo niegue Vd. ¿Desconfía? Yo vivía en Santa Cruz, frente a doña Griselda la que tenía chanchería".

Dióse por conocida Fe y ya nada costó que se quedara, porque ella encontraba más alivio en vivir con ella, "en una atmósfera de Paz", apellido que quiso tomar: "vengo a buscar la paz". Allí vivió. Desahogaba su corazón y Fe se confirmaba en lo dicho por su padre... sociedad de malhechores. Y esta víctima fué cebo para cazar adeptos hasta que, pervertida, se la acusa de perversión con la más alevosa hipocresía y se la deja tomar, sin amparo, el medio de la calle, porque estaba ya ajada

Obedecía a su maestra con todo rendimiento. Laboriosa, frecuentaba los sacramentos. La religiosa puso en sus manos el Catecismo de Mazo, pero le era preciso leer muy poco, pues la ahogaba el pesar de haber malgastado sus años en perder su alma y hacerse desgraciada. Sor la aconsejaba el olvido de lo pasado con la esperanza del porvenir, en gracia de Dios, perdonada. Las cosas de la Masonería y del Espiritismo, los recuerdos del ambiente de perversidad que había respirado, la atormentaban. "¿Ve este Devocionario? ¡El me lo compró allí, diciendo «al pueblo que fueres, haz lo que vieres»...!" Después de seis meses de edificante vida, enloqueció de repente y la trajeron al manicomio de Buenos Aires. "Consuélese", dijo a Fe el santo y anciano jesuíta que la confesaba, el Padre Arriola, "ahora este estado irresponsable la ha tomado en la gracia de Dios. Se salvará; ha tenido, puedo asegurarle, una verdadera contrición".

## 5.65 – EL DIABLO SUELTO 1876

Por este tiempo, un rumor empezó a correr en el segundo patio de la casa. En el innecesario y ancho zaguán y puerta de calle de ese departamento, que estaba «condenado» con cajones vacíos de mercaderías, empezó a aparecer un chivato negro con cuernos que veían los indiecitos y los inocentes niños. Preocupaba a los indios el que no saliese a comer a la pesebrera, como haría una cabra común; luego, que el hueco que ocupaba entre los cajones no parecía el más cómodo a un animal natural. Con una caña larga le tocaban en las latas de cajones que allí había y al momento, ladeando los

cuernos para sacar mejor la cabeza, se asomaba desde un hueco, como desde un cajón de velas estearinas.

Disposición de Dios sería; muchas veces, al ir Fe a la despensa o a la salita destinada a Lor en la que había una hamaca y los muebles de su tío, los indiecitos y sus hermanitos querían llevarla a ver al «boca abunbante» que decía Josecito (boca alumbrante). Jamás quiso ella ir, distraída con otros pensamientos. En el cuarto de Lor colocó Fe un retrato del Señor con la Cruz a cuestras y oraba allí leyendo «Las Verdades Eternas». Y nada sentía que pudiera causarle miedo en el cuarto.

Mas los efectos espirituales empezaron a sentirse en todo el barrio. Comenzó con el grave desagrado de don Domingo Peredo con las señoras Oliva, de Pilar como ya hemos dicho. Luego, del suizo, que pegó a su mujer y ésta se refugió en casa de las Durán con su cuñada; de la Delfinita Román, pelea en su casa de la esquina; desagradados de las Román, de la buena doña Laura y del inconsiderado marido H. Durán; del sastre Bartelemy, extraña antipatía con las beatitas. Desde allí influenciaba las peleas de dos cuadras enteras. Como esto duró más de un año, se cuenta todavía la de la señora Bozo con el General Pérez, que corresponde ya a 1877 ó 78.

En una ocasión dos sirvientas, que vivían como hermanas, antes de la aparición llegaron a darse cintarazos y azotes con las riendas de los caballos. Llegadas Micha y Fe de la Beneficencia, Micha, afligida, atribuyó al Demonio el desacuerdo de las mujeres, que decían no poder quedar en la casa si quedaba la contraria. Quedaron las dos, porque Micha tomó la crucecita negra que había pertenecido a María de Jesús, fué al segundo patio y la hizo colocar en lo alto del pasadizo que comunicaba a este patio con el primero. Rezó allí, arrodillada en el galpón, algunas oraciones que desarmaron la ira encendida y ésta dió lugar a la confusión de examinar la nonada por que habían peleado.

Cuando las vecinas venían a contar las iras del barrio, Micha decía: "Jesús, Jesús, cierren la puerta de calle para que el Enemigo no se entre aquí. Comencemos el Rosario, o la Novena, o el Mes de Mayo", en fin, la devoción de turno. Así no emitía opinión.

Era pues indudablemente el Demonio, que velaba por un indigno... pecador que pagaba la casa a su víctima, pared de por medio con la casa de Micha, por la calle de San Andrés; y que por las bardas se sentaba a tomar fresco en ese corredor público, con los más indignos aún padres de la joven. Desde que llegaron hasta que se mudaron de barrio sucedieron estos fenómenos.

La Diego tuvo el cuidado de comprobar que desaparecieron con la mudanza de aquel escandaloso. ¡Cosa admirable!, todas las personas desacordadas volvieron a la amistad. El que con gran gritería cargó sus muebles en carro al campo, volvió a traerlos reconociendo la sólida virtud de su esposa; y así los demás.

En marzo quiso absolutamente don Pedro que Micha mandase coser los vestidos que había traído para ella y su hija Fe. Micha no tuvo más remedio, a pesar de la repugnancia de ambas. La costurera preparó un vestido de chal y de Persia blanco para Micha y uno de raso blanco con falda de tul de seda bordado, delantal de pensamientos blancos con centro dorado y velos de imitación encaje de seda blanca y motitas doradas. El corpiño idem y otros adornos para la cabeza. Y les pidió que saliesen el día de Pascua a visitar a sus amigas con esa facha. Lo que es Fe iba tan confundida como un sentenciado a ser emplumado. Su padre ni había querido oír que no se pusiera el anillo. Fe lo puso por obediencia y envolvió entre sus dedos su pañuelito de manos. Gracias a Dios, no vistió más ese traje después de ese día.

## 5.66 – DON PEDRO CUMPLE 49 AÑOS

En mayo otra sorpresa, el 19, de los amigos de don Pedro. Traían en el número a don Francisco Landívar, hijo de aquel bondadoso don Manuel que había pedido a don Pedro años atrás que corriese con proporcionar las pensiones a plazo fijo de sus hijos Pancho, Carlos y Manuel, que se educaban en Sucre. Concluyeron sus carreras; los dos últimos satisficieron la exigencia social de visitar a don Pedro cuando llegaron, no así Pancho, que hasta se casó sin dar parte. Llegado a este punto de la vida de ambos, sus amigos lamentaban que el joven hubiera procedido así y lo invitaban a llevarlo. "No tengo cara para ir después de tanto tiempo". Así que esta vez lo remolcaron entre ellos. Se presentó, fué recibido por Micha y don Pedro con amabilidad; ninguna alusión oyó a su largo desvío.

Cuando ya iban a retirarse, los amigos se colocaron en círculo alrededor de don Pedro. Micha y sus amigas allí estaban. Se adelantó en medio del círculo don Pancho y dijo unas sentidas palabras, confesando que había faltado a los deberes del reconocimiento para con el señor y la señora de Rodríguez, de lo cual estaba bien castigado por la pena que había experimentado, por haberse privado de tan digna amistad. Recordó los beneficios hechos a su padre y a ellos y, por último, el favor de encontrarlos perennemente invariables en su afabilidad. "La deuda es grande, soy un deudor insolvente... pero voy a probar un medio: pedir al Cielo que los haga más y más felices y condensar estos mis votos sobre la frente de esa niña si me lo permitís, amigos míos".

¡Aprobado! dijeron todos, y don Pancho dió unos pasos hacia Fe, que estaba al lado de su madre, y le dió un beso en la frente. Todos aplaudieron y Micha dijo que quedaba saldada la deuda, a lo que don Pedro se inclinó estrechando la mano de don Francisco Landívar. La reunión se disolvió entre las ruidosas despedidas de don Domingo Peredo, Arano y los demás.

## 5.67 – JOSECITO

En Junio Micha mandó, como el año anterior, celebrar misas generales en todas las parroquias por el alma de su padre. En agosto, la Novena de Nuestra Señora llevó a la quinta a la familia. Todos los días iba el Padre Nicanor Landívar a celebrar la misa y rezar la Novena. Josecito estaba en sus graciosas pruebas de hablar; había confundido en su entendimiento la veneración y respeto a la Divinidad, con el sentimiento idéntico que le inspiraba el sonido de la campanilla. «Lilling» era Dios y «Lillin» la campanilla. Le habían enseñado, cantándole muchas veces para adormirle, un verso que el descomponía a su modo:

Oh, Virgen Madre	Mae llilling
Dulce abogada	Duchi gogaa
Refugio nuestro	Puyu neo
Firme esperanza	Chime paancha

Como era robusto, no cuidaron mucho de abrigarlo. Una mañana se levantó y su primero y último paseo fué al Oratorio; salió a la galería. Fe lo vió estremecerse de frío y penetrar con diligencia a la salita. Llamándola, como la oía llamar por las sirvientas "Niña, niña Chana", tirándola de la mano la condujo al baúl de la Virgen. Sacó una camisita del Niño Dios; previendo el frío que sentiría el crucifijo quería vestirlo, abrigarlo, y como Fe no quisiera empezó a llorar de compasión. Fe encendió todas las velas y le dijo que el crucifijo se calentaba con cirios encendidos. Y como él creía todo lo que ella le decía, se consoló luego.



No faltaba quien hubiera estudiado el modo de ser del Josepico y le ejercitase la paciencia. Así, a veces oía Micha el llanto desconsolado del niño en el Oratorio y sorprendía a algún sirvientito tocáncole las llagas con una varita. Cosa que dolía al Josecillo como si a él se lo hicieran. ¡Qué buen corazón va a tener!, decía don Pedro al oír estas relaciones, y acariciaba al niño. La gracia de Gloria era tratar de remedar a doña Bárbara hablando quechua.

## 5.68 – LA FIESTA DE LAS NIEVES

Vino el Canónigo Ram a celebrar el día de las Nieves. Muchas amigas de Micha que se habían quedado hasta la tarde tuvieron que dormir allí, por el tiempo lluvioso. A la una de la noche se levantó Fe para empezar el acomodo de los floreros. En el apuro, mordió un palo de rosa para quebrarlo y colocarlo en el florero y ya no se atrevía a comulgar. Fe debió, quieras que no, confesarse con el Padre Nicanor para no dejar de comulgar en tan grande día. Vinieron también a celebrar el Padre Eustaquio Simonés y Aurelio Rojas, recién ordenado. Las amigas llegaron desde muy temprano. Las que llegaron a mediodía con intención de rezar el Trisagio, entre ellas las Landívar, fueron recibidas por el clérigo hermano con proyectiles de totaí, del que se cae tierno de las palmeras en flor. Por su orden, Fe llevaba el delantal lleno de estas municiones. Al fin ellas respondieron con cocachos de magüey y en un alboroto de risas llegaron a la casa. Doña Isabel, considerando sus callos, llegó después. Don Pedro guardaba cajones con todos los postres de exquisitas frutas europeas, aceitunas rellenas con diminutos pescaditos, que ya asomaban la cola o la cabeza de cada una. Petit pois: las ensaladas de arvejas entarradas, que les hacían mucha gracia, y los confites con versos.

Pasaron una tarde muy feliz, rezando a ratos el Rosario, el Trisagio de la Virgen; y comiendo y paseando en busca de novedades naturales, mientras los clérigos rezaban debajo de los chocolatales. Una alfombra espesa de azahar tenía el cuadro de naranjos en su suelo, que parecía un blanco encaje tendido allí. Se colocaban las mesas bajo aquella sombra y era preciso elevar las voces para conversar, pues la alegre charla y el piar de los pajaritos al acomodarse a dormir era, por momentos, insuperable. Mejor era gozar en silencio de aquella armonía.

¿Goce dije? No lo hay jamás completo en la vida. Don Pedro tenía su tos, su malestar de estómago; comía muy poco y aún esto lo lanzaba. Tenía que vivir de líquidos, pero con un valor grande para no entristecer a Micha y a sus hijos.

## 5.69 – ITALIANOS SINIESTROS

La situación política tampoco estaba despejada. Don Andrés conspiraba siempre alrededor de Santa Cruz. La malevolencia se daba la mano con la ignorancia y la envidia. Don Pedro se admiraba y sufría, de ese modo concentrado que sufren las almas bondadosas y sensibles.

Habían regresado a la ciudad. Una noche Languidey, el dependiente mayor, fué a pasar sus horas en el Hotel recién inaugurado, frente a la nueva Catedral. Allí estaba también un grupo de italianos recién llegados, de clase baja; con un hombre de mayor seriedad habían venido a instalar hornos para vivir de la industria de la ladrillería. El hombre serio desapareció, y otro italiano, arquitecto, se sospechaba luego que lo echaron al horno sus compañeros.

No se sabe en qué los contradiría Languidey en el Hotel: se lanzaron a pegarle. Lor, que estaba allí, acudió en defensa y lo hirieron de un puntazo en el cuello. Se refugiaron esa noche donde el médico Mardóñez, que los curó, en el deseo de que si fuera posible

ignorara Micha lo que había pasado. Al día siguiente supo don Pedro los conceptos que contra él habían dejado caer los italianos; eran de aquéllos que aborrecen gratuitamente al que tiene algo: ideas comunistas. Supo todo el Comandante General; hizo ir a su presencia al grupo italiano y los amenazó con mandarlos atados a las cachuelas del Amazonas, a ganar su vida en los gomales, si volvían a pegar a un hijo del país. Por este tiempo se produjo el cambio de Prefecto, no sé si antes o después de este suceso de sensación.

### **5.70 – PRISIÓN DE ANDRÉS IBÁÑEZ**

Don Andrés Ibáñez fué preso por conspirador contra el orden y encerrado en una pieza del cuartel, hasta que se le pudiese mandar al Cuartel General de La Paz, conforme a la orden recibida del Gobierno Nacional de Daza.

En lugar del Dr. Aguirre, entró de Prefecto un pariente de Angélica Roca, la mujer de don Andrés. Situación comprometida para el Comandante General, a quien diariamente se le enviaban anónimos. Se contaba también que el arbitrario Urdininea, que había efectuado con habilidad y arrojo esta prisión, al menor rumor de revolución para librar al preso lo ponía de espaldas contra la pared y daba la orden de disparar por la espalda, al primer tiro que oyeran de los revolucionarios.

Por este tiempo, el Cónsul argentino don Angel fué a Sucre, a ver a sus hijas como acostumbraba. Fueron también don Domingo y Arano a Sucre y don José Lino Torres a La Paz, o a Cochabamba. Daza había nombrado Prefecto al Dr. Roca jugando esa política, que dejaba en la berlina a los que, por sus órdenes, habían tomado a Ibáñez. Entre estos penosos rumores se vivía, temiendo de un momento a otro sucesos desgraciados.

En esos días había llegado de la Argentina un extranjero, que conversó de fundar un diario llamado «El Trabajo». Un masón debe haber sido. El 29 de septiembre, día de San Miguel, el Coronel Romero fué en traje civil negro a felicitar a Micha, entre otras muchas personas. Durante la conversación le dijo: "Sé que 15 hombres me acechan para matarme". "Coronel, no salga solo". "¿Y qué?", contestó, "Los anónimos me llueven: no vaya Vd. por tal calle. Precisamente voy por allí, pues es la única calle libre. Estamos en las manos de Dios. Cumpliré mi deber hasta que él quiera".

Micha y Fe tuvieron la intuición de que no lo volverían a ver. Micha retuvo su mano con las dos suyas a la despedida y le dijo: "Acuérdese de la Virgen, Nuestra Señora, a quien lo encomiendo". "Gracias", dijo él, con rostro alegre.

### **5.71 – NACIMIENTO DE MARÍA MICAELA**

Al día siguiente, día de San Jerónimo, Micha dió a luz a las nueve de la mañana, muy felizmente, una niñita, a quien don Pedro dió el nombre de Micaela.

La Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, que desde la partida de Amalia Bennati era la virtuosa doña Juanita Ribera de Mérida, había pedido a Micha y a su esposo esta niñita aún antes de nacer para tenerla ella en la fuente bautismal. Mucha estima se tenían; mientras más íntimamente trataba a su Vicepresidenta, que era Micha, más crecía en su afecto hacia ella. Los apuntes de Micha deben decir en qué día tuvo lugar este bautismo. Fe asistió a él, pero los acontecimientos que siguieron fueron como para turbar esta memoria.

### **5.72 – EL MAL OJO DE LAS REPOSTERAS**

Algún tiempo atrás Petronila, el ama de Gloria, había acudido una mañana al aviso de que su padre, el terrible colombiano don Eusebio Tobal, estaba gravísimo de pulmonía en el Hospital. Pidió permiso para ir a asistirlo y prepararlo a los sacramentos. Así lo hizo; murió con todos los auxilios. Micha envió cirios para velarlo y costeó su entierro. Ojalá la negrita hubiera vuelto inmediatamente. No fué así; sólo después de asistir a su madre, que murió también en corto lapso, volvió a pedir a Micha que la recibiese por sirvienta, pues veía que no podía vivir entre tantas ocasiones de malignidad.

Micha la recibió en el presente año, en los preparativos de la fiesta de Carnaval, en la quinta. La Diego le dió tres docenas de huevos para que batiese para hacer bizcochuelo; otras muchas veces lo había hecho, pero he aquí que su vista descomponía el batido. Asustada al ver el silencio y disgusto de la Diego, pidió ella misma poner la composición o batido al horno. La Diego se lo entregó, diciendo a sus espaldas: "Ya está perdido, hay que batir otros". Fe, que en estas ocasiones estaba en todas estas preparaciones para aprender, vió el apuro; y aunque notaba la poca dureza de la mezcla, quería ver el fin. En cajillas de papel blanco o de estraza fué al horno la mezcla, y salió un cocido apelmazado con unas barretas verdes, como si se hubiera puesto en una parrilla de hojas que hubieran desteñido.

Consignamos esto por ser un fenómeno muy común en Santa Cruz, pero muy extraño, propio del estado enfermizo de algunas mujeres, pero no de todas; pues la vista de Micha no causaba esos efectos. La negrita al ver eso no quiso saber más. Se retiró del horno llorando, se encerro en una piecita hasta que tuvo su explicación con Micha, que lo sintió mucho. En julio, Micha la hizo asistir con dos mujeres de confianza, que se presentaron una noche un niño para hacerlo cristianar. Fué Micha con su hermano a la parroquia y le dió el nombre de Carmelito.

Esta negra agradecida, tomó a la niñita Micaela para criarla. La señora Juanita no cabía en sí de gozo con la ahijadita. El domingo 1° de octubre sólo felicitaciones y sonrisas recibía Micha de las beatitas vecinas, en especial de Mariquita, su tía Manuelita, las Seoane, las Landívar, todas las cuales estuvieron ese día.

### **5.73 – LA REVOLUCIÓN DEL 1° DE OCTUBRE**

Hacia las ocho llega el extranjero que iba a fundar el periódico «El Trabajo». Los sirvientes le dijeron que el señor iba a salir; "Antes deseo que me atienda a mí", replicó. Salió al salón don Pedro, y por más que quería concluir el asunto el hombre no se iba... por lo que se ha creído que había sido enviado para retener a don Pedro, enviado por la conspiración; pero Dios sabe y puede más que los hombres.

A las ocho empiezan a oirse tiros de rifle. Con una hermosísima Luna las balas pasaban silbando; luego enpezaron a repicar las campanas. ¡REVOLUCION!, gritaron los indiecitos. Del frente las beatitas, asustadas, enviaron a decir ¿qué hacen que no cierran la puerta? Entonces un sirviente entró resuelto a la sala y dijo: "Señor, hay revolución y yo voy a cerrar la puerta". El extranjero se despidió. Andrés, el sirviente de don Eliodoro, dijo que a los primeros tiros corrió a informarse en la Plaza. "Han muerto al Coronel Romero para libertar a don Andrés Ibáñez, y el populacho está en algazara en la Plaza". Entonces don Pedro entró a ver a Micha; quería ocultarle algo del suceso, pero era inútil; los que pasaban por la calle, muy cerca de la ventana contigua a su cama, habían dicho «han muerto al Comandante General». Ya Micha estaba sentada en su cama, presa de la mayor agitación; así que en cuanto apareció su esposo le dijo ella: "Huye, no te quedes aquí porque vendrán a buscarte". "¿Pero cómo te dejo en este estado?". "Huye", le repitió, "porque yo me muero si te quedas".

Entonces él se despidió de ella y de Fe, que estaba a su lado, y dijo a ésta al salir: "Enciende una vela a la Virgen para que nos proteja. Voy a ocultarme a la casa de don Angel". Y el sirviente abrió la puerta, mientras el extranjero iría a avisar que lo dejaba en su casa, cerradas ya las puertas. Las angustias de la Diego, que cuidaba a su querida y respetada enferma, eran grandes, de temor de los resultados para la delicada Micha de esta terrible noche.

Los sirvientes dijeron a Fe que era necesario ocultar el dinero, la plata labrada y las armas, por si en esa noche venían a saquear. Consultó a Micha y ésta le dijo: "Lo que está a la vista de ellos, encomiéndales que lo entierren donde les parezca, viendo tú dónde queda. Reserva el tarro de oro en polvo para enterrarlo tú cuando ellos se hayan retirado, y oculta también las joyas". El albañil Lorenzo Suárez, o como se le decía habitualmente «don Lorenzo el albañil», vivía cerca del cuartel en una casita alquilada, con su mujer Rosa y sus hijos pequeños. Apenas supo lo que pasaba, corrió a la casa de su patrón para estar pronto a defender la casa. No era un hombre que blasonase de nada, ni decía siquiera a lo que venía; su humildad le impedía decir a qué venía. Y si alguien le hubiese preguntado, hubiera dicho, tal vez, "No sé, a acompañar a éstos", señalando a los indiecitos de la casa. Lorenzo pues tocó la puerta muy quedo a las nueve de la noche; "Abre, soy yo", dijo al portero, y entró.

Enterró él, con la prolijidad de su arte, los zurrones de plata sellada ya en una, ya en otra pieza. En el lugar más seco enterró la escopeta «Lafouchet» y otras tres armas que había para viaje, no sin decir a Fe: "Si esta situación dura, se herrumbran". "No importa, con tal que no nos maten con nuestras propias armas", dijo ésta. E hizo echar allí las espuelas de su padre, que eran dos pares de plata. Petronila con las sirvientas enterró dentro de los dormitorios otros depósitos de dinero, en plata sellada. Fe, mientras tanto, fué al patio y en un sitio húmedo enterró el tarro de oro, y las joyas al pie de la rosa de Mojos.

A la madrugada volvió a darle cuenta a Micha de su obra. "Las perlas se te van a echar a perder, las joyas no se entierran". Fe desenterró la caja de joyas y, tomando una cinta de hilo fuerte, anudó cada prenda: anillos, pendientes, brazaletes, collares, cadenas, prendedores. Luego, lo dejó caer por un agujero del tabique o pared del dormitorio de Micha. Cuando avisó a ésta de su terminada diligencia, oyó: "Vaya hija, así lo querrá Dios. Los ratones se lo llevarán quién sabe dónde". "Confiemos en Dios que no les dejará tocarlos; están atados a un clavito interior que allí había, así que es fácil tirar la sarta para afuera". Así los dejaron. Dios cuidó de que no los tocaran durante todo el tiempo de la persecución.

Las noticias que Lorenzo había adquirido en el primer momento eran:

- Que, comprados los soldados, el cuartel se había sublevado dando la libertad al preso; y que en ese momento la mujer de Ibáñez llegaba con dinero, para gratificar a la tropa.
- Que, habiendo llegado el Coronel a saber la traición, vino al Cuartel creyendo sofocar la rebelión y fué recibido con una descarga de catorce balazos; caído ya, le dieron un bayonetazo en el estómago.

Estaba en el suelo allí mismo donde cayó... Y los repiques no cesaron hasta la madrugada. Tiros de revólver, cohetes, vivas y mueras. Fe, que había leído episodios de la Revolución Francesa, no esperaba nada bueno y oraba continuamente, con esa oración entrecortada que no acaba ningún ruego hasta el fin, porque es semejante al estertor de una agonía.

## 6. Odio y terror

### 6.1 – MUERTE DE ISABEL LA COLLA

Del conjunto de las servidoras de la casa, faltaban dos a la época de la Revolución del 1° de octubre. Mientras Micha guardaba cama para el nacimiento de Josecito, o tal vez en 1875, avisaron que doña Isabel la Colla llegaba a la extremidad de su vida había recibido los sacramentos, atacada del «mal de costado», o pulmonía. Sintió mucho Micha no poder ir personalmente a asistir a La Colla. Que nada tenía de colla, sino de india; el marido era el colla. Le pareció poco mandar a una sirvienta, y aún cuando quedase ella librada a cuidados menos expertos, envió a la Diego acompañando a Fe, para que tuviera el consuelo de recibir la visita y la limosna de aquélla que había cuidado en sus enfermedades de la niñez.

A pocas cuadras del Cementerio, dos o tres, en unas piezas alquiladas de la casa de inquilinato que para renta tenían el señor y la señora Dongo, allí agonizaba doña Isabel, cuando hacia la una de la tarde llegó Fe a la pieza de la enferma. Al verla alzó los brazos, llena de gozo en medio de su mortal angustia; y Fe, sin consideración, se inclinó a abrazarla, en lo que la enferma no pudo reprimir algunos quejidos. El médico le había hecho poner un cáustico en el pecho, o estómago; allí estaba con su hoja de col y Fe no lo sabía. La nieta Estefanía sólo se lo advirtió después de que le había causado dolor a la buena mujer. Doña María Diego se fué a hacer una compra de azúcar mientras la niña visitaba a la enferma.

Fe contemplaba la casa, las costumbres, las miserias y penas de los pobres, que casi desconocía. Se informó... Sí, el médico la había visitado y recetado esa bebida para dársela cada hora; no había reloj público ni privado. Una vela encendida, al gastarse el tanto de dos dedos, o sean cuatro centímetros, señalaba la hora. De las dos nietas que eran los ídolos de su vejez, en quienes años atrás había gastado cuanto tenía en adornarlas, la mayor, Rosaura, era linda. Una noche la Colla admitió una serenata para ellas y cuando alguno se desmandó con la mayor, se armó una gresca de lo que la pobre Colla, apaleada, perdió dos falanges de los dedos. Y poco después la flor de su vida, su bonita Rosaura, quedaba privada de la razón al dar a luz un niño.

Ahora agonizaba la enferma. Estaba muy débil, y los llantos de los niños de año y medio y de dos años se oían en la piecilla contigua. Fe, siempre mandona, quiso ver por qué no callaban, por qué no los atendían. En la puerta encontró a la joven loca con el cabello suelto, arrodillada en el suelo murmurando palabras incomprensibles, mientras en una lima de fierro rallaba una tijera, que sin duda tomaba por un bollo de guaraná. Entró Estefanía del patio a hacer acallar a los dos niños, que tenía presos en un catre alto para que la dejaran atender a su abuela. Vió Fe que trataba de introducir en la boca de uno de ellos, que se le abrazaba llorando, una cosa que el impaciente niño dejó caer. Fe lo recogió; era un pedazo de yuca cocida y «pasmada», es decir cristalizada, incapaz de servir de alimento a un niño en dentición.

¿Pero no hay pan que darle a estos niños? Entonces rodaron muchas lágrimas por el rostro de Estefanía, que llena de vergüenza le dijo: "No hay". Fe se estremeció, le parecía que eso clamaba al Cielo. "Vaya a buscar una vecina que vaya a comprar, tome, esto no puede ser". La joven se dirigió con toda diligencia al interior del patio y Fe se volvió al lado de la enferma, a consolarla. Le entregó el cartucho de dinero que Micha le enviaba; ella, bendiciéndola, le rogó (pues estaba casi sin acción) que se lo colocara bajo la almohada. "No sea que venga Casto (el nieto menor) y no deje nada".

En esto se siente un torbellino de voces en el patio y la voz de Estefanía, que venía con el atado de pan pero sofocada. "¡Señorita, Casto me mata!", llegan hasta la puerta en tumulto. "Por Dios", dice la enferma, "señora niña, que me dejen morir tranquila". "¿Qué es esto?", dice Fe con aire imponente; entonces entra un pollo volando, vuela sobre la cama de la enferma; corrido de allí por la lucha de Estefanía y Casto, sigue volando sin salida. "¡Pero qué es esto, Estefanía!"

Paró un poco el perseguidor pues llegaba la Diego. "Señora", dijo Estefanía, "se concluyó el caldo de pollo que recetó el médico para mamá y no queda sino un pollo de este duende de Casto; y como primero es mamá, lo tomé para matarlo y alguna cuentera le avisó, pues entró de la calle hecho una furia". "No me den pollo... un poco de agua" decía la enferma. "¡Si es un pollo que lo crío para la cancha!", dijo el zambito color ceraquití con ojos celestes.

"Grandísimo pícaro, ¿la cancha vale más que tu abuelita?" "Me costó un real". "Toma dos reales y da el pollo". "Señora", dijo una vecina, "a mí los dos reales, que tengo pollos más grandes". "Bueno, aquí tiene, traiga dos pollos para Estefanía, y..." "Tome el pollo", dijo Casto. "No, ya hay", contestó Fe, "eres un perverso de mal corazón". "No señora, para la abuelita lo daría, sino que ésta..." "Bueno, Estefanía, mate primero este pollo, para que doña Isabel tome del pollo criado por Casto... tomá, duende, los dos reales". "Dios se lo pague".

Fe se despidió de la agradecida enferma y la señora Dongo, llamada por las vecinas, la hizo «salir» a la otra cuadra por dentro de su hermoso jardín. Allí saludó, en la casa de ellos, a su comadre Duvilda, vió a su ahijadita que pocos meses después voló al Cielo y regresó a su casa.

## **6.2 – DOÑA TERESA ROCA**

Doña Teresa Roca de Baca estaba retirada y resentida porque don Pedro, solicitado el año 71 para que le diese sotana a su hijo Francisco, le contestó: "Doña Teresa, si Vd. me pidiera para comprar bueyes a Francisco, para entregarse a la Agricultura, gustoso le daría; pero para sotana no, mi conciencia no encuentra razón de darle". "Pero señor, yo quiero a mi hijo clérigo, porque el clérigo no se separa de su madre y le llena la casa de abundancia". "He ahí una razón de tejas abajo, que no es convicción de él sino de Vd. Peor, no le doy. A Vd. le daré un mantón negro para que vaya a San Francisco". Se enojó doña Teresa y no volvió.

El tiempo dió la razón a don Pedro. Francisco, en cuanto fué ordenado, dejó a su madre, la cual cegó. El se vino a Salta y cuando Monseñor Padilla le ordenó dar examen para permitirle el ejercicio de que también lo había privado el Obispo de Santa Cruz, Francisco se puso a ganar su vida de carrero entre Salta y Tucumán. ¡Cuánto mejor hubiera sido el par de bueyes desde luego!

## **6.3 – LA MUERTE DEL CORONEL ROMERO**

Mas volvamos a la historia de la Revolución; quedamos en la fatal noche del 1° de octubre. Al día siguiente a las 8 de la mañana, se presentó en la casa el Comisario Roca. "De parte del Jefe Político Dr. Andrés Ibáñez, que el señor Rodríguez le haga el favor de asistir al Comicio y pasar por la Jefatura a este fin". Fe salió al patio a contestar. "Ustedes saben que mi padre tiene mercadería en el Río Grande. Ha salido a ordenar su conducción a Santa Cruz, así que en cuanto llegue le avisaré para que acuda al llamado del señor Jefe Político". Roca se inclinó sonriendo: "Está bien". Y salió.

Ese día las beatitas y varias amigas, llorando, fueron completando los detalles de la muerte del Coronel Romero. Estaba a las ocho de la noche en su casa con varios amigos, entre ellos algunos militares. Hacía pocos días que había expulsado del cuartel a un cabo de apellido Guardia, a quien se le probó estar sobornando la tropa en inteligencia con la mujer y amigos de Andrés Ibáñez. Por lo demás, el Coronel era atento con el preso y le permitía todos los alivios que podía concederle: lo visitaba y aún le oía exponer sus teorías in extenso, más al concluir la exposición le decía: "Por lo visto, Dr. Ibáñez, estamos en ideas diametralmente opuestas. Considero sus teorías desmoralizadoras para el pueblo; yo soy militar y respeto la autoridad". Según se decía, esa noche debía partir el preso a La Paz, al Cuartel General. Las autoridades esperaban que el Gobierno entretendría a don Andrés con un empleo en que se utilizaran sus energías, sin los perjuicios que causaba acá en Santa Cruz.

A las ocho, estaban presentes los hijos de don Pedro Rojas, el Padre Aurelio Rojas y otro hermano. Llegó un militar, al tiempo que se oían los primeros tiros al aire. "Coronel, el Cuartel, la tropa se ha sublevado". "Pues nuestro deber, amigos, es ir a someterla". "¡Pero cómo!, si no tenemos armas", dijeron los militares. Romero, entretanto, había tomado sus armas y dijo a los militares: "Ahí tienen armas. Tomen, y síganme". Los militares lo siguieron media cuadra, hasta la esquina.

El Coronel iba adelante. Al llegar a las galerías del Cuartel vió a un individuo que trataba de ocultarse bajo uno de los pilares; reconoció al suboficial Guardia. "¿Qué haces tú por aquí?", dijo; llevaba desenvainado el espadín y un revólver en la otra mano. Llegó a la puerta del cuartel y dijo: "¿Qué es esto, muchachos?...", pero en el momento una descarga de 14 balazos fué la respuesta, al abrir las puertas del Cuartel. Gente piadosa contaba que le oyeron decir "¡Confesión!" al caer herido; el mismo dolor sin duda le hizo apretar el gatillo del revólver y el tiro fué al muslo del traidor Guardia, que era el que había recibido encargo de comprar la tropa. Cayó el Coronel acribillado y uno de los soldados le hundió aún su bayoneta en el estómago.

El Deán estaba en su corredor, gozando del fresco y claridad de la Luna; al oír los tiros sospechó el caso, o lo supo por alguno de los militares de la compañía de marras. Y como había sido Capellán del Ejército, dió al moribundo o moribundos la absolución condicional. Después... nada bueno podía esperar él, que había combatido las ideas de Ibáñez: montó a caballo y se alejó. Urdininea supo también que había caído el Coronel Romero. Montó a caballo y su presteza le valió escapar, fugando hacia la cordillera. Aún enviaron tropa a perseguirlo, pero no lo lograron alcanzar.

Mientras el clérigo Aurelio Rojas caía de rodillas a orar en casa del Coronel Romero, su hermano corrió en busca del Dr. Mardóñez y le dió la funesta noticia de que yacía en la calle el cadáver, o el herido; nadie lo podía socorrer, pues guardias en las bocacalles no dejaban pasar a nadie. Dicen que el arcediano Arreaza estaba de visita en casa de doña Urbana Buceta y hubiera podido socorrerlo, lo mismo que el Canónigo Saldaña, pero nada hicieron. ¿Tendrían acaso inteligencias con Ibáñez? Capacidad para ello tenían... Indiferencia al mal ajeno. O miedo.

## 6.4 – EL CADÁVER DE ROMERO

Llegó Mardóñez a la esquina: "¡Atrás!" gritó la guardia. "Soy el médico y soy amigo del Dr. Ibáñez, déjeme pasar". Pasó... "¿Tú por acá?", dijo Ibáñez. "Sí Andrés, vengo a pedirte el cadáver de mi amigo". "¿A ése...?" y don Andrés dió una patada al cadáver. Según confesaba Mardóñez, esa acción le enajenó para siempre la simpatía que tenía por el hijo de la zamba Tadea, o Matea. "¡No lo doy! Voy a hacerlo enterrar al pie de los tamarindos" (dentro del Cuartel). "No Andrés. Porque si tú fueras el caído, yo te hubiera

recogido también haciendo los mismos pasos ante él, que era mi amigo como lo eres tú. Y mira de qué enfermedades te he asistido. No me niegues este favor..."

Rogó mucho. Al fin le dijo Ibáñez: "Bueno. Te lo doy a ti solo, pero no permito que nadie te ayude a cargarlo. Llévatelo si puedes..." El doctor con gran fatiga consiguió abrazar por debajo de los brazos el cadáver de su amigo, y así, medio arrastrando, lo sacó hasta la esquina, donde los Rojas y otros amigos lo cargaron hasta la casa, de donde una hora antes había salido lleno de vida y de valor.

Era impresionante el llanto con que lo recibía su fiel cocinera y todavía más el llanto de todas las señoras vecinas. Las Arana, señoritas distinguidas emparentadas con los Ibáñez, lo lloraban a gritos. Cuando las Seoane lo supieron lloraron lo mismo, al caballero fino a quien no le sorprendieron la mínima regla de urbanidad infringida. En la esquina de la Plaza, bajo los balcones de su mamá Carmen, se encontraron la hermosa señora Asunta Franco de Soruco con Angélica Roca de Ibáñez, a la hora en que sonaron los primeros tiros; la Roca, en la incertidumbre, empezó a sollozar. Asunta le dirigió algunas palabras de consuelo, mas presto le traen a Angélica la noticia de libertad y de muerte del Coronel Romero. Aquí es que Asunta llora, detestando a los «cambas feroces» que han muerto a Romero. "¡Asesinos, asesinos!" clama, mientras la Roca lleva el dinero para gratificar a la tropa.

Mientras tanto los amigos, especialmente los del barrio de San Roque con la tía del Coronel Romero y la hija de ésta, ayudaban al Dr. Mardóñez a lavar y amortajar el cadáver. La casa había recibido la visita de un pelotón de soldados de guardia, que se habían apoderado hasta de prendas de ropa del difunto; por ello, el propio doctor y las señoritas Arana, con algunas prendas de vestir de su hermano Suárez Arana, que era de estatura parecida, amortajaron al llorado amigo. Quedó como vivo, tanto que en una de las ocasiones en que los amigos tuvieron que pararlo para arreglarlo mejor, los cobardes de la guardia prepararon sus armas, pues lo creyeron vivo. Tenía los ojos abiertos, como regularmente quedan los muertos de bala. Estos detalles fueron registrados en casa de Micha algunos días después; primero por el Dr. Mardóñez, luego por el Padre Aurelio Rojas y por la tía Felicidad, que con las parientes y el barrio de San Roque se encontraron presentes.

A última hora impidió la autoridad de Ibáñez las honras del entierro y mandó que fuese llevado al depósito del Cementerio, pero no pudo impedir que lo depositasen, con sincero pesar, en el mausoleo de una familia distinguida, ni que los sacerdotes encomendaran a Dios esa alma en sus santos sacrificios, con sincera simpatía.

El 3 de octubre a la hora de costumbre, ocho y media de la mañana, se presentó a visitar a la enferma Micha el médico. La encontró en buena salud, a pesar de los sucesos que la angustiaban en la delicadeza de su estado. No pudo contener su llanto; aquel cirujano impasible lloró como un niño, a sollozos, mostrando a Micha y a su familia su pantalón, al cual no había querido lavar la mancha de la sangre del amigo, a quien había cargado solo para sustraerlo al ultraje de sus enemigos.

## **6.5 – LA ABSTENCIÓN DEL OBISPO RODRÍGUEZ**

Alguien, considerando el cúmulo de males que resultarían de esta rebelión y que por el momento el estupor no había dejado actuar a los ibañistas, fué con un pequeño grupo a pedir la intercesión del Obispo. En una ocasión anterior, el Ilustrísimo Señor Prado se había presentado al Cuartel a sofocar una rebelión contra el orden y había sido escuchado, asumiendo por pedido de la propia tropa el mando civil y militar hasta que el Gobierno Nacional nombrase nuevas autoridades. El Señor Obispo Rodríguez no se



consideró con bastante ascendente moral como para intentar semejante paso; eludió el asunto y dejó correr su suerte al pueblo

## **6.6 – LOS NEGOCIOS DURANTE LA REVOLUCIÓN**

Fe andaba toda la noche atenta al menor ruido. Recibía todas las noches las sumas que traían de las ventas los dependientes: Languidey, el brasilero don Federico y Justiniano. Por ellos tenía noticias sobre el estado de la Revolución, pero hablaba poco ella misma. Desconfiaba de que la comprometieran diciendo «esto me dijo», con verdad o mentira. Languidey venía poco, sólo a entregar mercadería al por mayor; estaba preocupado por la enfermedad de su madre doña Dorotea, que estaba grave.

Un día llamó a la puerta con fuerza el herrero Bartolo. Hombre que podía haber servido de modelo al pintor del «Soberano de las Lágrimas», era muy feo; ahora, envalentonado por la Revolución, venía a pagar una cuenta atrasada que nadie le había exigido, pero con moneda falsa. Fe rechazó la moneda y le dijo que volviera a pagar cuando tuviera moneda legal.

"Este no es el tiempo de antes" dijo el Bartolo furioso, "los ricos ya acabarán. Ahora mismo me voy a la Policía a ver al Dr. Ibáñez y tendrán que recibir esta plata, falsa o no". "Puede Vd. ir donde quiera", respondió Fe, no acostumbrada a insolencias. Salió el herrero y tras él envió Fe a avisar a don Fidel Languidey la pretensión y amenaza del Bartolo. Eran las cuatro de la tarde; después de esta diligencia hizo cerrar la puerta, asegurarla con barras de fierro y cargar contra ella arquetas de cera «para que le cueste entrar». Al cerrar la noche vino Languidey; se hizo abrir y tranquilizó a Fe. Efectivamente, el Bartolo fué a la Policía y un oficial lo acompañó; le salió Languidey al paso, explicó lo de la moneda falsa y Bartolo fué aconsejado esperar a tener buena.

Don Eliodoro Villagra también venía a hacer sus visitas, pintando soluciones felices que a veces, ante la realidad de la grave situación, aburría más bien que consolar. Entonces buscó el buen hombre otro medio de sostener el valor de Fe y distraerla: le llevó la «Vida de Santa Teresa de Jesús», la primitiva que escribió su confesor el Padre Rivera. Pero Fe no sacaba mucha distracción de ella por no estar familiarizada con el castellano antiguo, ni con las ideas monacales. Para ella, la oración sólo era comprensible y amena en «Filotea».

Pobre Micha. En cama, cada apuro de su hija lo sentía doble, siempre la guiaba y aconsejaba. Recibía unos billetitos de don Pedro en que la tranquilizaba; estaba bien de salud, bien cuidado por las atenciones de doña Pastorita, que le pasaba la comida y despachaba disimuladamente estas comunicaciones. Mas un día corrió cierto rumorcillo, que el brasilero u otro de los adictos hizo conocer antes de que se pusiese en práctica la denuncia... y don Pedro en el momento menos pensado partió al campo.

## **6.7 – PRISION DE FIDEL LANGUIDEY**

Mientras tanto, Ibáñez tomó preso a Languidey bajo el pretexto de que él sabría dónde tenía el señor Rodríguez guardadas sus armas. Recurrieron sus guardianes a las promesas y a las amenazas; nada obtuvieron de él. En una de esas ocasiones les dijo: "Pueden cortarme los brazos y los pies, porque éstas son las armas que empleo cuando necesito".

Su padre don Antonio le envió unas letras, contándole el grave estado de su madre. Esta aflictiva noticia sí la dejaron pasar; el joven, que quería a su madre muchísimo, se afligió y les rogó que lo dejaran ir a consolar a su madre; después aun cuando lo «secasen» en la cárcel no le importaba. Se hicieron sordos a sus ruegos. Entretanto, el

dependiente brasilero hablaba con los sirvientes aleccionándolos, pero les recomendaba que no inquietasen a Micha y su familia, que lo que les comunicaba era sólo por si acaso. Armada de un cuchillón, Fe seguía por las noches enterrando con todo sigilo cantaritos y tinajas, en los que depositaba la plata que le iban entregando. Ella, tan miedosa a los muertos, encontró fácil de cavar el suelo de la sala de despacho y del almacén de mercaderías, pues el piso era allí húmedo. Iba a las once de la noche y entraba con indecibles precauciones, vestida de muselina o percal color café. En la más profunda oscuridad escuchaba el rumor de la calle; oía la saliva del espía o centinela, que se pegaba a las puertas y ventanas a escuchar y mirar si acaso se encendía una luz a deshora. ¡Aguárdate nomás, que no soy tan tonta!, se decía ella; y tardaba horas en su nocturno trabajo, por hacerlo sin que se percibiera rumor ninguno.

## **6.8 – MUERTE DE DOÑA DOROTEA DE LANGUIDEY**

Uno de esos días, Languidey sintió la corazonada, o presentimiento, de que su madre se moría. Resuelto, dijo: "Si no me dejan ustedes ir a pasar esta noche a la casa de mi madre y si ella muere sin estar yo presente, hago una barbaridad de que serán responsables del primero hasta el último". Temieron. Languidey era muy querido entre los jóvenes de su clase y no pocas simpatías se había conquistado con su elegancia y sus donecillos entre el gremio de la Recova y el de los sastres, y aún entre la tropa. Lo dejaron salir y llegó al lecho de agonía de su madre, que falleció al despuntar el alba. Fué velada a la noche siguiente.

Mientras tanto, Fe entró al almacén a proseguir su trabajo con la vislumbre de las estrellas. Entraba por la ventana que daba al patio, que había quedado abierta en ocasión de haber venido esa tarde uno de los dependientes a entregar mercadería a los comerciantes de provincias. Todo esto Fe lo había olvidado, ocupada sólo de la muerte de doña Dorotea. Llega con todas las precauciones al dintel de la puerta del almacén y ve a pocos pasos, extendida en el suelo, una forma blanca: ¡¡Doña Dorotea!! No grita de temor del centinela que asedia la casa, pero el susto hace latir sus sienas fuertemente.

Luego de unos momentos, reflexiona en lo bondadosa y virtuosa que era la señora de Languidey; además ella, Fe, era más desgraciada que los muertos porque todo tiene que temerlo. Los muertos no atacan a los desgraciados. Sigue su camino con determinación, «atranca» por encima de esa forma blanca que viene a solicitar sus oraciones cuando ya sabe que ha orado por ella... Al fin era un fardo de piezas de bramante o tela doméstica, que el poco ordenado mozo había dejado en el suelo; medio deshecho, había sacado una para muestra y dejado el tendal. Esta es una muestra de los miedos que padecía Fe en esas excursiones. Por eso y por la tristeza, dormía casi todo el día.

## **6.9 – MUERTE DE LEONOR RODRÍGUEZ**

En eso se supo la muerte de su primo Leonor: ataque de fiebre casi fulminante. No había podido recibir los sacramentos, y las parientas achacaban al médico que lo asistía, Dr. Landívar, el no haber conocido la gravedad y por eso no haber prevenido.

Un día de fiesta, llegó el tío Agustín a visitar a Micha. Este andaba entre los tornasoles; sus hermanos eran del partido del orden pero él, por las amistades de su suegra, trataba con Ibáñez. Según recordaban, antes de casarse con Urbana había pegado una tunda de moquetes a Andrés para que no pusiese ojos ni lengua en ella, y después... tan amigos como antes. Mientras él conversaba con Micha, Fe vencía el sueño leyendo la Vida de Santa Teresa. Agustín comenzó a pasear por la pieza, se paró ante Fe: "¿Qué estás leyendo?". "La vida de Santa Teresa y de otras de sus santas

compañeras". El, acariciando los cabellos de Fe, le dijo entre dientes: "Eso no es santidad. Santidad es salir ilesa de un cuartel". Micha no dejó de oír eso y le respondió: "Eso que lee son virtudes; lo otro es protección de la Divina Providencia. Con virtudes y santidad se merece esa protección". Pero conoció Fe que la voz de Micha era de resentida. El volvió a sentarse, a reanudar su conversación con Micha.

Esta le dijo: "¿Por qué has dejado morir al pobre Leonor sin sacramentos? Sus parientas dicen que no les avisaste su gravedad". "Yo te diré: su padre hizo mal en retirarlo de la jurisdicción de don Pedro. El joven quedó ocioso y se llenó de vicios, que son los que han traído esa clase de muerte". "Basta", dijo Micha y cambió de conversación. El alma de Fe recibía puro temores de la visita del hijo de don Chepe. El se despidió. A ratos sus ojos se llenaban de lágrimas; algo sabría este pobre tornasol de los proyectos de Andrés. Veía la piedra que caía y su «influencia» no alcanzaba a detenerla de sobre las cabezas que amaba.

## **6.10 – ASEDIO**

La provisión especial para don Pedro salía en canastos de la casa de las Durán, o de donde el Negro Soletó. Este era un enfermo asmático del barrio, muy adicto a don Pedro, que le llevaba medicamentos especiales para su mal. Con las provisiones iban cartas. Las Durán recibían y entregaban la correspondencia a Micha; así los espías no podían sorprender nada que saliese de la casa vigilada.

El zapatero Manuel el Brasileiro, que se había casado con una criolla pero que no tenían hijos, vivía al presente con cierta holganza. Los domingos y algunas noches que le parecían más peligrosas, rondaba disimuladamente la casa, solo o con algunos amigos. Micha le habló un día del espía de la esquina, que al cerrar la noche ya estaba en acecho. El brasileiro fornido dió sus vueltas con uno o dos compañeros y apercibió de media cuadra al espía, por el fuego del cigarro en la oscuridad. Entonces se dispusieron, conforme a lo convenido, dos a cantar y a alegar y Manuel a hacer eses de borracho por media calle. Al encontrar al espía en la esquina lo insultó y le dió unas cachetadas, diciendo algún disparate en que lo tomaba por otro: "Si vuelves a querer saber lo que es bueno, ya verás". El centinela huyó en silencio, y por días no volvió a su parada.

## **6.11 – MUERTE DEL CABO GUARDIA**

Antes de que nos alejemos más del 1º de octubre de 1876, conviene ver en qué paró el tiro de revólver que disparó el Coronel Romero y que fué a herir en la pierna al traidor Guardia. En la embriaguez del triunfo, hecha la primera cura no pareció la herida sino muy leve; lo llevaron como a un triunfador, pues de noche no estaba Mardóñez para extraer balas, ocupado de arrastrar a su amigo muerto. Guardia, ovacionado en casa de Ibáñez por los principales del partido y de la tropa rebelde, no se cansaba de remojarse el triunfo en sucesivas copas de licor.

Al día siguiente el efecto era manifiesto: la pierna iba empeorando. Ahora le tocó a Ibáñez rogar a Mardóñez que salvara la vida de Guardia. Así que, después de llorar en la primera visita que hizo a Micha, después del entierro del Coronel Romero, le dijo que esa tarde era requerido para que hiciera la operación a Guardia. "El salvaje se puso a tomar licor y al amanecer me llaman con apuro. Veo la pierna, está verde y no hay más remedio que cortársela, y lo que siento es que bien arriba del muslo. Operación peligrosa, pero sólo allí está la carne sana..."

Lo cloroformaron, lo cortaron. Costó mucho hacerlo dormir, del sueño no volvió. Entonces se organizó la apoteosis, única cosa con que podían pagar la condenación

eterna de esa alma. Lo velaron con esplendidez, «con candeleros de plata», decía su madre. Su barrio era el de Jesús Nazareno. Entierro con discursos y descargas de fusilería. También en el Cementerio, donde fué depositado en el sepulcro de algún particular, con todos esos honores.

Tanta había sido la algazara en el Cementerio de tan espléndido entierro, que el panteonero, gozando de la fiesta, aplazó para la noche el dar sepultura a los otros cadáveres que llegaron para sus fosas. Estaba cavando y oyó algunos quejidos; eran las doce de la noche. Indagó de dónde provenían: de la tumba recién cerrada, donde yacía Guardia. Dejó todo y corrió a la ciudad. Precisamente a unas cinco cuadras de allí era la casa de la anciana madre de Guardia. Golpeó la puerta. "¡Doña Trinidad, doña Trinidad, se quejan en la tumba de su hijo!" "¿Qué puedo yo hacer?", dijo la doliente voz de la vieja; "la tumba no es mía, avise prontito al Dr. Ibáñez". Lo cual suponía muchos minutos más, hasta llegar a la casa particular del flamante Jefe Político.

Llegó azorado, dió el aviso. Ibáñez creyó que en ello andaba el propósito de desprestigiar a sus adeptos, propalando que se los llevaba el Diablo. "Vengan cuatro tiradores", dijo, yendo con el panteonero a la Policía; "y si este ciudadano no dice la verdad, ahí mismo lo fusilan". Así iba el pobre panteonero, temblando entre el desagrado de la tropa, a quien se arrancaba del necesario descanso para tantas emociones y copas de ese día. Llegaron a la tumba, sacaron el ataúd. Felizmente para el comedido enterrador, los esfuerzos del joven Guardia habían levantado algo la tapa del cajón, de modo que sacaba por allí los dedos. Levantan la tapa y la otra mano la había llevado al cuello, en ademán de sacarse la corbata. Su pechera estaba estrujada y arañada; su horrible rostro decía de la desesperación del que se había encontrado enterrado vivo.

Todo el barrio de San Roque comentaba esta justicia de Dios para con aquel hombre, que los había privado de un socio y feligrés tan leal; como desleal había sido el comprador de la tropa.

## **6.12 – SAQUEO A LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA**

Una siesta de estos penosos días Micha estaba en cama, cuando llegó la Presidenta de la Beneficencia con la pena y el apuro más grande. Venía a consultar con su Vicepresidenta y querida comadre Michita lo que se contestaría a la nota que había pasado Ibáñez. Pedía los 4000 pesos depositados que constituían el tesoro de la Sociedad, con los que se pensaba comprar una casa para Asilo; los pedía ahora para mantener a la tropa.

"¿Pero cómo sabe Ibáñez cuánto tenía la Sociedad?". "Chuchi pues, comadre". "¡Ah!" Esa sola palabra pintaba el hombre y sus resultados. El bastardo de don José Aponte, el rico, era un hombre vivo con aptitudes de contador; su hermana, que era la actual Tesorera doña Carlota de Herrera, y la misma Presidenta, se habían servido de su habilidad para las cuentas.

"Ahora", convinieron las dos señoras, "no hay más remedio que convocar a una reunión de la Comisión Directiva, para saber si se contesta negando, como será nuestro voto, o concediendo. Así nos libramos de una responsabilidad directa. Lo malo es que han quedado tan pocas socias, las más se han retirado de la ciudad". "Bueno, convoque expresando la urgencia del caso, y con las que se reúnan se hace la votación". "Ah, mi querida comadre Michita, cuánto siento que Vd. no pueda ayudarme en este caso en que yo, tan tímida, me falta energía" "Eso no hay que pensarlo, es cosa de los pobres, es preciso defenderlo".

"¿Irá Fe? Ella es vocal". "¿Fe? Es un poco peligroso...", dijo Micha, pensando. "Mi comadre, préstenos a Fe para hacer número", dijo afligida la Presidenta; "enviaré a mi hija Juanita a llevarla. Nicolás mi hermano y don Vicente Montaña, que son de los Protectores que por el momento se encuentran, irán custodiándolas por la otra acera. Al fin no es más que una cuadra". "Bueno, señora, irá Fe llevando mi voto y el de ella". Y la señora de Mérida se fué para convocar la Asamblea, a las dos de la tarde en su casa.

A las dos fué la vocal, bien acompañada. Era un día nublado, amenazaba lluvia; muy pocas socias vocales había reunidas, pero ahí estaba para discutir Candelaria, la cuñada del Dr. Landívar. La Presidenta expuso el asunto y la Secretaria leyó la nota del Jefe Político Ibáñez. Ya antes de los sucesos de Los Pororós, Fe había notado con admiración una gran habilidad en don Lorenzo Arano: amontonar circunstancias atenuantes al asunto tratado, de modo tal que en un prelude subía uno con placer aquella suave escala y, mientras el pensamiento se recreaba en la altiplanicie, llegaba con los últimos acordes a la torre del optimismo más completo... Así actuó uno de los Protectores, Montaña: conocidamente íbamos a son de huayno (triste), pero entonces para deshacer lo hecho se encadenaban argumentos sin réplica; iba uno bajando por escala de cuerdas al abismo: «no hay salvación posible». Ahí le llegaban a Fe los rudimentos de una ciencia cuyo nombre ni siquiera le había llamado la atención, la Diplomacia.

Así pues, al dirigirse la Presidenta al Consejero Montaña ¿Qué le parece a Vd. señor?, éste puso una escala de bienandanzas y dificultades inextricables, y se quedó muy fresco, a que las señoras eligieran... Candelaria dijo: "Eso de pedir los dineros de la Beneficencia es como arrebatar el «jasayé» (la espuerta) a un pobre. Y así se lo he dicho a N.N., íntimo de Ibáñez, y se lo diré a él mismo si es necesario". De este parecer fueron todas las demás. Se presentaron las urnas para la votación secreta; el resultado fué negar la entrega de esos fondos, comisionándose a la Presidenta la respetuosa respuesta al peticionante.

Sólo Montaña movía la cabeza, atusándose los bigotes como si todavía las dos escalas siguiesen empatando sobre sus hombros. Doña Juana le encargó la redacción de la nota y se levantó la sesión. Fe regresó a su casa, la nota se pasó. Ibáñez se quedó callado, meditando como el barón Crack nuevas cacerías.

## 6.13 – SANTIAGO

Una nueva angustia cayó sobre Micha. Santiago era un muchacho chiquitano que, llegado a sus 16 años, había declarado a don Pedro querer seguir para ganar su vida el oficio de mozo arriero. Don Pedro lo llevó en su último viaje de guión de arrias, que era por donde se empezaba la escala de peritaje y ascensos. Florencio, en cambio, había optado por la Albañilería y trabajaba bajo la dirección de Lorenzo, ya a jornal, en la obra de la quinta. Ambos emancipados dormían regularmente en las habitaciones que había para mozos en la quinta, mas no estaban desprendidos del todo de la mesa y olla «de casa», como decían ellos. Y si les parecía bien no andar mucho, dormían en las galerías de las sillas de montar, pero ya no en los cuartos interiores.

Cuando no estaba de viaje, Santiago estaba nombrado para traer de la quinta el pasto para los caballos y para llevar provisiones a los peones. Pero un día lo detuvieron en el Cuartel con el pretexto de quitarle la cabalgadura. Según contó, logró librarse de sus garras, y al llegar a la casa las criadas y demás indiecitos lo rodearon como a un héroe. Pero he aquí que pocos días después Santiago no volvió. Lucía la gorra blanca con banda colorada de la Revolución; era soldado, era enemigo de la casa. Había denunciado algún entierro de dinero, lo habían sonsacado.

Pasaron días. Las cartas, bien pocas, que del interior de la República dejaba pasar el Jefe Político llegaban abiertas. Se esperaba que el Gobierno Nacional enviase fuerzas para restablecer el orden; no se concebía que estando Don Angel, Peredo, Arano, Torres en el interior de la República, no consiguieran librar al país de ese estado. El Canónigo Ram permanecía oculto en su casa, que como se recordará quedaba frente a las Landívar.

#### **6.14 – MASACRE DE UNA CHOLITA**

En uno de esos días de desorden andaba por ahí el «Comité de Obreros y Soldados». No se llamaba así, ésta es una denominación moderna debida a los rusos; pero es insustituible para pintar el asunto. Andaba, digo, haciendo de las suyas en las chicher ías de la calle de los collas, con el «tambo» o inquilinato de renta de don Juan Antonio Gutiérrez y otros de la familia Gutiérrez, de que ya hemos hablado en viaje a la Escuela de Educandas.

En este conocido barrio, una noche molieron a palos de «tacú» (mortero) a una colla joven, chichera sin duda, mientras estaba ebria; la apalearon desde la cintura hasta las rodillas, colocaron en un rincón las manos de «tacú» y se marcharon tranquilos, dejando la puerta del cuarto abierta de par en par y la colla inmóvil en una estera, dando débiles quejidos sobre una balsa de sangre. Los transeúntes de la mañana advirtieron el espectáculo y los ayes; entraron, llamaron a los vecinos, dieron un cordial a la desfallecida víctima y le ofrecieron los sacramentos. Según opinión del médico y de todos, moverla era concluir con el soplo de vida de la infeliz. "¿Quiere confesarse?" "Sí, pero que sea con el Canónigo Rodríguez, llamen a él". "No está... está oculto". "Pues yo no quiero otro, no me animo a confesarme con otro", gemía la colla.

Alguien fué a avisar al Canónigo, y que si se resolvía a ir que fuese presto, pues la vida era un milagro en ese estado. "Voy al momento" dijo el sacerdote. "Pero señor ¿y cómo se expone, y si lo toman preso?" le objetaron. "No puedo desoír a una moribunda, es un alma en peligro de una eternidad de penas".

Torció la media cuadra de su casa y la otra media hasta el cuarto de la colla, sitiado por los curiosos. Desalojó a éstos y arrodillado, casi con el rostro contra el suelo, oyó la confesión de la moribunda, le dió la absolución y la ayudó un corto rato a bien morir, como ella le había suplicado. Después se retiró acompañado por caballeros del barrio, que le formaron escolta hasta su domicilio. Muerta la cristiana arrepentida, a la Policía tocaron los funerales. Contaban testigos que la recogieron con pala, tan molida estaba. Sólo la devoción a Jesús Crucificado, muy ardiente entre los collas, podía haber concedido esta clase de misericordia.

#### **6.15 – PRISIÓN PARA MICHA**

El jueves 9 de noviembre cumplía la pequeña Micaelita los cuarenta días de nacida. Micha, ya sin preocupaciones por su salud, vestía el traje de casa de percal color ante, el mismo que había tenido puesto en la mañana que le anunciaron la muerte de su padre. A las diez y media se sentó a la mesa con sus hijos, en el comedor. Fe era presa de una angustia que no podía expresar, iba rechazando todos los platos; Micha lo advirtió y le rogaba que coma. "No puedo", decía, "siento una pena que no tengo fuerzas para vencer".

En esto tocaron la puerta. Apenas lo oyó, Fe salió al patio asustada. El sirvientito que había abierto estaba hablando con un improvisado oficial de gorrita blanca, chaqueta negra y pantalón de macana; lucía la espada con borlas de oro, que Micha reconoció ser

la del Coronel Romero. Lo acompañaban cuatro soldados. El oficial se adelantó con uno de ellos, atravesó el patio mientras la familia toda estaba reunida alrededor de Micha; en la galería delante del comedor le notificó que tenía orden de conducirla presa al Cuartel.

Un llanto general de sus hijos y sirvientas respondió a esa notificación. Manuelito estaba enfermo en cama y se levantó, hecho un cadáver, a colocarse al lado de su madre; tenía nueve años. El ama Petronila trajo a la niñita y la colocaba entre el oficial y la señora, rogando de rodillas que no hiciesen tan grande crueldad. Micha conoció en el indio soldado que acompañaba al oficial a aquel herido que había solicitado, no hacía un año, los cuidados de ella para desvendarle la pierna, que traía herida de los campos de Pororós. "¿Así me pagás?", le dijo. Volvió el rostro y aún la espalda el indio y dijo: "¡Qué quiere!, somos mandados".

Ella lloraba también, acariciando a sus hijos que se habían abrazado a ella. El oficial parecía buenavisteño, rubio, campesino; se conmovió y ya se le saltaban las lágrimas. Se dirigió al indio y le dijo: "Vaya usted, que avisen que manden más tropa, esta señora no se puede sacar". En esto entró Mari Cruz Durán, se abrazó a Micha llorando y la llevó a su dormitorio, con la esperanza de que el «Triunviro» de la Revolución iba en ese momento a avistarse con Ibáñez. Mari Cruz, al ver soldados en la puerta de la casa y saber por los vecinos a qué iban, había corrido a casa de Pilar Sevilla en busca de su hermano, al cual se abrazó llorando y suplicando que fuera a ver a Ibáñez, él que era del partido. Todo inmutado, el poeta veía ahora que no todo era bueno cantarlo en verso, y desconfiaba de su valimiento. "Ve a su lado y dile que voy a hablar en este momento". Diligencia inútil, el Padre Querubín había ido a buscarlo y se lo negaron.

Corrió a casa de Micha. Ya los 30 hombres habían llegado, capitaneados por Facundo Suárez, un artesano duro que puso guardia en ambos patios. En el pasadizo que los vinculaba colocó a Montenegro, un famoso ladrón y salteador público que era uno de los meritorios de la Revolución, que tenía más o menos la edad de Pastor. Orden de no dejar salir de un patio a otro y ni entrar ni salir por la puerta de calle. Al frente el gentío era grande; doña Bárbara y las Landívares lloraban cerca del Padre Querubín, que había procurado en vano que la guardia lo dejase entrar.

## 6.16 – DON JOSÉ DA SILVA

Pero el sirvientito Sebastián, que era el que fué a abrir al tiempo que el oficial había entrado con la orden de prisión, no esperó más. Instruido mucho antes por el dependiente brasileiro, corrió a la casa del Cónsul de esa nación don José da Silva y en el instante este señor se dirigió a casa de Ibáñez. Este había dado órdenes de no recibir a nadie, «que no estaba en su casa». Entonces, hecho un fuego por el desaire, llegó a la puerta. La guardia de seis soldados que custodiaban la entrada cruzaron los fusiles con bayoneta; indignado el Cónsul, que tenía una arrogante presencia, "¿A mí intimidarme así? ¿A un guerrero de la Guerra del Paraguay?" Y cruzando los brazos al pecho, con todo su empuje atropelló por medio y parándose con mucha solemnidad en el patio se sacó el sombrero para accionar mejor con él, se volvió a la guardia y a todos los que componían el numeroso grupo de la calle y les dijo: "Declaro, conste a todos, que el que se atreva a querer sacar a esta señora o hacer cualquier otro desmán en esta casa, sepan, que lo consideraré como un ultraje a la bandera brasileira". Y entró a saludar a Micha y a sentarse a su lado, a ver en qué paraba aquello.

La guardia, acobardada con la amenaza, dejó pasar al Padre Querubín y a las señoras que lloraban en la calle. Así se llenó luego la pieza. El Cónsul envió a Languidey con don Federico el Brasileiro a decir a la Policía que retirasen la guardia y desistiesen de la presión. Parlamentaron que en el momento en que les entregasen tres mil pesos la

retirarían, pues necesitaban para el pago de la tropa. Facundo Suárez, llamado «el Coto Suárez», se paseaba mirándolo todo en el saloncito del ropero. También los sirvientes del segundo patio vieron a los guardias meter las bayonetas a los bultos de «chipas» y aparejos de carga, que estaban colgados en una galería interior. Parece que pensaban que podría encontrarse oculto allí don Pedro.

Micha dió la orden de buscar ese dinero prestado en el comercio y entregarlo, para verse libre de tantos males. Lo facilitó don José Lino Torres, que había regresado de Cochabamba y que por artes desconocidas no era molestado por Ibáñez, ni lo fué más adelante; ¿habría pactado con él? ¿Sería de los tornasoles?... Después será su casa el refugio para los comprometidos ibañistas. Su conducta en este punto es inexplicable; tiene su mancha.

La guardia se retiró, no bien se habían ido ellos a acarrear el dinero proporcionado por la Casa Torres. Las mujeres del mercado celebraban el primer golpe dado a los ricos, aplaudiendo y animando a los soldados para otros semejantes. Era doloroso saberlo: mujeres con traje de seda, mantas de espumilla, tienditas de mercería y empanadas, rodeadas de una colección de hijos de diversos apellidos, eran tales para aplaudir a tales. Despechadas porque su nacimiento, o su falta de moralidad, les cerraba las puertas de ciertas casas como la de Micha.

#### **6.17 – DON CARLOS IBÁÑEZ, EL SALVADOR**

Esa tarde, creía Micha poder encerrarse a cuidar de sus hijos, atacados con más o menos intensidad por la tos de ahogos. Al anochecer se presentó todo apurado el digno caballero don Carlos Ibáñez. Había sabido que Andrés se preparaba a un nuevo asalto, es decir a enviar a prender a Micha, esa misma noche. "Pronto Michita, me la llevo a casa de Benedicta y Peregrina, donde estará Vd. segura". "¿Y mis hijos?" "Quedarán al frente con las beatitas Duranes; por cierto que cuento con llevar a Fe". Micha apenas consintió, entre lágrimas, cuando entraron las Durán, como un torbellino de apuradas, y fueron acarreado: el ama con la criaturita, los otros niños enfermos, Nieves, Miguelito, María de la Gloria, las sirvientas que los tenían a su cargo. En la casa sólo quedó el albañil, encerrado con los sirvientes varones.

Micha quiso llevarse también a su Manuelito; por lo inquieto que quedaría podría comprometer el escondrijo de todos los hermanitos. Tal era el apuro de don Carlos que ya salía Micha sin su manto, tapada con una carpeta, cuando Mariquita Durán le alcanzó un sencillo pañolón oscuro. Don Carlos, por la calle que iba hacia San Andrés, llevó a sus protegidas y las introdujo en la casa de las señoritas Seoane, frente a la casa de don Angel Costas. Inmediatamente de llegar, doña Benedicta y Peregrina, que estaban en acecho, abrieron la puerta del salón que daba a la calle frente a la señora Azorín, y recibieron con gran cariño, en la oscuridad, a sus huéspedes.

#### **6.18 – LAS FAMILIAS IBÁÑEZ Y SEOANE**

Esta casa, en tiempos del Oídor de la Audiencia de Charcas don Joaquín Ibáñez, era sólo parte de la gran casa de las Ibáñez, que ocupaba el frente de esa manzana y llegaba a tener otro frente a la Plaza Principal. Con el tiempo se había ido dividiendo, entre las varias hijas del noble señor Ibáñez.

Perteneció esta esquina a doña Mercedes Ibáñez «la Presidenta», casada con el General Velasco (por poderes). La fracción contigua hacia la Plaza pertenecía a doña Juana Ibáñez, madre del doctor Arias; allí vivía entonces con su hijo, su nuera y nietos. Otra fracción contigua perteneció a doña Joaquina Ibáñez; otra a doña Teodora, la



madre de este buen don Carlos; y la que daba a la Plaza, la ocupaban las Franco, nietas de doña Dorotea Ibáñez de Seoane.

En la esquina tenía un salón con ventanas y frente al Norte. Seguían, contiguas y comunicadas, una serie de piezas que daban frente al Oriente. La primera de estas habitaciones era la que servía de dormitorio a estas dos señoras solteras. Doña Benedicta era la mayor de las cinco hijas del doctor Seoane, diputado que firmó el Acta de la Independencia Boliviana a nombre de Santa Cruz. Era una dama virtuosa, de finísima educación de corte, suaves modales, muy instruída. De grande energía moral, había servido de madre a sus hermanas y las había ido colocando en matrimonio. Mentora amada de sus cuñados, vivía en su compañía Peregrina, la menor, que se había quedado soltera.

Ambas no venían a esta su casa más que a dormir; no bien amanecía, todo el pensamiento de Benedicta era ir a auxiliar a su sobrina Asunta en la educación de sus hermanitas, las Franco. Peregrina iba a hacerse cargo de los niños de la enfermiza y delicada Carmen, casada con este buen don Carlos Ibáñez, su primo.

Allí pasaron sus días. Sólo sacaban de esta consagración a los suyos algunas horas, cada 15 días Peregrina y Benedicta cada mes, para recibir los santos sacramentos en la iglesia de San Francisco. Se confesaban, como toda su familia, con el Padre Casimiro.

Después del dormitorio, hacia el Sud, había otra pieza que era el Roperero; a ésta seguía el Comedor, que por consecuencia de las goteras que había tenido un tiempo en los techos ahora estaba muy húmedo. Destinaron a las huéspedes el Roperero, como más reservada habitación para estar en el día. En un ángulo de ese cuarto había una mesa, sobre la cual estaba la imagen de la Patrona, Nuestra Señora en su Asunción; tenía el rostro y las manos veladas con cuidado, una túnica de raso blanco era su vestidura; a sus pies, algunos libros de piedad.

En las paredes había recuerdos de familia: un cuadro de Nuestra Señora de Mercedes; un retrato al óleo de Benedicta, preciosa, hecho en Sucre cuando ella tenía cuatro años; un cuadro con grabados de rostros, atribuidos a la dinastía de los Incas; por lo menos eran doce, con sus nombres al pie. Esta habitación no tenía ventana a la calle; además de las puertas de comunicación entre pieza y pieza, tenía salida al estrecho patiecito enladrillado, donde crecían, en los intersticios, el perejil y... ¡hasta algunas plantas de ají!

Pasando un zaguán («condenado»), se llegaba en la extremidad Sud a la pieza de doña Jacintita, la beata que no quiso quedarse a cargo de la casa de don Angel Costas. Despedida de este señor, encontró protectoras en estas generosas y piadosas señoritas, que le dieron pieza para ella y su sirvienta Natividad. Doña Jacinta se encargaba de la limpieza de la casa y de hacer el desayuno a las señoritas cuando éstas, por una jaqueca imprevista, tenían que permanecer allí.

## 6.19 – DEVOCIONES DEL EXILIO

Su vida era uniforme. Doña Jacintita se levantaba a la madrugada para estar lista, con su sirvienta, para acudir a la primera misa en San Francisco, a las 4 ó 4.30 de la mañana; comulgaba y hacía sus oraciones allí durante una hora. Regresaba y, mientras la sirvienta preparaba el desayuno, hacía ella su lectura espiritual en el único libro que constituía todo su haber desde hacía lo menos treinta años: «La Vida de Nuestra Señora», por la Venerable Madre María de Jesús Agreda. Del tamaño de un misal, forrado en pergamino, costoso de leer pues tenía la letra «f» en lugar de la «s». Ante su altarito doméstico, que tenía imágenes de bulto de la Santísima Virgen arrodillada y de San José, como de 30 cm; al medio, sujeto en una cajita de cartón que le servía de cuna,

dormía paradito el Niño Jesús, «de fábrica portuguesa», esto es más perfecto que los de la industria de Porongo. Tenía la cabeza dorada; con una manecita tapaba su oído, la otra corría a lo largo de su cuerpo, como de 12 cm. La fe hacía que, ante esta sencilla mesa con estas pobres imágenes y la historia de este vetusto libro, doña Jacinta viviese en un paraíso, alistada en la Orden Tercera de San Francisco, con un cofrecito lleno de novenas. Cosiendo camisas para la pequeña familia de la Carmen Seoane o de las niñas Franco, haciendo cigarrillos para don Carlos, despachando por la ventana el chocolate que su sirvienta molía y abollaba, tenía ya para vestirse.

Pronto doña Jacinta comunicó a Fe sus tesoros. Pasada la media hora de su diaria lectura, ya el libro estaba en manos de ésta hasta la noche. Selva espiritual inexplorada era esta Santísima Vida. Micha la oía leer un rato, pero su preocupación por contestar las cartas de don Pedro, atender a las noticias y conversaciones que por las tardes traían las señoritas Seoane, más la pena por sus hijos atacados de tos de ahogo, la inclinaban más bien a llenar con oraciones y plegarias sus instantes vacíos.

Por la noche, una vez despedidas de las señoritas Seoane, arreglaba la cama de Manuel en una esquina del salón. Luego, ella y su hija cumplían sus últimas devociones; las más de las veces el Rosario se rezaba con las dueñas de casa por la tarde, otras Micha y Fe solas. Después, quedaba aún qué rezar: las Excelencias de la Santísima Virgen, con siete paternoster por el escapulario del Carmen; la Visita diaria a Nuestra Señora, cuyo día de fiesta era el 2º domingo de noviembre. Aquí cabe decir que en ese día 9, día de angustia cuando venían a llevarla a Micha, Fe oraba continuamente vuelto su espíritu hacia San Francisco, donde la Santísima Virgen de Alta Gracia bajada de su altar estaba adornada con magnificencia, en celebración de la Novena. No, no era posible que no socorriera tan urgente necesidad. Micha cumplía sus doce pater a los apóstoles; sus 3 pater a los arcángeles, a San José, a las ánimas del Purgatorio; el Trisagio y una devoción nueva nacida en los primeros meses de este 1876, cuando no tenía las penas que al presente.

Creo ya hemos dicho cómo Clemencia Moreno viuda de Ponce había recibido de obsequio de su hermano ausente en Chile una obra elegantemente empastada y con grabados en acero, finísimas y variadas láminas. Esta obra venía anunciada como prima u obsequio del «Correo de Ultramar». Debía haber llegado a la casa de Micha, pero no llegó por el jueguito que en la administración o agencia de envío acostumbraban, quitando a los suscriptores más lejanos estas primas, para favorecer a sus amigos no suscriptores.

Lo cierto es que a fines de 1875 Clemencia dió prestada a su amiga esta bellísima obra; era tal vez del Abate Orsini, el autor de la «Vida de la Santísima Virgen». Las hermosas y bien inspiradas láminas eran ya una exposición muda de las figuras y profecías concernientes a la Virgen María; a ello se añadía una meditación o conferencia sobre el asunto de cada título, concluyendo con una oración. En la ciudad y en la quinta había sido leído ese año el hermoso libro; cuando ya la delicadeza de Micha quería devolverlo, Fe encontraba que todavía no había comido espiritualmente un manjar tan apetitoso. ¿Cómo devolver si no lo podía retener todo? ¿Cómo copiar una obra de más de 500 páginas, de tamaño algo menor que un misal?

Entonces Micha le propuso que hiciera un breve resumen para recordar láminas y asuntos, pero sobre todo para agradecer cada título con oraciones y ponerse bajo la consoladora protección de esa mina, explotando cada veta en favor de sus necesidades espirituales. Así nació la devoción de «La Letanía», al mismo tiempo que Micha tenía el secretariado de la Sociedad de Beneficencia. Tanto es así que Fe puso manos a la obra en una libretita en blanco en que ya Micha había apuntado, en sus tres primeras páginas, los huevos y otras compritas hechas para los enfermos del Hospital.

Fe relataba el título, sus figuras y profecías; Micha recetaba la devoción o padrenuestros que se habían de recitar en honor de ese título. A la época de noviembre de 1876 en que está nuestra historia, sólo existía ese breve resumen, que por cierto no había sacado Fe de su baúl. No obstante, la piedad de Micha señaló ahora, para este tiempo de privaciones, decir un avemaría por cada título de los que correspondieran a Nuestra Señora, y padrenuestros o credos para los que tocasen a Nuestro Señor. Rezaba también todos los días el Trisagio de la Santísima Trinidad y la Novena de la Inmaculada Concepción, que sabía de memoria.

Llegó el 2º domingo de noviembre, fiesta de la Altagracia. La procesión pasaba siempre por esa esquina; según la costumbre, las señoras Seoane abrían su salón e invitaban a amigas y parientas a presenciar la procesión. Para no llamar la atención tenían que hacer lo de siempre, de otro modo se hubiera sospechado que ocultaban a alguien. ¡Qué día de sustos y temores para las pobres fugitivas! Tener que estar encerradas sin moverse de la pieza del roperito, conteniendo a Manuel para que no diera señales de vida. Las conversaciones y las risas llegaban hasta ese retiro; la música de la procesión dió a conocer que la Virgen estaba cerca y acudieron a ella de rodillas, invocándola desde su retiro las dos asociadas Hijas de María, de la Cofradía de la Purísima Concepción y Altagracia de María.

Motivo de inquietudes fué también la presencia de dos niñitos, de tres años más o menos, que venían a jugar allí con Luis Ibáñez, el mimado de la Peregrina, y Norberto o Heriberto Velasco, chiquillo natural del viejo don Antonio Velasco. Así que tenían que hacer muchos actos de resignación y entrega a la voluntad de Dios, por más que las señoras Seoane decían que era admirable la discreción de esos niños.

## **6.20 – LA LETRA DE DON ANDRÉS**

Micha recibió varias cartas por correo; un par de veces, mientras estuvo allí, cartas de sus dos hijos de Buenos Aires. Andrés las abría, como todas las comunicaciones que llegaban del interior de Bolivia, es decir de Sucre, Cochabamba y La Paz Así se leía las cartas del señor Uriburu y de los muchachos, y tenía la peregrina ocurrencia de ponerles de su puño y letra en sobre color violeta, la dirección «Señora Micaela C.de Rodríguez», y se las enviaba.

Micha agradecía a Dios que tuviese sus límites la maldad de Andrés; ya que en papel violeta había visto la orden de no dar más que dos horas de vida a don Pedro donde lo encontrasen. Como se recordará, después de los sucesos de Pororós llegó don Pedro y contaba las peripecias de su fuga por los bosques con su amigo Lara. Micha se mostraba algo incrédula de que Ibáñez tuviera tan malas intenciones para con su esposo, basada en que no había motivo para ello. Al fin un día don Pedro sacó un pliego color violeta: "¿Conoces esta letra?", preguntó a Micha. "Sí, es de Andrés Ibáñez". Varias veces había firmado préstamos de dinero que se le hacían al Prefecto Ibáñez, su padre. "Pues lee", añadió don Pedro; era la sentencia que el Cura de Santiago de Chiquitos le había arrebatado al agente ibañista.

## **6.21 – ESPIAS Y DELATORES**

Otro susto había de ir aleccionándolos a otros muchos. Como se ofrecía dinero para delaciones, el bajo pueblo estaba empeñado en llevar noticias a la Jefatura Política. Un día vino el albañil que en algunas ocasiones había tomado las goteras en casa de las Seoane, que veía ahora constantemente cerrada; encontró a las dueñas en la esquina de doña Carmen Seoane de Ibáñez. Les dijo: "Señoras, es éste buen tiempo para tomar las

goteras antes de que llueva". "Si no he advertido que hayan goteras... y yo estoy tan ocupada, con Carmen delicada y estos inquietos sobrinos, que ni ganas tengo de ir a casa". "Pero señora, yo puedo ir por donde doña Jacinta, para lo que es subir a los techos". Ello es que, inquieta la Benedicta y temiendo que el hombre sospechara algo, hizo una seña significativa a Peregrina y le dijo: "Bueno, si Vd. cree necesario revisar la casa, iremos. Aguarde, me voy a poner el chal y traer la llave".

Ya la Peregrina, haciendo que corría a Luisito a que se fuese donde las Velasco, se salió a la calle, llegó a la casa por donde doña Jacinta, entró llena de temor y contó brevemente el asunto. No había más remedio: el hombre entraría y ella estaría atenta a avisarles; cuando él estuviese recorriendo el salón con Benedicta, las asiladas estarían en el comedorcito. Ellas irían hablando en voz alta, para traer al hombre del salón al dormitorio, luego al comedor, etc. mientras Micha y Fe se saldrían al corredor, de modo de volver a entrar al salón por la puerta que daba a la galería exterior.

Llegó la Benedicta, abrió el salón y entró el albañil que la acompañaba. En eso salió la Peregrina a explicar el susto que le había hecho pasar Luis, queriendo acompañar a su mama Cita, lo buscó allá y recién lo encontraba donde Jacinta. "¿Sabes si hay goteras?". "¡Cómo no! Aquí en el salón no, pero en el dormitorio y en el otro comedor debe ser de eso la humedad..." Allá iban con la caña, tocando los techos; y las pobres fugitivas dando sus vueltas, siguiendo las señas de las voces de las Seoane o las señas de la sirvienta Natividad, que como curiosa estaba en el patio. Micha y Fe fueron al salón a encomendarse a Dios. Allí en los tirantes había un pajarito cautivo que había entrado al salón y no sabía salir por el único postigo abierto; andaba dando vueltas, como ellas. Todavía al día siguiente tuvieron que estar encerradas allí mientras componían el techo del comedor, para quitarle toda sospecha al albañil.

## 6.22 – ESCAPADA

La Diego solía traer adonde doña Jacintita un atadito de ropa y noticias o esquelas de don Pedro y de las Durán, dando razón de los niños. Micha no se conformaba con saber que estaban mejor, que el Dr. Mardóñez los visitaba con frecuencia: expuso al Carlos su deseo de visitarlos. Fe temblaba de exponerse a la salida pero el buen don Carlos, midiendo el afecto de Micha por el que él sentía por sus hijos, le dijo que a la noche él las acompañaría. El tiempo estaba oscuro y la atención de las patrullas ocupada en otros asuntos. Avisó a doña Bárbara para que Micha fuese introducida inmediatamente a las habitaciones interiores de esa casa, en la cual estaba alojada su familia. Micha tomó el pañolón de doña Jacintita, aún más chica de estatura que ella, y Fe un chal de cachemira de la Peregrina. Por la otra vereda, iba don Carlos con el Manuelillo.

Todo fué bien. Micha tuvo el doloroso consuelo de penetrar en ese salón de las fiestas, en donde se armaba el pesebre o Nacimiento del Niño en Navidad; ahora, las camitas de sus hijos en bancos, en hamacas, en el suelo. Ellos tosiendo, rodeándola; las sirvientas, el ama de leche, las excelentes beatas Mariquita y Mari Cruz Durán, tenían mucho que contar. Pasó el día con ellos y la noche siguiente, en cuanto se entró el Sol, avisada la Diego vino a acompañarlas por la otra vereda, con la precaución de no llevar su típica pollera con vuelo plegado desde la rodilla, que parecía ser el uniforme de sirvientas fieles de antiguas familias. Ahora la gente del pueblo no vestía así: las cholitas llevaban la falda lisa y con cola, su vestido de percal y muselina; las indias, y procedentes de indias, falda lisa redonda. Doña María y su clase llevaban chales de merino de colores vivos, con flores de color y fleco largo. Las cholitas, desdeñando el «fleco largo», usaban chales de fleco corto, de color con flores, como las señoras; y las indias, pañuelos de algodón, grabados café con guarda de flores blancas que, por lo visto, eran fabricados

aplicando el tinte café al fondo y dejando en su primitivo estado de lienzo blanco protegido por el molde, las flores y el estampado de la ancha guarda o franja.

No es ocioso consignar estas características modas que, por propio convencimiento, habían adoptado las clases; hubieran enrojecido de vergüenza vistiendo como no correspondía a su clase. El disfraz de María Diego fué vestir de india; más adelante veremos a Micha hacer lo mismo.

Cuando regresaban a casa de las Seoane, al torcer la esquina de San Andrés se veía, en los cuartitos de alquiler de frente a la iglesia, una desacostumbrada iluminación en el velorio de un muertillo (un difunto niño), a cuya gloria bebían indias, collas y soldados. No había cómo retroceder: debían pasar ante ese foco de luz.

Había llovido. Las fugitivas atravesaron al frente, que era un terreno baldío con algarrobos y sin cerco, muy sombrío. El oficial de la espada con borlas estaba en la puerta del muertillo; al ver que evitaban la luz y preferían las sombras les gritó "Por acá, señoritas". Ellas no volvieron la cabeza ni dejaron de andar al mismo paso que iba doña María, adelante. Fe de soslayo miró a Manuelito que, descalzo y con los pantalones arrollados, iba prefiriendo la media calle y que, al reclamo del oficial, se puso un cartón que llevaba en la mano como visera para la luz, miró al muertillo y al oficial y siguió andando. La oración interior que iban haciendo las libró de tamaño peligro, encadenando los santos ángeles los pies del soldado para que no corriera tras la presa. Una cuadra más, y llegaron.

Peregrina espiaba la llegada por el postigo del salón, que ese día tuvieron un rato abierto conversando ostensiblemente con Asunta y Adriana Franco. Asunta se fué a su casa después de hablar con Micha, con su cariño filial y los ojos llenos de lágrimas. Adriana conversó largo rato con su amiga Fe y luego se acostó en una cama improvisada en el salón.

### **6.23 – EL FOLLETO DE DON ANDRÉS**

Andrés Ibáñez había publicado un folleto, de unas 10 páginas, en que hacía una exposición que llamó «Luz sobre los sucesos etc.». Allí contaba desde que empezó a ser revolucionario; los percances que le sucedieron con las autoridades los atribuía todos a la oposición e inquina del Cónsul don Angel Costas y los comerciantes, sin olvidar a Urdininea. Venía también su retrato. Decía que en los sucesos del 1° de octubre le habían salvado la vida y que ahora se veía investido del gobierno por voluntad del pueblo, pero dispuesto a entregarlo al que el Supremo Gobierno designase.

Cayó el Presidente Daza y sus ministros en la trampa de creerlo y le escribieron que enviaban un Interventor, que lo era el General Juan José Pérez con otros dos militares, para que a ellos entregara el mando civil y la comandancia de la tropa. Finalmente, le agradecían las buenas disposiciones en que estaba para la pacificación del país. Naturalmente las Seoane eran optimistas en ese sentido: deseaban mucho que el país volviera a entrar en quicio y dejase Andrés sosegar, y volver a sus hogares, a toda la gente que con pretexto de veraneo había ido al campo y no volvía. La ciudad estaba triste en su mejor categoría.

Así, entre esperanzas de esa venida y temores de ser descubiertas, entre largas oraciones y lecturas de la Madre Agreda, transcurrían los días. La Benedicta le proporcionaba cuanto papel quería para hacer copias de esas doctrinas que tan novedosas encontraba. Sentían no poder ir a misa los domingos; aprendió Fe a oírla de lejos, retirándose a la pieza húmeda, que era solitaria y según sus cálculos quedaba frente al altar de la Iglesia del Colegio, con dos cuerdas de espacio.

## 6.24 – NUEVA ESCAPADA

Pero he aquí que una mañana, después del desayuno y del rezo de algunas oraciones, Micha declaró su voluntad decidida de que esa noche quería volver a ver a sus hijitos. Fe agotó todas las representaciones para no exponerse, con tanta frecuencia y sin urgente motivo, a caer en manos de los pesquisadores.

Micha no se dejaba vencer. Por último le dijo: "Si no quieres ir puedes quedarte; pero yo voy, no puedo dejar de ir... He visto esta madrugada, en cuanto entré a esta pieza, allí cerca de la imagen de Nuestra Señora, la luz que acostumbro ver cuando muere uno de mis hijos. Sin duda alguno de ellos está grave y me lo ocultan".

Fe ya no se opuso. Salieron al cerrar la noche disfrazadas como la vez anterior; tomaron la calle derecha hacia el Norte una cuadra, hasta llegar a la esquina de don Juan José Baca, luego hacia el Oeste por los corredores de las casas del Chiñi Rivero, ahora compradas por la rica comerciante Arroyo. Después, la mala vereda tras el paredón de la casa de las Gallegas, doña Mica y doña Antonia. Llegaron a la esquina; a la izquierda de las fugitivas, en la vereda del frente, estaba el centinela de guardia, frente a la puerta y en la esquina de la casa que ocupaba Andrés Ibáñez. Fe al verlo sintió un vahido y cayó al suelo, al barro pues había llovido y la vereda estaba desigual, llena de pozos; pero en medio de su desmayo pensó que, si el centinela atravesaba la calle a ayudarla a levantarse, todo estaba perdido. Se levantó presto, sacudiendo la arena mojada de su chal.

El centinela miró, pero no hizo alto. Torcieron por esa calle hacia el Norte, pasaron por la esquina de Bartelemy y de la imprenta de Daza y, finalmente, llegaron a la casa de doña Bárbara. Fueron introducidas adonde estaban los niños. La pena de Fe fué grande: todos estaban en convalecencia y Micha y ella estaban expuestísimas a ser tomadas allí de un momento a otro. "¿No ve? Todos buenos y nosotras con mil peligros". "Bueno, gracias a Dios, pero aguarda un poco" decía Micha, con un espíritu de fe y una paciencia admirable... Dormíamos todas, cuando a la madrugada golpean: llamaban a la puerta que daba al segundo patio.

## 6.25 – MUERTE DE CARMELITO

Fe se tomó de las ropas de Micha, temiendo oír la fatal noticia deque entraba la patrulla de pesquisa por los fondos de la casa, cuyo cerco era de astillas de palma parada. Pronto se conoció la voz de Antonia, la criada de las Durán, y de María, la india que la acompañaba. "Señora, señora Petronila, se muere Carmelito". Micha y Fe se sentaron en la cama, pero la afligida madre de Carmelito fué la primera en suplicar a la señora que no saliese al patio, no fuera que, alarmado algún vecino, estuviese atisbando y denunciara haberla visto.

Salió la Diego con ella. La muerte fué en un instante, de tétano; una convulsión, a los pocos minutos otra, y el mulatito dejó la tierra con la vestidura bautismal. Las caritativas mujeres trajeron a Petronila a que contuviese su llanto, consolada por Micha; y ellas velaron al muertillo.

"¿Ves?", dijo gravemente Micha a Fe. Y ésta reconoció dos cosas: una, lo necesaria que fué la presencia de Micha en esta triste circunstancia. La negrita no se hubiera contenido en llorar hasta llamar la atención de los vecinos, si la presencia de Micha no hubiera sido allí un mayor peligro y un consuelo para ella. La segunda, vió Fe en esto que el Cielo había reconocido la maternidad espiritual de la madrina de Carmelito anunciándole su muerte en Gracia, como la de sus hijos.

## 6.26 – EL HÉROE NICOLÁS CUÉLLAR

Años después se reprodujo esta visión, estando ya Micha en Buenos Aires en el tiempo de la Guerra del Pacífico entre Chile y Bolivia (febrero de 1879 a 1881). Micha dijo a Fe cierto día que había visto la hermosa luz, viva y grande como una hoja de palma... y todos sus hijos estaban sanos. "¿Qué podrá ser? Ten presente la fecha". Dos meses después recibía de la casa de su tía Manuelita en Santa Cruz, la noticia de que su ahijado, el joven Nicolás Cuéllar, cumplido caballero muy amante de su madre, había hecho el inmenso sacrificio de equiparse a su costa, con varios de los fieles mozos y sirvientes de su familia, y había marchado a la guerra para salvar el honor de Santa Cruz. El gobierno de Daza no quería levas, ni soldados cruceños; sólo exigía a Santa Cruz dinero y caballos.

Los que no sabían esta política tachaban a los cruceños de apáticos al patriotismo. Nicolás había pues ido a la guerra a sacrificarse voluntariamente. Se supo con gran dolor que «la Dama», como lo llamaban por su cortesanía, había sido degollado después de herido, con imperdonable crueldad, en la misma batalla en que perecieron el General Villegas y el General Juan José Pérez, de quien hablaremos en seguida por ser el Interventor en el mes de diciembre de 1876.

Nicolás era pues ahijado de Micha. La integridad de sus costumbres bien le merecía presentarse como un inocente niño, purificado además por el martirio.

## 6.27 – ENTIERRO SECRETO

Volviendo a la noche en que murió Carmelito, diremos que al siguiente día discurrió Micha que la Diego sacara, en un atado como de ropa a lavar, al niño muerto y se lo llevara a Pastor, quien con cierto derecho de familia podía, sin intervención municipal ni aún eclesiástica, abrir la tumba de la familia de Micha y depositar allí al pequeño ataúd del muertecillo. Otro aviso al albañil Lorenzo facilitó la tarea de Pastor. Esa orden tenía que darla Micha a Pastor. Si ella no hubiera estado allí, la denuncia de un niño fallecido en el domicilio de las Durán hubiera sido comprometedor. Después de estas diligencias y la salida del cadáver, empezó la angustiosa preparación de la vuelta a la casa de las Seoane. Acompañadas de la Diego, que iba por la otra acera, tomaron la calle que iba hacia San Andrés; al torcer la esquina de la imprenta, cerrada a esa hora, siguieron tras dos jovencitas del pueblo que llevaban la misma dirección e iban conversando a media voz. El centinela que, por los anchos chales floreados que llevaban, creyó hacer una buena pesquisa, se acercó a una de ellas y le bajó el chal de la cabeza, descubriéndola hasta los hombros. Entonces las dos jóvenes al mismo tiempo y con mucha dignidad, mirándolo por sobre los hombros con desprecio, le dijeron: "¡Eh! ¡Liso!" (quiere decir atrevido, sucio, francote). El guardia se retiró avergonzado y no se atrevió a hacer la misma investigación con las dos que iban un paso detrás de ese par. Pasaron Micha y Fe el resto de ese temido camino sin novedad y llegaron a dar gracias a Dios, por haberlas protegido tan visiblemente.

## 6.28 – EL INTERVENTOR GENERAL PÉREZ

Llegó el Interventor con los dos militares que lo acompañaban. Ibáñez salió con todas sus fuerzas a recibirlos en la pampa del Pari. Hubo revista de su montonera armada y discursos, en los cuales presentó a sus autoridades al Interventor y dijo que en seguida se preparaba a retirarse a la vida privada... dejando al señor Interventor el gobierno del

departamento y sus provincias, como correspondía. El Interventor contestó, animado según decía de los mejores sentimientos.

El General Pérez aceptó la hospitalidad del Señor Obispo. Llegó el día de San Andrés, el 30 de noviembre, y Andrés todavía no había entregado el Cuartel, dejando al Interventor que recibiera sólo los honores del mando civil. Descontentaba a los no amigos de Ibáñez que Daza hubiera enviado a aquel viejecito, sin ninguna influencia ni armas para hacerse respetar. Con tiempo se anunció un gran baile en celebración del onomástico del Dr. Ibáñez. Su mujer, Angélica Roca, envió al General Pérez una invitación y un ramillete de flores; el General agradeció y tomando la cadena de oro de su reloj, hizo un lazo al mismo ramo y se lo devolvió en obsequio. Asunta Franco y su marido el Dr. Soruco fueron invitados; Asunta protestó que iba sólo por el compromiso de no exasperar a Andrés, para que no atropellase; y fué.

### **6.29 – ENTREVISTA CON ANDRÉS REHUSADA**

Dos o tres noches después vino don Carlos al oscurecer y dijo a Micha: "Andrés está animado de las mejores intenciones. Sabe que Vd., Michita, está aquí y quiere tener con Vd. esta noche una conferencia explicativa". "¡¡Cómo!! ¿Andrés sabe que estoy yo aquí?". "Sí, lo ha llegado por fin a saber". "Pues entonces tengo que irme de aquí", contestó Micha, "vendrá a prendernos". "No, mi comadre, no se atreverá a atropellar esta casa, aunque sepa que Vd. está aquí. Porque él se da tono con el parentesco, ¿comprende? Y también, porque en caso de irle mal, como indudablemente le irá, confía en que nosotros lo ampararemos, por pariente.

Dígame, Michita, qué resuelve, porque él está decidido a venir dentro de pocos momentos aquí..." "Entonces", insistió Micha, "será preciso que me refugie en una casa vecina, sea cual sea, que linde aquí por los fondos. No creo en las palabras de Andrés, que nos persigue; pero que no diga que se ha burlado de mí..." Y se dirigió hacia el fondo de la casa, dejando a don Carlos presa de viva agitación y angustia por el compromiso.

Cerca de las letrinas la barda era muy baja; con auxilio de una pequeña escalerita se podía subir a ella. Allí se dirigieron Micha y Fe, prontas a subir a la primera señal de que don Andrés había llegado. La oscuridad era grande; un débil rayo de luz que salía de la pieza de doña Jacinta llegaba a hacerles temer más las alimañas y sabandijas de ese rincón. Allí Micha dijo a Fe: "¿Qué remediaría yo con la conferencia? Soy una mujer casada, y en este punto ignoro la voluntad de mi esposo. ¿A qué dirigirse a mí? Si obrara Andrés francamente, por qué no propone al compadre Carlos tratar esto con Rodríguez, o dar tiempo a saber su voluntad?"

Doña Benedicta vino y dijo a Micha que hacía bien en rehusar. Y que ya había enviado a Carlos a decirle que la dejara en paz, que estaban en su casa y que empezara él por tranquilizar al país para que creyeran en sus buenos deseos. Don Carlos hizo rogar a Micha que se tranquilizase. Las dos señoras Benedicta y Peregrina conversaron largo rato con Micha, a quien habían vuelto al salón.

### **6.30 – LAS «GARANTÍAS DE PÉREZ»**

Dos o tres días después se firmaron «las garantías de Pérez», es decir unas garantías que el General pidió a Ibáñez, que seguía con la fuerza armada, para que los ciudadanos ocultos volviesen en paz a sus hogares para tranquilidad del país. Ibáñez firmó y aún hizo el sometimiento del Cuartel al General Pérez.



Con gran placer vino don Carlos a dar esta nueva a Micha y le anunció que, al cerrar la noche, la acompañaría a su casa, pues gracias a Dios ya estaba todo arreglado. También fué don Carlos a prevenir a las beatitas Durán; éstas hicieron arreglar la casa de Micha y trasladaron la familia allí, para que Micha se viese desde el primer momento rodeada de sus hijos. Al día siguiente vino el Canónigo Ram a verlas. Estaba confiadísimo en la diplomacia del General Pérez y creía que la tranquilidad sería ya imperturbable. Entre los fugitivos se contaba el Tesorero Público y los rematadores de los diezmos, don Angel Peña, don Angel Candia y otros, que retenían fondos públicos. Todos ellos regresaron. Dos o tres días después don Pedro escribió a Micha que vendría del campo a la quinta. Ni uno ni otro estaban muy confiados en las Garantías de Pérez, de modo que Micha, aún cuando deseaba mucho verlo, no se atrevió a salir de su casa por no desencadenar la tormenta. Envió a Fe, acompañada de la Diego, al aclarar el día.

Fe, después de aliviar el luto de su abuelo, había discurrido no ir a la iglesia con los alegres y pintados vestidos y chales que a su edad correspondían para salir. Micha aprobó esta idea, dándole permiso para hacerlo. Fe encargó a la costurera dos vestidos sencillos de merino plomo y de alpaca color claro, y manto negro sencillo sin adornos. Así levantó quejas de sus amigas, hasta de las beatitas, porque «se hacía vieja». Pero los sacerdotes virtuosos que servían de capellanes honorarios del Oratorio, Michilín y Rojas, lo aprobaron y alabaron.

Así salió esa madrugada, vestida de café. En casa de las señoras Seoane había dicho a Nuestro Señor que nunca dejaría de oír misa diariamente siempre que pudiese, y que su primera salida sería a la iglesia, a visitar al Santísimo Sacramento. Ahora la necesidad de esta salida, el deseo de ver a su padre y estar a su lado si acaso lo tomaban en la quinta, el temor de ser ella misma detenida en la calle, la hicieron olvidar su promesa; pero Jesús la tenía presente.

Doña María evitó la calle derecha que pasaba por el Cuartel y tomó la del barrio de los collas, muy desierta y silenciosa a esa hora. Siguió por ella y fué a pasar, sin saberlo Fe, que iba bien cubierta con el manto de iglesia... ¡que sorpresa tan agradable experimentó cuando en la esquina, alzando los ojos, vió el altar de la Catedral, centelleando el tabernáculo de plata con las luces de la aurora! Nadie había allí. El sacristán pasó diligentemente el plumero a las puertas y se fué. Era jueves, iba a tener lugar la solemne misa de Renovación del Santísimo Sacramento, en que la procesión con la Custodia se hacía hasta la puerta de la iglesia, desde donde el Señor bendecía a su pueblo. Fe agradeció a Jesucristo que su casa estuviese abierta para cumplir rápidamente su promesa, en su primera salida. Siguió por esa calle hacia el Sud, con más confianza en Dios. Pero al llegar a una de las cuadras contiguas a la iglesia de San Roque el susto casi la desmaya: un hombre, desde su salita que tenía abierta, con el sombrero puesto y su poncho de viaje al brazo, la miraba con curiosidad, sonriendo... ¡qué apuro! sería algún ibañista que iría a denunciar que ella se dirigía a la quinta para que fueran allí...

Se volvió a la Diego: "Doña María, ese hombre... ¿lo vió?" "Sí, que la miraba y que se ha reído de que Vd. no lo saludara". "Pues ¿quién es?" "Su tío de Vd., don Amador Pinto, que debe haber acompañado a su primo el señor don Pedro". Era el hermano mayor de Jesús, que sólo una circunstancia así podía haberlo hecho dejar sus campos. Llegaron por fin a la quinta. Con cuánto consuelo volvían a ver al bondadoso padre y patrón.

## 6.31 – RETORNO DE DON PEDRO

Doña María se ocupó de la cocina y Fe de contar lo sucedido y oír cómo su padre había pasado en Chaco y sus alrededores, cambiando de lugar por las indiscreciones sin quererlo, y las maliciosas e interesadas denuncias de uno que otro peón.

Después Fe abrió el Oratorio. Allí estaba la Santísima Virgen, siempre hermosísima; ¿y el Niñito? Con reflexión veía Fe en sus manos el último obsequio que los indiecitos le habían hecho después del volantín que ella le había hecho; los que por primera vez habían viajado, le obsequiaron un rebenquito con todas las reglas del arte. El mango era de madera blanca «cañoteada» (matizada) a fuego; la cuerdata era un finísimo tejido de lazo de cuero. A esto se añadían unas ojotitas. Lo notó doña María y dijo: "Mi amita, el Niño Dios está haciendo lo que hacen los chiquillos, que cuando se les da el rebenque al primero que azotan es al que está más cerca". Todos los adornos del altar estaban bien húmedos, pero no había el tiempo necesario para cambiarlos. Conservaba la Virgen su corona y cetro de diario, que era de plata sobredorada con piedras imitación esmeralda. Don Pedro vió sus árboles y plantas y se despidió de Fe hasta luego, pues en cuanto oscureciese él se iría a su casa de la ciudad. Llegó Fe por calles extraviadas y dió esta buena noticia.



Melquiades Barbery

Don Pedro llegó, y al día siguiente empezaron a venir los amigos. Sólo eran admitidos al saloncito blanco los íntimos: Lara, Mardóñez, don Carlos, el Canónigo, el Padre Querubín. Este último en dos ocasiones vituperó a los señores influyentes en general y a los Suárez en particular haber dejado al país bajo el yugo de Ibáñez, sin levantar tropas y desalojarlo. En una visita que hizo estando Micha donde las señoras Seoane, Micha le contó las ideas y palabras que corrían en boca de los partidarios de Ibáñez. "Pero hija, no ves que el otro día llegaba yo a casa de doña Juanita Velasco y estaba allí Melquiades Barbery; tomándome de la manga me sacudía, diciendo «estos hábitos de hipócritas yo se los quitaré en cuanto se consolide el Gobierno». Me reí y le respondí: «hombre, bien poca cosa es, puedes hacerlo si Dios lo permite». Llamé a doña Juana y le entregué diez pesos que había recogido para sostener a los cinco hijos de ese desgraciado y a su mujer. Ya ves lo que se puede esperar de ellos". Había que oírlo y dejarlo al cuidado de Dios.

## 6.32 –¿SALIR?

Entretanto don Pedro conversaba en su casa con sus amigos. Unos lo animaban a salir y reanudar sus ordinarias ocupaciones; otros eran del parecer de que no saliera, no veían claro en la inconstancia y volubilidad de Ibáñez. El Canónigo Ram era de los partidarios de que saliera: "¿Por qué hemos de estar ocultándonos como culpables? Lo que es yo no pienso ocultarme". No pensaban así don José Lara, Languidey y otros. En una ocasión oyó Fe que don Pedro decía a Micha: "A mí nada me costaría armar cuatrocientos hombres fieles entre los parientes y amigos y concluir con esta situación, pero no soy político ni ambicioso y, más que todo, NO QUIERO QUE SOBRE MIS HIJOS CAIGA JAMAS UNA MANCHA DE SANGRE, SEA DE QUIEN SEA". Micha aprobaba esta resolución.

Ella vivía en la angustia. Los amigos, temerosos de contrariar de frente a don Pedro, que no hallaba motivo para estar recluso en su casa sin salir a la calle, la apuraban con sus temores a ella. Todos estos servidores adictos a la casa le decían: "Se está armando

otra revolución, pronta a estallar de un día a otro. Don Pedro debería irse y ustedes ocultarse".

### **6.33 – EL CAMINO DEL «JOCHI»**

Micha en previsión de esto consultó con su esposo; siquiera esa medida que pensaba tomar... Un «jochi», o tejón, había cavado meses antes un agujero, en el instinto de hacerse una cueva en la esclavitud y sustraerse de ese modo a sus dominadores. Le salió más amplia de lo que sus modestas pretensiones soñaban y salió al cuarto de los muebles viejos, con gran regocijo de los sirvientitos de Micha. Cuando ésta lo supo, hizo que se asomara uno de ellos por el agujero, llamase la atención de alguien y se informase de quién era el predio lindante, para devolver el gracioso animalito con advertencia de que si querían conservarlo no lo dejaran hacer cuevas. Resultó ser el fondo de la casa de don Miguel Chávez. Pues ahora en estos días (mediados de diciembre) Micha envió a una persona de su confianza a pedir al señor Chávez y a su esposa, doña Benicia Morales (ambos eran parientes lejanos de Micha), que les permitiesen agrandar ese agujero y tenerlo disimulado, para el caso en que tuvieran su esposo o ella que refugiarse allí. Aceptaron gustosísimos, dando toda clase de seguridades de que en cualquier momento serían bien recibidos y que esperaba que su casa sería respetada, pues Ibáñez le debía favores. Así se hizo, encargándose Lorenzo el albañil de abrir con todo sigilo el pasaje.

Don Pedro hizo llamar al peluquero para que lo arreglase para salir. Se recordará que este honrado hombre era casado con doña Pancha Roca, el ama de leche de Pedrito. Esta aceptó la mano de Tiburcio porque se apellidaba Rodríguez y rogó a Micha quisiese con su esposo servirle de padrinos. Así fué. En el primer fastidio, Pancha llorando: "Señora, este hombre tiene sus malas genidades. ¡Y yo me casé con él por el apellido!, que me parecía que sería tan bueno como el señor don Pedro". "Hija, dos Pedros Rodríguez no nacen; no pidas esa rareza. Confórmate con que es honrado y trabajador, y verás cómo te va bien". Así fué; nunca más se alteró la paz, prometida por su ahijado a don Pedro.

### **6.34 – EXILIO DE DON PEDRO**

Tiburcio vino al llamado de don Pedro, lo peinó y lo afeitó con gran solicitud y afecto. Pero también lo decidió con su charla, muy segura e informativa como decía él, a irse. "Yo señor entro a todas las casas de los señores y oigo sus planes. Váyase esta misma tarde al campo; después tal vez no podría. Estamos sobre un barril de pólvora. La familia, mientras tenga a su jefe en salvo, no será afligida. Váyase". Don Pedro le agradeció y le prometió irse. Más tarde el señor Lara llegó afligido: los Padres de San Francisco mandaban prevenir a don Pedro que se fuera. Ya desde las tres no hubo sino esa preocupación, con espantosa ansiedad de Micha, Fe y las personas adultas de la casa.

Don Pedro habló con Mariano Cuéllar, su mozo de confianza. Este colla samaipateño, conductor de arrias, hacía tiempo tenía pieza en la quinta, sueldo mensual, etc., trabajase activamente o descansase. Era el indicado para esta confianza: adicto, inteligente, agradecido, pero como paseandero; no se lo veía tan cerca de la persona de don Pedro como Pastor u otros.

Micha, por su parte, le habló con lágrimas encargándole la vida de su esposo. "Pierda cuidado señora, que espero en Dios y la Virgen que no les hemos de dar el gusto de tener en su poder al patrón". Salió de casa, fué a la quinta y arregló su cabalgadura con todo lo necesario para un largo viaje por caminos solitarios. Fué a emboscarse al Norte,

donde concluía la población, en el sitio convenido de antemano con don Pedro. A la hora de la cena, había toda la claridad de diciembre a las seis de la tarde; la puerta estaba como de costumbre cerrada. De repente se abrió y salió don Pedro rápidamente hacia el Norte, con poncho, botas granaderas, sombrero de «saó», de paja de anchas alas. ¡No había remedio, el pájaro se escapaba por la misericordia de Dios!

La Petronila atravesó también la calle, a prevenir a las Durán de parte de Micha para que rezasen por el buen viaje. El centinela que vigilaba la casa era a su vez vigilado por las beatitas, quienes notaron que esta guardia la hacía desde muy temprano; señal de que intentarían el asalto esa noche. Que se frustró, pues había visto muy claramente que se les fué al campo.

Todos los niños de Micha tenían los rostros hinchados de la fuerza de la tos de ahogos. Josecito, que vestía tunicuitas de tartán a cuadros blancos y colorados, resistía valerosamente la enfermedad; la india Mariana lo cuidaba y peinaba con trenzas el bonito cabello rubio, que más tarde le cortó Micha para encargar una cabellera para la imagen de Nuestra Señora de Mercedes de doña Melchora Giles de Mendoza. ¡Pobrecito, cada que tosía se ponía contra el suelo, casi de bruces, para que no lo oyeran, decía, los soldados de Ibáñez! Gran terror le había quedado desde ese día en que oyó tantos clamores y llantos por la presencia de los soldados en la casa. También tenía miedo al «bochéago del afeno» (el murciélago del infierno).

Micha sentía que esta india de mal genio así hubiese aterrorizado a la pobre criatura, pero no podía remediar nada en espera de más dolorosos sucesos. La salida de don Pedro debe haber sido el 21 ó 22 de diciembre pues casi inmediato fué el Golpe de Estado.

### 6.35 – LA «FEDERACIÓN»

El 25 de diciembre a las 12 del día llegan corriendo las dos beatitas Durán: "Micha, huye, ocúltate, nosotros recogeremos a los niños". Estaban enloquecidas de terror y del brazo, tal como estaban en traje de casa, arrastraron a Micha y Fe y las entregaron a Lorenzo el albañil que las hiciera pasar a la casa vecina, por el pasaje que él sabía. Las Durán sólo sabían que se había declarado la Revolución, proclamando la «Federación» y que los soldados corrían en todas direcciones, sorprendiendo a los que huían.

Con el susto y la pena que pueden suponerse pasaron al fondo del señor Chávez. A su derecha tenían un tendal o galpón en que había colocadas muchas hormas para blanquear azúcar y a la izquierda gran cantidad de hormas vacías en el patio. Al verlas, las sirvientas las saludaron con el mayor cariño; aún cuando ellas no pensaban moverse de allí cerca del agujero, tanto para no molestar como porque pasado el primer momento pensaban regresar a su casa. Pero la prudente doña Chepa dijo a Micha que convenía que se recogiera a la pieza de ella siquiera, para evitar las miradas indiscretas de los sirvientes y peones de la estancia, de los cuales algunos habían venido a servir en tanta solemnidad como la que había.

Se recogieron a la piecita de esta buena mujer. En la pared tenía una estampa de Santa Bárbara recibiendo el martirio mientras un río de gracia descendía del Cielo a bautizarla. No duraron mucho allí, porque al momento vino la dueña de casa en traje de seda azul, acompañada de su hija adoptiva vestida de blanco con cinturón rosa. Doña Benicia explicó a su querida amiga y parienta Micha el momento feliz en que estaban diciendo con dulzura que el Niño no permitiría que les sucediera nada.

Era 25 de diciembre. Hacía media hora que habían vuelto de la iglesia con la imagen del Niño Dios que se veía ahí en el testero del salón, en un alto y bien adornado Nacimiento lleno de flores, frutas y figuras. Toda la numerosa familia de los Chávez,

descendientes de Ñuflo de Chaves, estaba presente. Doña Natalia, hermana de doña Benicia con sus seis hijas, esposa de don Pedro Mendoza; Manuelita Chávez, prima de Melquiades Barbery o vecina suya; Dolores Flores la vecina; hombres muchísimos y sirvientes de todos tamaños; el hermano de la señora, Ruperto Morales, y el sobrino, Angel Marcó, que vivían en la casa.

Tres salones grandes atestados de caballeros y señoras. Pues además de ser la fiesta del Niño Dios «de la casa», era el cumpleaños de la niña de la casa, que se llamaba Manuelita y llegaba ese día a sus 15 años. La habían vestido de traje largo con cola de señorita, y era bonitilla. Fe recordaba a esta niñita, a quien veía una o dos veces cada año, desde que estaba en el barrio; ir con doña Benicia a la visita de Pascuas a su casa, vestida lujosamente y con joyas. Sobre todo le llamaban la atención los pendientes de perlas y diamantes que llevaba en las orejas y que le caían hasta el hombro. ¡Qué dulce paz en la dueña de casa, qué amabilidad la del viejito en obsequiar y divertir a todos los convidados! Y esta niña, ¡cuán cariñosamente acogía a sus afligidas vecinas!

No hubo remedio. Angelito Marcó se había largado a la calle a pescar novedades y trajo a doña Natalia y a toda la concurrencia con qué corregir su optimismo. Sobre todo el de su tía, que llena de bondad no daba entrada en su corazón al recelo de nadie. Para las pobres fugitivas, era un tormento la publicidad que no habían esperado; ellas con trajes de casa de percal café oscuro, en medio de ese lujo de comedor, del salón, de toda la casa

Las noticias eran que se había declarado la Revolución para federalizar a Santa Cruz, independiente del resto de la Nación. Tres eran los jefes nombrados: Andrés Ibáñez, Melquiades Barbery y Montenegro, el famoso ladrón. Pertenecían también al grupo de las autoridades los dos militares secretarios del General Pérez; uno de ellos se apellidaba Valverde y se habían plegado a la Revolución, junto con el peruano Tueros. Estaban también en la cosa: don Miguel Arredondo, a quien Micha había calificado en una ocasión no lejana «el pie de la honradez»; Durán Canelas; Fabio el paraguayo; Benjamín Urgel, y otros. El General Pérez estaba preso, con algunos rematadores de diezmos. La casa del Cónsul argentino don Angel Costas estaba ocupada militarmente por un piquete de soldados.

Había noticias alarmantes: soldados estaban recorriendo la ciudad pesquisando para tomar presos a algunos de los fugitivos, que habían creído en la estabilidad de las Garantías de Pérez. Micha rogó a su amiga le proporcionase un refugio; doña Benicia hizo colocar una escalera provisoria a un tumbadillo, o depósito de granos, cuyo suelo lo constituía el cielorraso del zaguán y de las piezas que daban a la calle. Con gran susto, Micha y su hija subieron a refugiarse en ese oscuro depósito de arroz en chala.

### 6.36 – EN EL «TUMBADO»

Micha, para estar más oculta, subió al cielorraso de la sala de entrada y se aseguró de que, en caso de arceciar el peligro, todavía podía bajar a otro cielorraso más oscuro, el de la pieza contigua a esa sala. Fe no quiso que fueran más allá en su exploración, pues creía que el terrible calor del 25 de diciembre podía sofocar a alguna de las dos. Se oía el repicar de las campanas anunciando el triunfo, sin ataque, de la Revolución.

Los dueños de casa y toda su parentela estaban ocupados en informarse. Al fin creyeron que todos los pesquisas se recogían a su Cuartel. Desde el rincón oscuro en que se habían refugiado, llena de terror Fe vió llegar a un hombre que, deslumbrado con la luz de donde venía, no las veía en la oscuridad. "¡Ay!" dijo a su mamá, "ya está ahí Montenegro". "¡Jesús nos asista!" contestó Micha asomándose, y reconoció a Angel Marcó, el sobrino mimado de la casa, que sonreía al descubrirlas y les rogaba, de parte

de su tío Miguel, que bajasen, que ya no había peligro. Bajaron con mayor fatiga y susto que aquél con que habían subido, por la inseguridad de la escalera.

La bondadosa doña Benicia les limpiaba las telarañas y el polvo con su rico pañuelito bordado; quieras que no, las llevó al sofá del estrado de su salón. Las visitas se renovaban; todos saludaban a Micha compadeciéndola y augurando que no se molestaría a nadie. ¡Quiera Dios! Montaña, Rómulo Arano y otros pasaron en visita de Pascuas; después obtuvo Micha de la dueña de casa permiso para retirarse a las piezas interiores, pues temía de un momento a otro la visita de Ibáñez. Pese a que, según confidencia aseguradora de don Miguel, tenía Andrés que respetar su casa a fuer de agradecido, pues lo tuvo oculto algún tiempo allí; según daba a entender, después de la batalla de Los Pororós.

### **6.37 – FIESTA DE NAVIDAD**

La llevaron al comedor, que los comensales del gran banquete habían desocupado. Al entrar vió Micha a su patrón el arcángel amenazando al Demonio, en una estatuita colocada sobre el aparador de la cristalería, frente al asiento que de ordinario en la mesa ocupaba en la mesa el señor Chávez. Allí le hicieron guardia de consuelo Manuelita Chávez Salvatierra, la prima de Barbery que aseguraba que nada diría; era como de 50 años, madre o tía de la romántica Parmenia. Dolores Flores también hacía sus propósitos de no decir nada.

Las fugitivas no podían cerrar puerta ninguna. Tras la puerta del comedor que daba a un saloncito invadido también por la concurrencia, vieron que llegaban más intensas aún las voces de los convidados. Habían preparado un lunch en los dos salones, dejando el comedor para refugio de la parentela de más confianza.

Más tarde Micha distinguió la voz de Melquiades en los brindis. Ya estaba fuera de sí don Melquiades y decía cosas gruesas, como aquéllas que ya eran su refrán o estribillo: «Santa Cruz necesita un bautismo de sangre». Avergonzada la Manuelita de que hablase «en fiera», como dicen los franceses, venía a rogar a Micha que no le hiciera caso, que eran cosas de la mala chispa. Sólo que hubiera dado algunos pasos don Melquiades, las hubiera visto, pues todas las puertas del comedor estaban abiertas y los dueños creían tener así más segura su morada, pues que de ninguna de sus acciones tenían de qué avergonzarse ni que se les reprochase; nadie, en conciencia. Nada tenían que ocultar ni temer.

### **6.38 – CARMEN LANDÍVAR**

Por la noche les destinaron la habitación que allí ocupaba Carmencita Landívar, una distinguida joven pobre y virtuosa. Todas sus hermanas se habían casado; ella era bonita, podía haberse casado regularmente, pero ahora prefería servir a Dios y aún rara pretención en una joven cruceña aspiraba a ser religiosa. Sólo se contaba entre el número privilegiado de las clarisas Margarita Camacho; era la única vocación religiosa, y no del todo cruceña.

La Carmencita era muy simpática; les comunicó que, en vista de sus deseos, el P. Tomás Rosioni la había puesto en relación, por cartas, con las clarisas y con las carmelitas de Cochabamba. Ella se había inclinado al Carmelo; mas pedían una dote elevada, y en la conquista de esta dote estaba empeñada de este modo: servía de dependiente en su tienda a doña Aurora de Candia. Esta piadosa colla estaba contentísima porque Mariquita Bascopé, hija de su primer matrimonio, también pensaba en la vida religiosa y así pasarían los años hasta que la extremosa madre «criase» valor

para contentar a Mariquita. Depositaba los ahorritos de su sueldo y esperaba un auxilio extraordinario, bien merecido por su inteligencia y fidelidad en su oficio de tendera.

Por la noche llegaba rendida. Cenaba según el método que ensayaba para ser Carmelita: hacía sus oraciones, conversaba un momento con sus huéspedes y por último hacía la lectura espiritual. A las cuatro de la mañana ya se la veía en oración mental; media hora después iba a misa a San Francisco, de modo de estar a las 6 en casa de Candia. Todos estos sacrificios iguales y diarios hacía esta niña.

Por ganar más, sabemos que más tarde abandonó la casa de Candia; el empeño de tener más pronto la dote fué ocasión de perder lastimosamente su vocación... pero era así, virtuosa, en la época que referimos. Sus huéspedes la miraban como a un ángel bueno y se consolaban de que ella orase por sus necesidades. Pasaremos en revista a esta edificante familia.

### 6.39 – DON MIGUEL CHÁVEZ

A la fecha don Miguel llegaba a los 90 años. Se levantaba al amanecer, hacía sus oraciones en el salón y después se sentaba en el corredor del primer patio a leer algún libro religioso. Tenía un Nuevo Testamento en varios tomos, con comentarios de los santos padres griegos y latinos; Fe recuerda algo del Apocalipsis, con sus láminas y comentarios excelentes. Otro de sus favoritos era «La Corte Santa», una historia de los pontífices y reyes y reinas santos.

Hablando de sus lecturas, dijo un día a Micha: "Señora, recién tengo tiempo de instruirme. Mi juventud la pasé huérfano de padre; mi madre, muy aflijona por todo lo que pesaba sobre ella, no me dejaba descansar. Llegaba a comer y apenas me entregaba a un merecido reposo, después de la faena en que trabajaba a la par de los peones, que eran pocos, para animarlos, ya mi madre tenía algo que mandar. Volvía y ya oía a la afligida viuda: «Demonio, ¿cómo estás tan tranquilo si va a llover?» Ya salía el demonio a hacer recoger los cueros de azúcar. Volvía sudando; ahora sí, reposaré un rato... «¡Demonio, estás ahí? ¡Ay! acaban de avisarme que una vaca se ha despeñado...» y allá iba el demonio a sacar la vaca. ¿En qué tiempo podía aprender?" El episodio de la liberación del degüello, en la función del 15 de agosto en que actuó él como denunciante, lo tenía muy presente así como la casa del Oídor Ibáñez, donde iba a ser la matanza.

Casado en primeras nupcias, perdió mujer e hijo. Permaneció mucho tiempo soltero; haciendo su fortuna, festejando siempre la fiesta del Niño Dios, jugando alegremente en Carnaval, cumpliendo con la Iglesia en Cuaresma y trabajando siempre en la labranza de sus campos y pastoreo de su ganado. Otra comunión hacía para San Miguel y la de fin de año, al Niño Dios. Mientras tanto las señoras Neiras, unas solteras alrededor de la viuda, iban educando a sus sobrinitas que él, medio pariente, veía con agrado. Hasta que un buen día pidió la mano de Benicia, joven agraciada, alta y de maneras distinguidas. No les concedió Dios herederos de sus virtudes. Benicia padecía de los nervios; largas temporadas de neuralgias y melancolías, al verse sola en esa casa grande. Pero poco a poco ambos comprendieron que la caridad podía traer alegrías a su helado hogar. Favorecieron a doña Natalia su hermana, tomándole el hijo mayor para educárselo; vivía allí como un hijo. Don Miguel tenía en calidad de tal a Ruperto, hermano menor de su esposa que los respetaba como a padres y vivía ahí. Hacía poco lo había hecho viajar por el Pará, de donde trajo muchas novedades en cuadros, estampas, muebles, útiles y un acordeoncito para tocar con una mano, de una o dos octavas de teclado. Las hijas de doña Natalia eran bien mimadas; pero «la hija» de la casa era Manuelita, como ya hemos dicho hija de la finada Constancia.

Además de estas obligatorias caridades, don Miguel tenía un ramo especial para ejercer su beneficencia: compadecía y ayudaba preferentemente a las personas que, después de haber tenido, caían en pobreza. Así tenía en ese momento a una anciana doña María en una de las salas que daba a la calle, atendiendo como portera de esta tranquila casa las ventas de azúcar al por menor. La delicada señora había pedido a su protector que le hiciera instalar un telar para tejer lienzos de hilo que hilaba; el bondadoso don Miguel la había complacido, para que se creyera como en su casa. Doña María tenía 80 años; don Miguel había reprendido a muchas sirvientas por no haber llevado el desayuno a su protegida.

Otros habitantes había. Carmencita tenía su pieza. Doña Chepa tenía allí abrigo a su virtud; se colocaba a trabajar sin cama y alguna vez hacía encargos de la tía Benicia. Estaban también la cocinera, sirvientas y sirvientes. Un hombre distinguido, el Coronel Medina, trastornado por desgracias de familia, se presentaba a comer y pasaba a la cocina a recibir sus platos; entraba y salía como de la familia, lo mismo que los peones. La distribución de carne era en gran parte afuera; cada semana se mataba una vaca y un cordero.

Después de leer en la mañana, don Miguel cerraba el libro cuando la delicada Benicia se levantaba para desayunar con él y la familia. Después montaba a caballo e iba a dar una vuelta a su hacienda; volvía para sentarse a la mesa, donde las delicadezas seguían pues de la comida que le gustaba, enviaba en el momento a Natalia y su sobrino Angelito. Así no hubiera sino una taza de leche, siempre les daría la mitad. Luego de comer pretextaba dormir siesta para llevar a sus afligidas huéspedes al salón bien cerrado, donde las entretenía con su amena conversación. Ruperto tocaba el acordeón y Fe los hacía gozar ensayando en el remedo de piano alguna piecita fácil, que Ruperto trataba de aprender. Por la noche, después de concluir los sirvientes sus tareas, se reunían en el salón y por turnos semanales, él o doña Benicia hacían coro al Rosario. A esa hora llegaba uno u otro de los parientes a cambiar las impresiones del día y se arrodillaba en la semioscuridad del otro saloncito, hasta que el rezo terminaba. Así era la vida de este generoso patriarca, semejante a Abraham como su mujer a Sara.

#### 6.40 – LA CASA DE LOS CHÁVEZ

Los cuadros de la sala eran de santos y asuntos religiosos: Nuestra Señora de Dolores, San José, San Antonio, San Luis Gonzaga; y, una sorpresa para Fe, una estampa de César Augusto coronado de laurel, con apariencia de joven imberbe y el rollo de sus «Comentarios» en la mano, muy en sitio de honor haciendo «pendant» con San José. Fe se acercó: "¡Pero si éste es César!". "No" dijo la dueña, "es San Agustín. Por la gran devoción que le teníamos encargamos a Ruperto que nos lo trajera. ¿Ves? ahí está el letrado". Efectivamente, con elegante letra gótica decía «Santo Agostinho». "¡Este es César!" insistió Fe; "San Agustín fué santo más tarde que la edad que representa éste, y es obispo; no tiene corona de laurel..." La inteligente Benicia replicó: "La corona de laurel la llevó en Milán". Micha hizo seña a Fe que se conformara.

Un álbum muy bonito contenía estampas de muchos santos. Una alcuza tenía en cada botellita una vara de nardo sencillo. Micha, compadecida, indicó a su amiga que era utensilio de comedor, no de salón. Agradeció la bondadosa señora con encantadora sencillez; también la había traído Ruperto.

La Diego dió en «comprarle» azúcar a doña María, como pretexto para traer las noticias y cartas de don Pedro y de las Durán. También vino el Padre Querubín a hacer su visita de Pascua a los señores de la casa; prevenidas Micha y Fe, entró él hasta el saloncito de Carmen y allí le pidieron el favor de que las confesara, por lo que pudiera



sucedir de un momento a otro. Pues el estado de cosas se agravaba cada día, con la indiferencia del Gobierno Nacional. Se confesaron el día de Reyes con muchas lágrimas. Esto les fué de gran consuelo; desde entonces, el principal cuidado era no aborrecer ni desear mal a los enemigos, para conservar la gracia y poder recibir la muerte con esperanza de hallar a Dios satisfecho.

#### 6.41 – VISITA DE DON ANDRÉS

En esto llegó otro motivo de sobresalto: Ibáñez anunció al señor y señora Chávez su visita de un momento a otro. La hizo; fué recibido en el saloncito, justamente separado por todo el patio pero frente a la pieza de Carmen donde se alojaban Micha y Fe y que, según costumbre nada extraña en ausencia de Carmen, permanecía cerrada. Doña Benicia, contando después esta visita, lo había hallado de una alegría intempestiva. Se sentó en la hamaca y no tenía sosiego; reía casi sin asunto y la buena señora decía para sí ¿qué estarás urdiendo? En la misma semana anunció otra visita; los dueños de casa dispusieron pasar ese día a sus huéspedes a la pieza de doña Chepa la sirvienta, al 2º patio, para que la sala de Carmen estuviera abierta como para barrer, pues habían creído notar que daba sus miradas a la pieza cerrada y aún temían que tuviera la genialidad de atravesar el patio.

#### 6.42 – REZOS DE MICHA

Así se hizo. Micha y Fe lo pasaron rezando. La visita duró hasta cerca de las seis. Micha había aumentado mucho más el número y variedad de sus preces en esta casa, obligada a estar encerrada con sólo la luz de un pequeño postigo. Rezaba (coser no podían) a los santos ángeles custodios de don Pedro y de todos los que lo hospedaban (a cada ángelum pater, ave y gloria); a cada ángel de sus hijos y de las personas que los ocultaban; idem a los de quienes la ocultaban a ella; a cada custodio de Ibáñez y de todos los que le ayudaban, de los soldados y de los partidarios; a los ángeles de cuantos pasaban por su memoria; a los santos de los nombres que llevaban cada una de esas personas; un avemaría a todos los títulos y advocaciones de la Santísima Virgen que habían llegado a sus oídos, tales como los que su padre solía recordar: Nuestra Señora da Saude, do Viso, da Ayuda, da Gloria, da Aparecida, etcétera. Todas las advocaciones de uso en el país: del Carmen, de Mercedes, Piedades, del Rosario, la Bella, los Misterios de la Virgen, su Concepción, etc.; los títulos de sus santuarios célebres: Guadalupe Copacabana, Cotoca... y así era de larga la lista de avemarías. Los pensamientos de Fe, Confianza y Amor a Nuestra Señora adormecían sus angustias mientras oraban.



Micha 1880

Una mañana preocuparon a la familia los decires de Angelito y Ruperto, que habían recogido paseando por un lado y por otro. Se sabía que dos señoras bajitas y vestidas de oscuro moraban en su casa, o más bien en la casa paterna de los Chávez, y que llevaban ese luto por el Comandante General Romero; detalle que indicaba el partido no-ibañista a que pertenecían las huéspedes. En realidad, Micha y Fe vestían de oscuro para ocultarse mejor en la sombra. Ibáñez proyectaba una gira armada a Vallegrande y pueblos vecinos hacia el interior, para asegurar partidarios; mientras él dirigiera esta expedición, Fabio el Paraguayo quedaría a gobernar con plenos poderes.

#### **6.43 – LAS TERTULIAS DE LOS RIBERA**

Cuando las visitas no eran extrañas sino de parientes, don Miguel solía cruzar con ellos al atardecer a la casa de enfrente, donde su sobrina Juanita Ribera de Mérida, presidenta de la Beneficencia y comadre de Micha. Don Miguel iba a las cuatro «a ver coser en máquina». En cuanto llegó una partida de máquinas compró una para Manuelita, pero ella estaba todavía aprendiendo; no cosía como Juanita chica, la sobrina o hija adoptiva de la de Mérida, ni como Chepita, la fina y delicada esposa de Teodosio Ribera; esta Chepita era Suárez, de buena cepa.

Allí se reunían la mar de sobrinas: las hijas de don Bernardo Ribera, la graciosa e inteligente Belisaida, la hermosa Elisa y sus hermanitas, niñas huérfanas de madre y bien quistas en la sociedad; las otras dos adolescentes de don Nicolás Ribera, Ester y Eloísa; Carmen, la pálida hija de Chepita; y otras que recuerdo menos. Vecinas y vecinos terciaban en el comentario social cuando sus asuntos les daban tiempo a mezclarse en este reunión familiar diaria.

Allá fué ese día don Miguel, a participar a Juanita sus temores por la seguridad de Micha y Fe en su casa. Quedó convenido entre Juanita, Benicia y don Miguel que Micha, con un vestido de muselina claro de Chepita, y Fe, con un vestido corto muy conocido de Manuelita, pasarían al frente a ocultarse en casa de Juanita al cerrar la noche, a pesar del farol colocado en la puerta. Chepita cruzaría la calle como siempre lo hacía; Ruperto y Angel, de guardia, harían seña de los momentos en que no pasase nadie cerca, de modo que pudiera distinguir personas.

#### **6.44 – EN CASA DE LA SEÑORA DE MÉRIDA**

Así se hizo. Pasó primero Chepita con vestido oscuro y sencillo y tras ella Micha, que la representaba; eran de la misma estatura. Fe cruzó tras ellas. Entraron las tres por el departamento de don Teodosio, que estaba medio enfermo; y dispuestas las cosas, atravesaron el patio sin ser vistas por la servidumbre. Entraron por el comedor en los dominios de la señora de Mérida. Juanita chica, la valerosa Juanita que figurará en esta historia, pues era el brazo derecho de su tía, las llevó a un altillo cuya escalera de material daba a la puerta del salón que salía a la galería y jardín de esta bondadosa señora de Mérida. Este patio comunicaba por un pasadizo al segundo patio, donde estaba la servidumbre, el cual, con llave, no se abría sino en las horas en que sus servicios eran indispensables en el primer patio.

Subieron a la salita. Tenía puerta y ventana a un balconcito a la calle, frente al balcón de la casa de don Lorenzo Arano y su hermana. La pieza estaba sobre la antigua habitación de doña Juana Navas, que ocupaba ahora don Nicolás, y otra pieza baja alquilada a una negrita pulpera. Como que era la calle del Mercado. Las huéspedes se arrodillaron para dar gracias a Dios por este nuevo refugio que les proporcionaba. Vieron que Juanita había tapado en parte con periódicos las rendijas de las puertas, pero les previno de no encender luz sino cuando los vecinos se hubieran acostado. Tarde solía dejar el balcón del frente don Vicente Montaña... "ahora no hay que confiar en nadie".

La pieza estaba deshabitada; los dueños subían poco, sólo cuando había goteras para hacerlas componer. Bajo los pies se sentía la suciedad de los murciélagos. A la luz del farol del frente, que entraba por un postiguito de la ventana, se veían dos bancos, algunos baúles viejos y sillas antiguas de respaldo de cuero labrado. La cama debía

tenderse en el suelo y echar al día siguiente las frazadas en uno de esos cofres, para que en caso de algún asalto no dejar huellas de estar habitada.

Al día siguiente reconocieron mejor su morada. La misma noche Micha tomó uno de esos monumentales sillones, lo rodeó de lonas, que las había en abundancia, y encendió una vela bajo esa toldería. Fe se asustó de que fuera a notarse la luz, pero pronto se convenció de que más claro estaba afuera, con sólo la luz de las estrellas, que en la habitación. Micha protestaba que no podía dormir si no sabía que había luz encendida.

#### **6.45 – RECUERDOS**

Allí estaban depositados los recuerdos de los dos esposos que fueron de doña Juanita. Crasword o Cransford, según los recuerdos del pueblo, era un joven médico inglés muy acertado y muy amable, quien pidió y obtuvo de su madre la mano de Juanita cuando ésta sólo tenía 12 años. Juanita era notablemente bella, bellísima; ojos azules, suave expresión como de una virgen de Murillo. Conservaba todavía algo de su belleza ahora. El inglés murió de una enfermedad rápida, fiebre tal vez, un año a lo más después de su casamiento. Aunque no dejaba hijos, legó por testamento su fortuna a su esposa. Algo quiso disputársela el Ministro inglés desde la Capital, pero no pudo por haber asegurado Crasword muy bien el bienestar de Juanita.

Más tarde concedió la mano a don Miguel Mérida, militar y político muy sonado allá por el año 40, quien la rodeó de todo su afecto y estimación. Tampoco tuvo familia; y de acuerdo con él, Juanita adoptó a su sobrina, Juanita niña, hija de don Nicanor, que no conoció a otra madre que a ella. Por ello se encontraba en amigable consorcio, en la pequeña y sencilla biblioteca, sobre una mesa y junto a un trono de madera, una imagen de 40 cm de Nuestra Señora de Mercedes, obras de Medicina en inglés, libros de táctica militar, periódicos de la época del señor Mérida en que se contaban muchos cambios políticos, entre ellos la horrorosa muerte del General Yáñez en La Paz, perseguido por una pueblada. Estaban también las casacas bordadas en oro y las caronas y arcos de montar del señor Mérida.

Días después Juanita enseñó a sus huéspedes una entrada secreta que había sobre la pequeña biblioteca o estantillo de libros; era la entrada al cielorraso del salón de la señora de Mérida. Este postigo estaba disimulado por una lámina de madera a la cual estaba pegada una litografía con el busto de N.S. Jesucristo, de ésas que corren por el mundo con el letrero «Verdadero retrato de N.S. Jesucristo que mandó hacer el rey Agabo, etc.», o que Jesús mandó hacer al mismo príncipe porque deseaba verlo en su reino. Colgado este sencillo cuadro de un clavo fuerte, disimulaba la entrada. Allí había estado oculto una vez un político muy amigo. Esto era para un caso de apuro.

#### **6.46 – OTRO «TUMBADO»**

Pronto llegó este primer ensayo por causa del albañil retejador, que como en casa de las Seoane aseguraba que debían haber goteras en esa pieza alta. "Nicolás ha salido; vuelva mañana y vea si hay goteras. Aquí en el salón y en nuestras habitaciones los cielorrasos no tienen mancha; del cuartito no respondo que no hayan goteras, pues para guardar cachivaches lo mismo abrimos hoy que dentro de tres meses". Con un discurso semejante la señora de Mérida aplazó la entrada del comedido albañil.

La Juanita hizo entrar a las dos ocultas en el entretecho del salón, donde sobre dos vigas habían dos tablones atravesados que formaban una tarima para sentarse. Allí estuvieron unas tres horas, hasta que el hombre entró a la pieza de los cachivaches; allí la cuidadosa Micha había esparcido puñados de suciedad de murciélago, que no podía

por menos de convencer a cualquiera de que nadie había habitado. Juanita dió el aviso pasado ese momento, y salieron.

Seguían con la devoción de oír misa de lejos. Micha añadió a todos sus rezos la Novena diaria de Nuestra Señora de Mercedes, que la sabía de memoria. Una sola vez, al oscurecer, subía la Juanita a llevarles un plato de comida (algún guiso) y un tachito de chocolate en leche. Solía la señora de Mérida hacer guardar, a la hora de la merienda o cena, que era a las cinco de la tarde en su casa, un plato del más gustoso guiso que hubiera, para obsequiar a cualquiera de las sobrinas jóvenes que llegaban más tarde a la reunión familiar. Don Nicolás acostumbraba tomar chocolate a las nueve de la noche.

Las dos ocultas tenían tantos motivos de sobresalto que sólo la religión podía suavizarlos. Como no tenían ocupación, para hacer algo juntaban las hebras de cabello que se les caían en abundancia y guardaban los mechones en una cajita, tras la imagen de Nuestra Señora de Mercedes, para hacer después una cabellera al Crucifijo de la Catedral. Fregaban las medallas de sus rosarios y rezaban hasta que les dolía la garganta, aun cuando todo era en secreto, con voz apenas perceptible.

## 6.47 – TERRORISMO

Una noche, oscuro ya, Juanita trajo noticias. Ibáñez acababa de encarcelar a don Pancho Landívar; decían que lo había puesto en capilla para fusilarlo a la madrugada por haber encontrado a ese pobre caballero conspirando o desaprobando la Revolución. Era de helarse, porque don Pancho era el único sostén de su esposa y de sus tiernos hijos. Contaba también que de todas partes llovieron invitaciones a la Presidenta de la Beneficencia para que pidiera al preso; la señora de Mérida reunió a las socias que se encontraban y se dirigió en corporación a casa de Ibáñez.

Las recibió, pero les recordó que le habían negado los fondos de la Beneficencia. Dijo que consultaría al Triunvirato acerca del preso; que él partía, dejando sus poderes a Fabio el Paraguayo. Micha y Fe pasaron la noche encomendando el alma de don Pancho.

En tiempo de paz, la señora de Mérida acostumbraba cenar a las cinco y salir inmediatamente los más de los días a una quintita que poseía hacia el Norte, en el barrio pobre que daba al camino del Piray. Llevaba también a sus sirvientitas, después de haber despedido a la cocinera, que dormía fuera de la casa. Ahora encontraba mayor razón de hacerlo, para que sus huéspedes bajasen al jardincito sin testigos indiscretos. Pero Micha no aprovechaba sino rara vez para salir de su encierro; ¿qué les podía agradar de flores ni comodidades? La misma Fe, en una edad más necesitada, enfrentó más como sufrimiento moral el mantenerse sin comida. Sólo comía dos cucharadas de guiso una vez cada 24 horas y no experimentaba necesidad ninguna de comer o beber. Micha lo mismo. Juanilla se afligía de sacar intacto el único plato que traía.

Una noche cerca de las ocho Micha oyó un rumor desacostumbrado en la calle. Se asomó con precaución y vió, entre la gente que se arremolinaba ante la casa de don Miguel, algunos soldados de gorra blanca. "Se nos busca" dijo a Fe, señalando con angustia la calle. Fe vió lo mismo. Tiró a su madre del brazo para que subiera a la mesa y de allí, por el postigo, a refugiarse en el cielorraso del salón. Ya ambas estaban sobre la mesa cuando sintieron dar vuelta la llave que traía la Juanita, quien con voz entrecortada por el terror les dijo: "A eso venía yo, a advertirles que se oculten bien. En este momento dicen que los soldados tratan de llevarse preso a tío Miguel y están requisando su casa". Todo esto dijo mientras colocaba el cuadro ante el postigo y arreglaba, en desorden, el cuartito.

Casi desmayadas de terror se sentaron sobre el tablón atravesado sobre las vigas, sin querer pasar más al interior por no quebrar con sus pasos el silencio del cielorrasso. Micha abrazó a su hija como si la amenazaran a quitársela, y dijo: "Virgen Santísima de las Nieves, favorecednos y por vuestro santo nombre libradnos".

Quedaron en un silencio que contenían aún la respiración; prestaban atención... Oyeron animadas voces en el salón, después ruido de pasos y voces por los corredores de la casa; el rumor desaparecía... Volvió a oírse como que venía por el interior de la casa. Sin decir nada comprendieron que andaban requisando también la casa de la señora de Mérida. Se oyó ruido al pie de la escalera; el Señor permitió que oyeran esta palabra clara: "...ya estamos cansados". Después cesó el ruido y siguió un profundo silencio; pero las fugitivas no se atrevían a cambiar de postura de miedo del centinela, que podía haber quedado en la escalera.

#### **6.48 – LA LUZ DEL CIELO**

Poco a poco Fe se incorporó y notó con extrañeza una luz, como la que da la Luna cuando está parda, es decir entre nubes. Miró hacia el techo y no vió agujero ninguno por donde pudiera filtrarse tan agradable claridad. Observó las soleras, por donde podía notarse la iluminación de la calle en una noche de fiesta: nada se percibía de allí tampoco. Entonces miró a Micha y la distinguió perfectamente sentada a su lado en el tablón, al parecer orando. Fe empezó a distraerse inclinando la cabeza y el busto para notar su sombra en el suelo, como si fuera la luz de la Luna. Después de varias experiencias preguntó a Micha si notaba la luz. "Sí, la veo", contestó inclinándose también y produciendo su sombra en el suelo de modo que Fe la viese. Favor era éste del Cielo para distraerlas de los pensamientos de terror, del amanecer que temían. Largo rato pasaron orando interiormente. Después oyeron el pestillo de la puerta, que abrían con precaución; aguardaron resignadas lo que Dios quisiera hacer de ellas... Unos pasos muy quedos se acercaron con precaución a la mesa de la biblioteca; en la oscuridad, Juanita las llamó con voz muy baja. Empujó Micha el postiguito que tenía cerca y, sin distinguir a la valerosa joven, le preguntaron "¿Hay luz en la calle?" "No, ¿qué luz va a haber?" "¿Y Luna?" "No, tampoco hay Luna; es una noche oscurísima, no se ven ni las manos. Yo por precaución he vestido un traje oscuro de mamá. Si no fuera una noche tan oscura no me hubiera atrevido a subir, temiendo que hayan soldados espías apostados en los techos" En seguida, con voz temblorosa y perdiendo a veces el aliento por la emoción y la pena, contó.

#### **6.49 – PRISION DE UN NONAGENARIO**

Como de costumbre, hacia las ocho estaba la familia Ribera reunida en el salón, conversando: el Canónigo Ribera, la dueña de casa en su sillón de hamaca, Juanita al pie de su máquina, Josefita la esposa de don Teodosio en el sofá, algunos sobrinos y sobrinas. De improviso, un indiecito enviado por Ruperto les avisa que ha llegado una patrulla de soldados a requisar la casa del señor don Miguel Chávez, buscando a personas allí ocultas. El susto o alguna impresión semejante producía a la señora de Mérida un dolor a la cadera, como de ciática; allí estaba en su sillón, quejándose con angustia, mientras la familia toda se asomaba a la calle ansiosa por el querido anciano tío, a cuyos delicada salud era capaz de dañar este atropello. El asombro llegó al colmo cuando oyeron que lo llevaban preso al Cuartel... Como hemos visto, a la primera noticia la advertida Juanita había corrido arriba para asegurar mejor a sus huéspedes.

Al volver le dieron la triste noticia de que se llevaban al caritativo anciano don Miguel, como a un malhechor... Acto continuo, se presentó Arredondo (el antiguo «pie de la honradez») con el «Coto» (Facundo) Suárez, pidiendo a la señora de Mérida por intermedio de su hermano el Canónigo, que estaba a la puerta, requisar su casa. "¿Usted por acá, señor Arredondo?" le dijo el Canónigo con ironía. "Necesidades del servicio público", murmuró el interpelado.

Mientras tanto, la señora de Mérida, tomada de sus dolores, le decía al «Coto» Suárez: "Pueden pasar, ¿qué van a encontrar ustedes en casa de una persona que hace veinte años se retiró a llorar su viudez? (Hizo seña al Canónigo) Acompaña a estos señores a visitar la casa, pues que este mal no me lo permite..."

El Canónigo echó a andar. Iban también los otros dos hermanos, Juanita con un manojito de llaves y un candelero de plata con una vela encendida. Seguían las sirvientitas, medrosas a vista de la patrulla de soldados; entre ellas había una opa muda. Chepita había quedado en el salón con su respetable cuñada; sentada en el sofá del estrado, dirigía sus miradas a la Santísima Virgen del Consuelo, cuadro que desde el tiempo de la Colonia era la devoción de esa Casa de los Chávez y ocupara el sitio de honor. Era una hermosa imagen de buen pincel, antigua; la Virgen tenía al Niño en los brazos. Cada año en agosto, en un domingo inmediato al 15, la llevaban a la iglesia y le mandaban decir una misa cantada y a veces novenario. Por estos rastros se conocía que esta familia adhería a la Orden de San Agustín; pues otra de sus devociones era a Santa Gertrudis, guardando el Cronicón o Libro de su Vida como preciosa joya familiar. Era un cuadro y una hermosa escultura «romana» de la misma santa.

Todo lo vieron los investigadores. Juanita guiaba y abría puertas, pasadizos, patios, piezas carboneras, etc. Lo que se les ocurría a esos «federales» para acariciar los oídos de la familia era decir: "Qué espaciosa casa, aquí uno se pierde; ¡qué adecuada sería para un cuartel!"

Por fin llegaron ya cerca de la puerta de la galería del patio que daba al salón. Uno de los oficiales dice: "por aquí he visto una escalera, sin duda irá al alto". La señora entre dos ayes dice: "Sí, hay un altillo, una piecita en que guardo las ropas y muebles viejos que pertenecieron a Mérida. Pueden pasar; yo poco voy, estará todo empolvado. Juanita, busca la llave" Juanita tenía esa llave guardada en su pecho, pero muy animosa se dirigió a la muda: "Gregoria, tráeme la llave del cuartito de los muebles viejos". Corrió la muda, mientras la Juanita decía "No la tengo en el manojito porque poco la ocupamos". Volvió la muda diciendo que no la hallaba. "¡Pero ahí en la repisita, detrás de la virgencita...corre!" y mientras tanto, "Suban señores, ya vendrá la llave ¡Suban!" Subieron, el más animoso tres escalones de la escalera de material, y se baja: "¡Vaya!, no se moleste más señorita, ya estamos cansados". Las palabras «...ya estamos cansados» eran las que habían llegado a oídos de las dos fugitivas y les dieron alivio.

## 6.50 – SECUESTROS POR DINERO

La Juanita con su tío los acompañó hasta la puerta del salón, deplorando la prisión de don Miguel. Por precaución quedó aún mirando la casa de don Miguel, cuando uno de los soldados quedándose rezagado le dijo: "Niña, que la señora no esté tan confiada, no tardan en prenderla a ella también". El que así habló era un criollo joven que había sido peón de la estancia de la señora de Mérida. "¿Pero qué ha hecho mamá? Una señora viuda que no se mezcla en nada de este mundo, nada de política". "¡Si no es cuestión política ésta!" dijo el listo orejeta, "es cuestión plata, el que tenga plata será arrestado para mantener a la Revolución con sus bienes". Juanita le agradeció su interés, afirmando siempre la perfecta viudez de su tía.

Se trató el asunto entre los hermanos y se resolvió ir pensando dónde se retiraría esta piedra angular de los Ribera; pero no creían el asunto tan extremo. Micha y Fe, agradecidas, se despidieron de la buena Juanita, quien por si acaso no podía subir alimentos, al día siguiente trajo lo que encontró a mano sin llamar la atención.

Don Nicolás, el hermano de la señora de Mérida y padre de Juanita, había recogido otros datos sobre las causas de la pesquiza, que al retirarse uno de ellos le había sugerido. Decían que hubo una denuncia de la cocinera, que su señora apartaba todos los días en la mesa un plato de comida y lo guardaba en el armario del comedor; por lo que la cocinera juzgaba que habría aquí una persona escondida. Don Nicolás dijo que siempre su hermana guardaba ese plato para obsequio de sus sobrinas jovencitas, que a veces se sentían dispuestas a comer. Esta oscura noche Juanita tomó un tacho o chocolatera de barro sin uso y lo trajo lleno de agua fresquita, previendo la sed en tan incómodo y caliente entretecho. Eran días de fuego, a fines de enero. Trajo también dos empanadas de maíz con queso y cebolla; éste fué el alimento para el día siguiente.

Al rayar el alba supieron que don Miguel había pasado la noche en el Cuartel, sentado encima de una mesa, sin que le permitieran a este enfermo (tenía mal de orina) que le llevaran ni una frazadita. Para largarlo le pedían tres mil pesos. Los dió tres días después la familia; y si antes no lo sacaron, fué porque el Paraguayo estaba reglamentando los bailes y los colores que sería permitido utilizar en ellos.

#### **6.51 – LOS IBAÑISTAS Y LA MUJER CRUCEÑA**

Amenazó a la hija de la Arroyo, la rica comerciante del Beni, porque en su casa admitieron una serenata sin pedirle el permiso, y porque contravino la ordenanza de no vestir de rosa. La hija de un honrado y acomodado chacarero por el mismo delito estuvo a punto de ser azotada. Cuando iban a hacerlo, su padre ofreció el dinero que tenía para librar a su querida hija de que la hicieran desnudar. Estas noticias fueron a la mañana.

Si con sinceridad absoluta se hace esta relación, debemos decir que Micha esta vez había sacado de su casa y traía bien oculta su cortapluma de cabo de nácar, con tijerita y una hoja anchita y fuerte, fuera de otras cosillas que tenía la utilísima alhaja, regalo de don Pedro. Pues esa hoja la afilaba Micha con frecuencia, con todas las precauciones de una navaja, y solía decir a Fe, al concluir cualquiera de estas temerosas noticias y conversaciones: "De todos modos... yo no te entregaré viva en manos de los soldados. «Ésta» es para ti", y le mostraba la hojita de la cortapluma. Fe se resignaba a esta manera de preservación, pues de separarse de su madre sólo bañada en sangre debía ser. Si Dios dejaba de socorrerlas, aunque siempre esperaba en su poder.

#### **6.52 – BUSCANDO UN NUEVO ALBERGUE**

En esa siesta, siempre en el entretecho, Micha dijo a Fe: "Esta casa por lo visto ya la tienen vigilada los ibañistas, y con buenas ganas de destinarla a cuartel. Si la ocupan, como ya han hecho con la de don Angel Costas, ¿qué hacemos nosotras? Además la cocinera no será despedida por prudencia y seguirá con sus sospechas. Las dueñas de casa, comprometidas..." Contestó Fe: "Lo veo y ya padezco angustias al tener que salir. ¿Adónde piensa ir?". "A San Francisco" "Imposible, por nada admitirían mujeres en el recinto del convento". "No digo eso", dijo Micha, "sino al barrio de San Francisco, cosa de estar cerca para refugiarnos en la iglesia... por ejemplo, donde doña Eudoxia Granados, la viuda de tu tío Luis".

"Bien podríamos contar con ella, pero fuera de sus dos salitas a la calle, ¿dónde podríamos ocultarnos si su patio debe tener a lo sumo dos varas de ancho?". "El caso es

salir de aquí en cuanto oscurezca un poco y ya veremos dónde nos guían nuestros ángeles guardianes". Se pusieron a orar, poniendo ante Dios Nuestro Señor los peligros que habían corrido en sus salidas y la dura necesidad de salir. Comieron después la cuarta parte de la empanada, tomaron agua con cuidado de gastar poca, por si todavía duraba la reclusión.

Hacia las cuatro y media oyeron abrir la puerta de la pieza de los recuerdos. Sus corazones dieron un vuelco, sin duda otra requisa; estaban en el fondo del cielorraso, no se movieron, pero con los ojos fijos en el postigo. Se hizo la luz en él, y en ese marco vieron la rubia cabeza de Juanita que las buscaba.

Se acercaron con precaución; la joven apenas podía hablar, emocionada: "Acaba la recoversa «Pan de Arroz» de venir a la tienda de Nicolás (su padre) y le dijo que, estando ella en la Policía hace un rato, oyó dar la orden para que prendieran a mamá (la señora de Mérida) esta misma noche. Mamá tiene que huir y piensa dejarme aquí para que yo les haga la cocina y las cuide". "¡No, no!", dijeron a un tiempo las dos fugitivas, "¡es demasiado comprometerlas! Nosotras teníamos pensado salir hoy mismo en cuando oscurezca". "Juanita" agregó Micha, "tiene Vd. el deber de acompañar a la señora". La señora de Mérida, inquieta, había subido también; su humilde y suave rostro, desencajado, sus movimientos vivos, decían la agitación de su espíritu, sacado bruscamente de sus 20 años de vida pacífica y despreocupada.

Se acercó al postigo: "Comadre, le dejo a Juanita". "No señora, yo me voy en cuando oscurezca". "¿Adónde?" "No sabemos, adonde Dios nos gué" "¿No tiene mi comadrita alguna casa en vista?" "Ninguna, pensaba ir para los barrios de San Francisco, a rumbo...". "Pues entonces... comadre, huyamos juntas" "Bien señora, huyamos".

La señora de Mérida y su hija convinieron y explicaron cómo iban a salir. "Acaba Nicolás de escribir para prevenir a la persona donde iremos a ocultarnos. Tengo por los barrios de Jesús Nazareno una parienta soltera, mujer virtuosa, fea y trabajadora, muy de su casa. En casa no la habrán visto porque sólo me hace una visita cada año, por Pascua. Yo la ayudo con algún regalito, vestidos para ella y su sirvienta, y me está siempre agradecida. Seguro que nos admitirá con gusto. Esto hemos convenido, comadre, para no dar sospecha de que sabemos el asalto: esta tarde, después de comer, armaremos a vista y paciencia de la cocinera la salida de paseo con todas las sirvientas a la quintita, como de costumbre. La patrulla esperará nuestro regreso para prenderme, y yo no regresaré; sino que, dejando a las sirvientas en la quinta encargadas a la mujer del quintero, tomo con Juanita la calle más adelante al Norte «para visitar a una pobre» y Nicolás, a lo lejos, nos lleva por calles extraviadas. Pasamos por San Francisco, torcemos hacia Jesús Nazareno y llegamos a la casa de Marica, todo esto a media tarde. Mientras tanto, ustedes se disfrazan de lavandera e hija de lavandera; ya dejamos en el comedor un atado con frazadas y sábanas, preparado para que lleve la lavandera, una tutuma y una botella con un poco de anisado para que lleve la hija".

"¿Y los disfraces?" "Entre día y noche, poco antes de que oscurezca del todo, pues registran a toda persona que sale de noche, vendrá Nicolás y por su pieza hará salir a la lavandera y su hija. Y tomando él por la calle en sentido opuesto al que sigan ellas, les saldrá por donde Bartelemy para guiarlas, tomando la calle de San Andrés. El irá a distancia, cuiden de no perderlo de vista".

Se fué la señora y su hija a ultimar los preparativos y la cena. Chepita con don Teodosio habrían de refugiarse entre los Suárez, en Asusaquí. Micha y Fe, aliviadas, se recogieron para dar gracias a Dios y orar por sus generosas amigas. Al oscurecer bajaron al comedor. Allí arreglaron sus disfraces. Micha tenía pollera y bata café, con las mangas de vuelo que le permitían arremangarlas y dejar libre el antebrazo; los zapatos eran de cordobán, de la clase más ordinaria; pañuelo de algodón café, de los



más pobres. Fe tenía zapatos de cabritilla muy gastados, parecía descalza; una larga pollera blanca de la mudita planchada y desteñida, un pañuelo negro de fleco largo.

Allí estaba un hermoso cuadro a pincel de la patrona de la casa, Santa Gertrudis. Esta santa virgen tenía un libro abierto sobre su mesa, su crucifijo, su báculo abacial arrimado a la pared y, alzando su pluma con la derecha, señalaba con la izquierda su corazón, donde el precioso niño (el Verbo de Dios) rubio e inteligente, sendado en su interior, descansaba con la mano en la mejilla y el codo apoyado en la rodilla. A ella se encomendaron de rodillas.

Luego Micha echó en un platito un poco del vino dulce y generoso que habían dejado para que tomasen, con otros alimentos más; arañó el barro de una de las paredes del patiecito y, diluyéndolo en vino, se tiñó los pies y piernas, pues la saya debía dejar ver, a uso de las lavanderas, tobillos, brazos y cara. Quedó Micha desconocida. Hizo el mismo retoque a Fe y pronto oyeron los golpecitos que daba don Nicolás, previniéndoles el momento oportuno para salir por su pieza a la calle. Olvidaba decir que la señora de Mérida dió parte de su fuga a la vecina Dolores Flores, enviando a su casa a Ester y Eloísa, que quedaron con esta virtuosa señorita.

## 6.53 – LA HUIDA

Salieron las fugitivas y se dirigieron hacia la esquina, para atravesar la calle frente a la tienda de don Domingo Peredo. Allí estaba ya parado un centinela con espada al cinto y poncho pullo (es decir: de lana, colorado a rayas verdes, tejido de Guarayos). Micha, la pobre lavandera, pasó por delante; Fe con su tari y su botella se atrasaba, pensando si pasar por delante o por detrás; la voz ronca y vieja de la lavandera la sacó de su indecisión recordándole el peligro: "Caminá, Manuela". Fe pasó por detrás del centinela; su pollera almidonada rozó la espada y el centinela se volvió un poco, pero ella ya iba dos pasos adelante y las conversaciones de las recoveras del frente, con sus vecinos de la acera de don José Lino Torres, debían interesarle más, por lo que no hizo más caso de las dos mujeres pobres.

Estas llegaron a la esquina de su propia casa. Vieron a las Durán conversando con su padre y otra amiga, sin poderles revelar su fuga. En esto Fe creyó haber oído a don Nicolás que media cuadra adelante, por esa calle, él saldría al encuentro de ellas para guiarlas, y quería seguir al barrio de los herreros, al Norte. Micha decía que por la calle que iba a San Andrés saldría él, pues había tomado el rumbo hacia la esquina de las Gallegas. Fe atravesó la calle con gran incertidumbre para dirigirse al Norte y Micha con angustia le hacía señas que fuera a reunírsele a la vereda de su propia casa. Fe lo hizo, entregándose a la voluntad de Dios en lo que creía un error.

Cuando terminaba de cruzar, un hombre disfrazado con polleras atravesó la acera de las Durán para seguir rumbo a San Andrés; sus largos pasos y su estatura lo vendían. Fe, temiendo ser conocida, quería tomar el lado de la vereda, pero el hombre se apegaba a la pared mirándola con temor, como a una rapaza que podía denunciarlo. ¡Si supiera él que vamos en el mismo caso! Por fin divisó Micha a don Nicolás en la esquina de Bartelemy y siguieron a distancia a su conductor.

Al llegar a la acera de la vice parroquia de San Andrés, un acompañamiento de mujeres y hombres del pueblo llevaban a bautizar a una criatura. Esquivar el tumulto hubiera sido hacerse sospechosas. Micha y Fe se agregaron a la cola del cortejo y don Nicolás cruzó a la otra acera, para hacerse más visible a sus protegidas. Más tarde supieron que en los cuartitos frente a San Andrés vivía la cocinera denunciadora; la que, al ver a don Nicolás y a las dos fugitivas que atravesaban por la esquina en su

seguimiento, dijo: "Ahí va mi patrón con sus hijas Eloísa y Ester disfrazadas, pero no lo denunciaré porque es bueno".

#### **6.54 – DOÑA MARICA**

Llegaron por fin donde doña Marica. Allá estaban ya la señora de Mérida y su hija Juanita. Doña Marica era alta, de regular grosura, rubia, de unos 40 años; su cara era redonda, picada de viruelas. Su sirvienta Natividad era una indiecita de 16 años, muy educada y activa. Doña Marica era casera de un señor que tenía ingenio de azúcar, que después supieron que era don Rudecindo Suárez.

Ella vivía en dos piezas que daban a la calle; una tercera sala, que también daba a la calle, estaba cerrada pues era la entrada a los departamentos del dueño de casa. Desde la galería interior de este frente se extendía una pampa verde, limitada por una pieza que a la derecha quería cuadrar el patio, contigua a las habitaciones del señor Rudecindo.

Las fugitivas pasaron a la cuarta pieza, donde ya se hallaban refugiadas las dos Juanitas. Había un candil con una vela de sebo encendida; la habitación estaba inconclusa, pues las puertas parecían provisionales, no tenían llaves; la que daba al patio se cerraba con cerrojo, con una tranca la que daba al fondo. El único mueble era una tarima de madera como para una cama; lo demás, apenas una mano de blanco sobre el revoque que estaba color marrón claro.

Juanita cayó con un terrible dolor de estómago que la hacía dar ayes, que podían denunciarlas ante la vecindad de los cercos. Doña Juana lloraba junto a su hija sin tener nada con qué aliviarla; doña Marica, para no interrumpir su vida ordinaria, estaba en su sala, sentada a la puerta gozando del fresco.

Natividad trajo un poco de infundia rancia de gallina en un vaso quebrado, que la enferma rehusó aplicarse. Micha, encomendándose a Dios, le dió unas fricciones, la abrigó con las frazadas del atado que había traído en la cabeza, y le dió un poco del anisado que en su botella trajo Fe. Repugnaba a la delicada Juanita, pero no había más remedio; y el Señor quiso aliviarla media hora después. Se oían otros ayes y gritos de dolor: eran los de la buena compañera de Fe, Hija de María de su coro. Abigaíl se moría de cáncer en su casa, asistida por su buena hermana Benjamina; los médicos la habían deshauciado, según contó doña Marica.

#### **6.55 – DE SILLA A «TOCO»**

Al día siguiente, ambas señoras y sus respectivas hijas esperaban maquinalmente el guaraná para desayunar... desconocidos esos «vicios» por la virtuosa doña Marica. Maquinalmente también, sólo se preocupó de que habrían de comer a las 12 meridiano; las señoras no podían más, y tomaron agua con anisado en vasitos pequeños para engañar al estómago. A las doce estuvo el locro servido. Colocaron una esterita en el suelo y allí Natividad colocó la fuente humeante de majao y tortillas de maíz hechas en tiesto, a falta de horno; y dos cucharas, que cada familia empuñaba turnándose.

Doña Juana lloraba al verse reducida a eso; Micha la consolaba, y aún estaba más jovial para distraerla. "¡Comadre, cómo ha podido usted soportar esta vida de privaciones! ¡Ahora la comprendo, y creo que yo me moriré en el primer apuro!". Micha la distraía, le recordaba los tiempos de don Miguel Mérida y conseguía levantar el ánimo de la señora.

Al día siguiente nuevo llanto: de haber dormido en la dura tarima; y nueva jovialidad de Micha, de haber dormido con su hija en la esterita. Barriendo mejor la pieza encontró Micha, en un rincón entre algunas barras de madera, una tela enrollada como de 60 x 80

centímetros. Era de rica seda viejísima, que se erizaba como las plumas de una gallina; tan vieja era. Reparó que se trataba de una pintura, la tela de seda era el lienzo; el asunto era un bellissimo Arcángel San Miguel capitaneando las huestes celestiales. Se conocía que estaba pintado por mano diestra; debió ser el estandarte de guerra de algún ascendiente español, pues estaba clavado todavía a la barra transversal en que lo habían enrollado.

Limpia la pintura y reavivada con una fricción de la infundia, llenó de consuelo el corazón de las fugitivas, que lo colocaron en la pared para hacer allí sus oraciones. Rezaban el Rosario en común; y Juanita, al salir, se había echado al seno como sagrado escudo la novena de la Santísima Virgen del Consuelo, copiada de su mano en un cuaderno con letra bien visible. Resolvieron hacerla. Desde entonces Juanita prometió también hacer todos los meses durante un año la novena de Nuestra Señora de Mercedes.

Todos estos asuntos se trataban a puerta cerrada, con la luz de las rendijas; así eran las precauciones de Micha. Pero doña Juana se afligía de la oscuridad. Preguntó a Marica si no podrían abrir siquiera a alguna hora; ésta le dijo que a la siesta no había peligro, nadie venía. La señora de Mérida aprovechó el permiso y tenía la puerta abierta.

## 6.56 – EL COLEGIAL COLÉRICO

Al tercero o cuarto día, a las dos y media de la tarde estaban las cuatro sentadas en la esterita, conversando y orando a ratos. Llega como una exhalación Natividad y cierra asustadísima la puerta; "gente" no más dijo, y en su apuro cerró encontradas las puertas y no pudo ponerse el pestillo. Las señoras se levantaron y llegando a la puerta ayudaban a la sirvienta a mantenerla cerrada. Juanita atrancó la puerta del fondo y deslizándose con Fe tomada de la mano fué a reforzar contra el asedio, sin saberse de quién. Todo esto fué rapidísimo, de modo que ya todas cinco tenían las manos apretando la puerta cuando ésta sufrió una sacudida y empujón formidable. Y una voz de hombre dijo de afuera: "¡Abre, india!, ¿por qué te escondes?"

Al mismo tiempo, por las rendijas y agujeros de la mala puerta se vió a un colegial, que era el colérico, seguido de un indio con su cántaro al hombro. Ni la india ni nadie les respondió; se retiraron dejándolas en la incertidumbre, siempre sosteniendo la puerta.

Poco después vino doña Marica asustadísima. Los dos hombres se habían marchado, pero las consecuencias de esta escena las veía funestas. Se había olvidado completamente que el señor Rudecindo había dejado la llave de la puerta de calle de sus piezas a una señora, que era la encargada de la venta de mieles y barrenos. Cuando se presentaban compradores, solía enviar a un pupilo estudiante, de su familia campesina, a hacer sacar las tantas botijas de barro que vendía. Y esto era lo que había sucedido. Natividad estaba tendiendo ropa lavada cuando lo vió aparecer en la puerta que daba al patio; corrió y se encerró. ¡Qué iba a decir!

"¿Quién es la señora?" preguntó doña Juana. "Es doña Genoveva Cortés". "Vaya, no te apures Marica, si es nuestra socia de la Beneficencia. Envía ahora mismo a llamarla". Al momento vino este retrato de la Madre Collantes. Blanca, cara redonda, cabello castaño escaso, labios finos y apretados, activa y entusiasta pero no ruidosa; era un ejemplar de socia activa. Parecía decir «¿Quieren socorrer pobres? Pues yo conozco los verdaderos. Fortuna no tengo. A veces logro echar a la cama a estos infelices a media tarde y consigo las camisas para lavarlas o remendarlas...» Con su vestido de lanilla verde y su chal de verano se apareció, quedando admiradísima de ver a su Presidenta y Vice en semejante situación.

"¿Pero por qué no me hicieron avisar? Luego... yo les hubiera dado la llave de las piezas de Rudecindo, para que pasaran con más comodidad". "Porque Nicolás dice que nos va a llevar al campo" "Bueno, pero hasta que se vayan, vayan ahí, que es mejor". "¡Ay, doña Genoveva! ¿Pero qué dirá el colegial, y sobre todo el indio...?" "No tengan pena, yo los voy a arreglar..." y siguió dando noticias de la situación.

Fe se ocupaba interiormente de cómo sería ese «arreglar». "Señora Genoveva, ¿qué va a decir al colegial?". Doña Juana hizo la misma pregunta. "Lo más fácil: llego a casa y «¡Ah bribón, mal entretenido! Acaba Marica de contarme que la indiecita te teme, que ella le ha mandado que se encierre cada vez que llegues allá. ¡Trae esa llave!, en adelante yo voy a ir a vender las mieles»". "¿Y el peón?". "Mañana mismo aviso al dueño que envíe al peón, que tengo otra partida de miel más barata, a medio el chipeno" (medio real la vasija de barro equivalente a un balde).

Adelantaremos que le salió a maravilla. El mismo peón vino, vió la pieza abierta, y aún las otras, pues doña Genoveva encerró a sus protegidas en la más chica. Atestó muebles contra la puertecita abierta, con la cabeza atada para el polvo y escoba en mano, haciendo que cuidaba del departamento mientras el peón acarreaba las mieles. Después se lavó la cabeza al pie de las tinas, como si no tuviera otra preocupación que el polvo.

## 6.57 – GENOVEVA CORTÉS

Volvamos a la historia de ese día. Doña Genoveva era de las Cortés emparentadas con Deidamia Cortés Herrera, la madre de Anita Rodríguez de Rodríguez, es decir de la que más tarde casó con Pedrito, el segundo hermano de Fe. Dijo su plan sin apuro, como de paso. Sólo Micha dijo "¡Pobre colegial!" "¿Qué hacer?" replicó la Cortés; "después, cuando se pueda, le daremos una satisfacción". Y así sería, porque doña Genoveva era buena y cristiana a la antigua.

Contó los rumores que llegaban de la expedición de Ibáñez al Valle Grande y Samaipata. Habían saqueado y puesto por blanco de tiro a una estampa de la Virgen del Carmen. Prometió tenerlas al corriente de los sucesos y envió más tarde la llave del departamento, dentro de un churuno de huevos «para Marica», según había convenido. Al anochecer tomaron posesión de las piezas de don Rudecindo, menos la sala de la calle.

Doña Juana sentía alivio al ver tres catres de madera desocupados tras la pared de ese dormitorio. No bien Micha y Juanita le tendieron polleras debajo, mantas y frazadas, subió a la cama que chillaba menos por mejor fabricada; pero las otras quedaban en ascuas, pues se oía a través del muro una conversación de hombres y patadas de caballos. Se conocía que allí vivían arrieros o cuidadores de animales.

Estas piezas, que se debían conservar en el sumo silencio de una casa abandonada y cerrada por sus dueños ausentes, causaban a las fugitivas la angustia de ser oídas. Para no hacer ruido, Micha quería dormir con Fe en la esterita en el suelo; pero doña Juana no se conformaba. Por darle gusto, Micha tuvo que ocupar la cama contigua a la de ella y se acostó como de costumbre, vestida. No sin pena, pues la cama crujía más que la otra. Llamó a Fe, que perseveraba en querer dormir en la estera; fué Fe a sentarse en la cama cerca de su madre, también vestida, apoyando la cabeza en el espaldar. Colocada así miró la pieza, su puerta de comunicación con la sala, la otra puerta de la sala al patio, ventana, repisa con las imágenes de las devociones de la familia, Nuestra Señora de Piedades, y se dijo «esta pieza yo la conozco, la he visto en otra ocasión...» Se fijó en la cama en que estaban reclinadas: ¡sí, era la misma! Acudió a su mente el recuerdo del Viático en un día de lluvia, cuando se comió a llevar los faroles para el Santísimo

Sacramento. Había entrado a esa casa, donde agonizaba una anciana en la cama que ellas ocupaban ahora. Sintió consuelo de la Providencia Divina, que la refugiaba allí en esa habitación. Oró por el alma de la señora, que después supo por doña Marica que era la madre de don Rudecindo la que murió allí.

## 6.58 – LOS PELIGROS DEL AMOR

Mientras tanto, una tal doña Manuela, de carácter y hablar atropellado, se presentó a doña Marica rogándole por favor la admitiese con su hija Peregrina y un nietecillo a dormir en su casa, pues se moría de miedo de las patrullas del Paraguayo. Creíase personaje de relieve social y gran importancia por «ser del partido» del ex Prefecto Dr. Roca. Peregrina, seducida o seductora de aquél, y doña Manuela por ende, podían ser buscadas y perseguidas.

Compadeció doña Marica la fatuidad de su conocida y vecina, segura de que no había necesidad de tanta molestia. Contestó: "Doña Manuela, lo que me propone es muy serio, ¿que yo la oculté a Vd.? Lo deseo pero no me resuelvo; lo pensaré y le contestaré". La astuta criolla, con su aparente cara de sencillez, ideó una confianza que asegurase mejor a su querida parienta Juanita y a sus compañeras.

Llamó a un Comisario de Barrio de la situación (ibañista) que solía escribirle sus cartas para la parentela y amistades del campo. Acudió el individuo muy alegre. Ella le puso silla y mesa en la corriente de aire, abiertas las puertas de calle y patio de par en par; nada había oculto para el amigo escritor de sus afectos familiares. Después de dictarle una cartita, le dijo: "Don N. yo no quiero hacer nada sin su consejo. Y ahora me veo entre la espada y la pared, porque soy mujer sola y enemiga de embrollos. Y doña Manuela, a quien Vd. conoce, me pide que la admita con su hija a dormir aquí porque dice que teme lleven presa a su Peregrina por ser algo del Dr. Roca". De buena gana rió el Comisario. Continuó: "Yo no sé si admitirla. Lo contrario será tener una vecina en contra, y con esa lengua tan quejosa, pero y si la Policía la busca, y la encuentra en mi casa... ¡no quiero ni pensarlo don N. porque me caigo muerta!" Otra vez rió el Comisario lleno de gusto, por la simpleza de doña Manuela y la confianza de doña Marica. "Admítala nomás a la pobre vieja, para qué sirven ni ella ni su hija". "Bueno, ella me ha dicho que vendrá de noche y de madrugada se van..." "No se incomode, doña Marica, pueden irse más tarde que nadie las chistarán". "Gracias señor Comisario, que Dios se lo pague". "Hasta luego". "Señor hasta luego, y no se pierda tanto, dé sus vueltitas por aquí..." "Está bien". Por la noche se instaló doña Manuela en la sala de doña Marica, tendiendo cuatro camas en el suelo para ella, los suyos y su sirvienta.

Mientras tanto, don Nicolás volvía con mil peligros, disfrazado con un poncho largo, del campo. Muchas veces, al oír las patrullas se había visto obligado a echarse de bruces en los yuyales y matorrales. Hacia las once de la noche tocó de una manera convenida la puerta de doña Marica. Conoció ésta y envió a Natividad a abrir, mientras ella se arrebujaba en su pañolón. Sólo una debilísima luz que entraba de otra pieza permitía ver los objetos

Entra don Nicolás, y al ver las cuatro camas cree sin dudar que... Se dirige a la cama en que ve un rostro de cabellos grises que dormía, y sin esperar la advertencia de doña Marica, sacude el brazo de la vieja diciendo en voz baja "Juana, Juana". Al abrir los ojos doña Manuela y ver a este emponchado apoderado de su brazo, dió un grito: "¡¡JESÚS ME FAVOREZCA!! ¡¡LA PATRULLA!!" De un tirón doña Marica se había puesto al lado de don Nicolás haciéndole seña al patio, donde ya lo esperaba Natividad para conducirlo a la habitación de las fugitivas. "¡Dios me ampare!" decía todavía doña Manuela cuando doña Marica, plantada delante de ella, ponía un dedo en los labios

diciendo: "Por favor, doña Manuela, no meta bulla, no la oigan en la calle. No se asuste. Es mi primo Nicolás, que va pasando".

### **6.59 – FABIO EL PARAGUAYO**

Calló la vieja, maravillada de que persona tan severa en su moral como doña Marica, ahora saliese con un «primo Nicolás». Llegó don Nicolás. Natividad ya les había dado el susto de tocar la ventana Micha y Fe se pusieron de pie, como movidas por un resorte; despertaron a doña Juana con la grata noticia y abrieron con cuidado la puerta. Entró don Nicolás y, sentado al borde de la cama de su hermana, explicó la situación desesperada de la ciudad y los decretos del Paraguayo. Contó que éste había publicado un bando por el que sólo hasta el Carnaval permitía la salida al campo; en la Cuaresma pondría guardia en toda la costa del Piray y otros puntos. Las prisiones y requisas de casas eran procedimientos diarios. Estaba preso el Canónigo Ram, tío de Micha, y la señora Ligerón, una campesina rica de la Pampa grande, a cuatro leguas de Santa Cruz; los atormentaba con la sed hasta que entregasen algunos miles de pesos.

Don Nicolás dijo que era necesario salir al campo antes de Carnaval, pues en la ciudad sería imposible ocultarse mucho tiempo. El ya tenía en vista la casa de un amigo en La Paliza; había estado allí y recorrido otros parajes del campo, y éste le parecía lo más seguro. Debían estar preparadas pues en el próximo Carnaval vendría a llevarlas disfrazadas, con el auxilio de Mendoza, su antiguo mozo, hoy propietario de dos casas en «La Tablada», o Matadero Público. Vió a Ester y Eloísa donde Dolores; traía a su hermana un frasco de polvo de guaraná, rallado por ellas.

Se despidió hasta pronto y salió sin ser oído por el zaguán del terreno contiguo, al que se podía pasar abriendo un poco el cerco espinoso. Este zaguán no se cerraba nunca y por ahí se proponía entrar la próxima vez, sin molestar a doña Manuela.

Pasaron algunos días. Doña Genoveva las visitaba con gran cariño y les les daba noticias. La casa de las Durán y toda la cuadra había sido requisada; Arredondo y Coto Suárez con su espada eran de la partida requisadora. Las Durán abogaron por los niños enfermos que habían recogido de sus padres, que no sabían dónde estaban. Uno de ellos alzó con su espada la hamaca donde dormía Micaelita para mirar detrás, por si acaso alguien se ocultaba allí. En casa de la vecina Antonia Pazos entraron la espada hasta a las tinajas, lo que hizo decir a esa señora: "¡Idea tienen Vds. de la pequeñez de doña Michita!"

Una angustiada tarde, a la una del mediodía, tocó doña Marica la puerta caldeada por el Sol; le latían apresuradamente las venas del cuello, algo dilatado por un poco de coto. Con los ojos desmesuradamente abiertos y conteniendo apenas el llanto, dijo: que el Comisario su amigo había venido a prevenirle que ese día tocaba la requisa de las casas por esa calle, desde el río Cedral hasta el Panteón; que tuviese abiertas todas las puertas de sus habitaciones, porque todo debía estar manifiesto; que convenía no hacerse sospechosa, pues el Paraguayo había establecido \$ 2000. de multa para los ocultadores de las personas que se buscaban o bien, si los ocultadores eran personas pobres, quinientos azotes. Al decir esto, enrojeció la buena mujer y sollozó sin querer.

### **6.60 – ENTRE YUYOS Y BOÑIGA**

Al oírlo las señoras dijeron a una voz: "No se aflija, nosotros nos vamos. Si nos pillan, que sea en lugar donde no comprometamos a nadie". "¿Pero dónde?" dijo ella, mostrando más estupor. "Al lugar baldío, a ese solar..."

La señora Juanita, que en sus conversaciones había protestado que ella se moriría sin fuerza para huir, fué la primera que corrió hacia el cerco divisorio; apartó el cerco con energía ajena a sus años y pasó, dejando un mechón de cabellos canos en las espinas. Fe lo recogió al pasar para que no denunciaran. Micha y Fe se ocultaron entre los yuyos bien altos de ese solar; la Juanita también. Pero la señora fué a los cuartitos; uno estaba sin puerta, el segundo la tenía pero estaba lleno de pasto y bosta, de un caballo que sin duda habían ocultado allí; el tercero estaba cerrado con cerrojo y candado. Doña Juana se refugió en el que tenía puerta sin llave, candado ni cerrojo. Juanita, advirtiendo el afán de su madre en cerrar la puerta, salió de los yuyos e hizo seña a sus compañeras de ir. "No estamos bien aquí, pueden apartar los yuyos con la espada y nos ven", dijo Micha para determinar a Fe a atravesar el patio o solar de pampa verde hasta los cuartitos.

Juanita, cargada con un enorme puntal de madera para asegurar la puerta, era otro testimonio de la reserva de energías que poseen aun las personas más débiles en los casos apurados. Fe corrió a ser el Cireneo de su amiga. Entraron. Suerte era que el Sol terrible de febrero no dejaba a los vecinos ganas de exponer su vista al reverbero de los rayos. El suelo estaba sembrado de cañotos de caña de maíz verde picada; sobre dos troncos una puerta, sin duda la del cuartito que no la tenía, había servido de lecho al cuidante del caballo.

Allí se sentaron, después de haber trancado la puerta con la «tijera», o puntal. Sin aire, sin luz. Las paredes, de rústico barro, se distinguían un poco por la fuerza del Sol, que penetraba por las rendijas de la puerta y las grietas del tapial. Rezaban con oraciones entrecortadas, aguardando de un momento a otro al pelotón de soldados requisadores, para quienes no debía haber puerta cerrada.

Dos hilos de lágrimas debían correr por los ojos de la señora de Mérida, sofocada por el encierro en aquella estrecha y maloliente guarida. "No puedo más, comadre" dijo a Micha, y se recostó medio desmayada en la tabla pelada, sin almohada alguna, a oír los rezos que en voz baja hacían sus compañeras. Compadecida Micha de la incómoda posición de su amiga, vió en el suelo a pocos pasos una cabecera de batea de madera, rota, y la llevó para almohada de doña Juana. Esta puso su cabeza allí y dijo que se sentía mejor.

Pero a poco empiezan a sentir en la oscuridad un pésimo olor. Levanta la cabeza doña Juana, quiere componerle Micha las guedejas de cabello desordenadas, y siente algo pegajoso. Lleva las manos al olfato, la señora a sus cabellos: "¡Por Dios, señora, no se toque! ¡Ese cochino del cuidante se ha servido del madero como bacín de noche!" Las dos niñas reían del caso, y lloraban de pena del reír, pues creían que en los designios divinos les sería cobrado en aflicciones este recreo de mala ley, casi involuntario. Micha limpió con sus pañuelos los cabellos de la resignada viejita, sin tener una gota de agua para disminuir tanta humillación.

Cerca de las cuatro de la tarde vino Natividad y habló antes de golpear la puerta. "Señoras, doña Genoveva las llama. Dice que vuelvan, que ya concluyó el peligro". La siguieron. La lista sirvientita trajo una gran tutuma, como una palangana, llena de agua tibia con hojas de naranjo y de caré, para que las señoras se lavasen mientras doña Genoveva contaba que la requisita la anunciaron para esta calle, pero la hicieron en San Francisco y sus alrededores. De allí sacaron a don José Lara y a otros caballeros, a quienes llevaron presos.

Micha y Fe se miraron. Un himno de reconocimiento subió de sus corazones al Señor Dios, que las conducía protegiéndolas de los peligros en que se hubieran encontrado según el designio de ocultarse próximas a San Francisco.

La pena crecía esperando a don Nicolás; éste no daba señales. Llegó el primer día de Carnaval. El segundo. El tercero... y nada. Durante las interminables horas de la siesta las señoras se adormecían. Las jóvenes, no acostumbradas a dormir, se tiraban en su esterita, en la oscuridad, sobre el suelo sembrado de suciedad de murciélagos y cucarachas. Se contaban sus lecturas: Juanita los milagros de la Santísima Virgen del Consuelo, Fe los de las Glorias de María. Tristes esperaban ya el próximo día de Ceniza, con las barreras del Paraguayo para salir al campo.

Eran las cinco y media de la tarde. Sentadas en la esterita, comían el invariable loco con tortillas de maíz. Las puertas, los postigos de las ventanas y todo lo que daba a la calle estaban ya cerrados, «para comer». En eso viene doña Marica con el mismo susto de la vez anterior: una mujer del pueblo golpeaba sin cesar la puerta y decía "¡Señora, señora, ¿tiene chocolate?!" Ante su insistencia se acercó Natividad, sin abrir la puerta, y le dijo por el ojo de la llave: "No hay chocolate". Y la mujer, por ahí mismo muy despacio "(Me manda con Nicolás, avise a la señora)" Era para morir de apoplejía doña Marica cuando oyó esto. "¿Cómo es la mujer?" preguntó doña Juana. "Trigueña, parece india; pero viste pollera con volados y manta buena de merino". "Ah, es doña Melchora. Háganla entrar prontito, que no la vean afuera".

Así era. Doña Melchora, la esposa del honrado mozo de don Nicolás, don Pedro Mendoza, venía a prevenir a las señoras que su marido vendría al cerrar la noche, es decir dentro de media hora, a llevar disfrazadas a dos de ellas a su casa de «La Tablada» (el Matadero), de donde esa misma noche su hermano de ella don Andrés Giles las conduciría al campo, en el carretón en que sus hijos Miguelito y Juan vendían «huiro» (caña de maíz); los guiaría al campo el señor don Nicolás. Ella misma llevaría a las otras dos.

Gozo y esperanzas generales, mezclados de temor. Empezaron a disfrazarse. Doña Juanita propuso a Micha cambiar las hijas, para que si la tomaban a una, tomaran a la otra señora también; agradeció Micha, y la de Mérida quedó satisfecha. Juanita la vistió con una pollera lavada gris, de percal, y zapato de cordobán; cabeza atada con nudo adelante, pañolón negro con fleco. Quedó hecha una colla verdadera. Fe con el disfraz que ya conocemos, menos el pañuelo que había mudado por la manta blanca a flores, lavada, que servía de peinador a Juanita. Micha con su disfraz y atado de lavandera. Su compañera Juanita con vestido de percal celeste a flores grandes, pañuelo color violeta con guarda de imitación cachemir, de fleco corto (pañuelo que pertenecía a Carmencita Landívar) y un palo con velas en la mano: era ventera de velas. Las zapatillas eran de género de color, como descalza.

Con agradecimientos a doña Marica y a Natividad, salieron primero de la casa doña Juana y Fe, yendo a respetable distancia de un hombre moreno como un tucumano, alto, con bigote, regularmente delgado, bien trajeado según su clase, de chaqueta negra de alpaca y sombrero común de fieltro. Doña Melchora, con un atadito de compras a la cabeza, a alguna distancia de Micha y Juanita, les enseñaba el camino.

## 6.62 – LA «TABLADA»

Tras de Mendoza, doña Juana y su compañera llegaron sin novedad a ese suburbio, atravesando campos llenos de la dura malvita de la pampa. La bonita casa de Mendoza con espaldar de papel estaba iluminada ya. Allí alquilaba una joven huérfana; había



perdido a su padre rico en el Beni y, sin parientes en Santa Cruz, había sido consignada a Mendoza hasta que pudiese ella ir al Beni.

Rodeando a no ser vistos llegaron a la verdadera vivienda de Mendoza. Allí estaban muchos niños durmiendo; no se sabe si eran hijos del cuñado de ellos, Andrés Giles, o nietos. "Mis nietos" dijo con cariño una de las dos mujeres, doña Rudecinda o doña Melchora, que llegaron con sus acompañantas. Juanita fué objeto de curiosidad de dos criollas, que se preguntaban "¿No es Manuela la velera?" "Si es..." "No es..." y trataban de ponerse al lado. Entonces Micha la lavandera dijo broncamente "¡Caminá Isabel!" y las mujeres se dijeron "No es".

La casa de doña Melchora era de barro, oscura. Un pilar de barro en la salita, cerca del arco que servía de entrada al dormitorio, sostenía la urna con la imagen de Nuestra Señora de Mercedes; un mortecino candil la alumbraba por delante. Las criaturas, en el suelo, tosían la tos de ahogos; las madres jóvenes iban de uno a otro de los niños. Micha fué a favorecerlos y acariciarlos, mientras don Andrés Giles con sus hijos Miguelito, de 20 años, y Juan, de 18, aprestaban el carretón tirado por bueyes. Se convino que para ir de La Ramada, que era el nombre de ese lugar, a tomar el camino del Piray de ida a La Paliza, había que entrar a la ciudad. Con el atado de las colchas y frazadas se aprestaron sábanas, pues durante ese camino por la ciudad a paso de buey, en noche todavía de jolgorio, habían de hacerse las fugitivas un ovillo, cubrirse con las sábanas y parecer atados de ropa que llevaban.

## 6.63 – NOCHE OSCURA

De los tres hombres, dos iban sentados adelante y uno parado enarbolando el látigo. Giles guiaba y el vivo Miguelito llevaba el látigo. Don Nicolás y Mendoza, en su zig zag por diversas cuadras, solían salir a la misma bocacalle a custodiar el carro.

Creo que había luna cuando una «rueda», o comparsa de soldados alegres con blusas de tarlatán verde y velos color rosa en las corras, venía cantando. Las pobres fugitivas se ovillaron más en sus sábanas y no respiraban; varios de los alegres se prendieron de las estacas del carretón, haciendo movimientos de baile y cantando coplas. Al fin se alejaron. Ni Giles volvió la cabeza, ni Miguelito apuró la marcha, ni a los bailarines les dió por tocar los atados.

El martes de Carnaval fué el 14 de febrero de 1877. El día anterior había sido el de la Luna Nueva, así que la noche era oscura. La luz que alumbró a los soldados era de alguna fogata.

Cuando al fin dejaron la ciudad, la oscuridad era completa. Entraron por el camino de barrancas altas del Piray. No se veían ni las manos; y como los Giles no sabían dónde debían ir, don Nicolás iba como a media cuadra adelante, montado en un caballo flaco que le prestaron en la estancia, y encendía de vez en cuando un fósforo para indicar el camino. En un momento don Nicolás dudó del camino que seguía y dejó las riendas al caballito, diciendo "más sabrá él que yo ir a su casa". El caballo no paró; se sentía el rumor de las hojas de los árboles, que formaban bóveda al callejón que dejaban las barrancas. Nada se veía.

De repente don Nicolás y su caballito se vinieron al suelo; por suerte cayeron en arena espesa. Bien dolorido, no se detuvo: montó otra vez y retrocedió, investigando con sus fósforos dónde había empezado la insensible ascensión que tal resultado daba, para que el carro no la siguiese. Allí esperó el carro.

Apenas unas cuadras después, se quebró el eje del carretón. Tuvieron que bajarse las señoras para que lo pudieran atar. ¡Qué aflicción pensar que las partidas de soldados que

habían de custodiar las puertas del río pudieran llegar allí! Compuesto el eje, iban los Giles más despacio; en esto se oía el chillar de otro carretón que venía por el camino. Fe manifestó sus temores. "No se aflija tanto, querida Fe" dijo doña Juana, "pues seguro que el tal carro trae la misma mercadería".

## 6.64 – TURBIÓN

Serían cerca de las 12 cuando llegaron a orillas del Piray. El río estaba calladito, lo que era mala seña pues estaba de «turbión», o avenida. Cuando así era pocos se animaban a pasarlo, pues la fuerza de la corriente arrastraba a los viajeros. Don Nicolás lo pasó a nado (sabía nadar) y con ayuda de su caballito. De vez en cuando encendía su tizón para que el carro viera el «puerto» donde debía dirigirse.

Los cuatro hombres que llevaban a las señoras declararon peligrosísimo, imposible, pasarlo durante la creciente. Proponían esperar en la playa el día y entonces buscar medios de pasarlo; además, era probable que la creciente hubiera disminuido entonces. La señora Juana pronto se avino a ello; estaba cansada del traqueteo del viaje y deseaba echar un sueñito en paz. Micha opuso el peligro de las patrullas anunciadas para los puertos... en una playa, sin escape; el riesgo de los mismos mozos que las conducían. Los hombres, alentados por la condescendencia de la señora de Mérida y el terror del Piray, rogaban que aguardase hasta el día siguiente. Por la voz se adivinaban más bien que se veían, aunque el cielo estrellado estaba limpidísimo.

Fe se desesperaba de aflicción: "todo el trabajo perdido; nos van a prender, todos los de estos suburbios son partidarios del Dr. Ibáñez". Micha parece que se había recogido a orar; callaba. La Juanita también rogaba que buscasen medios de pasar: "Allá está Nicolás, ¿ven cómo enciende fuego? Quiere que pasemos".

"Yo no me animo a quedar aquí" dijo Micha; "pasaré aun cuando pueda ahogarme, con ésta", tomando de la mano a Fe. "Pues bien, sea" dijo Mendoza después de un rato de reflexión, "conozco que es expuesto quedar aquí". Dirigiéndose a los jóvenes, prosiguió: "Ustedes saben nadar, ¿no es así?" A una voz afirmaron Miguelito y Juan. "Corten unas raíces para nadar. Usted, hermano Giles, pasa en el carretón con los bueyes, que han de nadar, y si se ofrece nada usted también. Yo" dijo aquel gigante "que desgraciadamente poco sé nadar, me apoyaré en ustedes, muchachos, y llevaré sobre mis espaldas a cada una de las señoras".

A todos pareció bien; sólo que doña Juana deseó ser la última. Al momento Mendoza se quitó la ropa exterior, quedando en ropa interior; con el cuello de la camisa se ató un pañuelo para que de allí se tomasen las que iba a cargar. Juanita fué la primera que, riendo, se acomodó «a la carguita» y el gigante se echó al río, tomado de los cinturones de los dos jóvenes. Después otro viaje para llevar a Micha, y sucesivamente Fe y doña Juana pasaron. Y ya Giles y los hombres aprestaron de nuevo el carro.

## 6.65 – «LA PALIZA»

Al rayar el día hizo alto don Nicolás y mandó que atravesaran a pie un potrero extenso, luego un yuyal que todo era de guayabos cargados de fruto, que sólo dejaban descubierta la cabeza de los hombres. Una espesa y alta paja arrocillo era el suelo del bañado del río de La Paliza. Los hombres no permitieron que las señoras atravesasen a pie, pues dijeron que el rocío podía hacerles daño; cada uno llevó en sus brazos a una y las depositaron al pie de un árbol, cerca del sitio del bosque que don Nicolás, ayudado por don Elías, el administrador de la estancia de «su taita Padre Céspedes», había elegido para levantar una choza.

El lugar distaba más de diez cuadras, casi un cuarto de legua, de la casa de la estancia. ¡Qué alivio sentían las señoras de haber escapado a los peligros y encierros de la ciudad! Era una mañana espléndida, precursora de un día de verano fuerte. Fe vió al pie del árbol donde las habían agrupado una planta como de rosa de Jericó, con las hojas tornasoladas de verde y color púrpura; ya presentaba un matiz, ya otro, y sus flores eran como la estructura del coral, toda de palitos color púrpura. Puso su mano sobre la hermosa hoja y sintió un ardorcillo en toda ella; cinco minutos más tarde la mano estaba como una empanada. No sentía dolor sino esa extrema hinchazón; que desapareció, no sé si con un poco de sebo traído por la familia de don Elías.

## 6.66 – CONSTRUCCIÓN DE UNA CASA

Los hombres buscaron dos árboles cuyas ramas gruesas se correspondiesen y sobre estas «palcas», u horquetas naturales, colocaron el palo o tronco que había de servir de cumbre a la casa. Cortaron hojas de palma «motacú». Clavaron en el suelo cuatro horquetas más bajas y atravesaron las «soleras». Sobre el palo cumbre empezaron a colocar las palmas; con sus machetes las quebraban unos 50 cm y las montaban a caballete, ésta para un lado, ésta para el otro, y descansaban en las soleras. Tejieron entre sí las hojas y luego le echaron otra capa de techo. Pararon adelante y atrás algunas hojas plantadas, que hicieron las paredes de los frentes. Quedó la casa hecha, aunque sin puerta.

A los lados las paredes eran sólo las hojas, que bajando del techo llegaban hasta el suelo. Los grandes árboles que habían prestado sus simétricas horquetas a la cumbre, sombreaban la casita y la ocultaban a la investigación de lejos.

Luego la amueblaron. Plantaron en el suelo horquetitas de palo de guapurú; la mayor parte de los árboles de ese bosque eran guapurús, hasta donde alcanzaba la vista. Los grandes árboles eran «picana» blanca y picana morada, que estaban cargados de flores; motacús, a quienes a veces se había abrazado el bibosi y, envejeciendo la palmera, se había inclinado y muerto en los robustos brazos del bibosi. Cuando el rayo había matado al motacú, sólo quedaba de la tragedia el bibosi, como un alto telescopio con sus ramas verdes brillantes; del tronco de la palmera no quedaba nada. Esto traía a la memoria de Juanita ciertos versos en que el Dr. Antonio Vaca Díez había jugado con el antiguo idioma cruceño:

El amor que yo tengo  
es vivo jenecherú (palo amanecedor)  
seguiremos si te cuadra  
cual bibosi y motacú

Sobre las horquetitas, hicieron banquitos como unos sofás, a ambos lados de la sala. Eran de «jichiquí», es decir del palo de la hoja del motacú despojado de la hoja verde. Quedaron concluidos por la tarde. Don Nicolás había trabajado a la par de los cinco hombres. Estos hicieron por último dos rollos de la hoja verde que habían despojado de las palmas y, atadas con bejuco, ofrecieron estas dos almohadas para cada cama. Micha, con ayuda de Juan, empezó a tejer una puerta, que sólo estuvo concluída en la tarde del día siguiente. Hicieron también unos «jasayés», o cestos para colgar la comida que trajeran de la estancia.

Al ponerse el Sol, aquellos honrados hombres se despidieron de las señoras. Giles regresaba, dejando a su hijo Juan para servir en lo que se ofreciera a las señoras. Micha encargó a Mendoza que pidiera noticias de sus hijos a las Durán, y si sabían de su esposo; todo lo prometió Mendoza, que volvería trayendo algunos encarguitos que por allí no se podían comprar para no llamar la atención. Pues toda la gente diseminada en

esos campos no sabía comprar nada, sino cambiar un artículo por otro, si no lo tenían en su propio campo. Sólo una vez se compró medio real de yuca y nada más, pues hubiera admirado la riqueza de un real y era expuesto que investigasen la mina.

Como a las seis vino a presentarse doña Santos, la esposa de don Elías, con su hija adoptiva Candelaria, de 16 años. Esta había amasado ese día y traía una provisión de roscas y hallullas para llenar el «jasayé».

## 6.67 – DON ELIAS

Don Elías era un robusto hombre de campo, no gordo, como de 35 años. Sano de cuerpo y de espíritu. Su mujer tendría dos años menos. El era blanco, rosado, cabello y barba castaños; se conocía de excelente raza, descendiente de europeos; tostado por el sol, muy buen cristiano. Oyéndolo hablar, Fe recordó al cantor de

de místicas flores  
tejed a porfía  
guirnalda a María  
que es linda y sin par

que en 1872 había cantado en su casa a la Virgen patrona de Paurito, cuando fué a la casa a pedir limosna para la refacción de su templo. Con aquella corona de oro esmaltada que le había obsequiado el Dr. José León Justiniano.

Doña Santos era bajita, más rubia, cabello chasco. Blanca, sonrosada, bondadosa, confiada, esta mujer vivía en la admiración de su marido. Se ofreció incondicionalmente a servirlos. Parecía una muñequita de pasta con sus enaguas emblondadas, de las cuales la más exterior tenía también una ancha randa de encabo. Terminaban su adorno una batita de olán blanco con manga larga y blondas y un chal de merino blanco con flores de color

En ese tiempo de veraneo tenían la dicha de estar muy acompañados. Fuera de la delgada y ágil doña Bárbara, a quien don Elías llamaba «mi madre» y doña Santos «mamá», tenían por temporada a otra cincuentona, alta, resuelta, amarilla con ojos negros muy brillantes, muy conversadora, a quien doña Santos llamaba «mi madre» y don Elías «mamá». No habían tenido hijos. Doña Toribia fué casada con un hermano del Pbro. Céspedes, que fué cura de indios muchos años y ahora pasaba un descansado bienestar, diciendo otros muchos años la misa de las cuatro de la mañana en la Catedral.

Al día siguiente Fe preguntó a doña Santos si podía ser que don Elías acompañase en otro tiempo a la Virgen de la Candelaria. "No sería nada extraño, pues Elías es pauriteño y tan aficionado a cantar a Nuestra Señora que de diez leguas, para los novenarios, vienen a buscarlo los amigos. Sabe muchísimas tonadas y tiene una memoria admirable". Al casarse pues con su sobrina este pauriteño piadoso, trabajador y honrado, el Padre Céspedes les abandonó la estancia, para que la trabajaran y usufructuaran, con la condición de atender semanalmente su despensa con quesos, mantequilla, enrollados, roscas. etc., todo lo que «taita Padre» pudiese desear.

Atentos pues los vecinos a este matrimonio feliz y asegurado que parecía que no iban a tener herederos, «les tiraron» en qué «entretenerse»: una robusta niñita recién nacida, que generosamente adoptaron y pusieron el nombre de su devoción en el Santo Bautismo. Esta era Candelaria: rostro moreno dorado, que a veces era color granada, ojos y cabello negros y brillantes, dientes muy blancos; tipo morisco, diremos para acabar. Sencilla pero prudente, dulce y casi melancólico su mirar, pero su sonrisa acariciando a sus padres y abuelas al oír las alabanzas que las tres entretajían a esta flor del campo. Curaba por la mañana a los terneros bajo la dirección de doña Bárbara, con ella lavaba y planchaba; otros días horneaba riquísimas masas, sacaba lustre a los

cuellos de don Elías bajo la dirección de la pueblera Toribia. Su sumisión y alegría eran invariables; había que «quitarle el trabajo». Ella me cose la ropa, decía doña Santos, y deshila estas randas porque dice que para la ropa de su mamita sólo sus manos.

Para acabar de dar a conocer a esta familia, diremos algo de los otros dos que la componían. Ignacio era un chico de 8 a 10 años, también «tirado» y recogido. Era un criollito amarillo de contextura nerviosa, altito y afilado; cerrero, jamás se sentaba a la mesa de sus padres. Para cuidar de las gallinas era excelente, pues aborrecía los huevos. Siempre silbando con su perro al lado y su bodoque, en camisa blanca, con un sombrero de paja fina pero sin amoldar, solía aparecer trayendo leche u otro encargo. "Buenos días Ignacio" le dijo un día Micha. Antes de responder se subió a una picana bien alta. "Buenos días señora". "A tiempo llegas, ¿quieres comer? La comida hasta tiene huevos". Respondió balanceándose: "¿Sí? Échele huevos, a ver si me acerco". Bajó del árbol, silbó a su perro y desapareció.

Supo doña Santos esto y explicó riendo que Ignacito se comió un día una matesada llena de huevos cocidos, y quedó para siempre distanciado de los huevos. Vivía de fruta, recogida aquí y allí en el potrero y en el bosque. Hacía sus travesuras de consecuencia; entonces la gritería llegaba a oírse al bosque, por unos tres o cuatro azotes que le daba doña Santos.

El último de los habitantes era Alejandro, el hermano de doña Santos. A juicios de don Nicolás y doña Juana era un joven criollo, ciudadano inteligente, que podía labrar su porvenir ayudando en la estancia pero que malgastaba ocioso sus mejores años sin industria fija; de todos modos, muy recomendable y digno de alabanza para esos corazones de buena voluntad. Había aparecido con un amigo y tenían funciones de títeres, muy del gusto de los paliceños. Dieron una de estas funciones en los últimos días.

## 6.68 – LA VIDA EN EL MONTE

Trajeron pues la comida hecha ese día de la llegada. Los hombres comieron en la estancia, pero don Nicolás desayunaba allí. Las visitas se fueron, dejándonos la olla de comida, las roscas y algunas yucas cocidas, en esa primera tarde.

Sería un metro el ancho de la pieza, de cama a cama. Allí tendió Micha su puerta medio acabada, de tejido de palma. Comimos como donde doña Marica, las señoras con cuchara y las niñas con una limpia corteza de árbol. Micha había sacado de su pecho el 25 de diciembre el elegante cuadrado del Corazón de Jesús en porcelana y una imagencita de la Inmaculada Concepción de Murillo, colocada en un cuadrado de latón amarillo con vidrio. Fueron colgados del techo entre las palmas, lo que no era difícil pues al sentarse en sus sofacitos, sólo en la orilla interior quedaban desahogadas, ya que en el respaldo el techo descendía con rapidez para formar la pared lateral de la casa. En las soleras cabía todo: el único vasito de cristal, el peine, la vela guardada para un caso raro, la lima y el bollo de guaraná; esto último, precaución de don Nicolás.

Llegó la hora de acostarse. Las señoras se acomodaron en la cama primera, con la única frazada; las niñas en la otra, desdoblando sobre ellas el chal de merino de Carmencita. La casa había sido construída en un declive, que en caso de lluvias no detuviese allí las aguas. Tocaron a las dos Juanitas las cabeceras altas; aunque hubo alguna contienda, triunfaron Micha y Fe como respectivas menores. Eso sí, la divina Providencia cuidaba de que no les diese la apoplejía, enviando desde el oscurecer una espesísima nube de jejenes, algunos mosquitos comunes y otros zancudos, todos los cuales las afiebraban sin remedio. Amanecían con la cara hinchada de la posición, pero en aquel aire puro de montaña dormían bien en la madrugada.

Después de cerrar las dos puertas, la del Sud y la del Norte, don Nicolás ataba su hamaca en dos árboles, en lo que se podría llamar «el vestíbulo»; y Juan, en el espacio limpio del suelo, tendía la jerga de la carona de la montura del señor y se cubría con su poncho, apoyando la cabeza en un tronco.

A los dos días volvió Mendoza con arroz y algunas provisiones sencillas. El pan estaba por las nubes de caro, corridas las arrias que traían harina del interior por el miedo a los revolucionarios. Se había entrevistado en el comercio con doña Bárbara; pudo darle noticias de Micha y recibir las siguientes: que don Pedro seguía bien en el campo, pero ya el mozo no llegaba a llevar provisiones de la casa de ella por la mucha vigilancia que había en la cuadra contra ellas; que, después de la requisa, todos los niños convalescían de la tos, bien ya.

Ahora el mozo llegaba a la carnicería que Filiberto Pinto tenía establecida a las dos cuadras al Norte. Allí acudía la sirvienta de las Durán a comprar carne y recibía la comunicación, si no es que uno de los hijos de Filiberto, jugando a la rayuela, viniese a esperar ocasión de hacer pruebas a la salida o entrada de las beatitas a misa. Otras veces, llevando una bata de su madre donde la costurera C. Chávez. Trajo Mendoza por encargo unos zapatitos para Fe, comprados en la recova de la clase más ordinaria; eran de tafilete verde y no tenían cordón a la orilla que contuviese la elasticidad del cuero; estaban inservibles. Trajo también una ollita de barro nueva, para hacer allí mismo la cocina sin llamar la atención con el acarreo. Micha, con esos entusiasmos indisputables de ella, se hizo cargo del oficio. La salud de Juanita era delicada: no podía mojarse los pies sin peligro mayor para su salud.

Esa primera mañana, don Nicolás volvió de desayunar en la estancia y dijo: "Cuando venga Juan, mándeles de obsequio algo de las masas a esta familia generosa. Lo han obsequiado todo a ustedes y ellos han tomado el desayuno sin nada; y tenían confusión de no haber previsto el caso de que yo fuera allí".

Juan, con un cantarito prestado, iba a traer agua al otro lado de ese potrero o descampado; allí estaba el manantial. Un día sólo pudo volver a las cinco de la tarde, cuando la partida de soldados recogió sus caballos que había traído a pastorear allí, sin duda para vigilar la propiedad del Padre Céspedes. Triste sería para el pobre muchacho pasarlo oculto entre el guayabo, con un susto indecible y sin más alimento que las guayabas.

#### **6.69 – LA TORTURA DEL «TAITA PADRE»**

También estaban inquietas las señoras por lo que había sucedido. El sábado primero de Cuaresma, don Elías había llevado al pueblo la ordinaria provisión de quesos para «taita Padre» y quedó espantado al saber que lo habían tomado preso, hasta que entregase diez mil pesos. Amigos y parientes de los campos y de la ciudad se habían reunido en consulta, sobre los medios de sacarlo. Como a la Ligerón lo atormentaban con hambre y con sed; el anciano sacerdote iba a morir seguramente, de aquí a que sus deudos encontrasen siquiera la mitad de lo que pedían. Según se supo después, la mujer de un soldado, en las horas en que a éste le tocaba guardia, lo salvó llevándole por un desportillado o clavo salido de la puerta de la prisión una jeringuilla con una cañuda, por la cual le echaba agua a la boca; hasta consiguió pasarle salchichas. Algo le daba diariamente, por ese respeto que, aún cuando perdida, tenía al sacerdote.

Don Elías hizo ofrecer dos mil pesos, que era lo que ellos con su crédito podían obtener; pero no bien oyó el Comisario la proposición del campesino, manifiestó tanta iracundia que el hombrecito fué retrocediendo hasta que, cerca de la puerta, pegó la carrera hasta los suburbios.

## 6.70 – MEDIDAS DE PREVENCIÓN

Micha se puso a hacer la comida. Cocía primero el poco de leche que tenían, después todas la tomaban por desayuno, guardando para don Nicolás. Ni éste ni Juanita, delicados de salud, podían alimentarse con otra cosa. La leche se guardaba en una tutuma. Para poner la olla a hacer la comida, un cajoncito vacío en que Mendoza trajo los encargos servía de asiento a don Nicolás; a él se le daba su plato, las señoras se acomodaban perfectamente alrededor de la olla. Por la tarde un caldo en un tachito; a veces, un picado de yuca o plátano verde variaban un poco la comida.

En vista del peligro que corría Juan yendo a traer agua al descampado, don Nicolás dijo que iba a descubrir una fuente dentro del mismo bosque. El calor era de febrero; gracias a Mendoza que le había comprado en la recova, él lucía ya camisas de percal rosado, muy de peón. Con Juan armado de la cuña y él de una hachita, se entraron al monte muy temprano; a mediodía llegó acaloradísimo, como si lo hubieran bañado. Doña Juana lo envió a cambiarse, y comieron. Contó que había encontrado un manantial o quebrada en lo más oscuro del bosque; parecía tarde a mediodía, tan espesa era la bóveda de negros árboles y las enmarañadas orillas de patujús y otras cañas.

Fe ayudaba a su madre en la cocina. Encendía el fuego con el tizón que se dejaba perenne, pues cuando no se resecaba la leña la humedad hacía una humareda terrible. Micha lavó también la camiseta de don Nicolás, que de sus excursiones volvía siempre lo mismo. Por la tarde las llevó a ver su descubrimiento maravilloso, pero les encargó que no facilitaran la senda, que la dejaran así para que no se sospechara que había personas escondidas en ese paraje. Distaría unas cinco cuerdas de la casa; era una leve corriente de tres metros de ancho por un metro de profundidad cerca de las orillas. Pronto las cuatro amigas fueron a lavar parte de su ropa allí. Micha y Fe quedaban en vestido para lavar las camisas y enaguas, en enaguas y chal para lavar los batones.

Todavía don Nicolás se previno más. Explicó a las señoras que, en vista de la frecuencia con que las patrullas venían a hacer pastar la caballada de la Policía al prado aquél, era de temer que, a pesar del cuidado de él de no dejar indicio, advirtieran la sendilla que de la estancia iba al bosque. Si tal sucedía, llegarían atropelladamente a ese rancho y lo registrarían; era necesario que no quedara en él indicio ninguno de gente acomodada, pues se había convenido que doña Bárbara con su huso se instalase allí diciéndose propietaria del rancho. "Nunca se les ocurrirá que vosotras habeis quedado en un pozo aquí a mano derecha, sino que siguiendo la sendilla de la aguada se precipitarán hacia el Norte".

Todas aprobaron. Cavó con Juan el pozo de metro y algo más de profundidad y con gajos fuertes le hizo una tapa, que cubrió con hojarasca. Así estuvo esta prevención varios días; hasta que un día, a la una de la tarde, un silbido: señal... ¡llega la partida a la estancia, pronto, vengan! Amaestradas las señoras, llevaron las frazadas y sábanas, el vasito y los santos y corrieron al pozo. Allí entraron con Juan, y don Nicolás disimuló la entrada. Doña Bárbara, a paso lento, se había visto venir hilando a sentarse en la puerta, mientras que don Nicolás se alejaba para subirse a uno de los oscuros árboles de la aguada.

## 6.71 – EL MONITO CIVILIZADO

Por lo que de referencias cogía don Nicolás en casa de doña Santos, las señoras sabían que el bosque estaba poblado de familias que habían huído de Santa Cruz. Hasta las cuatro de la tarde estuvieron en ese suplicio, al que aumentaba la excentricidad única de

Juanita: tenía un monito de los de clase más pequeña, que no se atrevió a dejar en su quinta. Donde doña Marica lo confió a Natividad, pero ahora lo trajo. El la pasó bien en el brazo de su ama, pero cuando se vió en el bosque sin ver casa, abominando de la incultura de sus antepasados, chillaba de miedo a los árboles. Perdido era que las encerraran en el pozo si los chillidos del mono las descubrían. Fe reprobaba a su amiga esta imprudencia; Juanita logró por fin el silencio.

"Ya pasó todo" dijo don Nicolás al volver, "sólo que se han llevado algunos caballos..." Entre él y Juan, que salió primero, empezaron a pescar de un brazo a las señoras para que volvieran a sus quehaceres.

Llegó el domingo. Para distinguirlo de los demás días, después de rezar en coro una parte del Rosario luego del desayuno, las jóvenes adornaron las imágenes de Jesús y de María con guirnaldas de flores de picana, blancas y moradas, de deliciosa fragancia. Doña Juana se empeñó en que sus amigas no cocinasen ese día y que Juan hiciese un pucherillo como pudiese. Juan se prestó con gusto.

## 6.72 – SCOUTS

Las señoras se pusieron a conversar. Juanita y Fe admiraron algún tiempo la naturaleza, recordando lecturas mutuas. Después se dijeron: "¿Vamos a explorar? Vamos". Se acercaron a la puerta y Juanita pidió el permiso para un corto paseo. "Vaya, pero cuidado, no lejos". "No, si es aquí nomás".

A pocos pasos de la casa, a la izquierda por el lado que iba a la aguada, había una palmera de motacú cuyas raíces, cavadas a la orilla por una leve ondulación del terreno, servían a Micha para sentarse en soledad y rezar con Fe todas «esas obligaciones» que «no podían imponer a las Ribera»; allí se pararon un rato las amiguitas. Después se propusieron seguir el curso de esa quebrada o canal seco, a ver dónde terminaba. "¿Y si nos extraviamos?". "Es que no nos vamos a separar de este canal y así volvemos al punto de partida; que es, ya se ve, a diez pasos de «nuestra casa»".

Siguieron el curso bajo la bóveda de los guapurús, admiradas de no haber visto ningún animal venenoso ni sabandija. Como que Fe y Micha, hasta su salida de ese bosque, sólo vieron un «jausi», es decir una lagartija verde de una cuarta de largo, inofensiva. "¿Cómo será esto, cuando doña Santos dice que ha tenido que sembrar cuerdas de ajos alrededor de su casa, porque las víboras eran a toda hora del día y de la noche?" Así conversando, llegaron donde concluía el canalillo de la corriente; ésta se desparramaba en un pantanito o «curichi» ahora seco, cubierto de unas plantas acuáticas que estaban amarillas por la seca.

"Bueno, hasta aquí nomás. Regresemos". "Sí regresemos" y terminando alguna bonita historia se pararon allí. En eso empieza a caer sobre ellas una lluvia de hormigas bravísimas de palosanto. Miran arriba y reconocen que la bóveda es ahora de palosanto, y que las hormigas llueven. Por dejar la mancha de árboles castigadores se alejan y pierden de vista el canalillo que les servía de senda. Mientras más buscan más se ofuscan.

Fe, desesperada, empieza a correr hacia el lado que le parece se acerca a la casa. Su amiga empieza a seguirla «riyendo». Fe no comprende que esa risa es nerviosa y se manifiesta resentida. "Si así soy yo cuando me asusto" dice Juanita; "yo la sigo, querida Fe, pero me parece que no es ésa la dirección de la casa".

Fe y su compañera atrancan maleza hasta que llegan a barreras de fajina y bejucales sin salida. Con angustia dice a su amiga: "Guíe entonces usted, Juanita". Y ésta, siempre riendo, guía hasta que llegan a otro imposible. El Sol las cubre ya de sudor; unas veces guía la una, otras la otra, pero no pueden gritar ni pedir socorro de miedo de que se



adelanten otras personas ocultas en esos bosques, o los soldados que pastorean en el descampado. Lloran un rato, pensando en la angustia de sus madres.

## 7. Hacia el mañana

### 7.1 – EN EL MONTE ALTO

Ya el Sol había llegado y pasado el cenit; ellas, extraviadas en el bosque, corrían atrancando malezas hasta que la barrera era imposible. Así llegaron a un tupido grupo de árboles, todos ellos gruesos como pilares de fierro, hojas oscuras y gruesas, copas tan tupidas que formaban como una tarde por la oscuridad. Era un oasis de frescura, un salón por la falta de maleza y hierba. El maderaje de las gruesas ramas entrelazadas quedaba altísimo sobre sus cabezas, ¿pero qué seguridad podía ofrecerles? Allí estaba un cuero de «zorochi», que es un lobo o zorro grande, todo desgarrado; un pedazo colgaba todavía de las ramas, como si el tigre se hubiera subido al grueso maderaje a comer el trozo con más descanso. Los restos del cuero no estaban del todo secos, por lo que la tragedia no era muy antigua.

¡Qué susto! Clamaron a Dios con más aflicción y huyeron como podían de aquel lugar. Más allá, restos de cuero negro, como de «puerco de monte» es decir jabalí.

Serían las tres de la tarde cuando encontraron salida a esas oscuridades y llegaron a la orilla de la quebrada o aguada. Al punto Juanita reconoció que era la misma de donde se surtían, nada más que ahora llegaban por la orilla opuesta. Las pobres señoras habían puesto la mesa y habían comido inquietas, pero don Nicolás confiaba que de un momento a otro llegarían. Al volver de su siesta se preparaba ya a salir con Juan en busca de ellas, cuando llegaron. En cuanto a comida, las hormigas sólo habían dejado un «tari» con leche y algunas roscas en el jasayé.

### 7.2 – CONSERVACIÓN DE LA COMIDA

Juan, con poca precaución, había golpeado la ollita de barro y al querer ponerla al fuego, lo apagó: se salía. Desde hoy para adelante, todos los días, había que «curar» la olla de barro con resina de plátano verde por fuera, e hirviendo un poco de leche hasta consumirla por dentro, para tapar la grieta y hacer la comidita de arroz con carne.

Claro que Micha y Fe habían tomado de nuevo esta incumbencia; se necesitaba paciencia. Juan tenía bastante tarea con acarrear agua, leña y lo necesario; si se le daba mayor trabajo, podía aburrirse y marcharse. Las mujeres de la estancia habían querido seguir enviando la comida hecha, pero las precauciones que tuvieron que tomar el primer día que llegó allí la patrulla hicieron ver lo peligroso de ese trajín. Juan, enseñado por don Nicolás, no hacía senda para ir a la estancia, sino que a veces por un lado, a veces por otro, allá llegaba.

Guerra había para quitar a las hormigas grandes el pedazo de charque que traían de la casa para la comida. Desalojándolas de él, un día Fe se dejó tomar la mano por las tenazas de una de ellas, y por más que golpeó hasta nueve veces la mano contra el árbol, no consiguió desprender la hormiga hasta que ella quiso.

Para cuidar mejor una «saba» chiquita con mantequilla (las sabas son ollitas con orejas, o sin ellas), Micha la colgó en el saliente de la horqueta de la cama, pues afuera se hubiera derretido; cuando acordó, el mono de la Juanita metía sus brazos hasta el codo en ella, comiendo y manchando las cabeceras de hojas, como quien dice las almohadas.

### 7.3 – ROPA TENDIDA

Fuerte había estado ese día Micha con Juanita. Habían acudido a la aguada y habían lavado varias prendas de su ajuar y una camiseta de don Nicolás; de regreso las tendieron al sol de la tarde, delante de la casa, por el lado por donde iban y venían de la estancia. A las cinco y media acomodaron el cajoncito de vino que servía de mesa, una servilleta encima y un tronco con un pellón para don Nicolás; allí sentado él recibía su porción en el único plato y ellas comían de la olla, reservando para Juan en un matecito. Todo esto del lado que llamaremos interior de la casa, que es el que daba al camino de la aguada.

De repente se oye un tropel y el agudo silbido de Ignacio, que prevenía algo insólito desde el árbol en que estaría comiendo pacays. "Jesús", dijeron las señoras, "¡se nos viene la partida!" Don Nicolás corre a salirle al camino él solo; ya llegaban a 20 pasos de la puerta y tras ellos un hombre. Toma don Nicolás un palo y arrea para atrás las insubordinadas mulas y yeguas, que retroceden; el hombre saluda a don Nicolás con su nombre y le agradece su intervención, pero está admirado de encontrarlo allí. "Aquí estoy hombre, buscando un refugio a ver si puedo traer a mi hermana Juana, pues en la ciudad ya no se puede vivir" "¿Y la señora está aquí?". "No hombre, no le digo que voy buscando dónde traerla. Se nos persigue y no sé cómo volver a la ciudad a traerla, pero sin que nadie lo sepa". "Pues si es así, cuente señor conmigo. Yo son hijo natural de don Domingo Peredo, me ocupo de criar animales y tengo mi casa en el camino que va de aquí al Piray. Yo le puedo proporcionar un caballito manso para que vaya al pueblo, y como mi casa está dentro del monte, también puede servir para ocultarlos". Don Nicolás aceptó el caballito para esa misma noche, que a la entrada de la noche se lo trajese ahí cerca de la estancia; que él allí lo tomaría. Le prometió que llevaría a Juana a su casa (para que mejor le guardase el secreto). Y se despidió.

Volvió adonde habían quedado las señoras sin osar moverse y dijo: "He aquí que se me arma un viaje para mañana, sin quererlo debo ir a la ciudad". "No, eso no puedes hacer, dejarnos solas" dijo doña Juana. Explicó don Nicolás su encuentro y conversación con un Peredo, al que no conocía pero de quien era conocido. Las jóvenes amigas reían cuando explicó que estaba solo; Juanita le dijo: "¡Qué lástima de enaguas y batones colgados ahí a la vista!" Él se sorprendió y concluyó por reirse, pero después volvió a lo serio.

"Es necesario que cumpla mi palabra y pase esta noche por la casa de este hombre en el caballito que él me ha ofrecido. Iré a casa; no pediré la llave de las habitaciones tuyas a Dolores, sino que con la llave de mi cuarto entro a casa, subo por un pilar y abro el postiguito que sé que cede fácilmente. Así entro al comedor. Te traeré una ollita de fierro y alguna ropa". La señora se enjugó las lágrimas, diciendo: "¡Tener que entrar a su propia casa como un ladrón...!" Se resignaron a esta noche indefensa y él se fué. A la noche siguiente estaba de vuelta. Como la ollita resultaba cosa rara y fina para el vecindario, digna de llamar la atención de la requisa en un caso, se le hizo un pocito disimulado con hojarasca para guardarla; pero la otra no dejó de ser curada y hervida a la par.

Fe no podía ya sostener el calzado, especialmente desde las correrías por el monte, y pensó en arreglarse los zapatos verdes. Buscó capullos de algodón silvestre. Hizo un huso para hilar pabilo, poniendo a un palito una rueda de marlo, e hiló lo necesario para hacer un cordón y ribetear los zapatos, que así quedaron útiles.

Pocos días después de la vuelta de don Nicolás hubo por la noche una gran tempestad. Micha, al ver la claridad de los relámpagos, empezó en voz alta el Trisagio, que seguían aterrorizadas las demás, todas sentadas en sus camillas y tapándose la cara con las manos; pero los relámpagos penetraban por toda aquella transparente casa. El aguacero era furioso, por lo que llamaron e instaron a don Nicolás a que se refugiara adentro. Colgó él su hamaquita al medio y Juan debajo de la hamaca. La casa estaba llena.

Siguieron varios días de garúa. La leña mojada, al día siguiente costó prender el fuego. Dos días doña Juana se puso firme de que Micha cocinara adentro de la choza, aunque el humo allí encerrado hacía llorar a las cuatro y lo penetraba todo con su olor. Al fin consiguieron sacar la cocina afuera, como antes; con hojas de palma, horquetas y esteritas consiguieron que Juan construyese un reparo, que se llamó «cocina». Toda abierta por delante, pero ya el Señor Fuego bajo palio.

La prudente Micha guardaba leña a secar bajo las camas, para no padecer tanto del humo y sacar la comida a las doce. Comían ahora adentro de la casa. Fe no había abandonado del todo las excursiones y siempre que iba a la aguada se traía una doradilla (helecho), que era vegetación nueva para ella. Las iba plantando alrededor de la casa, como quien dice en las goteras, y ellas con sus varitas negras muy lucientes seguían adelante y se desarrollaban a maravilla. También sembró unos granos de arroz en chala, que escogió entre el arroz pelado a mortero que traían, así como granos de maíz. Todo nació, de modo que después don Elías y doña Santos le contaron que habían espigado y que doña Bárbara se miraba en las tales chacras, hasta el día en que un par de bueyes ariscos llegaron a la casa y se lo comieron todo.

## 7.5 – ALIMENTOS DEL BOSQUE

Siempre por la vigilancia de las patrullas a la estancia del Padre Céspedes, llegó un día en que nada pudieron traer de la estancia. Ni leche, ni carne, ni arroz; nada. Esperaron, comiendo unas guayabas hasta las tres de la tarde. A esa hora Micha llevó a Juan a un lado de la choza, donde había una palmera de motacú joven, de 4 ó 5 años y de unos tres metros de alto, y le mandó cavar con precaución hasta sacar el palmito tierno del tronco. Con pena destruía por necesidad esa hermosa obra de la naturaleza; así dijo a Fe, que veía esta operación.

Cocido el palmito en pedazos con un poco de sal, tiene ese gusto dulce de lo tierno del alcaucil y es comida muy suave. Todos quedaron contentos de la fuente de palmito cocido, que Micha preparó en una cuchara de la palmera madre, como en bandeja. Entusiasmada, Juanita cortó parte de esos pedazos cocidos y los guisó con grasa y jugo de naranja agria, y presentó una ollita de ensalada; que con el jacuú de lo mismo, dejó satisfechas las necesidades del día. Al día siguiente pudieron traer la provisión ordinaria.

Ya se iban acostumbrando al bosque como si de él no debieran salir más. Recibían de vez en cuando la visita de la familia de la estancia. Un día se aventuró una de las jóvenes a preguntar a doña Santos si no tendría algún libro para distraerse un poco. "Nada señora, como no sabemos leer... Elías que es el que sabe tiene un cuadernito de Alabanzas a Nuestra Señora..." De repente, llena de júbilo, agrega "¡Pero sí!, que también tiene la vida de Don Quijote, que cuando se reúnen los amigos siempre le piden que les lea y ríen los hombres muchísimo, pero yo lloro..." "¿Y por qué?" preguntaron las niñas. "Ay, señoras, porque es un tejido de desgracias que les pasan a esos hombres, que tienen la mejor intención. Sobre todo ese Sancho, ese Sancho señoras es un santo, ¡un santo!", repitieron Candelaria y doña Bárbara. Es decir que el Pasado, el Presente y

el Porvenir lo canonizaban. Las amigas Juanita y Fe sentían un cosquilleo, un deseo de reír admirando a estas almas cándidas que así lloraban por las penas ficticias.

Con modestia Micha les dijo: "Es una obra o libro muy gracioso, pero esos personajes todos no han existido. Es un cuento bien inventado de un escritor que divierte y hasta enseña". "Así pues que no lo llore a Sancho", añadió la señora de Mérida, "porque no hay para qué". "¡Ay, señoras, y yo que lo creía ánima bendita!". "Pues no".

## 7.6 – DON URBANO PINTO

Los días se sucedían sin incidentes. Una noche, bien tarde, las jóvenes dormían y las señoras rezaban; se oyó un ladrar furioso en la estancia. Las señoras recordaron a las niñas mientras don Nicolás corría con todo cuidado a informarse de la causa del alboroto. Una lluvia impalpable mojaba todo, pero ya la hamaca del señor tenía su toldito desde el último viaje a la ciudad; todas las noches la armaba delante de la choza, con ayuda de Juan.

Inquietas, las señoras lo vieron llegar con don Elías, que dijo a Micha "Señora, ha llegado en este momento mi amigo don Urbano Pinto y dice que desea hablar con Vd. Yo he negado al principio que hubiese aquí gente escondida, pero al fin me he rendido y él, puedo yo asegurar, es un señor y un hombre de bien". "¡Aunque sea, mi comadre no debe dejarse ver!", dijo doña Juana, afligida. Micha dijo, dudando: "¿Cómo es esa persona?" "De regular porte, entrecano; en fin, puedo asegurar que es don Urbano Pinto, que desea hablarla". Micha se inclinó a doña Juana y le dijo "es primo de Rodríguez, debo recibirlo, tal vez me trae noticias de él". "Que venga", dijeron a un tiempo las señoras.

Urbano, que estaría a medio camino, llegó pronto. Se saludaron con afecto y le ofrecieron asiento en el sofá, que las niñas habían dejado. Allí explicó él: "Vengo de parte de Pedro a saber de cierto si estaba usted Michita aquí, pues anoche se ha dicho en un bailecito de estos alrededores que hay escondidas en este bosque dos señoritas bajitas; y Pedro, que nada sabía de ustedes, se ha sobresaltado temiendo, como en realidad es así, que se trate de ustedes. Dice que estén preparadas, que mañana a la noche a estas mismas horas vendrá Pablo a llevarlas. Así que ya está prevenido mi amigo don Elías, para que aleje cuanto sea posible a sus empleados, para que no las vean salir del bosque y se comprometa la seguridad de las otras señoras". Doña Juana se entristecía y echaba la culpa al divertido Alejandro de la noticia, aunque nunca había visto a las fugitivas.

## 7.7 – NUEVA PARTIDA

A la noche siguiente se nubló el cielo. Hacia las once, vinieron don Elías y don Nicolás a avisar que había llegado Pablo. Salieron a pie del bosque; con un tizón grueso don Elías señalaba la senda. La despedida de las amigas fué muy tierna. Llegaron ante la casa de la estancia y arreció el agua. Pablo traía uno de los ponchos de macana de don Pedro, que puso a Micha para resguardarla; Fe traía el pañuelo de merino de Carmencita, que se cruzó y ató bien a la espalda. Pablo las hizo subir en el único caballito que traía, pues traer dos hubiera sido llamar la atención.

Como la lluvia era tan recia, al salir sólo don Nicolás y don Elías despidieron a las viajeras. Fe en las ancas de su madre; Pablo a pie, con su poncho pullo impermeable y los pantalones arrollados, guiaba el camino. Un cuadro de «la huída a Egipto» con todos sus temores. Como a dos cuadras se oía el canto de un mercader de Burapucú y la esquila de su cabalgadura que guiaba sus bestias cargueras, que llevaban los odres de

cuero llenos de aguardiente ordinario; ésa era la industria que afamaba al lugarejo, explicación que a media voz le dió su tío Pablo a Fe para calmar sus inquietudes al oír una voz humana. Cesó repentinamente el fuerte chaparrón, con el cual la Providencia Divina ocultaba la dirección y huellas de los fugitivos a las investigaciones de Ignacio, Alejandro y otros.

## 7.8 – FUNCIÓN DE TÍTERES

Supimos que, pocos días después, la familia de doña Santos invitó con empeños a las señoras de Ribera a presenciar una función de títeres. Doña Juana se excusó cuanto pudo: la noche, las víboras, la humedad, el mal tiempo, el temor de ser descubierta... Tuvo que ceder; todo se lo allanaron, hasta el extremo de llevarlas en sillas, como quien dice en andas. Vió la señora que era más peligroso el no ir, a echar centavos en el cedazo de la «Peruchita» de los títeres, y fué provista de medios y reales. El gozo no cabía en los pechos. "Figúrese, comadre, ¡qué me podían divertir a mí los títeres!", decía después ella, contándole a Micha los incidentes de esa noche.

Regresaron en andas a su morada, dieron las gracias y con toda precaución encendieron su cabito de vela para abrir la puerta de tejido, que habían dejado bien atada contra posibles ladrones. ¡qué desastre al entrar! El jasyé de las roscas había desaparecido, la saba de la mantequilla había rodado de aquí para allí dejando señales en la colcha y en el piso; buscan por los contornos el jasyé y el otro del charquecito, y nada. Huellas de perros sí que se encontraron. Por las alas de la casa, que no tenían pared, habían saqueado en regla a las señoras Ribera.

## 7.9 – PABLO RODRÍGUEZ

Prosigamos el viaje. Con espléndida Luna, a cuya plateada luz brillaba el agua en las quebradas de arcilla roja donde se encajonaba; por allí buscaba Pablo con preferencia, para no dejar huella. Era tan peligroso bajar al fondo que a veces el caballito no daba paso: se paraba firme y la arcilla como cera lo hacía bajar, resbalándose más de un metro.

Era el 28 de febrero de 1977 y había luna llena.

Luego se ofrecieron a la vista las playas del río Urubó, con sus arenas como sábanas blanquísimas. El guía, siempre a pie, dirigía la marcha. Fe dejó caer uno de sus verdes zapatitos sin saber dónde, tal miedo sentía del susurro de la arboleda que empezaba; una oscura ceja de monte, de la cual podían salir trabuco en mano algunos forajidos.

Anda y anda, llegaron a un claro o potrero rodeado de monte. ¿Aquí es? "Todavía no" dijo Pablo dulcemente, "tenemos que atravesar otro monte". Y así fué. Otras playas, otras quebradas, otro potrero; ya la Luna se entraba. ¿Aquí es? Todavía no, dijo Pablo deteniéndose y cortando un gajo fuerte para ir borrando sus huellas en la roja arena, cuando se encontraba libre de vegetación.

Atravesaron un tercer potrero. La oscuridad era completa; al frente, un espeso y oscuro monte. Llegados al pie de ese conglomerado de árboles y fajina, Fe vió un cuadrado en el suelo y en él dibujadas las estrellas; no era más que el tamaño de una baldosa. Pablo dijo: "Ahora sí hay que bajarse; a este bosque es imposible entrar a caballo".

Se bajaron. Era ese ojo de rica agua de chaaco, el manantial del que tomaba el agua don Pedro, según dijo Pablo. Silbó con intervalos hasta tres veces; a la tercera se oyó que le contestaban. "Ya han oído" dijo. Largo rato después se vió la claridad de un tizón que venía bajando. Pablo invitó a seguir esa luz, penetrando con valor en el bosque;

atravesando ramas, quebrando chafras y varillas. Así fué; el que traía el tizón era el fiel mozo de don Pedro, Mariano Cuéllar. Varias cuadras andarían, ayudadas de Pablo cuando se enredaban.

Al fin llegaron a abrazar a don Pedro, que de pie a pocos pasos de su choza los esperaba. Y dijo a Micha a media voz: "Con cuatro reales que me quedan, nos iremos a Buenos Aires". El abnegado Pablo, apenas saludó a su hermano, tuvo que volverse para que no le sorprendiese el día por aquellos lugares del «cuche» distante de Chaaco.

### **7.10 – LA CHOZA DE DON PEDRO**

Avivaron el fuego, que ardía siempre a la puerta (sin puerta) de la choza para espantar al tigre y secar la choza. Esta había sido edificada todavía más pendiente que la que dejaron Micha y Fe. Era más larga. Se componía de la choza en que estaba colgada la hamaca de don Pedro y una antechoza unida a ella, como un vestíbulo abierto a cuya entrada ardía el fuego; aquí se guardaban las monturas de él y de su mozo Cuéllar, las ollitas y cafeteras, las alforjas con la provisión.

Ayudado de Cuéllar, don Pedro vió modo de acomodar cama a ellas al lado derecho de su hamaca. Colocaron en el suelo palos delgados, pues el piso estaba lodoso por la filtración de las lluvias; sobre ello un cuero, una sábana y una frazada. Almohada no la había, ni se necesitaba por la pendiente del terreno. Allí dormían vestidas todo ese tiempo Micha y Fe. Cuéllar se tendía a descansar en una estera de palma, al lado izquierdo de la hamaca.

El tiempo era lluvioso. Fe dormía perfectamente después de luchar un poco con los mosquitos; no así Micha, que tenía que recoger tres o cuatro veces a su hija, que al menor movimiento rodaba de su lado por una pendiente hacia una hondonada, y allí se estaba muy bien hasta que recordaba Micha. Reconociendo ésta al día siguiente ese pozo u hondonada, vió a cierta distancia otro y supuso que en otro tiempo hubo allí molienda y que éstos fueron los pozos de los trapiches, que la naturaleza iba llenando.

### **7.11 – ALIMAÑAS**

Desayunaban con café, lamentando don Pedro el que días antes había roto el frasco de polvo de guaraná por huir de una víbora que lo amenazaba, si no hubiera esquivado el cuerpo tan pronto. Pero la bondad divina no dió a ver nada de esos peligros a ellas, pues en toda la estadía en ese bosque lo más feroz que vieron fué una rana, que vino una noche a contemplar el fuego.

Es cierto que vieron también un cordón no interrumpido que, visto desde la choza, parecía una banda de cerda negra de algunos centímetros de ancho; eran grandes hormigas, que cazan hasta zorros. El cordón iba y venía sin cesar, pero no se acercaron a la choza pues tenían mucho en qué entretenerse. El bosque era más tupido que el anterior. A poca distancia un árbol enorme era depósito, en los huecos de su corteza, de las colmenas de diversas clases de abejas silvestres y avispa, que se distinguían por la forma ya redonda o ya en forma de trenza que daban a sus construcciones. Vertía el árbol hilos de miel; sería la sobrante, o las lluvias habrían destapado algún depósito. Acarrearla era una de las ocupaciones de las hormigas negras.

### **7.12 – MONOS**

En cuanto aclaró el día, empezaron a pasar los monos de derecha a izquierda, saltando en círculo de árbol en árbol, a cierta distancia de la choza. Todos cortaban una hoja del

árbol por el cual pasaban y volvían la cara hacia la choza. Al colocarse frente a ella la gritería aumentó; se detuvieron a hacer piruetas y rascarse la cola de arriba abajo, como quien compone una vela.

Don Pedro y Cuéllar aseguraban que esa demostración la hicieron el primer día que las vieron, pero que ahora no se detenían a su paso. Por la mañana al trabajo, a la izquierda, por la tarde de regreso a dormir, a la derecha. Mientras ellos se divertían de esta recepción, algunos «reporters» de entre los monos habían dado la vuelta completa por el lado, con mucha precaución, y se asomaban por el techo de la casa colgándose de las colas, a ver bien a las Evas.

Éstas, después del desayuno, se habían recogido en dos pedazos de troncos que servían de asientos, a rezar sus oraciones. Don Pedro paseaba con su mozo, dándole órdenes para ir a traer la provisión y noticias de la situación.

### **7.13 – LOS COROS DEL BOSQUE**

Pues a la hora en que en la Catedral de Santa Cruz se celebraba el oficio de Tercia, Dios quiso manifestar a sus servidoras que Él se hacía adorar en los bosques. Se oyó un coro de voces que venía del lado derecho: eran coros de perdices, de una clase que cantaban muchas a un tiempo «fi fi fi fiiii...»; aguardaban una pausilla y entonces, del lado opuesto, el izquierdo, perdices de otra clase, pues que su modo de cantar era distinto, contestaban y aguardaban a las primeras, que volvían a cantar. Así por lo menos media hora, tiempo que dura este Oficio Divino, se contestaban ordenadamente.

Micha distinguía las dos clases que cantaban: las primeras eran las perdices de plumaje leonado y negro, las comunes de pampa; las que contestaban tenían el pecho color polvillo y la espalda morada. Fe había visto también en el escritorio de su abuelo esas diferentes clases, pero en cautividad no las oía cantar y no conocía la majestad de esa unión de cantos. Pues daba devoción oír las, se sentía mejor la presencia de Dios.

En el otro bosque, en la hora de la siesta Micha la había llevado un día a la aguada, para que en la tupición de esa selva, cerca de un curichi lleno de diversas clases de patujús (cañas de ambar), oyese a los «organitos», pajarillos que sólo cantan durante el reposo de los demás, en la siesta. Era una cítara celestial. El pajarillo tiene el tamaño de un canario, el plumaje rayado, con una pluma blanca y otra negra u oscura; sus movimientos eran tan vivos al cantar entre muchos que parecían construir nidos, trabajar o bailar como los loros cuando se entusiasman. Esta música suave y deliciosa es para la hora de la siesta.

Por la tarde se sentaban a rezar en ese grueso tronco que estaba allí afuera. No sin un recelo inconfesado de don Pedro, que solía estar en acecho, mirando las novedades de las plantas o los animalitos para entretenerlas cuando hubieran terminado. Es de creer que temería alguna víbora, u otro susto.

A veces se paraba allí entre ellas y les decía: "Ahora, si viniese la partida no hay más que resistir... Yo con estas fuertes botas podría huir, pero Vds., cómo podrían salir del garabatá", y mostraba hacia la izquierda, en todo lo que la vista alcanzaba, el piñatal silvestre, muy compuesto con sus varillas como sierras dentadas y sus corbatas de cintas coloradas, que adornaban la cima de una piñita agria.

### **7.14 – NUEVAS DE LA CIUDAD**

Dos veces estuvieron de visita ya el uno, ya el otro hermano. Traían rosquitas hechas por Socia, batatas y mandiocas asadas, tabletas de leche y plátanos. Según dijeron, Andrés Ibáñez y los revolucionarios temían que el Gobierno enviase tropas; habían



puesto muchos centinelas en la cordillera, extremaban los apremios por dinero y como que preparaban un movimiento de tropas para Chiquitos. El mozo Cuéllar tardó dos días en su viaje a la ciudad; cada vez era más peligroso y había pasado escondido muchas horas, hasta cerca del anochecer, por un muchacho que lo seguía con insistencia.

Al día siguiente fué a la Aguada y de allí trajo una fruta larga, como una banana brasilera con un fuerte olor a guineo y color amarillo con unas manchas negras; como una banana madura, exactamente. Fe le preguntó qué fruta era ésa. "No sé, niña, pero debe ser veneno porque estaba en un bejuco de hoja peluda". Allí quedó en la cocina. En cuanto se fué Cuéllar, Fe se puso a examinar de nuevo la fruta, madura y olorosa como un meloncillo. La partió y resultó ser una clase de pachío (pasionaria) con sus semillas idénticas a las de esa fruta, aún cuando la apariencia y color era de banana. Probó el gusto dulce y exquisito. Guardó la semilla, mas como no sabía preparar almácigos la perdió; no nació, librada a sí misma.

Admiraba a Dios en todo esto. Otro día don Pedro las llevó a un sitio enmarañado del bosque, a ver una vid silvestre con frutas coloradas; a ver una enredadera que daba ramilletes color azul violeta matizadas de blanco, con una fruta que parecía otro ramillete distinto en la misma planta; eran unos cilindros color púrpura o solferino que parecían de cristal esmerilado.

## 7.15 – CAÑONAZOS

Así pasaban los días. Hacía dos que Cuéllar no salía a ninguna parte, cuando una noche, hacia las ocho, don Pedro aseguraba mejor su hamaca para acostarse; la garúa había persistido todo el día. Se oyó distintamente un cañonazo, luego otro; a intervalos iguales, todos los fugitivos atentos contaron desde la choza siete majestuosos cañonazos.

Al primero lo habían creído trueno. Al segundo, Cuéllar dijo: "Señor, llegan las tropas del ejército nacional". "¿Pero cómo pueden oírse aquí los disparos hechos en Santa Cruz?" dijo Micha. "Lo que yo sé, tropas a las manos. Los collas han llegado". Don Pedro y Fe, que en voz alta contaban los cañonazos, ya después de siete no oyeron más. Don Pedro, lleno de esperanzas dijo al mozo: "Mañana iré Vd. a ver qué noticias trae". "Con gusto, sí señor, traeré la noticia de que lo han derrotado a Ibáñez". Micha rezó hasta muy tarde, encomendando a Dios el asunto. Y todos se durmieron con esperanzas.

Después se supo que en toda la región, desde Portachuelo hasta el Piray, se oyó el mismo fenómeno; algunos contaron siete, otros cinco cañonazos, las familias y señores fugitivos en los bosques. "Debe ser en la cordillera, debe ser en la sierra la batalla, por eso se oye hasta aquí", dijo don Pedro.

Al día siguiente partió el fiel Cuéllar muy esperanzado a la ciudad. Micha no había dejado de hacer diariamente la Novena de la Purísima Concepción dando gracias a la augustísima Trinidad, después de repetir muchas veces la misma cosa: «Porque desde aquel instante, etc.». Acabó por agradecer cada título de la Letanía y llegaba ese día, «Trono de la Eterna Sabiduría» y pedía a la Virgen le enviase buenas noticias.

Hacia las nueve de la mañana llegó Pablo con rostro risueño y, contra su costumbre de silencio y respeto a su hermano, le dijo en cuanto alcanzó a verlo: "Memorias les deja Ibáñez, que se va para Chiquitos". Abrumado a preguntas, fué dando razón.

"Parece que es cierto que llegan tropas del ejército, enviadas por el Presidente. Hace dos días que anda preparando su viaje o retirada a Chiquitos. Ha puesto en libertad al Canónigo Ram, porque la prédica de éste hacía efecto en la tropa, que se manifestaba descontenta del trato dado a los sacerdotes presos; primero amenazó desterrarlo al Brasil, el Canónigo dijo que allí tenía amigos. Acabó por largarlo; aún cuando el

calabozo húmedo en que lo había recluso había desmejorado su salud, su entereza de espíritu es la misma. Al salir se le arrodillaban los soldados, pidiéndole perdón".

"Parece que los centinelas de la cordillera le hicieron llegar la noticia a las dos de la tarde de ayer y aquello fué una confusión y un apuro, trayendo la caballada y cargando como podían armas, provisiones y de todo para sus tropas. A las tres, hora en que salían para Chiquitos, vino una negra nube de «chuúbis» (aves de rapiña) que oscureció el Sol y después, a las cuatro, un huracán que pareció despedir a la retaguardia ibañista". "¿Pero no será una estratagema para engañar a los fugitivos y después volver...?" Pablo movió la cabeza: todo podía ser, ¿quién era capaz de saber lo cierto...?

Don Pedro reflexionaba. Micha desconfiaba y Pablo volvía a ensimismarse. En eso llegó Sótero en su mulita más bonita y trayendo a cabestro un caballo: la cosa parecía cierta. El había recogido más noticias entre los parientes y fugitivos de esos parajes y los datos eran idénticos, sobre los apuros de Ibáñez para salir.

Propuso a don Pedro que fueran hasta el Urubó, a casa de su primo Amador Pinto, donde había estado en diversas ocasiones hasta que una denuncia, imprudentemente pescada en el ambiente, lo alejó de allí. Ir donde Amador, esperar allí la confirmación de las nuevas de la retirada del caudillo revolucionario "y la llegada de los collas", decía Micha, conociendo que don Pedro deseaba ir a la ciudad ya mismo. Así se hizo. Pablo trajo la sillonería de don Pedro. Sótero, prevenido, traía a las ancas un lomillo, que acomodó al caballo que traía; colocó en su bonita mula a Micha y Fe en las ancas y él montó en el caballo. Y así, aunque no todavía libres de precauciones, salieron del bosque hasta el claro o potrero donde habían subido a caballo; y siempre por sendas, evitando a los transeúntes, llegaron al Urubó hacia las dos de la tarde.

## **7.16 – EN EL URUBÓ**

La casa del mayor de los Pinto estaba edificada sobre una loma que dominaba por un lado el Sud. A lo lejos estaba el camino de la ciudad; al pie había un extenso lago, cubierto en sus orillas de plantas acuáticas con ramilletes nacarados que mudaban de color, según la hora del día o la edad de los ramilletes: blanco níveo, rosado pálido, azul celeste pálido, azul violado. Nunca había visto Fe cosa más linda, pero Micha había visto en Yapacaní la Victoria Regina, hermosa acuática de todos estos colores, la mayor de las flores.

Hacia el Norte bajaba la loma hasta una hondonada como el cauce de un río seco, en donde el inteligente Amador había hecho una hermosa avenida de bibosi palomo y otros árboles frutales silvestres. Había también gruesos y enormes guapurús, todos copudos, que entoldaban el zanjón y lo hacían verde, fresquísimo y límpido en su fondo para que no gustase a los reptiles. Mirado desde la loma, o desde lejos, parecía una intrincada selva, pues las copas tocaban las márgenes del zanjón.

## **7.17 – AMADOR Y MERCEDES PINTO**

Allí ató su hamaca don Pedro y Amador otra para Micha; Fe quedó en ese hermoso salón natural. Allí vino a saludarlos doña Mercedes, la esposa del dueño de casa, activa, diligente y previsora. No habían tenido hijos, pero ella se había dedicado a cuidar a su marido con un cariño puede decirse maternal muchos años. Nada llegaba, ni en alimentos ni en ropa blanca a Amador, que no fuese obra de sus manos. El había acabado por resignarse a estos sacrificios de los que a veces protestaba antes, pareciéndole que cuadraba a él servir a su señora y no ésta a él. Pero doña Mercedes,

llorando su inacción y la soledad de su hogar, lo convencía de que Dios la había creado madre y alguien tenía que hacer allí el papel de hijo.

El era prudente e instruído; dirigía las siembras y sus haciendas con generosidad, sin congojosa solicitud. Se conocía aprovechado en Filosofía y le cuadraban, como a su primo Pedro, estos versos de algún poeta:

¡Cuán bienaventurado el hombre  
que con oscuro nombre  
vive en su casa honrado  
por su familia atenta  
a lo que más le agrada y le contenta.

Fuera de los sirvientes, tenían una huerfanita que llegaba a sus once años sin duda. Ayudaba a doña Mercedes en sus actividades domésticas; jamás estaba desocupada, jamás desde la mañana a la noche hacía nada sin preguntar. Cualquiera diría que era la necesidad de oír voces humanas la que había creado esa costumbre de Sarita.

Por la mañana "Mamita ¿rezo?". "Sí hijita, sí". "Mamita ¿me peino?" "Sí hijita, yo te peino" "Mamita ¿doy el arroz a los peones?" "Sí hijita, sí". No seguimos más, pero todas las acciones del día eran preguntadas; idéntico, todos los días preguntó lo mismo en lo que allí estuvieron Micha y Fe.

Estaba también allí la hermana menor de doña Mercedes, Angela Petronita, pasando una temporada de campo muy útil y divertida para sus hermanos. Prolija en sus labores, modesta y cariñosa, había traído su García Mazo y su Historia de la Religión por el mismo autor, y con gusto la oían los parientes que llegaban de visita y los dueños de casa en el descanso de sus faenas. Leía bien e instruía a Sarita para cuando recibiera la Santa Comunión en la Cuaresma próxima.

Había también un matiquito manso que comía en la mano de los de la familia, haciendo sus gracias y cantos a la hora de las comidas.

Frente a la sala y dormitorios estaba la cocina, a una distancia como de 30 metros al Oriente. Micha pensaba en los días lluviosos y lo encontraba lejos. Doña Mercedes dijo que la ventaja era que así el humo no los molestaba para nada. Y bueno hubiera sido, pues el día, o más bien la noche, que no corría viento, no había cómo dormir en la loma embestida por millones de mosquitos de ese lago cercano.

## 7.18 – PRESAGIOS

Empezaron los parientes, relacionados y amigos, en cuyas casas había parado días don Pedro, a llegar al Urubó, punto estratégico para saber noticias de la ciudad y del fugitivo. Pero el prudente Amador los entretenía y no dejaba ver a su primo, hasta que no se despejara la situación con ulteriores noticias. Llegaron también algunos fugitivos: el beato Manuel José Saucedo y Justiniano, hombre bueno y piadoso, medio pariente, y otros de menor cuantía. A saber...: todos dejaban a Amador noticia de la batalla y cantidad de cañonazos que habían oído, persuadidos de que así era; después veremos de que era una sentencia del Cielo.

El fenómeno de las aves de rapiña que oscurecieron el Sol no es tan raro que suceda por allá, sobre todo si hay algo insólito en la atmósfera, por ejemplo un eclipse. Fe oyó contar otros casos semejantes hasta sus 17 años.

En las últimas noches que estuvieron en el primer monte, soñó Micha que veía venir por delante de su cama, a pasar con mucha diligencia y acompañamiento de personas, a la Santísima Virgen del Carmen; aprovechando la ocasión, ella le preguntaba "Señora, ¿cuándo termina esto? ¿Cuándo me reúnes a los míos?". "Ten paciencia" le había dicho Nuestra Señora con rostro alegre, "prontito, muy prontito". Y pasó.

Al mismo tiempo, Fe soñó dos noches seguidas un mismo sueño. Creía estar en la quinta ante el altar de Nuestra Señora de las Nieves, que estaba de gran gala y había muchísima gente allí y pedían que rezase la Salve. Rezaba, y al llegar a las palabras «vuelve a nosotros esos tus ojos» la Virgen dejaba de mirar al frente y bajaba los ojos hacia los que rodeaban su altar; y era para todos motivo de consuelo y de temor esa fineza; y volvían a pedir que rezase para gozar otra vez de su mirada, y ella, la Virgen, miraba con sus hermosísimos ojos grises compasivos y cariñosos. En sus meditaciones epilógaba los sucesos de ese primer bosque y sentía... pero no podía condensar su sentir, aún para expresárselo a sí misma... Esa Providencia particular debía darle hecha la idea.

Dos importancias más notó Fe en ese lugar. El grueso Libro con tapas de cuero, grande como un misal y con «f» en lugar de «s», lo que dificultaba su lectura al menos para ella. En la sala cerca de la hamaca de honor, había una silla en que SENTADO, el Flos Sanctorum, o sea el Año Cristiano con la vida de los santos, estaba allí siempre dispuesto a conversar con los dueños de casa y sus visitas. Ciertas referencias de don Pedro hacían conocer a Fe que su padre también se había entretenido con esta Flor.

## 7.19 – POESIAS DE NESTOR GALINDO

Merodeando se acercó a la antigua mesa que había en un ángulo de la salita, donde en un tronito de madera estaba una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo como de 30 centímetros, los santos ante quienes oraba la familia, un vaso con flores delante, la vela bendita de cera para las tempestades y varios frasquitos y botellas de remedios. Allí también había un libro en rústica, viejo exteriormente pero limpio y bien conservado en el interior. Su título era «Poesías de Néstor Galindo»; éste era el desgraciado y simpático poeta que deploraba Lor algunas veces; muerto en las Canterías de Potosí, no sé si ejecutado por opositor al Gobierno.

Fe lo hojeó, buscado entre tantos el nombre de Jesucristo, como lo hacía San Agustín aún antes de su definitiva conversión. No hallaba, y le parecía asombrosamente desagradable que aquel hombre dotado no hubiera escrito un homenaje a Dios, y ya estaba en el otro mundo. Al fin halló este rastro:

### MARÍA

Delicado pensamiento de la mente de María,  
misterioso sentimiento que derramas armonía  
cuando das tu luz al viento.  
Zefirillo quejumbroso que de flor en flor volando  
con tu beso apetitoso vas los perfumes robando  
por dejarles un sollozo.  
Leve y aérea mariposa que con alas de zafiro  
vas volando temblorosa como lánguido suspiro  
que va al seno de una rosa.  
Gota de agua cristalina, llanto triste de la noche  
que coronas diamantina de la flor el casto broche  
cuando el alba te ilumina,  
alma bella de mi alma, perfume de mi existencia  
que me ofreces dulce calma con la paz de tu inocencia,  
con las flores de tu calma.  
Deja a un pobre desterrado que te ame cual consuelo  
y en tus altares postrado te ofrezca su laúd de duelo,  
de todo el mundo olvidado.  
Deja a un triste que reposa junto a ti, dulce María,

que en tus éxtasis se goce y que beba tu ambrosía.

Deja a un triste que solloce.

Desde «gota de agua cristalina» le pareció a Fe como si esta poesía fuese un límpido lago que reflejase la propia imagen de su alma, con los pensamientos que la habían ocupado en esos inciertos e interminables días de los bosques... el aumento de tristeza que el continuo llover parecía, el llanto triste de la noche, el recuerdo de la santa imagen y del Oratorio; y en las estrofas siguientes, su sueño, sus inquietudes ante las denuncias...

Porque es un sueño de flores ver tus ojos de paloma  
y a sus vívidos fulgores entrever cuán grato asoma  
el consuelo en los dolores.

Todo es triste, todo llora. ¡Cuán amarga es, ay, la vida!,  
frágil copa que atesora entre lágrimas la bebida  
de un tósigo que devora.

Pero tú eres la palmera a cuya sombra me aduermo,  
y en ilusión hechicera me muestras lo que era un yermo  
como una rica pradera.

Y en ella tú, virgen mía, como una santa promesa  
derramas tanta alegría que borras de mis tristezas  
la pálida luz sombría.

Pues tú eres mi vida, mi alma,  
mi solo bien que aún existe,  
mi verdosa y fresca palma,  
la luz de mi vida triste,  
mi fe de amor y de calma.

Cerca de las diez Micha dió a su hija varios comestibles para que los entregara a la despensa de doña Mercedes, de los que venían en las alforjas; entre ellos, tres tarros de sardinas. Gozosa la señora quiso en un momento abrirlas para dar sorpresa a don Amador, a quien le gustaban muchísimo. Ayudada de Fe empezó a abrir con un cuchillo; brotó el aceite y alborozado el matiquito dejó el hombro de doña Mercedes para llegar a su mano, a aprovecharse de tanto bien. Gozaba la niña de la diligencia del matico, y doña Mercedes admirada de que le gustase lo que no conocía. "Apártalo", dijo Micha, "mira que no se empache". Lo ahuyentaron, pero era ya tarde: al día siguiente ya había muerto el animalito.

El mozo Cuéllar debía llegar esa tarde del 7 de marzo a traer la confirmación de las noticias. En la tarde, los dueños de casa y sus huéspedes salieron a mirar al camino, desde la altura que hacía de patio; un sirviente que don Amador despachó en esa dirección volvía corriendo en su matusí y hacía significativas señas, que Cuéllar divisaba ya.

## 7.20 – DON ELOY

Don Pedro sonriendo decía a Micha "Verás, verás, aunque la noticia principal nos urge, primero vamos a tener que saber quiénes han muerto". Todos salieron a ver las vueltas que el jinete daba entre la altura verdequeante de la loma del frente, por donde serpenteaba el camino a la ciudad. Allí se hallaba un emparentado con los Sosa, antiguos amigos de la familia Rodríguez Justiniano y cuñados de Felicidad.

Este pariente era don Eloy, un hombre como de 35 años, blanco y rubio, de proporcionada estatura y algo pálido. Muy inteligente en todo asunto de campo, desde el «rumbear» (baqueano) hasta tejer cabestro; desde entender en caballos hasta la cría de

gallinas; desde conocer de las cosechas y épocas de siembra hasta las propiedades de árboles y plantas. Este utilísimo hombre tenía una cosa única y sin par: era su risa. Si era cacareo de monstruosa ave, si era aullido de zorro afligido, nadie sin oírlo podía explicarse la sorpresa que causaba esta sonora risa, sorpresa que determinaba irremisiblemente en quien oía la voluntad de reír, que buena cauda de risas quedaba después de manifestarse la real risa de don Eloy (no sé qué apellidaba).

Cuando Cuéllar salió a la pampa y se le vió enderezar hacia la casa trayendo del diestro un caballo ensillado con silla para señora, todos los corazones latieron esperanzados. Impagable fué don Eloy para el momento... Algo había que rodear el gran lago para subir esta loma; así que en cuanto estuvo a distancia que su poderosa voz se pudiera oír, se hizo bocina con las manos y gritó: "¿QUE HAY? ¿QUE NOTICIAS?" El Colla gritó "SE MURIO EL CURA BARBERY, CREO QUE SIN SACRAMENTOS". "¿Ves, ves? ¡Si es cosa particular, nunca llegan sin muerto!", comentó don Pedro a Micha, riendo.

Al pie de la loma pudo al fin decir: "Se fué Ibáñez a Chiquitos y han llegado ayer mismo por la noche los collas (el ejército), conducidos por el Ministro de la Guerra en persona, el Gral. Carlos Villegas, a quien acompañan el Gral. Villamil, el Gral. Zapata, el Coronel Lafaye y otros más. El señor don Alberto Natusch manda este caballo dispuesto para la señora. Ya no hay peligro en ir".

En esto llegó Languidey y amplió las noticias de Cuéllar. No le había parecido bien no venir él, aún cuando fuera de montado, a saber de don Pedro, a verlo y recibir sus órdenes.

## **7.21 – REGRESO A SANTA CRUZ**

Mientras tanto, doña Mercedes y su hermana preparaban el café en la plazuelita o patio; serían las cinco de la tarde. Había gozo, pero los dueños sentían la separación tan pronto... Concluído, montaron a caballo, Fe en las ancas de Micha. El dueño de casa, Sótero y don Eloy acompañaron hasta las márgenes del Piray. Al llegar a los suburbios se adelantó Languidey a prevenir a la familia, que ya las beatitas Durán habían reunido en la casa y preparado la mesa. El zaguán, o puerta de calle, había sido abierto, de modo que entrasen a caballo hasta el patio. El fiel brasilero Manuel y el abnegado Lorenzo, el albañil, estaban allí. Don Alberto había estado distraído a los niños cacareando como un gallo, que era la gracia estupenda que ellos solicitaban de él para perecer de risa. Lor también estaba allí. Después de breves parabienes, se retiraron para que descansaran, según decían.

Supo entonces Micha los incidentes de la requisita en casa de las Durán y tuvo la pena de ver a su hijita Micaela atacada de un «arestín» o erupción cutánea rebelde, que la hacía padecer mucho; debido sin duda a la humedad y poca ventilación del salón que ocupaban todos los niños y sus niñeras. Deploraba Micha que el médico hubiera aplicado el mercurio a la pequeña por las consecuencias que tendría. Don Pedro resolvió que irían a pasar una temporada a la quinta, después que se hubieran cumplido ciertos deberes para con la sociedad.

## **7.22 – LA APERTURA DEL CAMINO A CORUMBÁ**

Hemos dicho que don Adolfo Cohen había quedado reducido a la pobreza, por dos robos sucesivos en su joyería sucedidos en dos noches en que habían ido al Teatro. Fué a Corumbá, creyendo encontrar protección en su hermano Mauricio, pero este egoísta poco caso hizo de él, lo que obligó al pobre judío a aceptar el ofrecimiento que le hizo

don Pedro de costearle el viaje a Santa Cruz, para que allá enseñase su esposa doña Carolina el piano a Fe y a otras niñas.

Cuando trataron de venir, un dependiente de don Pedro encargado de proveerles para el viaje insinuó a la señora Carolina la necesidad de que aprendiese a montar a caballo. "Los montes no tienen paredes" contestó ella, "he de ir en coche" Su esposo no la contradijo y pidió una cuadrilla de peones que fuera cortando hasta enormes árboles para ensanchar la senda de la ruta de Corumbá hasta dejarla camino carretero. Tardó mucho en el camino; llegó cuando la Revolución estaba en auge.

Cuando pasó Micha por allí, poco más de un año después del viaje de este par, pudo admirar los trabajos que don Adolfo hizo por la tenacidad de su mujer, de pasar en coche. Había árboles cortados de una circunferencia para una gran rueda de carretón, de las que allí se usaban, de una pieza. En la pampa grande cercana a Santa Cruz, última etapa de este viaje, en una «sarteneja» leve (ondulación pequeña) volcó el coche y le rompió dos costillas a la señora, que tuvo luego otro accidente más; quedó enferma, «le picó» la fiebre.

### 7.23 – TRIBULACIONES DE DON ADOLFO COHEN

El pobre don Adolfo, sin la protección inmediata de sus bienhechores, los buscaba deseando que supieran de sus angustias. Fué a ver a las Durán, a Languidey... Don Pedro ordenó que le pagaran el alquiler de la casa que había elegido en la Plaza, alquilando a don Manuel Landívar. Micha supo por sus amigas de que el judío se quejaba de que su enferma aún carecía de ropa interior o blanca. Así que estando donde don Miguel Chávez oyó decir a Ruperto "pues hoy, de ida donde las Pintos, he visto a una mujer extranjera con la cara como el filo de mi mano". Micha se afligió, juzgando que era la señora de Cohen; pasó el mismo día a su casa por el agujero del «jochi» y saludó a Lorenzo el albañil, que cuidaba de los sirvientitos; iba con su inseparable sombra, Fe.

Buscó en sus baúles y ropero ropa nuevecita, camisas y enaguas que don Pedro le traía de Buenos Aires para modelo, batas, pañuelos y todo lo que creyó necesario, y volvió a su escondite, satisfecha para hacer llegar por medio de las Durán esas prendas a la infeliz extranjera. Por otra parte, no faltaban a don Adolfo favores: las Seoane, las Franco y otras señoras y hasta la llave de Santa Cruz, el Padre Querubín, alabó o impulsó la resolución de doña Eudoxia Granados de ir a cuidar a los niños y servir a la enferma, como lo hizo.

Pues ahora que Micha había vuelto del bosque, supo por don Pedro que la inglesa seguía peleando con la muerte. Don Adolfo se presentó a los pocos días en la casa, cuando don Pedro y Micha estaban ausentes. Fe vió a la puerta del saloncito blanco un hombre de pantalón blanco y levita negra, cabello y barba castaños, estatura regular y muy proporcionado, más bien bajo que alto... ella no lo conocía. "¿Está el señor Rodríguez?" dijo, saludando. "¡Don Adolfo!", contestó Fe. "¿Cómo, me conoces? ¿Eres Fe?". "Sí, don Adolfo, lo he conocido en el metal de su voz".

Y era cierto: su voz metálica tenía un timbre agradable, y Fe estaba maravillada de un recuerdo dormido allá a los tres años de su edad. Las facciones del retrato amarillento y borroso que se conservaba en el album eran las de un jovencito de bigote; ahora ostentaba, como pocos judíos, el rostro de raza que le han dado los pintores a Jesucristo. La barba también.

Ante los proyectos que consultaba con don Pedro para ganar su vida y la de su familia, don Pedro prefirió la Heladería. Le dió dinero para que la instalara, en otra pieza contigua alquilada. El era agradecido y humilde...

Micha fué una noche con su hija a hacer su primera visita a la enferma. Estaba acostada, y tan resentida con Micha por no haber dado, a su parecer, señales de vida cuando ella llegó; no quería volver la cara de la pared, ni contestar a sus palabras de aliento o de compasión. Don Adolfo que, quieras que no, las había introducido a verla, estaba en ascuas, le recordaba todo lo que don Pedro había hecho por favorecerlos. Micha conversaba con él muy afable, como para quitarle la espina, acariciaba a los niños que él le presentaba. Micha ofreció si quería que le enviase alimentos sustanciosos para la enferma, alfombras, etc. El todo lo aceptaba ya, cuando doña Carolina, entre golpes de tos, movía las manos con angustias, diciendo «no».

Por fin pudo hablar: "No, no, no se moleste, no quiero limosnas". Calló Micha y luego dijo: "Vd. anda a ratos sola, ahora que doña Eudoxia está medio enferma, ¿quisiera que yo le enviara a ésta (señalando a Fe) para que entretenga un rato a los niños, o bien la sirva a Vd.?" "No, no, gracias". "Sabe servir... es buena". "Será buena, si es humilde", dijo y repitió la enferma. Micha se despidió con afabilidad, pero llevando el convencimiento de que sus visitas no aliviarían a la enferma. Ésta, al despedirse de Fe, le dió este consejo: "Sea Vd. buena, sea humilde".

## 7.24 – LAS HONRAS AL CORONEL ROMERO

Se decía que el Canónigo Ram estaba en el campo, muy debilitado y enfermo de los disgustos de su prisión.

El primer cuidado de la sociedad distinguida, fugitiva o disgustada hasta entonces, fué constituirse en partido o cuerpo para mandar hacer un solemne funeral por el Coronel Romero, en la Catedral. Cada uno llevó a las señoras que arreglaban el túmulo lo más precioso que tenían en candelabros, lámparas, etc. Tiempo atrás, el Obispo había reunido al clero para darles parte de la nota que le había pasado Ibáñez, para que el clero contribuyese con cuotas de dinero al triunfo de la Revolución; al pedir el parecer de Nicanor Landívar, a pesar de su carácter tímido dijo que no: que los estipendios del Santo Sacrificio no debían ser para pagar aquello que había empezado con un asesinato. Ahora, el Padre Nicanor, con su inseparable compañero el Padre Michilín, las Landívar y muchos otros se reunían espontáneamente para el homenaje. Michilín le había pedido una vez el cañón para solemnizar la fiesta del Carmen en «La Capilla» o Curato de Jesús Nazareno y el atento militar no sólo envió la pieza con artillero y pólvora, sino un piquete a la procesión de la Patrona de la República. Esta Virgen ostentaba, cuando salía en su solemnidad, la banda tricolor de Presidenta de la República, cruzando en su pecho el oscuro y rico escapulario de su vestidura.

No hay para qué decir: Micha estaba allí, disponiendo de las cosas que le ofrecían los comerciantes para enlutar la iglesia. El Deán había mandado que todo fuese de primera clase, en la Catedral, y la misa debía celebrarla él en cuanto a dignidad; pero no, la víctima segunda de la Revolución quiso reunir sus últimos alientos para celebrar este sacrificio, porque había de valer, según parecía al Deán, como el más elocuente discurso. El orador más ilustrado del país, senador cruceño, era un hombre honrado y de corazón. Abogado pobre pero dotado en el más alto grado de la facultad de sentir y expresarse, con todas las galas de lo griego y lo romano. Este doctor Mamerto Oyola fué el amigo encargado de hacer esta corona de afectos de la amistad. También un joven de las Suárez, a nombre de la juventud, debía hablar estrenándose.

Micha vistió su más rico vestido de iglesia y se fué al funeral, lamentando no haber previsto para que Fe tuviera vestido negro de seda para este caso. Don Pedro llegó de dar una vuelta a su escritorio cuando Micha ya había salido; él venía a vestir su traje de luto y se sorprendió de encontrar allí a Fe. "¡Cómo! ¿No vas al funeral de Romero?"



"No señor, porque no tengo vestido negro" Sintió alguna contrariedad, se sentó en la hamaca a pensar. De repente llama con urgencia a Fe y le dice: "Tu mamá tiene todavía un vestido de mayor luto, el de cachemir negro. Sácalo, ahí en ese baúl lo guarda". Fe lo sacó y dijo a su padre: "Pero esto es muy luto, no corresponde sino por pariente". "Pues bien, no importa" dijo él, entusiasmado, "era un buen amigo, nadie extrañará". Fe se lo vistió, sacó su manto de iglesia y fué con su padre, quien al colocarse entre sus amigos hizo una seña de satisfacción a Micha, que estaba muy contenta de tener al lado a su Fe.

## 7.25 – ULTIMA MISA DEL CANÓNIGO RAM

Los señores colocados en los sillones, después de las autoridades de la Intervención, eran numerosísimos: todos los jueces, militares, cónsules y el comercio. Mientras el clero cantaba la «vigilia», las velas o lámparas agitadas por el viento eran vueltas a encender por el amigo que quedaba más cerca. Así vió Fe hacer de sacristanes a don Guillermo Mier el judío convertido, compañero que fué de don Adolfo; a don Lorenzo Campero, profesor del Colegio Nacional; a don Angel Candia, rico comerciante.

Concluída la misa, fué un momento emocionante cuando el preste vino, traído, apoyado en los brazos de los dos diáconos revestidos de dalmáticas, a hacer las ceremonias del responso. De una palidez cadavérica, flaco y sin poder mover casi las piernas, fué la última misa celebrada por el Canónigo Ram. Micha lloraba. Siguió el bellissimo discurso del doctor Oyola, de aquel hombre de quien se burlaba después en «La Estrella del Oriente» el irrespetuoso Gil Antonio Peña, tan diferente de su padre don Rafael, con versos más o menos así:

El Señor, de consiguiente  
llegó anoche de Oruro  
hablando de sus discursos  
por parejo y por duro,  
y si alguno irreverente  
le advierte que largo se siente,  
«No importa» dice la gente  
«soy La Tapia del Oriente»

El pícaro de Gil tenía en cuenta el decir «me hago el sordo a las observaciones sobre lo kilométrico de mis discursos, pero confesad que son buenos; como los del inimitable La Tapia, orador de los collas afamado». Tapia y pared era el juego de Gil en su crítica.

El escritor Vaca Díez publicó una Exposición al Gobierno impresa en hoja que contrarrestase «La Luz», que había publicado Ibáñez cuando tenía la imprenta por el mango. Figura ésta que nos resulta, como las de Gil, puesto que sólo sirve en los pueblos para tiznarse unos a otros. En esta Exposición, aún al Señor Obispo se le hacían cargos de no haber hecho algo para normalizar la situación.

El Obispo estaba como aislado. Unos italianos, los mismos que habían venido con empresa de horno de ladrillos, tenían ahora una fábrica de cerveza que, según decía la gente, era de limones podridos. Estos, por interés de apoyo, visitaban el Palacio Episcopal. Don Alberto y la Delfinita, la cual llegó de Alemania con ínfulas de recibos (recepciones) y salones a lo Madame Récamier, se interesaban por el prelado aislado.

Micha, cumplido con ese funeral el día de Dolores, esperaba ya el pasar de la Semana Santa para ir unos días a la quinta, para la salud de sus pobres hijitos. En particular, Micaelita seguía molesta por el arestín. Efectivamente, estuvo algunas semanas en la quinta, dando gracias a la Santísima Virgen por su poderosa protección. Pocos días después fué a visitarla doña Melchora, la mujer de Mendoza; Micha la había invitado a conocer su quinta. La buena mujer llegó con un atado de zapallitos y choclos, que eran

enviados por doña Rudecinda, la madre de los Giles, y unos nardos enormes de los que se daban en su jardín de tierras fertilizadas por los mataderos. Micha le dió la razón de su estadía allí, de su pena por la rebelde enfermedad de Micaelita, que resistía a las fuertes drogas y unturas que el médico recetaba.

Ya doña Melchora había visitado a la Virgen de las Nieves en su altar. Así que, después de ver el pecho, cuello y espalda rojizos y escamosos de la pequeña, afiebrada y llorosa, y al oír la relación de Micha, le dijo: "Señora, en vano padece este angelito; si aquí mismo tiene usted el remedio". "¿Dónde?" "Aquí, en las velas de cera de la Virgen. Haga derretir un poco de estas velas y, en algodones empapados cuando esté tibio, lo aplica al cuello y en todo lo que aparezca el arestín. O bien con la mano, déle una fricción donde aparece el mal" Al momento, delante de ella lo hizo Micha; y a los dos días estaba la niña sana. Cuando supo doña Melchora más tarde el efecto maravilloso de su receta, dijo: "Porque fué con velas de la Virgen; haciéndolo así se cura".

## 7.26 – LAS HIJAS DE PÉREZ Y DEL OBISPO

Micha regresó unos días a la ciudad a recibir y hacer las visitas de Pascua. Una tarde, sin esperarlo, puesto que Micha no había saludado al Gral. Pérez sino por tarjeta, "Aquí estoy": anuncia su visita y entra al salón la hija (natural) del General, una mujer trigüeña como de 35 años, elegantemente vestida y empolvado en demasía el rostro; resuelta en sus modales, no sé si era viuda, pero iba adornada como soltera y con enorme abanico con cadena de oro, sombrero, etc. "Yo misma me presento, señora, aprovechando las Pascuas, a pedir el favor de su amistad". Micha le agradeció su cortesía y ella rogó a Micha correspondiese al afecto de su simpatía visitándola. Vivía con su padre.

Micha contó a don Pedro el compromiso de una amistad no buscada... no conocía los antecedentes de esta persona. "¿Qué hacer?" dijo él; "si se la desatiende, el General podría ofenderse. Dale gusto una sola vez, visítala, y ya después el dejarlo de hacer no parecerá desaire".

En un plazo ajustado a la urbanidad, fué Micha al Palacio Episcopal, donde se alojaba el General, acompañada de Fe. Preguntó al portero por el departamento de la señorita de Pérez; ella se asomó al balcón y bajó hasta el descanso a introducir a Micha, que quedó acortada, en el salón de Su Ilustrísima. La alegría hacía reír y llorar a un tiempo al Señor Obispo; luego el General, que departía con él, vino a saludar con mil atenciones a Micha y a su hija.

Ya era confusión el que no tuviesen salón separado para recibir. Mas la sorpresa de la pobre Micha debía acentuarse cuando, en un momento dado, doña X fué a buscar refrescos para agasajar a sus visitas y vuelve acompañada de otra cuarentona, fea, sonrosada y delicada de los ojos, vestida sencillamente de negro pero con un sombrero enorme de casa de campo, de paja de Sicilia. Acababa de llegar del paseo y presentada por doña X, la Carmen, dieron ambas una explicación que era otro asombro: eran hermanas de madre, y Carmen, sabiendo la enfermedad del Señor Obispo, había venido a pagarle en cuidados su deuda filial. El General oía esta explicación arrellenado en su sillón. Micha rehusó naturalmente los refrescos y el Señor Obispo le agradeció a X que le hubiera proporcionado el placer de ver a su antigua vecina. Cuando al fin se despidieron de ella, bajando las dos hasta la puerta de calle, Micha tomó la esquina próxima y torció hacia su casa. "¿No íbamos a pasar a lo de tía Manuelita?" dijo Fe. Contestó Micha: "No, es preciso que me ponga paños de agua de véjeto a la cara, para curarme este bochorno. ¡Qué gente tan cínica!"

Fe se acordó de haber oído calificar así a un prefecto colla, llamado Narciso, una vez que habían los tres días de toros por el cumpleaños de Melgarejo; tendría ella 8 ó 9

años. Cuando empezaron a llegar los primeros convidados al balcón, mandó el Prefecto a pedir a Micha un lugar en su balcón para las Urquieta; él se veía en el compromiso de no poder llevarlas al balcón de la Prefectura. "Diga Vd. al señor Prefecto que siento no poder complacerlo; he convidado tantas amigas que no me alcanzan los lugares". Acto continuo mandó a sus sirvientas y a la de doña Teresa Roca que, bien peripuestas, trajesen bancas al extremo del balcón que sobraba y se pusiesen a mirar los toros desde allí. Lo cual, notado por el Secretario, corrió a contarlo al Narciso, diciendo que Micha había considerado ofensiva a su dignidad la petición que le había hecho. Hay pues de estos casos, y cuesta sostenerse...pero este valor es elocuente

## **7.27 – LA DIVISIÓN PACIFICADORA**

La División Pacificadora partió después de Pascua, con ánimo de ir hasta dar con Ibáñez, lo cual causó inquietud a este caudillo y espanto a sus partidarios. De éstos, muchos y pudientes habían sido los más solícitos en atenciones y votos por el éxito del Ministro General Villegas, generales Zapata y Pedro Villamil, coroneles Lafaye y López, todos de lo más distinguido de la sociedad del interior. Decían que Ibáñez, al saberlo, había dicho que como «los collas» tienen miedo a los mosquitos no irían a Chiquitos, y que cuando se retiraran de Santa Cruz volvería él, pero a hacer una degollada sin contemplaciones para con los falsos partidarios.

La División fué objeto de diferentes juicios. Unos creían que harían las cosas a medias, yéndose a La Paz después de un paseo militar; otros criticaban su lentitud, para dejar a Ibáñez escaparse al Brasil y volver armado, mejor armado, de allí. Mas los generales no aceptaron demostraciones, bailes, banquetes, etc., antes de dar cumplimiento al designio del Gobierno.

Empezaron a tomar declaraciones, tanto a los partidarios del revolucionario como a los perjudicados, y reservaban sus opiniones. Buscaron guías o baqueanos para el ejército y partieron hacia Chiquitos. No sin haber dejado el buen ejemplo de su religiosidad: asistieron a las funciones de Semana Santa, alumbraron desde coroneles hasta subalternos las dos procesiones de Jueves y Viernes Santo, noches de barro y llovizna que empezó a la mitad del recorrido del Viernes. La única precaución para los resfríos fué ponerse pañuelos blancos en forma de bonete en la cabeza.

## **7.28 – MUERTE DE DOÑA CAROLINA DE COHEN**

Micha volvió a la quinta, donde pocos días después supo por don Pedro la muerte de la judía doña Carolina, la aflicción de don Adolfo y el desamparo de los niños. Ya se sabe que estaban dispuestísimos ambos a favorecer, amparar y consolar al desgraciado judío. Algún indiscreto llevó, entre su afán de consolar, este desconsuelo a don Adolfo: "Su esposa, muerta fuera de la Religión Católica, no puede ser enterrada en el Panteón General; y el de Disidentes, contiguo a aquél, como hace tantísimos años que aquí no muere nadie en ese estado, está con las bardas caídas y visitado por las vacas y los perros".

Así lo encontró don Adolfo, más afligido por tener que enterrar allí a su mujer que por la misma muerte de ella. "Hombre, no se aflija tanto, mi quinta no es lugar sagrado. Hay dos enverjaditos cerca de la entrada; allí puede ser enterrada y después le plantaremos un bonito jardín de flores". Agradeció muchísimo el doliente y aceptó por poco tiempo, mientras era tiempo de sacarla en un cajoncito pequeño para llevarla a Europa, donde pensaba llevar a sus hijos. "Como Vd. quiera. ¿Qué más se ofrece?". "Necesito tela de coleta blanca y negra para amortajarla según nuestras costumbres". "Bueno, el

dependiente traerá; ya el ataúd vendrá también, y el carro para llevar a los niños a la quinta, porque Vd. no los puede atender en este momento". "Sí señor y amigo, se lo iba yo a pedir, que la señora Michita los tuviera allí siquiera ocho días". "Cuantos Vd. guste". Al momento hizo don Pedro un billete para prevenir a Micha de todo esto.

Sacó Micha de las arcas de la Virgen de las Nieves unos paños de rica sarga de seda negra, bordada con randas de palmas color violeta, y formó un paño fúnebre; dispuso con él una mesa para recibir el ataúd en la galería de delante de la sala. Muy fúnebre era ese paño para ella y su familia; las randas fueron bordadas por su madre doña Anita y fué el vestido de iglesia que estrenó cuando cantó la primera misa su hermano Ram; última misa que oyó, en el año 1840.

Fiel a su Dios, Micha derivaba también de esta incolumidad de su fe la religión del recuerdo. Su madre vivía ausente, pero ella mostraba a sus hijitos los vestidos y las primorosas obras de la abuelita, bajita y delgada según las prendas allí guardadas. La fe en Dios corre pareja, en estos tiempos de «desarraigados», con la facilidad de olvidar a sus deudos que tienen ahora las «agrupaciones consanguíneas» que ya no van mereciendo el nombre de «familias»; son grupos de materialistas, sin ayer y sin mañana. El trecho era largo. La Intendencia de Policía le envió al triste don Adolfo algunos soldados para conducir el cadáver, que vestía túnica blanca y manto negro; ya venía cerrado. Un momento lo depositaron en la mesa y Micha puso encima del ataúd algunos jazmines.

Don Adolfo había seguido a pie tras el cadáver; algunos amigos iban a caballo, a uno y otro lado: don Alberto Natusch, don Guillermo Velasco, Mardóñez, don Pedro, don Carlos Ibáñez y algún otro. Estos señores condujeron desde la casa el ataúd de esa larga y flaca mujer hasta la orilla de la fosa, cavada cerca de la puerta de entrada entre las verjas de división. Allí llevaron los soldados la mesa, para asentar un rato a la difunta para las preces religiosas que, en su Libro hebreo, hizo don Adolfo ahogándose en llanto y sollozos. Allí estaban Micha y Fe, oyendo ese idioma hebreo, suspirado por ese hombre cuyo rostro pálido, ojos, barba, cabello y metálica voz recordaban a Jesús, Rey de los Judíos, llorando sobre el sepulcro de Lázaro. Y eso no más veían ellas con gran devoción, a través de don Adolfo.

Concluídas las preces descendieron el cajón con sogas hasta la honda sepultura. El doliente le arrojó un puñado de tierra y todos sus amigos hicieron lo mismo. Micha y Fe tomaron no tierra sino las flores que había allí y las arrojaron a la fosa. Los soldados que, subidos en las verjas, habían presenciado la escena, bajaron también a tirar su puñado y la comitiva volvió a la sala de la quinta, donde se había servido el té y el café, mientras Lorenzo el albañil concluía el fúnebre oficio.

Micha dijo a don Adolfo que la Providencia Divina había dispuesto ese lugar de descanso para doña Carolina, porque la Virgen Santa solicitara hacer un obsequio en su casa a aquél que trajo su imagen. Oyendo los convidados el interesante relato, fueron con don Adolfo a ver a la Virgen en el Oratorio. "Creo en la Providencia Divina" dijo el judío, "Dios ama la caridad y cordialidad de los hombres unos con otros". Así es, así es, respondieron sus amigos, y volvieron al saloncito. Recién entonces las instancias de Micha redujeron a don Adolfo a tomar una taza de café negro. ¡Cosas de este mundo! Recordando el viudo su vida pasada desde su última estada en Santa Cruz, en joven, rico y feliz, dijo que desde que se casó con esta mujer comenzaron sus desgracias. Fe se admiró de este juicio final; lo que es en vida de ella, don Adolfo tenía una delicadeza y paciencia para sufrirla como se ha visto.

Llegaron más tarde los niños huerfanitos. Florencia, de dos años apenas, enferma de la dentición; David, de cuatro años; ambos vestidos con sencillas tunicas de percal. Carlota, de seis años, tipo inglés muy parecida a la madre; y Anita, de 12 años, era el vivo retrato de la Virgen de las Nieves: bellísima, sus ojos color plomo azulado como los de la imagen; el color, el corte de la cara, todo. Bien se conocía que el hábil escultor en Cochabamba había tomado al mismo don Adolfo por modelo, hacía catorce años, cuando le encargó la imagen.

Fe cuidó de Davichole, como lo llamaban por cariño sus hermanitas, como si recibiera o viera al Niño Jesús en Egipto. Florencia fué entregada a Mariana, la niñera de José, pues éste, sano y fuerte, ya no necesitaba cuidados asiduos como aquella. David se parecía a Anita, pero era muy serio. Sus ojos, que debían ser grises, se volvieron azules; el cabello era dorado, Anita lo tenía castaño. David tenía una seriedad impropia de sus cuatro años; era circuncidado y lloraba con frecuencia llamando a su padre. Más parecido lo encontraba Fe por esto al Niño en Egipto.

Poco a poco Anita fué siendo más expansiva. Mostró a Fe que, en lugar de los escapularios que ésta llevaba, ella tenía colgada al cuello por mano de su madre una bolsita de seda amarilla, conteniendo en un blanco pergamino escritos los Mandamientos de la Ley de Dios. Así las dos amiguitas fueron cambiando ideas. Al ver el crucifijo del Oratorio y oír la relación breve de la Pasión, oyó ella decir «los judíos azotaron y crucificaron al Señor». Anita se volvió suplicante hacia Fe: "¡Oh, no, que no nos llamen con ese nombre de infamia!". "¡Pero si no lo es!" replicó Fe, "es derivado de Judea, la Tierra Santa". "Sí, pero es mejor decirnos «israelitas»". "Bueno, «israelitas» les llamaremos". "No digan tampoco que los israelitas mataron a Cristo, pues dice mi papá que fué la Voluntad de Dios". "Sí, fué su Voluntad, porque él mismo se ofreció para salvarnos del Infierno; también en esto te daremos gusto". Esto decía Fe en un círculo de indiecitos y niñeras, que se reunían a las puertas del Oratorio.

Otro día dijo Anita a Fe: "Pero vosotros los cristianos, ¿por qué teneis imágenes, cuando Dios había prohibido tenerlas en el Decálogo, que decís que obliga igual que a nosotros a vosotros?" "Anita, vos me has contado que tu madre tenía en el aposento donde oraba dos hermosos cuadros al óleo; representaban al Profeta Jeremías y al Profeta Daniel. ¿Para qué los tenía ella? Sin duda para acordarse de esos santos profetas; pues para eso tenemos nosotros las imágenes de la Virgen, del Señor Jesucristo y de los santos". "Es verdad", decía Anita.

Al fin don Adolfo se acomodó mejor y llevó a sus hijos. Mas en la atención de la Heladería vió que era imposible cuidarlos. Propuso entonces a la virtuosa doña Eudoxia si quería hacerle el favor de cuidarlos. "Sí don Adolfo, pero no aquí sino en mi casita propia. Vd. es hombre, puede ir a verlos en cuanto sus ocupaciones se lo permitan".

### 7.30 – CONVERSIÓN DE ANITA COHEN

Así se hizo. Allá la vivaracha Anita iba a seguir con sus preguntas frente al convento e iglesia de los franciscanos. El Prior, que vendría donde esta respetable Hermana Terciaria para tratar de la costura de los hábitos de los misioneros y de la iglesia, sería informado por doña Eudoxia de las proposiciones de Anita; y como de paso las contestaría, con lo que despertó en la niña el deseo de instruirse en la religión cristiana. Y fué instruída en secreto por el Padre, tanto que después decía a doña Eudoxia; "Querida señora, ¿por qué dejó morir en el error a mi pobre mamá?" "Hijita, yo hice cuanto pude, pero no conseguí nada". Aprendió a rezar y lo enseñó a sus hermanitas, particularmente a Carlota, que tomaba con empeño y buena memoria las oraciones. La sencilla señora les colgó medallas de la Santísima Virgen a todas y las asoció a todos en

sus rezos al mismo tiempo que cuidaba, con su sirvienta y la hija de ésta, Justa, de tenerlos bien comidos y aseados.

"Bautíceme Padre" dijo un día Anita al Padre Querubín. "Hija, no puedo" dijo el prudente fraile, "eres menor de edad y dependes de tu padre. Conserva la fe que has recibido, que si perseveras en ella, a tu mayoría de edad puedes ser bautizada sin pedir su licencia. Lo mismo tus hermanitos. Si éstos se vieran en peligro de muerte, ya sabes el modo de bautizar". Todo andaba a maravilla en el mayor secreto. Cuando su padre los llevaba a su casa, Anita hacía que dejaran sus medallitas y los amonestaba al secreto, que guardaban fielmente.

Así, hasta que al declinar un día cerró don Adolfo su negocio y corrió a ver a sus hijos; jugaban en el patiecito y en el corredor. Acariciaron a su buen padre y doña Eudoxia sacó sillas a la galería y conversaba con el judío. Tocan el Angelus en la iglesia y la viuda siguió escuchando los interesantes relatos y esperanzas de don Adolfo; en eso la pequeñita Florencia se acerca a ella: "Mamá, mamá, el Angel" y se arrodilló, tirando del vestido a doña Eudoxia para que lo hiciera. "Vea qué pícara, como ve que lo hago me lo avisa" dijo riendo aquella señora, que tenía cara de sonsa; y se arrodilló. Don Adolfo se paró y, concluída la oración, se despidió de doña Eudoxia.

Al día siguiente vino de improviso a llevar a sus hijos. Halló en el pecho de uno de ellos una medalla, y los despojó de toda cintita, estampa, papelito, etc. con la mayor severidad y angustia; y les dijo que si les encontraba algo otra vez, los mataría. A la tarde los llevó a la casa de doña Eudoxia, mientras arreglaba sus asuntos para dejar el país en seguida. Carlota aseguraba que su padre le dió una bofetada porque rezaba al acostarse el «Acordaos» a la Santísima Virgen. Y que a la noche siguiente, que durmió en casa de su padre, rezó bajo las frazadas. Tomaron las otras medallitas que tenían y las cosieron en los forros de sus vestidos.

### 7.31 – PERSECUCIÓN DE IBÁÑEZ

En mayo de ese año 1877 partió el mozo Cuéllar a buscar los animales para emprender viaje. El 19 de mayo lo pasó don Pedro allí. Pero antes se debe señalar un ruido que el 15 de abril hacia la madrugada se sintió en la pieza que servía de ropero y tocador, contigua al dormitorio. En su propia pieza, Fe también despertó al tremendo ruido y oyó el desparramarse por los muebles, produciendo diversos sonidos al chocar con los muebles y la loza. Oyó la voz de Micha que preguntaba llena de susto a don Pedro: "¿Has oído?" "Sí he oído; será un gran pedazo de cielorraso que se ha desprendido y la tierra ha corrido por los baúles y otros muebles. No te aflijas, mañana se verá". Así fué el gran ruido, y el rodar bolitas como de «chuis», semillas de achiras. Al día siguiente quedaron no poco admirados al no encontrar desperfecto ninguno en el cielorraso, ni señales de cascotes en el suelo; ni tierra siquiera. "Alguien que nos debía algo, y viene a devolver", dijo Micha.

Tres o cinco días después comenzaron a llegar nuevas de la marcha de la División y de los sucesos de Chiquitos. La División llegaba a las «pascanas», o puntos de parada, sin aviso previo, pues iba deteniendo a los que podían llevar noticias. Así cayeron, el segundo o tercer día de marcha, a una estancia donde el tímido Arredondo se había quedado, abandonando a Ibáñez; allí estaba escondido. El dueño de casa, en el apuro, recibió con mucha franqueza y agasajo a la tropa y al Estado Mayor. Sirvió a los generales con abundante mesa, puso un poncho a Arredondo y quedó hecho un indio sirviente de la mesa, engaño que los collas recién supieron en la pascana siguiente. Arredondo se escapó.

### 7.32 – FUSILAMIENTO DE ROCA

Cundió el pánico entre la tropa ibaísta, que se encontraba en San José de Chiquitos. El **Comisario Roca** trató entonces de renovar la hazaña que había hecho a fines de septiembre del año anterior: comprar la tropa y revolucionarla, ahora contra el mismo Ibáñez, a quien la había entregado el 1° de octubre. Llegó a saber el peligro el caudillo en altas horas de la noche del 15 de abril y mandó prender al traidor Roca. Este, al verse descubierto, corrió hacia la iglesia del pueblo de San José a ocultarse. Llegaron allí los soldados encargados de prenderlo; Ibáñez los seguía de cerca, para que no se le escapase. Al verlos, Roca corrió hacia el altar y gritó "¡De aquí no salgo sin confesión! Llamen al cura que me confiese. ¡Auxilio! ¡Confesión!"

Llegó Ibáñez al atrio: "¿Dónde está ese traidor?". "Dentro de la iglesia". "¿Y por qué no lo han sacado?". "Porque pide confesión, se ha prendido del altar y dice que no saldrá sin confesarse". "Sáquenlo, ¿para qué quiere confesión?" "Doctor, si él va a ser pasado por las armas, déjelo recibir los auxilios" dijo uno. "¿No se animan ustedes a sacarlo? Está bien, lo saco yo".

Entró el desgraciado Ibáñez al lugar sagrado, tomó de los cabellos a Roca y animados así los del piquete, le ayudaron a arrastrarlo fuera del templo. Lo hizo atar a uno de los pilares que sostenían el pórtico y fusilarlo allí mismo, mientras sus correos le traían el aviso de que la División estaba resuelta a venir a San José. Para disipar la mala impresión dejada por esa venganza, salió con sus fieles partidarios hacia Santiago de Chiquitos y de allí se encaminó hacia los límites del Brasil, por el lado de Cuiabá.

### 7.33 – EN LA FRONTERA DEL BRASIL

Trató con los brasileros de que lo admitiesen con su tropa. Mas los brasileros le dijeron que desarmados podían refugiarse en su territorio, pero armados de ningún modo; no querían conflictos con el Gobierno boliviano.

Entonces, por no abandonar las armas, resolvió acampar a cuatro leguas de la frontera brasilera, para tener fácil refugio si acaso se atrevían los collas a llegar hasta allí. Hombre vivo y con tanto partido en la chusma, organizó su correo como un telégrafo: cada tantas leguas un centinela de avanzada, desde Santa Cruz hasta ese punto en que estaba, debía transmitirle con rapidez las noticias. Cada uno de estos correos sólo sabía el lugar en que encontraría al centinela inmediato; al saber algo, una carrera a caballo ponía en manos del inmediato la comunicación urgente, y éste la retransmitía al inmediato en avanzada y así hasta llegar a él. Algo de esto descubrirían el General Villegas y su Estado Mayor al llegar a San José, de donde ya se había retirado Ibáñez.

Salieron de allí en su persecución, con el expediente de la Revolución más voluminoso todavía con los actos vandálicos de Chiquitos. Con las referencias que llevaban, adelantando cuidadosamente un piquete y un guía se apoderaron de un correo, un tal **Cecilio**. Al llegar los generales preguntaron a Cecilio: "¿Dónde está tu inmediato corresponsal?" Negaba. "Es inútil que niegues, vas a morir. Prepárate". Fusilaron a Cecilio y lo enterraron; y así hasta que llegaron a Santiago, donde el centinela no era ya de ínfima clase sino acaballado, puesto que era **Benjamín Urgel**, hijo bastardo de un Urgel, sobrino de las virtuosas señoras Urgeles.

### 7.34 – LA CONFESIÓN DE BENJAMÍN URGEL

Prendieron las fuerzas del Gobierno a Urgel y le hicieron la consabida pregunta: "¿Dónde está el Dr. Andrés Ibáñez?" Contestó con arrogancia que él no sabía nada, que

"puesto que han venido a buscarlo, búsqüenlo". Los generales rogaron al cura le dijese la suerte que le aguardaba, pues creía que era una vana amenaza. Le tocó a don Panchito Durán, vecino de sus tías desde la niñez de Benjamín, ser el cura encargado de tan grave misión.

Rogó a los generales le enviasen el preso para prepararlo y dar esta prueba siquiera de su amistad hacia las Urgeles. "Hombre, Benjamín, cómo siento que te hayas metido en estos líos. ¿Qué te faltaba para vivir en paz? Tenías casa, tierras, buena parentela que te ayudara. Tu ambición nos causa a todos este dolor, esta humillación, y a ti esta desgraciada suerte" "¿Qué cree Vd? Son tretas de los collas por que les descubra el paradero de Andrés". "Y bien, ¿de qué te servirá él? Mira hombre que es cierto, la cosa va de veras, no te burles, prepárate a comparecer ante Dios como sobrino y nieto de esas santas mujeres, mis vecinas antiguas". "¿De veras?" "Sí hombre, Cecilio ya ha llegado al tribunal de Dios en peores condiciones que las que su misericordia infinita te prepara a ti; él no tuvo sacerdote con quien arreglar sus cuentas. Tú tienes un vecino, casi un padre, en quien descargar tus pecados". "¡Caramba! Pude haberme quedado en los parajes de mi familia, y ahora... Causa de Andrés...". "Mira hombre, no pierdas tiempo, recógete a pedir a Dios luz y perdón" "Bueno, pero antes llamemos a los generales". "Como gustes pero sé breve, porque la cosa urge".

Declaró Urgel después de un hábil interrogatorio el lugar en que se encontraba su correspondiente. Reunido el Consejo de Guerra, mantuvo su sentencia por la actuación de Urgel en la Revolución, particularmente en el camino de Sucre, Vallegrande, Samaipata, etc. Recibió la absolución, no sé si la comunión, y fué fusilado.

### 7.35 – IBÁÑEZ CONDENADO A MUERTE

Siguieron adelante y después de varias jornadas a marchas forzadas, cayeron sobre las tolderías de Ibáñez a las tres de la mañana del 3 de mayo de 1877. ¡Qué carrera tan corta de ambiciones!

Allá habían seguido mujeres a esta montonera de descreídos y se encontraban aún en la tienda del Caudillo, a quien uno de los soldados tomó de los cabellos por lo pronto y lo sacó de la cama, mientras sus compañeros apresaban a otros culpables y huían otro buen número. Entre los que fugaron estuvo Fabio el Paraguayo, que escapó en ropas menores por los bosques; el desertor de la Guerra del Paraguay volvía a entrar en territorio brasilero, conforme había llegado a Bolivia.

Fueron sentenciados a muerte: **Ibáñez**; el coronel **Tueros**, que en otro tiempo fué Intendente de Policía de Santa Cruz; **Valverde**, el otro militar que vino con el General Pérez y traicionó al Gobierno Nacional; el ladrón **Montenegro**. No sé si hubo algún otro. Más bien creo que con Urgel y Cecilio se enteraron los siete cañonazos que el Cielo había disparado el 3 de marzo a la salida de Ibáñez de Santa Cruz, como se ha visto.

No bien supo Andrés su sentencia, leída en Consejo de Guerra presentes los generales y coroneles, cuando arrodillado de uno a otro de sus jueces les rogaba que lo llevaran a ejecutar a Santiago de Chiquitos para poder confesarse. "¡Confesión, confesión, por favor!" clamaba, sumamente abatido. Tanto, que el bondadoso General Villegas se volvió a sus colegas y les dijo: "No hay valor para ver a este hombre pedir esto. ¿Qué os parece, vamos a Santiago?" Se dió vuelta con disgusto el coronel Zapata y contestó: "Mi parecer es que se cumplan las órdenes terminantes del Presidente de la República". Los demás oficiales adujeron otra consideración: "¿Y si es un ardid? ¿Si nos engaña, por ejemplo que allá tenga armas y partidarios resueltos? Complicamos la situación de nuestras tropas y nos exponemos a perder esta victoria sin sangre de nuestras armas".



El general se rindió a estas razones, recordando las órdenes del Presidente Daza: «No regresen sin la noticia de la muerte de Ibáñez donde lo encuentren». El bondadoso Ministro de Guerra don Carlos Villegas, hombre austero a la vez, aconsejó a los reos se volvieran a Dios, puesto que expresamente el Catecismo asegura que perdona a los contritos de corazón. La tropa, que estaba furiosa por tener que sufrir las inclemencias de la estación lluviosa, de los mosquitos, el temor a los reptiles y sabandijas tropicales, estaba impaciente por concluir con los cabecillas.

Vistieron a Ibáñez con los pantalones del obeso Paraguayo, le pusieron una blusa azul de trabajador que por allí encontraron y lo colocaron en el banquillo al pie de un poste. Se formó la tropa, pusieron a la vista los presos que quedaban y a una señal del oficial que mandaba el pelotón, una descarga concluyó con el doctor Andrés Ibáñez. En seguida, los dos oficiales collas. No sé si Tueros fué ejecutado allí también. Decían que en cada ciudad matarían a uno para escarmiento de los partidarios; puede que tocara Urgel a Santiago, Cecilio a San José y Tueros quedara en zanja cercana a Ibáñez, a orillas de una tierra pantanosa a cuatro leguas de la frontera del Brasil.

A Montenegro lo reservaron para ejecutarlo en la Plaza de Santa Cruz. Pero las señoras y caballeros de Santa Cruz se manifestaron resentidos de que quisiesen traer ese espectáculo a la ciudad e hicieron llegar al Comando de la División, aún en Chiquitos, sus deseos de que evitaran al pueblo tan disgustante espectáculo; tanto más, cuanto querían recibir con agasajo a sus valientes defensores y libertadores.

### 7.36 – MUERTE DEL OBISPO RODRÍGUEZ

Entretanto que los collas se hallaban en Chiquitos en esta campaña que se describe, el Señor Obispo Dr. **Francisco Javier Rodríguez** adoleció, según pareceres de la gente, de tomar la cerveza de limones podridos que hacían los italianos que se habían favorecido de él. Don Alberto Natusch y su esposa Delfinita lo visitaban; para la mayor parte de las personas, pasaba desapercibida su enfermedad.

Fe la supo vagamente. Empeñada estaba en convencer a doña María Diego de que debía confesarse para la Cuaresma en San Francisco, porque esos padres eran excelentes confesores que instruían; al fin consiguió vencer su repugnancia y Fe salió una tarde triste y nublada, gozosa por llevar a la zaga tan lucida oveja a su propio confesor... Pero qué contrariedad cuando le dijeron que ningún padre había quedado en el Convento, porque se trataba del traslado del cadáver del Señor Obispo a la Catedral y ellos habían ido a la ceremonia y Oficio Divino con lo demás del clero.

Al regresar miraron desde la esquina el carro mortuorio con cortinados negros y morados, invención de don Carlos Chalot, para el traslado a la Catedral. Al saberlo Micha, que estaba algo enferma, envió con la misma Diego a su hija a la Catedral, a orar un rato por ese pobre Prelado que le había administrado el sacramento de la Confirmación. Ignoramos la fecha de esta muerte.

El Cabildo quería nombrar Vicario Capitular al Canónigo Ram, pero éste, muy enfermo ya, les indicó nombrasen al cura de San Roque, Aguilera. Así lo hicieron, admirando que no eran amigos pues estaban distanciados desde la «cuestión eclesiástica»; pero tratándose del más inteligente y competente, no se había mirado Ram para indicarlo.

### 7.37 – LA DIVISIÓN VICTORIOSA

Al fin, días después de esto, llegó la División victoriosa para cumplir los encargos del Gobierno Nacional. Se detuvieron en el pueblo de Cotoca, tanto para dar gracias en el

Santuario como para escarmentar a la villita, que había sido siempre un notable foco ibañista. Allí, con todos los auxilios espirituales, fué fusilado Montenegro. Lucía el reo el escapulario azul; los collas dirigieron sus tiros con tal precisión que formaban círculo al escapulario. Cayó engrillado, pues no se los sacaron hasta después del tiro de gracia.

Reuniéronse las señoras y caballeros en los balcones del Colegio Nacional. Las principales llevaban ramilletes naturales y coronas artificiales para arrojarlas al Estado Mayor. Los caballeros asistían y gratificaron después a la tropa. Micha, siempre idealista y disponiendo de un buen surtido de flores y hojas artificiales para los altares de su devoción, hizo las coronas que más apropiadas parecieron. Para los generales eran de hojas de encina y de laurel; para los coroneles eran palmas con alguna rara y hermosa flor y finos y flotantes lazos de cintas anchas. Fe comparó este buen tino al ver las coronas que la señora doña Socia de Peredo, inmediata a Micha, había traído: de flores blancas y celestes con hojas blancas. Ello es que ambas partes, las que cumplían el deber de agradecimiento y los que se habían fatigado hasta sofocar completamente la Revolución, quedaron satisfechos.

Las investigaciones de las quejas recibidas prosiguieron en Santa Cruz, pero ya con menos rigor, con cierta dejadez. Al principio, algunos agentes plebeyos fueron castigados por los actos de saqueo con pena de azotes, a falta de buenas cárceles. Económico medio de tener a raya a la masa bruta, ambiciosa y cruel con la gente honrada.

Don Pedro había comprado el año anterior la casa que fué de don Nemesio Costas, confinante con el atrio de la iglesia parroquial del Colegio y que sin duda fué parte de ese mismo Colegio. Casa apta para el comercio pero incapaz de servir nunca para la familia, allí había puesto una tienda y escritorio. Don Angel Costas se había empeñado en que la comprara y condescendió don Pedro.

Al día siguiente de la manifestación de agasajo, le salió al camino que hacía don Pedro desde su escritorio en esta casa don Vicente Montaña y le dijo: "Señor don Pedro, ahora sí que se podrá escribir contra ese comunista de Ibáñez". Se sonrió el señor Rodríguez con cierto modo (ya se sabe lo poco firme que había sido Montaña antes) y le contestó: "No, no es el tiempo; cuando podía hacer mal se debían combatir sus prédicas, pero ahora... a los muertos se los olvida, don Vicente". Fué y le contó a Micha el caso, y ésta aprobó la contestación.

Fe por su parte frecuentaba la iglesia de San Francisco para cumplir con la Asociación de Hijas de María. Una tarde que acababa de confesarse, después de rezar su penitencia tomó su libro para la acción de gracias. Había regular número de devotas en la iglesia, cuando se acercó una señora enlutada y arrodillándose a su lado le dijo: "¿Señorita, quiere acompañarme a hacer un Via Crucis por el alma del pobre Andrés?" Alzó los ojos Fe y reconoció a la suegra de Ibáñez; y respondió "Con mucho gusto, señora". Hicieron juntas el Via Crucis, hecho que también aprobó Micha al saberlo.

### 7.38 – DESTIERRO DE MELQUIADES BARBERY

Un día amanecieron todas las calles custodiadas por tropa o centinelas; desde la madrugada no dejaban pasar a nadie de una cuadra a la otra, según dijeron para requisar las casas donde tenían ocultos a otros partidarios de Ibáñez bien comprometidos, tales como **Facundo «Coto» Suárez** y **Melquiades Barbery**. A éste lo hallaron y sentenciaron a destierro en Salta; allá lo acompañó su esposa doña **Flora**, dejando sus hijos en poder de su madre doña **Juanita Velasco** y de su hija Juanita.

Murió doña Flora en el destierro y ya los hijos no tuvieron más amparo que estas dos virtuosas parientes y la ayuda de las limosnas que para mantenerlos recogía el Padre

Querubín. Juanita, después de la muerte de su madre, con su escuelita fué formando a sus sobrinas. Cuando hubo casado una o dos de ellas, o todas, solicitó la soledad de un convento por el que había anhelado desde jovencita. Admirados de su virtud, sus parientes de Sucre, Velascos y Uriostes, le enviaron la dote. Las carmelitas de Cochabamba, a pesar de su edad, le abrieron su claustro y entró a profesar la vida religiosa el mismo año que Fe lo hacía en Buenos Aires, en 1888-1889.

Pues de estas horas de pesquisa no se sacó gran provecho. La casa del Vice cónsul del Perú, don José Lino Torres, sirvió de refugio a los comprometidos, y como por el Consulado era intangible, quedó así.

Había una chola joven, hija de «la Viento». Al amanecer su madre le advirtió: "No salgas, dicen que no se puede pasar". "Pues es el día en que he amanecido con más ganas de salir. ¡Vamos a ver, quién me lo impedirá!". Al verla el joven centinela, hijo del que fué Presidente de la República, Córdoba, atravesó el fusil viendo el arrojito de la Diana ésta. "No se puede pasar". "¿Que no?", y la Viento toma el arma a querer quitarla; la defiende el joven, pero al retroceder pega la culata en la pared y para a la Viento para siempre de un tiro en la garganta. El muchacho corrió afligido a darse preso.

Otro incidente de ese día fué descubrir la soncera de don Ruperto Morales, joven libre de escoger a quien quisiese y que «sin haber para qué», como dijo don Miguel y repitió doña Benicia, había hecho un casamiento clandestino con Nieves Pinto. Como quería pasar a desayunar a casa de los señores Chávez, no lo pudo efectuar. No poco fué el jaleo del barrio. Por la tarde ya los bondadosos Chávez reclamaban a Nieves para abrazarla como a muy querida hija; había cesado la incomunicación de la ciudad.

### **7.39 – LAS IDEAS DE DON PEDRO**

Don José Lino, con otros de sus amigos, anunció un baile monstruo que daría en los altos de su casa. Al mismo tiempo, don Pedro anunciaba su viaje a Buenos Aires. Los amigos le dijeron "¡Pero hombre! ¿está loco? Irse cuando Vd. es una de las primeras figuras con que contábamos, como que es de los que más sufrió en la Revolución". "¿Qué hacer?" "Pues detener el viaje por pocos días". "No puedo, hay que aprovechar la época antes de las lluvias, y estos sucesos me lo han retardado bastante. No me puedo quedar".

Tenía el designio de llevar a su hijo Manuel. A las angustias de Micha por esta tercera separación le había contestado: "Es por poco tiempo que te verás privada de ellos, pues ya sabes la resolución que tengo de salir del país. Mucho hemos sufrido, y como no soy acomodaticio, a dos caras y a dos lados, digo y sigo la verdad. No encuentro ventaja en hacer frente al mal solo. Aquí no hay sanción moral. Mira, ahora nomás, los que bailaban hace pocos meses en casa de Andrés, son los más entusiastas para preparar a ellos y a sus mujeres e hijas para el baile que dará José Lino a los de la División. Cosa que me parece tan mal... ¡un baile, por el fusilamiento! Al fin era un cruceño el que ha sido ejecutado; un cruceño inteligente, que es lástima que emplease tan mal los dones que tenía. Bien muerto está, pero los cruceños no deben bailar por la muerte de un cruceño".

### **7.40 – LOS PECADOS DE MANUELITO**

Micha se adhirió a este parecer con toda la fuerza de su noble y religiosa alma. Y por lo que hacía a su querido hijo, se preparó ella misma «al sacrificio». Notificó a Manuelito que tenía que confesarse, pues nadie debía partir sin aprender de ella a recibir este sacramento. Miguelito debía también ir aprendiendo. Varios pliegos escribió

Manuelito de sus pecados y para mayor sigilo de sus secretos, los guardó en la cartera de su padre sin advertir nada a éste. La familia menuda lo sabía; y en realidad esa cartera, siempre sobre la mesa, no era abierta por nadie, por el sumo respeto que Micha había sabido inculcar a sus hijos de todo lo que a su esposo tocaba. Precisamente, el más confianzudo era Manuel, fiado en el amor de preferencia que notaba en su padre hacia él.

Un día don Pedro se dispuso a escribir. Abrió su cartera y al encontrar estos papeles medio arrugados, sacaba ya sus lentes para leerlos, cuando una de las chiquillas, Nieves, le dijo "¡Ay, no, tata, son los pecados de Manuel!" "¡Eh!" dijo don Pedro riendo "¿por qué los deja aquí?". "Por ser más seguro el lugar" dijo Fe, riendo con los demás testigos. Don Pedro guardó la hojilla en su refugio, que el dueño le había escogido.

#### **7.41 – EL JOVEN PADRE SANTISTEVAN**

Don Pedro se fué con Manuelito y otros dos jóvenes, cuyo padre don Carlos Santistevan le había suplicado llevase en su compañía, para enseñarlos a viajar. Eran éstos el sacerdote don Belisario y el médico don Antonio Santistevan, que debían pasar a Europa, principalmente a Roma, a los Lugares Santos en el Asia, y a Lourdes. Yendo en el vapor brasilero de Corumbá a Buenos Aires, como de costumbre los masones se empeñaban, por desprecio, en disputas sobre puntos de religión. Don Pedro se sentía contrariado al ver que su clérigo no se daba por aludido cuando el desacato a la Santa Religión subía de punto, precisamente debido a su sotana. "¡Pero conteste Vd. algo a ese ineducado!" le dijo en cierta ocasión. Mas el piadoso Belisario le contestó: "No puedo, no me siento preparado para la discusión". Pues, ¿y entonces? ¿El estudio de la Religión estaba también deficiente en Bolivia...?

Acordábase don Pedro de aquel religioso que, en otro de sus viajes, encontraba sobre cubierta casi siempre solo, por ser sacerdote. Y él, con la mayor delicadeza, se ponía a conversar con él y encontró un espíritu cultísimo, una conversación amena y mucha ilustración. Un día, también en la mesa como ahora, quisieron hincar el diente en la Religión los viajeros; pero el religioso era un controversista capaz de todas las respuestas, con un brillo tal que vencía; y así se dió cuenta don Pedro que los amantes del tizne evitaban esa fuente de erudición, de miedo de un chorro de verdades tan claras.

Su corazón bueno sufría al recuerdo de éste y de aquellos dos venerables frailes que, al desembarcar en un punto cercano a Buenos Aires, tal vez San Lorenzo, fueron empujados con violencia al bote por los marineros y cayeron golpeándose uno de ellos. Sacar su pañuelo, restañar la sangre en silencio, agradecer con una inclinación a la protesta de dos o tres viajeros por la crueldad de los marineros, sin una palabra. Todas eran gracias que Dios ponía en el camino de esa hermosa alma de don Pedro.

Entabló en Buenos Aires queja por los atropellos al Consulado Argentino y extorsión para sacar dinero; hizo las reclamaciones por medio del doctor José Evaristo Uriburu, acreditado Ministro para Chile y Bolivia, pero quedó en nada. Daza dió por razón que había castigado al núcleo revolucionario con la muerte de algunos de sus principales jefes.

#### **7.42 – ESTAFAS DEL CÓNSUL BRASILEIRO**

Por este tiempo también empezó el Cónsul brasilero a girar letras contra el tesoro del Brasil. Al principio, a don Pedro el endosarlas le proporcionaba la ventaja de trasladar dinero a Buenos Aires, entregando el valor de la letra en Santa Cruz; después, las letras fueron protestadas. Nada tenía en el banco; su mujer, ofendida, dió aviso al banco de

que no dejasen sacar su patrimonio. El Cónsul, cada día más audaz en su conducta, seguía sacando dinero a los dependientes a cuenta de las tales letras, que sólo podían ser las de su sueldo adelantado hasta en tres años. Para concluir con la historia de este Cónsul, diremos que con relumbranas palabras y protestas de amistad logró el dinero en que don Pedro vendió la quinta, después del traslado de la familia a Buenos Aires. En este último golpe se lo llevó y nunca más lo consiguió don Pedro.

Su mala conducta en toda la maniobra del patrimonio de su mujer, la vida licenciosa a que se entregó tomando mucho licor, fué la causa de que el Gobierno brasilero le quitase su representación. Micha sintió la amargura de estos golpes, y más por su esposo, engañado con falsa amistad... Después oró mucho y se consoló, de modo que no deseó ya que fuera de otro modo. Pues esta defraudación rompió la venda de don Pedro sobre los beneficios y caballerosidad que podía prometerse de los masones. Lección es también. La quinta era Oratorio semipúblico; si la hubiera mantenido por respeto a eso, nada perdía. Como nada ganó con venderla, sino desengaños.

#### **7.43 – DESAGRAVIO A LA BANDERA ARGENTINA**

El 25 de mayo de 1877 todavía no había partido don Pedro a este viaje. Micha había adornado la sala con muchas flores, tanto traídas de la quinta como compradas a doña Deolinda Suárez; pues era recepción de Pascuas y en estas ocasiones las visitas se sucedían desde mediodía hasta la tarde y noche. A las doce, la División Pacificadora envió la banda de músicos del ejército a cantar la diana en la calle, en desagravio ante la bandera argentina. Invitados a pasar al patio, tocaron el himno argentino y fueron obsequiados con vino jerez exquisito, por no encontrarse otro en el momento en la casa.

#### **7.44 – ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS**

Después de la partida de don Pedro y ya desde antes, andaban él y Micha entristecidos y disgustados del giro que decían tomaba la enfermedad del Canónigo Ram, sin poder ir a verlo pues no se encontraba en su casa. Lor, Pastor o las antiguas sirvientas periódicamente habían dado noticias a Micha de que había regresado del campo y se había recogido, enfermo, a una casa vecina a la del Deán, con pretexto de que allí encontraría los cuidados que su familia no podía prestarle. Toda la antigua servidumbre se había ofrecido a cuidarlo en su casa, pero no había aceptado. Micha se deshacía en lágrimas en cada ocasión de éstas, pero contestaba: "Por más que esté resentido, no me verá ir allá". Después recordaba que era el único que quedaba de la familia de su madre y lloraba amargamente de no poder prodigarle sus cuidados en la penosa enfermedad que lo minaba. Ni siquiera eran Mardóñez o Agustín los médicos: era Bailón Mercado, el indolente.

Nicanor, el virtuoso presbítero de la familia, vino un día y dijo a Micha: "He ido a ver al Canónigo; está muy grave, sentidísimo contigo. Me he ofrecido a cuidarlo en la casa, puesto que somos vecinos. No he conseguido nada. Por Dios, ¿cómo hacemos si se agrava allí? Tú Micha debes ir a rogarle". "¿Yo? Que venga a su casa e iré a curarlo; allá no voy", y lloró Micha por la prueba amarga que era para ella este acto de valor moral; "no voy". Nicanor la apuraba: "Se morirá". "Si muere allá no me daré por apercibida de su muerte; ni luto me pondré".

Se fué Nicanor, silencioso y triste, encomendándose a San José. Se le ocurrió ir a ver a la tía; ésta contestó con la misma entereza que Micha. No así su desgraciada hermana Mariíta, a quien tenía recogida con todos sus hijos en una casa contigua y comunicada con la suya. "Yo iré a ver a Ram y a convencerlo" dijo dejando correr sus lágrimas por

los morados canales que tantas habían visto ya correr. Era una señora alta, proporcionada; su extrema blancura de antes se había cambiado en marfil antiguo. Sus cabellos grises, su rostro de Virgen de Murillo, conservaban en ruinas su hermosura y distinción. Fué, y entre ella y Nicanor consiguieron por fin traerlo a la casa. Doña Mariíta tenía una voz tan dulce que, cuando un mes y días después Fe la oyó y la vió llorando a su primo, pensó en que esa edad, dignidad de movimientos, dulzura de lamento, debía haber tenido la Madre del Salvador llorando a su divino Hijo.

Después del Angelus de la noche llegó Ram a su casa. Allí encontró a su prima Manuelita disponiéndolo todo, con Pachico, el hijo segundo de Mariíta. Quiso quejarse Ram del abandono en que lo habían dejado, pero doña Manuelita tenía el don de reprender con firmeza y sagacidad y en seguida ocuparse de lo que más cómodo fuera al enfermo.

#### **7.45 – LA ENFERMEDAD DEL CANÓNIGO**

Micha dedicó también las horas del día a la atención del enfermo y lo fué preparando al temible paso a la eternidad. Por su parte Ram, a la proposición de llamar a otro médico, dijo que no, que ya él llegaba y pasaba de la edad en que su madre y sus hermanos habían muerto, que conocía su fin cercano. Bastaba Bailón Mercado para recetar cualquier cosa y dar el certificado. Hizo que colocaran su colchón en el suelo de la pieza en que antes tuvo su Secretaría, que era la que cuadraba el primer patio; pieza amplia y desmantelada. La enfermedad que padecía era hidropesía, pero no tenía tanta hinchazón en vientre y piernas, sino que decían que esa pequeña hinchazón al bazo cuando llegase al corazón lo mataría.

Allí, acostado en el suelo, completamente vestido y metido así entre las sábanas y cobertores, era servido por su secretario y las sirvientas fieles. Una feligresa de la parroquia del Rosario de la Enconada, señora vieja, lo visitaba a turnos; lo cuidaban Mariíta, Manuelita, sus primas y su sobrina Micha. Venían también con frecuencia su amigo íntimo y albacea el Deán Cossío, el flamante Vicario Capitular, su sobrino Lor, el piadoso sacerdote del barrio Nicanor Landívar y uno que otro seminarista; el más asiduo era Juan de Dios Velasco.

Ram había hecho colocar en una mesa, al lado derecho de su cama, la imagen de la Virgen de las Nieves; conservaba la misma que su madre había venerado toda su vida hasta su muerte. Lo que afligía a la servidumbre y a todas sus cuidadoras era que no se alimentaba con otra cosa que con tablillas de dulce de cidra y agua; nadie lo hacía salir de este alimento, a toda hora.

Cuando Micha creyó conveniente autorizó a Fe para hacer una visita a su tío enfermo. Tenía sus horas más descansadas al cerrar la noche; la fatiga comenzaba desde la una de la noche hasta las cuatro de la tarde, con más o menos violencia. A las siete fué Fe, también para ver a su madre. Allí estaban sentadas en sillitas bajas con la tía Mariíta y trataban de calentar las manos y antebrazos del enfermo, que era lo que más lo hacía sufrir, el hielo.

Lo encontró silencioso y preocupadísimo. En una de las visitas que le había hecho su amigo el Gral Villegas, le contó que el Presidente Gral. Hilarión Daza estaba resentido con él porque le habían dicho que no era leal y consecuente, que se había andado en componendas con el partido opuesto. El, que se veía enfermo grave y era consciente de la firmeza de su proceder, se afligió más de lo debido y dió hasta a Fe queja de esta calumnia. Micha ya le había dicho aparte a Fe que deploraba ese susurro de Villegas, pues esta preocupación sacaba a Ram fuera de aquello que debía preocuparlo más, su eterna salvación.

Fe respondió mientras le calentaba las manos: "¿Pero por qué se preocupa tanto? Si es calumnia, la calumnia rueda como piedra tirada a la pared, en aquellas conductas leales que no tienen molduras para detenerla. No se preocupe Vd., rodará". En otra visita encontró preocupadísimas a la tía María, a la buena doña Teodora y a Micha: "Se está matando el Canónigo, con rechazar el caldito y todo lo que se le da. No quiere más que tablillas de cidra y agua" decía la feligresa. Fe aprovechó un momento en que fueron a tomar alguna refección las señoras y dijo a su tío: "Señor, yo he leído en mi Catecismo que debemos tratar de conservar nuestra vida para servir a Dios, y que no es lícito acortarla y matarnos. Las personas que lo cuidan a Vd. están afligidas de que no admite alimentos que fortificarían su flaqueza, a la cual atribuye el médico los desmayos que empieza a padecer" Se quedó el sacerdote callado un rato. Después dijo a Fe, cuando entraban tía Mariíta y Micha: "Fe, tú que eres tan leída, dime hija ¿con qué se preparó Moisés para acercarse a Dios en el monte Sinaí?". "Con el ayuno", dijo ella. Tranquilamente añadió el Canónigo: "¿Con qué se preparó Elías para llegar al monte Horeb?". "Con el ayuno", añadió Fe. "Pues bien, hija, si esos santos así lo hicieron ¿por qué un pecador como yo no ha de tomar el mismo medio?" Fe calló y las señoras ya no exigieron más de él que comiera.

Mariíta, para distraerlo, contaba una noche a Micha sus recuerdos de Cochabamba, la visita a las Clarisas y Carmelitas que tanto estimaban a Ram. Fe atravesó estas palabras: "¡Cuán felices son las que siguen la vida religiosa!" Abrió el antiguo capellán de ejército y confesor de monjas los ojos, que tenía cerrados, y los fijó en la jovencita: "Felices sí, hija, pero las que tienen vocación. Las que tienen vocación solamente; no lo olvides, Fe".

En esto una sombra se deslizó allí por la puerta. Pachico asomó la cabeza y llamó a su madre. Mariíta no quería moverse, nizo señas al muchacho que entrase, que no habían personas extrañas. Pachico Velasco se negó y volvió a llamar a su madre. Salió ésta, conversó con el niño un rato y entró, sonriendo y conteniendo algo en su chal. Se sentó, miró hacia la puerta: Pachico ya había partido. "¿Sabes por qué me hizo salir? Mira" dijo a Micha "le dieron con el chocolate estas masitas, dos o tres. Pues me las trae, no he podido convencerlo de que se las coma él. Soy pobre, pero tengo la riqueza de los nobles y delicados procederes de este hijo, ¡que Dios lo bendecirá!". "¡Que Dios lo bendiga!" dijeron casi a un tiempo Ram y Micha.

Llegó por fin el día en que Ram debía recibir solemnemente los últimos sacramentos a fines de junio. Se confesó con su antiguo teniente, el Padre Juan de Dios Añez, su albacea también. Trajeron a Nuestro Señor bajo palio y Ram, vestido y arrodillado en su cama en el suelo, sostenido por dos de sus domésticos, quiso hacer la protestación de la Fe. En seguida del «Confiteor» pidió, arrodillándose, también perdón de sus pecados a Dios, al pueblo y a su familia, suplicando tuvieran la caridad de rogar por él para que Dios lo perdonase, y que le hicieran caridad en no imitar sus malos ejemplos. Todos lloraban y se enternecían, desde su amigo el Deán, que le administró el Viático, hasta el último de la numerosa concurrencia.

En 1875, cuando se habían hecho los actos para ganar el gran Jubileo de cada 25 años, había presidido como Penitenciario los ejercicios espirituales del clero en San Andrés, asistiendo él con constancia los quince días para respeto de los clérigos seminaristas que asistieron; predicaban por turno pláticas los sacerdotes jóvenes. Pero lo más importante era la Lectura espiritual en el libro «Preparación para la Muerte» de San Ligorio, que Micha proporcionó a su tío para que fuera leído desde el púlpito; y así se había hecho, llena la iglesia de gente. La víspera de su conclusión anunciaron que el Penitenciario predicaría. Aumentó aún más la concurrencia. Ram subió al púlpito de cauda negra,

predicó sobre lo efímero de los goces de la tierra, el materialismo sin esperanzas celestiales y, por último, pidió un perdón público desde el púlpito al pueblo que lo oía.

La extremaunción trajo gran alivio en su enfermedad. Sabía el proyecto o resolución de don Pedro de retirarse a Buenos Aires para la educación de sus hijos y la paz de que no podía gozar en estas revoluciones del país, y dijo a Micha: "Sigue, hija, a tu marido, dale el gusto de ir a Buenos Aires. Aquí ya has cumplido hasta tu último deber, dejándonos a todos reunidos en la tumba. Que Dios te bendiga en tus hijos".

Antes, muchos días antes de recibir los sacramentos, había dicho a Micha: "Hija, he hecho mi testamento. Como tu marido tiene lo bastante para ti y tus hijos, no te dejo en ese documento nada. He creído más justo y necesario asegurar un porvenir libre de las tentaciones de la extrema pobreza a Carolina, quien casada puede considerarse viuda; a su hermano, que contra mi voluntad escogió el estado eclesiástico. Le di una estancia al muchacho, en respuesta de su consulta sobre el estado que pensaba abrazar, y vendió las vacas y se fué a ordenarse. Ahora que es sacerdote, quiero dejarle para que estudie. La otra parte la dejo a una pobre doncellita, para que por falta de dinero no se pierda y tenga dote si quiere contraer matrimonio cuando llegue a edad competente. Mis paramentos a la Catedral, a cambio de la casulla vieja con que me ha de enterrar".

La doncellita de que habló era Edelmira, inocente niña que un día de confirmaciones, encontrándose Micha en la iglesia, se acercó a ella: "Señora Michita, ¿quiere Vd. ser mi madrina?" Micha la siguió y puso su mano sobre el hombro de la criatura, que le agradeció con todo el despejo de una persona grande. Micha respondió a las palabras de su tío "Espero que no te vas a oponer a estas disposiciones mías": "Teste Vd. tranquilamente por quien quiera, que ni mi esposo ni yo ambicionamos aumentos que no vengan de la actividad de los negocios de Rodríguez". El enfermo quedó satisfecho.

La enfermedad comenzaba a causarle frecuentes síncope; llegaba la agonía. Mientras los clérigos recomendaban su alma, en una de las veces en que volvió en sí mandó llamar al notario para un codicilo a su testamento: era para mejor asegurar esas mismas mandas. Después de otro desmayo, le dijeron que un cleriguito seminarista se había resistido a ayudarle, diciendo que le daba vergüenza sugerir jaculatorias a un penitenciario tan sabio. Lo hizo llamar Ram y le dijo: "Hombre, tenga cuidado, que a esta hora no hay sabiduría que se tenga. Sugierame Vd. los actos que manda el Ritual; de las tentaciones del Demonio, las últimas son las más fuertes y con fuertes actos de las virtudes teologales se han de vencer".

El Padre Querubín lo había visitado precisamente para acabar de probarle su perfecta reconciliación después de la «cuestión eclesiástica». Aceptó el enfermo el escapulario del Carmen que le llevó y se lo puso.

El 6 de julio a las 7 de la mañana comenzó la fatiga suprema: un ¡ay, ay! con los ojos cerrados, dándose vuelta de un costado a otro. Decían que tenía los cuadriles llagados, pero no por eso se quitaba el grueso pantalón ni la chaqueta, ambos negros, sobre la ropa blanca. Ya no tomaba nada ni hablaba más que ese «ay», con el desasosiego de cambiar de postura; tal vez la asfixia. Fe lo vió esa tarde, cuando en el rodar ya tenía la cabeza frente a la mesa en que estaba la Virgen. Llorando, rezando y acomodándole las almohadas, Micha no se separaba de allí. Poco después vino el Deán; quiso Mariíta acercar la vela para que su amigo lo reconociese y se avergonzó al notar la palmatoria de latón que sustituía ya a los candeleros grandes de plata. El mismo enfermo, que a esta hora, siete de la noche, mejoraba un poco, notó el cambio: "¿El candelero? ¿El de plata?". "No está, se lo han llevado" dijo Mariíta. "¡Ay, ay! ¿antes de morir yo?". "¡Gente ordinaria!" murmuró el Deán.

Micha callaba y tenía más razón de indignarse que ellos. Las cucharas de plata fueron sustituidas por otras de metal ordinario; manos diligentes de sirvientas venían como



duendes y se llevaban cosas. Según las antiguas sirvientas, que ya no hacían sino llorar, este desvalijamiento prematuro era de temor de que Micha, heredera legal, se las llevase. ¡Pobre gente!, cuántos dolores y bochornos causaba a la pobre Micha. Esta es la perpetua historia de las bajezas en pugna con la porción superior de la humanidad: lo material contra lo espiritual; el instinto contra el espíritu; lo vulgar, irremediable y siempre vulgar, contra lo noble y heroico. En una palabra, los procederes distintos del vicio y la virtud.

En esto se hizo tarde para el regreso de Fe; tenía que volver a su casa. Su padre en viaje, su madre no podía dejar al enfermo en tanto peligro, ella tenía que hacer de jefe del hogar. Se acordó Micha que esa noche era el baile que daba el Vice cónsul peruano a la División. Concurridísimo estaría el barrio de gente mosquetera, peligroso dejar a las jóvenes sirvientas sin un respeto. ¿Pero quién llevaría a esta niña? Mariíta se había retirado a dormir, doña Manuelita no podía agitarse caminando, las antiguas sirvientas no eran bastante respeto para la circunstancia. Ofreciéronse los dos sacerdotes que velaban, emparentados con Micha: don Nicanor Landívar y don Federico. Y con esa respetable compañía partió Fe a las nueve de la noche.

Una multitud ocupaba las aceras y toda la calle del frente de don José Lino, para escuchar la música y ver por las ventanas del salón de altos pasar las parejas bailando. Esta multitud abría paso con silencio y respeto a la niña y su escolta. Muy a tiempo llegaba: Petronila, inquieta por su ausencia y curiosa por el baile, estaba en la puerta. Los sacerdotes saludaron y regresaron; la puerta se cerró y todo quedó en paz.

#### 7.46 – MUERTE DE RAM

Al día siguiente, el cuerpo del enfermo que en ese revolcar había vuelto la cabeza al punto de partida como la manecilla de un reloj, a las siete de la mañana se extinguió. Las parientas y amigas rezaban, dirigiendo fervientes ruegos a Nuestra Señora de las Nieves; la habían mirado al rostro muchas veces, especialmente Micha y doña Mariíta.

Después de haber expirado Ram con todos los auxilios de la vela bendita, preces de los sacerdotes, agua bendita, dirige Micha sus ojos a la Virgen: ¡qué cambio! El barniz de su rostro, terso y bien conservado hasta entonces, se resquebrajó sin haberla movido de su lugar ni haber causa para tanto. Era como un mapa, todo el cuerpo hecho un mapa de quebraduras. Horas después expusieron el cadáver en el salón en que había encontrado Fe en su primera visita a este tío. Allí estuvo, vestido primero con roquete y cauda negra para el responso y vigilia cantada por los canónigos y el clero; luego el sacristán de la Catedral envió una casulla roja que era la más vieja, según los deseos del difunto: se la pusieron. Cincuenta tañidos de la campana mayor de la Catedral anunciaron al pueblo la sede vacante de un canónigo.

Micha recibió a sus amigas en el dormitorio contiguo a este salón. Fe a las dos de la tarde volvió para ver a su mamá, en lo que podía ofrecerse, y la llorosa tía Mariíta la llevó a la pieza en que él había expirado, a ver a la Virgen de las Nieves. Grupos de señoras y de hombres iban y venían, pues todos no sólo querían ver por última vez al Canónigo, sino también ver el maravilloso deterioro de la imagen. Fe quedó pasmada y silenciosa, así como con terror, preguntándose a sí misma: "¿Se habrá avergonzado la Virgen de Ram?" En eso, la dulce voz de su tía Mariíta dijo a un grupo de señoras, que allí estaban también mudas: "Tanto le habrá costado salvar a su devoto, que ha dado muestras aún en la imagen". Caritativo y grato pensamiento.

Después del entierro, al anoecer volvió Micha a su casa, a rezar entre sus hijos. Comenzaba ese día la Novena de Nuestra Señora del Carmen. Mariquita Durán trajo su cuadro para hacerle la Novena y que Micha le renovase al Niño el vestido descolorido;

Micha se propuso cambiarle el manto por otro del precioso gró blanco que tenía entre sus retazos. Pero tantos sufrimientos la retuvieron en cama varios días.

#### **7.47 – EL TESTAMENTO DE RAM**

Kino había sido Fiscal General. Ahora ocupaba el mismo cargo el doctor Zambrano, que era protegido, o sobrino, o adoptivo de don Vicente Zambrano, del antiguo barrio de Micha; casado con doña Eulogia Urquieta (por la madre), hija natural del Dr. Aguirre; preciosa señora.

Este doctor Zambrano era un hombre estudioso e independiente. Eliodora Landívar alguna vez se acordaba de su sobrenombre de cuando niño, y se lo daba para inclinarlo a bajar algunas flores o frutos de los árboles: ¡Vaya «Pocetacú» a ver si haces esto! «Pocetacú» son esas matas de pajonal duro; aludían al cabello duro y rebelde, «como de indio», que tenía Zambrano cuando niño.

A veces aparecía visitando a don Pedro en su casa o en la quinta, allá cada tres años; pero en todo se portaba como si hubiera venido todo ese lapso dos veces al día. Tal era de leal, caballero y sencillo este hombre, que era recibido con gozo por don Pedro y Micha. Don Pedro le mostraba todo y Zambrano tenía a veces pareceres que los hacían perecer de risa. Había pues este tipo de amistad; era padre de Rosita Zambrano y de otros niños.

Este Fiscal llamó a Lor, o a Nicanor, y envió a decir a Micha que había visto el testamento de Ram y que, si lo autorizaba, él de una plumada lo deshacía; porque era ilegal, sin dejar nada a sus verdaderos herederos, Micha y su hermano. Micha respondió que no, que respetaba la voluntad de su tío. Insistió el Fiscal, repitió Micha su negativa, rogándole no ventilara tal asunto que en eso ganaba más ella y sus hijos. Y puesto que PUDIENDO TENER esos bienes los dejaba destinados a esas personas necesitadas, haría de cuenta que ella tendría ante Dios méritos también por favorecerlas. El Fiscal se rindió a dar el exequatur a esa herencia.

Después de los funerales, Micha envió a Fe, acompañada de las fieles sirvientas antiguas y de sus hermanitos, a la quinta unos días, para el novenario de Nuestra Señora de las Nieves. En cuanto a ella, tenía que dormir unas veces en la quinta y otras en la ciudad, por los negocios comerciales de don Pedro.

#### **7.48 – EL PADRE KENNEL VAUGHAM**

El año 1875 se había señalado por la venida del Señor Obispo Granados a Santa Cruz a asistir a su padre; por la venida del Padre inglés Kennell Vaughan, hermano del cardenal del mismo apellido y de un Padre Bernardo, religioso que es afamado orador en Londres. Estos hermanos, con motivo de un librito sobre una hermana Clara fallecida santamente en un monasterio, llegamos a saber que fueron nueve y todos consagrados a Dios, en diversas obras santas y comunidades. Kennell era joven misionero, que se había propuesto pedir una limosna mundial para un santuario eucarístico en Londres y para hacer imprimir biblias católicas, para contrarrestar la propaganda protestante.

Kennell llegó a Santa Cruz solo. Llegó a casa de don Pedro a presentar una carta de recomendación de Germán Fricke, de Cochabamba. Inglés tipo María Estuardo, por indisposición de Micha y ausencia de don Pedro lo recibió Fe, a quien contaba que, sin guía, se perdió por el camino y había oído muy de cerca los bramidos de los tigres. Como era enfermo del pecho, viajaba sin cesar de un punto a otro del globo; había estado en Africa. Llegó don Pedro, le hizo servir el café, pero al decir que recogía

limosnas para imprimir biblias le restó los entusiasmos del dueño de casa. Don Pedro le dió la dirección de su escritorio comercial por si algo se le ofrecía.

Para colmo, después de presentar más cartas de recomendación a don Pedro Ignacio Franco, a San Francisco y a otros, probablemente se presentó a la Curia Eclesiástica, donde le exigieron las dimisorias testimoniales de su sacerdocio católico. No pudo exhibirlas; según decía, las había dejado en poder del Obispo Granados, en Cochabamba. El Cabildo le negó el permiso de decir misa, de predicar y de pedir limosnas mientras aquéllas no llegasen. Se acogió a vivir en San Francisco, donde edificaba su piedad ante el Santísimo Sacramento. Examinado en su fe y pudiendo los padres conocer mejor su sinceridad, salieron fiadores para que celebrase en San Francisco.

Poco después llegaron los testimonios y el Cabildo le permitió predicar en las iglesias para obtener suscripciones. Un día lo oyó Micha predicar en la parroquia del Colegio. Por la aglomeración de gente, salió con Fe por la sacristía. Micha se paró a contemplar la falta de aseo, las calaveras puestas aquí y allí en muebles y mesitas; sin duda eran de los venerables jesuitas fallecidos allí. Dijo: "¡Jesús! Jesús nos asista, ¡ver este extranjero que se afana por Londres en esta sacristía!, ¿Qué dirá?"

En 1879 Kennell estaba de paso por Buenos Aires, muy elogiado. "Mamá", dijo Fe, "ese sacerdote inglés es un meritorio de la religión católica, el que estuvo en Bolivia. ¿No quiere mandar saludarlo?". "Ay, no, para qué. ¿Y si eso le trae el recuerdo de la sacristía?"

Le dió una fuerte fiebre, convaleció en el ingenio del señor Franco, a orillas del Piray. Don Pedro apenas se suscribió a una biblia en 1876, diciendo que el pueblo cruceño necesitaba más el Catecismo de Mazo que las biblias.

## 7.49 – PRESION OCULAR

El novenario de misas y el rezo de la Novena los hizo el Padre Nicanor Landívar en el Oratorio de la Virgen de las Nieves, en el año 1877 del que vamos hablando. Fe con sus acompañantes volvieron a la ciudad. Dos días después de su llegada Fe se vió molestísima por una fuerte fluxión de ojos, que interiormente atribuía a su costumbre de mojarse el cuello y el cerebro en esos fuertes calores. Dolor, ardor, suma delicadeza para la luz; la hería el menor rayo y cuando miraba, no veía sino círculos verdes y azulados.

No habían dejado de emplearse todos los remedios caseros. Su tío Lor le recetó agua de véjeto, que el Dr. Mardóñez aprobó; Micha, aguardiente con romero; las Durán, rajadas de tuna en aguardiente; la mamá Lupe, tizne de olla, es decir hollín con grasa; tía Isidora envió un manojito de santa lucía para extraerle el agua gomosa y lavar los ojos. Todas las junturas de las puertas se rellenaron con papel, para que pudiera estar en la pieza oscura que servía de ropero. El Dr. Mardóñez examinó la vista y notó que estaba saliendo nube: recetó un colirio. Doña Trinidad Chávez creía que era mejor la semilla de albahaca con azúcar refinada, para limpiar la nube. La tía Felicidad recetaba hojas de penoco machacadas, y exprimir el jugo; la señora Simona Estremadoiro de Lara enviaba cocimiento de vinal... y la enfermedad seguía.

A costa de padecer, observó Fe que se le aliviaban los dolores enseguida de comer, y que fueron más vivos el día que el doctor recetó el indispensable «castor» (aceite de ricino). Mariana la india era la más empeñada en que debía atacarse cada dolor con un churrasco de carne y un plátano asado, y así lo hacía a cualquier hora que Fe sintiese debilidad. Para vivir en la oscuridad, el método resultaba más aliviado.

## 7.50 – LA PROCESIÓN DE SAN ROQUE

En esto llegó un día Micha del escritorio, muy alborozada: contó que don Francisco Monasterio, vecino conspicuo de San Roque, le había traído la petición del cura Aguilera y de los principales vecinos de esa parroquia, rogándole a Micha quisiese prestar a la Santísima Virgen de las Nieves para la próxima procesión de San Roque, el domingo en la octava de la Asunción de Nuestra Señora.

El gozo de Fe fué grandísimo, por esta manifestación pública que querían hacer a Nuestra Señora. Micha estaba indecisa, por la enfermedad de ella, pero la enferma decía: "Yo voy a la quinta a componer a la Virgen; no, es preciso que vaya para asegurarla bien en las andas, y al Niño. Después de muchas vacilaciones de Micha, que por otra parte no quería negar el favor que le pedía el cura de San Roque, consintió en lo propuesto.

De madrugada vino el carretón de la quinta a llevar a Fe y sus hermanitos y sirvientas. Sus tías Socia y Felicidad también fueron desde su casa a pasar las tardes. Durante las estadias de Fe sola en la quinta, a veces iba a la ciudad acompañada de una sirvienta o sirvientito. El prudente don Teodoro Bustamante estaba en acecho, montaba a caballo y la acompañaba hasta salir a poblado; y lo mismo hacía si Fe le decía que iba a volver ese día. Dios se lo tenga en cuenta de recompensa.

Se adornó muy bien a la Virgen. Fe le cosió muy seguras sus joyas y las del Niño. Entre los adornos que tenía el Jesúsito para variar, además de sus campanillas tenía un cordón de oro puro tejido como lazo, largo como una cadena de reloj, pues el buen Jesús, como en el campo que estaba, había arrollado el lazo en un brazo y estaba en actitud de tenderlo a alguna de sus reses.

Por la tarde, el mismo señor Monasterio con sus amigos de San Roque y la banda de música vinieron a llevar a la Virgen. Precedía y seguía a la santa imagen una columna cerrada de pueblo, como de dos cuadras. Micha había participado que la Virgen iba a salir a don José Morales, que siempre, desde que fabricó la corona, se daba por devoto de la Virgen. Don José trajo amigos suyos y dijo que él corría con las andas, es decir que él y sus amigos la llevarían. Así fué: él había dado orden a su sirviente de que aguardase a que la procesión desapareciese de la calle (única), condujese su caballo de la brida y llevase sus espuelas, pues en la esquina de San Roque lo tomaría para regresar a su casa.

Con toda calma iba la procesión. Las cantoras entonaban sus cánticos acompañadas de la orquesta. Fe, viendo siempre círculos verdes y azulados, iba entre sus tías cubierta con su manto de luto. Cuatro cuadras habría andado la procesión cuando se oyó en la arena del camino un rumor sordo; miran para atrás y ven un jinete que, envuelto en una polvareda, venía a todo correr. Apenas tuvieron tiempo para apartarse en dos bandas a lo largo del camino; los que llevaban la imagen huyeron precisamente bajo unos árboles de palosanto... que empezaron a llover sus bravísimas hormigas sobre los conductores. El muchacho, poco diestro, se había puesto las espuelas de su señor y había taloneado con tal fuerza al caballo que éste emprendió una desesperada carrera. Pasó como una flecha por medio de la procesión y no paró hasta la esquina de San Roque; allí arrojó al muchacho en un solar al cruce de la iglesia, entre dos gruesas y filosas vigas. Los vecinos le regaron agua a la cara y pronto se repuso.

Llegó la Santísima Virgen. A duras penas pudo el Señor Cura, que la esperaba en la puerta de capa y asperges, hacerla penetrar sin que los mártires que la traían quisieran abandonar sus puestos. Fe se adelantó por un lado y Micha por el otro e hicieron bajar la imagen a las gradas del comulgatorio para reconocerla. Las nubes y el manto estaban llenos de hormigas, pero nada se había perdido ni roto. Colocada bajo su dosel, allí quedó para admiración y consuelo de la gente, que había acudido de toda la ciudad. A

petición del Cura también se había traído el mejor de los ornamentos del Oratorio para la misa solemne del día siguiente. Fe quedó a comer en casa de sus tías para no perder ninguna función. Micha tuvo que irse a su casa, con sus pequeños y su servidumbre.

En la salve solemne de la noche se cantaron las letanías. La hermosa voz de la joven criolla N. Borda se lució, obligando a contestar las letanías a todo el pueblo que se apretaba en la iglesia. Fe, que estaba cerca de la pila de agua bendita, empezó a cantar, sin respeto al barrio que tenía por rural; la Borda, que sin advertirlo ella se había colocado con sus hermanitas y discípulas cerca, al ver quién cantaba (una «de la Cité») largó los torrentes de su lindísima voz. Sus hermanas en seguida y al mediar la letanía, ya cantaba toda la iglesia. Calló la iniciadora, gozando de una cosa novísima y muy bella: el canto general. Es preciso decir también que todas las cosas contraproducentes, la atención al adorno de la imagen, la luz, el solazo, bien ardiente todavía a las cuatro y media, y todo lo demás, la habían sanado. Al día siguiente estaba del todo curada.

Fué a la misa cantada de la fiesta de San Roque. La iglesia de par en par, pues la aglomeración era tal que aún las galerías exteriores estaban apretadas de gente; por mucho favor y deferencia, pudo penetrar hasta la puerta lateral. Nuevo gozo: el predicador abandonó a San Roque y tomó el elogio de la Virgen y de sus santos padres, pues la liturgia de la misa tocaba ese domingo de San Joaquín, siendo el Evangelio la genealogía de Jesucristo. Pasadas la procesión y las fiestas, la Virgen fué devuelta en devota procesión a su Oratorio. Fe creía que sus sueños del bosque se habían realizado y que María había inclinado sus misericordiosos ojos a este pueblo que la honraba.

Micha había dicho: "El Señor Cura quiere cambiar de puesto. Pues cuando quiso hacer la fiesta de la Virgen el año 60, fué nombrado cura en propiedad". Así fué: pocos días después, el Cabildo lo nombró Canónigo de la Catedral. No sé por qué me parece que ya he hablado de estos asuntos y que tal vez los repito ahora, pero este año es el propio lugar de esto, por lo que sucedió después. Se recibió la imagen, con los ornamentos que se habían prestado; la atención de acomodar a la Virgen en su altar hizo que quedase la caja de los ornamentos sobre una cama, sin colocarlos en el baúl de la Virgen. Y como no iban a pernoctar allí, cerraron y regresaron a la ciudad.

Llegó don Pedro de su viaje. La noticia de la muerte de Ram la supo en Buenos Aires por carta de Fe. Entre los sentimientos de pésame para Micha, escribía estas palabras: "Mi resolución de venir a Buenos Aires es cada vez más firme. Quiero la tranquilidad de mi conciencia en mis últimos días y la paz en el sepulcro".

## **7.51 – DON PEDRO VILLAMIL**

La División había partido otra vez al interior, no sin que sus generales atestiguaran a don Pedro su estimación. El que más se distinguió en ello fué don Pedro Villamil: dijo que tenía antigua deuda de reconocimiento con don Pedro, por la fineza que había tenido para con su familia toda, al recoger en Santiago de Chiquitos, poco después de la muerte de su desgraciado hermano Villamil, su importante librería y todos sus interesantísimos papeles y estudios; los que, sin su inteligente y desinteresada buena obra, hubiesen quedado perdidos. Don Pedro los había hecho encajonar y conducir hasta Sucre para de allí dirigirlos a Lima si acaso no se encontraba miembro de la familia en Bolivia; felizmente, el militar Villamil fué el que recibió esta herencia de su pobre hermano, que agradecía a la magnanimidad del señor Rodríguez.

En una hermosa tarde, corrieron noticias de una revolución que se preparaba... "¡Por Dios!" dijo Fe a su mamá, "¡dígame a mi padre que nos lleve a Sucre, yo prefiero que me encierren en un convento y no pasar por otra cosa igual!" Mandando de Prefecto estaba el General Juan José Pérez.

## 7.52 – INFLACIÓN DE LOS «MELGAREJOS»

Casi inmediatamente de su llegada, don Pedro pasó a Sucre. Allí colocó en el Banco diez mil pesos, que le pesaban ya haber recibido. Lo había forzado a ello dos años atrás don Angel Costas; ahora que iba a perder a este su fiel amigo, don Pedro, el anciano tuvo un mal capricho.

Había ofrecido esta suma a don Pedro, que la rehusó: "No necesito sino dar vuelta a mi capital, pues tal vez no me convenga trabajar a intereses. Nunca he querido tomar dinero; así si pierdo, pierdo lo mío". Don Angel se desesperó y por no contrariarlo, don Pedro recibió la suma como simple depósito.

Ahora salía don Angel con este antojo: "Amigo, esos diez mil pesos que le presté en moneda del país, póngamelos a oro en París (Europa)". Excuso las explicaciones de don Pedro: prefirió darlos con su interés correspondiente al tipo del país, en el Banco de Sucre. No estaba obligado a eso, ni mucho menos a convertir los melgarejos en oro, pagándoles el viaje hasta París. ¡Poquita cosa, unos treinta mil más o menos!

Micha se indignó. Y aunque don Pedro le dijo que pensaba calladamente darlos como si los hubiera tenido en el Banco de Sucre con su interés y no darse por entendido de la enorme ofensa del viejo amigo, Micha no quiso más recibir su visita. Rompió esta amistad, y don Pedro dejó con pena de visitar al logrero anciano.

NOTA: En esos años (1877), Melgarejo había instalado una nueva máquina acuñadora de vapor en la Casa de la Moneda de Potosí; y acuñó enorme cantidad de monedas de plata de baja ley llamadas "melgarejos" que circularon también en Argentina. Esto provocó una inflación interna y depreció la moneda boliviana. La inexperiencia en inflación condujo a acuerdos poco claros como el que generó este malentendido.

## 7.53 – REPRESENTACIONES Y MANDATOS

Otro asunto había surgido en una de las ausencias de don Pedro. En su casa, no era raro recibir paquetes del exterior, particularmente de Chile, Argentina y más aún de Brasil. Los tales paquetes solían contener la historia, hecha por el jefe de alguna casa de comercio, acerca de una importante operación comercial, cuya suma no había sido satisfecha y el deudor, extranjero o indígena, estaba en Bolivia. Adjunto solía venir un poder en forma, para que don Pedro cobrase, pleitease o transase a su parecer y conciencia, lo que pudiese recoger.

Abierto uno de estos paquetes don Pedro se informaba del asunto; sobre todo si la persona allí requerida era de familia bien quista. No despachaba el paquete sin llamar a su despacho al individuo solo, mostrarle las piezas que obraban en su poder y ver si pagaba o quería resistir.

Regularmente pagaban, agradecidos a este juicio conciliatorio; el individuo, o sus padres o deudos, quedaban agradecidos y don Pedro guardaba el secreto, girando la suma causante del documento. Si la cosa lo merecía, daba fe el notario Avelino Moreno. Otras veces volvía a empaquetar el contenido y lo devolvía, por no esperar buen éxito pacífico de la negociación.

Así fué como llegó un paquete del señor Jorge Williams de Buenos Aires, con un poder en forma para que don Pedro cobrase a don Belisario Ibáñez el valor de mercaderías que, en sociedad con el señor Cilley de Buenos Aires, habían sacado de su comercio; y Cilley declaraba que B. Ibáñez las había traído a vender.

Micha abrió el paquete en ausencia de don Pedro. Al ver que se trataba del ahijado de ellos y que el documento sería endosado a otro comerciante si don Pedro no se hacía cargo, envió a llamar a Ibáñez, según hacía su esposo en tales casos, y le mostró el documento. Este dijo que debía pero no todo, pues había entregado parte de las sumas a Cilley y que el embrollo de esas cuentas le traía este resultado; quedó de volver al día siguiente a contestar. Dió parte a sus suegros de la ejecución que venía y éstos, llenos de vergüenza, le proporcionaron una suma de \$ 800 para que la entregara a cuenta de mayor cantidad, que pagaría después de arreglar sus cuentas con Cilley.

Se avisó al señor Acreedor si aceptaba, quedando el dinero depositado. Mientras tanto, se arrepintió el sujeto Ibáñez, que ya en el país no era tan bien mirado como antes. Vino a cobrar la entrega del depósito: no se podía ya, pues se había dicho a los interesados que el dinero había quedado en depósito. El tonto metió pleito. Vino don Pedro y asumió la responsabilidad del depósito. Y ésta es la hora (1918) en que todavía no han arreglado sus cuentas.

### 7.54 – DECISIÓN: HACIA TIERRAS LEJANAS

Un día llamó don Pedro a Micha y a Fe y les dijo: "Es necesario decidirse; no está bien que estemos diciendo que nos vamos, y otras veces que no nos vamos. Debemos salir de aquí, el país está mal. De Chile, nuestros amigos me invitan a ir allí, para la educación de la familia y la extensión de los negocios. De Sucre otro tanto: me invitan también nuestros buenos amigos. Y de Buenos Aires Uriburu me insta, y tenemos allí a tres de los muchachos... Decidan ustedes: ¿adónde quieren ir?" Micha dijo "donde tú quieras" y volvió él a excusarse que no se decidía sin que ellas decidiesen... Micha no podía resolverse a tener, tal vez, parecer contrario a su esposo.

Entonces Fe dijo: "¿Tiembla en Chile?" "Sí, hay algunas veces temblores". "¿Tiembla en Sucre?". "Rara vez, pero sí, también tiembla". "¿Tiembla en Buenos Aires?" "Allá no tiembla, porque está lejos de los volcanes", dijo don Pedro. "Pues allá vamos" dijo Fe. Y quedó decidido.

Don Pedro, que era sumamente bueno y delicado, puso ante su esposa y su hija la situación diferente que había de haber a la familia en esos distintos puntos. "En Chile tendríamos amigos, aristocracia hay allí; en Sucre mucho más. Figuración en ambas partes, menos independencia de los círculos sociales, en que se vive sometido a contemplar y complacer, siempre que se cuente con fortuna, o fama de ella".

"En Buenos Aires no, tendremos más libertad. Allí las fortunas son cuantiosas; éste que los cruceños tienen por un fortunón, gracias si está allá en la 4ª escala de los que gastan. En una palabra, no iremos a Buenos Aires a figurar, o a pasar por ricos. Vamos a ser pobres, desconocidos; a educar a la familia, vivir con independencia y gozar de paz, pues allí no hay revoluciones; ya pasó la época de barbarie. Les dejo el campo, aunque crean que no les dejo lugar de respirar. No he hecho esta posición sin trabajo y constancia, exactitud y orden, en una palabra sin sacrificio. Ahí queda, que lo exploten..."

Su mujer y su hija aprobaban todo lo que él determinara, como lo mejor del mundo. Triste era verlo tan enfermo, siempre del estómago, lanzando por la tos el alimento a poco de haberlo tomado. Tenía que tomar unas cucharadas de cognac para hacer cesar ambas molestias, por receta del médico.

Pero Micha, siempre atenta a todo lo que podía perjudicar a su intacta fama moral, hizo algunos reparos a esta necesidad. El, siempre delicado y dotado de gran fortaleza moral, dejó de tomar aquel alivio, sin sentimiento... Pero la tos y el encrudecerse la

comida era ya tan frecuente y molesto que lo hubiera postrado, si Micha misma no lo hubiera obligado a tomar ese tónico necesario al resfrío de su pecho y estómago.

### **7.55 – ADIOSES**

No era que Micha no sintiera este arrancarse del país, teniendo además un hermano desgraciado que no podía seguirla. Hacer cada día más dulce la existencia de su marido, exasperada por la envidia de sus conciudadanos, era la misión que se había impuesto, llorando sus despedidas mucho antes en el secreto y la confidencia de Fe.

No bien se apercibieron las amigas de que esto iba de veras se lamentaron y se propusieron quedarse con un recuerdo de los muebles que les pertenecieron. Las señoritas Landívar le encargaron el piano, antes que nadie fuera a tomarlo. Otras asediaron a pedidos de que les vistiera las imágenes de la Virgen o de los santos de sus respectivas devociones para consignar así en ellos su amado recuerdo. Vistió para Mari Cruz Durán una Santa Ana con la Virgen Niña; pues para su extraña manía de divertirse, y su secreto designio de casarse, buscaba una abogada que creía muy apropiada. La hermana cuerda, Micha misma y Fe se afligían del ridículo y la desilusión que podía experimentar; mas ella les pagaba con desvío. Llegó hasta salirse ostensiblemente de la salita cuando Fe entraba a visitarlas. Fe nunca dijo a su madre estos dolorosos desprecios que sufría, en la casa y de las personas que amaba también casi con reverencia, como a modelos de virtud. El mismo pesar sentía Micha; ésta era una gran pena, el desvío de una digna amistad, uno de los más dolorosos golpes que suele dar el mundo. No obstante, como de uno y otro lado había virtud y temor de Dios, no dejaban de prestarse servicios y atenciones.

Petronila Cuéllar, la virtuosa hija de tía Manuelita, envió a Fe dos estampas, del Corazón de Jesús y del Corazón de María; lindos rostros, con el vestido de papel pintado carcomido y roto, para que dirigida por Micha se las vistiese. Quedaron lindas, con todos los recursos que Micha jamás dejaba de amontonar para estos casos: sedas, flores, lentejuelas, piedras, oros. Doña Melchora, la humilde y meritoria amiga, trajo a la Virgen de Mercedes, como de 70 centímetros, ante la cual habían orado en una noche de peligro. Las tías trajeron el Angel de San Roque a vestirse allí. La negra Simona y la mama Antonina, sus respectivas imágenes de Nuestra Señora del Carmen. Simonita Landívar quiso que Micha le enseñara a vestir esas imágenes, trayendo una Virgen del Carmen que debía estar parada sobre una nube, que salió muy perfecta. Creo haber dicho que años antes había vestido otra igual para consuelo de doña Sinforosa Gutiérrez de Téllez, que se entregó a la piedad para mejor llevar su cruz de pobreza y marido ocioso.

### **7.56 – EL ADIÓS DEL PADRE QUERUBÍN**

El Padre Querubín se afligió al saber la resolución de don Pedro. Al hablar con Fe de su próximo extrañamiento, le dijo: "¿Pero qué quiere hacer tu padre? ¡Ay, hija mía, irse de este país de fe tan pura, allí donde la contradicción reina! ¡Si ésta es la sacristía de Roma!". Después de este momento de pena quedó reflexionando, orando tal vez, y leyendo las cosas en Dios. Por fin dijo a Fe: "Pero tú, hija, no tienes más que obedecer y orar con mayor instancia. Los designios de Dios son impenetrables. ¿Se deja tu padre llevar de las ideas del liberalismo? Ah, hija, eso no da la felicidad y mucho menos la vida eterna".

### **7.57 – OSCURO ENEMIGO**



Mientras él hablaba, Fe hacía propósitos interiores de velar por la fe de su buen padre, teniéndola ella doble a medida de la necesidad en ese país de Héctores Varelas. Pues «El Americano», aquella revista ilustrada, le mostraba a ella que a la callada, si acaso daba una pincelada religiosa, era para desprestigio de la religión. Ya eran unos crédulos aldeanos de Cuquiñán; ya una misa de gallo en que sacerdote y oyentes apresuraban el santo sacrificio para ansiar la cena; ya una religiosa fría, imbécil y sin corazón; ya un padre, o religioso, que cometía un crimen secreto y abandonaba el hábito.

Fe nunca hablaba al Padre de sus lecturas ni de sus proyectos. Allá adentro juzgaba pernicioso y diabólico el libro de Varela, masónico como en realidad lo era, descristianizador como La Nación de la actualidad. Cuántas veces los masones cruceños o extranjeros (léase calaveras) dirían a don Pedro y a todos los que quisieran oír que «las mujeres de Santa Cruz estaban dominadas por los frailes». ¿Y? Después que éstos dejan de dominar, cuando domina la indiferencia religiosa en ellas, ¿son más honradas? ¿qué fama tienen? ¿a qué aberraciones y vicios no han arrastrado a esta sociedad? Diecisiete años tenía Fe, pero no se prometía goces en Buenos Aires, sino penas. Masones, Varelas, de quienes tenía que defender a su padre y a sus hermanos y hermanas.

## 7.58 – SALUSTIANO

Vuelto don Pedro, de acuerdo con Micha llamó del campo a la virtuosa Socia y a Pablo. Al fin la beata de la Orden Tercera iba a oír misa con frecuencia y a frecuentar los sacramentos. Vino por obedecer a su hermano y complacer a su cuñada. Se instaló en la quinta, con el mismo espíritu de pobreza y sencillez de siempre.

Tanto Pablo como ella habían recogido a un huerfanito que fueron a «tirarles» en esas soledades. Se llamaba Salustiano. El designio de don Pedro era conservar la quinta, por respeto al Oratorio y para recompensa de estos hermanos, Pablo y Socia, asegurándoles un porvenir descansado. El huérfano, que tendría dos o tres años, jamás había visto a otro niño; sólo conocía a «Chocha» (Socia) y «Tutachi» (Pablo). Cuando Micha fué con sus hijos a pasar una temporada al campo, allí lloró el niño toda la tarde y la noche sin consuelo, por el temor que le causaba la familia.

Como los pericos, comía la albura o pulpa blanca que está en lo interior de los gajos y tronco del guayabo; se tomaba una chocolatera llena de leche. Cuando no encontraba a mano pan y rosca, comía un plátano verde crudo, pelado de su corteza. ¡Qué apetito se le notaba! Era macizo y bien conformado, bajo para su edad pero de una robustez pareja. No conocía diferencia de lugar para hacer sus necesidades; igual a un pollo, seguía andando. Se sumergía varias veces al día en el agua del estanque con túnica y todo, y la secaba corriendo al sol como las plumas de un pájaro.

Grandes penas causaba ahora a Socia haberlo criado a lo pollo, pues tanto su hermano don Pedro como Micha enviaban un sirvientito tras el Salustiano para que lo capturase y llevase al sitio de los urucús; y ahí era la gritería del chico, que no tardaba en mortificar a Socia y aún a Pablo. Todos daban contra la pobre beata; Sótero ni se diga, siempre estaba dispuesto a reñirla. Ella ordenaba, aconsejaba al chico, pero éste no entendía.

Discretamente Micha, un día que se quejaba Socia de los bochornos que este huérfano le hacía pasar con sus hermanos, y de su desobediencia, le había dicho: "Dale unas palmaditas siempre que lo encuentres contraviniendo, y verás cómo se enmienda pronto". "Oh, es muy duro lo que me sugieres" le dijo ella, y se le saltaron las lágrimas; "jamás le he pegado". "Por eso está así" le replicó Micha.

Llegó el día, al fin. Fe lo acusó de una contravención hecha en el patio, a pocos metros del comedor. Tomó Socia uno de sus zapatitos de cordobán y llevó a Salustiano al lugar. "¿No te he dicho que eso no se hace ahí? Ven". Lo tomó del brazo, lo llevó al dormitorio y le dió el zapatillazo. Fe la había seguido, por si era necesario defender a Salustio. Este salió gritando, con los bracitos en alto como pidiendo auxilio. Dió una vuelta a la sala; Fe le ofreció sus brazos y su amparo pero él no aceptó, ahogado en su pena; concluyó la circunferencia y fué a ocultar su carita llena de lágrimas en el vestido de Socia, abrazándose a ella. Socia tiró el zapato, se inclinó al niño, le limpió las lágrimas, lo abrazó en silencio y dos lágrimas rodaron sobre su cabecita, que era una mata pobladísima de cabellos.

Cuán dulce fué la meditación que en esto leyó Fe. Delinque el hombre por ignorancia, debilidad o malicia. Dios lo castiga. El se aleja a buscar consuelo. Las criaturas se lo brindan, pero es tan efímero y vacío que puede decir «In omnibus requiem quæsitæ», en todas las cosas busqué descanso. Y no lo hallé. «Ubi fugiam? Ubi me absconda? Nisi a te, Deus». Adónde huiré, dónde me esconderé sino en Ti, Dios mío, por la misma razón que «peccavi nimis in vita mea», que he pecado mucho en mi vida.

Y Dios arroja el azote. Se inclina, abraza, seca las lágrimas del pecador y le aplica su Sangre preciosa derramada y sus divinas lágrimas. Y el pecador siente descanso, consuelo verdadero y alegría, volviendo al que es su principio y último fin.

## 7.59 – SOCIA

Fe había copiado para su uso un compendio de consejos piadosos y actos de virtudes, resumen que San Ligorio hace de todo lo que ha enseñado a la monja santa. Las Durán le habían prestado ese libro por orden de su confesor, que veía desarrollarse en Fe la vocación religiosa, aún cuando a ella nada le decía. Sólo al indicarle que pidiese ese libro dijo, como hablando consigo mismo: "¡Qué hacer! Haremos lo que podamos". Mas tarde Fe se ha dado cuenta que era la respuesta al caso espiritual que encontraba el sabio y prudente Director. Socia vió el resumen y se apoderó de él: "Tú te vas, Fe, no lo necesitas. Soy yo la que lo necesito". La sobrina era incapaz de negar nada a su admirable tía.

Un día le dijo Fe: "Tía, yo quisiera ser como usted. Yo seré como usted". "Mira, eso hay que pensarlo mucho. Se padecen muchas contradicciones del mundo, muchas tentaciones, muchas maldades del Demonio". Fe calló, porque estaba leyendo el comentario de este discurso en lo interior de su poderosa memoria. Contradicciones... era la más abnegada, trabajadora y útil a la familia y había sido el descanso y fidelísima compañera de su pobre madre; y era la más reprendida de sus hermanas, y de Sótero. Se habían acostumbrado al servicio constante de ella, a su vigilancia doméstica sobre los quehaceres, de modo que si aquella ordenada gira se interrumpía algunos instantes, era un asombro y disgusto general.

Tentaciones... ¿No había ido a pedirla en matrimonio más de un joven estanciero de las inmediaciones? Doña Inés siempre quedaba de hablar a su hija. Días después se detenía un caballero frente a la pacífica morada; doña Inés hilaba cerca de la ventana. El recién llegado se acercaba a la ventana, pues la puerta estaba cerrada por costumbre. El caballo lucía el freno cañoteado de plata, la montura era flamante, la silla llevaba, en cuero al altorrelieve respunteado de colores, palmas, flores y cabezas de águila, obra del país, los pellones eran de vivos colores, teñidos en El Palmar. El jinete, pantalón de dril blanco y saco de casimir plomo, como el sombrero; corbata verde, pechera de primoroso alforzado, poncho de macana a listas claras, como de bufanda.

"Buenas tardes, señora doña Inés vengo por la contestación". "Ah, ¿sabe? Socia no quiere". "No lo puedo creer, señora, yo no tengo ningún vicio, soy trabajador, mi familia ya Vd. la conoce, todos me lo celebran. ¿Qué puede desagradarle? Además, tengo sobre qué caerme muerto (para un caso). A nadie le faltará en mi casa qué comer..." "¿Qué le he de decir? Todo es así como Vd. dice, pero ella no quiere". "A ver, llámela". "¿Socia? ¿Socia? Ven, está el señor don N.". "Bueno, ¿qué quiere?". "La contestación..." "Ya la dí: ¡NO! Que busque en otra parte". Al oír la voz de Socia, convencido, se alejaba a galope.

Doña Inés no había dejado de decir a su hija las ventajas... Mas al ver la resolución de Socia, respiraba contenta: su amada compañía y su voto simple de buena Terciaria Franciscana quedaban en pie. Y no dirían sus parientes que por los severos principios de la viuda sus hijas quedaban célibes. Olvidadas a veces las hermanas por momentos de las virtudes de Socia, sólo veían su facha, sin miriñaque cuando se usaba; sin hebillas ni rosas en el calzado de cuero humilde; vistiendo colores oscuros en esos alegres veranos, sin adornos, sin pendientes, como la más infeliz criada. Y el Demonio las hacía enojarse con ella, como si fuera el oprobio de su familia. Sótero, por el pecado siempre acompañado de cachilla, extremaba las tentaciones de aburrimiento y desaliento que a veces la acometían, pero Socia ponía semblante incontrastable, frente de diamante. Corría a la cocina y mirando el fuego y la ceniza, acudía una bandada de ideas suaves, salidas de las «Florejillas de San Francisco» que refrescaban el calor de los dictérios y secaban las lágrimas furtivas, jamás vistas por los que las causaban.

Fe temía esa lucha. Pero el ejemplo, la figura de su tía subía en un pedestal, que dejaba como granos de mostaza a todas las otras tías habidas y por haber. Y eso, que las otras le obsequiaban con frecuencia blondas preciosas para su ropa blanca.

## **7.60 – LA GATA PECADORA**

Sucedió un día que, después de Micha, regresó al pueblo Sótero y notó ratones en su pieza. Trajo del pueblo una gata y dijo a su hermana: "Cuídala hasta que se acostumbre". "¿Y si acomete a los conejitos que Fe me ha dejado?". "No lo hará, si está bien comida".

Pues la gata lo hizo a las pocas noches. La cogió Socia con enfado y azotándola le decía "Pícara, venir a robar en este lugar, ¿no has temido el castigo de la Virgen?". Ató la gata a un pilar. Fué Salustiano y la desató cuando empezaba a llover, y la largó con la soguita. Cuando llegó la hora de comer no parecía el animal, ni era posible buscarlo por la lluvia. Tres días después, Salustiano descubrió a la gata ahorcada en las tranqueras que había querido saltar; enredada por la sogá, se ofuscó hasta quedar ahogada en las vueltas que dió. "Socia y la Virgen mataron a la gata", dijo el chico, dando cuenta a Sótero de esta defunción.

## **7.61 – ADIÓS A LA VIRGEN DE COTOCA**

Estando Micha en la ciudad, fué invitada por sus amigas las Landívar a concurrir a la fiesta del 8 de diciembre a Cotoca. Hacía meses que la señora Carlota Aponte de Herrera las había convidado a ir y ellas le habían prometido conseguir de Micha que las acompañara, lo que causó placer a la virtuosa viuda. No cabían de gozo Eliodora, Simona e Isabelita cuando obtuvieron la aprobación y promesa de don Pedro de llevar a Micha y a Fe.

Exquisitas conservas y provisiones reservadas llevaban ellas para sus amigas y huéspedes. Para la Virgen, flores, un mantel y ropa fina de altar. La caravana se puso en camino; ¡cuántos amigos y conocidos iban encontrando! Iba también la señora Isabel de Landívar. En Cotoca estaban ya toda la familia Aponte y Herrera, es decir: doña Ramona Antelo de Aponte; don José Aponte (de los pocos ancianos que no envejecían, porque tenía peluca); don Antonio Antelo, hermano de aquélla, que estuvo bien complicado como ibañista; don Rosendo Antelo el orador; doña Carlota, hija de los señores Aponte ya nombrados; su hermano Chuchi; sus hijas Carmencita, como de 16 años, bajita y cargada de joyas antiguas, largos pendientes de perlas y diamantes, su hermana, creo que se llamaba Angélica, graciosa, jovencita de 14 años, inteligente, espigada, elegante y sencillamente vestida. Tenía el defecto de ser muda; parece que la paciencia de su madre consiguió después que hablara, pero su entusiasmo e inteligencia la hacían muy simpática. Las dos eran muy educaditas. Había también varios varoncitos, de los cuales el mayor, Rómulo, estaba estudiando en Sucre.

El rico Herrera había fallecido con edificante muerte, debida a su gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Doña Carlota y Carmencita parecían muy instruidas. No sabemos cómo pudo muchos años después caer en el espiritismo y la incredulidad, según referencias. Doña Ramona, su madre, tenía la actividad de una persona de 30 años. Olvidada de hacer agasajos sociales, corría con las despensas y sirvientas.

Don José se perdía para ir a tratar con los peones de su estancia. Los Antelo se reservaron el interior, desde el dormitorio, y cedieron la sala a sus huéspedes. Gran sacrificio, pues eran piezas chicas con pequeñas ventanas altas, mientras que la sala era aierada y linda. A poco llegó el Padre Nicanor con su hermano Gumer y Belisario. Fueron a la casa del cura.

A la tarde hicieron su visita a la Virgen. La gente del pueblo llenaba los corredores y la plaza. No faltaba allí ninguna de las viejas sirvientas de las dos casas Rodríguez y Landívar; sólo Guadalupe, que le tocó el turno de guardar la casa de Micha. La Virgen estaba ya vestida con el hermoso vestido de lama blanca y azul que el afortunado Santos Ribero le había traído bordado del Pará. Enriquecido con la goma, ahí había venido con su mujercita Cuéllar de Ribero, hija de su hermano de madre. Hinchado, abotagado, estas riquezas de la Poalla eran temibles; volvía a su tierra no a gozar, sino a morir.

La cena fué en la galería interior, muy amenizada por las ocurrencias y los brindis de don Rosendo y por un cierto pariente Aponte, que llegó en la ocasión con su mujer campesina. El tal, alegre y confiado, charlaba mucho, pero en viendo cosa apetitosa y rara «para mi Catalina», decía, y servía a su mujer antes que a nadie.

Imposible era pretender llegarse a los confesonarios; estaban asediados, y eso que había muchos sacerdotes. Aún el Padre Querubín llegó para predicar el sermón de la fiesta que haría don Santos. Volvieron las peregrinas a la Salve y doña Carlota propuso acompañar a la Virgen hasta las diez de la noche. Retirada ya la mayor parte de la muchedumbre que asistía a la Salve, quedaron unos cuantos cantores, jovenzuelos de la villa, y empezaron a cantar «Las Alabanzas»; pero el disgusto y el asombro aumentaban en las ciudadanas peregrinas, al oír los despropósitos que ensartaban en canto estos pobres. Al contar el Nacimiento de Jesús, decían que por orden de la Virgen, San José fué a llamar a la partera. Ya no pudieron sufrir doña Carlota y Micha; salieron en busca del párroco o de su teniente, que era el Padre Herrera. Encontraron sólo un sacristán, a quien rogaron hiciera callar a esos ignorantes herejes. Así lo hizo. Reservando la denuncia para el día siguiente a Nicanor. La noche era muy calurosa, hasta tarde tuvieron las peregrinas las ventanas abiertas. El pueblo celebraba con fritangas de empanadas y no faltaban los ebrios en la plaza.

Al día siguiente comunión, misa cantada y procesión muy solemne, a la que asistieron todas. La señora Isabel llamó después a Fe para que indagase de dónde venía un desagradable olor traído por el viento. Fe, al cabo de un rato de exploraciones, descubrió un churuno enchipado y colgado a los pies de una cama, en el dormitorio inmediato. Era el cuajo en fermentación con que se cuajaba la leche, que al señor de la casa no le había de faltar, porque desde tiempo inmemorial la cuajada era el desayuno de los estancieros. "La suerte que nos vamos ya" dijo la señora Isabel. En efecto, a las tres emprendieron el regreso, que fué con toda felicidad y cordialidad en los carretones enviados por Ricardo Landívar, bien provistos de toda clase de comodidades y víveres.

## **7.62 – LOS TURIROS**

En enero fueron a la quinta pero no tuvieron misa, ni pensaban tenerla el día de Reyes, porque siendo una de las cuatro Pascuas, expresaba el auto que no era permitido celebrarla en Oratorio, sino que los fieles debían ir a la parroquia. Esta disposición no la sabía la señora Conchita ni don Teodoro Bustamante, que con toda su familia habían llegado para oír la misa del Padre Eustaquio Simonés, que llegaba con ellos. Al oír el clérigo la excusa de Micha, dijo: "Envíe un sirviente a San Roque a pedir la licencia al Cura, que es el Vicario Capitular, y la dará". Así se hizo. Esperaba la gente, y la de los chaquitos del rededor, y peones. Apresuradamente Fe y toda la familia menuda fueron a preparar la misa; una buena alba y el mejor ornamento estaban ya en la mesa de la sacristía, pues eran los que se habían prestado para la fiesta de San Roque; pero había que sacar el misal, las sacras, etc. Abre Fe el baúl de la Virgen y por poco no se desmaya: al rebuscar, encuentra el misal entre una verdadera colmena de turiros, hormigas blancas malignas que habían embarrado las tapas para hacer sus colmenas. Habían reducido los ornamentos a pedacitos; de un alba nuevecita con encajes, de valor de \$ 70. , no se hubieran podido sacar sino pedazos de diez centímetros.

La caridad que se había usado en la parroquia, prestándole lo mejor, y por la prisa en devolverlo que no se puso en el baúl, era lo que sirvió para la celebración de la misa de los Santos Reyes, después de limpiado algo el misal. Al día siguiente, según las instrucciones del ritual, se quemaron los restos de ornamentos y ropa y se arrojaron las cenizas a la piscina. Micha se puso luego en obra con las amigas Durán para reponerlos, y lo mismo la ropa de hilo. Los purificadores y corporales los cosía ella misma; las beatas Joaquina Zambrano y Juana Montesinos, las albas; las tías, los amitos y demás lienzos sencillos.

## **7.63 – BELISAIDA RIBERA DE VILLEGAS**

Más tarde, vueltas a la ciudad, don Pedro y Micha fueron invitados, llevando a Fe también, al casamiento por poderes de la señorita Belisaida Ribera, sobrina de doña Juana de Mérida. El General Villegas había sido íntimo del ex Ministro de Gobierno Ribera, por muchos años residente en La Paz; cuando su viaje a Santa Cruz por los asuntos de la Revolución había traído recomendaciones para la familia Ribera. Así conoció a esta digna y linda joven que servía de madre a muchas hermanitas, de las cuales la mayor era Elisa Ribera. Dejó el General secretamente pedida a su padre y familia la mano de Belisaida, pues no le pareció digno de su austeridad militar casarse en el desempeño de esa misión pacificadora. Se fué y de allí envió sus poderes a don Nicolás Ribera, tío de Belisaida, para que representase a su persona en la ceremonia. Se hizo en el día y hora convenidos de antemano, para que el General, según mandato de la piadosa Belisaida, estuviese preparado con la recepción de los sacramentos, como ella.

En el salón de doña Juanita, con enorme asistencia de familias amigas, el Canónigo Ribera tomó los dichos y dió las bendiciones a Belisaida, que estaba angelical, mientras la familia estaba conmovida y Elisa en verdadero duelo. Las amigas, contentas, bendecían a Dios augurando a esta joven felicidades. De veras se felicitaban de esta elección del General, mientras el tío calvo y apergaminado reía suavemente, al ofrecer una copa de refresco a la sobrinita. "¿Y si me arrepiento, Belisaida? ¿Y si no te llevo al General?" Estas bromas daban qué reír a la reunión. La llevó ocho días después a La Paz.

## 7.64 – CARNAVAL DEL 78

Llegó el Carnaval. Triste para Micha, como para una persona enferma de incurable enfermedad, que mira todo como que lo va a dejar... Don Pedro la había obligado a aliviarse el luto y Fe vestía ya, no de colores claros rosa o celeste, pero sí de marrón, crema y blanco con violeta. Preveía don Pedro el largo luto que a él le tributarían y le entristecía verlas de luto; por eso Micha lo dejaba ahora, sin protesta ninguna. Al tercer día del Carnaval, vino a decir a Micha que las Landívar la pedían con instancia, pues había una reunión familiar. No se jugaba, era una especie de tertulia con ratos de baile y música. Que llevara a Fe, pues éste era el empeño de esas amigas, que creían que Fe pasaba una juventud muy triste porque no sacudía sus nervios en el baile; y no había tal.

Fe era muy feliz en la sociedad de sus padres, de sus hermanitos, de la Beneficencia; quiere decir que cuidaba, curaba, acomodaba, dirigía la casa, cosía y escribía para las asambleas de la Beneficencia. Aún más la sociedad de sus buenos libros y la Iglesia con todos sus encantos para el espíritu, eran bastantes y sobrantes a su vida intensa y feliz. Vida de resignación, por lo que hacía al futuro viaje a Buenos Aires. Micha llegó acompañada de su esposo y de su hija a las dos de la tarde a casa de sus amigas, que con las otras que allí se habían reunido, procuraban darle los más afectuosos testimonios de estima y afecto.

Fe veía bailar a don Daniel Suárez con Simonita; el arte por el arte, puede decirse de la perfección con que lo hacían. Bailaba Isabelita y su joven marido Subirana, Elisa Ribera y Gumersindo, las Gutiérrez y otras. Conversaban con Micha Candelaria Rodríguez, Rosenda de Urdininea. Se acercó a ellas don Juan Francisco Suárez, apuesto en la figura corporal, deforme en la espiritual. Alegre, como si fuera feliz, dijo a Candelaria: "He aquí la única señora de quien jamás esta lengua (señalando la suya) ha tenido jamás qué murmurar ni en lo más mínimo".



**Fe en 1880**

"Mucho decir es eso" dijo la picuda Candelaria "pues su lengua de usted es de quema quema". "Sí, digo la verdad, para qué te voy a ocultar, ¡nadie entre las señoras se me ha escapado, sino ella!... Porque la he hallado siempre digna". Micha se apresuró a hacer recuerdos de los padres y hermanos de él, para que desviara una conversación que la había acalorado, por miedo a que la distinguiese ofendiendo a la que era su interlocutora. Fe observaba, y recogió este testimonio dado por ese hombre de buena familia, pero temible por más de un concepto. A las cinco de la tarde Micha regresó a su casa, al cuidado de sus hijos.

## **7.65 – CANCIÓN EN SI MENOR**

En la Cuaresma, Micha hizo con mayor fervor las Novenas al Señor del Huerto, del Santo Rostro, Semanario de Dolores y el de San José, a cuyo principio tuvo lugar uno de los dolorosos desprendimientos que le anunciaban la partida de su amada patria.

Las Landívar solicitaron el piano, que debía entrar a sus casas por la puerta de la fiesta de San José. Lo llevaron la antevíspera a la parroquia del Colegio y rogaron a Micha que enviase a Fe a tocar allí durante la elevación del Santísimo, como había tocado el órgano en el Santuario de Cotoca. Fuelleando el pintorcito hijo de don Tomás Rojas, a quien Fe daba parecer sobre sus primeros cuadros al óleo.

## Epílogo

Sí, Fe tenía razón. Esos adioses de la Cuaresma de 1878 eran para siempre. Su joven corazón cruceño sufría esa primera muerte, dejar la única tierra que había aprendido a amar. No volvió más; sus hermanos tampoco salvo Pedrito, que regresó médico y murió en Santa Cruz.

¿Para qué escribió Fe esta Historia? Podemos leerla en varios niveles. El más simple es el de una crónica familiar, la búsqueda y transmisión de las propias raíces. Los temples más débiles seleccionan actuaciones bizarras, las vacían en el bronce de una estela y adoptan algún aire más o menos aristocrático. Los cientos de referencias personales hacen de esta Historia un verdadero “Quién es quién” de aquella Santa Cruz. Las raíces no son pues sólo las de la propia autora.

En un segundo nivel describe una sociedad, costumbres, tecnología y hasta escalas de valor tal vez más extrañas para nosotros que las vigentes en Neptuno. Para los que gustamos de la historia, este acervo de datos es valioso. El estilo en sí es inusual. La historia ha sido en general menester de varones, o de hembras que adoptaron el punto de vista de aquéllos. La “Historia de Fe” está contada por una joven, con ese enfoque sutil e intimista que Madame de Sévigné nos hizo gustar en sus “Lettres”.

El tercer nivel es la historia del espíritu. Fe usa del diálogo para mostrar puntos de vista, el porqué de hechos, actitudes e intenciones. Nos hace vivir lejanos prolegómenos de un hecho crucial del relato, la Revolución de Andrés Ibáñez. Y si un poeta pudo atribuir el origen de una guerra al obsequio de una manzana “para la más hermosa”, aquí vemos también el choque de soberbias femeninas en la génesis de cegueras y lutos posteriores.

Para poder comprender esta historia del espíritu, hacía falta despojar al relato de lo que Fe llama “el respeto humano”. Dirigido a la intimidad de su hermana Mica y no a la publicidad, se vuelcan verazmente fallas, defectos, apodos, pecados. Aún los de sus seres más queridos, como el de su madre al negarse a visitar a su tío moribundo porque es sacerdote y ha convivido con una mujer; o el de su padre, que prohíbe a sus hijos hasta mencionar el nombre de una hermana que le ha desobedecido y hasta, a las puertas de la muerte, piensa en desheredarla; o un pecado de la propia Fe, que niega el uso del agua de un paúro a una lavandera pobre, pese a que ésta se disculpa de su anterior insolencia.

Fe se toma en serio eso de que la Historia es Maestra de la Vida; por eso llega a esos extremos de sinceridad en un examen de conciencia colectivo. Su lectora Mica debía superar la tradición de dividir el pasado en buenos y malhechores; más bien analizar, aprender y asumir las razones psicológicas del encono, ver en perspectiva la interacción de los caracteres. El desideratum de la autora es “ver a Jesús” en cada prójimo, particularmente en los adversarios. El párrafo que refleja mejor esta idea es quizá el 7.39, que describe la actitud de su padre ante los festejos que celebraban el fusilamiento de Ibáñez.

La duda (7.60) sobre si debían o no volar del nido cruceño hacia el Progreso, hacia el Siglo XX, no pudo resolverla tras 40 años de reflexión; simplemente la plantea. Como Fe, Santa Cruz también marchó hacia el futuro, un siglo más tarde; en la inmensa



constelación de La Ciudad de los Anillos, algunos ponderan con nostalgia si, después de todo, fué realmente ventajoso "desbravar la selva" y talarla por completo.

Ciento veinte años después, algunas cosas han cambiado, otras no. Entre las que permanecen está la eterna dialéctica entre el Bien y el Mal, que se desarrolla entre los hombres pero mucho más en el interior de cada alma. Rescatamos de esta historia innumerables actos nobles, que enorgullecen no sólo a los nietos de sus actores sino a toda la cruceñidad. Desde la generosidad de un José Lara, que desatiende meses su estancia y arriesga su vida para acompañar al amigo perseguido, hasta la fidelidad a veces heroica de los mozos y empleados, o el renunciamiento y valor del Coronel Romero.

Fe no oculta sus desconfianzas hacia la Masonería, cuyo enfrentamiento con la Iglesia era entonces álgido. Por eso, tal vez el capítulo más hermoso sea el relativo a la Sociedad de Beneficencia. Fundada por un masón italiano con la colaboración del obispo y la grey católica de Santa Cruz, unió en obras y en amor al prójimo a quienes en lo ideológico se sentían en las antípodas. La Cruz Roja, que actuó tan noble en la tierra cambia de 1876, había nacido en Suiza apenas 13 años antes, y en la Argentina recién comenzó a funcionar en 1880.

Lo inefable es lo que no se puede expresar en palabras. Una interpretación cabal de la historia es poética; sólo así supera el nivel pedestre de lo económico. El compilador se obligó también a vencer el "respeto humano"; por eso puso a disposición de tu espíritu estas páginas.

F.R.de B.